CHINA

HENRY KISSINGER

DEBATE

ESPA PDF

China

Henry Kissinger

Traducción de
Carme Geronès y Carles Urritz

www.megustaleer.com

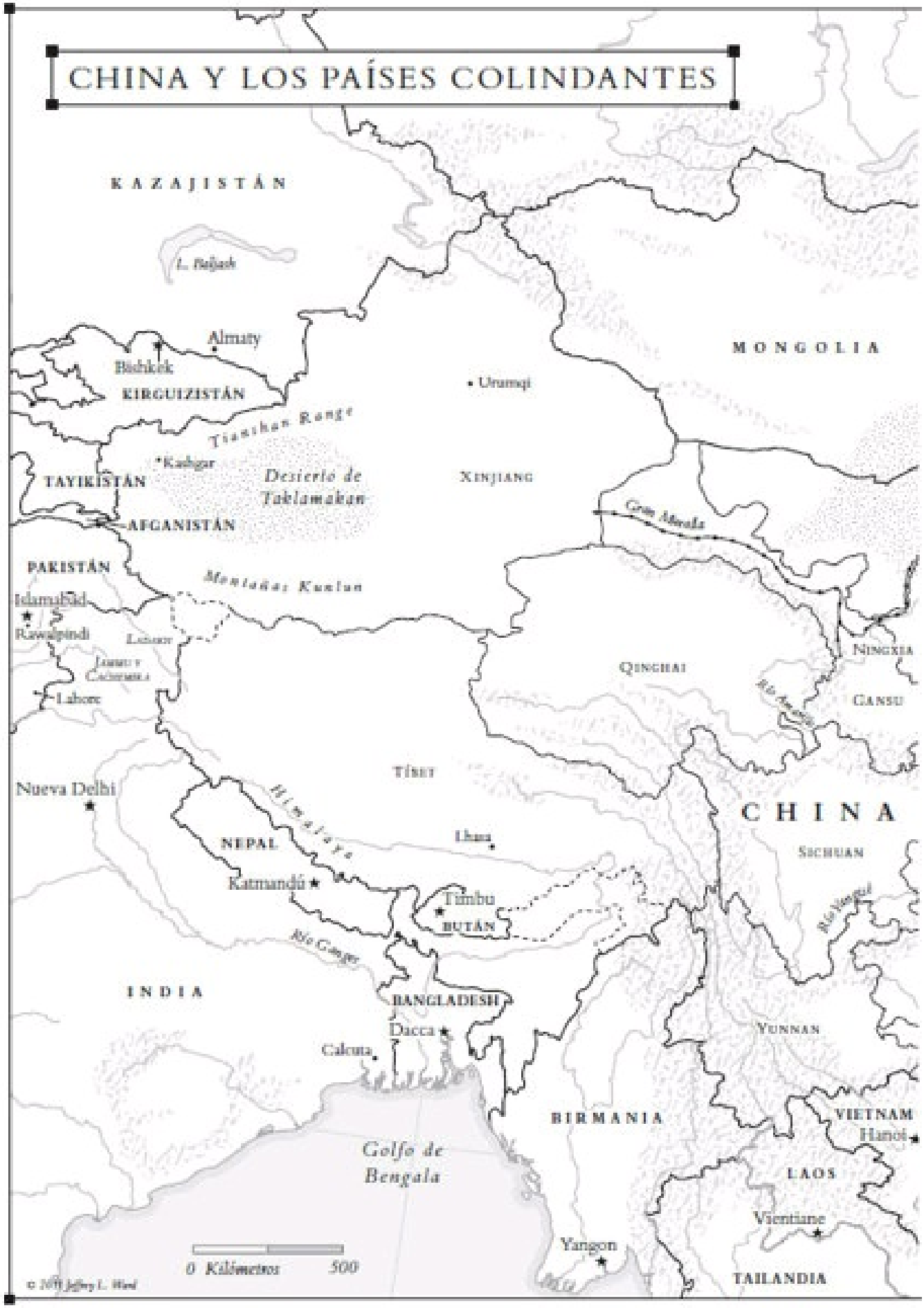
Índice

Cubierta
Prefacio
Nota sobre la ortografía china
Prólogo
1. La singularidad de China
2. La cuestión del kowtow y la guerra del opio
3. De la preeminencia a la decadencia
4. La revolución permanente de Mao
5. La diplomacia triangular y la guerra de Corea
6. China se enfrenta a las dos superpotencias
7. Diez años de crisis

8. El camino hacia la reconciliación
9. La reanudación de las relaciones: primeros contactos con Mao y Zhou
10. La semialianza: conversaciones con Mao
11. El fin de la era de Mao
12. El indestructible Deng
13. «Tocar el trasero del tigre»: la tercera guerra de Vietnam
14. Reagan y la llegada de la normalidad
15. Tiananmen
16. ¿Qué tipo de reforma? La gira de Deng por el sur
17. Los altibajos en el camino hacia otra reconciliación: la era Jiang Zemin
18. El nuevo milenio

Epílogo: ¿La historia se repite? El informe Crowe
Notas
Biografía
Créditos
Acerca de Random House Mondadori

Para Annette y Óscar de la Renta


CHINA Y LOS PAÍSES COLINDANTES
KAZAJISTÁN
L. Baljash
Almaty
Bishkek
KIRGUIZISTÁN
MONGOLIA
Urumqi
Tianshan Rangt
Kashgar
TAYIKISTÁN
Desierto de Taklamakan
XINJIANG
AFGANISTÁN
Gran Muralla
PAKISTÁN
Montañas Kunlun
Islamabad
Rawalpindi
Lahore
NINGXIA
QINGHAI
GANSU
TÍBET
Nueva Delhi
CHINA
Himalaya
NEPAL
Lhasa
SICHUAN
Katmandú
Timbu
BUTÁN
Río Ganges
INDIA
BANGLADESH
Dacca
Calcuta
YUNNAN
BIRMANIA
VIETNAM
Hanoi
Golfo de Bengala
LAOS
Vientiane
Yangon
TAILANDIA
0 Kilometros
500
© 2011 Jeffrey L. Ward

RUSIA
L. Baikal
Río Amur
Río Ussuri
Isla Zhenbao
Ulan Bator
HEILONGJIANG
MANCHURIA
JILIN
Vladivostok
MONGOLIA INTERIOR
Desierto de Gobi
Shenyang
LIAONING
Mar del Japón
COREA DEL NORTE
Pekín
Península de Liaodong
Wonsan
Pyongyang
Tokio
JAPÓN
TIANJIN
Río Beihe/Hai
Dalian
Panmunjom
Gran Muralla
Tianjin
Puerto de Dagu
Lushun (Port Arthur)
Inchon
Seúl
Kioto
HEBEI
COREA DEL SUR
SHANXI
Río Amarillo
Pusan
SHANDONG
Yan'an
Mar Amarillo
Gran Canal
Xi'an
SHAANXI
HENAN
JIANGSU
Océano Pacífico
Nankín
Suzhou
Shanghai
ANHUI
HUBEI
Zhoushan Islands
CHONGQING
Wuhan
Hangzhou
Ningbo
Yijiangshan
Chongqing
ZHEJIANG
Islas Ryukyu
Dachen
Okinawa
JIANGXI
Mar de la China oriental
HUNAN
Fuzhou
GUIZHOU
FUJIAN
Taipei
Xiamen
Estrecho de Taiwán
TAIWAN
Área detallada
GUANGDONG
Cantón
Shenzhen
GUANGXI
Hong Kong
Zhuhai
Fuzhou
Mazu
Estrecho de Taiwán
Taipei
Quemoy
Xiamen
HAINAN
FILIPINAS
Mar de la China meridional
TAIWAN
Islas Pescadores
Manila
0 Km. 100

Prefacio

Hace casi cuarenta años, el presidente Richard Nixon me concedió el honor de enviarme a Pekín para restablecer el contacto con un país clave en la historia de Asia, con el que Estados Unidos no había tenido relaciones de alto nivel en más de veinte años. El inicio del contacto tenía como objetivo principal que el pueblo estadounidense viera una panorámica de paz que trascendiera las penalidades de la guerra del Vietnam y las alarmantes perspectivas de la guerra

fría. Por su parte, China, aunque aliada técnicamente con la Unión Soviética, necesitaba espacio de maniobra para oponer resistencia al temido ataque de Moscú.

Durante aquel período me desplacé a China en más de cincuenta ocasiones. Al igual que muchos otros visitantes a lo largo de los siglos, acabé admirando al pueblo de este país, su fuerza, su sutileza, su sentido familiar y la cultura que representa. Por otro lado, durante toda mi vida he reflexionado sobre la paz, en gran parte desde la perspectiva de Estados Unidos, y he tenido la suerte de poder conjugar estas dos líneas de pensamiento en mi función de alto cargo

de la administración, de transmisor de mensajes y de erudito.

Esta obra, basada en parte en conversaciones con dirigentes chinos, intenta explicar la forma conceptual en que los chinos se plantean los problemas de la paz, la guerra y el orden internacional, y su relación con el enfoque estadounidense más pragmático, que los aborda caso por caso. Las distintas historias y culturas a veces aportan conclusiones divergentes. No siempre estoy de acuerdo con la perspectiva china, lo mismo les ocurrirá a los lectores. Pero es necesario comprenderla, porque China ejercerá una función muy importante en el mundo

que empieza a vislumbrarse en el siglo XXI.

Desde la primera visita que efectué a este país, China se ha convertido en una superpotencia económica y en un importante factor en la configuración del orden político mundial. Estados Unidos se ha impuesto en la guerra fría. La relación entre China y Estados Unidos ha pasado a ser un elemento clave en la meta de la paz y el bienestar mundial.

Ocho presidentes de Estados Unidos y cuatro generaciones de dirigentes chinos han llevado esta delicada relación con una gran coherencia, teniendo en cuenta las diferencias en los puntos de partida. Ni una parte ni otra ha permitido que sus

respectivos legados históricos o sus diferentes concepciones del orden interno interfieran en su relación, básicamente colaboradora.

Ha sido un camino complejo, pues ambas sociedades consideran que representan valores únicos. La excepcionalidad estadounidense es propagandista. Mantiene que este país tiene la obligación de difundir sus valores por todo el mundo. La excepcionalidad china es cultural. China no hace proselitismo; no reivindica que sus instituciones tengan validez fuera de China. Sin embargo, el país es el heredero de la tradición del Reino Medio, que clasificó de manera formal

el resto de los estados en distintos niveles tributarios basándose en su aproximación a las formas culturales y políticas chinas; en otras palabras, aplicó un tipo de universalidad cultural.

El libro tiene como núcleo básico la interacción entre los dirigentes chinos y estadounidenses a partir de la creación en 1949 de la República Popular de China. Desde el gobierno y fuera de él, he mantenido mis archivos de las conversaciones celebradas con cuatro generaciones de dirigentes chinos, y a estos documentos he recurrido como fuente principal para la redacción de la obra.

No podría haber escrito este texto sin

la ayuda eficaz y la dedicación de una serie de colegas y amigos que me han permitido abusar de su generosidad.

Schuyler Schouten se convirtió en alguien indispensable en mi tarea. Lo conocí hace ocho años, cuando John Gaddis, profesor de Yale, me lo recomendó diciéndome que era uno de sus alumnos más aventajados. Cuando inicié el proyecto, le pedí si podía conseguir dos meses de permiso en el bufete en el que trabajaba. Lo hizo y se implicó tanto en el proceso que siguió la obra hasta su finalización, un año después. Schuyler se hizo cargo de buena parte del trabajo de investigación. Echó una mano en la traducción de

textos chinos y se comprometió por completo en las agudas implicaciones de otros escritos más delicados. Trabajó incansablemente en la redacción y en la fase de corrección de pruebas. Jamás había contado con la colaboración de un investigador mejor que él, y en contadas ocasiones con alguien de su talla.

La suerte quiso que trabajara conmigo diez años en el amplio abanico de mis actividades Stephanie Junger-Moat, una persona de las que en béisbol se conocen como jugador polivalente. Se ocupó de una parte de la investigación y de la redacción y fue mi principal contacto con la editorial, aparte de encargarse de la tarea de comprobación

de todas las notas. Colaboró en la coordinación de la composición de los textos y arrimó siempre el hombro cuando se acercaban las fechas límite. Una contribución crucial, afianzada por su encanto personal y sus dotes diplomáticas.

Harry Evans se ocupó hace treinta años de preparar la edición de *White House Years*. Me he permitido abusar ahora de nuestra amistad y ha sido quien ha repasado todo el manuscrito. Él apuntó un gran número de acertadas sugerencias en cuanto a redacción y estructura de la obra.

Theresa Amantea y Jody Williams mecanografiaron un sinfín de veces el

original y pasaron noches y fines de semana ayudándome a terminarlo en el plazo previsto. Su buen humor, eficacia y perspicacia para los detalles resultaron vitales.

He de dar las gracias a Stapleton Roy, ex embajador en China y reconocido erudito sobre China; a Winston Lord, colega en la época de la apertura hacia este país y posterior embajador en él, y a Dick Viets, responsable literario de la obra, por haber leído unos cuantos capítulos de la misma y transmitirme sus perspicaces comentarios. Jon Vandel Heuvel ha colaborado con una eficaz investigación para algunos de los capítulos.

La experiencia de publicar en Penguin Press ha resultado muy agradable. Ann Godoff siempre ha estado disponible, con gran criterio, sin acuciarme en ningún momento: en realidad, ha sido un placer tratar con ella por su buen talante. Bruce Giffords, Noirin Lucas y Tory Klose han ido llevando el libro con gran pericia a través del proceso de producción editorial. Fred Chase se ha ocupado de la edición del original con esmero y eficacia. Laura Stickney, que por edad podría ser mi nieta, no se sintió en ningún momento intimidada por el autor y ha asumido la dirección de la edición. Superó hasta tal punto sus reservas respecto a mis puntos de vista

en política que consiguió que estuviera siempre pendiente de sus mordaces e incisivos comentarios, que iba anotando al margen del original. Ha sido una persona incansable, aguda, de una eficacia extraordinaria.

Mi inmenso agradecimiento a todas estas personas.

Los informes gubernamentales a los que he recurrido llevaban un tiempo desclasificados. Quisiera dar las gracias en concreto al Woodrow Wilson International Center for Scholars, el centro internacional para académicos que desarrolla el Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría por haberme permitido utilizar extensos

pasajes de sus archivos sobre documentos rusos y chinos desclasificados. La Biblioteca Carter me facilitó amablemente muchas de las transcripciones de encuentros con dirigentes durante la presidencia de Carter, y la Biblioteca Reagan me ha proporcionado un gran número de documentos de sus archivos, que me han sido de gran utilidad.

Huelga decir que los fallos del libro solo pueden atribuírseme a mí.

Como siempre durante más de medio siglo, mi esposa, Nancy, me ha proporcionado el incondicional apoyo en medio de la soledad que creamos los autores (como mínimo este autor) a

nuestro alrededor cuando escribimos. Ella ha leído la mayoría de los capítulos y ha contribuido con un gran número de importantes sugerencias.

He dedicado *China* a Annette y Óscar de la Renta. Empecé el libro en su casa de Punta Cana y lo terminé allí. Su hospitalidad ha constituido una faceta más de una amistad que ha proporcionado alegría y profundidad a mi vida.

Henry A. Kissinger
Nueva York, enero de 2011

Nota sobre la ortografía china

En el libro se utilizan frecuentemente nombres y términos chinos. Existe una ortografía alternativa para muchas palabras en este idioma, basada en dos métodos de transcripción de los caracteres chinos al alfabeto latino ampliamente extendidos: el método Wade-Giles, que imperó en gran parte del mundo hasta la década de 1980, y el método pinyin, adoptado oficialmente

por la República Popular de China en 1979, cada vez más corriente a partir de entonces en publicaciones occidentales y otras asiáticas.

En el libro se usa en general la ortografía pinyin. Se utiliza, por ejemplo la transcripción pinyin «Deng Xiaoping» en lugar de la Wade-Giles, «Teng H'siao-ping». En los casos en que resulte mucho más familiar la ortografía sin transliteración pinyin se mantiene para comodidad del lector. Para el nombre del antiguo teórico militar «Sun Tzu», por ejemplo, se ha optado por la ortografía tradicional en lugar de la nueva transcripción pinyin «Sunzi».

En alguna ocasión, y por coherencia a

lo largo del texto, se ha pasado a ortografía pinyin alguna referencia citada de nombres listados en un principio en transcripción Wade-Giles, cambios que constan en las notas del libro. En cada caso se mantiene el término chino base; la diferencia estriba en el método utilizado para pasar el término al alfabeto latino.

Prólogo

En octubre de 1962, el dirigente revolucionario chino Mao Zedong convocó a sus principales mandos militares y políticos a una reunión en Pekín. A tres mil doscientos kilómetros de allí, en dirección oeste, en el territorio prohibido y escasamente poblado del Himalaya, los soldados chinos e indios se encontraban bloqueados, en un punto muerto respecto a la polémica frontera entre ambos países. La disputa nació a raíz de las

distintas versiones que tenían unos y otros sobre la historia: la India reivindicaba la frontera establecida durante el mandato británico; China, los límites de su mandato imperial. La India había desplegado sus puestos de avanzada en el extremo de lo que consideraba la frontera; China había rodeado las posiciones indias. Habían fracasado los intentos de negociar un acuerdo territorial.

Mao decidió acabar con aquel callejón sin salida. Recurrió a la tradición china clásica que, por otra parte, estaba en vías de desmantelar. China y la India, explicó Mao a sus mandos, habían librado anteriormente

«una guerra y media». Pekín podía extraer una lección de cada una de ellas. La primera guerra tuvo lugar mil trescientos años antes, durante la dinastía Tang (618-907), cuando China envió soldados a apoyar un reino indio contra un violento e ilegítimo adversario. Tras la intervención de China, ambos países disfrutaron de unos siglos de próspero intercambio religioso y económico. La lección que aprendieron de la antigua campaña, en palabras de Mao, era que China y la India no estaban condenadas a una enemistad perpetua. Tuvieron ocasión de volver a disfrutar de un largo período de paz, pero para conseguirlo China tuvo

que recurrir a la fuerza para «llevar» de nuevo a la India a «la mesa de negociación». La «media guerra», en la cabeza de Mao, había tenido lugar setecientos años antes, cuando el dirigente mongol Tamerlán saqueó Nueva Delhi. (El argumento de Mao se basaba en que, ya que Mongolia y China formaban parte de la misma identidad política, aquella era una «media» guerra chino-india.) Tamerlán había conseguido una victoria significativa, pero en cuanto llegó a la India su ejército mató a más de cien mil prisioneros. En esta ocasión, Mao instó a las fuerzas chinas a mostrarse «comedidas y ajustadas a los principios».[1]

No parece que ningún seguidor de Mao —la dirección del Partido Comunista de una «nueva China» revolucionaria declaraba sus intenciones de cambiar el orden internacional y abolir el propio pasado feudal de China — haya cuestionado la pertinencia de estos antiguos precedentes sobre los principios estratégicos actuales de China. La planificación de un ataque se encontraba en la base de los elementos básicos perfilados por Mao. Semanas más tarde, la ofensiva se llevó a cabo casi al pie de la letra como la había descrito él: China dio un golpe súbito y demoledor a las posiciones indias y se replegó inmediatamente hacia la línea de

control anterior; llegó incluso a devolver el armamento pesado capturado a los indios.

En otro país resultaría inconcebible que hoy en día un dirigente pusiera en marcha una iniciativa nacional de esta envergadura invocando unos principios estratégicos de un acontecimiento ocurrido un milenio antes, y que esperara que sus socios comprendieran el significado de las alusiones. Pero China es singular. No existe otro país que pueda reivindicar una civilización tan continuada en el tiempo, ni un vínculo tan estrecho con su antiguo pasado y con los principios clásicos de la estrategia y la habilidad política.

Otras sociedades, entre las cuales se encuentra Estados Unidos, han reivindicado la pertinencia universal de sus valores e instituciones. Ninguna, sin embargo, es igual que China en la persistencia —y en convencer a sus vecinos de que consientan— en una concepción tan elevada de su función en el mundo durante tanto tiempo, y frente a tantas vicisitudes históricas. Desde el nacimiento de China como Estado unificado en el siglo III a.C. hasta el desmoronamiento de la dinastía Qing en 1912, China permaneció en el centro de un sistema internacional de Asia oriental de notable continuidad. Se consideraba que el emperador chino constituía el

pináculo de la jerarquía política universal (y así lo reconocían la mayoría de los estados vecinos), y el resto de los dirigentes estatales teóricamente actuaban como vasallos suyos. La lengua, la cultura y las instituciones políticas chinas constituían los hitos de la civilización, hasta el punto de que incluso sus adversarios en el ámbito regional y los conquistadores extranjeros las adoptaban en distintos grados como muestra de su propia legitimidad (a menudo como primer paso antes de ser subsumidos por China).

La cosmología tradicional se mantuvo en este país a pesar de las catástrofes y

los largos períodos de declive político, que en ocasiones duraron siglos. Incluso cuando China quedó debilitada o dividida, su centralidad continuó siendo la piedra de toque de la legitimidad regional; distintos aspirantes, chinos o extranjeros, compitieron por unificar o conquistar el país y luego gobernaron desde la capital sin cuestionar la premisa básica de que era el centro del universo. Mientras otros países recibían el nombre de algún grupo étnico o a partir de una referencia geográfica, China se autodenominó *zhongguo*: el «Reino Medio» o el «País Central».[2] Quien pretenda comprender la diplomacia china del siglo XX o su papel

en el mundo en el siglo XXI tiene que empezar —aunque sea a costa de una posible simplificación excesiva— valorando básicamente el contexto tradicional.

1
La singularidad de China

Las sociedades y las naciones tienden a considerarse eternas. Por otra parte, valoran una historia que hable de sus orígenes. China tiene un rasgo característico: no parece poseer principio. En la historia aparece más como fenómeno natural permanente que como Estado-nación convencional. En la narración sobre el Emperador Amarillo, venerado por tantos chinos como

legendario fundador, se tiene la sensación de que China ya existía. Cuando el Emperador Amarillo apareció en la mitología, la civilización china ya se encontraba sumida en el caos. Los príncipes en pugna se hostigaban entre sí y hacían también lo propio con el pueblo, al tiempo que un dirigente debilitado se veía incapaz de mantener el poder. Impusieron, sin embargo, el nuevo héroe, que reclutó un ejército, pacificó el reino y fue aclamado como emperador.[1]

El Emperador Amarillo ha pasado a la historia como héroe fundador, aunque en el mito fundacional no crea, sino que restablece, un imperio. Encontramos la

repetición de esta paradoja de la historia china con el antiguo sabio Confucio: a él también se le considera el «fundador» de una cultura, aunque él insista en que no inventó nada, que únicamente pretendía dar un nuevo ímpetu a los principios de armonía que habían existido en la época dorada y se habían perdido en su propia época de caos político.

En una reflexión sobre la paradoja de los orígenes de China, el misionero del siglo XIX, Abbé Régis-Évariste Huc, conocido viajero, comentaba:

> La civilización china nace en una antigüedad tan remota que sería un vano empeño descubrir sus inicios. No existe

rastro de su infancia en su pueblo. Se trata de un rasgo peculiar de China. En la historia de las naciones nos hemos acostumbrado a encontrar algún punto de partida perfectamente definido, y los documentos, tradiciones y monumentos históricos que aún se conservan en general nos permiten seguir, casi paso a paso, el avance de la civilización, estar presentes en su nacimiento, observar su desarrollo, su camino hacia delante y en muchos casos su posterior decadencia y caída. Pero no sucede así con los chinos. Se diría que han vivido siempre en el mismo estadio de progreso en el que viven hoy; y existen suficientes datos de la antigüedad que lo confirman.[2]

En la primera evolución de los caracteres chinos, durante la dinastía Chang, en el segundo milenio antes de

Cristo, el antiguo Egipto se encontraba en su apogeo. No habían surgido aún las grandes ciudades-estado de la Grecia clásica, y Roma se encontraba a milenios. Sin embargo, hoy más de mil millones de personas siguen utilizando el descendiente directo del sistema de escritura de la época Chang. Los chinos de hoy en día son capaces de comprender inscripciones hechas en la época de Confucio; los libros, las conversaciones cotidianas chinas poseen una riqueza de aforismos que cuentan con siglos de antigüedad, en los que se citan antiguas batallas e intrigas cortesanas.

Al mismo tiempo, la historia china

presenta muchos períodos de guerra civil de interregnos y de caos. Después de cada desmoronamiento, el Estado chino se reconstituía como si siguiera una inmutable ley de la naturaleza. En cada estadio aparecía una nueva figura aglutinante, que seguía básicamente el precedente del Emperador Amarillo, para someter a sus adversarios y reunificar China (y de vez en cuando, para ampliar sus fronteras). El famoso comienzo del *Romance de los Tres Reinos*, novela épica del siglo XIV, muy valorada durante siglos en China (Mao, por ejemplo, al parecer estuvo obsesivamente enfrascado en dicha obra en su juventud), evoca este ritmo

continuo: «El imperio, largo tiempo dividido, tiene que unirse; largo tiempo unido, tiene que dividirse. Así ha sucedido siempre».[3] Cada uno de los períodos de desunión era considerado como una desviación. Cada una de las dinastías se remontaba a los principios de gobierno de la anterior a fin de restablecer la continuidad. Los preceptos fundamentales de la cultura china perduraban después de que los pusieran a prueba las tensiones del período de catástrofes.

Antes de que se produjera el hecho fundamental de la unificación china en 221 a.C., transcurrió un milenio de gobierno dinástico que fue

desintegrándose poco a poco a medida que evolucionaban las subdivisiones feudales, pasando de la autonomía a la independencia. Ello culminó en dos siglos y medio de caos, que han pasado a la historia como el período de los Reinos Combatientes (475-221 a.C.). Su equivalente europeo serían los interregnos entre el Tratado de Westfalia de 1648 y el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando un gran número de estados europeos luchaban por sobresalir en el marco del equilibrio de poder. Después de 221 a.C., China mantuvo el ideal de imperio y unidad, aunque siguió la práctica de la fractura y la nueva unión por ciclos, que en

ocasiones llegaron a durar unos cuantos siglos.

Cuando el Estado se fracturaba, se libraban cruentas guerras entre los distintos elementos. Mao dijo en una ocasión que, durante el período denominado de los Tres Reinos (220-280), la población china pasó de cincuenta millones de habitantes a diez millones de habitantes;[4] también fue muy sangriento el conflicto entre los participantes en las contiendas de las dos guerras mundiales del siglo XX.

En su extensión máxima, la esfera cultural china abarcaba un área continental mucho más grande que cualquier Estado europeo; de hecho,

comparable a la de la Europa continental. La lengua y la cultura chinas, así como el mandato político del emperador, se extendían a todos los territorios conocidos: desde las tierras esteparias y los inmensos pinares del norte que van fundiéndose hacia Siberia hasta las selvas tropicales y los cultivos de arroz en los bancales del sur; desde la costa oriental, con sus canales, puertos y aldeas de pescadores, hasta los agrestes desiertos de Asia Central y las cimas nevadas de la frontera del Himalaya. La amplitud y variedad de su territorio reafirmaba la idea de que China era un mundo en sí, que mantenía una concepción del emperador como

figura de trascendencia universal, que presidía el *tian xia*, o «Todo bajo el Cielo».

LA ERA DE LA PREEMINENCIA CHINA

A lo largo de muchos milenios de su civilización, China no tuvo que tratar con otros países o civilizaciones que pudieran comparársele en magnitud y complejidad. Los chinos conocían la India, como precisó Mao posteriormente, pero aquel era un país que había pasado gran parte de su historia dividido en distintos reinos. Las dos civilizaciones se intercambiaron

productos y también las influencias budistas a lo largo de la Ruta de la Seda, pero para el resto imperaba el muro casi impenetrable del Himalaya y el altiplano del Tíbet. Los inmensos e imponentes desiertos de Asia Central separaron China de las culturas persa y babilónica de Oriente Próximo, y más aún del Imperio romano. Las caravanas comerciales emprendieron viajes intermitentes, pero China como sociedad no estableció vínculos con otras de envergadura y logros comparables. A pesar de que China y Japón compartieron una serie de instituciones culturales y políticas básicas, ninguno de estos dos países estaba preparado

para reconocer la superioridad del otro; como solución optaron por reducir sus contactos durante siglos. Europa se encontraba aún más lejos de lo que los chinos consideraban los mares occidentales, por naturaleza inaccesible a la cultura china y lamentablemente incapaz de asumirla, como explicó el emperador a un enviado británico en 1793.

Las reivindicaciones territoriales del Imperio chino tenían su límite en las orillas de los mares que lo bañaban. Ya en la dinastía Song (960-1279), China se situaba a la cabeza del mundo en tecnología náutica; sus flotas podían haber llevado el imperio a una era de

conquista y exploración.[5] No obstante, China no se hizo con ninguna colonia y mostró relativamente poco interés por los países de ultramar. No vio motivos para aventurarse hacia el exterior para convertir a los bárbaros a los principios del confucianismo o a las virtudes budistas. Cuando los conquistadores mongoles se apropiaron de la flota Song y de sus hábiles capitanes, organizaron dos intentos de invasión en tierras japonesas. Ambos fracasaron por las inclemencias del tiempo: el *kamikaze* (o «viento divino») de la tradición japonesa.[6] Pero cuando se derrumbó la dinastía mongol, no volvió a intentarse expedición alguna, a pesar de que

hubiera tenido viabilidad técnica. Jamás un dirigente chino esgrimió una razón para el control del archipiélago japonés.

Sin embargo, en los primeros años de la dinastía Ming, entre 1405 y 1433, China abordó una de las empresas navales más notables y misteriosas de toda la historia: el almirante Zheng He emprendió viaje con unas flotas compuestas por «barcos del tesoro», tecnológicamente sin precedentes, hacia lejanos destinos como Java, la India, el Cuerno de África y el estrecho de Ormuz. En la época de los viajes de Zheng no había empezado todavía la era de los exploradores europeos. La flota china poseía lo que se podría considerar

una ventaja tecnológica insalvable: superaba en tamaño, perfección y número de navíos la Armada española (que tardaría aún ciento cincuenta años en surcar los mares).

Los historiadores siguen debatiendo el objetivo de estas misiones. Zheng He fue un personaje singular en la era de las exploraciones: un eunuco musulmán chino asignado al servicio imperial ya de niño, algo insólito en la época. En cada una de las escalas de sus viajes se dedicaba a proclamar formalmente la magnificencia del nuevo emperador de China, a ofrecer generosos regalos a los dirigentes con los que contactaba y a invitarlos a desplazarse hasta su país

personalmente o a mandar algún enviado. Una vez allí, aceptarían su lugar en el orden mundial sinocéntrico por medio del ritual del kowtow, como reconocimiento de la superioridad del emperador. No obstante, Zheng He se limitó a difundir la grandeza de China y a entregar invitaciones para el solemne ritual; jamás mostró ambición territorial alguna. Regresaba tan solo con algún regalo o «tributo»; no reivindicaba colonias ni recursos para China que no fueran el tesoro metafísico de la ampliación de los límites del Todo bajo el Cielo. Como mucho, puede decirse de él que abrió el camino para los mercaderes chinos, mediante una

especie de práctica anticipada del «poder blando» chino.[7]

Las expediciones de Zheng He finalizaron repentinamente en 1433, coincidiendo con el nuevo peligro surgido a lo largo de la frontera del territorio septentrional de su país. El emperador siguiente mandó desmantelar la flota y destruir cualquier constancia de los viajes de Zheng He. No volvió a organizarse ninguna expedición. Si bien los comerciantes chinos siguieron surcando los mares por los que había navegado Zheng He, la capacidad naval china perdió empuje, hasta el punto de que la respuesta que dieron los dirigentes Ming a la subsiguiente

amenaza de piratería en la costa del sudeste de China fue el intento de obligar a emigrar a la población costera a unos dieciséis kilómetros hacia el interior. Así pues, la historia naval china se convirtió en una bisagra que impedía el movimiento; aquel país técnicamente capaz de dominar se retiró de forma voluntaria del ámbito de la exploración naval en cuanto el interés de Occidente empezó a tomar el relevo.

El espléndido aislamiento chino fomentó en este pueblo una imagen muy particular de sí mismo. Las élites chinas fueron acostumbrándose a la idea de que su país era único; no tan solo «una gran civilización» entre grandes

civilizaciones, sino la civilización por antonomasia. Un traductor británico escribía en 1850:

> Un europeo inteligente, acostumbrado a reflexionar sobre el estado de una serie de países que disfrutan de una amplia variedad de ventajas, y trabajan sin ceder al cansancio en condiciones especialmente desfavorables, podría, mediante unas cuantas preguntas correctamente dirigidas, y disponiendo de muy pocos datos, hacerse una idea razonablemente acertada sobre el estado de un pueblo para él desconocido hasta entonces; pero cometería un gran error si supusiera que esto podía aplicarlo a los chinos. La exclusión a la que este país ha sometido a los extranjeros y la reclusión que él mismo ha vivido le ha quitado toda posibilidad de establecer comparaciones y,

por ende, ha puesto un cerco a sus ideas; por ello son completamente incapaces de librarse del dominio de la asociación y todo lo juzgan siguiendo las reglas de unas convenciones puramente chinas.[8]

China conocía, por supuesto, diferentes sociedades situadas en su periferia, como Corea, Vietnam, Tailandia, Birmania; pero los chinos consideraban que China era el centro del mundo, el «Reino Medio», y que las demás sociedades eran distintos niveles de este. Según su concepción, un gran número de estados inferiores, imbuidos de la cultura china, que pagaban tributo a la grandeza de este país, constituían el orden natural del universo. Las fronteras

entre China y los pueblos colindantes no eran tanto demarcaciones políticas y territoriales como hechos culturales diferenciados. La irradiación de la cultura china hacia el exterior, en dirección al este de Asia, llevó a Lucian Pye, politólogo estadounidense, a comentar con gran acierto que en la era moderna China era todavía una «civilización que pretende ser un Estado-nación».[9]

Las implicaciones que acarreaba en el fondo este orden mundial tradicional chino duraron hasta bien entrada la era moderna. En 1863, el emperador de China (miembro de una dinastía manchú «extranjera» que había conquistado el

país dos siglos antes) envió a Abraham Lincoln una carta en la que le informaba sobre el compromiso de su país en el establecimiento de buenas relaciones con Estados Unidos. El emperador basaba la comunicación en la sublime garantía: «Habiendo recibido con respeto el mandato del cielo de gobernar el universo, consideramos que el imperio medio [China] y los países de fuera de este constituyen una única familia, sin distinción de ningún tipo».[10] Cuando la carta llegó a su destino, China había perdido ya dos guerras frente a las potencias occidentales, empeñadas en controlar distintas esferas de interés del territorio chino. Al parecer, el

emperador asumió estas catástrofes como algo parecido a otras invasiones bárbaras a las que finalmente había de superar la resistencia de China y su cultura superior.

En realidad, durante gran parte de su historia, las reivindicaciones chinas no tuvieron nada de fantasioso. De generación en generación, los chinos de la dinastía Han se habían ido expandiendo desde su enclave original en el valle del río Amarillo, atrayendo poco a poco a las sociedades de los alrededores hacia distintos estadios de aproximación respecto al modelo chino. Los logros científicos y tecnológicos de China igualaban, y con frecuencia

superaban, los de sus homólogos de Europa occidental, indios y árabes.[11]

Tradicionalmente, China superó con creces a cualquier Estado europeo en población y territorio, y además, hasta la revolución industrial, fue un país mucho más rico. Contaba con un extenso sistema de canalización que conectaba los grandes ríos con los centros de población y durante siglos fue la economía más productiva del mundo y su zona comercial más populosa.[12] De todas formas, al ser básicamente autosuficiente, el resto de las regiones poseían solo una idea periférica de su amplitud y riqueza. En efecto, durante dieciocho de los últimos veinte siglos,

China produjo un porcentaje del total del PIB mundial superior al de cualquier sociedad occidental. En 1820, por ejemplo, registró una cifra superior al 30 por ciento del PIB mundial, cifra que superaba la del conjunto del PIB de Europa occidental, de Europa oriental y de Estados Unidos.[13]

Los observadores occidentales que se fijaron en China a principios de la era moderna quedaron sorprendidos por su vitalidad y prosperidad material. En 1736, el jesuita francés Jean-Baptiste Du Halde resumía las reacciones de asombro de los occidentales que visitaban este país:

La riqueza específica de cada provincia, y la facilidad para el traslado de las mercancías, por medio de ríos y canales, han hecho prosperar el comercio interior en el imperio. [...] Sus transacciones internas tienen tanto volumen que no pueden compararse con el comercio de toda Europa; sus provincias se asemejan a un gran número de reinos, que intercambian entre sí sus respectivas producciones.[14]

Treinta años después, el economista político francés François Quesnay iba más lejos:

Nadie negará que este Estado es el más bello del mundo, el que posee mayor densidad de población y el reino más próspero que conocemos. El Imperio chino

es como sería toda Europa si estuviera unida por medio de un solo soberano.[15]

China comerció con extranjeros y en alguna ocasión hizo suyas las ideas e invenciones del exterior. Pero en general, los chinos siempre han creído que los bienes y los logros intelectuales más valiosos se encontraban en China. Tanto valor tenía el comercio con China que las élites de este país no exageraban cuando lo describían más que como un intercambio económico corriente como un «tributo» a la superioridad china.

EL CONFUCIANISMO

Todos los imperios se han creado por medio de la fuerza, pero ninguno puede mantenerse con ella. Para que una norma universal perdure tiene que traducir la fuerza en obligación. De lo contrario, la energía del gobernante se agotará en el mantenimiento del dominio a expensas de su habilidad por configurar el futuro, la tarea fundamental del arte de gobernar. Los imperios se mantienen si la represión cede el paso al consenso.

Este fue el caso de China. Los métodos que se se siguieron allí para unificarla, y desmembrarla y volverla a unificar, en ocasiones fueron brutales. En la historia china ha habido rebeliones sanguinarias y gobiernos de tiranos

dinásticos. Pero China no debe tanto su supervivencia milenaria a los castigos impuestos por sus emperadores como al conjunto de valores que se han fomentado entre su población y su gobierno de funcionarios eruditos.

Uno de los aspectos importantes de la cultura china es que dichos valores eran básicamente de naturaleza secular. En una época en la que surgía el budismo en la cultura india haciendo hincapié en la contemplación y la paz interior, en la que los profetas judíos —y, posteriormente, los cristianos e islámicos— ensalzaban el monoteísmo evocando la vida tras la muerte, China no desarrollaba temas religiosos en el

sentido occidental. Los chinos nunca crearon un mito sobre la creación cósmica. Su universo obtuvo la vida a partir de los propios chinos, cuyos valores, a pesar de ser declarados de aplicación universal, se concibieron en un principio como chinos.

Los valores predominantes de la sociedad china procedían de las directrices de un antiguo filósofo que pasó a la posteridad con el nombre de Kong Fu-zi (o Confucio en su versión latinizada). Confucio (551-479 a.C.) vivió a finales del período denominado Primavera y Otoño (770-476 a.C.), época de gran agitación política que desembocó en las violentas luchas del

período de los Reinos Combatientes (475-221 a.C.). La casa Zhou que reinaba a la sazón vivía una época de decadencia y se veía incapaz de ejercer la autoridad con los príncipes rebeldes en pugna por el poder político. La codicia y la violencia no tenían fronteras. Volvía a reinar la confusión en Todo bajo el Cielo.

Confucio, al igual que Maquiavelo, vivió errante en su país a la espera de que alguno de los príncipes que se disputaban la supervivencia lo retuviera como asesor. Pero a diferencia de aquel, este se centró más en el desarrollo de la armonía social que en las intrigas del poder. Sus puntos básicos fueron los

principios del gobierno comprensivo, la correcta realización de los rituales y la inculcación de la devoción filial. Probablemente porque no ofreció a sus posibles patronos una vía rápida para alcanzar riqueza o poder, Confucio murió sin alcanzar su objetivo: jamás conoció a un príncipe que pusiera en práctica sus máximas, y China siguió su descenso hacia el desmoronamiento político y finalmente la guerra.[16]

Subsistieron, no obstante, las enseñanzas de Confucio, de las que dejaron constancia sus discípulos. Cuando acabó el derramamiento de sangre y China volvió a ponerse en pie, unificada, la dinastía Han (206 a.C.-220

d. C.) adoptó el pensamiento confuciano como filosofía oficial del Estado. El canon confuciano, agrupado en una recopilación básica de máximas de Confucio (las *Analectas*) y los subsiguientes libros de comentarios doctos, evolucionaría hasta convertirse en algo similar a una combinación entre la Biblia de China y su Constitución. El dominio de estos textos pasó a ser básico para entrar en la burocracia imperial del país, un sacerdocio constituido por funcionarios eruditos en el campo de las letras, seleccionados mediante reñidos exámenes a escala nacional, que fueron los encargados de

mantener la armonía en los vastos dominios del emperador.

La respuesta de Confucio al caos de su época era el «camino» de la sociedad justa y armoniosa, que, como enseñaba él, se había hecho realidad antes, en una lejana era dorada. La humanidad tenía la principal tarea espiritual de crear de nuevo su propio orden, que estaba a punto de perderse. La plenitud espiritual no era tanto tarea de revelación o liberación como de recuperación paciente de los olvidados principios del autocontrol. Tenía como objetivo la rectificación, no el progreso.[17] En la sociedad confuciana, el aprendizaje

constituía la clave para la mejora. Así, Confucio enseñaba:

> El amor a la bondad, sin amor al aprendizaje, queda enturbiado por la insensatez. El amor al conocimiento, sin amor al aprendizaje, queda enturbiado por la especulación imprecisa. El amor a la honradez, sin amor al aprendizaje, queda enturbiado por la perjudicial candidez. El amor a la franqueza, sin amor al aprendizaje, queda enturbiado por la opinión mal encauzada. El amor a la osadía, sin amor al aprendizaje, queda enturbiado por la insubordinación. Y el amor a la fortaleza de carácter, sin amor al aprendizaje, queda enturbiado por la intransigencia.[18]

Confucio predicó un credo social

jerárquico: el deber fundamental radicaba en «que cada cual conociera su lugar». El orden confuciano brindaba a sus adeptos la inspiración del servicio en busca de una mayor armonía. A diferencia de los profetas de las religiones monoteístas, Confucio no hacía sermones sobre la teleología de la historia que pone el énfasis en la redención personal. Su filosofía buscaba la redención del Estado por medio de la rectitud en el comportamiento individual. Su pensamiento, orientado hacia este mundo, ratificaba un código de conducta social y no una guía para después de la muerte.

Confucio situaba en la cumbre del

orden chino al emperador, una figura sin parangón en la experiencia occidental. Combinaba las afirmaciones del orden social espirituales y seculares. El emperador chino era al mismo tiempo un dirigente político y un concepto metafísico. En su función política, se concebía al emperador como el soberano supremo de la humanidad; el emperador de la humanidad, situado por encima de una jerarquía política mundana que reflejaba la estructura social jerárquica china de Confucio. El protocolo chino insistía en reconocer su supremacía a través del kowtow, el acto de postración completa en el que la

frente toca el suelo tres veces en cada postración.

La segunda función, metafísica, del emperador, era su condición de «Hijo del Cielo», el intermediario simbólico entre el cielo, la tierra y la humanidad. Este papel implicaba también una obligación moral por parte del emperador. A través de la conducta humanitaria, el cumplimiento de los rituales correctos y algún castigo severo, se veía al emperador como el eje de la «Gran Armonía» de todas las cosas grandes y pequeñas. Si el emperador se apartaba de la senda de la virtud, Todo bajo el Cielo quedaría sumido en el caos. Incluso las

catástrofes naturales podían significar que la discordia acechaba el universo. Entonces se podía considerar que la dinastía existente había perdido el «Mandato Celestial» mediante el cual poseía el derecho a gobernar: a partir de ahí estallarían rebeliones y una nueva dinastía restablecería la Gran Armonía del universo.[19]

CONCEPTOS SOBRE RELACIONES INTERNACIONALES: ¿IMPARCIALIDAD O IGUALDAD?

En China no hay grandes catedrales, pero tampoco palacios como el de Blenheim. En China nunca ha habido

políticos aristócratas como el duque de Marlborough, quien construyó Blenheim. Europa entró en la Edad Moderna inmersa en un mosaico de jurisdicciones: príncipes, duques y condes independientes, ciudades que contaban con su propio gobierno, la Iglesia católica de Roma, que reivindicaba una autoridad fuera del ámbito estatal, y los grupos protestantes, que aspiraban a crear sus propias sociedades civiles autónomas. China, en cambio, entró en el período moderno después de haber vivido más de un milenio con una burocracia imperial totalmente estructurada, que se reclutaba mediante concurso por oposición, que

penetraba en todos los aspectos de la economía y la sociedad y ponía orden en ellos.

Así pues, el planteamiento chino sobre el orden mundial difería mucho del que había imperado en Occidente. La concepción occidental moderna de las relaciones internacionales surgió en los siglos XVI y XVII, cuando se desintegró la estructura medieval de Europa y se formó un grupo de estados con un poder similar, y la Iglesia católica se dividió en distintas denominaciones. La diplomacia del equilibrio de poder no era tanto una opción como algo inevitable. Ningún Estado tenía suficiente fuerza para

imponer su voluntad; ninguna religión mantenía una autoridad que le aseguraba la universalidad. La idea de soberanía y de igualdad legal de los estados se convirtió en la base de la legislación y de la diplomacia internacionales.

China, en cambio, nunca mantuvo un contacto continuo con otro país sobre la base de la igualdad por la simple razón de que en ningún momento coincidió con otra sociedad de cultura o magnitud comparables. El hecho de que el Imperio chino descollara sobre su esfera geográfica se consideraba prácticamente una ley de la naturaleza, una expresión del Mandato Celestial. Para los emperadores chinos, el mandato no

suponía necesariamente una relación de confrontación con los pueblos colindantes; era preferible que no fuera así. Al igual que Estados Unidos, China consideraba que ejercía una función especial. Nunca propugnó, sin embargo, la idea estadounidense del universalismo para difundir sus valores en todo el mundo. Se limitó a controlar a los bárbaros que tenía cerca de sus fronteras. Se esforzó en que los estados tributarios como Corea reconocieran la categoría especial de China y, a cambio, les concedió ventajas, derechos comerciales, por ejemplo. En cuanto a los bárbaros de lugares remotos, como los europeos, de los que China sabía

muy poco, mantuvo una actitud distante, amistosa aunque condescendiente. Le interesaba poco que asumieran su propio modo de vida. El emperador que fundó la dinastía Ming expresaba esta idea en 1372: «Los países del océano occidental se denominan con acierto regiones distantes. Vienen [hacia nosotros] cruzando los mares. Y les resulta difícil calcular el año y el mes [de la llegada]. Independientemente de su número, los tratamos [siguiendo el principio de] "a los que vienen con modestia se les echa con generosidad"».[20]

Los emperadores chinos creían que era poco práctico pensar en ejercer influencia sobre países a los que la

naturaleza por desgracia había situado a una gran distancia de su país. En la versión china del excepcionalismo, este país no exportó sus ideas, sino que dejó que los demás se desplazaran en busca de ellas. Los pueblos de alrededor, según los chinos, se aprovechaban del contacto con China y de su civilización siempre que reconocieran la soberanía feudal del gobierno chino. Los que no la reconocían eran bárbaros. La cultura tenía su base en la sumisión ciega al emperador y en el cumplimiento de los rituales del imperio.[21] Cuando el imperio se fortalecía, se ampliaba esta esfera cultural: Todo bajo el Cielo era una entidad multinacional que abarcaba

la mayoría étnica china de los han y un sinfín de grupos étnicos chinos ajenos a estos.

Según los archivos oficiales, los enviados extranjeros no iban a la corte imperial a establecer negociaciones o a tratar asuntos de Estado; «iban a que» la influencia civilizadora del emperador «les transformara». Este no participaba en «conferencias cumbre» con otros jefes de Estado; las audiencias que se celebraban con él representaban el «delicado aprecio de unos hombres venidos de lejos», que llegaban con su tributo de reconocimiento a su mando supremo. Cuando la corte china se dignaba mandar enviados al extranjero,

no lo hacía con diplomáticos, sino con «Enviados Celestes» de la Corte Celestial.

La organización del gobierno chino reflejaba el planteamiento jerárquico del orden del mundo. China establecía vínculos con estados que pagaban tributo, como Corea, Tailandia y Vietnam, a través del Ministerio de Rituales, lo que hace suponer que la diplomacia con estos pueblos era un aspecto más de la amplia tarea metafísica que implicaba la administración de la Gran Armonía. Con menos tribus bajo la influencia china en la parte septentrional y occidental, China pasó a depender de una «corte de

dependencias», algo parecido a una oficina colonial, cuya misión era la de investir príncipes vasallos con títulos y mantener la paz en la frontera.[22]

Hasta que no sufrió la presión de las incursiones occidentales, durante el siglo XIX, China no estableció algo parecido a un Ministerio de Asuntos Exteriores para gestionar la diplomacia como función independiente del gobierno, y lo hizo en 1861, tras la derrota en dos guerras contra potencias occidentales. Se consideró una necesidad temporal, que había de abolirse en cuanto remitiera la crisis del momento. El nuevo ministerio se estableció deliberadamente en un

antiguo y anodino edificio utilizado con anterioridad por el Departamento de Monedas de Hierro, a fin de indicar, en palabras del príncipe Gong, principal estadista de la dinastía Qing, «el sentido implícito de que no puede poseer el mismo estatus que otras administraciones gubernamentales, y preservar de esta forma la distinción entre China y los países extranjeros».[23]

Las ideas de corte europeo sobre política y diplomacia entre estados no eran algo desconocido en la práctica china; aunque existían a modo de contratradición, dándose en el seno del país en épocas de desunión. De todas formas, estos períodos de división,

como si siguieran una ley consuetudinaria, acababan con la reunificación de Todo bajo el Cielo y con la reafirmación de la centralidad china por medio de una nueva dinastía.

En su función imperial, China no ofreció a los pueblos extranjeros circundantes igualdad, sino imparcialidad: se les trataba de manera humanitaria y comprensiva según el grado en que asumieran la cultura china y observaran los rituales que expresaran sumisión a este país.

Lo más significativo en cuanto al enfoque chino de los asuntos internacionales no era tanto sus importantes pretensiones formales como

la sagacidad y longevidad subyacentes. Durante la mayor parte de la historia de China, el gran número de pueblos «inferiores» situados al otro lado de sus vastas y cambiantes fronteras contaban en general con una mayor movilidad que la del propio país. En la parte septentrional y occidental se encontraban los pueblos seminómadas —manchúes, mongoles, uigures, tibetanos y, finalmente, el expansionista Imperio ruso—, cuyas caballerías eran capaces de organizar incursiones a través de las extensas fronteras en el centro de China, eminentemente agrícola, con relativa impunidad. Las expediciones de castigo se encontraban

con terrenos inhóspitos y líneas de abastecimiento de grandes extensiones. En la parte meridional y oriental de China había unos pueblos que, pese a vivir subordinados teóricamente a la cosmología china, contaban con importantes tradiciones marciales y con sus propias identidades nacionales. Los más tenaces entre ellos, los vietnamitas, se habían opuesto con uñas y dientes a las pretensiones de superioridad de los chinos y podían enorgullecerse de haberlos vencido en el campo de batalla.

China no estaba en condiciones de conquistar a todos sus países vecinos, cuya población estaba formada sobre

todo por campesinos vinculados a sus tierras ancestrales. Los mandarines no habían alcanzado su posición por medio de exhibiciones marciales, sino mediante el dominio de las clásicas y refinadas artes confucianas, como la caligrafía y la poesía. A escala individual, los pueblos limítrofes podían entrañar terribles amenazas; con un mínimo de unidad resultaban arrolladores. El historiador Owen Lattimore escribió: «Así pues, la invasión bárbara se cernía sobre China como una amenaza permanente. […] Cualquier nación bárbara capaz de proteger su retaguardia y sus flancos contra el resto de los bárbaros podía

emprender sin tropiezos la invasión de China».[24] La tan alardeada centralidad y riqueza material del país iban a volverse en su contra, y China se convertiría en pasto de invasión por todos sus flancos.

La Gran Muralla, tan importante en la iconografía china occidental, era un reflejo de desamparo, si bien en pocas ocasiones sirvió como solución. Los dirigentes chinos confiaron sobre todo en un amplio despliegue de medios diplomáticos y económicos para conseguir que los extranjeros que podían mostrarse hostiles entablaran unas relaciones que ellos pudieran dominar. No tenían tanto la aspiración de conquistar (aunque en ocasiones China

organizó importantes campañas militares) como la de impedir la invasión y evitar que se formaran coaliciones entre los bárbaros.

Sirviéndose de incentivos comerciales y utilizando unas hábiles tácticas políticas, China convenció a los pueblos de los alrededores para que siguieran las normas de centralidad de su país al tiempo que proyectaba una imagen de temible majestad que disuadía a los posibles invasores de poner a prueba su fuerza. China no se planteó como meta conquistar y subyugar a los bárbaros, sino más bien «gobernar[los] sin tensar las riendas» (*ji mi*). Para quienes se negaban a

obedecer, China tenía el recurso de explotar las divisiones que surgían entre ellos, lo que se ha venido en llamar «utilizar a los bárbaros para controlar a los bárbaros», y, en caso de que fuera necesario, «utilizar a los bárbaros para atacar a los bárbaros».[25] Como escribió una autoridad de la dinastía Ming sobre las tribus que podían entrañar algún peligro en la frontera nororiental de China:

> Si las tribus están divididas entre ellas [seguirán siendo] débiles y [resultará] fácil mantenerlas sometidas; si las tribus permanecen separadas, se desprecian entre sí y obedecen fácilmente. Nosotros apoyamos a uno u otro [de sus jefes] y dejamos que

luchen entre ellos. Es un principio de acción política que afirma: «Las guerras entre los "bárbaros" resultan prometedoras para China».[26]

El objetivo de este sistema era básicamente defensivo: evitar la formación de coaliciones en las fronteras con China. Los principios de la actuación de los bárbaros estaban tan enraizados en el pensamiento oficial chino que cuando los «bárbaros» europeos llegaron con empuje a las costas de China, en el siglo XIX, las autoridades de este país describieron el desafío con las mismas frases que habían utilizado sus predecesores dinásticos: era cuestión de «utilizar a

los bárbaros contra los bárbaros» hasta conseguir calmarlos y dominarlos. También aplicaron una estrategia tradicional en respuesta al primer ataque británico. Reclamaron la presencia de otros países europeos a fin de estimular y posteriormente manipular la rivalidad existente entre ellos.

La corte china se mantuvo muy pragmática respecto a los medios utilizados para alcanzar estas metas. Los chinos sobornaron a los bárbaros o utilizaron la superioridad demográfica de los han para reducir su empuje; una vez vencidos, quedaron sometidos, al igual que en los inicios de las dinastías Yuan y Qing, como preludio de su

«sinización». La corte china practicó constantemente lo que en otros contextos se habría considerado el apaciguamiento, si bien a través de un elaborado filtro de protocolo que permitía a las élites del país reivindicar que se trataba de una afirmación de su benévola superioridad. Así describía un ministro de la dinastía Han los «cinco cebos» con los que pensaba recibir a las tribus xiongnu que habían ascendido hacia la frontera noroccidental de China:

> Ofrecerles […] vestimenta y carruajes con grandes ornamentos para enviciar sus ojos; ofrecerles finos manjares para enviciar sus bocas; ofrecerles música y mujeres para enviciar sus oídos; ofrecerles elevados

edificios, graneros y esclavos para enviciar sus barrigas [...] y, para los que iban a rendirse, el emperador [debería] favorecerlos haciéndoles los honores con una recepción imperial en la que el propio emperador les sirviera vino y comida para enviciar su mente. Estos son los que podrían denominarse los cinco cebos.[27]

En períodos de pujanza, la diplomacia del Reino Medio constituía una racionalización ideológica del poder imperial. En épocas de decadencia, servía para encubrir debilidades y ayudaba a China a manipular a las fuerzas en conflicto.

Si se compara con otros que aspiraron más recientemente al poder en la región, China era un imperio sin grandes afanes,

con una ambición territorial limitada. Como expresaba un erudito durante el dominio de la dinastía Han: «El emperador no gobierna a los bárbaros. Los que acudan a él no serán rechazados y quienes se marchen no serán perseguidos».[28] La meta era conseguir una periferia dócil, dividida, y que no estuviera bajo el control directo de China.

La expresión más clara del pragmatismo fundamental chino era su reacción frente a los conquistadores. Cuando vencían en la batalla las dinastías de fuera, la élite burocrática china ofrecía sus servicios y se dirigía a sus conquistadores sobre la base de que

una tierra tan vasta y única como la que acababan de invadir solo podía gobernarse siguiendo los métodos chinos, con la lengua china y la burocracia existente en el país. De generación en generación, los conquistadores iban sintiéndose más integrados en el orden que habían pretendido alterar. Con el tiempo, sus propios territorios —los puntos desde donde habían iniciado las invasiones— pasaban a formar parte de China. Sin darse cuenta se encontraban luchando por los intereses nacionales chinos de siempre, tras haber abandonado efectivamente los proyectos de conquista.[29]

La *realpolitik* china y *El arte de la guerra* de Sun Tzu

Los chinos han sido siempre hábiles practicantes de la *realpolitik* y estudiosos de una doctrina estratégica claramente distinta de la estrategia y la diplomacia predominante en Occidente. Una historia turbulenta enseñó a los dirigentes chinos que no todos los problemas tenían solución y que un énfasis excesivo en el dominio total de los acontecimientos específicos podía alterar la armonía del universo. China siempre tuvo demasiados enemigos del imperio para vivir en una seguridad absoluta; su destino era el de una

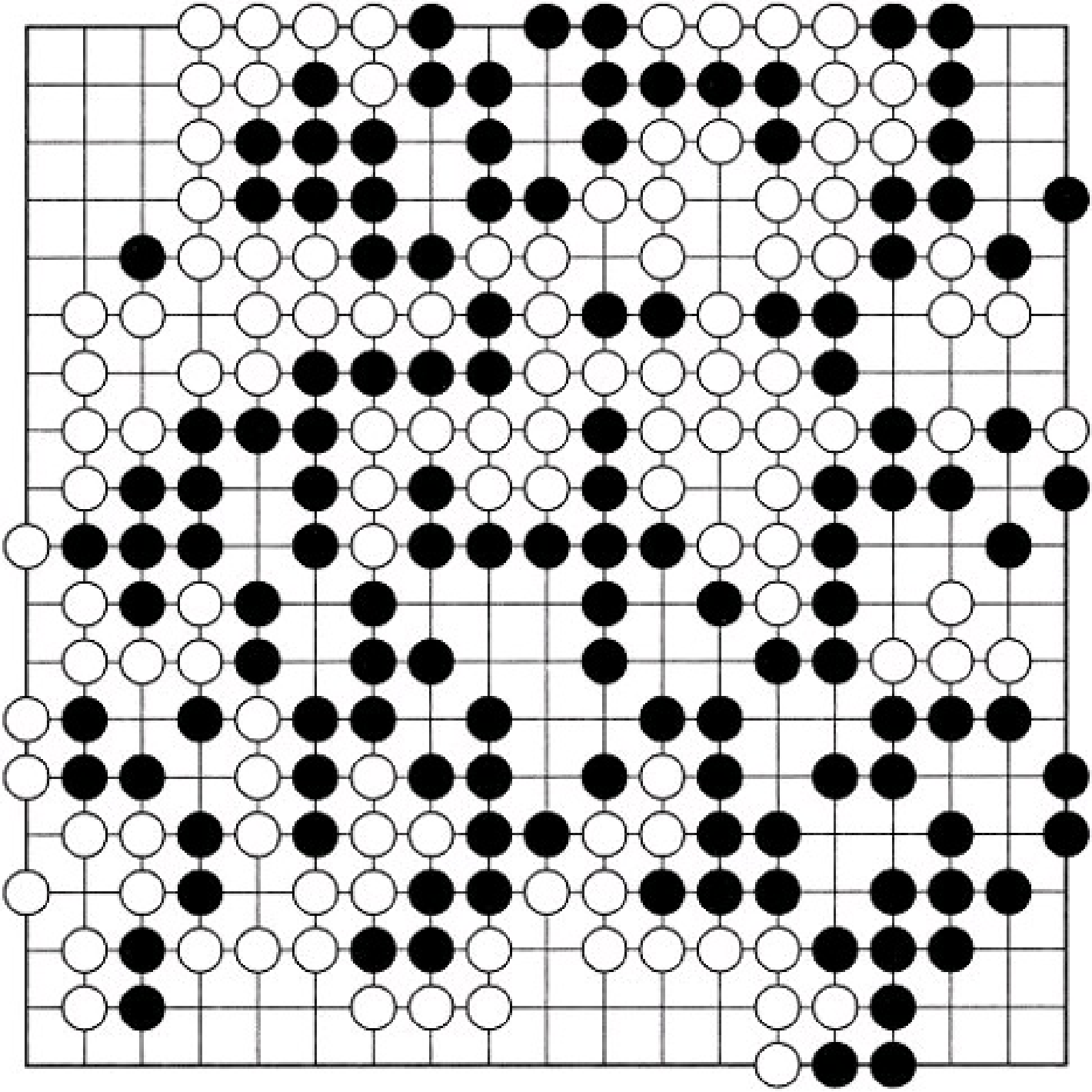
seguridad relativa, lo que implicaba también una relativa inseguridad: la necesidad de aprender las normas básicas de más de una docena de estados limítrofes con historias y aspiraciones significativamente distintas. En muy pocas ocasiones los dirigentes chinos se arriesgaron a resolver un conflicto en una confrontación de todo o nada; su estilo era más el de elaboradas maniobras que duraban años. Mientras la tradición occidental valoraba el choque de fuerzas decisivo que ponía de relieve las gestas heroicas, el ideal chino hacía hincapié en la sutileza, la acción indirecta y la

paciente acumulación de ventajas relativas.

Este contraste se ve reflejado en los respectivos juegos intelectuales por los que se ha inclinado cada civilización. El juego que más ha durado en China es el del *wei qui*, conocido también en Occidente por una variación de su nombre en japonés, *go*. *Wei qi* significa «juego de piezas circundantes» y lleva implícita la idea de cerco estratégico. El juego empieza con el tablero, una cuadrícula de diecinueve por diecinueve líneas, vacío. Cada jugador tiene a su disposición 180 piezas, o piedras, todas de igual valor. Los jugadores colocan por turnos las piedras en cualquier punto

de la cuadrícula, creando posiciones de fuerza y trabajando a un tiempo por circundar y capturar las piedras del adversario. En las distintas zonas del tablero tienen lugar múltiples contiendas simultáneas. A cada movimiento cambia gradualmente el equilibrio de fuerzas, a medida que los jugadores aplican estrategias y reaccionan frente a la iniciativa del adversario. Cuando termina una partida jugada correctamente, el tablero se llena de zonas de fuerza que se entrelazan parcialmente. El margen de ventaja suele ser mínimo y quien no esté acostumbrado al juego no siempre verá claro quién resulta vencedor.[30]

En el ajedrez, en cambio, se juega para la victoria total; su objetivo es el jaque mate, colocar al rey adversario en una posición en la que no pueda moverse sin ser destruido. La inmensa mayoría de los juegos acaban con una victoria total conseguida por el desgaste o, en poquísimas ocasiones, con una maniobra hábil, espectacular. Otro resultado serían las tablas, o el abandono por ambas partes de la esperanza de vencer.



RESULTADO DE UNA PARTIDA DE *WEI QI* ENTRE DOS JUGADORES EXPERTOS. HAN GANADO LAS NEGRAS POR UN LIGERO MARGEN.

FUENTE: *David Lai*, «Learning from the Stones: A Go Approach to Mastering China's Strategic Concept, Shi» (*U.S. Army War College Strategic Studies Institute, Carlisle, PA, 2004*).

En el ajedrez se busca la batalla decisiva y en el *wei qi*, la batalla prolongada. El ajedrecista tiene como meta la victoria total. El que juega al *wei qi* pretende conseguir una ventaja relativa. En el ajedrez, el jugador siempre tiene ante sí las posibilidades del adversario; siempre están desplegadas todas las piezas.

El jugador de *wei qi* no solo tiene que calcular las piezas de la cuadrícula, sino los refuerzos que puede desplegar el

adversario. El ajedrez enseña los conceptos de Clausewitz del «centro de gravedad» y del «punto decisivo»: el juego suele empezar como lucha por el centro del tablero. El *wei qi* enseña el arte del rodeo estratégico. Donde el hábil ajedrecista apunta a eliminar las piezas del adversario en una serie de choques frontales, el diestro jugador de *wei qi* se sitúa en espacios vacíos de la cuadrícula y va debilitando poco a poco el potencial estratégico de las piezas del adversario. El ajedrez crea resolución; el *wei qi* desarrolla flexibilidad estratégica.

En el caso de la teoría militar distintiva china se produce un contraste

parecido. Se pusieron sus cimientos durante un período de agitación, cuando estallaron unas sangrientas luchas entre reinos rivales que llevaron a una disminución de la población china. Como reacción a estas matanzas (y en su búsqueda por encontrar un fin victorioso para ellas), los pensadores chinos crearon un discurso que hacía hincapié en la victoria conseguida por medio del conocimiento psicológico y abogaba por evitar el conflicto directo.

El pionero de esta tradición ha pasado a la historia con el nombre de Sun Tzu (o «maestro Sun»), autor del célebre tratado *El arte de la guerra*. Curiosamente, nadie sabe con exactitud

quién fue Sun Tzu. Desde tiempos inmemoriales, los estudiosos se han planteado la identidad del autor de *El arte de la guerra* y la fecha de su redacción. El libro se presenta como una recopilación de máximas de un tal Sun Wu, un general viajero, asesor militar, que vivió en el período de la Primavera y el Otoño de la historia china (770-476 a.C.), como dejaron constancia sus discípulos. Algunos chinos, y posteriormente también eruditos occidentales, cuestionaron la existencia del tal maestro Sun, y se preguntaron si, en caso de haber existido, el contenido de *El arte de la guerra* había sido obra suya.[31]

Más de dos mil años después de su redacción, esta obra basada en observaciones epigramáticas sobre estrategia, diplomacia y guerra —escrita en chino clásico, a medio camino entre la poesía y la prosa— continúa siendo un texto básico para el pensamiento militar. Sus máximas encontraron su más vivida expresión en la guerra civil china del siglo XX en manos de Mao Zedong, estudiante de Sun Tzu, y en las guerras de Vietnam, puesto que Ho Chi Minh y Vo Nguyen Giap utilizaron los principios de Sun Tzu de ataque directo y guerra psicológica contra Francia y posteriormente contra Estados Unidos. (Podría decirse que Sun Tzu también

hizo carrera en Occidente, cuyas ediciones populares de *El arte de la guerra* lo sitúan como moderno gurú de la gestión empresarial.) Todavía hoy se leen los textos de Sun Tzu como un ejemplo de claridad y perspicacia, lo que sitúa a este autor entre los creadores de estrategias más destacados del mundo. Podría argumentarse que el menosprecio de sus preceptos contribuyó en buena medida al fracaso de Estados Unidos en sus guerras en Asia. Lo que distingue a Sun Tzu de los escritos sobre estrategia occidental es el énfasis en los elementos psicológicos y políticos en relación con lo meramente militar. Los grandes teóricos militares

europeos, Carl von Clausewitz y Antoine-Henri Jomini, abordan la estrategia como una actividad a título propio, aparte de la política. Incluso la célebre máxima de Clausewitz según la cual la guerra es la continuación de la política por otros medios implica que, con la guerra, el estadista entra en una nueva fase diferenciada.

Sun Tzu une los dos campos. Donde los estrategas occidentales reflexionan sobre la forma de reunir más poder en el punto decisivo, Sun Tzu aborda los medios para crear una posición política y psicológica dominante, de forma que el resultado del conflicto pase a ser una conclusión previsible. Los estrategas

occidentales ponen a prueba sus máximas con las victorias en las batallas; Sun Tzu demuestra con victorias los casos en que no ha sido necesario librar batallas.

El texto de Sun Tzu sobre la guerra no posee el punto de exaltación de determinadas obras europeas sobre este tema, ni apela al heroísmo personal. Su punto sombrío se refleja en el comienzo solemne de *El arte de la guerra*:

> *La guerra es*
> *un grave asunto de Estado*;
> *es un lugar*
> *de vida y muerte*,
> *una vía*
> *hacia la supervivencia y la extinción*,

una cuestión
que hay que reflexionar
detenidamente.[32]

Puesto que las consecuencias de la guerra son tan graves, la prudencia es el valor que más debe apreciarse.

Un gobernante
nunca debe
movilizar a sus hombres
por ira;
un general nunca debe
entablar batalla movido por el rencor…

La ira
puede convertirse en
placer;
el rencor

puede convertirse en
alegría.
Pero una nación destruida
no puede
volver a su estado anterior;
un hombre muerto
no puede
volver a la vida.

Así, el gobernante inteligente
es prudente;
el general efectivo
es cauteloso.
Esta es la forma
de mantener una nación
en paz
y un ejército
intacto.[33]

¿En qué debe tener prudencia el

estadista? Para Sun Tzu, la victoria no es tan solo el triunfo de las fuerzas armadas, antes bien es la consecución de los objetivos políticos fundamentales que pretendía asegurar el conflicto militar. En lugar de retar al enemigo en el campo de batalla es mucho mejor minar su moral o llevarle a una situación desfavorable de la que no pueda escapar de ninguna forma. Ya que la guerra es una empresa desesperada y compleja, es crucial el conocimiento de uno mismo. En la lucha psicológica, la estrategia es la que decide:

La superioridad definitiva
no estriba en ganar
cada una de las batallas,

sino en derrotar al enemigo
sin luchar siquiera.
La forma más elevada de la guerra
es el ataque
a la estrategia [del enemigo] en sí;
la siguiente,
el ataque
a [sus]alianzas.
La siguiente,
el ataque
a los ejércitos;
la forma inferior de la guerra
es el ataque
a las ciudades,
la guerra por medio del sitio
es el último recurso...

El estratega hábil
derrota al enemigo
sin librar batalla,
captura la ciudad

sin sitiarla,
derroca el Estado
sin guerra prolongada.[34]

Lo ideal sería que el alto mando alcanzara una posición de dominio tal que pudiera prescindir del todo de la batalla. O bien que utilizara las armas para dar el golpe de gracia después de un amplio análisis y de una preparación logística, diplomática y psicológica. Por consiguiente, Sun Tzu aconseja:

El ejército victorioso
es victorioso de entrada
y busca la batalla después;
el ejército derrotado
lucha de entrada
y busca la victoria después.[35]

Puesto que el ataque a la estrategia del adversario y a sus alianzas implica psicología y percepción, Sun Tzu hace especial hincapié en la utilización del subterfugio y de la información errónea. «Siempre que sea posible», aconseja:

> *Simular incapacidad*;
> *cuando se despliegan las tropas*
> *aparentar que no hay movimiento.*
> *Cuando se está cerca*,
> *aparentar que se está lejos*;
> *cuando se está lejos*,
> *aparentar que se está cerca*.[36]

Para el oficial al mando que sigue los preceptos de Sun Tzu, la victoria alcanzada de forma indirecta por medio

del engaño o la manipulación es más humana (y, desde luego, más económica) que el triunfo conseguido mediante una fuerza superior. En *El arte de la guerra* se advierte al alto mando que induzca al adversario a llevar a cabo sus propios objetivos o que le obligue a situarse en una posición tan complicada que tenga que optar por entregar su ejército o su Estado intactos.

Tal vez el punto más importante de Sun Tzu es que en una contienda militar o estratégica todo tiene su importancia y todo está relacionado: el tiempo atmosférico, el terreno, la diplomacia, los informes de espías y agentes dobles, las provisiones y la logística, el

equilibrio de fuerzas, las percepciones históricas, los intangibles de la sorpresa y la moral. Cada factor influye en los demás y crea cambios sutiles en impulso y ventaja relativa. Los acontecimientos aislados no existen.

De ahí que la tarea del estratega no se centre tanto en analizar una situación específica como en determinar su relación con el contexto en el que se produce. Ninguna disposición es estática; cualquier pauta es temporal y se encuentra en estado de evolución. El estratega debe captar hacia dónde se dirige esta evolución y conseguir que sirva a sus objetivos. Para esto, Sun Tzu utiliza el término *shi*, un concepto que

no tiene equivalente en Occidente.[37] En un contexto militar, *shi* connota la tendencia estratégica y la «posible energía» de una situación en proceso de desarrollo, «el poder inherente en la disposición específica de los elementos y… su tendencia de desarrollo».[38] En *El arte de la guerra*, el término connota la configuración en constante cambio de las fuerzas, así como su tendencia general.

Para Sun Tzu, el estratega que domina el *shi* se asemeja al agua que circula pendiente abajo, que enseguida encuentra el curso más rápido y fácil. Un alto mando victorioso espera antes de lanzarse precipitadamente a la batalla.

Rehúye la fuerza del enemigo; se dedica a observar y a organizar cambios en el campo estratégico. Estudia los preparativos y la moral del enemigo, dosifica los recursos, los limita con tiento y juega con la debilidad psicológica del adversario, hasta que por fin encuentra el momento oportuno de atacarlo en su punto más vulnerable. Seguidamente, despliega sus recursos con rapidez de manera brusca, se precipita «cuesta abajo» por la vía de la menor resistencia, en una afirmación de superioridad que el ritmo y la preparación han convertido en un hecho consumado.[39] *El arte de la guerra* articula una doctrina más de dominio

psicológico que de conquista territorial; es la forma en que los norvietnamitas lucharon contra Estados Unidos (si bien Hanoi tradujo en general sus victorias psicológicas también en conquistas territoriales).

En general, el arte de gobernar de los chinos muestra una tendencia a contemplar el paisaje estratégico como parte de un todo: el bien y el mal, lo cercano y lo lejano, la fuerza y la debilidad, el pasado y el futuro, todo tiene su interrelación. En oposición al planteamiento occidental de considerar la historia como un proceso de modernidad en el que se alcanzan una serie de victorias absolutas contra el

mal y contra el atraso, la perspectiva tradicional china de la historia pone el acento en un proceso cíclico de desintegración y rectificación, en el que la naturaleza y el mundo pueden comprenderse, pero no dominarse del todo. Lo máximo que puede conseguirse es establecer la armonía con ellos. La estrategia y el arte de gobernar se convierten en «coexistencia combativa» con el adversario. El objetivo radica en ingeniárselas para debilitarlo y simultáneamente crear nuestro propio *shi*, o posición estratégica.[40]

Este planteamiento de «ingenio» es sin duda el ideal, aunque no siempre llega a hacerse realidad. A lo largo de

su historia, los chinos han escrito muchas páginas sobre brutales conflictos, sobre conflictos muy «poco sutiles», tanto en el interior del país como, en ocasiones, fuera de él. Al estallar un conflicto, por ejemplo el que se produjo durante la unificación de China mientras dominaba la dinastía Qin, en los choques del período de los Tres Reinos, con dominio de la rebelión Taiping, y al estallar la guerra civil de siglo XX, el país registró una mortandad comparable a la de las guerras mundiales europeas. Los conflictos más sangrientos se produjeron a consecuencia de la desarticulación del sistema interno del país, es decir, como

un aspecto de los ajustes internos de un Estado al que le preocupaba en la misma medida la estabilidad interna y la protección contra la invasión extranjera, siempre al acecho.

Según los sabios clásicos chinos, el mundo jamás podrá conquistarse; los gobernantes inteligentes solo pueden aspirar a vivir en armonía con su ideario. Nunca ha existido un Nuevo Mundo que poblar, una salvación para la humanidad en tierras lejanas. La tierra prometida siempre ha sido China, y los chinos no tenían que desplazarse: ya estaban allí. Teóricamente, podían difundirse los beneficios de la cultura del Reino Medio, a través del ejemplo

superior de China, a los extranjeros que se hallaban en la periferia del imperio. Pero consideraban que no había gloria que buscar aventurándose allende los mares para convertir a los «paganos» a su modo de vida; las costumbres de la Dinastía Celestial estaban totalmente fuera del alcance de los lejanos bárbaros.

En realidad, esto podría explicar por qué China abandonó su tradición naval. En 1820, el filósofo alemán Hegel, en una conferencia sobre su filosofía de la historia, describía la tendencia de los chinos a ver como algo inhóspito y estéril el océano Pacífico que tenían en su parte oriental. Apuntaba que China,

por lo general, no se aventuró hacia los mares y que, por el contrario, dependía de sus vastas tierras continentales. La tierra imponía «una infinita multitud de dependencias», mientras que el mar impulsaba a las personas «más allá de estos limitados círculos de pensamiento y acción»: «Lo que se echa de menos en las espléndidas construcciones de que hacen gala los estados asiáticos es la manifestación del mar más allá de donde llega físicamente, pese a que algunos edificios se encuentren incluso en la misma orilla, como ocurre en China. Para estos, el mar no es más que el límite, el término de la tierra; no establecen con él relaciones positivas».

Occidente se hizo a la mar para extender su comercio y sus valores por todo el mundo. En este sentido, exponía Hegel, China, limitada a la tierra firme, pese a haber sido en otra época la mayor potencia naval del mundo, había quedado «apartada del desarrollo histórico general».[41]

Con estas tradiciones específicas y sus hábitos milenarios de superioridad, China entró en la era moderna con un tipo de imperio singular: un Estado que reivindicaba su trascendencia universal por su cultura y sus instituciones, pero que no hacía esfuerzos para ganar prosélitos; era el país más rico del mundo, y sin embargo, se mostraba

indiferente al comercio exterior y a la innovación tecnológica; una cultura del cosmopolitismo supervisada por una élite política ajena al nacimiento de la era de la exploración occidental; y una unidad política de una extensión geográfica sin precedentes que ignoraba las corrientes tecnológicas e históricas que pronto habían de constituir una amenaza para su existencia.

2
La cuestión del kowtow y la guerra del opio

Cuando el siglo XVIII tocaba a su fin, China se encontraba en la cúspide de su grandeza imperial. La dinastía Qing, fundada en 1644 por las tribus manchúes que penetraron en el país desde el nordeste, convirtió a China en una importante potencia militar. Con la fusión de la destreza militar manchú y mongol y la habilidad en el campo de la

cultura y el gobierno de los han chinos, el país se lanzó a la expansión territorial hacia su parte septentrional y occidental y creó una profunda esfera de influencia china en Mongolia, el Tíbet y la actual Xinjiang. China alcanzó el predominio en Asia; y podía considerarse rival de cualquier imperio de la tierra.[1]

Sin embargo, el momento culminante de la dinastía Qing fue también crucial en su destino. La riqueza y la importancia de China atrajo la atención de los imperios occidentales y de las empresas comerciales que operaban lejos de los límites del sistema conceptual del orden tradicional del mundo chino. Por primera vez en su

historia, China se enfrentó a unos «bárbaros» que ya no pretendían desplazar a la dinastía china y hacerse con el Mandato Celestial; lo que proponían, en cambio, era cambiar el sistema sinocéntrico por una visión completamente distinta del orden mundial, con libre comercio en lugar de tributo, embajadas permanentes en la capital de China y un sistema de intercambio diplomático en el que no se hiciera referencia a los jefes de Estado que no fueran chinos llamándoles «bárbaros honorables» que tuvieran que jurar lealtad a su emperador en Pekín.

Sin el conocimiento de las élites chinas, estas sociedades extranjeras

crearon unos nuevos métodos industriales y científicos que, por primera vez en siglos —o tal vez en la historia—, superaron los del propio país. La máquina de vapor, el ferrocarril y los nuevos métodos de fabricación y formación de capital permitieron dar pasos de gigante en la productividad en Occidente. Las potencias occidentales, movidas por el impulso conquistador que las llevó hacia la esfera de dominio tradicional china, consideraron ridículo que China aspirara al mando supremo de Europa y de Asia. Habían decidido imponer a China sus propias pautas de conducta en el ámbito internacional, por la fuerza si era necesario. La

confrontación que se derivó de ello hizo tambalear la cosmología básica china y dejó unas heridas que todavía seguían abiertas un siglo después, en la época de la recuperación del prestigio chino.

A principios del siglo XVII, las autoridades chinas habían observado el incremento del número de comerciantes europeos en su costa sudeste. Pocos detalles les llevaban a diferenciar a los europeos de otros extranjeros que circulaban en la periferia del imperio, aparte tal vez de su especialmente flagrante carencia de conocimientos culturales sobre China. Desde el punto de vista chino, estos «bárbaros de los mares occidentales» pertenecían al

grupo de los «enviados de tributo» o «mercaderes bárbaros». En contadas ocasiones se permitía a alguno llegar hasta Pekín, donde —en caso de ser admitido en presencia del emperador— los que alcanzaban tal privilegio tenían que realizar el kowtow: el acto de postración en el que la frente toca tres veces el suelo.

Los visitantes extranjeros tenían rigurosamente restringidos los puntos de entrada en China y las rutas hacia la capital. El acceso al mercado chino estaba estrictamente limitado a un comercio de temporada en Cantón (Guangzhou). Cada invierno se obligaba a los mercaderes de fuera a volver a su

país. No se les permitía emprender viaje hacia el interior de China. Las normas los mantenían a raya. Era ilegal enseñar la lengua china a aquellos bárbaros o venderles libros sobre la historia y la cultura chinas. Las comunicaciones tenían que llevarse a cabo a través de unos mercaderes de la zona que contaban con autorización especial.[2]

En China, el libre comercio, las embajadas permanentes y la igualdad soberana —en aquellos momentos, los derechos mínimos de los que disfrutaban los europeos prácticamente en todos los rincones del mundo— eran prácticas inauditas. Se había hecho una excepción táctica con Rusia. La rápida expansión

de este país hacia Oriente (por aquel entonces, los dominios del zar lindaban con los territorios Qing de Xinjiang, Mongolia y Manchuria) lo situaba en una posición excepcional para amenazar a China. En 1715, la dinastía Qing permitió el establecimiento de una misión ortodoxa rusa en Pekín, que, con el tiempo, adoptó la función de embajada *de facto*, la única delegación extranjera de este tipo que hubo en China durante más de un siglo.

Los contactos que se facilitaban a los comerciantes europeos occidentales, a pesar de ser muy limitados, eran considerados por los Qing como un importante favor. Desde la perspectiva

china, el Hijo del Cielo mostraba su benevolencia al permitirles participar en el comercio chino, en especial el del té, la seda, la artesanía lacada y el ruibarbo, por el que los bárbaros de los mares occidentales sentían un voraz apetito. Europa quedó siempre demasiado lejos del Reino Medio para sinizarse a lo largo de las fronteras coreana o vietnamita.

De entrada, los europeos aceptaron el papel de suplicantes en el orden tributario chino, en el que se les catalogaba como «bárbaros» y su comercio recibía el nombre de «tributo». Pero a medida que las potencias occidentales fueron

adquiriendo más riqueza y seguridad, esta situación se hizo insostenible.

La misión de Macartney

Lo que el orden mundial chino daba por supuesto resultaba especialmente ofensivo para los británicos (los «bárbaros pelirrojos» en determinados documentos chinos). Como principal potencia comercial y naval de Occidente, a Gran Bretaña le humillaba el papel que se le asignaba en la cosmología del Reino Medio, cuyo ejército, comentaban los británicos, seguía utilizando básicamente arcos y

flechas y cuya armada podía decirse que brillaba por su ausencia. A los comerciantes británicos les sentaba mal la cada vez mayor cantidad de «jugo» que les sacaban los mercaderes chinos que les habían asignado en Cantón, a través de los que, siguiendo la normativa china, había que llevar a cabo todo el comercio occidental. Por ello empezaron a buscar acceso al resto del mercado chino más allá de la costa sudoriental.

El primer intento importante que llevaron a cabo los británicos para poner remedio a la situación fue la misión de 1793-1794 de lord George Macartney en China, la tarea más

notable, mejor concebida y menos «militarista» de Europa destinada a modificar las relaciones imperantes entre China y Occidente y a conseguir el libre comercio y la representación diplomática en igualdad de condiciones. Sin embargo, fue un fracaso total.

Resulta instructivo estudiar con cierto detalle la misión de Macartney. El diario del enviado ilustra la idea que tenían los chinos respecto a su función, así como el abismo existente entre Occidente y la China en la percepción de la diplomacia. Macartney era un distinguido funcionario que había acumulado años de experiencia en el extranjero y poseía un agudo sentido de

la diplomacia «oriental». Contaba, además, con una notable cultura. Vivió tres años como enviado especial en la corte de Catalina la Grande de San Petersburgo, donde negoció un tratado de amistad y comercio. De vuelta a su país, publicó un libro que recogía sus observaciones sobre la historia y la cultura rusas que tuvo muy buena acogida. Más tarde fue destinado a Madrás como gobernador. Poseía el mismo bagaje que cualquier contemporáneo suyo para poner en marcha una nueva diplomacia entre civilizaciones.

Cualquier británico culto de la época podía haber considerado modestos los

objetivos de la misión Macartney en China, sobre todo en comparación con el dominio que acababa de establecer Gran Bretaña sobre la India, el gigante de al lado. Henry Dundas, ministro del Interior británico, explicaba las instrucciones de Macartney como un intento de conseguir «una comunicación libre con un pueblo, tal vez el más singular del mundo». Tenían como objetivos básicos el establecimiento de embajadas recíprocas en Pekín y Londres y el acceso comercial a otros puertos de la costa china. En cuanto al segundo punto, Dundas acusó a Macartney de desviar la atención del «desalentador» y «arbitrario» sistema

de normas de Cantón que impedía que los mercaderes británicos entraran en «la justa competencia del mercado» (idea que no tenía equivalente directo en la China confuciana). Iba a negar, recalcó Dundas, cualquier ambición territorial en China, una declaración que el interlocutor tenía que considerar a la fuerza injuriosa, pues implicaba que Gran Bretaña tenía derecho a tales aspiraciones.[3]

El gobierno británico se dirigió a la corte china en pie de igualdad, lo que para el grupo dirigente británico era permitirse un grado de dignidad poco corriente como país occidental, pero para China se trataba de un acto de

contumaz insubordinación. Dundas dio instrucciones a Macartney de que aprovechara la «primera oportunidad» para subrayar ante la corte china que el rey Jorge III consideraba la misión de Macartney como «una embajada en la nación más civilizada, así como la más antigua y populosa del mundo, con el objeto de observar sus célebres instituciones y transmitir y recibir los beneficios resultantes de una relación amistosa y sin reservas entre dicho país y el suyo». Dundas recomendaba a Macartney que cumpliera con «todos los ceremoniales de la corte». Y seguía: «Los que tal vez no comprometan el honor de vuestro soberano, o rebajen

vuestra dignidad, hasta el punto de poner en peligro vuestra negociación». Dundas subrayaba, para el éxito de la misión: «Que ningún detalle nimio de protocolo obstaculice la consecución de los importantes beneficios que pueden obtenerse».[4]

Para asegurar sus objetivos, Macartney llevó consigo un gran número de pruebas que demostraban la maestría científica e industrial británica. Incluyó en su séquito a un cirujano, un médico, un mecánico, un experto en metalurgia, un relojero, un creador de instrumentos matemáticos y «cinco músicos alemanes», que iban a actuar todas las noches. (Estos espectáculos constituían

uno de los aspectos más exitosos de la embajada.) Entre los obsequios que llevaba para el emperador destacaban productos pensados al menos en parte para demostrar los fabulosos beneficios que podía obtener China del comercio con Gran Bretaña: piezas de artillería, un carro, relojes con diamantes incrustados, porcelana británica (copiada de la expresión artística china, como apuntaron en señal de aprobación los funcionarios Qing) y retratos del rey y la reina pintados por Joshua Reynolds. Macartney les obsequió incluso con un globo aerostático, y había planificado, aunque sin éxito, que unos miembros de

su misión volaran sobre Pekín a modo de demostración.

La misión de Macartney no consiguió ninguno de sus objetivos específicos; las diferencias de percepción eran abismales. Macartney había intentado demostrar las ventajas de la industrialización, pero el emperador consideró sus obsequios como tributos. El enviado especial británico esperaba que sus anfitriones reconocieran que habían quedado totalmente rezagados en la vía del progreso de la civilización tecnológica y que buscaran una relación especial con Gran Bretaña para poner remedio al atraso. En realidad, los chinos trataron a los británicos como a

una tribu bárbara arrogante y desinformada en busca del favor del Hijo del Cielo. China seguía apegada a su sistema básicamente agrario, con una población que iba en aumento y hacía más urgente que nunca la producción de alimentos, y una burocracia confuciana, que no estaba al corriente de los elementos fundamentales de la industrialización: la máquina de vapor, el crédito y el capital, la propiedad privada y la educación pública.

La primera nota discordante surgió cuando Macartney y su séquito se dirigieron hacia Jehol, la capital de verano del país, situada al nordeste de Pekín, ascendiendo por la costa en

veleros chinos cargados con abundantes regalos y todo tipo de manjares, pero que exhibían unos escritos en chino que rezaban: «El embajador inglés rinde tributo al emperador de China». Macartney, ciñéndose a las instrucciones de Dundas, decidió: «No voy a quejarme, me limitaré a darme por enterado cuando surja la ocasión oportuna».[5] Sin embargo, al acercarse a Pekín, los mandarines responsables de dirigir la misión abrieron una negociación que puso más de relieve las diferencias de percepción. La cuestión era comprobar si Macartney realizaría el kowtow ante el emperador o si, por el

contrario, como insistía, seguiría la costumbre británica de hincar la rodilla.

La parte china abrió las conversaciones de forma indirecta haciendo un comentario, como recordó Macartney en su diario, sobre «los distintos modos de vestir dominantes en una y otra nación». Los mandarines llegaron a la conclusión de que, en definitiva, la vestimenta china era superior, pues permitía a quien la llevaba efectuar con mayor comodidad «las genuflexiones y postraciones que —según precisaron— tenían que llevar a cabo todas las personas siempre que el emperador apareciera en público». ¿No les parecía mejor a los delegados

británicos quitarse de encima aquellas hebillas de las rodillas y aquellas ligas tan incómodas antes de presentarse ante la augusta presencia del emperador? Macartney respondió con la sugerencia de que probablemente el emperador agradecería que le mostrara la misma obediencia que demostraba a su propio soberano.[6]

Las conversaciones sobre la «cuestión del kowtow» siguieron sin mucha continuidad durante unas semanas. Los mandarines sugirieron que una de dos, o Macartney realizaría el kowtow, o volvía a su país con las manos vacías; él se resistió. Por fin se acordó de que podía seguir la costumbre

europea de hincar la rodilla. Se demostró que había sido el único punto en que pudo vencer (al menos en la conducta propiamente dicha; el informe oficial chino afirmaba que Macartney, abrumado por la imponente majestad del emperador, al final había realizado el kowtow).[7]

Todo esto tuvo lugar en el intrincado marco del protocolo chino, que demostró a Macartney un trato sumamente considerado al obstaculizar y rechazar sus propuestas. Se vio envuelto en aquel protocolo que lo englobaba todo y se le insistió en que cada aspecto de este tenía un objetivo establecido cósmicamente e inalterable, de tal forma

que casi se vio incapaz de iniciar las conversaciones. También se dio cuenta, con una mezcla de respeto y desasosiego, de la eficiencia de la gran burocracia china. Tal como le dijeron: «Cada una de las circunstancias que nos incumbe y cada palabra que sale de nuestros labios se comunica y se recuerda con toda minuciosidad».[8]

Para consternación de Macartney, las maravillas tecnológicas de Europa al parecer no impresionaron a sus anfitriones. Según escribió él mismo, hablando de cuando el grupo mostró los cañones montados: «Nuestro maestro guía simuló reflexionar un momento y luego nos habló como si aquello no

fuera una novedad para China».[9] Hizo caso omiso con cortés condescendencia de las lentes, del carro bélico y del globo aerostático.

Al cabo de un mes y medio, el embajador seguía esperando que le concedieran audiencia con el emperador, y en el intervalo fueron sucediéndose banquetes, espectáculos y conversaciones sobre el protocolo adecuado para una posible audiencia imperial. Por fin, a las cuatro de la mañana, lo llevaron a una «tienda espaciosa y elegante» para que esperara al emperador, quien se presentó allí con gran ceremonia transportado en un palanquín. Macartney quedó

maravillado ante la magnificencia del protocolo chino, en el que «cada función de la ceremonia se desempeñaba en medio de un silencio y una solemnidad que en cierta medida le recordaba la celebración de un misterio religioso».[10] Tras ofrecer unos obsequios a Macartney y a su séquito, el emperador agasajó al grupo británico. El propio Macartney explicó: «Nos hizo traer distintos platos de su propia mesa y nos sirvió, con sus propias manos, una taza de vino tibio, que nos tomamos en su presencia».[11] (Cabe señalar que lo de servir vino a enviados extranjeros se citaba específicamente en los cinco

cebos que la dinastía Han aplicaba a los bárbaros.)[12]

Al día siguiente, Macartney y su grupo fueron invitados a la celebración del cumpleaños del emperador. Por fin, el máximo mandatario obsequió a Macartney con una representación teatral, a la que asistió en el palco imperial. Entonces Macartney dio por supuesto que ya podía negociar la cuestión de la embajada. Pero el emperador lo interrumpió con otro regalo: una cajita con piedras preciosas. «Y un librito escrito y pintado por él, que deseaba que presentara al rey, mi señor, como prueba de su amistad, y me dijo que la cajita había permanecido

ochocientos años en manos de su familia», según anotó Macartney.[13]

En cuanto le hubo ofrecido aquellas muestras de la prodigalidad imperial, los funcionarios chinos sugirieron que, dado que se acercaba el frío invierno, había llegado el momento de la partida de Macartney. Este alegó que las dos partes aún no habían «entrado en negociaciones» sobre los temas de las instrucciones oficiales recibidas; añadió que «apenas había iniciado su cometido». El rey Jorge deseaba, insistió Macartney, que se le permitiera residir en la corte china como embajador británico permanente.

El 3 de octubre de 1793, a primera

hora de la mañana, un mandarín despertó a Macartney y lo convocó, con traje de ceremonial completo, a la Ciudad Prohibida, donde recibiría respuesta a su petición. Después de esperar unas horas, lo condujeron por una escalera hasta una butaca recubierta de seda en la que, en lugar de ver al emperador, encontró una carta de este dirigida al rey Jorge. Los funcionarios chinos realizaron el kowtow ante la carta y Macartney hincó la rodilla. Finalmente, trasladaron la comunicación imperial a las estancias de Macartney con todo el ceremonial. Aquella resultó ser una de las comunicaciones más humillantes

registradas en los anales de la diplomacia británica.

El edicto empezaba comentando la «respetuosa humildad» del rey Jorge al enviar una misión de homenaje a China:

> Vos, oh rey, aunque vivís más allá de los confines de muchos mares, movido por el humilde deseo de participar en los frutos de nuestra civilización, habéis enviado una misión que lleva con respeto vuestro testimonio.

A partir de aquí, el emperador desestimaba todas las peticiones fundamentales que había formulado Macartney, y entre ellas, la propuesta de

que se le permitiera residir en Pekín como diplomático:

> En cuanto a vuestra súplica de enviar a uno de vuestros súbditos para acreditarse en mi Corte Celestial y controlar el comercio de vuestro país con China, la petición va en contra de las costumbres de mi dinastía y no puede contemplarse en forma alguna… [No se le] podría permitir libertad de movimiento, ni el privilegio de mantener correspondencia con su propio país; así pues, no os serviría de nada que estableciera residencia entre nosotros.

La propuesta de que China mandara su propio embajador a Londres, seguía el edicto, era aún más absurda:

Suponiendo que yo enviara a un embajador a residir a vuestro país, ¿cómo podríais conseguir para él los requerimientos imprescindibles? Europa está formada por muchas otras naciones aparte de la vuestra: si cada una de ellas solicitara representación en nuestra corte, ¿cómo podríamos acceder a ello? Es algo totalmente imposible de llevar a cabo.

Tal vez, precisaba el emperador, el rey Jorge había enviado a Macartney a conocer las maravillas de la civilización de China. Pero aquello tampoco merecía consideración:

Si afirmáis que vuestra veneración respecto a nuestra Dinastía Celestial os llena de deseo de adoptar nuestra civilización,

nuestras ceremonias y nuestro código legislativo son tan diferentes de los vuestros que, aunque vuestro enviado consiguiera adquirir los rudimentos de nuestra civilización, no os sería posible traspasar nuestros usos y costumbres a vuestra extraña tierra.

En cuanto a las propuestas de Macartney sobre las ventajas del comercio entre Gran Bretaña y China, la Corte Celestial ya había mostrado una gran deferencia respecto a los británicos al permitirles «total libertad de comercio en Cantón durante muchos años»; más allá de esto, cualquier cosa sería «totalmente irrazonable». Sobre los supuestos beneficios del comercio

británico con China, Macartney estaba lamentablemente equivocado:

> Los costosos objetos forasteros no me interesan. Si he dado órdenes de que los tributos que me habéis ofrecido, oh rey, se aceptaran ha sido simplemente en consideración al espíritu que os movió a enviarlos desde lejos. […] Como puede ver vuestro embajador, aquí tenemos de todo.[14]

Así las cosas, resultaba imposible un comercio que superara lo establecido. Gran Bretaña no podía ofrecer a China nada que fuera del interés de este país, y China ya había presentado a los británicos todo lo que le permitía su legislación divina.

Dado que parecía que no había nada más que hacer, Macartney decidió volver a Inglaterra vía Cantón. Cuando se preparaba para zarpar, se dio cuenta de que después de la negativa radical del emperador a atender las peticiones británicas, los mandarines se mostraban en todo caso más atentos, lo que le llevó a pensar que quizá la corte se lo había pensado mejor. Hizo las preguntas pertinentes a tal efecto, pero los chinos habían acabado con la cortesía diplomática. Puesto que el peticionario bárbaro parecía no comprender la sutileza, se le presentó un edicto imperial que rayaba en la amenaza. El emperador decía al rey Jorge: «Soy

consciente del aislamiento y la lejanía de vuestra isla, separada del mundo por una vasta inmensidad de mar». Y seguía: «Pero la capital china es el centro sobre el que giran todas las partes del mundo. […] A los súbditos de vuestros dominios nunca se les ha permitido abrir comercio en Pekín». Y concluía con una advertencia:

> Os he expuesto en consecuencia los hechos detalladamente y vuestro deber ineludible es el de comprender con reverencia mis sentimientos y obedecer estas instrucciones en lo sucesivo y para siempre, a fin de que podáis disfrutar de la gracia de la paz perpetua.[15]

El emperador, totalmente desconocedor de la capacidad de una posible reacción voraz y violenta de los dirigentes occidentales, jugaba, sin saberlo, con fuego. El juicio de valor con el que Macartney había abandonado China no auguraba nada bueno:

> Un par de fragatas inglesas iban a superar a toda la fuerza naval del imperio. […] En medio verano podían destruir por completo la navegación en las costas y llevar a los habitantes de las provincias marítimas, que subsistían sobre todo a base de pescado, a la hambruna.[16]

Por más autoritaria que pueda parecer ahora la conducta china, hay que tener

presente que durante siglos trabajó en la organización y el mantenimiento de un importante orden internacional. En la época de Macartney, los beneficios del comercio con Occidente no eran ni mucho menos evidentes: teniendo en cuenta que el PIB de China era aproximadamente siete veces superior al de Gran Bretaña, podría comprenderse que el emperador creyera que era Londres la que necesitaba la ayuda de Pekín, y no al revés.[17]

Sin duda, la corte imperial se alegró de haber llevado con habilidad el asunto de la misión bárbara, acercamiento que no se repitió en más de veinte años. Cabe decir, de todos modos, que el

respiro no se debió tanto a la pericia de los chinos en el campo diplomático como a las guerras napoleónicas, que consumieron los recursos de los estados europeos. En cuanto se hubieron deshecho de Napoleón, una nueva misión británica apareció en las costas de China en 1816, con lord Amherst a la cabeza. En esta ocasión, el enfrentamiento por razones de protocolo se convirtió en una pelea física entre los enviados británicos y los mandarines de la corte, reunidos fuera de la sala del trono. Cuando Amherst se negó a realizar el kowtow ante el emperador, a quien los chinos insistían en llamar «el soberano universal», la misión fue

rechazada con brusquedad. Se instó al príncipe regente británico a «obedecer» para «avanzar hacia una transformación civilizada»; mientras tanto, no hacían falta más embajadores para, como se decía textualmente: «demostrar que en realidad sois vasallos nuestros».[18]

En 1834, el secretario de Asuntos Exteriores británico, lord Palmerston, envió otra misión para intentar una brillante resolución. Palmerston, quien precisamente no dominaba las leyes de la dinastía Qing, envió a lord Napier, oficial de la armada escocesa, con las contradictorias instrucciones de «ajustarse a las leyes y costumbres de China» y al mismo tiempo solicitar

relaciones diplomáticas permanentes, embajada británica permanente en Pekín, acceso a más puertos de la costa china y, por si acaso, comercio libre con Japón.[19]

A la llegada de Napier a Cantón, él mismo y el gobernador de la zona se encontraron en un callejón sin salida: cada cual se negó a recibir la carta del otro con el pretexto de que la aceptación del trato con un personaje de tan poca categoría implicaría rebajarse. Napier, a quien las autoridades de la zona habían puesto un nombre chino que significaba «repugnante a conciencia», se dedicó a repartir por Cantón unos agresivos escritos después de contratar los

servicios del traductor de aquella zona. Por fin, el destino resolvió aquel enojoso problema con los bárbaros a favor de los chinos, pues Napier y el traductor contrajeron las fiebres del paludismo y pasaron a mejor vida. De todas formas, antes de exhalar el último suspiro, Napier tuvo noticia de la existencia de Hong Kong, un afloramiento rocoso con poca densidad de población que consideró que podía convertirse en un excelente puerto natural.

Los chinos tuvieron la satisfacción de haber llevado de nuevo al redil a los rebeldes bárbaros. Aun así, fue la última vez que los británicos aceptaron la

negativa. De año en año, la insistencia británica fue haciéndose más amenazadora. El historiador francés Alain Peyrefitte resumió así la reacción de Gran Bretaña después de la misión de Macartney: «Si China se mantenía cerrada, habría que derribar a golpes sus puertas».[20] Las maniobras diplomáticas chinas y los bruscos rechazos no hicieron más que demorar lo inevitable respecto al sistema internacional moderno, planificado siguiendo las líneas marcadas por europeos y estadounidenses. Con ello iba a desencadenarse una de las mayores y más desgarradoras tensiones sociales,

intelectuales y morales de la larga historia de la sociedad china.

EL CHOQUE ENTRE DOS SISTEMAS DE ORDEN MUNDIAL: LA GUERRA DEL OPIO

Las potencias industriales occidentales en auge no podían seguir tolerando un sistema que las llamaba «bárbaras», que pretendía que presentaran «tributo» o las obligaba a ceñirse a un comercio regulado estrictamente por temporadas en una única ciudad portuaria. Por otra parte, los chinos empezaban a mostrarse dispuestos a hacer unas limitadas concesiones a las ansias de «beneficios»

(un concepto algo inmoral según el pensamiento confuciano) de los mercaderes occidentales; sin embargo, quedaron consternados cuando los enviados occidentales sugirieron que China podía ser simplemente un Estado entre tantos, o que tendría que vivir en contacto diario y permanente con los enviados bárbaros en la capital de su imperio.

Desde la perspectiva actual, los enviados occidentales no hicieron ninguna propuesta inicial que pudiera considerarse especialmente vergonzosa si nos atenemos a las normas de Occidente: los objetivos del libre comercio, los contactos diplomáticos

regulares y las embajadas permanentes hoy en día hieren pocas sensibilidades; al contrario, se consideran un modelo común en la práctica de la diplomacia. No obstante, el enfrentamiento definitivo se produjo a raíz de uno de los aspectos más bochornosos de la intrusión occidental: la insistencia en la importación ilimitada de opio a China.

A mediados del siglo XIX, el opio se toleraba en Gran Bretaña y estaba prohibido en China, si bien cada vez era mayor el número de chinos que lo consumían. La India británica constituía el centro del mayor cultivo de adormidera del mundo, y los mercaderes británicos y estadounidenses, que

trabajaban de común acuerdo con los contrabandistas chinos, hacían su agosto. En realidad, el opio fue uno de los pocos productos extranjeros que floreció en el mercado chino; las famosas manufacturas británicas eran rechazadas como baratijas o productos de calidad inferior respecto a los chinos. La buena sociedad occidental veía el comercio del opio como una vergüenza. Los mercaderes, por su parte, no estaban dispuestos a perder un comercio tan lucrativo.

La corte Qing debatió la legalización del opio y la administración de su venta; por fin decidió tomar medidas drásticas y erradicar de una vez por todas este

comercio. En 1839, Pekín envió a Lin Zexu, funcionario de probada competencia, a cortar el comercio en Cantón y a obligar a los mercaderes occidentales a acatar la prohibición oficial. Lin, un mandarín confuciano tradicional, abordó el problema como hubiera hecho con cualquier problema bárbaro especialmente pertinaz: combinando la fuerza y la persuasión moral. A su llegada a Cantón, pidió a las misiones comerciales occidentales que entregaran los arcones de opio para su destrucción. Cuando la iniciativa fracasó, encerró a todos los extranjeros —incluyendo a los que no tenían nada que ver con el comercio del opio— en

sus factorías y les anunció que no los soltaría hasta que abandonaran el contrabando.

Acto seguido, Lin envió una carta a la reina Victoria elogiando, con la deferencia que le permitía el protocolo tradicional, «la cortesía y la sumisión» de sus predecesores al enviar «tributo» a China. El punto crucial de la carta era la petición de que ella misma se ocupara de la erradicación del opio de los territorios indios de Gran Bretaña:

> En determinados puntos de la India bajo vuestro control, como Bengala, Madrás, Bombay, Patna, Benarés y Malwa… [se ha] plantado opio de un lugar a otro y se han construido estanques para su manufactura.

[…] El repugnante olor asciende, irrita los cielos y asusta los espíritus. Vos, oh rey, podéis erradicar la planta del opio de estos lugares, mandar pasar la azada por todos los campos y sembrar en ellos los cinco cereales. Quien se atreva a intentar de nuevo la siembra y la manufactura del opio debe recibir un severo castigo.[21]

La demanda era razonable, a pesar de haberse expresado siguiendo la suposición tradicional del supremo dominio chino:

Si un hombre de otro país se va a comerciar a Inglaterra, tiene que acatar las leyes inglesas; mucho más, pues, habrán de acatarse las leyes de la Dinastía Celestial […] Los mercaderes bárbaros de vuestro

país que deseen comerciar durante un período prolongado deben acatar con respeto nuestras prescripciones y cortar de manera permanente la fuente del opio. […]

Controlad, oh rey, a los malvados y cribad a vuestros peligrosos súbditos antes de que lleguen a China, a fin de garantizar la paz de vuestra nación, de mostrar claramente la sinceridad de vuestra cortesía y sumisión y de dejar que los dos países disfruten del don de la paz. ¡Qué fortuna, qué gran fortuna! Al recibo de este mensaje respondednos inmediatamente sobre los detalles y circunstancias del cese del tráfico de opio. Procurad no posponerlo.[22]

Exagerando la importancia de la influencia de China, en su ultimátum, Lin amenazaba con cortar las exportaciones de productos chinos, que veía como

necesidades vitales para los bárbaros occidentales: «Si China corta con estos beneficios sin compasión alguna por aquellos que van a sufrir, ¿con qué pueden contar los bárbaros para subsistir?». China no tenía nada que temer de las represalias: «Los artículos que vienen de fuera de China no pueden usarse más que como juguetes. Podemos aceptarlos o pasar sin ellos».[23]

Al parecer, la carta de Lin nunca llegó a manos de la reina Victoria. Mientras tanto, los británicos consideraron el asedio de Lin a la comunidad británica de Cantón como una ofensa intolerable. Los que ejercían presión por el «comercio con China» pidieron al

Parlamento una declaración de guerra. Palmerston mandó una carta a Pekín en la que pedía «satisfacción y reparación de los daños infligidos por las autoridades chinas a los súbditos británicos residentes en China y por las afrentas de estas mismas autoridades a la Corona británica», así como la cesión permanente de «una o más de las islas de considerable extensión situadas en la costa de China» como depósito para el comercio británico.[24]

En su carta, Palmerston reconocía que, según la ley china, el opio era «contrabando», pero se rebajaba haciendo una defensa legalista del comercio, aduciendo que, en el marco

de los principios legales occidentales, la prohibición china había perdido vigor a causa de la complicidad de los funcionarios corruptos. Esta casuística no iba a convencer a nadie, y Palmerston no estaba dispuesto a retrasar su decisión de llevar las cosas a un punto crítico: ante la «importancia urgente» de la cuestión y la enorme distancia que separaba Inglaterra de China, el gobierno británico ordenaba que saliera inmediatamente una flota a «bloquear los principales puertos chinos», a apoderarse de «todas las naves chinas que [esta] pudiera encontrar» y hacerse con «una parte accesible del territorio chino» hasta que Londres obtuviera una

satisfacción.[25] Había empezado la guerra del opio.

En una primera reacción, China consideró como una amenaza infundada la posibilidad de una ofensiva británica. Uno de los funcionarios expuso al emperador que la gran distancia entre China e Inglaterra debilitaría a los ingleses: «Los bárbaros ingleses constituyen una raza insignificante y detestable, que confía únicamente en sus potentes barcos y sus aplastantes armas, pero la inmensa distancia que habrán recorrido hará imposible la llegada de oportunas provisiones, y sus soldados, a la primera derrota, desprovistos de abastecimiento, se desanimarán y se

encontrarán perdidos».[26] Después de que los británicos bloquearan el río Perla y se apoderaran de unas cuantas islas situadas frente a la ciudad portuaria de Ningbo, como demostración de fuerza, Lin escribió indignado a la reina Victoria: «Vosotros, salvajes de los mares lejanos, al parecer os habéis crecido hasta el punto de desafiar e injuriar a nuestro poderoso imperio. En verdad que ha llegado la hora de que "os desolléis el rostro y os limpiéis el corazón" y enmendéis vuestra conducta. Si os sometéis con humildad a la Dinastía Celestial y le presentáis vuestra fidelidad, podría daros la oportunidad de expiar vuestras faltas del pasado».[27]

Unos cuantos siglos de predominio habían distorsionado el sentido de la realidad de la Corte Celestial. La pretensión de superioridad no hacía más que acentuar la inevitable humillación. Los navíos británicos sorteaban veloces las defensas costeras chinas y bloqueaban los principales puertos de este país. Los cañones que en otra época habían menospreciado los mandarines que habían recibido a Macartney surtían un brutal efecto.

Uno de los funcionarios chinos, Qishan, el virrey de Zhili (la división administrativa que en aquella época abarcaba Pekín y las provincias colindantes), comprendió por fin el

desamparo de China cuando fue enviado a establecer un contacto preliminar con la flota británica que había navegado hacia el norte, en dirección a Tianjin. Admitió que los chinos eran incapaces de responder al fuego naval: «Sin una brizna de viento, ni marea favorable, ellos [los barcos de vapor] se deslizan contra la corriente y alcanzan unas velocidades fabulosas. […] Los carros están montados sobre unas plataformas giratorias que permiten dar la vuelta a los cañones y apuntar con ellos en cualquier dirección». En cambio, Qishan afirmaba que las armas chinas eran reliquias de la dinastía Ming, y añadía: «Los encargados de las cuestiones

militares son hombres de letras [...] no poseen conocimientos sobre armamento».[28]

Tras sacar la conclusión de que la ciudad se encontraba indefensa ante la potencia naval británica, Qishan optó por calmar y distraer a los británicos, asegurándoles que el embrollo de Cantón se había debido a un malentendido y que no reflejaba las «moderadas y justas intenciones del emperador». Seguía diciendo: «Los funcionarios chinos investigarán y tratarán la cuestión con imparcialidad, pero es fundamental que [la flota británica] zarpe hacia el sur». Allí tenía que esperar a los inspectores chinos.

Curiosamente, la maniobra funcionó. Las fuerzas británicas regresaron a los puertos meridionales y dejaron intactas las ciudades septentrionales de China, que estaban al descubierto.[29]

Gracias al éxito, Qishan fue enviado a Cantón para sustituir a Lin Zexu y controlar de nuevo a los bárbaros. El emperador, quien al parecer no había captado el alcance de la ventaja tecnológica británica, dio órdenes a Qishan de que entablara con los representantes británicos unas conversaciones interminables mientras China reunía sus fuerzas: «Cuando las prolongadas negociaciones hayan dejado a los bárbaros cansados y exhaustos —

anotó con su pluma imperial de color bermellón—, podemos lanzar un ataque súbito y por medio de él someterlos».[30] Lin Zexu fue destituido al caer en desgracia por haber provocado un ataque de los bárbaros. Partió hacia un exilio interior en la parte más occidental de China, donde reflexionó sobre la superioridad del armamento occidental y redactó memoriales secretos en los que aconsejaba a China que desarrollara el suyo.[31]

Pero en cuanto se encontró en su destino del sur de China, Qishan tuvo que enfrentarse a una situación más comprometida. Los británicos pidieron concesiones territoriales y una

indemnización. Se habían desplazado hacia el sur para obtener satisfacción; ya no se les podía frenar con tácticas dilatorias. Después de que las fuerzas británicas abrieran fuego en distintos puntos de la costa, Qishan y su homólogo británico, el capitán Charles Elliot, negociaron un preacuerdo, el Pacto de Chuan-pi, que garantizaba a los británicos unos derechos especiales sobre Hong Kong, prometía una indemnización de seis millones de dólares y establecía que las futuras negociaciones entre funcionarios chinos y británicos tenían que llevarse a cabo en igualdad de condiciones (es decir, los británicos se ahorrarían el protocolo

reservado normalmente a los suplicantes bárbaros).

El pacto fue rechazado por los gobiernos chino y británico, puesto que todos lo vieron como una humillación. El emperador encarceló a Qishan por haberse excedido en las instrucciones y cedido demasiado ante los bárbaros, y posteriormente lo sentenció a muerte (aunque se le conmutó la pena por exilio). Charles Elliot, negociador británico, no tuvo que enfrentarse a un destino tan duro, a pesar de que Palmerston le reprendió con la máxima severidad por haber conseguido tan poco: «Durante el curso de las negociaciones —se quejó Palmerston—

parece haber considerado mis instrucciones como papel mojado». Hong Kong era «una isla yerma sin apenas edificios»; Elliot se había mostrado excesivamente conciliador al no hacerse con un territorio de más valor o presionar con más contundencia.[32]

Palmerston nombró a un nuevo enviado, a sir Henry Pottinger, a quien dio instrucciones de ir a por todas, puesto que, en palabras suyas: «El gobierno de su majestad no puede permitir que, en una transacción entre Gran Bretaña y China, la práctica irrazonable de los chinos impere sobre la práctica razonable del resto de la

humanidad».[33] Al llegar a China, Pottinger avanzó en la ventaja militar británica, bloqueó más puertos y cortó el tráfico en el Gran Canal y en el curso bajo del Yangtsé. Con los británicos en disposición de atacar la antigua capital Nankín, los chinos hicieron un llamamiento a la paz.

La diplomacia de Qiying: apaciguar a los bárbaros

Pottinger tuvo que enfrentarse a otro negociador chino, el tercero al que una corte que todavía se consideraba suprema en el universo, la del príncipe

manchú Qiying, asignara aquella responsabilidad tan poco prometedora. El método que aplicó este para controlar a los británicos fue la estrategia tradicional que China utilizaba cuando se enfrentaba a la derrota. Ya había probado con el desafío y la diplomacia e iba a buscar el desgaste de los bárbaros fingiendo docilidad. En la negociación celebrada bajo la sombra de la flota británica, Qiying pensó que iba a repetirse lo que había ocurrido tantas veces con las élites del Reino Medio: combinando el retraso, la circunlocución y los favores repartidos minuciosamente, conseguirían apaciguar y dominar a los bárbaros y a la vez

ganar tiempo para que China pudiera sobrevivir al asalto.

Qiying se centró en entablar una relación personal con el «jefe bárbaro» Pottinger. Lo colmó de regalos y empezó a dirigirse a él llamándolo «querido amigo» e «íntimo» (palabra transliterada especialmente al chino para este cometido concreto). Como muestra de profunda amistad, Qiying llegó incluso a proponer que se intercambiaran retratos de sus esposas y expresó su deseo de adoptar al hijo de Pottinger (que seguía en Inglaterra, y a partir de entonces fue llamado «Frederick Keying Pottinger»).[34]

En una curiosa nota, Qiying explicaba

sus avances a la Corte Celestial, a la que le costó mucho comprender el proceso de seducción. Describía en ella las formas con las que contaba tranquilizar a los bárbaros británicos: «Con este tipo de personas de fuera de los límites de la civilización, gente ciega que no ha despertado aún a las formas de trato y a las formas de ceremonia [...] aunque nuestras lenguas estuvieran secas y nuestras gargantas, acartonadas (de tanto apremiarles a adoptar nuestro estilo), seguirían haciendo oídos sordos, actuando como si en realidad no oyeran».[35]

Así pues, los banquetes de Qiying y su extraño afecto por Pottinger y su

familia cumplieron con un plan estratégico básico en el que se calculó el comportamiento chino utilizando como armas dosis específicas de confianza y sinceridad; era secundario que reflejaran o no alguna convicción. Continuaba:

> Sin duda tenemos que frenarlos por medio de la sinceridad, pero ha sido aún más necesario controlarlos con habilidad. En alguna ocasión conseguimos que sigan nuestra dirección sin dejar que comprendan las razones para ello. En otras, lo dejamos todo al descubierto para evitar recelos y así poder calmar su rebelde agitación. A veces les ofrecemos recepciones y espectáculos, tras lo cual experimentan un sentimiento de gratitud. También hay momentos en los que

les mostramos confianza con amplitud de miras y no juzgamos necesario profundizar en temas minuciosos con ellos para conseguir su ayuda en la cuestión que nos ocupa.[36]

Estas interacciones entre la apabullante fuerza occidental y la gestión psicológica china tuvieron como resultado dos tratados negociados por Qiying y Pottinger, el Tratado de Nankín y el Tratado adicional de Bogue. El acuerdo fue más fructífero que el Pacto de Chuan-pi. Si bien era básicamente humillante, sus estipulaciones no resultaban tan duras como la situación militar habría permitido imponer a los británicos. Establecía que China

entregara una indemnización de seis millones de dólares, cediera Hong Kong y abriera cinco «puertos de tratado» costeros, en los que se permitiría la residencia de occidentales y el comercio. Con ello se desmantelaba de forma efectiva el «sistema cantonés», mediante el cual la corte china había regulado el comercio con Occidente y lo había limitado a los mercaderes con licencia. Se añadieron Ningbo, Shanghai, Xiamen y Fuzhou a la lista de los puertos de tratado. Los británicos aseguraron el derecho a mantener misiones permanentes en las ciudades portuarias y a negociar directamente con

las autoridades locales, evitando así el trato con la corte de Pekín.

Los británicos obtuvieron asimismo el derecho a ejercer jurisdicción sobre sus súbditos residentes en los puertos afectados por el tratado. En cuanto al funcionamiento, implicaba que los comerciantes de opio extranjeros estarían sujetos a las leyes y regulaciones de sus propios países y no a la legislación china. El principio de «extraterritorialidad», una de las estipulaciones menos controvertidas del tratado en aquellos momentos, a la larga se consideraría una de las principales violaciones de la soberanía china. De todas formas, puesto que en Europa no

se conocía la idea de soberanía, en China la extraterritorialidad pasó a ser un símbolo no tanto de incumplimiento de una norma legal como de decadencia del poder imperial. La reducción del Mandato Celestial que resultó de ello desencadenó una oleada de protestas en el país.

El traductor inglés del siglo XIX Thomas Meadows observó que en un principio la mayoría de los chinos no fueron conscientes de las largas repercusiones de la guerra del opio. Consideraron las concesiones como una aplicación del método tradicional de absorción de los bárbaros y de desgaste de los mismos. «El gran conjunto de la

nación —planteaba como concesión— solo puede considerar la pasada guerra como una irrupción rebelde de una tribu de bárbaros que, afianzados en sus sólidos barcos, atacaron algunos lugares de la costa y se apoderaron de ellos, e incluso consiguieron hacerse con un importante punto del Gran Canal, con lo que obligaron al emperador a hacer determinadas concesiones.»[37]

Era difícil, sin embargo, apaciguar a las potencias occidentales. Cada concesión china iba generando más demandas occidentales. Los tratados, considerados en un primer momento como una concesión temporal, inauguraron un proceso a través del cual

la corte de Qing perdió el control general de la política comercial y exterior de China. A raíz del tratado británico, el presidente estadounidense John Tyler envió sin demora una misión a China con la intención de conseguir unas concesiones similares para su país, la precursora de la política posterior de «puertas abiertas». Los franceses negociaron su propio tratado en términos análogos. Cada uno de estos países incluyó, por su cuenta, una cláusula de «nación más favorecida» que estipulaba que cada concesión que ofreciera China a otros países tenía que proporcionarla al firmante. (Posteriormente, la diplomacia china se sirvió de esta

cláusula para limitar exacciones al fomentar la competencia entre distintos solicitantes de un privilegio especial.)

Estos tratados adquirieron con razón fama en la historia china como primer eslabón de la cadena de «tratados desiguales» firmados bajo el paraguas de las fuerzas militares extranjeras. A la sazón, las estipulaciones impugnadas con más dureza fueron las de igualdad de condiciones. Hasta entonces, China había insistido en que su categoría superior estaba implícita en su identidad nacional y se reflejaba en el sistema tributario. De pronto se encontró con una potencia extranjera decidida a borrar su nombre del listado chino de «estados

tributarios» bajo la amenaza de recurrir a la fuerza y demostrar que contaba con la misma soberanía que la Dinastía Celestial.

Los dirigentes de ambas partes comprendieron que la discusión iba mucho más allá de las cuestiones del protocolo o del opio. La corte Qing estaba dispuesta a calmar a los avariciosos extranjeros con dinero y transacciones comerciales; pero si se establecía el principio bárbaro de igualdad política con el Hijo del Cielo, se pondría en peligro todo el orden del mundo chino; la dinastía podía perder el Mandato Celestial. Palmerston, en sus comunicaciones a menudo cáusticas con

los negociadores, consideró la cifra de la indemnización simbólica en parte; pero los reprendió a conciencia por consentir que los chinos utilizaran un lenguaje que dejaba patente la «asunción de superioridad por parte de China» o implicaba que los británicos, victoriosos en la guerra, seguían en su condición de suplicantes, pidiendo el favor divino del emperador.[38] Por fin imperó el punto de vista de Palmerston y en el Tratado de Nankín se incluyó una cláusula que especificaba de forma explícita que, en lo sucesivo, los funcionarios chinos y británicos iban a «corresponderse […] sobre una base de perfecta igualdad»; llegaba hasta el

punto de incluir una lista escrita de manera específica en caracteres chinos en el texto con connotaciones aceptablemente neutrales. En los archivos chinos (al menos, aquellos a los que tuvieron acceso los extranjeros) ya no se hablaba de los británicos como personas que «suplicaban» ante las autoridades chinas o que «obedecían temblando» sus «órdenes».[39]

La Corte Celestial había comprendido la inferioridad militar de China, pero aún no conocía un método adecuado para solucionar la cuestión. De entrada aplicó los métodos tradicionales de trato con los bárbaros. La derrota no era algo nuevo en la larga historia de China. Los

dirigentes de este país la habían abordado mediante los cinco cebos que se describen en el capítulo anterior. Establecieron las características comunes de tales invasores: el deseo de adquirir la cultura china y el interés por establecerse en suelo chino y asumir su civilización. Por consiguiente, podían irse amansando poco a poco con los mismos métodos psicológicos adoptados por el príncipe Qiying y, con el tiempo, pasar a formar parte de la vida china.

Pero los invasores europeos no tenían estas aspiraciones, ni tampoco unos objetivos limitados. Se consideraban sociedades más avanzadas y pretendían explotar China para obtener unos

beneficios económicos, pero no adoptar su estilo de vida. Así pues, las demandas de estos países quedaban limitadas tan solo por sus recursos y por su avidez. Las relaciones personales no podían ser decisivas, pues los jefes de los invasores no vivían cerca, sino a miles de kilómetros, donde seguían unas motivaciones que no se ajustaban a la sutileza y al proceder indirecto de la estrategia de Qiying.

En el curso de diez años, el Reino Medio pasó de la preeminencia a convertirse en objetivo de las potencias coloniales enfrentadas. Situada entre dos eras y dos concepciones distintas de las relaciones internacionales, China luchó

por conseguir una nueva identidad y, sobre todo, por conciliar los valores que habían marcado su grandeza con la tecnología y el comercio en los que tendría que basar su seguridad.

3
De la preeminencia a la decadencia

A medida que fue avanzando el siglo XIX, China vivió prácticamente todas las sacudidas imaginables en su imagen histórica. Antes de la guerra del opio, concebía la diplomacia y el comercio internacional básicamente como formas de reconocimiento de la preeminencia del país. Luego, al entrar en un período de agitación interna, tuvo que

enfrentarse a tres desafíos externos, cada uno de los cuales habría podido derribar una dinastía. Las amenazas surgieron de todas las direcciones y se manifestaron bajo formas que hasta entonces se habrían considerado inconcebibles.

Del otro lado de los mares, de la parte occidental, llegaron las naciones europeas, que no plantearon tanto la prueba de la defensa territorial como unas formas de orden mundial irreconciliables. En general, las potencias occidentales se limitaron a obtener concesiones económicas en la costa china y a solicitar derechos de libre comercio y de actividad misionera.

Paradójicamente era algo amenazador porque los europeos no lo consideraron en ningún momento como actividad de conquista. Europa no pretendía sustituir a la dinastía existente: se limitaba a imponer un orden mundial completamente nuevo e incompatible con el de China.

Desde el norte y el oeste, Rusia, expansionista y con un gran dominio militar, intentaba abrir de una vez el vasto interior de China. La colaboración de Rusia podía comprarse temporalmente, pero se trataba de un país que no reconocía fronteras entre sus propios dominios y los lejanos de China. Por otra parte, a diferencia de los

conquistadores anteriores, Rusia nunca entró a formar parte de la cultura china; el imperio perdió para siempre los territorios en los que penetró.

A pesar de todo, ni las potencias occidentales ni Rusia se plantearon en ningún momento desplazar a los Qing ni reivindicar el Mandato Celestial; por fin llegaron a la conclusión de que tenían demasiado que perder con la caída de los Qing. Japón, en cambio, no tenía intereses creados en la supervivencia de las antiguas instituciones chinas, ni en el orden mundial sinocéntrico. Desde la parte oriental, no solo se marcó como objetivo ocupar importantes extensiones de territorio chino, sino también el de

desplazar a Pekín como centro de un nuevo orden internacional en Asia oriental.

La China contemporánea vivió con consternación las catástrofes subsiguientes como parte de un infamante «siglo de humillación» al que solo pudo poner fin la reunificación del país mediante una forma de comunismo de afirmación nacional. Al mismo tiempo, la era del desequilibrio en China constituye en muchos sentidos un testimonio de la extraordinaria capacidad del país de superar unas tensiones que hubieran podido desmembrar a otras sociedades.

Los ejércitos extranjeros cruzaban

China, intimidando y humillando, pero la Corte Celestial en ningún momento cesó de reivindicar su autoridad central, ni dejó de aplicarla en casi todo el territorio. Trataban a los invasores como lo habían hecho con los atacantes en siglos anteriores, como un fastidio, como una inoportuna interrupción de aquel eterno ritmo de la vida que llevaba el país. La corte de Pekín podía actuar de esta forma porque los estragos causados por los extranjeros se limitaban en general a la periferia del país y porque el invasor se acercaba solo para comerciar; así, los que irrumpían tenían interés en que las vastas regiones centrales, en las que se

encontraba la mayor parte de la población, permanecieran inalteradas. Con ello, el gobierno de Pekín disponía de un margen de maniobra. Había que negociar todas las exacciones con la corte imperial, que entonces estaba en condiciones de conseguir que los invasores se enfrentaran entre ellos.

Los estadistas chinos extrajeron una buena lección de su mal juego y evitaron lo que podía haber sido una catástrofe mucho peor. Desde el punto de vista del equilibrio del poder, la configuración objetiva de las fuerzas habría apuntado a la imposibilidad de la supervivencia de China como Estado unido que abarcaba todo un continente. Pero con la visión

tradicional de la preeminencia china bajo violentos desafíos y con el país azotado por las sucesivas oleadas de devastación colonial y de agitación interna, por fin China superó los reveses con su propio esfuerzo. A través de un proceso duro y a menudo humillante, los dirigentes chinos conservaron por fin los derechos morales y territoriales de su orden mundial en vías de desintegración.

Quizá lo más sorprendente fuera que lo consiguieron siguiendo casi siempre métodos tradicionales. Una parte de la clase dirigente de los Qing redactó elocuentes memoriales en estilo clásico sobre los desafíos planteados por Occidente, Rusia y Japón, el país

emergente, sobre la necesidad que tenía China de «autofortalecerse» y mejorar su propia capacidad tecnológica. Sin embargo, la élite confuciana del país y su pueblo, en general conservador, permanecieron bastante indecisos ante estos consejos. Muchos consideraron que la importación de textos en lenguas extranjeras ponía en peligro la esencia cultural y el orden social chinos. Tras algunas batallas que dejaron huella, la facción que se impuso decidió que la modernización de estilo occidental implicaba abandonar la esencia china y que nada podía justificar el abandono de un legado único. De esta forma, China se enfrentó a la era de la expansión

imperial sin la ventaja de un aparato militar moderno a escala nacional y con una adaptación muy irregular a las innovaciones económicas y políticas.

Para capear el temporal, China, además de contar con la tecnología y la potencia militar, se basó también en dos recursos muy tradicionales: la capacidad de análisis de sus diplomáticos y el aguante y el afianzamiento cultural de su pueblo. Creó ingeniosas estrategias para enfrentar a los nuevos bárbaros entre sí. Los funcionarios encargados de las relaciones exteriores chinas ofrecieron concesiones en distintas ciudades, pero propusieron a unos cuantos grupos de

extranjeros compartir los botines para poder «utilizar a bárbaros contra bárbaros» y evitar que dominara cualquiera de las potencias. Insistieron también en una adhesión escrupulosa a los «tratados de sigua les» con Occidente y a los principios extranjeros de las normas internacionales, pero no porque las autoridades chinas los consideraran válidos, sino porque aquello les concedía un medio de circunscribir las ambiciones extranjeras. Al encontrarse China ante dos contendientes que podían resultar arrolladores en su lucha por el dominio de la parte nororiental, y casi sin fuerzas para repelerlos, sus diplomáticos

enfrentaron a Rusia con Japón, con lo que limitaron hasta cierto punto el alcance y la permanencia de cada una de las invasiones.

En vista del contraste entre la poca fuerza militar china y la perspectiva de expansión que tenía el país sobre su papel en el mundo, la defensa de retaguardia destinada a mantener un gobierno chino independiente constituyó un gran logro. Pero su consecución no conllevó la celebración de una victoria; había sido una tarea incompleta, llevada a cabo a lo largo de unas cuantas décadas, marcada por numerosos cambios, por adversarios internos, que habían sobrevivido y en ocasiones

hundido a sus defensores. La lucha tuvo un coste considerable para el pueblo chino, cuya paciencia y resistencia constituyeron su línea de defensa definitiva, y no por primera ni por última vez. Se conservó, sin embargo, el ideal de China como realidad continental al mando de su propio destino. Con gran disciplina y confianza en sí mismo, el país mantuvo abierta la puerta a la era de su propia recuperación.

La vía de Wei Yuan: «la utilización de bárbaros contra bárbaros», el aprendizaje de sus técnicas

En su peligrosa travesía plagada de ataques infligidos por las naciones europeas, tecnológicamente superiores, y las nuevas ambiciones tanto de Rusia como de Japón, China contaba con su cohesión cultural y con la extraordinaria habilidad de sus diplomáticos, más asombrosa si cabe frente a la obstinación general de la corte imperial. A mediados del siglo XIX, solo unos pocos miembros de la élite china habían empezado a captar que el país ya no vivía en un sistema marcado por su predominio y que China había aprendido los principios elementales de un sistema de bloques de potencias en pugna.

Uno de ellos fue Wei Yuan (1794-

1856), un mandarín confuciano de rango intermedio en el escalafón, vinculado a Lin Zexu, gobernador de Cantón, cuyas medidas represivas en el comercio del opio habían desencadenado la intervención británica y con el tiempo lo habían llevado al exilio. Si bien seguía leal a la dinastía Qing, Wei Yuan sentía una gran inquietud por la autocomplacencia de esta. Escribió un tratado pionero sobre geografía extranjera utilizando para ello material recopilado y traducido por mercaderes y miembros de misiones de fuera. Tenía como objetivo alentar a China a que pusiera la mira más allá de los países tributarios limítrofes.

Los «Planes para una defensa marítima» que Wei Yuan redactó en 1842, básicamente un estudio sobre los fracasos en la guerra del opio, proponían aplicar lo aprendido sobre diplomacia de equilibrio de poder europeo a los problemas de la China contemporánea. Consciente de la debilidad material de su país respecto a las potencias extranjeras —premisa que en general no aceptaban sus contemporáneos—, Wei Yuan presentaba unos métodos mediante los cuales el país podía conseguir un margen de maniobra. Wei Yuan proponía una estrategia multidireccional:

> Existen dos métodos para atacar a los bárbaros, a saber: alentar a los países que son hostiles a estos bárbaros para que los asalten y aprender las técnicas superiores de los bárbaros para poderlos controlar. Existen dos métodos para hacer las paces con los bárbaros, a saber: permitir que las distintas naciones que comercian sigan con su actividad mercantil para mantener la paz con los bárbaros y apoyar el primer tratado de la guerra del opio para mantener el comercio internacional.[1]

La diplomacia china demostró su capacidad de análisis al verse enfrentada a un enemigo superior, a unas demandas que iban en aumento y al comprender que si se agarraba bien a un tratado, aunque fuera humillante,

establecería un límite para futuras exacciones.

Mientras tanto, Wei Yuan estudió los países que, basándose en los principios europeos del equilibrio, podían ejercer presión sobre Gran Bretaña. Teniendo en cuenta antiguos precedentes en los que las dinastías Han, Tang y las primeras Qing habían controlado las ambiciones de las violentas tribus, Wei Yuan analizó el mundo y examinó los «países enemigos a los que temían los bárbaros británicos». Escribió como si la máxima «dejemos que los bárbaros ataquen a los bárbaros» se ejecutara automáticamente y estableció como posibles candidatos a «Rusia, Francia y

Estados Unidos» en Occidente, y «los gurkhas [de Nepal], Birmania, Siam [Tailandia] y Annam [Vietnam del Norte]» en Oriente. Wei Yuan imaginó un ataque de Rusia y los gurkhas contra los intereses británicos más distantes y peor defendidos: su Imperio indio. Otra arma fruto del análisis de Wei Yuan fue la de alentar la animadversión ancestral entre franceses y estadounidenses hacia Gran Bretaña, con lo que se provocaba un ataque hacia esta potencia por mar.

Se trataba de una solución de lo más original, cuyo único obstáculo fue que el gobierno chino no tenía la menor idea de cómo ponerla en marcha. Contaba tan solo con unos conocimientos limitados

sobre los posibles aliados y no tenía representación en ninguna de sus capitales. Wei Yuan acabó comprendiendo los límites de China. En una era de política mundial, él mismo afirmó que no se trataba de que «no pudieran utilizarse los bárbaros de fuera», sino que, tal como precisó: «Necesitamos personal capaz de establecer tratos con ellos, gente que conozca sus posiciones [y] sus interrelaciones de amistad o enemistad».[2]

Tras fracasar a la hora de detener el avance británico, continuaba Wei Yuan, Pekín tenía que debilitar la posición relativa de Londres en el mundo y en

China. Para ello se le ocurrió otra idea original: atraer a otros bárbaros hacia China y enfrentar su ambición a la de Gran Bretaña, de modo que China pudiera surgir como moderador en la división de su propia esencia. Wei Yuan seguía:

> Actualmente, los bárbaros británicos no solo han ocupado Hong Kong y amasado una gran riqueza, y acumulado un sentimiento de superioridad respecto al resto de los bárbaros, sino que han abierto los puertos y reducido las distintas tarifas a fin de favorecer a los demás bárbaros. En lugar de dejar que los bárbaros británicos se comporten bien con ellos para ampliar su número de seguidores, ¿no sería mejor que fuéramos nosotros quienes nos

comportáramos bien con ellos a fin de controlarlos como quien controla los dedos de una mano?[3]

Es decir, China tenía que ofrecer concesiones a todos los países voraces en lugar de permitir que se las exigiera Gran Bretaña y sacara provecho del reparto del botín con otros países. Para alcanzar este objetivo había que seguir el principio de la «nación más favorecida», según el cual cualquier privilegio concedido a una potencia había que extenderse de forma automática a las demás.[4]

El tiempo no es algo neutral. Habría que confrontar los beneficios obtenidos a través de las sutiles maniobras de Wei

Yuan con la capacidad de China de armarse utilizando «las técnicas superiores de los bárbaros». China, advirtió Wei Yuan, tenía que «llevar especialistas occidentales a Cantón» desde Francia o desde Estados Unidos, «para hacerse cargo de la construcción de barcos y la fabricación de armas». Wei Yuan resumió la nueva estrategia con la siguiente propuesta: «Antes de establecer la paz, a nosotros nos corresponde utilizar a los bárbaros contra los bárbaros. Una vez establecida, aprenderemos sus técnicas superiores con el objetivo de controlarlos».[5]

A pesar de desdeñar al principio las

llamadas a la modernización tecnológica, la Corte Celestial adoptó la estrategia de cumplir al pie de la letra los tratados de la guerra del opio, a fin de poner límite a las demandas occidentales. Según escribió más tarde un dirigente: «Se actuará siguiendo los tratados y no se tolerará que los extranjeros se excedan lo más mínimo»; así pues, seguía diciendo que los funcionarios chinos tenían que «mostrarse sinceros y cordiales, pero intentar con cautela mantenerlos a raya».[6]

EL DETERIORO DE LA AUTORIDAD: LA

Las potencias del tratado occidental no tenían por supuesto ninguna intención de permitir que nadie las mantuviera a raya, y tras las negociaciones entre Qiying y Pottinger empezó a surgir una nueva brecha en las expectativas. Para la corte china, los tratados constituían una concesión temporal a las fuerzas bárbaras, que había que seguir hasta donde fuera necesario, pero nunca ampliar de forma voluntaria. Para Occidente, los tratados iniciaban un proceso a largo plazo con el que China se iría acercando paulatinamente a las normas occidentales de intercambio

político y económico. Ahora bien, lo que Occidente consideró un proceso de progreso, China lo vio como un ataque filosófico.

Por esta razón los chinos se negaron a acceder a las demandas de los extranjeros de ampliar los tratados para incluir en ellos el libre comercio en todo el territorio chino y la representación permanente en la capital del país. Pekín comprendió —a pesar de sus limitados conocimientos sobre Occidente— que la combinación entre la fuerza superior de los extranjeros, la ilimitada actividad de estos en el interior de China y las múltiples misiones occidentales en Pekín iban a

socavar los postulados sobre el orden mundial chino. Cuando China se convirtiera un Estado «normal» perdería su autoridad moral histórica única; pasaría a ser otro país débil acosado por los invasores. En este contexto, unas disputas sobre prerrogativas diplomáticas y económicas aparentemente secundarias se convirtieron en un enfrentamiento fundamental.

Todo ello tuvo lugar con el telón de fondo de una importante agitación interior, encubierta en gran medida por la imperturbable confianza que proyectaron las autoridades chinas encargadas de los contactos con los

extranjeros, una característica que se mantuvo inalterable en la era moderna. Macartney ya había hablado en 1793 de la complicada adaptación entre la clase dominante de los manchúes Qing, la élite burocrática china han y la población general, mayoritariamente han. «Apenas pasa un año —precisaba — sin que surja una insurrección en alguna de las provincias.»[7]

Después de haberse cuestionado el Mandato Celestial de la dinastía, los adversarios internos intensificaron su desafío. La confrontación era religiosa y étnica y sentaba los cimientos para unos conflictos de una brutalidad que todo lo abarcaba. En los extremos occidentales

del imperio se produjeron rebeliones musulmanas y la declaración separatista de los kanatos, de corta duración, que se reprimieron, pero a un coste económico y en vidas humanas desorbitado. En la parte central de China, un levantamiento conocido como la rebelión de Nian atrajo un considerable apoyo de las clases trabajadoras chinas han; se inició en 1851 y duró cerca de veinte años.

El mayor desafío lo presentó la rebelión Taiping (1850-1864), organizada en el sur por una secta cristiana china. Los misioneros llevaban siglos allí, pero vivían en un estricto confinamiento. Empezaron a introducirse en el país de una forma más masiva

después de la guerra del opio. Con un carismático místico chino al frente, que afirmaba ser el hermano pequeño de Jesucristo, y un socio suyo, que pretendía tener poderes telepáticos, la rebelión Taiping tuvo como objetivo sustituir el mandato Qing por un nuevo «Reino celestial de gran paz» dirigido por la singular interpretación que hacían sus dirigentes de unos textos misioneros importados. Las fuerzas Taiping consiguieron arrancar a los Qing el control de Nankín, de gran parte del sur y del centro de China y gobernaron como una dinastía incipiente. Si bien la historiografía occidental dispone de pocos detalles sobre el conflicto entre

los Taiping y los Qing, este conflicto fue uno de los más devastadores y sus víctimas se calculan en decenas de millones. No existen cifras oficiales al respecto, pero se estima que durante las sublevaciones Taiping, las musulmanas y las de Nian la población de China pasó de unos 410 millones de habitantes en 1850 a aproximadamente 350 millones en 1873.[8]

Se renegociaron los tratados de Nankín y sus equivalentes francés y estadounidense en la década de 1850, cuando China se encontraba dividida por estos conflictos civiles. Las potencias de dichos tratados insistieron en que se permitiera a sus diplomáticos

residir todo el año en la capital china, lo que iba a significar que pasarían de ser enviados tributarios a representantes de estados con la misma soberanía. Los chinos recurrieron a su amplia gama de tácticas dilatorias con el incentivo añadido de que, dada la suerte de los negociadores anteriores, ninguna autoridad Qing podía desear conceder el punto de la representación diplomática permanente.

En 1856, una inoportuna inspección china al *Arrow*, un barco de su país, registrado como británico, y la supuesta profanación de la bandera de Gran Bretaña, dieron pie a la reanudación de las hostilidades. Al igual que en el

conflicto de 1840, el *casus belli* no fue exactamente heroico (el registro del barco, como se descubrió después, había caducado técnicamente); aun así, ambos bandos eran conscientes de que jugaban fuerte. Con las defensas chinas aún en mantillas, las fuerzas británicas se apoderaron de los fuertes de Cantón y de Dagu, en el norte de China, desde donde podían dirigirse con facilidad hacia Pekín.

Durante las negociaciones que siguieron, se acentuaron más que nunca las diferencias entre las percepciones de uno y otro bando. Los británicos siguieron insistiendo en lo de la misión, presentando su postura como un servicio

público que finalmente situaría a China a la altura del mundo moderno. Así, el negociador adjunto de Londres, Horatio Lay, resumía la perspectiva occidental imperante con estas palabras: «La representación diplomática se hará en beneficio vuestro lo mismo que en el nuestro, como habréis comprendido ya. Puede que el remedio resulte desagradable, pero las repercusiones serán extraordinarias».[9]

Las autoridades Qing no se mostraron ni de lejos tan entusiastas. Suscribieron las estipulaciones del tratado después de un sinfín de angustiosas comunicaciones internas entre la corte imperial y su

negociador y de otra amenaza británica de llegar a Pekín.[10]

El punto clave del Tratado de Tianjin de 1858 era la concesión que Londres había buscado en vano durante más de sesenta años: el derecho a una embajada permanente en Pekín. Además, el documento permitía el desplazamiento de extranjeros por el Yangtsé, la apertura de otros «puertos de tratado» al comercio occidental y protegía a los chinos cristianos conversos y a los occidentales que hacían proselitismo en China (perspectiva especialmente complicada para los Qing, teniendo en cuenta la rebelión Taiping). Los franceses y los estadounidenses cerraron

sus propios tratados en términos similares bajo sus cláusulas de «nación más favorecida».

Las potencias del tratado centraron luego la atención en el establecimiento de embajadas permanentes en una capital claramente hostil. En mayo de 1859, el nuevo enviado británico, Frederick Bruce, llegó a China para intercambiar las ratificaciones del tratado que había de concederle el derecho a establecerse en Pekín. Puesto que encontró la principal ruta fluvial que llevaba a la capital bloqueada con cadenas y pinchos, ordenó a un contingente de infantería de marina británico que despejara los obstáculos.

Pero las fuerzas chinas sorprendieron a las de Bruce abriendo fuego desde los fuertes de Dagu, recientemente reforzados. La batalla que se desencadenó se saldó con 519 soldados británicos muertos y 456 heridos.[11]

Fue la primera victoria china en el campo de batalla contra las fuerzas occidentales modernas, algo que consiguió hacer añicos, al menos por un tiempo, la imagen de la impotencia militar de China. No obstante, solo pudo frenar temporalmente los avances del embajador británico. Palmerston envió a lord Elgin a dirigir una marcha conjunta de británicos y franceses hacia Pekín, con órdenes de ocupar la capital y

«hacer entrar en razón al emperador». Como represalia por la «derrota de Dagu» y como muestra simbólica del poder occidental, Elgin mandó quemar el palacio de verano del emperador, y en el incendio se destruyeron obras de arte de incalculable valor, algo de lo que ciento cincuenta años después China aún se resiente.

La campaña china de resistencia contra la normativa occidental sobre las relaciones interestatales había llegado, tras setenta años de historia, a una crisis innegable. Las tareas encaminadas a la demora diplomática habían seguido su curso; la fuerza topó con otra superior. Las peticiones sobre igualdad soberana

formuladas por los bárbaros, que en otra época Pekín había rechazado tildándolas de ridículas, quedaron eclipsadas ante las temibles demostraciones de dominio militar. Los ejércitos extranjeros ocuparon la capital de China y obligaron a aplicar la interpretación occidental relativa a la igualdad política y los privilegios diplomáticos.

Fue entonces cuando saltó a la palestra otro pretendiente al patrimonio chino. En 1860, los rusos llevaban más de ciento cincuenta años con representación en Pekín; a través de su misión eclesiástica, era el único país europeo al que se había permitido establecer residencia allí. En cierto

modo, los intereses rusos habían seguido el camino de otras potencias europeas; habían conseguido todas las ventajas de las potencias del tratado sin aliarse con los británicos en las demostraciones periódicas de fuerza. Por otra parte, sus objetivos globales superaban el proselitismo religioso o el comercio costero. Veían en la decadencia de los Qing la oportunidad de desmembrar el Imperio chino y de unir de nuevo sus «dominios exteriores» a Rusia. Moscú tenía en su punto de mira sobre todo las extensiones mal administradas y poco delimitadas de Manchuria (el centro manchú de la zona noroccidental de China) y Xinjiang (la zona montañosa y

desértica de la parte más occidental, poblada entonces básicamente por musulmanes). Con este objetivo, Rusia se había dedicado de forma gradual y deliberada a ampliar su presencia en las fronteras interiores y a ganarse la lealtad de algunos príncipes, ofreciéndoles un rango superior y beneficios materiales, todo ello con el apoyo de una caballería amenazadora.[12]

En el momento en que China corría el máximo peligro, surgió Rusia como potencia colonial y se ofreció como mediadora en el conflicto de 1860, lo que en realidad fue una forma de amenazar con la intervención. Aquella diplomacia astuta —algunos podían

calificarla de falsa— se apoyaba en la conminación por medio de la fuerza. El conde Nikolái Ignátiev, el joven inteligente y artero que el zar había enviado como plenipotenciario a Pekín, consiguió convencer a la corte china de que únicamente Rusia era capaz de asegurar la evacuación de las potencias occidentales ocupantes de la capital china y convencerlas de que solo Rusia podía garantizar el cumplimiento de los tratados. Después de facilitar la marcha anglo-francesa hacia Pekín con mapas detallados y servicio de información, Ignátiev se retiró y convenció a las fuerzas ocupantes de que con la llegada del invierno, el Beihe, la ruta fluvial de

entrada y salida de Pekín, iba a helarse, y los dejó en medio de la población china hostil.[13]

Con este tipo de servicios, Ignátiev obtuvo unas exorbitantes compensaciones en forma de territorios: una amplia franja de la zona denominada Manchuria Exterior, en la costa del Pacífico, que incluía la ciudad portuaria llamada actualmente Vladivostok.[14] De golpe, Rusia había ganado una importante base naval, un punto de apoyo en el mar del Japón y 900.000 kilómetros cuadrados de territorio que en otra época se había considerado chino. Ignátiev negoció asimismo una disposición por la que se abría al

comercio ruso y a los consulados Urga (actualmente, Ulan Bator), en Mongolia, y la ciudad del extremo occidental de Kashgar. Para agravar la humillación, Elgin obtuvo para Gran Bretaña una ampliación de su colonia de Hong Kong hacia Kowloon, el territorio adyacente. China había conseguido el apoyo de Rusia para impedir lo que consideraba otro asalto por parte de las potencias del tratado que dominaban la capital y su costa; pero en tiempos de debilidad para China, lo de «utilizar a los bárbaros contra los bárbaros» tenía su precio.

La intervención en la decadencia

China no sobrevivió cuatro mil años como civilización única y dos milenios como Estado unido manteniéndose pasiva a unas invasiones extranjeras casi incesantes. Durante todo este período, los conquistadores se vieron obligados o bien a adoptar la cultura china, o a quedar poco a poco absorbidos por sus súbditos, que actuaron a base de paciencia. Llegaba otro período de prueba.

Después del conflicto de 1860, el emperador y la facción de la corte que había exhortado a la resistencia contra la misión británica abandonaron la capital. Quien asumió *de facto* la función gubernamental fue el príncipe

Gong, hermanastro del emperador. Tras negociar el fin de las hostilidades, el príncipe Gong resumió, en un memorial dirigido al emperador en 1861, las terribles opciones estratégicas:

> Ahora mismo están en su apogeo la rebelión de Nian en el norte y la de Taiping en el sur, nuestras provisiones militares se han agotado y nuestros soldados están exhaustos. Los bárbaros se aprovechan de nuestra debilidad e intentan controlarnos. Si no moderamos la cólera y seguimos con las hostilidades, lo más probable es que estalle súbitamente la catástrofe. De todas formas, si pasamos por alto la forma en que nos han perjudicado y no nos preparamos contra ello, no legaremos más que motivos de dolor a nuestros hijos y nietos.[15]

Aquel era el clásico dilema de los derrotados: ¿puede mantener la cohesión una sociedad mientras simula que se adapta al conquistador?, y ¿cómo crear capacidad para invertir el equilibrio de fuerzas desfavorable? El príncipe Gong echó mano de un antiguo dicho chino: «Recurre a la paz y a la amistad cuando te veas temporalmente obligado a ello; utiliza la guerra y la defensa como política real».[16]

Puesto que no existía una solución extraordinaria al alcance, el memorial de Gong estableció una prioridad entre los peligros, basada en el principio de derrotar a los bárbaros más próximos con la ayuda de los bárbaros más

lejanos: la clásica estrategia china a la que recurriría Mao unos cien años después. El memorial de Gong demostraba una gran visión geopolítica en su valoración del tipo de amenaza que planteaba cada uno de los invasores. A pesar del peligro inminente y real que presentaba Gran Bretaña, el memorial de Gong situaba a esta potencia como la última en la lista de amenazas a largo plazo a la cohesión del Estado chino, y a Rusia en primer lugar:

> Taiping y Nian están cosechando victorias y constituyen un mal orgánico. Rusia, con su territorio contiguo al nuestro, dispuesta a ir royendo nuestras tierras como un gusano de seda, podría considerarse una amenaza

contra nuestras entrañas. Por lo que se refiere a Inglaterra, su objetivo es el comercio, pero se comporta de forma violenta, sin consideración alguna por la honradez humana. Si no la mantenemos a raya, no podremos seguir de pie. De ahí que pueda compararse con una dolencia en las extremidades. Así pues, primero hay que sofocar las rebeliones de Taiping y Nian, luego controlar a los rusos y finalmente ocuparnos de los británicos.[17]

Para conseguir estos objetivos a largo plazo respecto a las potencias extranjeras, el príncipe Gong proponía establecer un nuevo cuerpo de gobierno —un embrionario Ministerio de Exteriores— que gestionara los asuntos con las potencias occidentales y

analizara la prensa extranjera para conseguir información sobre lo que sucedía más allá de las fronteras chinas. Esperaba que aquella fuera una necesidad temporal, que pudiera abolirse, tal como precisaba: «En cuanto hayan concluido las campañas militares y se hayan simplificado los asuntos de los distintos países».[18] El nuevo departamento no figuró en los archivos oficiales de secciones metropolitanas y estatales hasta 1890. Sus funcionarios solían recibir apoyo de otros departamentos más importantes a modo de asignación temporal. Se turnaban con frecuencia. Si bien algunas de sus ciudades estaban ocupadas por fuerzas

extranjeras, China trataba la política exterior como algo temporal y no como una característica del futuro del país.[19] El nuevo ministerio se llamó Zongli Geguo Shiwu Yamen («Departamento de Gestión General de los Asuntos de Todas las Naciones»), una expresión ambigua abierta a la interpretación de que China no se lanzaba a la diplomacia con los extranjeros, sino más bien ordenaba los asuntos de estos como parte de su imperio universal.[20]

La puesta en práctica de la política del príncipe Gong recayó en Li Hongzhang, un importante mandarín que había destacado al mando de las fuerzas militares en las campañas de los Qing

contra la rebelión Taiping. Li, hombre ambicioso, cortés, impasible ante la humillación, muy versado en la tradición clásica china y a la vez curiosamente conocedor de los peligros que entrañaba, fue durante casi cuarenta años el rostro que China mostró al mundo exterior. Proyectó su imagen como intermediario entre las insistentes demandas de concesiones territoriales y económicas de las potencias extranjeras y las reivindicaciones de superioridad política de la corte china. Evidentemente, sus políticas nunca tuvieron la aprobación total de una parte u otra. Sobre todo en China, Li dejó un legado polémico, básicamente entre los

que insistían en una vía de más confrontación. No obstante, su tarea —mucho más compleja por la beligerancia de la facción tradicionalista de la corte china, que insistía periódicamente en presentar batalla a las potencias extranjeras con una preparación mínima— demuestra su gran capacidad de maniobra entre las alternativas poco seductoras de la última época de la dinastía Qing y en general para moderarlas.

Li se hizo famoso en las crisis y destacó como experto en asuntos militares y en «control de los bárbaros» durante las rebeliones de mediados de siglo en China. En 1862, Li fue enviado

a administrar la próspera provincia oriental de Jiangsu, donde encontró las principales ciudades sitiadas por los rebeldes Taiping, aunque protegidas por los ejércitos occidentales, decididos a defender sus nuevos privilegios comerciales. En aplicación de las máximas del memorándum de Gong, Li se alió con las fuerzas occidentales —y se erigió en autoridad por encima de ellas— para destruir al enemigo común. En lo que fue en efecto una campaña conjunta de contrainsurgencia entre China y Occidente, Li forjó una relación de trabajo con Charles Gordon, el Chino, el célebre aventurero británico que murió posteriormente en manos de

los mahdi en el asedio de Jartum, en Sudán. (Li y Gordon se enemistaron cuando el primero ordenó la ejecución de los cabecillas rebeldes apresados a los que Gordon había prometido clemencia.) Cuando en 1864 finalizó la amenaza Taiping, Li asumió distintos cargos destacados y pasó a ser el primer ministro de Asuntos Exteriores *de facto* de China y el primer negociador en sus frecuentes crisis que se desataron con países extranjeros.[21]

El representante de una sociedad asediada por países mucho más poderosos y de culturas significativamente distintas tenía dos alternativas. Podía intentar cerrar la

brecha cultural, aplicar sistemas militarmente más duros y reducir así la presión del intento de discriminación contra el que culturalmente era forastero. O bien tenía la opción de insistir en la validez de su propia cultura haciendo alarde de sus características especiales y ganándose el respeto por la solidez de sus convicciones.

Durante el siglo XIX, los dirigentes japoneses optaron por la primera alternativa, contando con que cuando se enfrentaron a Occidente su país estaba ya metido de lleno en la vía de la industrialización y había demostrado su cohesión social. Li, representante de un país convulso por las rebeliones que le

habían exigido ayuda extranjera, no poseía esta opción. Tampoco habría abandonado sus orígenes confucianos por más ventajas que le hubiera reportado aquella vía.

Un relato de los viajes de Li Hongzhang por el interior de China nos proporciona un sombrío documento sobre la confusión reinante en China: durante un período de dos años bastante representativo, entre 1869-1871, pasó del sudoeste de China, donde los representantes franceses habían iniciado una protesta sobre los tumultos anticristianos, al norte, donde habían estallado otros disturbios; de allí se desplazó al extremo sudoccidental,

donde una tribu minoritaria iniciaba su rebelión en la frontera vietnamita; siguió hacia la zona noroccidental para hacer frente a una importante revuelta musulmana; llegó luego al puerto de Tianjin, en el nordeste, donde a raíz de una matanza de cristianos habían arribado barcos de guerra franceses y la zona corría el peligro de una intervención militar; por último, viajó al sudeste, donde se fraguaba una nueva crisis en la isla de Taiwan (conocida a la sazón en Occidente como Formosa).[22]

Li descolló en la escena diplomática dominada por unos códigos de conducta definidos por Occidente. Vestía las

largas y holgadas túnicas de mandarín confuciano y lucía con orgullo antiguos distintivos de rango, como la «Pluma de pavo real de doble ojo» y la «Chaqueta amarilla», que sus homólogos occidentales contemplaban asombrados. Llevaba la cabeza rapada —al estilo de los Qing— a excepción de la larga cola trenzada, y se la cubría con una gorra oblonga de oficial. Usaba un lenguaje epigramático que pocos extranjeros comprendían. Rezumaba una serenidad mística que en una ocasión un coetáneo suyo de Gran Bretaña comparó, presa de un temor reverencial y también de incomprensión, con la de un visitante de otro planeta. Su actitud parecía apuntar

que las penalidades y las concesiones de China no eran más que obstáculos temporales en el camino del triunfo definitivo de la civilización china. Su mentor, Zeng Guofan, erudito confuciano de primer orden y comandante veterano de las campañas Taiping, había aconsejado a Li en 1862 cómo debía utilizar la virtud básica del confucianismo del autocontrol como herramienta diplomática: «En el trato con los extranjeros, la actitud y el porte no deben ser excesivamente altivos y uno debe mostrarse ligeramente informal. Debe darse a entender que las injurias, las falsedades y el desprecio respecto a todo se han comprendido y al

mismo tiempo no se han comprendido, pues uno debe mostrar un aire algo estúpido».[23]

Al igual que cualquier otro oficial de alto rango de su era, Li creía en la superioridad de los valores morales de China y estaba convencido de que las prerrogativas imperiales tradicionales eran justas. No difería tanto en su afirmación sobre la superioridad china como en el análisis que hacía de que, por el momento, al país le faltaba una base material o militar. Después de haber estudiado el armamento occidental durante la rebelión Taiping y buscado información sobre las tendencias económicas de fuera, concluyó que en

China existía un peligroso desfase respecto al resto del mundo. En un memorial sobre estrategia dirigido al emperador en 1872 advertía sin rodeos: «Hoy en día, vivir y seguir afirmando que hay que "rechazar a los bárbaros" y "echarlos de nuestro territorio" realmente es algo superficial y absurdo. […] Ellos producen a diario sus armas para disputarnos la supremacía y vencer, se enfrentan a nuestras deficiencias con sus técnicas superiores».[24]

Li había llegado a una conclusión parecida a la de Wei Yuan, aunque por aquel entonces la reforma era muchísimo más urgente que en la época de Wei Yuan. Así pues, Li señalaba:

> Nos encontramos en una situación en la que, en el ámbito exterior, tenemos que vivir en armonía con los bárbaros, y en el interior hace falta que reformemos nuestras instituciones. Si continuamos siendo conservadores, si no llevamos a cabo ningún cambio, la nación se irá reduciendo y debilitando. […] En la actualidad, todos los países extranjeros aplican una reforma u otra y van progresando día a día del modo que asciende el vapor. Solo China sigue conservando sus instituciones tradicionales con tanta prudencia que, aunque se derrumbara y extinguiera, los conservadores no lo lamentarían.[25]

Durante una serie de debates sobre estrategia china que hicieron época en la década de 1860, Li y sus aliados en la administración esbozaron una línea de

actuación que bautizaron como «autofortalecimiento». En un memorándum de 1863, Li adoptó como punto de partida (como medio de amortiguar el golpe para sus lectores imperiales) lo siguiente: «En el sistema civil y militar chino todo es muy superior a lo de Occidente. Tan solo en armas de fuego es absolutamente imposible alcanzarlos».[26] Pero a la luz de las catástrofes recientes, aconsejaba Li, la élite china ya no podía permitirse mirar por encima del hombro las innovaciones extranjeras. Así lo explicaba: «No puede adoptarse un aire despectivo frente a las incisivas armas de los países extranjeros como si se

tratara de extrañas técnicas y manufacturas con truco que se considerara innecesario aprender».[27] Lo que necesitaba China eran armas de fuego, barcos de vapor y maquinaria pesada, así como los conocimientos y las técnicas para producirlos.

A fin de aumentar la capacidad de estudio de textos y programas extranjeros y poder conversar con los expertos de fuera, la juventud china tenía que aprender lenguas (tarea hasta entonces descartada como innecesaria, ya que se daba por supuesto que la aspiración de todo forastero era convertirse en chino). Li defendió que China tenía que abrir escuelas en las

ciudades más importantes —entre ellas la capital, que había luchado durante tanto tiempo para protegerse de las influencias extranjeras— para enseñar lenguas y técnicas de ingeniería. Li formuló el proyecto como un reto: «¿Acaso el juicio y la inteligencia de los chinos son inferiores a los de los occidentales? Si conseguimos dominar las lenguas occidentales y, a la vez, las vamos enseñando, podremos aprender de forma gradual y completa sus acertadas técnicas sobre buques de vapor y armas de fuego».[28]

El príncipe Gong propuso una idea similar en un escrito de 1866, en el que instaba al emperador a apoyar el estudio

de las innovaciones científicas occidentales:

> Lo que deseamos es que nuestros alumnos lleguen al fondo de estas cuestiones [...] puesto que estamos firmemente convencidos de que solo si somos capaces de dominar los misterios del cálculo matemático, la investigación física, la observación astronómica, la construcción de máquinas, la ingeniería de los cursos fluviales aseguraremos la pujanza constante del poder del imperio.[29]

China necesitaba abrirse al mundo exterior, y aprender de los países hasta entonces considerados vasallos y bárbaros, en primer lugar para fortalecer

su estructura tradicional y también para recuperar su preeminencia.

Esto habría sido una tarea heroica si la corte china se hubiera unificado siguiendo la idea de política exterior del príncipe Gong y la puesta en práctica de esta a cargo de Li Hongzhang. En realidad, una enorme brecha separaba a estos oficiales con miras hacia el exterior de la facción más tradicionalista insular. Esta defendía la perspectiva clásica de que China no tenía nada que aprender de los extranjeros tal como expresaba el anciano filósofo Mencio en la era de Confucio: «He oído hablar de algunos hombres que se sirvieron de las

doctrinas de nuestra gran tierra para cambiar a los bárbaros; lo que no he oído nunca es de nadie a quien los bárbaros hayan cambiado».[30] En el mismo sentido, Wo-ren, rector de la prestigiosa Academia Hanlin de erudición confuciana, atacaba los planes del príncipe Gong de contratar a instructores extranjeros en las escuelas chinas:

> La base del imperio descansa en la propiedad y en la rectitud, no en ardides y estratagemas. Sus raíces parten del corazón de los hombres y no de las sedas y la artesanía. Ahora, por razón de alguna baratija banal, tenemos que venerar a los bárbaros como si fueran nuestros maestros. […] El imperio es vasto y en él abunda el talento

humano. Si hay que estudiar astronomía y matemáticas, ya encontraremos a los chinos versados en estas materias.[31]

La creencia en la autonomía de China representaba la combinación de la experiencia acumulada durante milenios. De todas formas, no proporcionaba repuesta a la pregunta de cómo había de enfrentarse el país al peligro inmediato, sobre todo a la de cómo ponerse a la altura de la tecnología occidental. Una gran parte de los funcionarios de alto rango de China seguían asumiendo al parecer que la solución a los problemas exteriores de China estribaba en la ejecución o el exilio de los negociadores. Li Hongzhang fue

despojado de su cargo las tres veces que cayó en desgracia mientras Pekín se enfrentaba a las potencias extranjeras; pero en cada ocasión fue rehabilitado, pues sus adversarios no encontraron mejor alternativa que la de confiar en sus técnicas diplomáticas para resolver las crisis generadas por ellos.

Con el país descompuesto entre las obsesiones de un Estado débil y las reivindicaciones de un imperio universal, las reformas en China se llevaron a cabo de forma vacilante. Por fin, un golpe de Estado en palacio llevó a la abdicación de un emperador partidario de la reforma y se instalaron de nuevo en una posición predominante

los tradicionalistas, encabezados por la emperatriz viuda de Cixi. A falta de una modernización y una reforma interna fundamental, se pidió a los diplomáticos chinos que procuraran reducir los perjuicios causados a la integridad territorial de China y que pusieran freno a la erosión de la soberanía del país sin haberles proporcionado los medios para resolver la debilidad básica que vivía. Tenían que ganar tiempo y no disponían de un plan para sacar partido de él. Además, la tarea nunca había sido tan ardua como cuando entró en juego un nuevo elemento en el equilibrio de poder del nordeste de Asia: Japón, que

vivía un rápido proceso de industrialización.

El reto de Japón

A diferencia de la mayoría de los vecinos de China, Japón se resistió durante siglos a incorporarse al orden mundial sinocéntrico. Situado en un archipiélago, a unos cuantos cientos de kilómetros del continente asiático y en su punto más accesible, Japón cultivó durante mucho tiempo sus tradiciones y su cultura particular en aislamiento. Contaba con una considerable homogeneidad étnica y lingüística, con

una ideología oficial que ponía énfasis en el origen divino de su pueblo y alimentaba un compromiso casi religioso respecto a su identidad exclusiva.

En la cúspide de la sociedad de este país y de su propio orden mundial se erigía el emperador de Japón, figura concebida, al igual que el Hijo del Cielo chino, como intermediaria entre lo humano y lo divino. La filosofía política tradicional de Japón planteaba literalmente que los emperadores de este país eran divinidades descendientes de la diosa Sol, quien dio a luz al primer emperador y dotó a sus descendientes del derecho eterno al mando. Así pues,

Japón, igual que China, se consideraba algo mucho más importante que un Estado corriente.[32] El propio título de «emperador» —exhibido de manera insistente en los envíos diplomáticos japoneses a la corte china— constituía un desafío directo al orden mundial chino. Cabe recordar que en la cosmología china la humanidad contaba con un solo emperador, cuyo trono estaba en China.[33]

Si la excepcionalidad china representaba la reivindicación de un imperio universal, la excepcionalidad japonesa nacía de la inseguridad de una isla nación que obtenía mucho de su país vecino pero al mismo tiempo temía que

este lo dominara. La idea de singularidad china afirmaba que este país contaba con la única civilización verdadera e invitaba a los bárbaros del Reino Medio a «acercarse para transformarse». En la actitud japonesa se asumía una pureza racial y cultural del país única y se negaba la difusión de sus virtudes, incluso la explicación de la esencia, a aquellos que no hubieran nacido con sus sagrados vínculos ancestrales.[34]

Durante largos períodos, Japón había permanecido casi totalmente al margen de los asuntos exteriores, como si incluso algún contacto intermitente con los extranjeros pudiera comprometer su

excepcional identidad. Participaba en cierta medida en el orden internacional, pero lo hacía por medio de su propio sistema tributario en las islas Ryukyu (actualmente, Okinawa e islas de alrededor) y en distintos reinos de la península de Corea. Con cierta ironía, los dirigentes japoneses, como sistema de reivindicar su independencia respecto a China, optaron por una de las instituciones más chinas.[35]

Otros pueblos asiáticos aceptaron el protocolo del sistema tributario chino, calificando su comercio de «tributo» para acceder a los mercados de este país. Japón se negó a comerciar con China bajo capa de tributo. Insistía en la

igualdad, cuando no en la superioridad, respecto a China. Pese a los vínculos comerciales naturales existentes entre China y Japón, las discusiones del siglo XVII sobre comercio bilateral quedaron estancadas porque ninguna de las partes quiso respetar el protocolo que exigían las pretensiones de ser el centro del mundo de la otra.[36]

Mientras la esfera de influencia de China tuvo sus altibajos en sus vastas fronteras según el poder del imperio y de las tribus vecinas, los dirigentes japoneses se plantearon su propio dilema de seguridad como una alternativa mucho más directa. Con un sentido de superioridad tan marcado

como el de la corte china, pero percibiendo al mismo tiempo el margen de error mucho más reducido, los estadistas japoneses miraban con cautela hacia el oeste —hacia un continente dominado por una sucesión de dinastías chinas, algunas de las cuales extendían su mandato hasta el vecino más cercano de Japón: Corea—, y veían allí un desafío existencial. Así, la política exterior japonesa oscilaba, a veces con inesperada brusquedad, entre una actitud distante respecto al continente asiático y unos audaces intentos de conquista planeados con el objetivo de sustituir el orden sinocéntrico.

Japón, al igual que China, se topó con

los navíos occidentales que dominaban una tecnología nueva para ellos y contaban con una fuerza abrumadora a mediados del siglo XIX; en el caso de Japón, el desembarco de los «buques negros» del comodoro estadounidense Matthew Perry. Sin embargo, Japón sacó de este desafío una conclusión opuesta a la de China: abrió sus puertas a la tecnología extranjera y renovó sus instituciones en un intento de reproducir el auge de las potencias occidentales. (En Japón, tal conclusión pudo haberse alcanzado gracias a que no se veían las ideas de fuera como algo relacionado con la adicción al opio, que en general supo evitar.) En 1868, el emperador

Meiji, en su carta de juramento, anunciaba la decisión tomada por su país: «Hay que buscar conocimientos en todo el mundo y así fortalecer los cimientos del gobierno imperial».[37]

La restauración Meiji y la inclinación por el dominio de la tecnología occidental abrió la puerta para que Japón iniciara un impresionante progreso económico. Mientras el país desarrollaba una economía moderna y un extraordinario aparato militar, empezó a incidir en las prerrogativas concedidas a las grandes potencias occidentales. Su élite gobernante concluía, en palabras de Shimazu Nariakira, noble del siglo XIX y principal defensor de la innovación

tecnológica: «Si tomamos la iniciativa, dominaremos; si no, nos dominarán».[38]

Ya en 1863, Li Hongzhang llegó a la conclusión de que Japón iba a convertirse en la principal amenaza para la seguridad de China. Antes de la restauración Meiji, Li hablaba de la respuesta japonesa al desafío occidental. En 1874, después de que Japón sacara partido a un incidente entre miembros de una tribu taiwanesa y unos marineros náufragos de las islas Ryukyu y organizara una expedición punitiva,[39] escribió sobre Japón:

> Su poder aumenta de día en día y su ambición no queda rezagada. De modo que se atreve a exhibir su fuerza en tierras

> orientales, desprecia a China y opta por invadir Taiwan. Las potencias europeas poseen vigor, pero siguen a 70.000 líes de nosotros, mientras que Japón está en nuestro propio umbral espiando nuestra desolación y soledad. Sin duda se convertirá en la gran preocupación permanente de China.[40]

Ante la imagen del torpe gigante del oeste que seguía con sus vacuas pretensiones de supremacía mundial, los japoneses empezaron a plantearse desbancar a China como principal potencia de Asia. El enfrentamiento por dos reivindicaciones encontradas llegó a su punto crítico en un país situado en la confluencia de las mayores ambiciones del país vecino: Corea.

Corea

El Imperio chino era extenso, pero no invasor. Exigía tributo y reconocimiento del protectorado del emperador. No obstante, el tributo era más simbólico que sustancial, y el protectorado se ejercía de una forma que permitía una autonomía que prácticamente no se diferenciaba de la independencia. En el siglo XIX, los encarnizadamente independientes coreanos habían llegado a un acuerdo práctico con el gigante chino que tenían al norte y al oeste. Técnicamente, Corea era un Estado tributario, cuyos reyes mandaban con regularidad el tributo a Pekín. Corea

había adoptado los códigos morales confucianos y los caracteres chinos para la correspondencia formal. Pekín, por su parte, tenía claros intereses en la península, cuya situación geográfica la convertía en un posible corredor de invasión de China por mar.

Corea ejercía en cierto modo el papel de reflejo en la idea que tenía Japón de sus imperativos estratégicos. Japón también veía el dominio extranjero de Corea como un posible peligro. La situación de la península, que apuntaba hacia Japón, había tentado a los mongoles, quienes quisieron utilizarla como punto de partida en dos intentos de invasión del archipiélago japonés. En

aquellos momentos en que declinaba la influencia imperial, Japón se planteó afianzar una posición dominante en la península de Corea y empezó a imponer sus propias reivindicaciones económicas y políticas.

Durante las décadas de 1870 y 1880, China y Japón mantuvieron una serie de intrigas cortesanas en Seúl y lucharon por la supremacía entre distintas facciones reales. Cuando Corea se vio acosada por la ambición extranjera, Li Hongzhang aconsejó a los dirigentes coreanos que aprendieran de la experiencia china con los invasores. Iba a organizar una contienda entre los posibles colonizadores atrayéndolos

hacia su país. En una carta escrita en octubre de 1879 a un funcionario de alto rango coreano, Li aconsejaba que Corea debería buscar un partidario entre los bárbaros más lejanos, a ser posible Estados Unidos:

> Podría decirse que la forma más simple de evitar problemas sería encerrarse en el propio país y permanecer en paz. Pero, ¡ay!, en Oriente esto no es posible. No existe medio humano capaz de acabar con el movimiento expansionista de Japón: ¿acaso vuestro gobierno no se ha visto obligado a inaugurar una nueva era firmando un tratado de comercio con ellos? Tal como están las cosas, pues, lo mejor que podemos hacer ¿no es neutralizar un veneno con otro, poner en marcha una energía contra otra?[41]

Sobre esta base, Li hacía una propuesta a Corea: «Aprovechad cualquier oportunidad para establecer relaciones de acuerdo con los países occidentales, pues podréis utilizarlas para controlar a Japón». El comercio con Occidente, advertía, trae «influencias perniciosas», como el opio y el cristianismo, precisaba; ahora bien, en contraste con Japón y Rusia, que buscaban agregar territorios, sobre las potencias occidentales decía: «Con vuestro reino, solo comerciarán con objetos». Había que marcarse como objetivo equilibrar el peligro de cada una de las potencias extranjeras y no permitir que ninguna predominara:

«Puesto que sois conscientes de la fuerza de cada uno de los adversarios, debéis utilizar todos los medios posibles para dividirlos; actuad con cautela, utilizad la astucia; con ello demostraréis que sois buenos estrategas».[42] Li no habló del interés de China por Corea, ya fuera porque dio por supuesto que el mando supremo de este país no implicaba el mismo tipo de peligro que otras influencias extranjeras o porque había llegado a la conclusión de que China no contaba con medios prácticos para apartar a Corea de la influencia extranjera.

Indefectiblemente, las reivindicaciones de chinos y japoneses

de establecer una relación especial con Corea se hicieron incompatibles. En 1894, Japón y China enviaron tropas como respuesta a una rebelión coreana. Finalmente, Japón apresó al rey de Corea e instauró un gobierno projaponés. Los nacionalistas de Pekín y Tokio hicieron un llamamiento a la guerra; no obstante, solo Japón disponía de una flota naval moderna, pues los fondos que en un principio se destinaron a la modernización de la armada china fueron requisados para las mejoras del palacio de verano.

Al cabo de unas horas de estallar la guerra, Japón destruyó las fuerzas navales chinas dotadas de muy pocos

recursos, el logro más patente de unas cuantas décadas de autofortalecimiento del país. Se reclamó la presencia de Li Hongzhang, que se encontraba en uno de sus retiros periódicos obligatorios, para que acudiera a la ciudad japonesa de Shimonoseki a negociar un tratado de paz, con la misión prácticamente imposible de salvar la dignidad china de la catástrofe militar. El bando que se impone en la guerra suele contar con el incentivo de retrasar un pacto, sobre todo si con el paso de los días mejora su posición negociadora. Por ello, Japón remachó el clavo de la humillación de China rechazando una serie de negociadores propuestos por este país,

aduciendo que no poseían suficiente rango protocolario, una injuria intencionada dirigida a un imperio que hasta entonces había presentado a sus diplomáticos como personificaciones de las prerrogativas celestiales y, por consiguiente, con independencia de su rango, jerárquicamente por encima del resto.

Las estipulaciones que se trataron en Shimonoseki constituían un escándalo brutal para la imagen que tenía China de su propia preeminencia, pues se vio obligada a ceder Taiwan a Japón; a abandonar la ceremonia tributaria con Corea y a reconocer su independencia (en la práctica, se abrió más a la

influencia japonesa); a pagar una importante indemnización de guerra, y a ceder a Japón la península de Liaodong, en Manchuria, en la que se incluían los puertos estratégicos de Dalian y Lushun (Port Arthur). Fue la bala disparada por un nacionalista japonés la que libró a China de unas consecuencias aún más humillantes. El proyectil rozó el rostro de Li en la escena de las negociaciones y avergonzó al gobierno japonés hasta el punto de que cedió en algunas de sus reivindicaciones más radicales.

Li siguió negociando desde su lecho del hospital para demostrar que la humillación no lo doblegaba. Tal vez influyera en su estoicismo el saber que,

con el avance de los acuerdos, los diplomáticos chinos se iban acercando a otras potencias con intereses en China, en especial Rusia, cuya expansión por el Pacífico había tenido que abordar la diplomacia china desde el final de la guerra de 1860. Li había previsto la rivalidad entre Japón y Rusia en Corea y Manchuria y, en 1894, había dado órdenes a sus diplomáticos de que trataran a Rusia con gran tiento. En cuanto Li hubo regresado de Shimonoseki, aseguró el liderazgo de Rusia en una «intervención triple» de Rusia, Francia y Alemania, que obligó a Japón a devolver a China la península de Liaodong.

Fue una maniobra de consecuencias trascendentales. La corte del zar puso de nuevo en práctica su ya clásica interpretación de la amistad chino-rusa. Por sus servicios obtuvo unos derechos especiales en otra importante franja de territorio chino. En esta ocasión actuó con suficiente sutileza para no hacer las cosas de forma abierta. Al contrario, tras la triple intervención, se convocó a Li a Moscú para firmar un acuerdo secreto con una cláusula ingeniosa y claramente interesada en la que se estipulaba que, a fin de garantizar la seguridad de China frente a nuevos ataques japoneses, Rusia se ocuparía de construir una prolongación del

ferrocarril transiberiano a través de Manchuria. En el pacto secreto, Rusia dio su palabra de no utilizar dicho ferrocarril como «pretexto para invadir territorio chino o cercenar los derechos legales y privilegios de Su Majestad Imperial el emperador de China»,[43] que era en realidad lo que Rusia hacía. Indefectiblemente, una vez construido el ferrocarril, los representantes del zar insistieron en que harían falta fuerzas rusas en el territorio colindante para proteger la inversión. En unos años, Rusia se hizo con el control de la zona a la que Japón había tenido que renunciar y de otra importante extensión de terreno.

Aquel fue el legado más polémico de Li. La intervención había impedido los avances de Japón, al menos temporalmente, pero a costa de asentar a Rusia como influencia dominante en Manchuria. El establecimiento de una esfera de influencia del zar en esta zona precipitó una disputa sobre concesiones parecidas entre todas las potencias establecidas. Cada país fue respondiendo a los progresos de los demás. Alemania ocupó Qingdao en la península de Shandong. Francia obtuvo un enclave en Guangdong y consolidó su control sobre Vietnam. Gran Bretaña amplió su presencia en los Nuevos Territorios al otro lado de Hong Kong y

se hizo con una base naval frente a Port Arthur.

La estrategia de mantener el equilibrio con los bárbaros había funcionado hasta cierto punto. Ningún país gozaba de un predominio absoluto en China, y con este margen pudo funcionar el gobierno de Pekín. De todas formas, la hábil maniobra de salvar la esencia china recurriendo a las potencias extranjeras para conseguir el equilibrio de poder en el territorio solo podía funcionar si China se mantenía lo suficientemente fuerte para que la tomaran en serio. Por otra parte, el control central que reivindicaba el país ya se estaba desintegrando.

En la década de 1930, las democracias occidentales contemporizaban con Hitler. Solo puede recurrirse a la confrontación cuando el débil está en situación de convertir su derrota en algo difícil de aguantar para el fuerte. De lo contrario, la solución prudente pasa por la reconciliación. Por desgracia, las democracias lo ponían en práctica cuando poseían la fuerza militar. De todas formas, la contemporización tiene también sus riesgos políticos y pone en juego la cohesión social. En efecto, exige que el pueblo mantenga la confianza en sus dirigentes incluso cuando parece que estos ceden ante las exigencias del

vencedor.

Este era el dilema que se planteaba Li durante las décadas en las que intentó pilotar la nave de China entre la voracidad europea, rusa y japonesa y el desacierto y la intransigencia de su corte. Las últimas generaciones chinas habían reconocido la habilidad de Li Hongzhang, pero a la vez tenían sentimientos encontrados o se mostraban claramente hostiles en cuanto a las concesiones que había refrendado con su firma, sobre todo respecto a Rusia y Japón, así como por la cesión de Taiwan a este último Estado. Esta política ofendía la dignidad de una sociedad que mantenía su orgullo, aunque por otra

parte permitía a China mantener los elementos de su soberanía, algo rebajados, todo hay que decirlo, a lo largo de un siglo de expansión colonial en el que casi todos los países que vivieron esta situación perdieron su independencia. Superaron la humillación simulando adaptarse a ello.

Li resumió el ímpetu de su diplomacia en un sombrío memorial enviado en 1901 a la emperatriz viuda poco antes de que muriera:

> Ni que decir tiene que me alegraría mucho que China pudiera entablar una gloriosa y triunfal guerra; sería la satisfacción de mis últimos días ver a las naciones bárbaras subyugadas por fin en sumisa lealtad,

obedeciendo con respeto los dictados del trono del Dragón. Por desgracia, no obstante, solo puedo reconocer con pesadumbre que China no está en condiciones de llevar a cabo una empresa de este orden, y que nuestras fuerzas no están capacitadas para abordarla. Planteándonos la cuestión como algo que afecta básicamente a la integridad de nuestro imperio, ¿encontraríamos a alguien tan insensato como para lanzar proyectiles a una rata cerca de una valiosa pieza de porcelana?[44]

La estrategia de enfrentar a Rusia y Japón en Manchuria creó una rivalidad que llevó a ambas potencias a medirse poco a poco mutuamente. Rusia, en su implacable expansión, acabó con el acuerdo tácito que existía entre quienes

explotaban China de mantener un cierto equilibrio entre sus respectivas reivindicaciones y algún remanente de la soberanía china.

Las reivindicaciones encontradas de Japón y Rusia en la zona nororiental de China desencadenaron en 1904 una guerra por la preeminencia, que terminó con la victoria nipona. El Tratado de Portsmouth de 1905 concedió a Japón la posición dominante en Corea y ciertas posibilidades en Manchuria, aunque no tantas como las que hubiera posibilitado una victoria, a raíz de la intervención del presidente estadounidense Theodore Roosevelt. Su mediación al final de la guerra ruso-japonesa sobre la base del

principio del poder, insólita en la diplomacia de Estados Unidos, impidió que Japón se apoderara de Manchuria y mantuvo un equilibrio en Asia. Rusia, con problemas en Asia, desplazó de nuevo sus prioridades estratégicas a Europa, un proceso que aceleró el estallido de la Primera Guerra Mundial.

El levantamiento de los bóxers y el nuevo período de los Reinos Combatientes

A finales del siglo XIX, el orden mundial chino se había descoyuntado del todo; la corte de Pekín ya no constituía un factor

importante en la protección de la cultura o la autonomía de China. La frustración popular se desbordó en 1898 en el denominado levantamiento de los bóxers. Estos —que recibían tal nombre por sus tradicionales ejercicios de artes marciales— practicaban una forma de misticismo antiguo y afirmaban poseer una inmunidad mágica frente a las balas foráneas y organizaron una campaña de agitación violenta contra los extranjeros y los símbolos del nuevo orden que habían impuesto. Atacaron a diplomáticos, a chinos cristianos, las líneas de ferrocarril y de telégrafo y muchas escuelas occidentales. La emperatriz viuda, tal vez con el temor de

que la corte manchú (también imposición «extranjera» y ya muy poco efectiva) se convirtiera en el próximo objetivo, se unió a los bóxers, alabando sus acciones. De nuevo el epicentro del conflicto se situó en las embajadas extranjeras de Pekín, tanto tiempo disputadas, que los bóxers asediaron durante la primavera de 1900. Tras un siglo de fluctuaciones entre el arrogante desprecio, el desafío y la atribulada conciliación, China se vio envuelta en un estado de guerra contra todas las potencias extranjeras a la vez.[45]

La consecuencia fue otro duro golpe. En agosto de 1900 llegó a Pekín una fuerza expedicionaria formada por ocho

potencias aliadas —Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Rusia, Alemania, el Imperio austrohúngaro e Italia— para liberar las embajadas. Después de reducir a los bóxers y a las tropas aliadas de Qing (y de devastar gran parte de la capital en el proceso) establecieron otro «tratado desigual», que imponía una indemnización en efectivo y garantizaba más derechos de ocupación a las potencias extranjeras.[46]

Una dinastía incapaz de evitar continuas marchas hacia la capital de China o de impedir exacciones extranjeras en el territorio chino había perdido claramente el Mandato Celestial. La dinastía Qing, que había

prolongado su existencia setenta años desde el enfrentamiento inicial con Occidente, se vino abajo en 1912.

La autoridad central china volvió a fracturarse y se inició un nuevo período de los Reinos Combatientes. En un entorno internacional marcado por la inseguridad, surgió una República china profundamente dividida desde sus inicios. Nunca tuvo oportunidad de poner en práctica los principios democráticos. En enero de 1912, Sun Yat-sen fue proclamado presidente de la nueva república. Como si una misteriosa ley dirigiera la unidad imperial, después de seis semanas en el cargo, Sun cedió el mando a Yuan Shikai, comandante de

la única fuerza militar capaz de unificar el país. Tras el fracaso de la frustrada declaración de Yuan de instaurar una nueva dinastía imperial en 1916, el poder político pasó a manos de gobernadores regionales y comandantes militares. Entretanto, en el corazón del país, el nuevo Partido Comunista de China, creado en 1921, administraba una especie de gobierno a la sombra y un orden social paralelo más o menos próximo al movimiento comunista mundial. Cada uno de estos aspirantes exigía el derecho a gobernar, pero ninguno tenía suficiente fuerza para imponerse al resto.

Despojada de la autoridad central

universalmente reconocida, China carecía del instrumento que podía permitirle aplicar su diplomacia tradicional. A finales de la década de 1920, el Partido Nacionalista, dirigido por Chiang Kai-shek, ejerció el control nominal en todo el antiguo imperio Qing. En la práctica, sin embargo, cada vez fueron poniéndose más en cuestión las prerrogativas territoriales tradicionales.

Las potencias occidentales, exhaustas por los esfuerzos llevados a cabo en la guerra, y en un mundo influido por los principios wilsonianos de autodeterminación, no estaban ya en posición de ampliar sus esferas de influencia en China, y apenas se veían

capaces de mantenerlas. Rusia consolidaba su revolución interna y no podía plantearse un proceso de expansión. Alemania había perdido todas sus colonias.

De los que habían luchado por el dominio en China solo quedaba uno, pero era el más peligroso para la independencia de este país: Japón. China no tenía fuerza suficiente para defenderse. Por otra parte, no existía otro país capaz de mantener el pulso con Japón. Tras la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, Japón ocupó las antiguas concesiones alemanas en Shandong. En 1932, Tokio orquestó la creación del Estado títere de Manchukuo

en Manchuria. En 1937 abordó un plan de conquista de gran parte de la región oriental de China.

Japón se encontró entonces en la situación de los anteriores conquistadores. Era difícil hacerse dueño de un país tan grande; resultaba imposible administrarlo sin confiar en algunos de sus preceptos culturales, que Japón, convencido de la singularidad de sus propias instituciones, nunca estuvo preparado para adoptar. Poco a poco, sus antiguos asociados —las potencias europeas con el apoyo de Estados Unidos— empezaron a oponerse a Japón, de entrada en el ámbito político y más adelante en el militar. Fue una

especie de culminación de la estrategia diplomática del autofortalecimiento, en la que los antiguos colonialistas colaboraban entonces para reivindicar la integridad de China.

A la cabeza de esta iniciativa se encontraba Estados Unidos, con su estrategia de política de puertas abiertas anunciada en 1899 por su secretario de Estado John Hay. Un sistema nacido para reclamar para Estados Unidos las ventajas del imperialismo de otros países se convirtió, en la década de 1930, en una vía para mantener la independencia de China. Las potencias occidentales se sumaron al plan. China superaría la fase imperialista si era

capaz de sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial y volvía a forjar su unidad.

Con la capitulación de Japón en 1945, China quedó devastada y dividida. Nacionalistas y comunistas aspiraban a conseguir la autoridad central. Dos millones de soldados japoneses seguían en territorio chino a la espera de la repatriación; la Unión Soviética reconoció al gobierno nacionalista, pero mantuvo abiertas sus opciones proporcionando armas al Partido Comunista; al mismo tiempo envió con urgencia una fuerza militar soviética que nadie había pedido al nordeste de China, para exigir algunas reivindicaciones coloniales de otra época. El débil

control que ejercía Pekín sobre Xinjiang se había deteriorado aún más. El Tíbet y Mongolia gravitaban en un estado de cuasiautonomía bajo la influencia de las respectivas órbitas del Imperio británico y la Unión Soviética.

La opinión pública de Estados Unidos simpatizaba con Chiang Kai-shek como aliado en la guerra. Pero Chiang Kai-shek gobernaba una parte del país ya dividido por la ocupación extranjera. China formaba parte de los «cinco grandes» que iban a organizar el mundo de la posguerra y poseían derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU. De los cinco, solo Estados Unidos y la

Unión Soviética tenían poder para llevar adelante la misión.

A partir de aquí empezó una nueva guerra civil china. Washington intentó aplicar su solución estándar a este tipo de conflictos, que fue fracasando sistemáticamente entonces y también en las décadas posteriores. Promocionó una coalición entre nacionalistas y comunistas, que llevaban veinte años luchando. El embajador de Estados Unidos, Patrick Hurley, convocó una reunión entre Chiang Kai-shek y el dirigente del Partido Comunista, Mao Zedong, en septiembre de 1945 en la capital de Chiang, Chongqing. Ambos dirigentes cumplieron con su deber y

asistieron a ella mientras se preparaban para la confrontación definitiva.

En cuanto hubo terminado la reunión de Hurley, se reanudaron las hostilidades en los dos bandos. Las fuerzas nacionalistas de Chiang optaron por la estrategia del mantenimiento de las ciudades, mientras que el ejército guerrillero de Mao tenía su base en el campo; cada cual intentaba rodear al otro por medio de las tácticas de cerco del *wei qi*.[47] En medio del clamor por una intervención estadounidense de ayuda a los nacionalistas, el presidente Harry Truman envió al general George Marshall a China en una misión que duró un año para animar a los dos bandos a

trabajar conjuntamente. Durante este tiempo se fue derrumbando la posición militar nacionalista.

Las tropas nacionalistas, derrotadas por los comunistas del continente, se batieron en retirada hacia la isla de Taiwan en 1949, llevándose consigo su aparato militar, el estamento político y lo que quedaba de la autoridad nacional (incluyendo los tesoros artísticos y culturales chinos de la colección del palacio imperial).[48] Anunciaron el traslado de la capital de la República china a Taipei y afirmaron que dosificarían sus fuerzas y que algún día volverían al continente, mientras seguían

conservando la representación de China en el Consejo de Seguridad de la ONU.

Entretanto, China se unía de nuevo bajo la recientemente proclamada República Popular de China. La China comunista se lanzó hacia un nuevo mundo: en estructura, una nueva dinastía; en esencia, una nueva ideología por primera vez en la historia del país. En el ámbito estratégico, lindaba con doce vecinos, con fronteras abiertas y medios precarios para enfrentarse simultáneamente a cada una de las posibles amenazas: el mismo desafío al que se habían enfrentado todos los gobiernos chinos a lo largo de la historia. Y por encima de todos estos

problemas, los nuevos dirigentes del país toparon con la implicación en los asuntos asiáticos de Estados Unidos, que había salido de la Segunda Guerra Mundial convertida en una superpotencia, que se replanteaba lo de la pasividad ante la victoria comunista en la guerra civil china. Todos los estadistas tienen que sopesar la experiencia del pasado y las reivindicaciones del futuro. En ninguna parte se veía esto tan claro como en la China que empezaban a controlar Mao y el Partido Comunista.

4
La revolución permanente de Mao

La llegada de una nueva dinastía en China siempre había creado, a lo largo de los milenios, un ritmo diferenciado. Llegaba el momento en que empezaba a percibirse que la antigua no cumplía con su misión de proteger la seguridad de la población china o de satisfacer sus aspiraciones fundamentales. Para el pueblo, en raras ocasiones la pérdida

del Mandato Celestial se debía a una catástrofe en concreto, al contrario, solía achacarse a los efectos acumulativos de una serie de desastres. Se consideraba que la nueva dinastía traía la solución, en parte por el mero hecho de haberse establecido.

En la dramática historia de China se habían vivido muchos episodios traumáticos, pero jamás un nuevo gobernante había propuesto derribar el sistema de valores de toda la sociedad. Quienes antes habían pretendido asumir el Mandato Celestial —incluso, o tal vez sobre todo, los conquistadores extranjeros— se habían legitimado ratificando los antiguos valores de la

sociedad que empezaban a controlar y gobernaban siguiendo sus máximas. Mantenían la burocracia heredada, aunque solo fuera porque tenían que dirigir el país más populoso y rico del mundo. Esta tradición era el mecanismo del proceso de sinificación, la que establecía el confucianismo como doctrina de gobierno en China.

A la cabeza de la nueva dinastía que en 1949 irrumpió desde el campo para hacerse con las ciudades destacaba un coloso: Mao Zedong. Dominante, con una influencia arrolladora, inflexible y distante, poeta y guerrero, profeta y destructor, Mao unificó China y llevó al país por un camino que estuvo a punto

de hundir a su sociedad civil. Al final de este virulento proceso, China se mantuvo como una de las principales potencias mundiales y como el único país comunista, a excepción de Cuba, Corea del Norte y Vietnam, con una estructura política capaz de superar el fracaso del comunismo en los demás países.

Mao y la Gran Armonía

Los revolucionarios son, por naturaleza, personas de un carácter fuerte y decidido. Prácticamente siempre parten de una postura de debilidad respecto al

marco político y para triunfar confían en el carisma y en la capacidad de aprovechar la indignación y capitalizar la flaqueza psicológica de un adversario en decadencia.

La mayoría de las revoluciones se han llevado a cabo por una causa específica. Tras el triunfo, se han institucionalizado en un nuevo sistema de orden. La revolución de Mao no tenía un fin último; el objetivo final de la «Gran Armonía» que proclamaba era una perspectiva imprecisa, más parecida a la exaltación espiritual que a la reconstrucción política. Los cuadros del Partido Comunista eran su sacerdocio, aunque su tarea era la de hacer campaña

y no la de cumplir con un programa definido. Con Mao, los cuadros llevaban, por otra parte, una vida al borde de la perdición. Siempre estaban en peligro —con el tiempo ya era más una seguridad que otra cosa— de verse sumidos en la propia agitación que ellos mismos habían potenciado. Entre los dirigentes de la segunda generación (la de Deng Xiaoping) vemos que casi todos sufrieron este destino, que volvieron al poder tan solo después de períodos de importantes tribulaciones personales. Todos los que tuvieron una relación estrecha con Mao durante la época revolucionaria —incluyendo al final a su primer ministro y jefe de la

diplomacia Zhou Enlai— fueron purgados.

No es casualidad que el dirigente chino más admirado por Mao fuera el emperador Qin Shi Huang, quien puso fin al período de los Reinos Combatientes al vencer a todos sus adversarios y unificarlos bajo una política única en el año 221 a.C. En general se considera que Qin Shi Huang fundó China como Estado unificado. Sin embargo, la historia china nunca le ha guardado un gran respeto por haber quemado libros y perseguido a los eruditos confucianos tradicionales (quemó vivos a 460 de ellos). Mao comentó en una ocasión que el gobierno

de China requería una combinación de los métodos de Marx y de Qin Shi Huang; él mismo ensalzó al emperador en un poema:

Tened la bondad de no difamar al
emperador Qin Shi Huang,
pues hay que considerar de nuevo con
detención la quema de libros.
Nuestro atávico dragón, aunque muerto,
vive en espíritu,
mientras que Confucio, aunque
renombrado, en realidad no era nadie.
El orden de Qin ha sobrevivido de era en
era.[1]

La China de Mao fue, a propósito, un país en crisis permanente; desde los primeros días de gobierno comunista,

Mao fue desencadenando el combate por oleadas. Jamás se permitió al pueblo chino darse un respiro en sus logros. El destino que Mao le había adjudicado era el de purificar la sociedad por medio del esfuerzo virtuoso.

Mao fue el primer dirigente desde la unificación de China que impulsó la destrucción de las tradiciones chinas en una acción deliberada de la política estatal. Consideraba que rejuvenecía a China al deshacerse, en ocasiones de forma violenta, de su antiguo patrimonio. Como dijo él mismo en 1965 al escritor francés André Malraux:

> El pensamiento, la cultura y las costumbres que llevaron a China al punto en

el que la encontramos hoy tienen que desaparecer, y surgir el pensamiento, las costumbres y la cultura de la China proletaria, que no existen todavía. […] El pensamiento, la cultura y las costumbres deben nacer de la lucha, y la lucha ha de seguir mientras permanezca el peligro de volver al pasado.[2]

En una ocasión, Mao afirmó que había que «desintegrar» China como un átomo, a fin de destruir el antiguo orden, pero, al mismo tiempo, crear una explosión de energía popular que llevara al país a cotas mucho más elevadas:

Se ha despertado ya nuestro entusiasmo. El nuestro es un país ardiente que se deja llevar por una marea encendida. Existe una

> metáfora muy adecuada para ello: nuestro país es como un átomo. […] Cuando se desintegre el núcleo de este átomo, la energía térmica que suelte tendrá una terrible potencia. Seremos capaces de hacer lo que nunca pudimos.[3]

Como parte de este proceso, Mao organizó un ataque global al pensamiento político tradicional chino: donde la tradición confuciana valoraba la armonía universal, Mao idealizó la rebelión y el choque entre fuerzas opuestas, tanto en los asuntos internos como en los exteriores (y, efectivamente, concibió la conexión entre los dos, emparejando con regularidad las crisis externas con las purgas internas o las

campañas ideológicas). La tradición confuciana valoraba la doctrina del término medio y el ejercicio del equilibrio y la moderación; cuando se producía la reforma, se llevaba a cabo de forma gradual y se presentaba como la «restauración» de unos valores mantenidos anteriormente. Mao, en cambio, buscó la transformación radical e inmediata y la ruptura total con el pasado. La teoría política china tradicional mostraba relativamente poco respeto por la fuerza militar e insistía en que los dirigentes chinos tenían que buscar la estabilidad dentro del país e influir en el exterior por medio de la virtud y la comprensión. Mao, guiado

por su ideología y por el suplicio del siglo de humillación que había vivido China, organizó una inaudita militarización de la vida del país. Si la China tradicional veneraba el pasado y amaba su valiosa cultura literaria, Mao declaró la guerra al arte, a la cultura y al sistema de pensamiento tradicional chino.

En muchos puntos, no obstante, el dirigente comunista personificó las contradicciones dialécticas que pretendía controlar. Era un apasionado anticonfuciano y lo admitía públicamente, pero leía todos los clásicos chinos y solía citar textos antiguos. Enunció la doctrina de la

«revolución permanente», pero cuando los intereses nacionales lo requirieron, supo ser paciente y ver las cosas en perspectiva. Tenía como estrategia declarada la manipulación de las «contradicciones», pero al servicio de un último objetivo extraído de la idea confuciana del *da tong* o Gran Armonía.

Así pues, el gobierno maoísta se convirtió en una versión a través del espejo de la tradición confuciana al declarar la ruptura total con el pasado y al mismo tiempo confiar en muchas de las instituciones tradicionales chinas, entre las cuales cabe citar: el estilo de gobierno imperial; el Estado como proyecto ético, y la burocracia de los

mandarines, que Mao odiaba, destruida periódicamente, para ser creada de nuevo con la misma periodicidad.

Los objetivos fundamentales de Mao no podían expresarse en una única estructura organizativa, ni satisfacerse con un conjunto específico de tareas políticas. Tenía como meta mantener el propio proceso de la revolución y consideraba que su misión era llevarlo a cabo por medio de convulsiones cada vez más intensas, sin permitir jamás un punto de reposo hasta que el pueblo saliera de la dura prueba purificado y transformado:

> Es una experiencia dolorosa e insoportable la de verse vencido, como en el

caso de los reaccionarios del Kuomintang [Partido Nacionalista], a los que hemos derrocado ahora, y el del imperialismo japonés, que junto con otros pueblos derrotamos hace un tiempo. Pero la clase obrera, el pueblo trabajador y el Partido Comunista no se plantean la cuestión de verse derrotados, sino la de trabajar duro para crear las condiciones en las que las clases, el poder estatal y los partidos políticos puedan extinguirse y la humanidad entre en el dominio de la Gran Armonía.[4]

En la China tradicional, el emperador era el eje de la Gran Armonía de todo lo viviente. Por medio de su virtuoso ejemplo, se percibía que él era quien mantenía el orden cósmico existente en su conjunto y mantenía el equilibrio

entre el cielo, el hombre y la naturaleza. Desde la perspectiva china, el emperador «transformaba» a los bárbaros rebeldes y los hacía entrar en vereda; él era el pináculo de la jerarquía confuciana, quien asignaba a todos su lugar adecuado en la sociedad.

Es por ello que, hasta la era moderna, China no buscó el ideal del «progreso» en el sentido occidental. El ímpetu chino por el servicio público fue la idea de la rectificación: llevar al orden a una sociedad a la que se había dejado derivar hacia un peligroso desequilibrio. Confucio declaró que su misión era la de recuperar unas verdades profundas que su sociedad

había desatendido y, con ello, restaurar la edad de oro.

Mao veía su papel como algo diametralmente opuesto. La Gran Armonía llegaba después de un doloroso proceso en el que prácticamente todos los que habían pasado por él se consideraban víctimas. En la interpretación de la historia que hace Mao, el orden confuciano mantuvo a China en un estado de debilidad; su «armonía» era una forma de subyugación. Consideraba que el progreso llegaría únicamente a través de la serie de pruebas brutales que enfrentarían a las fuerzas opuestas, tanto en el ámbito interior como en el

internacional. Unas contradicciones que, si no afloraban por su cuenta, era obligación del Partido Comunista y de su dirigente mantener siempre en marcha la agitación, contra sí mismos si hacía falta.

En 1958, al principio del programa de colectivización económica que abarcó a todo el país, conocido como el Gran Salto Adelante, Mao destacaba su perspectiva de China en constante movimiento. Afirmaba que cada oleada de esfuerzo revolucionario era precursora a escala orgánica de una nueva agitación que había que acelerar si no se quería que los revolucionarios

pasaran a una actitud indolente y se durmieran en los laureles:

> Nuestras revoluciones son como batallas. Tras una victoria debemos proponer una nueva tarea. En este sentido, los cuadros y las masas no abandonarán nunca el fervor revolucionario, ni se mostrarán petulantes. En efecto, no tendrán tiempo para crecerse, aunque puedan experimentar un sentimiento de este tipo. Con nuevas tareas a las que hacer frente, pensarán únicamente en los problemas que va a implicar llevarlas a cabo.[5]

Había que plantear también pruebas más difíciles a los cuadros de la revolución, y cada vez a intervalos más

cortos. «El desequilibrio es una norma general y objetiva», escribía Mao:

> El ciclo, que es interminable, evoluciona pasando del desequilibrio al equilibrio y vuelve de nuevo al desequilibrio. Cada estadio, no obstante, nos lleva a un nivel de desarrollo superior. El desequilibrio es normal y absoluto, mientras que el equilibrio es temporal y relativo.[6]

Pero ¿cómo puede participar en el sistema internacional un Estado en lucha permanente? Si aplica al pie de la letra la doctrina de la revolución permanente, se verá implicado en la convulsión constante y, probablemente, en la guerra. Los estados que valoran la estabilidad

se unirán contra ello. Ahora bien, si intenta configurar un orden internacional abierto al resto, se hará inevitable el choque con los partidarios de la revolución permanente. Se trata de un dilema que acosó a Mao durante toda su vida y que jamás consiguió resolver.

MAO Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES: LA ESTRATAGEMA DE LA CIUDAD VACÍA, EL PODER DISUASORIO CHINO Y LA BÚSQUEDA DEL PROGRESO PSICOLÓGICO

Mao expresó su actitud básica sobre los asuntos internacionales en vísperas de asumir el poder. Ante la conferencia

consultiva política del pueblo acabada de reunir, resumió la actitud de China ante el orden internacional imperante con esta frase: «El pueblo chino se ha levantado».

> Todos tenemos la sensación de que nuestro trabajo pasará a la historia de la humanidad y que demostrará claramente que los chinos, que forman una cuarta parte de la humanidad, han empezado a levantarse. Los chinos han sido siempre personas extraordinarias, valientes y trabajadoras. Fue en los tiempos modernos cuando quedaron rezagados, y ello se debió únicamente a la opresión y a la explotación del imperialismo extranjero y al gobierno reaccionario del país. […] Nuestros predecesores nos encargaron que finalizáramos la tarea iniciada por ellos. Esto es lo que hacemos.

> Nos hemos unido, hemos derrotado al opresor extranjero y al de dentro mediante la guerra popular de liberación y la gran revolución del pueblo y hemos proclamado la República Popular de China.[7]

Levantarse contra el mundo era una tarea de enormes proporciones para la China de 1949. El país estaba subdesarrollado, no poseía la capacidad militar para imponer sus propias orientaciones en un mundo que en general estaba más avanzado en recursos y, sobre todo, en tecnología. Cuando la República Popular se presentó en la escena mundial, Estados Unidos era la principal superpotencia nuclear (la Unión Soviética había hecho

explosionar su primera arma nuclear). Estados Unidos había apoyado a Chiang Kai-shek durante la guerra civil china y había transportado a los soldados nacionalistas hacia las ciudades septentrionales de China después de la capitulación japonesa en la Segunda Guerra Mundial para adelantarse a los ejércitos comunistas. La victoria de Mao Zedong fue acogida con consternación en Washington, donde desencadenó un debate sobre quién había «perdido» China. Aquello implicó, al menos en Pekín, un intento de alterar el resultado, convicción que se reafirmó en 1950 cuando, en la invasión de Corea del Sur por parte del Norte, el presidente

Truman envió la Séptima Flota al estrecho de Taiwan, impidiendo así que el nuevo gobierno del continente intentara reconquistar esta plaza.

La Unión Soviética constituía un aliado ideológico y en un principio fue necesaria como asociada estratégica para hacer de contrapeso a Estados Unidos. Pero los dirigentes chinos no habían olvidado la serie de «tratados desiguales» arrancados un siglo atrás con el fin de afianzar la posesión rusa de las provincias marítimas del Extremo Oriente y una zona de influencia especial en Manchuria y Xinjiang, aunque la Unión Soviética no reclamara la validez de las concesiones del norte

de China conseguidas por Chiang Kai-shek en los acuerdos de guerra de 1945. Stalin dio por sentado el dominio soviético en el mundo comunista, una postura a la larga incompatible con el temible nacionalismo de Mao y la reivindicación de la importancia ideológica de este.

China también se vio implicada en un conflicto fronterizo con la India en el Himalaya a raíz del territorio occidental llamado Aksai Chin y de la llamada línea McMahon de la parte oriental. La región en litigio tenía su envergadura: con unos 125.000 kilómetros cuadrados, el total que se disputaba tenía aproximadamente la extensión del

estado de Pensilvania o, como precisó posteriormente Mao a sus mandos superiores, de la provincia china de Fujian.[8]

Mao dividió estas tareas en dos categorías. En el interior del país, declaró la revolución permanente y fue capaz de llevarla adelante al ir ejerciendo un control cada vez más global. Fuera, la revolución era una consigna, quizá un objetivo a largo plazo, pero los dirigentes chinos fueron lo suficientemente realistas para reconocer que carecían de medios que pudieran poner en cuestión el orden internacional imperante, a no ser que utilizaran las armas ideológicas. En el

interior de China, Mao consideró que no existían límites objetivos para su perspectiva filosófica, aparte de las arraigadas actitudes del pueblo chino, que él mismo luchó por barrer. En el dominio de la política exterior, no obstante, se mostró bastante más comedido.

Cuando el Partido Comunista consiguió el poder en 1949, vastas regiones se habían separado del histórico Imperio chino, entre las que pueden citarse el Tíbet, partes de Xinjiang, partes de Mongolia y las zonas fronterizas de Birmania. La Unión Soviética mantuvo una esfera de influencia en el nordeste, con una fuerza

de ocupación y una flota en el estratégico puerto de Lushun. Mao, como habían hecho antes que él algunos fundadores de dinastías, reivindicó las fronteras que había establecido el Imperio chino en su extensión histórica máxima. A los que consideró parte de esa China histórica —Taiwan, el Tíbet, Xinjiang, Mongolia y regiones fronterizas del Himalaya en el norte— les aplicó totalmente la política interior: se mostró implacable; intentó imponer el gobierno de China y en general lo consiguió. En cuanto terminó la guerra civil, Mao se propuso ocupar de nuevo las regiones secesionistas como Xinjiang, Mongolia Interior y por fin el

Tíbet. En este contexto, Taiwan no era tanto una prueba de ideología comunista como una petición de respeto a la historia de China. Incluso cuando se frenó y no aplicó medidas militares, Mao reivindicó algunos territorios concedidos en los «tratados desiguales» del siglo XIX, como, por ejemplo, el territorio que se había perdido en el Extremo Oriente ruso a raíz de los acuerdos de 1860 y 1895.

En lo que concierne al resto del mundo, Mao introdujo un estilo especial que sustituía la militancia ideológica y la perfección psicológica por la fuerza física. Se basaba en una perspectiva sinocéntrica del mundo, contenía un

toque de revolución mundial y una práctica diplomática que recurría a la tradición china en el trato con los bárbaros, poniendo suma atención en la planificación meticulosa y el dominio psicológico del otro bando.

Mao pasó por alto que los diplomáticos occidentales consideraran de sentido común que China se reconciliara con las principales potencias para recuperarse de las décadas de convulsión que había vivido. Se negó a mostrar cualquier tipo de debilidad, optó por el desafío frente al acuerdo y, después de haber establecido la República Popular de China, evitó el contacto con los países occidentales.

Zhou Enlai, el primer ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular de China, resumió esta altiva actitud en una serie de aforismos. La nueva China no iba a limitarse a entrar a hurtadillas en las relaciones diplomáticas existentes. Lo que haría sería empezar desde cero. Había que negociar caso a caso las relaciones con el nuevo régimen. La nueva China tenía que hacer «limpieza de la casa antes de invitar a nadie», es decir, eliminaría las influencias coloniales que quedaran antes de establecer relaciones diplomáticas con los países «imperialistas» occidentales. Utilizaría su influencia para «unir a los pueblos

del mundo», o sea, fomentaría la revolución en los países en vías de desarrollo.[9]

Los diplomáticos tradicionalistas habrían rechazado esta actitud de soberbio desafío calificándola de inviable. Sin embargo, Mao creía en las consecuencias objetivas de los factores ideológicos y, sobre todo, de los psicológicos. Se propuso alcanzar la igualdad psicológica con las superpotencias mediante una deliberada indiferencia ante su capacidad militar.

Una de las narraciones clásicas de la tradición estratégica china es la de la «Estratagema de la ciudad vacía» de Zhuge Liang, en el *Romance de los Tres*

Reinos. En él, un alto mando ve acercarse un ejército muy superior al suyo. Dado que la resistencia es garantía de destrucción y que la rendición conlleva pérdida de control en el futuro, el hombre opta por una estratagema: abre las puertas de la ciudad, se instala allí en postura de reposo, tocando un laúd, y deja entrever tras él cómo transcurre la vida normal, sin señal alguna de temor o preocupación. El general del ejército invasor interpreta la muestra de sangre fría como demostración de unas reservas ocultas, detiene su paso y se retira.

Es probable que la indiferencia de Mao ante la amenaza de la guerra

nuclear se debiera a la influencia de esta tradición. Desde el principio, la República Popular de China tuvo que maniobrar en una relación triangular con las dos potencias nucleares, cada una de las cuales podía entrañar por su cuenta un gran peligro y, en conjunción, estaban en condiciones de arrollar a China. Mao se enfrentó a esta situación endémica haciendo como que no existía. Afirmó ser impermeable a las amenazas nucleares; en efecto, en público se mostró dispuesto a asumir centenares de millones de víctimas, incluso confesó que ello podía garantizar una victoria más rápida de la ideología comunista. Nadie puede afirmar si Mao creía sus

propias declaraciones sobre la guerra nuclear. Consiguió, no obstante, que el resto del mundo creyera que hablaba en serio: una prueba de credibilidad definitiva. (Por supuesto, en el caso de China, la ciudad no estaba del todo «vacía». A la larga, China desarrolló su propia capacidad para fabricar armas nucleares, aunque a una escala mucho más reducida que la de la Unión Soviética o la de Estados Unidos.)

Mao consiguió inspirarse en la larga tradición del arte de gobierno chino para llevar adelante objetivos a largo plazo partiendo de una posición de relativa debilidad. Durante siglos, los estadistas chinos se habían mezclado con los

«bárbaros» en unas relaciones en las que los mantenían a raya, sin abandonar de manera deliberada la ficción política de la superioridad a través de la técnica diplomática. Desde los inicios de la República Popular, China ejerció un papel en el mundo que iba más allá de su fuerza objetiva. A consecuencia de su firme defensa de la definición de patrimonio nacional, la República Popular de China se convirtió en una fuerza influyente en el movimiento de los países no alineados: el grupo de los que acababan de conseguir la independencia y buscaban su posición entre las superpotencias. China se situó como potencia importante con la que

nadie podía meterse mientras creaba una nueva definición de su identidad en el ámbito interno y desafiaba diplomáticamente a las potencias nucleares, en algunas ocasiones de forma simultánea y en otras gradual.

En la puesta en práctica de la agenda política exterior, Mao se basó más en Sun Tzu que en Lenin. Se inspiró en las lecturas de los clásicos chinos y en una tradición que de puertas afuera despreciaba. A la hora de trazar iniciativas de política exterior no se refería tanto a la doctrina marxista como a las obras chinas tradicionales: textos confucianos; las fundamentales «Veinticuatro historias dinásticas», en

las que se narraba la grandeza y la decadencia de las dinastías imperiales chinas; el *Romance de los Tres Reinos* y otros textos sobre guerra y estrategia; historias sobre aventuras y rebelión como «Los forajidos del pantano», y la novela romántica y de intrigas cortesanas, *El sueño de la estancia roja*, que Mao afirmaba haber leído cinco veces.[10] A imagen de los funcionarios eruditos confucianos tradicionales, a los que él mismo denunciaba tildándolos de opresores y parásitos, Mao escribió poesía y ensayos filosóficos y se tomó muy en serio su caligrafía poco convencional. Estas actividades literarias y artísticas

no constituían un refugio de su labor política, sino una parte integrante de esta. Cuando, después de una ausencia de treinta y dos años, Mao volvió en 1959 a su pueblo natal, el poema que escribió no trataba del marxismo y del materialismo, sino que era un arrebato romántico: «Son los amargos sacrificios los que fortalecen nuestra firme determinación, y los que nos dan valor para que osemos cambiar paraísos y cielos, para cambiar el sol y crear un nuevo mundo».[11]

Esta tradición literaria estaba tan arraigada que, en 1969, en un momento crucial para la política exterior de Mao, cuatro mariscales asignados por él

mismo para trazar sus opciones estratégicas ilustraron sus recomendaciones sobre la necesidad de abrir relaciones con el entonces archienemigo, Estados Unidos, citando el *Romance de los Tres Reinos*, que, aunque prohibido a la sazón en China, ellos estaban convencidos de que Mao había leído. Así pues, incluso inmerso en los ataques más radicales contra el patrimonio antiguo de China, Mao encuadraba su doctrina política exterior en analogías de los juegos del intelecto tan corrientes en China. Describía las maniobras de inicio en la guerra chino-india denominándolas «el paso de la frontera de Han-chu», una antigua

metáfora extraída de la versión china del ajedrez.[12] Mantuvo el juego tradicional del *mahjong* como escuela de pensamiento estratégico: «Si supiera jugar al *mahjong* —dijo en una ocasión a su médico—, sin duda comprendería la relación entre el principio de la probabilidad y el principio de la certeza».[13] Por otra parte, en los conflictos de China con Estados Unidos y con la Unión Soviética, Mao y sus socios más próximos consideraban la amenaza desde el punto de vista de una idea del *wei qi*, la de evitar el cerco estratégico.

Precisamente en estos aspectos más tradicionales, las superpotencias

tuvieron más dificultades a la hora de comprender los objetivos estratégicos de Mao. Desde la perspectiva del análisis estratégico occidental, la mayoría de las iniciativas militares de Pekín llevadas a cabo durante los treinta primeros años de la guerra fría eran asuntos poco convincentes y, al menos sobre el papel, inconcebibles. Estas intervenciones y ofensivas, que solían enfrentar a China con potencias de mayor calado y se producían en territorios considerados anteriormente de importancia estratégica secundaria —Corea del Norte, las islas situadas frente al estrecho de Taiwan, las extensiones con baja densidad de población del

Himalaya, las franjas heladas de la zona del río Ussuri—, cogían desprevenidos casi a todos los observadores extranjeros y también a cada uno de sus adversarios. Mao estaba decidido a evitar el cerco que pudiera establecer cualquier potencia o grupo de potencias, independientemente de su ideología —lo que él percibía como un exceso de «piedras» del *wei qi* alrededor de China —, mediante el desbaratamiento de sus cálculos.

Este fue el elemento catalizador que llevó a China, a pesar de su debilidad relativa, a la guerra de Corea y también el que, después de la muerte de Mao, llevó a Pekín a enfrentarse con Vietnam,

un aliado reciente, haciendo caso omiso del tratado de defensa existente entre Hanoi y Moscú y mientras la Unión Soviética mantenía un millón de soldados en las fronteras septentrionales de China. Los cálculos a largo plazo sobre la configuración de las fuerzas alrededor de la periferia china se consideraron más significativos que la evaluación objetiva del equilibrio de poder inmediato. La combinación entre lo que se veía a largo plazo y lo psicológico surge de nuevo en el planteamiento de Mao para evitar las amenazas militares percibidas.

Por mucho que asimilara Mao la historia de China, ningún dirigente de

este país conjugó jamás los elementos tradicionales con su combinación de autoridad y crueldad: arrojo ante el reto y hábil diplomacia cuando las circunstancias no le permitían optar por las iniciativas arrolladoras y drásticas por las que solía inclinarse. Llevó adelante sus importantes y audaces iniciativas en política exterior, aunque con tácticas tradicionales, en medio de una violenta agitación de la sociedad china. Prometió que todo el mundo iba a transformarse y que las cosas se convertirían en lo contrario de lo que habían sido:

> De todas las clases que existen en el mundo, el proletariado es la que más desea

cambiar su situación, y en segundo lugar está el semiproletariado, puesto que aquel no posee nada y este tampoco disfruta de una posición mejor. Actualmente, Estados Unidos controla a la mayoría en la ONU y domina muchas partes del mundo: una situación temporal que ha de cambiar en breve. También debe cambiar la situación de China como país pobre al que se han negado los derechos en los asuntos internacionales: el país pobre pasará a ser rico, y aquel al que se le han negado los derechos será el que gozará de ellos; las cosas se transformarán en lo contrario de lo que han sido.[14]

Mao era demasiado realista, sin embargo, para reivindicar la revolución mundial como un objetivo práctico. Por consiguiente, las consecuencias concretas de China en la revolución

mundial fueron sobre todo ideológicas y se basaron en el apoyo de los servicios de inteligencia a los partidos comunistas de los diferentes puntos del mundo. Mao explicaba esta actitud en una entrevista concedida a Edgar Snow, el primer periodista estadounidense que describió la base comunista china de Yan'an durante la guerra civil en 1965: «China ha apoyado a los movimientos revolucionarios, aunque no a fuerza de invadir países. Evidentemente, cuando se produce una lucha de liberación, China publica comunicados y hace llamamientos a manifestarse en su apoyo».[15]

En el mismo sentido, el panfleto de

1965 «Viva la victoria de la guerra popular» escrito por Lin Biao, el entonces supuesto sucesor de Mao, afirmaba que el campo del mundo (es decir, los países en vías de desarrollo) iba a derrotar a las ciudades del mundo (es decir, los países avanzados) de la misma forma que el Ejército Popular de Liberación había vencido a Chiang Kai-shek. La administración de Lyndon Johnson interpretaba estas líneas como un programa chino de apoyo a la subversión comunista en todo el mundo y especialmente en Indochina, y probablemente de clara participación en este movimiento. El panfleto de Lin fue un factor que contribuyó en la decisión

de enviar tropas estadounidenses a Vietnam. No obstante, los eruditos contemporáneos ven el documento como una declaración de los límites del apoyo militar chino a Vietnam y a otros movimientos revolucionarios. En efecto, Lin afirmaba: «Son las propias masas las que consiguen su liberación: este es el principio básico del marxismo-leninismo. La revolución o la guerra popular en cualquier país incumbe a las masas de este, y ellas la han de llevar a cabo básicamente con sus propios esfuerzos: no existe otro camino».[16]

Esta limitación reflejaba una valoración realista del equilibrio de fuerzas existente. No sabemos qué

habría decidido Mao si el equilibrio se hubiera inclinado a favor del poder comunista. Ahora bien, ya sea como reflejo del realismo o como motivación filosófica, la ideología revolucionaria constituía un medio para transformar el mundo, más a través de la actuación que de la guerra, más o menos como los emperadores tradicionales habían percibido su función.

Un equipo de eruditos chinos con acceso a los archivos centrales de Pekín redactó un extraordinario documento sobre la ambigüedad de Mao: dedicado a la revolución mundial, dispuesto a fomentarla siempre que fuera posible y al mismo tiempo protector de las

necesidades de China para su supervivencia.[17] Dicha ambigüedad se hizo patente en una conversación con el líder del Partido Comunista australiano, E. F. Hill, en 1969, cuando Mao se planteaba la apertura hacia Estados Unidos, país con el que China había mantenido una relación marcada por los enfrentamientos durante veinte años. Él formuló una pregunta a su interlocutor: ¿Vamos hacia una revolución que evitará la guerra? ¿O hacia una guerra que llevará a la revolución?[18] Si se trataba de lo primero, el acercamiento a Estados Unidos indicaría falta de previsión; si, por el contrario, era lo segundo, sería fundamental evitar un

ataque a China. Por fin, tras cierta vacilación, Mao optó por el acercamiento a Estados Unidos. Era más importante evitar la guerra (que en aquellos momentos probablemente implicaría un ataque soviético a China) que fomentar la revolución mundial.

La revolución permanente y el pueblo chino

La apertura de Mao hacia Estados Unidos constituyó una importante decisión ideológica y estratégica. De todas formas, no cambió su compromiso con la idea de la revolución permanente

en su país. En 1972, por ejemplo, año en que el presidente Richard Nixon visitó China, mandó distribuir a lo largo y ancho del país una carta que había mandado seis años antes a su esposa, Jiang Qing, al principio de la Revolución Cultural:

> La situación experimenta cada siete u ocho años un cambio: pasa de una gran agitación a una gran paz. Los fantasmas y los monstruos se descuelgan por su cuenta. […] Nuestra tarea actual es la de echar a los derechistas del partido y de todo el país. Dentro de siete u ocho años pondremos en marcha otro movimiento para barrer a fantasmas y monstruos, y más adelante, otros.[19]

Esta llamada al compromiso ideológico constituía también el paradigma del dilema de Mao, como el de cualquier otra revolución victoriosa: en cuanto los revolucionarios se hacen con el poder, se ven obligados a gobernar de forma jerárquica si quieren evitar la parálisis o el caos. Cuanto más radical es el desmantelamiento, más jerarquía tiene que sustituir el consenso que mantiene unida a una sociedad en funcionamiento. Cuanto más complicada es la jerarquía, más probable también es que se convierta en una versión aún más intrincada de la opresiva clase dirigente a la que ha reemplazado.

Así pues, Mao se dedicó desde el

comienzo a una búsqueda cuyo fin lógico no podía ser otro que el ataque a las propias instituciones comunistas, incluso las que él mismo había creado. Si bien el leninismo había garantizado que con la llegada del comunismo se resolverían las «contradicciones» de la sociedad, la filosofía de Mao no encontró descanso posible. No bastaba con industrializar el país como había hecho la Unión Soviética. En la búsqueda de la singularidad histórica china, el orden social tenía que permanecer en movimiento constante para evitar el pecado del «revisionismo», del que Mao acusaba cada vez más a la Rusia postestalinista.

Un Estado comunista, según Mao, no debía convertirse en una sociedad burocrática; la fuerza motriz tenía que ser la ideología y no la jerarquía.

Con ello Mao hizo aflorar una serie de contradicciones inherentes. En su lucha por alcanzar la Gran Armonía, puso en marcha: en 1956, la Campaña de las Cien Flores, para fomentar el debate público, que sirvió más tarde para atacar a los intelectuales que lo ponían en práctica; en 1958, el Gran Salto Adelante, pensado para ponerse a la altura de la industrialización occidental en un período de tres años, que llevó a una de las hambrunas más importantes de la historia moderna y

creó una escisión en el Partido Comunista, y en 1966, la Revolución Cultural, durante la cual se mandó a toda una generación de dirigentes, profesores, diplomáticos y expertos muy preparados al campo, a trabajar en las explotaciones agrícolas para aprender de las masas.

Millones de personas murieron en el intento de poner en práctica la idea del igualitarismo de su presidente. Ahora bien, en su rebelión contra la omnipresente burocracia china, Mao tropezó siempre con un dilema: la campaña para salvar a su pueblo de sí mismo creaba una burocracia aún más importante. Al final, la empresa de

mayor envergadura del presidente fue la destrucción de sus propios seguidores.

La fe de Mao en el éxito definitivo de su revolución permanente se basaba en tres pilares: la ideología, la tradición y el nacionalismo chino. Lo más importante era su confianza en la resistencia, la capacidad y la cohesión del pueblo chino. En realidad, sería imposible encontrar a otro pueblo capaz de aguantar la incesante agitación que Mao impuso en su sociedad. O cuyo dirigente hubiera podido hacer creer la tan repetida amenaza de Mao de que el pueblo chino iba a imponerse, aunque tuviera que replegarse de todas las ciudades ante un invasor extranjero o

registrara decenas de millones de víctimas en una guerra nuclear. Mao lo conseguía gracias a una profunda fe en la capacidad del pueblo chino de mantener su esencia en cualquier tipo de vicisitud.

Esta era una diferencia fundamental respecto a la Revolución rusa de la generación anterior. Lenin y Trotski consideraban que su revolución constituiría el desencadenante de la revolución mundial. Convencidos de que esta era inminente, consintieron en ceder una tercera parte de la Rusia europea a Alemania en el Tratado de Brest-Litovsk de 1918. Lo que pudiera suceder en Rusia quedaría integrado en la

revolución inminente del resto de Europa, que, como daban por supuesto Lenin y Trotski, eliminaría de un plumazo el orden político existente.

Para Mao habría sido impensable un planteamiento de este tipo, pues su revolución era básicamente sinocéntrica. La revolución china podía tener cierto impacto en la revolución mundial, pero, en caso de producirse, sería a través del esfuerzo, el sacrificio y el ejemplo del pueblo chino. Para Mao, el principio organizador era siempre la grandeza del pueblo chino. En uno de sus primeros ensayos de 1919, hacía hincapié en las extraordinarias cualidades de dicho pueblo:

Me atrevo a formular una insólita afirmación: algún día, la reforma del pueblo chino será más profunda que la de cualquier otro pueblo y nuestra sociedad será más dichosa que la de cualquier otro. Se conseguirá antes la gran unión del pueblo chino que la de cualquier otro lugar o pueblo.[20]

Veinte años más tarde, en plena invasión japonesa y en plena guerra civil china, Mao encomiaba los logros históricos de la nación china de una forma en la que habrían coincidido los dirigentes dinásticos:

A lo largo de la historia de la civilización china, su agricultura y artesanía han cosechado fama por su alto nivel de

desarrollo; China ha tenido grandes pensadores, científicos, inventores, estadistas, soldados, hombres de letras y artistas, y cuenta con una apreciable base de obras clásicas. La brújula se inventó en China hace muchísimo tiempo. El arte de fabricar papel se descubrió en este país hace 1.800 años, la impresión con planchas de madera hace 1.300 años, y por tipos móviles hace 800 años. En China se utilizó la pólvora antes que en Europa. Por consiguiente, China cuenta con una de las civilizaciones más antiguas del mundo; su historia documentada se remonta a cerca de 4.000 años.[21]

Mao volvió sobre un dilema tan antiguo como el propio país. La tecnología moderna, intrínsecamente

universal, representa un peligro para la reivindicación de singularidad de cualquier país. La singularidad, en efecto, ha sido siempre un punto distintivo de la sociedad china. Para conservarla, el país se negó a imitar a Occidente durante el siglo XIX, se arriesgó a la colonización y a caer en la humillación. Un siglo después, Mao se planteó como objetivo de la Revolución Cultural —de la que, en efecto, provenía su nombre— justamente la erradicación de los elementos de la modernización que amenazaban con implicar a China en una cultura universal.

En 1968, Mao había vuelto al punto de partida. Impulsado por una mezcla de

fervor ideológico y de cierto presentimiento de su muerte, recurrió a la juventud para depurar el estamento militar y el Partido Comunista y ceder la responsabilidad a una nueva generación de comunistas ideológicamente puros. No obstante, la realidad decepcionó al envejecido presidente. Se demostró que era imposible llevar el timón de un país por medio de la exaltación ideológica. Los jóvenes que habían seguido las instrucciones de Mao habían creado el caos en lugar de asumir los compromisos, y en aquellos momentos fueron mandados también a lugares remotos del campo; algunos de los dirigentes a los que en un principio se

había seleccionado para el proceso de purificación tuvieron que volver para restablecer el orden, sobre todo entre los militares. En abril de 1969, casi la mitad del Comité Central —un 45 por ciento— pertenecía al estamento militar, cuando en 1956, la proporción era del 19 por ciento; la media de edad de los nuevos miembros era de sesenta años.[22]

En la primera conversación entre Mao y el presidente Nixon, que tuvo lugar en febrero de 1972, surgió con contundencia este dilema. Nixon felicitó a Mao por haber transformado una civilización antigua y Mao respondió: «No he sido capaz de cambiarla. Solo lo

he conseguido en unos cuantos lugares de los alrededores de Pekín».[23]

Después de toda una vida de lucha titánica por desarraigar a la sociedad china, había cierta angustia en las palabras de Mao, en el resignado reconocimiento de la omnipresencia de la cultura china y del pueblo chino. Uno de los dirigentes chinos con más peso en la historia se había topado con aquella masa paradójica, obediente y al mismo tiempo independiente, sumisa y autónoma, que no imponía tanto los límites mediante desafíos directos como mediante la duda a la hora de ejecutar órdenes que consideraba incompatibles con el futuro de su familia.

Por tanto, al final, Mao recurrió más a los aspectos materiales de su revolución marxista que al credo de esta. Una de las narraciones preferidas de Mao, extraída de la tradición china clásica, era la historia del «viejo insensato» que se creía capaz de mover montañas con las manos. Mao contó así la historia en un congreso del Partido Comunista:

> Existe una antigua fábula china que se titula «El anciano insensato que eliminó las montañas». Habla de un hombre que vivió hace mucho, mucho tiempo en el norte de China, al que llamaban el anciano insensato de la montaña del norte. Su casa daba al mediodía y desde la puerta veía dos grandes cimas, Taihang y Wangwu, que le tapaban las vistas. Un día llamó a sus hijos y, azada en

ristre, empezaron a cavar en las montañas con gran decisión. En esto se encontraban cuando pasó otro hombre de barba gris, conocido como el anciano sabio, y les dijo en tono burlón: «¡Qué estupidez lo que estás haciendo! Es prácticamente imposible derribar dos montañas tan grandes». El anciano insensato respondió: «Cuando yo me muera, mis hijos seguirán con la tarea; cuando mueran ellos, estarán mis nietos y después sus hijos y nietos, y así hasta el infinito. Son muy altas, pero no crecerán más y con cada trozo que les vayamos sacando se irán reduciendo. ¿Por qué no podemos eliminarlas?». Tras rechazar la opinión del anciano sabio, siguió impertérrito todos los días con la azada. Dios se sintió conmovido ante aquella determinación y le mandó a dos ángeles, que cargaron las montañas a sus espaldas y se las llevaron. Hoy dos grandes montañas

permanecen como un peso muerto sobre el pueblo chino. Una es el imperialismo; la otra el feudalismo. El Partido Comunista de China hace mucho que ha decidido eliminarlas. Hay que perseverar, trabajar sin cesar y nosotros también conmoveremos a Dios.[24]

Una mezcla ambivalente de fe en el pueblo chino y de menosprecio por sus tradiciones permitió a Mao echar un extraordinario pulso: una sociedad empobrecida, que acababa de ganar una guerra civil, se fue desmembrando a intervalos cada vez más cortos y, durante el proceso, libró batallas contra Estados Unidos y la India; desafió a la Unión Soviética, y restableció las

fronteras del Estado chino hasta prácticamente su máxima extensión histórica.

El país despuntó en un mundo dominado por dos superpotencias nucleares y, a pesar de su insistente propaganda comunista, consiguió situarse como elemento geopolítico «libre» en la guerra fría. Pese a su relativa debilidad, desempeñó una función totalmente independiente y de gran influencia. China pasó de las relaciones hostiles a establecer casi una alianza con Estados Unidos y en sentido contrario con la Unión Soviética: de la alianza a la confrontación. Tal vez lo más destacable sea que China finalmente

rompió con la Unión Soviética y se sumó al bando «ganador» de la guerra fría.

Aun así, con todos sus éxitos, la insistencia de Mao en dar la vuelta al antiguo sistema no pudo dejar atrás el ritmo eterno de la vida china. Cuarenta años después de su muerte, tras una travesía impetuosa, violenta y dramática, sus sucesores describieron de nuevo como confuciana su sociedad cada vez más acomodada. En 2011 se colocó una estatua de Confucio en la plaza de Tiananmen, visible desde el mausoleo de Mao, la otra personalidad también venerada. Solo un pueblo con el aguante y la paciencia del chino podía

salir unificado y con más dinamismo después de tantos altibajos en su historia.

5
La diplomacia triangular y la guerra de Corea

En su primer cometido importante en política exterior, Mao Zedong viajó a Moscú el 16 de diciembre de 1949, apenas dos meses después de haberse proclamado la República Popular de China. Era el primer viaje que emprendía fuera de su país. Tenía la intención de crear una alianza con la Unión Soviética, la superpotencia

comunista. Sin embargo, el encuentro fue el inicio de una serie de pasos que iban a culminar en la transformación de la ansiada alianza en una diplomacia triangular en la que participarían Estados Unidos, China y la Unión Soviética, en una dinámica de maniobra y enfrentamiento cíclicos.

En su primera reunión con Stalin, que tuvo lugar el día de su llegada, Mao insistió en que China necesitaba «un período de entre tres y cinco años de paz, que serviría para situar de nuevo la economía en los niveles registrados antes de la guerra y para estabilizar en general el país».[1] Sin embargo, no había pasado aún un año del viaje de Mao y

Estados Unidos y China estaban en guerra.

El conflicto surgió a raíz de las maquinaciones de un actor al parecer secundario: Kim Il-sung, el ambicioso dirigente que la Unión Soviética había instalado en el poder en Corea del Norte, Estado creado dos años antes mediante un acuerdo entre Estados Unidos y la Unión Soviética, basado en las zonas liberadas de Corea que habían ocupado cada uno al final de la guerra contra Japón.

Casualmente, Stalin estaba poco interesado en colaborar en la recuperación de China. Tenía muy presente la deserción de Josip Broz

Tito, el dirigente de Yugoslavia y único líder comunista europeo que había llegado al poder por sus propios medios y no como consecuencia de la ocupación soviética. Tito había roto con la Unión Soviética el año anterior. Stalin decidió evitar que ocurriera algo similar en Asia. Comprendía la importancia geopolítica de la victoria comunista en China; se marcó el objetivo estratégico de aprovechar sus consecuencias y sacar partido del impacto.

A buen seguro, Stalin sabía que Mao era un personaje de primer orden. Los comunistas chinos se habían impuesto en la guerra civil de su país contra toda expectativa de los soviéticos e

ignorando sus consejos. A pesar de que Mao había anunciado que China tenía intención de «inclinarse hacia un lado» —el de Moscú— en asuntos internacionales, de todos los dirigentes comunistas, los chinos eran los que menos estaban en deuda con Moscú, y además en aquellos momentos gobernaban en el país comunista más populoso del mundo. Así pues, el encuentro entre los dos gigantes comunistas se convirtió en un intrincado minué que culminó, seis meses después, con la guerra de Corea, que implicó a China y a Estados Unidos de forma directa y a la Unión Soviética de manera subsidiaria.

Mao, convencido de que el virulento debate estadounidense sobre quién «había perdido» China auguraba un intento final de invertir el resultado por parte de Estados Unidos —una perspectiva a la que le llevaba, en todo caso, la ideología comunista—, se afanó en conseguir el máximo material y apoyo militar de la Unión Soviética. Tenía como objetivo una alianza formal.

Pero la colaboración entre los dos autócratas comunistas no estaba destinada a ir como una seda. Por aquel entonces, Stalin llevaba casi treinta años en el poder. Había vencido a la oposición interna y llevado a su país a la victoria contra el invasor nazi

pagando un elevado precio en vidas humanas. Quien había organizado purgas periódicas con millones de víctimas e iniciaba nuevos procesos en este sentido ya estaba por encima de toda ideología. Su liderazgo había quedado marcado por un implacable y cínico maquiavelismo basado en su brutal interpretación de la historia nacional rusa.

Durante las largas luchas con Japón en las décadas de 1930 y 1940, Stalin subestimó el potencial de las fuerzas comunistas y menospreció la estrategia rural de Mao basada en el campesinado. Moscú había mantenido desde el principio vínculos con el gobierno

nacionalista. Al final de la guerra contra Japón, en 1945, Stalin obligó a Chiang Kai-shek a conceder a la Unión Soviética unos privilegios sobre Manchuria y Xinjiang comparables a los alcanzados por el gobierno zarista y a reconocer a Mongolia Exterior teóricamente como república popular independiente bajo control soviético. Stalin alentaba activamente a las fuerzas separatistas de Xinjiang.

Aquel mismo año, en Yalta, el dirigente soviético insistió en que sus aliados, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, reconocieran internacionalmente los derechos especiales soviéticos sobre Manchuria,

incluyendo la base naval de Lushun (antiguo Port Arthur) y el puerto de Dalian, como condición previa para intervenir en la guerra contra Japón. En agosto de 1945, Moscú y las autoridades nacionalistas firmaron un tratado en el que se ratificaban los acuerdos de Yalta.

En estas circunstancias, era imposible que los dos titanes comunistas que se encontraban en Moscú pudieran darse el firme abrazo que exigía la ideología que compartían. Como recordaba más tarde Nikita Jruschov, por aquel entonces miembro del Politburó:

> A Stalin le encantaba hacer alarde de hospitalidad con los invitados a los que apreciaba, y sabía hacerlo a la perfección.

> Pero durante la estancia de Mao, pasó días sin hacerle caso, y puesto que ni se acercaba a él, ni mandaba a nadie que lo hiciera, nadie se atrevía a ir a verle. […] Mao hizo saber que si la situación seguía como hasta entonces, abandonaría el país. Creo que cuando Stalin se enteró de las quejas de Mao organizó otra cena en su honor.[2]

Desde el principio quedó claro que Stalin no consideraba que la victoria comunista fuera una razón suficiente para abandonar lo conseguido por la Unión Soviética por haber entrado en guerra contra Japón. Mao inició la conversación poniendo énfasis en la necesidad de la paz y dijo a Stalin: «Las decisiones sobre las cuestiones más importantes de China giran alrededor de

la perspectiva de un futuro en paz. Teniendo esto muy presente, el Comité Central del Partido Comunista de China me ha encomendado la misión de esclarecer, camarada Stalin, de qué forma y cuánto tiempo se protegerá la paz internacional».[3]

Stalin lo tranquilizó sobre las perspectivas de paz, tal vez para evitar peticiones de ayuda de urgencia y reducir el apremio de conseguir rápidamente una alianza:

> La cuestión de la paz ocupa también un lugar destacado para la Unión Soviética, si bien hemos disfrutado de ella durante los cuatro últimos años. En cuanto a China, no corre ahora mismo peligro alguno: Japón aún

> no ha conseguido poder valerse por sí mismo, de modo que no está preparado para la guerra; Estados Unidos, aunque vaya clamando guerra, la teme más que otra cosa en el mundo; Europa siente horror por la guerra; en esencia, nadie va a luchar contra China, a menos que Kim Il-sung decida invadirla. La paz dependerá de nuestro trabajo. Si seguimos con las relaciones amistosas, la paz no solo durará entre cinco y diez años, sino entre veinte y veinticinco, y tal vez más.[4]

En tal caso, no hacía falta una alianza militar. Stalin expresó sus reservas cuando Mao abordó la cuestión de manera formal. Afirmó con contundencia que era innecesario un nuevo tratado de alianza; bastaba con el existente, el que

había firmado con Chiang Kai-shek en circunstancias muy distintas. Stalin respaldó su propuesta precisando la posición de la Unión Soviética: «Evitar que Estados Unidos e Inglaterra tengan razones legales para plantear la modificación de los acuerdos de Yalta».[5]

En efecto, Stalin mantenía que el comunismo chino tenía una mayor protección con el acuerdo con Rusia firmado con el gobierno que Mao acababa de derrocar. Stalin estaba tan convencido de este argumento que también lo aplicó a las concesiones que había arrancado la Unión Soviética a Chiang Kai-shek sobre Xinjiang y

Manchuria, que, en su opinión, tenían que seguir, y así se lo precisó. El dirigente chino, ferviente nacionalista, rechazó aquellas ideas replanteando la petición. Adujo que los acuerdos vigentes en la zona del ferrocarril de Manchuria correspondían a «intereses chinos» en la medida en que proporcionaban «centros de preparación para los cuadros chinos en los sectores del ferrocarril y la industria».[6] El personal chino tenía que asumir el control en cuanto hubiera superado el tiempo de formación. Los asesores soviéticos podían permanecer allí hasta que se hubiera completado el adiestramiento.

Entre declaraciones de amistad y afirmaciones de solidaridad ideológica, los dos maquiavélicos dirigentes maniobraban por la supremacía definitiva (y por unas considerables zonas de territorio situadas en la periferia china). Stalin era el veterano y, por el momento, el más poderoso; Mao, el más seguro de sí mismo en un sentido geopolítico. Ambos eran grandes estrategas y, por consiguiente, veían que en el futuro que estaban trazando sus intereses habían de entrar indefectiblemente en conflicto.

Después de un mes de negociaciones, Stalin cedió y aceptó un tratado de alianza. Así y todo, insistió en que

Dalian y Lushun tenían que seguir como bases soviéticas hasta que se firmara un tratado de paz con Japón. Moscú y Pekín acordaron finalmente un Tratado de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua el 14 de febrero de 1950. En él se estipulaba lo que buscaba Mao y lo que Stalin había querido evitar: un compromiso de asistencia mutua en caso de conflicto con una tercera potencia. En teoría, el pacto obligaba a China a ayudar globalmente a la Unión Soviética. En la práctica, proporcionaba a Mao protección en caso de que se agravaran una serie de problemas en ciernes.

China tenía que pagar un precio muy

alto: la minería, el ferrocarril y otras concesiones en Manchuria y en Xinjiang; el reconocimiento de la independencia de Mongolia Exterior; la utilización por parte de la Unión Soviética del puerto de Dalian y el uso, hasta 1952, de la base naval de Lushun. Unos años después, Mao seguía quejándose con amargura a Jruschov sobre el intento de Stalin de establecer «semicolonias» en China a través de estas concesiones.[7]

Por lo que se refiere a Stalin, la aparición de un vecino con cierto poder en Oriente representaba una pesadilla en el ámbito geopolítico. Ningún dirigente ruso podía ignorar la extraordinaria disparidad demográfica entre China y

Rusia a lo largo de una frontera de más de tres mil kilómetros: se sumaba una población china de más de quinientos millones de habitantes a un total ruso que en Siberia no llegaba a los cuarenta millones. ¿En qué momento del desarrollo de China empezarían a contar las estadísticas? Un aparente consenso ideológico, en lugar de tranquilizar, generaba más inquietud. Stalin era demasiado cínico para no tener en cuenta que cuando los poderosos empiezan a descollar, gracias a lo que ellos consideran sus propios esfuerzos, se oponen a la reivindicación de una ortodoxia superior de un aliado, por más próximo que pueda ser este. Stalin, que

conocía bien a Mao, tenía que saber que el dirigente chino nunca le reconocería una preeminencia doctrinal.

ACHESON Y EL CEBO DEL TITISMO CHINO

Un hecho que ocurrió durante la estancia de Mao en Moscú ilustra las incómodas relaciones del mundo comunista y también la posible función que ejercería poco después Estados Unidos en este emergente triángulo. La ocasión se produjo en el intento del secretario de Estado Dean Acheson de responder al sinfín de críticas que surgían en el país sobre quién había «perdido» China.

Siguiendo sus instrucciones, en agosto de 1949 el Departamento de Estado publicó un informe en el que se hablaba del fracaso de los nacionalistas. Aunque Estados Unidos seguía reconociendo a los nacionalistas como gobierno legítimo de China, el informe los calificaba de gobierno «corrupto, reaccionario e ineficaz».[8] Acheson llegó a sus propias conclusiones y, en la carta que acompañaba el informe, dio los siguientes consejos a Truman:

> Lo desafortunado e ineludible es que el gobierno de Estados Unidos no pudo controlar las nefastas consecuencias de la guerra civil en China. Nuestro país no hizo ni pudo hacer nada en los razonables límites de

su capacidad para cambiar aquel resultado. […] Se produjo a causa de las fuerzas internas chinas, unas fuerzas sobre las que intentamos influir, pero no lo conseguimos.[9]

En su alocución ante el National Press Club el 12 de enero de 1950, Acheson insistió en el mensaje del informe y propuso una nueva política radical en Asia. Su discurso contenía tres puntos fundamentales. En primer lugar, que Washington se lavaba las manos en cuanto a la guerra civil china. Los nacionalistas, afirmaba Acheson, por un lado, habían demostrado poca capacidad política y, por otro, «la mayor incompetencia jamás vista en un mando militar». Los comunistas, según

Acheson, «no crearon esta situación», pero explotaron con la máxima habilidad la apertura que les proporcionaba. Chiang Kai-shek era entonces «un refugiado en una pequeña isla frente a la costa de China con lo que quedaba de sus fuerzas».[10]

Después de haber dejado el control del continente en manos de los comunistas, con las consecuencias geopolíticas que podían derivarse de ello, ya no tenía lógica oponer resistencia a los intentos de la República Popular de ocupar Taiwan. En efecto, esta era la conclusión del NSC-48/2, un documento que reflejaba la política nacional, preparado por el

personal del Consejo de Seguridad Nacional y ratificado por el presidente, que entró en vigor el 30 de diciembre de 1949 y concluía: «La importancia estratégica de Formosa [Taiwan] no justifica una actuación militar abierta». Truman había señalado algo parecido en una rueda de prensa el 5 de enero: «El gobierno de Estados Unidos no proporcionará ayuda o asesoramiento militar a las fuerzas chinas de Formosa».[11]

En segundo lugar y como punto incluso más significativo, Acheson dejó claro quién ponía en peligro a la larga la independencia de China:

Este criterio y estas técnicas comunistas han dotado al imperialismo ruso con una nueva arma de penetración más malévola si cabe. A raíz de estos nuevos poderes, la Unión Soviética desvincula de China las provincias [zonas] septentrionales de este país y las vincula al suyo. Este proceso se ha llevado ya a cabo en Mongolia Exterior, prácticamente ha finalizado en Manchuria y estoy convencido de que en Mongolia Interior y en Xinjiang los agentes soviéticos de Moscú transmiten informes optimistas. Así están las cosas.[12]

El último punto de la disertación de Acheson era incluso más profundo en sus implicaciones respecto al futuro. De hecho, apuntaba hacia una opción explícitamente titista para China.

Acheson proponía basar las relaciones con China en el interés nacional y afirmaba que, independientemente de la ideología imperante en China, la integridad de este país constituía una cuestión de interés nacional para Estados Unidos: «Tenemos que adoptar la postura de siempre: quien viole la integridad de China es enemigo de China y actúa contra nuestros intereses».[13]

Acheson planteaba una perspectiva de nuevas relaciones chino-estadounidenses basadas en los intereses nacionales y no en la ideología:

> Hoy es un día en el que han desaparecido las antiguas relaciones entre Oriente y Occidente, unas relaciones que en sus

> peores manifestaciones eran de explotación y en las mejores, de paternalismo. Esta relación ha terminado y las que se establezcan entre Oriente y Occidente en Extremo Oriente deben basarse en el respeto y la ayuda mutuos.[14]

Tendrían que pasar veinte años hasta que una autoridad estadounidense expusiera una perspectiva como esta sobre la China comunista, y quien se encargó de ello fue Richard Nixon dirigiéndose a su gobierno.

El discurso de Acheson se redactó cuidando hasta el último detalle para tocar la fibra a Stalin. En efecto, el dirigente comunista se vio impulsado a hacer algo al respecto. Envió a su

ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Vishinski, y a su veterano ministro, Viacheslav Molótov, a hablar con Mao, que seguía en Moscú por las negociaciones de la alianza, a advertirle sobre la «difamación» que difundía Acheson y a transmitirle, en efecto, tranquilidad. Fue un gesto algo irreflexivo, que no concuerda con la habitual perspicacia de Stalin. La propia llamada a la tranquilidad indica la posible poca fiabilidad de quien la formula. ¿Cómo puede resultar creíble la llamada a la tranquilidad si el asociado es sospechoso de deserción? Y, en caso contrario, ¿por qué iba a ser necesaria? Por otra parte, Mao y Stalin

sabían que la «difamación» de Acheson era una descripción precisa de la relación chino-soviética de aquellos momentos.[15]

Los dos soviéticos pidieron a Mao que desmintiera las acusaciones de Acheson, según las cuales la Unión Soviética intentaría segregar partes de China, o buscar una posición dominante en ellas, y le recomendaron que lo considerara como una ofensa a su país. Mao no hizo ningún comentario a los emisarios de Stalin: se limitó a pedir una copia del discurso y a preguntar sobre los posibles motivos de Acheson. Unos días después, Mao dio el visto bueno a una declaración en la que se

atacaba con sarcasmo a Acheson, pero contrariamente a la respuesta de Moscú, que se hizo pública en nombre del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Pekín responsabilizó del rechazo a los intentos de acercamiento de Acheson al buró de información oficial de la República Popular de China.[16] En el texto de la declaración se censuraba la «difamación» de Washington, pero con un tono más bien poco protocolario mantenía abiertas las opciones de China. En un intento de proteger a su todavía aislado país, Mao optó por no abordar las implicaciones globales de su perspectiva mientras permanecía en Moscú.

El dirigente chino reveló lo que pensaba sobre la posibilidad de apartarse de Moscú más tarde, en diciembre de 1956, con una característica complejidad, bajo forma de nuevo rechazo de la opción, si bien en términos más vagos:

> China y la Unión Soviética se mantienen unidas. […] Algunos siguen albergando dudas sobre esta política. […] Creen que China tendría que adoptar una vía intermedia y hacer de puente entre la Unión Soviética y Estados Unidos. […] Si China se sitúa entre la Unión Soviética y Estados Unidos, parece estar en una posición favorable, y gozar de independencia, pero en la actualidad no puede ser independiente. Estados Unidos no es de confianza: puede ofrecer algo pero no

gran cosa. ¿Cómo podría ofrecer un convite el imperialismo? Imposible.[17]

Pero ¿y si Estados Unidos estaba dispuesto a ofrecer aquello a lo que Mao denominaba «convite»? La pregunta no tuvo respuesta hasta 1972, cuando el presidente Nixon inició la apertura hacia China.

KIM IL-SUNG Y EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

La situación podía haber seguido como una especie de lucha velada durante unos años, tal vez muchos, mientras los dos dirigentes absolutos,

patológicamente suspicaces, se medían atribuyendo sus propias motivaciones a su homólogo. En cambio, Kim Il-sung, el líder norcoreano al que Stalin había ridiculizado en su primera reunión con Mao en diciembre de 1949, entró en la refriega política y obtuvo de ella unos resultados sorprendentes. En la reunión de Moscú, Stalin había evitado una alianza militar entre China y la Unión Soviética sugiriendo irónicamente que el único peligro contra la paz podía proceder de Corea del Norte. Si «Kim Il-sung decide invadir China», puntualizó.[18]

Aquello no fue lo que decidió Kim Il-sung. En lugar de ello, optó por invadir

Corea del Sur y, mientras tanto, llevó a los principales países al borde de una guerra mundial y a China y Estados Unidos a una confrontación militar.

Antes de que Corea del Norte invadiera Corea del Sur, habría parecido inconcebible que China, que acababa de salir de una guerra civil, se enfrentara a Estados Unidos, país con armamento nuclear. La guerra se desencadenó por la desconfianza mutua entre los dos gigantes comunistas y por la capacidad que demostró Kim Il-sung de manipular tales recelos, a pesar de depender del todo de sus aliados, que poseían un poder incomparable al suyo.

Corea se había incorporado al Japón

imperial en 1910 y no tardó en convertirse en un trampolín para las incursiones japonesas en China. En 1945, tras la derrota de Japón, los ejércitos soviéticos ocuparon el norte y las fuerzas estadounidenses, el sur. La línea divisoria que se estableció en Corea, el paralelo 38, era arbitraria: simplemente reflejaba los límites a los que habían llegado los ejércitos al final de la guerra.[19]

Cuando en 1949 se retiraron las potencias ocupantes y las zonas ocupadas pasaron a ser estados soberanos, nadie se sintió cómodo en el interior de sus fronteras. Sus gobernantes, Kim Il-sung en el Norte y

Syngman Rhee en el Sur, se habían pasado la vida luchando por sus respectivas causas nacionales. Comoquiera que no veían razón para abandonarlas entonces, los dos reivindicaron el gobierno del país entero. Los choques a lo largo de la línea divisoria eran constantes.

A partir de la retirada de las fuerzas estadounidenses de Corea del Sur en junio de 1949, Kim Il-sung intentó durante 1949 y 1950 convencer a Stalin y a Mao para que dieran su aprobación a una invasión de gran envergadura del Sur. Ambos rechazaron de entrada la propuesta. Durante la visita de Mao a Moscú, Stalin le pidió al dirigente chino

su opinión sobre una invasión de este orden, y Mao, aunque favorable al objetivo, consideró que el riesgo de la intervención estadounidense era excesivamente elevado.[20] Creía que debía aplazarse cualquier plan de conquista de Corea del Sur hasta que hubiera concluido la guerra civil china con la toma de Taiwan.

Fue precisamente este objetivo chino el que proporcionó uno de los incentivos al proyecto de Kim Il-sung. Por más ambiguas que fueran las declaraciones de Estados Unidos, Kim Il-sung estaba convencido de que este país no aceptaría dos conquistas militares comunistas. Así pues, quiso lograr su

meta en Corea del Sur antes de que Washington se lo pensara mejor en caso de que China lograra la ocupación de Taiwan.

Unos meses después, en abril de 1950, Stalin cambió de postura. En una visita que hizo Kim Il-sung a Moscú, el dirigente soviético dio luz verde a su petición. Stalin siguió convencido de que Estados Unidos no intervendría. Un documento diplomático soviético explicaba:

> El camarada Stalin ha confirmado a Kim Il-sung que el contexto internacional ha cambiado lo suficiente como para permitir una postura más activa en cuanto a la unificación de Corea. […] Ahora que China

ha firmado el tratado de alianza con la Unión Soviética, los estadounidenses no estarán tan dispuestos a desafiar a los comunistas en Asia. Según las informaciones procedentes de Estados Unidos, esta es la situación. La corriente predominante es la de no interferir, y lo acaba de corroborar el hecho de que la Unión Soviética posee la bomba atómica y que se han solidificado nuestras posiciones en Pyongyang.[21]

A partir de aquí, no existe documentación sobre un diálogo directo entre chinos y soviéticos referente a esta cuestión. El vehículo a través del cual los dos gigantes comunistas se comunicaron entre sí en Corea fue Kim Il-sung y sus enviados. Stalin y Mao maniobraban para conseguir una

influencia dominante en Corea, o, como mínimo, para impedir que el adversario se hiciera con ella. Durante el proceso, Mao aceptó trasladar hasta cincuenta mil soldados coreanos que habían servido en el Ejército Popular de Liberación en Corea del Norte con su armamento. ¿Se hizo para alentar el plan de Kin Il-sung o para demostrar su apoyo ideológico, al mismo tiempo que se limitaba un compromiso militar chino definitivo? Independientemente de las intenciones finales de Mao, el resultado práctico era el de dejar Pyongyang en una posición militar más sólida.

En un debate interno de Estados Unidos sobre la guerra de Corea, se

criticó mucho la conferencia de Dean Acheson de enero de 1950 sobre política asiática, por haber situado a Corea fuera del «perímetro de defensa» estadounidense en el Pacífico y dado con ello «luz verde» a la invasión norcoreana. El parlamento de Acheson no precisó nada nuevo en su exposición sobre los compromisos estadounidenses en el Pacífico. El general Douglas MacArthur, comandante en jefe del mando estadounidense en Extremo Oriente, también había situado Corea fuera del perímetro de defensa de Estados Unidos en una entrevista realizada en Tokio en marzo de 1949:

El Pacífico se ha convertido en un lago anglosajón y nuestra línea de defensa se extiende a través de la cadena de islas que bordean la costa de Asia.

Empieza en Filipinas y sigue por el archipiélago Ryukyu, en el que se encuentra su principal baluarte, Okinawa. A partir de aquí da la vuelta a Japón y a las islas Aleutianas en dirección a Alaska.[22]

A partir de ahí, Estados Unidos retiró la mayor parte de sus fuerzas de Corea. Se había presentado al Congreso un proyecto de ley de ayuda a este país, que topó con una considerable resistencia. Acheson tuvo que repetir el esquema de MacArthur y afirmar: «La seguridad militar de la zona del Pacífico implica un perímetro defensivo que sigue la

línea de las Aleutianas hasta Japón, pasa por Ryukyu… [y] de Ryukyu sigue hasta las islas Filipinas».[23]

Sobre la cuestión específica de Corea, Acheson presentó una ambigua explicación que reflejaba el estado de indecisión que se respiraba entonces en Estados Unidos. Ya que Corea del Sur era «un estado independiente y soberano reconocido por casi todo el mundo», Acheson puntualizaba: «Nuestras responsabilidades son más directas y nuestras oportunidades más claras» (lo que no precisaba era a qué responsabilidades y oportunidades se refería, sobre todo si englobaban defensa contra invasión). Suponiendo

que se produjera un asalto armado en una zona del Pacífico no situada explícitamente al sur o al este del perímetro de defensa estadounidense, Acheson apuntaba: «La confianza inicial ha de depositarse en las personas que han sufrido el ataque, para que puedan resistirlo, y en segundo lugar en los compromisos de todo el mundo civilizado incluidos en la Carta de las Naciones Unidas».[24] Dado que la disuasión exige claridad sobre las intenciones del país, el discurso de Acheson no hizo mella.

No existen referencias específicas a este aspecto de la conferencia de Acheson en documentos chinos o

soviéticos. Los papeles diplomáticos que han podido consultarse recientemente apuntan, no obstante, a que Stalin basó su cambio en parte en el acceso al NSC48/2, que había descubierto su red de espionaje, probablemente a través de Donald Maclean, tránsfuga británico. El informe situaba específicamente Corea fuera del perímetro de defensa de Estados Unidos. Puesto que el documento era altamente secreto, a los analistas soviéticos debió de parecerles especialmente digno de crédito.[25]

Otro elemento que tuvo que pesar en el cambio de Stalin podía ser la decepción que le había producido Mao

en las negociaciones que llevaron al Tratado de Amistad con la Unión Soviética, del que se ha hablado antes. Mao dejó muy claro que los privilegios especiales rusos en China iban a durar poco. El control de Rusia sobre el puerto de aguas cálidas de Dalian sería temporal. A buen seguro, Stalin concluyó que una Corea comunista unificada se adaptaría más a las necesidades navales soviéticas.

Retorcido y complicado, Stalin apremió a Kim para que planteara el tema a Mao, observando que poseía «una correcta información sobre la cuestiones orientales».[26] En realidad, lo que hacía Stalin era cargar la máxima

responsabilidad sobre los chinos. Dijo a Kim: «No esperes mucha ayuda y apoyo de la Unión Soviética», explicándole que Moscú sentía interés y preocupación por la «situación en Occidente».[27] Y advirtió a Kim: «Si te dan en la cara, yo no voy a mover un dedo. Tendrás que pedir ayuda a Mao».[28] Era el verdadero Stalin: el hombre arrogante, distante, manipulador, precavido y grosero que, a la búsqueda de unos beneficios geopolíticos para la Unión Soviética, pasaba el riesgo de la tarea a China.

El dirigente soviético que había alentado el estallido de la Segunda Guerra Mundial al liberar la retaguardia de Hitler con el pacto nazi-soviético

aplicaba su habilidad para cubrirse las espaldas. Si intervenía Estados Unidos, aumentaría el peligro para China, así como su dependencia respecto a la Unión Soviética. Suponiendo que China respondiera al desafío estadounidense, necesitaría una gran ayuda soviética y conseguiría el mismo resultado. Si, por el contrario, China se mantenía al margen, aumentaría la influencia de Moscú en una Corea del Norte bastante desengañada.

Kim se desplazó de nuevo a Pekín para reunirse en secreto con Mao entre el 13 y el 16 de mayo de 1950. En un primer contacto la noche de su llegada, Kim contó a Mao que Stalin había

aprobado el plan de invasión y le pidió su apoyo.

Para minimizar más los riesgos, poco antes del ataque que él mismo había promovido, Stalin quiso aumentar la seguridad retirando a todos los asesores soviéticos de las unidades norcoreanas. Cuando se demostró que esta medida paralizaba la actividad del ejército norcoreano, situó de nuevo a los asesores soviéticos, si bien bajo la cobertura de corresponsales de la TASS, la agencia de prensa soviética.

El traductor de Mao, Shi Zhe, en una conversación con el historiador Chen Jian, resumió el contenido de la conversación entre Mao y Kim Il-sung

sobre las principales consecuencias a escala mundial de una guerra desencadenada por un aliado secundario de los dos gigantes comunistas:

> Kim explicó a Mao que Stalin había aprobado sus planes de ataque al Sur. Mao pidió a Kim su opinión sobre una posible respuesta estadounidense en caso de que Corea del Norte atacara al Sur, haciendo hincapié en que había sido Estados Unidos el que había apuntalado el régimen de Syngman Rhee y en que, al encontrarse Corea cerca de Japón, no podía excluirse del todo una intervención estadounidense. Sin embargo, Kim parecía estar seguro de que los estadounidenses no iban a comprometer a sus tropas, o, como mínimo no tendrían tiempo de enviarlas, puesto que los norcoreanos podían resolver la contienda en

dos o tres semanas. Mao preguntó a Kim si Corea del Norte precisaba ayuda militar china y se ofreció para el despliegue de tres cuerpos de ejército de su país a lo largo de la frontera entre China y Corea. Kim respondió «con arrogancia» (palabras textuales de Mao, según Shi Zhe) que con las propias fuerzas norcoreanas y la colaboración de las guerrillas comunistas en el Sur podían resolver el problema por su cuenta y que, por consiguiente, era innecesaria la participación militar china.[29]

Al parecer, la exposición de Kim conmocionó tanto a Mao que la reunión acabó antes de tiempo y ordenó a Zhou Enlai que telegrafiara a Moscú pidiendo una «respuesta urgente» y una «clarificación personal» de Stalin.[30] Al

día siguiente llegó la respuesta de Moscú, en la que Stalin volvía a achacar la responsabilidad a Mao. Según el telegrama:

> En sus conversaciones con los camaradas coreanos, Stalin y sus amigos […] estaban de acuerdo con los coreanos sobre el plan de avanzar hacia la reunificación. En este sentido, se coincidió en que la cuestión debían decidirla de manera definitiva los camaradas chinos y coreanos conjuntamente, y en caso de desacuerdo por parte de los camaradas chinos, habría que posponerla para después de haber celebrado reuniones posteriores.[31]

Evidentemente, con ello la responsabilidad de vetar el proyecto

recaía totalmente en Mao. Stalin se desmarcó del resultado (proporcionó a Kim la oportunidad de exagerar y distorsionar la cuestión) y se adelantó al telegrama de respuesta de Pekín explicando: «Los camaradas coreanos contarán los detalles de la conversación».[32]

No existe constancia de otras conversaciones posteriores entre Mao y Kim. Este volvió a Pyongyang el 16 de mayo con la aprobación por parte de Mao de la invasión de Corea del Sur, al menos así lo contó a Moscú. Es probable que Mao hubiera pensado que la conformidad en la conquista de Corea del Sur podría constituir un requisito

básico para obtener ayuda militar soviética en el siguiente ataque chino a Taiwan. De ser así, cometió un lamentable error de cálculo, pues a pesar de que Estados Unidos se hubiera mantenido al margen de la conquista de Corea del Sur, la opinión pública estadounidense no habría permitido a la administración de Truman pasar por alto otra acometida militar comunista en el estrecho de Taiwan.

Diez años después, Moscú y Pekín seguían sin ponerse de acuerdo sobre cuál de los dos había dado finalmente luz verde a Kim para emprender la invasión. En una reunión celebrada en Bucarest en junio del 1960, Jruschov,

entonces secretario general soviético, insistió frente a Peng Zhen, miembro del Politburó chino: «De no haber dado Mao Zedong su consentimiento, Stalin no habría hecho lo que hizo». Peng replicó que aquello era «completamente erróneo». «Mao Zedong estaba contra la guerra. […] Quien lo decidió fue Stalin», abundó.[33]

Así, los dos gigantes comunistas se metieron en una guerra sin abordar las implicaciones a escala mundial que habría acarreado si se hubiera demostrado que las previsiones optimistas de Kim Il-sung y de Stalin eran erróneas. En cuanto Estados Unidos

hubo entrado en la guerra, se vieron obligados a planteárselas.

INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE: LA RESISTENCIA A LA AGRESIÓN

La planificación política tiene el inconveniente de que sus análisis no pueden anticipar el estado de ánimo del momento en el que hay que tomar una decisión. Las distintas declaraciones de Truman, de Acheson y de MacArthur reflejaban perfectamente el pensamiento estadounidense de cuando se hicieron públicas. La naturaleza del compromiso de Estados Unidos con la seguridad

internacional fue un tema de controversia interna y nunca se planteó la defensa de Corea. La OTAN se encontraba en proceso de creación. Ahora bien, cuando los dirigentes políticos estadounidenses se encontraron cara a cara con la invasión comunista, no hicieron ningún caso de sus informes políticos.

Estados Unidos sorprendió a los dirigentes comunistas tras el ataque de Kim Il-sung del 25 de junio, no solo con su intervención, sino con la relación de la guerra de Corea con la guerra civil china. Estados Unidos envió fuerzas terrestres a Corea para establecer un perímetro de defensa alrededor de

Pusan, la ciudad portuaria del sur. Esta decisión tuvo el apoyo de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU y se consiguió gracias a que la Unión Soviética se ausentó a la hora de la votación en protesta porque Taipei ocupaba el puesto de China en este Consejo de Seguridad. Dos días después, el presidente Truman mandó a la Flota Estadounidense del Pacífico a «neutralizar» el estrecho de Taiwan, con lo que se impidieron ataques militares en ambas direcciones. Su objetivo era el de obtener el máximo apoyo del Congreso y de la ciudadanía respecto a la guerra de Corea; no existía prueba alguna que demostrara que Washington

se planteaba, de hecho, llevar la guerra hacia una confrontación con China.

Hasta el momento de esta decisión, Mao se había planteado como próximo paso militar el ataque a Taiwan, y a tal fin había reunido las principales fuerzas en la provincia de Fujian, en el sudeste de China. Estados Unidos había insistido en una serie de declaraciones —entre ellas, una rueda de prensa de Truman el 5 de enero— en que no iba a bloquear aquella operación.

Truman tomó la decisión de mandar la Séptima Flota al estrecho de Taiwan para apaciguar la opinión pública y limitar el riesgo para los estadounidenses en Corea. Al anunciar

el envío de la flota, Truman habló de la importancia de la defensa de Taiwan, aunque también insistió: «El gobierno chino de Formosa debe poner fin a todas las operaciones por aire y por mar contra el continente». Y advirtió además: «La Séptima Flota se ocupará de que esto se cumpla».[34]

Mao consideró que era inconcebible un gesto de imparcialidad e interpretó como gestos hipócritas las ofertas de seguridad. Según el dirigente chino, Estados Unidos intervenía de nuevo en la guerra civil china. El día después del comunicado de Truman, el 28 de junio de 1950, Mao se dirigió a la octava sesión del Comité Central de Gobierno

Popular para describir la iniciativa estadounidense como un paso adelante en la invasión de Asia:

> La invasión de Asia por parte de Estados Unidos solo puede provocar la firme resistencia del pueblo asiático. Truman afirmó el 5 de enero que Estados Unidos no intervendría en Taiwan. Él mismo ha demostrado ahora que mentía. Ha roto asimismo todos los acuerdos internacionales que garantizaban que su país no iba a interferir en los asuntos internos chinos.[35]

En China se pusieron en marcha de inmediato todos los mecanismos del *wei qi*. Según los chinos, Estados Unidos había enviado soldados a Corea y la flota al estrecho de Taiwan, con lo que

colocaba dos piedras en el tablero del *wei qi*, y ambas amenazaban a China con el temido cerco.

Cuando se inició la guerra, Estados Unidos aún no había trazado un plan militar para Corea. Declaró que su objetivo en aquella guerra era el de vencer «la agresión», un concepto legal que llevaba implícito el uso no autorizado de la fuerza contra un ente soberano. ¿Cómo iba a definirse el triunfo? ¿Como un retorno al *statu quo* anterior a lo largo del paralelo 38, en cuyo caso el agresor iba a enterarse de que lo peor era no haber vencido, lo que tal vez alentaría otro intento? ¿O tal vez para abordar la agresión hacía falta

destruir la capacidad militar de Corea del Norte? No existe constancia de que se planteara tal pregunta en los primeros estadios del compromiso militar de Estados Unidos, en parte porque hacía falta toda la atención gubernamental para defender el perímetro de alrededor de Pusan. Se dejó que fueran las operaciones militares las que determinaran las decisiones políticas.

Después de la aplastante victoria de MacArthur en septiembre de 1950 en Inchon —donde un aterrizaje anfibio sorpresa lejos del frente de Pusan detuvo el avance de los norcoreanos y abrió una vía para la reconquista de Seúl, la capital surcoreana—, la

administración de Truman decidió seguir con sus operaciones militares hasta la reunificación de Corea. Dio por supuesto que Pekín aceptaría la presencia del ejército estadounidense a lo largo de la tradicional vía de invasión a China.

Una resolución de la ONU del 7 de octubre autorizó la continuación de las operaciones en territorio norcoreano, aunque esta vez lo hizo la Asamblea General sirviéndose de un órgano parlamentario creado recientemente, la Unión por el Mantenimiento de la Paz, que permitía a dicha Asamblea tomar decisiones sobre seguridad internacional con el voto de dos terceras partes de

esta. Autorizó todos «los actos constitutivos» para instaurar «un gobierno unificado, independiente y democrático en el Estado soberano de Corea».[36] Se creía que la intervención china contra las fuerzas estadounidenses estaba por encima de la capacidad de este país.

Ninguna de estas perspectivas coincidía remotamente con la forma en que Pekín se planteaba los asuntos internacionales. Después de que las tropas de Estados Unidos hubieron intervenido en el estrecho de Taiwan, Mao calificó de «invasión» de Asia el despliegue de la Séptima Flota. China y Estados Unidos estaban al borde del

enfrentamiento a raíz de la interpretación errónea de sus estrategias mutuas. Los estadounidenses hacían todo lo posible por conseguir que China aceptara su idea de orden internacional, basado en organizaciones internacionales como la ONU, de la que era incapaz de imaginar una alternativa. Desde el comienzo, Mao nunca tuvo intención de aceptar un sistema internacional en el que su país no tuviera voz. Así pues, la estrategia militar estadounidense podía conseguir como mucho un armisticio siguiendo la línea divisoria que surgiera a lo largo del río Yalu, que señalaba el límite entre Corea del Norte y China, en caso de que

primara el plan de Estados Unidos; y siguiendo alguna otra línea pactada si China intervenía o Estados Unidos se detuviera en seco de forma unilateral antes de la frontera de Corea del Norte (por ejemplo, en el paralelo 38 o en una línea, de Pyongyang a Wonsan, que surgió más tarde en un mensaje de Mao a Zhou).

Lo más sorprendente fue el visto bueno de China a la presencia estadounidense en una frontera que había constituido la ruta de invasión tradicional, y más en concreto, la base desde la que Japón había emprendido la ocupación de Manchuria y la invasión de la parte septentrional de China.

Menos motivos tenían aún los chinos para mostrar su pasividad cuando esta postura implicaba un contratiempo en dos frentes: el estrecho de Taiwan y Corea, en parte debido a que Mao había perdido hasta cierto punto el control sobre los acontecimientos en los inicios de la guerra de Corea. Los malentendidos de una y otra parte agravaban la situación. Estados Unidos no contaba con la invasión; a China la cogió de improviso la reacción. Cada cual afianzaba con su propia actuación la interpretación errónea del otro. El proceso se saldó con dos años de guerra y veinte de marginación.

LAS REACCIONES DE CHINA: OTRO ENFOQUE DE LA PREVENCIÓN

Ningún erudito en cuestiones militares habría concebido nunca que el Ejército Popular de Liberación, apenas acabada la guerra civil, equipado tan solo con el armamento requisado a los nacionalistas, podía imponerse a un ejército moderno provisto de armas nucleares. Pero Mao no era un estratega militar convencional. Para comprender la actuación de Mao en la guerra de Corea, hay que tener claro cuál era su visión de lo que en estrategia occidental se denominaría prevención o incluso anticipación, que en el pensamiento

chino combina elementos a largo plazo, estratégicos y psicológicos.

En Occidente, la guerra fría y el poder destructor de las armas nucleares han creado la idea de prevención: la amenaza de la destrucción a un posible agresor de una forma desproporcionada respecto a cualquier hipotética ganancia. La eficacia de la amenaza se mide por medio de los hechos que no se producen, es decir, las guerras que se evitan.

Para Mao, la idea occidental de prevención era excesivamente pasiva. El mandatario chino rechazaba una postura en la que su país se viera obligado a esperar para el ataque. Dentro de lo posible, Mao intentaba llevar la

iniciativa, un modo de actuar que tenía puntos en común con la idea occidental de anticipación: adelantarse a un ataque asestando el primer golpe. Pero en la doctrina occidental, en la anticipación se busca la victoria y una ventaja en el ámbito militar. El enfoque de Mao sobre la anticipación difería por la extraordinaria atención que dedicaba a los elementos psicológicos. La fuerza que lo motivaba no se basaba tanto en infligir un primer golpe militarmente decisivo como en cambiar el equilibrio psicológico, y no exactamente para vencer al enemigo, sino para alterar su cálculo de riesgos. Como veremos en los capítulos posteriores, las acciones

llevadas a cabo por China en la crisis del estrecho de Taiwan de 19541958, en el enfrentamiento en la frontera india de 1962, en el conflicto con los soviéticos a lo largo del río Ussuri de 1969-1971 y en la guerra chino-vietnamita de 1979 aparece el rasgo común de un golpe repentino al que sigue inmediatamente una fase política. En cuanto la cuestión psicológica queda resuelta, según los chinos, se consigue la prevención.[37]

En el momento en que la perspectiva de anticipación choca con el concepto occidental de prevención puede crearse un círculo vicioso: las acciones que China considera defensivas, el mundo exterior puede verlas como agresivas;

las maniobras de prevención de Occidente pueden ser interpretadas como cerco en China. Estados Unidos y China han luchado con este dilema en un sinfín de ocasiones durante la guerra fría, y hasta cierto punto aún no han encontrado la forma de superarlo.

La opinión convencional ha atribuido la decisión china de participar en la guerra de Corea a la determinación estadounidense de cruzar el paralelo 38 a principios de octubre de 1950 y al avance de las fuerzas de la ONU hacia el río Yalu, la frontera entre China y Corea. Otra teoría es la de la agresividad innata de los comunistas, siguiendo el modelo de los dictadores

europeos de la década anterior. Los estudios recientes demuestran que ninguna de estas teorías era correcta. Mao y los suyos no tenían planes estratégicos respecto a Corea en el sentido de poner en cuestión su soberanía; antes de la guerra, su máxima preocupación era la de mantener el equilibrio con Rusia en aquel punto. Tampoco pretendían retar militarmente a Estados Unidos. Entraron en la guerra después de largas deliberaciones y mucha indecisión, en una iniciativa de anticipación.

El desencadenante de la planificación fue el envío de soldados estadounidenses a Corea, junto con la

neutralización del estrecho de Taiwan. Desde aquel momento, Mao ordenó preparar la entrada de China en la guerra coreana, con el objetivo mínimo de evitar el hundimiento de Corea del Norte, y con la meta revolucionaria máxima de echar de la península a las fuerzas estadounidenses.[38] Dio por supuesto —mucho antes de que las fuerzas de Estados Unidos y de Corea del Sur hubieran superado el paralelo 38 — que, a menos que interviniera China, Corea del Norte sería derrotada. El freno del avance estadounidense hacia Yalu constituía un elemento añadido. Mao opinaba que creaba la oportunidad de un ataque sorpresa y la posibilidad

de movilizar a la opinión pública; no se trataba de un factor de motivación principal. Cuando Estados Unidos hubo rechazado el avance inicial de los norcoreanos en agosto de 1950, la intervención china tuvo ciertos visos de realidad; en cuanto dio la vuelta a la situación bélica y aventajó al ejército norcoreano en Inchon y cruzó el paralelo 38 se convirtió en algo inevitable.

La estrategia china suele presentar tres características destacadas: análisis meticuloso de las tendencias a largo plazo, estudio esmerado de las opciones tácticas y exploración objetiva de las decisiones operativas. Zhou Enlai inició el proceso organizando conferencias de

dirigentes chinos los días 7 y 10 de julio —dos semanas después del despliegue estadounidense en Corea— con el objetivo de analizar las consecuencias que habían tenido en China las acciones emprendidas por los norteamericanos. Los participantes acordaron destinar las tropas preparadas en un principio para la invasión de Taiwan a la frontera coreana y constituir con ellas el ejército de defensa de la frontera nororiental, cuya misión iba a ser la de «defender los límites del nordeste y preparar si hacía falta el apoyo a las operaciones bélicas del Ejército Popular coreano». A finales de julio —es decir, cuando habían pasado más de dos meses

después de que las fuerzas estadounidenses cruzaran el paralelo 38 —, en la frontera coreana se habían reunido más de 250.000 soldados chinos.[39]

Durante el mes de agosto se siguieron reuniendo el Politburó y la Comisión Militar Central. El 4 de agosto, un mes y medio antes del desembarco en Inchon, cuando la situación militar seguía siendo favorable a las fuerzas invasoras norcoreanas y el frente iba penetrando en Corea del Sur, alrededor de la ciudad de Pusan, Mao, escéptico respecto a la capacidad de Corea del Norte, dijo en el Politburó: «Si los imperialistas estadounidenses salen victoriosos, se

embriagarán de éxito y se encontrarán en una situación idónea para amenazarnos. Tenemos que ayudar a Corea; asistir a este país. Podemos hacerlo como fuerza voluntaria y cuando nosotros decidamos, pero hay que empezar a prepararse».[40] En la misma reunión, Zhou hizo un análisis muy parecido: «Si los imperialistas estadounidenses aplastan a Corea del Norte se crecerán, se llenarán de arrogancia y estará en peligro la paz. Para asegurar la victoria, hay que aumentar el factor China; con ello puede producirse un cambio en la situación internacional. Debemos adoptar una perspectiva a largo plazo».[41] En otras palabras, a lo que tenía que hacer frente

China era a la derrota de Corea del Norte, que seguía con su avance, y no a la situación específica de las fuerzas estadounidenses. Al día siguiente, Mao ordenó al alto mando: «Concluid los preparativos durante este mes y estad dispuestos a seguir las órdenes para llevar a cabo las operaciones bélicas».[42]

El 13 de agosto, el XIII Cuerpo de Ejército de China celebró una reunión de los principales mandos militares para discutir la misión. Los participantes, a pesar de expresar sus reservas sobre la fecha límite de agosto, concluyeron: «China tiene que tomar la iniciativa, colaborar con el Ejército Popular de

Corea, seguir adelante sin vacilación y acabar con las ansias de agresión del enemigo».[43]

Entretanto se llevaban a cabo los análisis de personal y los ejercicios sobre el mapa. Todo ello llevó a los chinos a unas conclusiones que los occidentales habrían considerado contrarias a toda lógica y que tuvieron como efecto la idea de que China podía ganar una guerra contra las fuerzas armadas estadounidenses. Según el argumento de los comunistas, los compromisos de Estados Unidos en el mundo limitarían su despliegue militar a un máximo de 500.000 efectivos, mientras que China podía echar mano de

4 millones de soldados. La proximidad respecto al campo de batalla les daba, por otra parte, una ventaja logística. Los planificadores chinos también contaban con el factor psicológico, pues la mayor parte de la población mundial iba a apoyar a China.[44]

Ni siquiera la probabilidad de una guerra nuclear acobardó a los planificadores chinos, tal vez porque no poseían experiencia directa en cuanto a armamento nuclear ni medios para adquirirlo. Concluyeron (no sin ciertas discrepancias importantes) que no era probable una respuesta nuclear por parte de Estados Unidos, dada la capacidad nuclear soviética y el riesgo, teniendo en

cuenta el «modelo rompecabezas» del despliegue en la península, de que un ataque nuclear estadounidense contra las tropas chinas en Corea pudiera causar también destrozos en sus propias filas.[45]

El 26 de agosto, Zhou se dirigió a la Comisión Militar Central para resumir la estrategia china diciendo: «Pekín no debe abordar el problema coreano considerándolo meramente algo que atañe a un país hermano o una cuestión relacionada con los intereses del nordeste. Al contrario, tiene que verlo como un asunto internacional importante. Corea es, en efecto, el centro de las luchas en el mundo. […] Después de conquistar Corea, Estados Unidos

atacará sin duda a Vietnam y a otros países coloniales. Por consiguiente, el problema coreano es como mínimo la clave de Oriente».[46] A causa de los últimos reveses en Corea del Norte, Zhou insistía: «Nuestro deber tiene ahora un peso mucho mayor [...] y debemos prepararnos para lo peor y hacerlo con rapidez». Zhou hizo hincapié en la necesidad de la reserva, para, en palabras suyas: «Entrar en la guerra y asestar un golpe súbito al enemigo».[47]

Todo esto tenía lugar unas semanas antes del desembarco anfibio de MacArthur en Inchon (previsto de antemano por un grupo de estudio chino)

y más de un mes antes de que las fuerzas de la ONU cruzaran el paralelo 38. En resumen, China entró en la guerra sobre la base de una minuciosa valoración de las tendencias estratégicas y no como reacción a una maniobra táctica estadounidense o a raíz de una decisión legalista de defender la inviolabilidad del paralelo 38. La ofensiva china constituía una estrategia de prevención contra un peligro que aún no se había materializado, basada en opiniones sobre objetivos esenciales estadounidenses respecto a China que se habían malinterpretado. Era también la expresión de la función clave que ejercía Corea en los cálculos de China a

largo plazo, un punto aún más importante en el mundo contemporáneo. La insistencia de Mao en su proceso tal vez estaba influida por su convencimiento de que era la única forma de remediar su aquiescencia en la estrategia de invasión de Kim Il-sung y de Stalin. De lo contrario, los otros dirigentes podían haberle acusado de empeorar la situación estratégica de China con la presencia de la Séptima Flota en el estrecho de Taiwan y de las fuerzas estadounidenses en las fronteras de China.

Los obstáculos con los que se topó la intervención china fueron tan abrumadores que Mao tuvo que hacer

valer toda su autoridad para arrancar la aprobación de sus colegas. Dos de los dirigentes principales, entre ellos, Lin Biao, se negaron a aceptar el mando del ejército de defensa de la frontera nordeste con distintos pretextos, hasta que por fin Mao encontró a Peng Dehuai, un comandante preparado par asumir el cometido.

Mao se impuso, como en todas las decisiones clave, y empezaron de forma inexorable los preparativos para la entrada de las fuerzas chinas en Corea. En octubre, las fuerzas estadounidenses y aliadas se trasladaron hacia Yalu, decididas a unificar Corea y a situarla bajo la protección de una resolución de

la ONU. Su objetivo era el de defender el nuevo *statu quo* con dichas fuerzas, que constituían técnicamente un mando de las Naciones Unidas. Así, los dos ejércitos avanzaron en sentido opuesto como predestinados; los chinos preparaban el golpe mientras los estadounidenses y sus aliados permanecían ajenos al desafío con el que iban a encontrarse al final de su marcha hacia el norte.

Zhou preparó la vía diplomática con sumo cuidado. El 24 de septiembre presentó una protesta a la ONU ante lo que denominó el esfuerzo de Estados Unidos por «extender la guerra de agresión contra Corea, organizar el

ataque armado en Taiwan y ampliar la ofensiva contra China».[48] El 3 de octubre, advirtió al embajador indio K. M. Panikkar que las tropas estadounidenses cruzarían el paralelo 38, añadiendo: «Si Estados Unidos pasa realmente el paralelo, no podremos quedarnos de brazos cruzados. Tendremos que intervenir. Sírvase informar de ello al primer ministro de su país».[49] Panikkar respondió que calculaba que el cruce se produciría durante las doce horas siguientes, pero que el gobierno indio no sería «capaz de emprender una actuación efectiva» hasta que hubieran transcurrido dieciocho horas después de haber recibido su

telegrama.[50] Zhou respondió: «Esto es cuestión de los estadounidenses. La conversación de esta noche tiene como objetivo aclararle nuestra actitud sobre una de las cuestiones planteadas por el primer ministro Nehru en su carta».[51] La comunicación era más para guardar constancia de lo que ya estaba decidido que para pedir la paz, como se ha dicho tantas veces.

En aquel punto apareció en escena Stalin como *deus ex machina* para seguir con el conflicto que él mismo había fomentado y no quería dar por terminado. El ejército norcoreano se venía abajo y el servicio de inteligencia soviético de Wonsan contaba

(erróneamente) con que se produciría otro desembarco estadounidense en la costa de enfrente. Las preparaciones chinas para la intervención habían avanzado mucho, si bien todavía no eran irremediables. Stalin decidió pedir la intervención china y lo hizo en un mensaje enviado a Mao el 1 de octubre. Al ver que Mao aplazaba la decisión, aduciendo el peligro de la intervención de Estados Unidos, Stalin envió un segundo telegrama. En él insistía en que estaba preparado para brindar apoyo militar soviético en una guerra a gran escala en caso de que Estados Unidos reaccionara ante la intervención china:

Evidentemente he tenido en cuenta también [la posibilidad] de que Estados Unidos, a pesar de que no esté preparado para una guerra de envergadura, podría verse envuelto en una importante contienda por [consideraciones de] prestigio, que, por otra parte, arrastrarían a China hacia la guerra y con ella a la Unión Soviética, vinculada a China por el pacto de asistencia mutua. ¿Debemos temer esta contingencia? Opino que no, puesto que juntos tendremos más fuerza que Estados Unidos e Inglaterra; en cuanto al resto de los estados capitalistas europeos (a excepción de Alemania, incapaz hoy por hoy de proporcionar apoyo a Estados Unidos), no cuentan con unas fuerzas militares serias. Si la guerra es inevitable, hay que iniciarla enseguida y no esperar unos años a que los militares japoneses se hayan recuperado y se coloquen en el bando estadounidense, o a que Japón

tenga preparada una cabeza de puente hacia el continente en forma de una sola Corea bajo el mando de Syngman Rhee.[52]

Aparentemente, esta extraordinaria comunicación parecía afirmar que Stalin estaba dispuesto a entrar en guerra con Estados Unidos para evitar que Corea formara parte de la esfera estratégica de este país. Una Corea unida y proestadounidense —a la que, en opinión de Stalin, tarde o temprano iba a asociarse Japón, una vez que se hubiera recuperado— presentaba, en este análisis, el mismo peligro en Asia que el nacimiento de la OTAN en Europa. Los dos bloques podían convertirse en algo

difícil de controlar por parte de la Unión Soviética.

En el momento de la verdad, Stalin no se mostró dispuesto al compromiso que había contraído con Mao, ni tan solo a abordar ningún aspecto de la confrontación directa con Estados Unidos. Era consciente de que el equilibrio de poder no era favorable para el enfrentamiento, y mucho menos para una guerra de dos frentes. Pretendió comprometer el potencial militar estadounidense en Asia e implicar a China en iniciativas que exageraran su dependencia respecto al apoyo soviético. Lo que demuestra la carta de Stalin es que los estrategas soviéticos y

chinos evaluaron con gran seriedad la importancia estratégica de Corea, aunque por razones distintas.

La carta de Stalin ponía a Mao en un brete. Una cosa era planificar la intervención en sentido abstracto, en parte como ejercicio de solidaridad revolucionaria, y otra llevarla a la práctica sobre todo con el ejército norcoreano al borde de la desintegración. La intervención china exigía suministros soviéticos y, sobre todo, cobertura aérea, puesto que el Ejército Popular de Liberación en realidad no contaba con unas fuerzas aéreas modernas. Así pues, cuando se planteó el tema de la intervención en el

Politburó, Mao obtuvo una respuesta inusitadamente ambigua, que le hizo pensárselo dos veces antes de responder de forma definitiva. Mandó a Lin Biao (quien había rechazado el mando de las fuerzas chinas alegando problemas de salud) y a Zhou a Rusia para tratar de la posible ayuda soviética. Stalin se encontraba de vacaciones en el Cáucaso, pero consideró que podía cambiar sus planes. Obligó a Zhou a desplazarse hasta su lugar de retiro a pesar de que (o tal vez porque) desde la dacha el dirigente chino no tendría forma de comunicarse con Pekín si no era a través de los canales soviéticos.

Zhou y Lin Biao habían recibido

instrucciones de informar a Stalin de que, si no se garantizaban los medios, China finalmente no seguiría adelante con lo que llevaba dos meses preparando. Hay que tener en cuenta que China iba a ser el principal escenario de operaciones del conflicto que fomentaba Stalin. La perspectiva dependería totalmente del abastecimiento y del apoyo directo que proporcionara Stalin. Cuando tuvieron que enfrentarse a esta realidad, los camaradas de Mao reaccionaron de forma contradictoria. Algunos de los que se oponían a la iniciativa incluso llegaron a plantear que había que dar prioridad al desarrollo interior. Por una vez, Mao pareció

dudar, aunque tal actitud no duró más que un instante. ¿Acaso era una maniobra para obtener la garantía de apoyo de Stalin antes de que las fuerzas chinas se hubieran comprometido de forma irrevocable? ¿O realmente estaba indeciso?

Un síntoma de las divisiones internas chinas es el misterioso caso de un telegrama enviado por Mao a Stalin la noche del 2 de octubre, del que existen dos versiones contradictorias en los archivos de Pekín y Moscú.

En una de las versiones del telegrama de Mao —escrito de su puño y letra, guardado en los archivos de Pekín, publicado en una recopilación china

neibu («solo de circulación interna») de manuscritos de Mao, que probablemente nunca llegó a Moscú—, el dirigente chino decía: «En Pekín hemos decidido enviar parte de nuestras tropas a Corea bajo el nombre de Voluntarios [del pueblo chino] para luchar contra Estados Unidos y su lacayo Syngman Rhee y ayudar a nuestros camaradas coreanos».[53] Mao hablaba del peligro que supondría que China no interviniera diciendo: «Las fuerzas revolucionarias coreanas se encontrarán con una aplastante derrota y el agresor estadounidense causará estragos en cuanto haya ocupado toda Corea. Es algo que va en contra de Oriente en

sentido global».[54] Mao precisaba: «Debemos prepararnos para una declaración de guerra por parte de Estados Unidos y para la subsiguiente utilización de las fuerzas aéreas de este país, que van a bombardear las principales ciudades chinas y sus bases industriales y atacar a la vez con su armada nuestras zonas costeras». China había decidido mandar el 15 de octubre doce divisiones desde el sur de Manchuria. «En un primer estadio —escribió Mao —se desplegarán al norte del paralelo 38 y se centrarán en las tareas defensivas contra las tropas enemigas que cruzan dicho paralelo.» Mientras tanto: «Esperarán la llegada

del armamento soviético. Una vez que estén [bien] equipadas, colaborarán con los camaradas coreanos en los contraataques para aniquilar a las tropas agresoras estadounidenses».[55]

En una versión distinta del telegrama de Mao del 2 de octubre —mandado a través del embajador soviético en Pekín, recibido en Moscú y guardado en los archivos presidenciales rusos—, el dirigente chino informaba a Stalin de que Pekín no estaba preparada para el envío de tropas. Dejaba abierta la posibilidad de que después de otras consultas con Moscú (y, daba a entender, del compromiso de más apoyo militar

soviético), Pekín decidiera participar en el conflicto.

Los estudiosos analizaron durante años la primera versión del telegrama como si aquella fuera la única versión operativa; cuando surgió la segunda, algunos se preguntaron si uno de los documentos no era una invención. Lo más plausible es la explicación dada por el erudito chino Shen Zhihua: que Mao redactara la primera versión del telegrama con la intención de enviarlo, pero que, con la división existente entre los mandos chinos, se sustituyera por otro más ambiguo. La discrepancia sugiere que incluso cuando las tropas chinas ya avanzaban hacia Corea, la

dirección seguía debatiendo durante cuánto tiempo tenía que esperar un compromiso definitivo de apoyo de sus aliados soviéticos antes de dar el último e irrevocable paso.[56]

Los dos autócratas comunistas se habían formado en una dura escuela de política de poder, cuyos principios se aplicaban en aquellos momentos mutuamente. En este caso, Stalin demostró ser la quintaesencia de la inflexibilidad. Informó con frialdad a Mao (por medio de un telegrama que entregó Zhou) de que, dada la indecisión de China, la mejor opción sería replegar lo que quedaba de las fuerzas norcoreanas hacia China, donde Kim Il-

sung podía formar un gobierno provisional en el exilio. Los enfermos y discapacitados se trasladarían a la Unión Soviética. Stalin afirmó que no le importaba la presencia de estadounidenses en la frontera asiática, puesto que ya se había enfrentado a ellos en las líneas divisorias europeas.

Stalin era consciente de que lo que menos deseaba Mao, aparte de las fuerzas estadounidenses en las fronteras con China, era un gobierno provisional coreano en Manchuria en contacto con la minoría coreana que vivía allí, que reivindicaba algún tipo de soberanía y organizaba constantemente incursiones militares hacia Corea. El dirigente

soviético también habría entendido que Mao ya no se podía echar atrás. En aquel punto, China tenía que escoger entre tener al ejército estadounidense en el Yalu, poniendo en peligro la mitad de la industria del país y una Unión Soviética descontenta que retirara el aprovisionamiento y tal vez reclamara sus «derechos» sobre Manchuria, o bien seguir el curso emprendido por Mao mientras continuaba regateando con Stalin. Estaba en una situación en la que tenía que intervenir, curiosamente en parte para protegerse de los objetivos soviéticos.

El 19 de octubre, después de unos días de retraso a la espera de garantías

sobre los suministros soviéticos, Mao ordenó al ejército entrar en Corea. Stalin prometió un apoyo logístico importante con la única condición de que no implicara confrontación directa con Estados Unidos (por ejemplo, cobertura aérea en Manchuria, aunque no por encima de Corea).

Los recelos mutuos pesaban tanto que en cuanto Zhou volvió de Moscú, desde donde podía establecer comunicación con Pekín, al parecer Stalin ya había dado marcha atrás. Para evitar que Mao manipulara a la Unión Soviética y la responsabilizara de equipar al Ejército Popular de Liberación sin beneficiarse de atar a las fuerzas estadounidenses al

combate en Corea, Stalin informó a Zhou de que no se mandarían suministros hasta que las fuerzas chinas no estuvieran ya en Corea. Mao hizo pública la orden el 19 de octubre, en efecto sin una garantía de apoyo soviético. Después de esto, se restableció el apoyo soviético prometido en un principio, si bien Stalin, cauto como siempre, limitó el refuerzo aéreo al territorio chino. Nada quedaba de la disposición expresada en su primera carta a Mao de arriesgarse a una guerra general en Corea.

Ambos dirigentes comunistas explotaron las necesidades e inseguridades mutuas. Mao consiguió

suministros militares soviéticos para modernizar su ejército —determinadas fuerzas chinas afirman que durante la guerra de Corea recibió equipamiento para sesenta y cuatro divisiones de infantería y veintidós divisiones aéreas —[57] y Stalin comprometió a China en un conflicto con Estados Unidos en Corea.

La confrontación chino-estadounidense

Estados Unidos se mantuvo como observador pasivo en estas maquinaciones comunistas internas. No exploró una posición intermedia entre la

detención en el paralelo 38 y la unificación de Corea, ni hizo caso de las advertencias chinas sobre las consecuencias de cruzar dicha línea. Es curioso que Acheson no las considerara comunicaciones oficiales y pensara que podían pasarse por alto. Tal vez pensara que podía hacer frente a Mao.

Ninguno de los documentos publicados hasta hoy pone al descubierto una discusión seria sobre alguna opción diplomática de una parte u otra. No se tiene constancia de que se tratara este punto en ninguna de las reuniones que celebró Zhou con la Comisión Militar Central o con el Politburó. Al contrario de lo que se ha

pensado siempre, el «aviso» a Washington de no cruzar el paralelo 38 fue con toda probabilidad una táctica para distraer la atención. Llegado a este punto, Mao ya había mandado soldados del Ejército Popular de Liberación autóctonos de Corea desde Manchuria a este último país para ayudar a los norcoreanos, había trasladado una considerable fuerza militar de Taiwan hacia la frontera coreana y había prometido apoyo chino a Stalin y a Kim.

La única posibilidad que pudo haber existido para evitar el combate inmediato entre Estados Unidos y China está en las instrucciones que mandó Mao en un mensaje a Zhou, que seguía en

Moscú, sobre su plan estratégico el 14 de octubre, mientras las tropas chinas se preparaban para cruzar la frontera coreana.

> Nuestros soldados seguirán con la mejora del trabajo de defensa si disponen de tiempo suficiente para ello. Suponiendo que el enemigo defienda con tenacidad Pyongyang y Wonsan y no avance [hacia el norte] durante los próximos seis meses, nuestras tropas no atacarán Pyongyang ni Wonsan. Nuestras tropas solo atacarán Pyongyang y Wonsan si están suficientemente equipadas y preparadas, si cuentan con una clara superioridad frente al enemigo tanto por aire como por tierra. Es decir, durante seis meses no vamos a plantearnos emprender ninguna ofensiva.[58]

Es evidente que China en seis meses no tenía posibilidad alguna de alcanzar una clara superioridad en ningún campo.

Suponiendo que las fuerzas estadounidenses se hubieran detenido en la línea, de Pyongyang a Wonsan (el estrecho cuello de la península coreana), ¿se habría creado con ello una zona de contención que pudiera tranquilizar a Mao? ¿Habría cambiado algo una iniciativa diplomática hacia Pekín? ¿Se habría sentido satisfecho Mao aprovechando su presencia en Corea para renovar sus fuerzas? Tal vez la pausa de seis meses que Mao citó a Zhou habría proporcionado la ocasión para un contacto diplomático, para una

advertencia militar o para que Mao o Stalin cambiaran de parecer. Por otra parte, la zona de contención en territorio hasta entonces comunista no era de ninguna forma la idea que tenía Mao de su tarea revolucionaria o estratégica. Cabe tener en cuenta, de todas formas, que el dirigente comunista era discípulo de Sun Tzu y sabía cómo aplicar simultáneamente estrategias que podían parecer contradictorias. En cualquier caso, Estados Unidos no poseía tal capacidad. Optó por una línea de demarcación refrendada por la ONU a lo largo del Yalu, que podía proteger con sus propias fuerzas y su propia

diplomacia en el estrecho cuello de la península de Corea.

De esta forma, cada uno de los componentes de la relación triangular entró en una guerra que tenía todos los ingredientes de un conflicto mundial. Las líneas de batalla fueron cambiando de posición. Las fuerzas chinas tomaron Seúl, pero tuvieron que retroceder hasta que se estableció un *impasse* militar en la zona de combate en el marco de unas negociaciones para el armisticio, que duraron cerca de dos años, en el curso de las cuales las fuerzas estadounidenses se abstuvieron de organizar operaciones ofensivas: la solución casi ideal desde el punto de

vista soviético. La opinión de la Unión Soviética era la de alargar las negociaciones, y por tanto, la guerra, tanto como fuera posible. El 27 de julio de 1953 se consiguió un acuerdo de armisticio en el que se establecía básicamente la línea de antes de la guerra del paralelo 38.

Ninguno de los participantes logró todos sus objetivos. Para Estados Unidos, el acuerdo del armisticio constituía la meta que le había llevado a la guerra: impidió el éxito de la agresión norcoreana, aunque al mismo tiempo permitió a China, en un momento de gran debilidad, enfrentarse a la superpotencia nuclear, paralizarla e impedir su avance.

La solución también salvó la credibilidad estadounidense, al proteger a los aliados, pero al precio de una incipiente sublevación de estos y la discordia en el interior del país. Los observadores tuvieron que recordar a la fuerza el debate que había tenido lugar en Estados Unidos en cuanto a los objetivos de la guerra. El general MacArthur, aplicando máximas tradicionales, buscaba la victoria; la administración, al interpretar la guerra como un amago para llevar Estados Unidos a Asia —sin duda, la estrategia de Stalin—, estaba preparada para una solución militar igualitaria (y, probablemente, para un revés político a

largo plazo), un resultado que se veía por primera vez en las guerras libradas por los estadounidenses. La incapacidad de casar objetivos políticos y militares puede que llevara a otros contendientes asiáticos a creer en la vulnerabilidad de Estados Unidos ante las guerras sin un claro resultado militar, dilema que apareció de nuevo con más fuerza en la vorágine de Vietnam diez años después.

Tampoco podía decirse que Pekín hubiera alcanzado sus metas, al menos en términos militares convencionales. Mao no consiguió liberar toda Corea del «imperialismo americano», como proclamaba en un principio la propaganda china. Pero había entrado en

la guerra con unos objetivos más amplios y en cierta forma más abstractos, incluso románticos: hacer la prueba de fuego a la «nueva China» y dar un mazazo a lo que el dirigente chino consideraba la debilidad y pasividad históricas de su país; demostrar a Occidente (y, hasta cierto punto, a la Unión Soviética) que China era ya una potencia militar y estaba dispuesta a utilizar la fuerza para defender sus intereses; afianzar el liderazgo de China en el movimiento comunista asiático, y golpear a Estados Unidos (país que Mao creía que planificaba una posterior invasión a China) en el momento que se considerara oportuno. La contribución

principal de la nueva ideología no se basaba tanto en sus ideas estratégicas como en la voluntad de desafiar a los países más poderosos y trazar su propio camino.

En un sentido más amplio, la guerra de Corea no fue solo una solución militar igualitaria. La recién fundada República Popular de China se erigió en potencia militar y en centro de la revolución en Asia. Forjó también su credibilidad en el campo militar, dejando patente que China, como adversario temible, que merecía respeto, seguiría por el mismo camino en las próximas décadas. El recuerdo de la intervención china en Corea influyó más

tarde en la estrategia de Estados Unidos en Vietnam. Pekín triunfó utilizando la guerra y la propaganda de «Resistencia contra Estados Unidos, ayuda a Corea», que la acompañó, así como la campaña de depuración para alcanzar dos hitos básicos para Mao: eliminar la oposición interna frente a la dirección del partido e inculcar el «entusiasmo revolucionario» y el orgullo nacional en la población. Por medio de fomentar la indignación hacia la explotación occidental, Mao circunscribió la guerra a una lucha para «vencer la arrogancia estadounidense»; los logros conseguidos en el campo de batalla se consideraron como una forma de rejuvenecimiento

espiritual después de décadas de debilidad y de injusticias en China. El país se levantó de la guerra exhausto pero con una nueva definición de sí mismo ante sus propios ojos y ante los del mundo.

Curiosamente, el principal perdedor en la guerra de Corea fue Stalin, quien había dado luz verde a Kim Il-sung para iniciarla y también había apremiado, incluso chantajeado, a Mao para que interviniera en ella con armas y bagajes. Animado por la aquiescencia estadounidense respecto a la victoria comunista en China, Stalin creía que Kim Il-sung podía repetir las mismas pautas en Corea. La intervención de

Estados Unidos frustró su objetivo. Impulsó a Mao a intervenir, convencido de que con ello iba a crear una hostilidad duradera entre su país y Estados Unidos y a aumentar la dependencia de la China comunista respecto a Moscú.

Stalin acertó en la predicción estratégica, pero cometió un grave error en la valoración y las consecuencias. La dependencia de China con relación a Estados Unidos tenía dos vertientes. El rearme de China, del que se ocupó por fin la Unión Soviética, acortó el tiempo que tardó aquella en actuar por su propia cuenta. El cisma chino-estadounidense que fomentaba Stalin no

llevó a una mejora de las relaciones entre la Unión Soviética y China, como tampoco redujo la opción titista de China. Al contrario, Mao calculó que podía derrotar de manera simultánea a las dos superpotencias. Los conflictos de Estados Unidos con la Unión Soviética eran tan profundos que Mao consideró que no tenía que pagar ningún precio por el apoyo soviético durante la guerra fría; es más, que podía utilizarlo como amenaza incluso sin su aprobación, como hizo en una serie de crisis posteriores. Una vez finalizada la guerra con Corea, las relaciones de la Unión Soviética con China se deterioraron en buena medida a causa de

la falta de transparencia con la que Stalin estimuló la aventura de Kim Il-sung, la brutalidad con que empujó a China a intervenir y, sobre todo, el estilo mezquino con que concedió el apoyo soviético, todo en forma de préstamos reembolsables. Diez años más tarde, la Unión Soviética se convertiría en el principal adversario de China, y antes de que transcurrieran diez más se produjo otro cambio en las alianzas.

6
China se enfrenta a las dos superpotencias

Otto von Bismarck, tal vez el mejor diplomático de la segunda mitad del siglo XIX, dijo en una ocasión que en un orden mundial compuesto por cinco estados siempre es mejor formar parte de un grupo de tres. Si lo aplicamos a la interacción de los tres países que nos ocupan, deduciríamos que en este caso

lo deseable sería formar parte de un grupo de dos.

Esta verdad escapó durante quince años al principal componente del triángulo formado por China, la Unión Soviética y Estados Unidos, en parte a causa de las insólitas maniobras de Mao. En política exterior, a menudo los estadistas cumplen con sus objetivos creando una confluencia de intereses. La política de Mao se basó en lo contrario. Aprendió a explotar las hostilidades superpuestas. El conflicto entre Moscú y Washington constituyó la base estratégica de la guerra fría; la hostilidad entre Washington y Pekín dominó la diplomacia asiática. De todas

formas, los dos estados comunistas nunca se coaligaron en su hostilidad hacia Estados Unidos —excepto durante la guerra de Corea, y durante un breve tiempo y de forma parcial— por la creciente rivalidad entre Mao y Moscú sobre la primacía ideológica y el análisis geoestratégico.

Desde el punto de vista de la política de poder tradicional, evidentemente, Mao nunca estuvo en situación de actuar en plan igualitario en la relación triangular. Era con diferencia el miembro más débil y vulnerable del grupo. Ahora bien, en su capacidad de aprovechar la hostilidad mutua entre las superpotencias nucleares y crear la

impresión de ser impermeable a la devastación nuclear, consiguió que China se convirtiera en una especie de refugio diplomático. Mao añadió una nueva dimensión a la política del poder, una dimensión de la que personalmente no conozco precedentes. En lugar de buscar apoyo de una u otra superpotencia —como habría aconsejado la teoría tradicional sobre el equilibrio de poder—, explotó el temor existente entre la Unión Soviética y Estados Unidos y desafió simultáneamente a ambos rivales.

Un año después de la guerra de Corea, Mao se enfrentó militarmente a Estados Unidos en la crisis del estrecho

de Taiwan y, acto seguido, pasó a la confrontación ideológica con la Unión Soviética. Se sintió seguro en las dos iniciativas, pues calculó que ninguna de las dos superpotencias permitiría que la otra le hundiera. Con ello aplicó de forma muy inteligente la estratagema de la ciudad vacía de Zhuge Liang, que se ha descrito antes, convirtiendo la debilidad material en un recurso psicológico.

Después de la guerra de Corea, los versados en los asuntos internacionales —en especial los expertos occidentales — pensaban que Mao optaría por un período de tregua. Desde la victoria de los comunistas, apenas habían vivido un

mes de tranquilidad, ni siquiera aparente. La reforma agraria, la puesta en marcha del modelo económico soviético y la destrucción de la oposición interna habían sido los principales puntos de una agenda de lo más apretada. Al mismo tiempo, aquel país aún bastante subdesarrollado entró en una guerra con una superpotencia nuclear que contaba con una tecnología militar muy avanzada.

Mao no tenía intención de pasar a la historia por las treguas que concedía a su sociedad. Al contrario, lanzó a China hacia nuevas convulsiones: dos conflictos con Estados Unidos en el estrecho de Taiwan, el inicio de un

enfrentamiento con la India y la controversia ideológica y geopolítica cada vez más marcada con la Unión Soviética.

Para Estados Unidos, en cambio, el fin de la guerra de Corea y la llegada de la administración de Dwight Eisenhower marcó la vuelta a la «normalidad» interna, que había de durar hasta finales de la década. En el ámbito internacional, la guerra de Corea se convirtió en el paradigma del compromiso del comunismo hacia la expansión por medio de la subversión política o la agresión militar cuando las circunstancias lo permitían. Otras partes de Asia lo corroboraron: la guerra de

guerrillas en Malaisia; la violenta tentativa de los izquierdistas de Singapur de hacerse con el poder, y, cada vez más, en las guerras en Indochina. Donde falló en parte la visión estadounidense fue al considerar el comunismo como un monolito y no saber captar la profunda desconfianza existente, ya en aquellos primeros estadios, entre los dos gigantes comunistas.

La administración de Eisenhower abordó la amenaza de la agresión con métodos que se habían aplicado en la experiencia europea de Estados Unidos. Intentó apoyar la viabilidad de países fronterizos con el mundo comunista

siguiendo el ejemplo del Plan Marshall y estableció alianzas del estilo de la OTAN, como la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO), entre las nuevas naciones colindantes con China en el sudeste de Asia. No se planteó las diferencias básicas entre las condiciones de Europa y las de la periferia de Asia. Los países europeos de la posguerra eran estados consolidados con instituciones complejas. Su viabilidad dependía de acortar distancias entre las expectativas y la realidad, una brecha abierta por los estragos causados en la Segunda Guerra Mundial. Este proyecto de gran envergadura pudo aplicarse en un

período de tiempo relativamente corto. Una vez asegurada la estabilidad interna, el problema de seguridad pasó a ser el de defensa frente a un posible ataque militar proveniente del otro lado de las fronteras establecidas en el ámbito internacional.

Sin embargo, en Asia, alrededor de las fronteras de China, los estados seguían aún en proceso de formación. Surgía el reto de crear instituciones y consenso político partiendo de las divisiones étnicas y religiosas. Se trataba de una tarea más conceptual que militar; la insurrección interna o la guerra de guerrillas constituían un peligro mayor contra la seguridad que

las unidades organizadas que cruzaban las fronteras militares. Este era el problema en concreto de Indochina, donde el fin del proyecto colonial francés había dejado cuatro países (Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, Camboya y Laos) con controvertidas líneas fronterizas y con tradiciones de poco calado respecto a la independencia nacional. Estos conflictos seguían su propia dinámica, sin control por parte de Pekín, Moscú o Washington, si bien el triángulo estratégico ejercía sus influencias en ellos. Por consiguiente, en Asia se planteaban pocos desafíos militares, por no decir ninguno. La

estrategia militar y la reforma política y social estaban estrechamente vinculadas.

La primera crisis en el estrecho de Taiwan

Pekín y Taipei anunciaron públicamente lo que constituían dos versiones encontradas de la misma identidad nacional china. Desde la perspectiva nacionalista, Taiwan no era un Estado independiente, sino la sede del gobierno en el exilio de la República China, desplazada temporalmente por los usurpadores comunistas —como insistía la propaganda nacionalista—, que

volvería para recuperar su legítimo lugar en el continente. Según el punto de vista de Pekín, Taiwan era una provincia renegada, cuya separación del continente y cuya alianza con las potencias extranjeras constituía el último vestigio del «siglo de humillación» vivido por China. Los dos bandos chinos estaban de acuerdo en que Taiwan y el continente formaban parte de la misma entidad política. El desacuerdo estribaba en qué gobierno chino era el legítimo.

Washington y sus aliados se planteaban a menudo la idea de reconocer a la República de China y a la República Popular de China como estados distintos: la llamada doble

solución china. Los dos bandos chinos rechazaban con vehemencia la propuesta alegando que con ello se les impedía cumplir con la sagrada obligación nacional de liberarse del otro. Washington, en contra de la opinión expresada al principio, ratificó la postura de Taipei, según la cual la República de China era el «auténtico» gobierno chino, el que tenía derecho a ocupar el lugar de China en la ONU y en otras instituciones internacionales. El secretario de Estado adjunto para Asuntos Orientales de Estados Unidos, Dean Rusk —que más tarde sería secretario de Estado—, expresó su postura ante la administración de

Truman en 1951 declarando: «A pesar de que las apariencias podrían llevar a pensar lo contrario, el régimen de Peiping [nombre que los nacionalistas daban a Pekín]… no es el gobierno de China. […] No es China. No tiene derecho a hablar en nombre de China en la comunidad de naciones».[1] La República Popular de China, con su capital en Pekín, era, para Washington, una entidad legal y una nulidad diplomática, pese a que controlaba la mayor población del mundo. Esa sería la postura de Estados Unidos, con alguna variación de poca importancia, durante los veinte años siguientes.

La consecuencia no prevista de

aquella coyuntura fue la implicación de Estados Unidos en la guerra civil china. Bajo la perspectiva que tenía Pekín de los asuntos internacionales, dicho compromiso corroboró que esta superpotencia era la última de las que habían conspirado durante un siglo para dividir y dominar China. Pekín opinaba que mientras Taiwan siguiera como autoridad administrativa aparte y recibiera ayuda política y militar extranjera el proyecto de fundar una «nueva China» permanecería inconcluso.

Estados Unidos, aliado básico de Chiang, no estaba muy motivado para iniciar la reconquista nacionalista del

continente. Si bien los partidarios de Taipei en el Congreso pedían periódicamente a la Casa Blanca que «soltara a Chiang», ningún presidente de Estados Unidos se planteó en serio una campaña encaminada a dar la vuelta a la victoria comunista en la guerra civil china, una fuente de profundos malentendidos en el bando comunista.

La primera crisis directa en Taiwan estalló en agosto de 1954, poco más de un año después del fin de las hostilidades en la guerra de Corea. Tuvo como pretexto una peculiaridad territorial de la retirada nacionalista del continente: la presencia continua de las fuerzas nacionalistas en unas cuantas

islas totalmente fortificadas, situadas a un tiro de piedra de la costa china, entre las cuales se encontraban Quemoy, Mazu, y algún escollo aún más reducido, todas ellas más cercanas al continente que a Taiwan.[2] Según la opinión de unos u otros, las islas constituían la primera línea de defensa de Taiwan, o, como proclamaba la propaganda nacionalista, su base operativa de vanguardia para una posible reconquista del continente.

Las islas cercanas a la costa fueron el curioso escenario de dos importantes crisis en un período de diez años, durante el que, en un momento determinado, tanto la Unión Soviética como Estados Unidos mostraron su

disposición de recurrir al armamento nuclear. Ninguna de estas dos superpotencias tenía un interés estratégico específico por las citadas islas. Tampoco lo tenía China, como se demostró más tarde. Sin embargo, Mao las utilizó para establecer un principio general sobre relaciones internacionales: como parte de su estrategia global contra Estados Unidos en la primera crisis y contra la Unión Soviética —sobre todo contra Jruschov — en la segunda.

Quemoy, en su punto más cercano, estaba a un par de millas de la principal ciudad portuaria china: Xiamen; Mazu se encontraba a una distancia similar de

la ciudad de Fuzhou.[3] Todas estas islas podían observarse a simple vista desde el continente y estaban a tiro de la artillería. Entre Taiwan y el continente había más de cien millas. Una sólida resistencia nacionalista rechazó las incursiones de 1949 del Ejército Popular de Liberación contra las islas de la costa. El envío de Truman de la Séptima Flota al estrecho de Taiwan, al principio de la guerra de Corea, obligó a Mao a aplazar indefinidamente la invasión que había planificado de Taiwan y las llamadas de Pekín a Moscú en apoyo de la «liberación» total de Taiwan recibieron como respuesta

evasivas: un primer paso hacia el distanciamiento definitivo.

La situación se hizo más compleja cuando Eisenhower sucedió a Truman en la presidencia. En su primera alocución sobre el Estado de la Unión el 2 de febrero de 1953, Eisenhower anunció que se ponía fin al patrullaje de la Séptima Flota en el estrecho de Taiwan. Puesto que la flota había evitado ataques en las dos direcciones, Eisenhower argumentó: «La misión implicaba, en efecto, que la armada estadounidense era imprescindible como arma defensiva de la China comunista». Todo ello a pesar de que las fuerzas chinas mataran a soldados estadounidenses en Corea.

Retiraban la flota del estrecho, pues, como concluyó Eisenhower: «Ahora no tenemos ninguna obligación de proteger a una nación que lucha contra nosotros en Corea».[4]

En China, el despliegue de la Séptima Flota en el estrecho se había considerado la principal maniobra ofensiva de Estados Unidos Curiosamente, la retirada en aquellos momentos creaba el marco para una nueva crisis. Taipei empezó a reforzar Quemoy y Mazu con miles de soldados más y un importante contingente de armamento militar.

Ambos bandos se enfrentaron a un dilema. China no abandonaría jamás su

compromiso de recuperar Taiwan, pero podía posponerlo ante unos obstáculos abrumadores, como la presencia de la Séptima Flota. En cuanto se hubo retirado esta, ya no volvió a enfrentarse a un obstáculo de tal envergadura en las islas costeras. Estados Unidos, por su parte, se había comprometido a defender Taiwan, aunque una guerra por unas islas que el secretario de Estado John Foster Dulles describía como un «puñado de piedras» era harina de otro costal.[5] La confrontación se intensificó cuando la administración de Eisenhower inició las negociaciones sobre un tratado formal de defensa mutua con Taiwan, al que siguió la creación de la

Organización del Tratado del Sudeste Asiático.

Cuando Mao se encontraba frente a un reto, normalmente optaba por la vía más complicada. Mientras el secretario de Estado John Dulles volaba hacia Manila para la creación de la SEATO, Mao ordenó un bombardeo masivo sobre Quemoy y Mazu: un toque de atención sobre la creciente autonomía de Taiwan y una prueba para Washington sobre su compromiso en la defensa multilateral de Asia.

En la primera cortina de fuego que cayó sobre Quemoy murieron dos militares estadounidenses y aquello llevó al despliegue inmediato de tres

grupos de combate aeronaval en las cercanías del estrecho de Taiwan. Washington, que mantenía su promesa de abandonar la función de «arma defensiva» de la República Popular de China, aprobó una respuesta de represalia de las fuerzas nacionalistas con artillería y aviación contra el continente.[6] Entretanto, miembros del Estado Mayor conjunto de Estados Unidos empezaron a elaborar planes para la posible utilización de armamento nuclear táctico por si se intensificaba la crisis. Eisenhower puso sus objeciones, al menos en un principio, y aprobó un plan para conseguir una resolución de alto el fuego del Consejo de Seguridad

de la ONU. La crisis sobre un territorio que no interesaba a nadie alcanzó una dimensión mundial.

Pese a todo, aquella crisis no tenía un objetivo político claro. China no amenazaba directamente a Taiwan; Estados Unidos no quería cambiar el estatus del estrecho. La situación no era tanto un apremio para la confrontación —como la presentaban los medios de comunicación— como un sutil ejercicio de gestión de la crisis. Ambos bandos maniobraban para conseguir intrincadas normas que evitaran la confrontación militar que anunciaban en el ámbito político. Sun Tzu seguía vivo, en el

puesto de mando de la diplomacia en el estrecho de Taiwan.

Aquello no tuvo como resultado la guerra, sino una «coexistencia combativa». A fin de impedir un ataque fruto de un malentendido sobre la decisión estadounidense —como en el caso de Corea—, el 23 de noviembre de 1954 Dulles y el embajador taiwanés en Washington autentificaron el texto del tratado de defensa planificado desde hacía tiempo entre Estados Unidos y Taiwan. No obstante, en la cuestión del territorio atacado recientemente, el compromiso estadounidense era ambiguo: el texto era de aplicación específica en Taiwan y las islas

Pescadores (un grupo de islas situado a unas veinticinco millas de Taiwan). El tratado no hacía mención de Quemoy, de Mazu, ni de otros territorios cercanos a la China continental, a los que dejaba para una definición posterior, «como podría determinarse de común acuerdo».[7]

Por su parte, Mao prohibió a sus mandos atacar a las fuerzas estadounidenses, mientras dejaba claro que no se dejaba intimidar por el arma más temible de este país. A China, afirmó en un lugar tan poco adecuado como una reunión con el nuevo embajador de Finlandia en Pekín, no le afecta la amenaza de una guerra nuclear:

El pueblo chino no se dejará intimidar por el chantaje estadounidense sobre armas atómicas. Nuestro país cuenta con una población de 600 millones de habitantes y una extensión de 9.600.000 kilómetros cuadrados. Estados Unidos no puede aniquilar la nación china con unas cuantas bombas atómicas. Incluso en el caso de que sus bombas atómicas fueran tan potentes que al caer en China pudieran abrir un agujero que atravesara la Tierra o hacerla estallar en pedazos, el universo en sentido global no se resentiría de la acción, aunque pudiera representar un suceso de envergadura para el sistema solar […] si Estados Unidos con sus aviones y la bomba atómica lanza una guerra contra China, nuestro país, con su mijo y sus fusiles saldrá victorioso de ella. La población del mundo entero nos apoyará.[8]

Ya que los dos bandos de China aplicaban las normas del *wei qi*, el continente fue entrando en el vacío que habían dejado las omisiones del tratado. El 18 de enero invadió las islas de Dachen y de Yijiangshan, dos pequeños grupos de islas a las que no afectaba el tratado. Unos y otros siguieron definiendo meticulosamente sus límites. Estados Unidos no movió un dedo para defender las pequeñas islas; en efecto, la Séptima Flota colaboró en la evacuación de las fuerzas nacionalistas. Se prohibió al Ejército Popular de Liberación abrir fuego contra las fuerzas armadas estadounidenses.

Lo que ocurrió, sin embargo, fue que

la retórica de Mao tuvo más impacto en sus aliados soviéticos que en Estados Unidos, pues presentó a Jruschov el dilema de apoyar a su aliado en una causa que no tenía nada que ver con los intereses estratégicos rusos y en cambio implicaba un riesgo de guerra nuclear, que el dirigente soviético consideraba cada día más inaceptable. Los aliados europeos de la Unión Soviética, con sus limitadas poblaciones, estaban todavía más aterrorizados con los discursos de Mao sobre la posibilidad de que China perdiera la mitad de su población en una guerra y aun así subsistiera.

En cuanto a Estados Unidos, Eisenhower y Dulles mostraron la

misma habilidad que Mao. En ningún momento se les ocurrió poner a prueba la resistencia del presidente chino con una guerra nuclear. Ahora bien, ni unos ni otros estaban dispuestos a abandonar la opción de defender los intereses nacionales. En la última semana de enero presentaron a las dos cámaras de Estados Unidos la tramitación de una resolución que autorizaba a Eisenhower a recurrir a las fuerzas estadounidenses para defender Taiwan, las islas Pescadores y «distintos territorios y posiciones» del estrecho de Taiwan.[9] El arte de gestionar las crisis radica en forzar la situación hasta el punto en que el adversario no puede seguir, pero de

tal forma que se evite la ley del talión. Siguiendo este principio, Dulles, en una rueda de prensa celebrada el 15 de marzo de 1955, anunció que en Estados Unidos estaban preparados para cualquier nueva e importante ofensiva comunista con armas nucleares tácticas, que China, por cierto, no poseía. Al día siguiente, Eisenhower confirmó la advertencia, puntualizando que mientras no se pusiera en peligro a la población civil, no veía razón para que Estados Unidos no pudiera utilizar armas tácticas, «de la misma forma que uno utilizaría una bala o lo que fuera».[10] Era la primera vez que Estados Unidos

lanzaba una amenaza nuclear específica en plena crisis.

Mao estaba más dispuesto a demostrar con dichos que con hechos que no le afectaba la guerra nuclear. Ordenó a Zhou Enlai, que a la sazón se encontraba en Indonesia, en la Conferencia de Bandung de países asiáticos y africanos no alineados, que tocara a retirada. El 23 de abril de 1955, Zhou mostró la rama de olivo: «El pueblo chino no quiere la guerra con Estados Unidos de América. El gobierno chino desea sentarse a negociar con el gobierno de Estados Unidos con el fin de relajar la tensión en Extremo Oriente y sobre todo en la zona de Taiwan».[11]

Una semana después, China finalizó la campaña de bombardeo en el estrecho de Taiwan.

Al igual que la guerra de Corea, aquello acabó en tablas, situación en la que cada uno de los bandos alcanzó sus objetivos a corto plazo. Estados Unidos se enfrentó a una amenaza militar. Mao, consciente de que las fuerzas del continente no contaban con capacidad suficiente para ocupar Quemoy y Mazu frente a una oposición coordinada, explicó más tarde que su estrategia era mucho más compleja; contó a Jruschov que, lejos de perseguir la ocupación de las islas de la costa, había utilizado la

amenaza para asegurar que Taiwan no rompiera el vínculo con el continente.

> Solo pretendíamos mostrar nuestras posibilidades. No queremos a Chiang demasiado lejos de nosotros. Nos interesa tenerlo al alcance. Si él sigue ahí [en Quemoy y Mazu] podemos alcanzarlo con las baterías de costa, así como por medio de la fuerza aérea. De haber ocupado las islas, no tendríamos ya la posibilidad de incomodarlo cuando quisiéramos.[12]

Según esta versión, Pekín bombardeó Quemoy para reafirmar su reivindicación de «una sola China», pero limitó su actuación para evitar que apareciera una «solución de dos Chinas».

Moscú, con un planteamiento más rígido de la estrategia y mayores conocimientos sobre armamento nuclear, juzgó incomprensible que un dirigente se situara al borde de la guerra nuclear para establecer un principio básicamente simbólico. Como puntualizó Jruschov a Mao: «Si abres fuego, tienes que capturar las islas, y si no consideras necesario capturarlas, no tiene ningún sentido abrir fuego. No entiendo tu política».[13] En una biografía de Mao, que tiene poco de imparcial pero mueve a la reflexión, incluso se afirma que el motivo real del dirigente comunista había sido el de crear un riesgo tan claro de guerra nuclear para

obligar a Moscú a ayudar a Pekín en su programa de armamento nuclear en ciernes y así aligerar la presión respecto a la asistencia soviética.[14] Entre los muchos aspectos de la crisis que desafiaban toda lógica estaba la clara decisión soviética —posteriormente anulada como consecuencia de la segunda crisis de las islas costeras— de ayuda al programa nuclear de Pekín a fin de establecer cierta distancia entre esta potencia y su problemático aliado en futuras crisis al dejar la defensa nuclear de China en manos de este país.

Paréntesis diplomático con Estados

UNIDOS

Una de las consecuencias de la crisis fue la reanudación del diálogo formal entre Estados Unidos y China. En la Conferencia de Ginebra de 1954 destinada a resolver la primera guerra de Vietnam entre Francia y el movimiento por la independencia encabezado por los comunistas, Pekín y Washington acordaron a regañadientes mantener contactos a través de funcionarios de rango consular con sede en Ginebra.

El acuerdo proporcionó el marco adecuado para una especie de protección que evitara confrontaciones a

causa de algún malentendido. No obstante, ni una parte ni otra llegó al acuerdo con mucha convicción. Mejor dicho, sus convicciones seguían caminos opuestos. La guerra de Corea había puesto punto final a las iniciativas diplomáticas de la administración de Truman respecto a China. La administración de Eisenhower —que llegó al poder cuando aún no había terminado la guerra de Corea— consideraba que China era la potencia comunista más intransigente y revolucionaria. De ahí que su primer objetivo estratégico fuera la creación de un sistema de seguridad en Asia capaz de contener una posible agresión china.

Se evitaban las tentativas de acercamiento a este país por temor a poner en peligro unos sistemas de seguridad todavía frágiles como la SEATO y las incipientes alianzas con Japón y Corea del Sur. La negativa de Dulles a dar la mano a Zhou Enlai en la Conferencia de Ginebra reflejó, por un lado, el rechazo moral y, por otro, el plan estratégico.

La actitud de Mao era el reflejo de la de Dulles y de la de Eisenhower. La cuestión de Taiwan creó una confrontación permanente, sobre todo desde el momento en que Estados Unidos trató a las autoridades de Taiwan como gobierno legítimo de toda China.

El estancamiento se instaló en la diplomacia chino-estadounidense, pues China se negó a tratar cualquier tema hasta que Estados Unidos decidiera retirarse de Taiwan, y Estados Unidos no estaba dispuesto a hacerlo hasta que China renunciara a utilizar la fuerza para resolver la cuestión de Taiwan.

Del mismo modo, tras la primera crisis del estrecho de Taiwan, se interrumpió el diálogo entre China y Estados Unidos, ya que mientras cada una de las partes mantuviera su postura, no había nada de que hablar. Estados Unidos reiteró que había que solucionar la situación de Taiwan mediante negociaciones entre Pekín y Taipei, en

las que deberían intervenir también Estados Unidos y Japón. Pekín interpretó la propuesta como un intento de volver a la decisión tomada en la Conferencia de El Cairo, en la que, durante la Segunda Guerra Mundial, se declaró que Taiwan formaba parte de China. La China comunista tampoco quiso renunciar a la utilización de la fuerza, pues se violaba el derecho soberano de China de controlar su propio territorio nacional. El embajador Wang Bingnan, el principal negociador que tuvo China durante diez años, resumió en sus memorias el estancamiento: «Retrospectivamente, para Estados Unidos era imposible

cambiar en aquellos momentos su política respecto a China. Teniendo en cuenta las circunstancias, pasamos directamente a la cuestión de Taiwan, que era la más complicada, la que tenía menos posibilidades de solución y la más delicada. Era lógico que las conversaciones no llevaran a ninguna parte».[15]

Tan solo dos acuerdos salieron de aquellas conversaciones. El primero, una cuestión de orden: actualizar los contactos existentes en Ginebra y pasarlos del nivel consular al de embajada. (La importancia de esta designación radica en que los embajadores técnicamente son

representantes personales del jefe de Estado y en cierto modo poseen mayor libertad de acción y más influencia.) La medida solo sirvió para institucionalizar el marasmo. En un período de dieciséis años, entre 1955 y 1971, se celebraron ciento treinta y seis reuniones entre los embajadores de Estados Unidos y China (la mayor parte en Varsovia, ciudad que se convirtió en el punto de reunión de las conversaciones de 1958). El único acuerdo de peso se consiguió en septiembre de 1955, cuando China y Estados Unidos permitieron volver a sus respectivos países a los ciudadanos bloqueados en uno u otro después de la guerra civil.[16]

A partir de entonces, durante quince años, la política estadounidense se centró en conseguir una renuncia formal por parte de China de la utilización de la fuerza. «Año tras año —dijo Dean Rusk, secretario de Estado, ante la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara en marzo de 1966— hemos esperado algún indicio que demostrara que la China comunista estaba dispuesta a renunciar a la fuerza para resolver diferencias. Hemos esperado también para poder comprobar que estaba dispuesta a abandonar la idea de que Estados Unidos era su principal enemigo. La China comunista ha demostrado una actitud y una práctica marcadas por la

hostilidad y rigidez.»[17]

En ningún momento la política exterior estadounidense había exigido a otro país un requisito previo tan riguroso para la negociación como la renuncia total a la utilización de la fuerza. A Rusk no le pasó por alto durante la década de 1960 la distancia existente entre la implacable retórica china y su práctica internacional relativamente moderada. Así y todo, defendió que la política de Estados Unidos tenía que basarse en las palabras: que la ideología tenía más importancia que la conducta:

> Algunos mantienen que hay que ignorar lo que dicen los dirigentes comunistas chinos y

> juzgarlos por sus actos. Es cierto que se han mostrado más cautelosos en los hechos que en los dichos, más cautelosos en lo que han hecho por sí mismos que en lo que han instado a hacer a la Unión Soviética. […] Pero no se deduce que tengamos que hacer caso omiso a las intenciones y a los planes para el futuro que han anunciado.[18]

Dadas estas actitudes y con el pretexto de que China no renunciaba a utilizar la fuerza contra Taiwan, en 1957 Estados Unidos no envió a las conversaciones de Ginebra al embajador, sino al primer secretario. China retiró su delegación y se suspendieron las conversaciones. Poco después se desencadenó la segunda

crisis del estrecho de Taiwan, aunque claramente por otra razón.

MAO, JRUSCHOV Y LA RUPTURA ENTRE CHINOS Y SOVIÉTICOS

En 1953 murió Stalin después de haber permanecido treinta años en el poder. Le sucedió —tras un breve período de transición— Nikita Jruschov. El terror que sembró Stalin durante su mandato dejó huella en la generación de Jruschov. Eran los que habían escalado durante las purgas de los años treinta, época en que se acabó con toda una generación de dirigentes. Habían pasado

de golpe a la situación privilegiada a costa de una inseguridad emocional permanente. Habían sido testigos de la decapitación masiva, habían participado en ella y eran conscientes de que podía esperarles el mismo destino; en efecto, Stalin estaba en proceso de iniciar otra purga cuando le sorprendió la muerte. Estos dirigentes no estaban dispuestos de entrada a modificar el sistema que había creado el terror institucionalizado. Optaron más bien por cambiar algunas de sus prácticas, al mismo tiempo que reafirmaban las creencias básicas a las que habían dedicado sus vidas, achacando los fallos al abuso de poder de Stalin. (Esta fue la base psicológica

de lo que se dio en llamar el discurso secreto de Jruschov, del que hablaré más adelante.)

A pesar de todos los alardes, en el fondo los nuevos dirigentes soviéticos eran conscientes de que la Unión Soviética en definitiva no era un país competitivo. A grandes rasgos, la política exterior de Jruschov podría describirse como una «solución rápida»: la explosión de un dispositivo termonuclear de destrucción masiva en 1961; la sucesión de ultimátums de Berlín; la crisis de los misiles de Cuba de 1962. Con la perspectiva de las décadas transcurridas, estos pasos pueden considerarse como la búsqueda

de una especie de equilibrio psicológico que permitió una negociación con un país que Jruschov sabía en el fondo que contaba con una fuerza mucho más considerable.

La postura de Jruschov respecto a China fue de condescendencia con un deje de contrariedad por el hecho de que los dirigentes de este país, tan seguros de sí mismos, osaban desafiar la supremacía ideológica de Moscú. El mandatario soviético aprovechó las ventajas de la alianza china, aunque con el temor de las implicaciones que conllevaba la versión china de la ideología. Intentó impresionar a Mao, pero nunca comprendió qué era lo que

podía tomarse en serio el dirigente chino. Este se aprovechó de la amenaza soviética sin prestar atención a las prioridades de la Unión Soviética. Finalmente, Jruschov abandonó su compromiso inicial de la alianza con China con una actitud hosca mientras iba aumentando gradualmente la fuerza militar en la frontera China y tentaba a su sucesor, Leonid Brézhnev, para que investigara las perspectivas de una acción preventiva contra China.

La ideología había unido a Pekín y Moscú y también la ideología las había separado. Un exceso de historia compartida formulaba los interrogantes. Los dirigentes chinos no podían olvidar

las exacciones territoriales de los zares, ni la buena disposición con la que Stalin, durante la Segunda Guerra Mundial, quiso arreglar las cuentas con Chiang Kai-shek a expensas del Partido Comunista de China. La primera reunión entre Stalin y Mao no había resultado. Cuando Mao pretendió colocarse bajo el paraguas de Moscú, tardó dos meses en convencer a Stalin y tuvo que pagar la alianza con importantes concesiones económicas en Manchuria y Xinjiang a costa de la unidad de China.

La historia constituía el punto de partida, pero la experiencia del momento proporcionaba también interminables fricciones. La Unión

Soviética consideraba que el mundo comunista era una única entidad estratégica, cuya dirección estaba en Moscú. Había establecido regímenes satélite en Europa oriental que dependían del apoyo militar y, hasta cierto punto, económico soviéticos. El Politburó soviético consideraba lógico que se aplicaran las mismas pautas de dominio en Asia.

Teniendo en cuenta la historia china, la perspectiva sinocéntrica de este país y su propia definición de la ideología comunista, nada podía repugnar tanto a Mao. Las diferencias culturales agudizaban las tensiones latentes, sobre todo porque los dirigentes soviéticos

solían mostrarse ajenos a las susceptibilidades históricas de China. Tenemos un buen ejemplo de ello en la petición hecha por Jruschov de trabajadores para labores de tala en Siberia. Aquello tocó la fibra sensible de Mao, que en 1958 respondió:

> Sabemos, camarada Jruschov, que durante años ha imperado la opinión de que China es un país subdesarrollado y superpoblado, con unos elevados índices de paro, y que por ello constituye una buena fuente de mano de obra barata. Pero nosotros, los chinos, consideramos que esta es una imagen insultante. Viniendo de ti, añadiría que produce sonrojo. Si aceptáramos tu propuesta, otros […] podrían pensar que la

Unión Soviética tiene la misma imagen de China que el Occidente capitalista.[19]

El apasionado sinocentrismo de Mao impidió al dirigente chino participar en las premisas básicas del imperio soviético bajo la batuta de Moscú. El punto central de las tareas de seguridad y políticas de este imperio se encontraba en Europa, lo que para Mao era una cuestión secundaria. Cuando en 1955 la Unión Soviética creó el Pacto de Varsovia de los países comunistas para contrarrestar a la OTAN, Mao se negó a entrar en él. China no iba a subordinar a una coalición la defensa de sus intereses nacionales.

Entonces se envió a Zhou Enlai a la

Conferencia de Bandung de los países asiáticos y africanos. Dicha conferencia creó una agrupación novedosa y paradójica: la alineación de los no alineados. Mao había buscado el apoyo soviético como contrapeso a la posible presión estadounidense sobre China para lograr la hegemonía en Asia. Pero al mismo tiempo, China intentaba organizar a los no alineados como protección contra la hegemonía soviética. En este sentido, y casi desde el principio, los dos gigantes comunistas se encontraban enfrentados.

Las diferencias fundamentales residían en la esencia de las imágenes que tenían de sí mismas las dos

sociedades. Rusia, que se había salvado de los invasores extranjeros por medio de la fuerza bruta y de la resistencia, jamás se había considerado una inspiración universal para otras sociedades. Una parte significativa de su población no era de origen ruso. Sus grandes mandatarios, como Pedro el Grande y Catalina la Grande, habían llevado a sus cortes a pensadores y expertos del exterior para aprender de los extranjeros más avanzados, algo impensable en la corte imperial china. Los gobernantes rusos se dirigían a su pueblo poniendo el énfasis en su resistencia y no en su superioridad. La diplomacia rusa confiaba, en gran

medida, en su poder superior. En contadas ocasiones, Rusia tuvo aliados entre los países en los que no había destacado a sus fuerzas militares. La diplomacia rusa se orientaba hacia el poder, se agarraba con tenacidad a las posiciones fijas y transformaba la política exterior en una guerra de trincheras.

Mao representaba a una sociedad que, a lo largo de los siglos, había constituido la institución política mejor organizada y, al menos desde la perspectiva china, más benevolente del mundo. Era de dominio público que sus resultados tenían un importante impacto internacional. Cuando un mandatario

chino pedía a su pueblo trabajo duro para convertirse en la sociedad más destacada del mundo, les instaba a reivindicar una superioridad que, en la interpretación china de la historia, hacía poco que se había perdido, y en realidad solo temporalmente. Era imposible que un país como este pudiera ejercer la función del joven subalterno.

En las sociedades que se basan en la ideología, el derecho a definir la legitimidad se convierte en algo crucial. Mao, que se definió a sí mismo como maestro ante el periodista Edgar Snow, y que se consideraba un importante filósofo, nunca cedió el liderazgo intelectual del mundo comunista. La

exigencia de China a la hora de definir la ortodoxia ponía en peligro la cohesión del imperio moscovita y abría la puerta a otras interpretaciones del marxismo en gran parte de ámbito nacional. Lo que empezó como susceptibilidades sobre matices en la interpretación se transformó en pugnas en cuanto a práctica y teoría, y a la larga degeneró en enfrentamientos militares.

En sus inicios, la República Popular se inspiró en la política económica soviética de los años treinta y cuarenta. En 1952, Zhou incluso se desplazó a Moscú en busca de consejos sobre el primer Plan Quinquenal chino. Stalin mandó sus comentarios a principios de

1953, en los que instaba a Pekín a adoptar una perspectiva más equilibrada y a reducir el índice de crecimiento económico previsto, de modo que no superara el 13-14 por ciento anual.[20]

No obstante, en diciembre de 1955 Mao diferenció claramente la economía china de su homóloga soviética y enumeró los desafíos «únicos» y «extraordinarios» a los que se había enfrentado China y que, a diferencia de sus aliados soviéticos, había superado:

> Hemos contado con veinte años de experiencia en las áreas básicas y nos hemos curtido en tres guerras revolucionarias; [al acceder al poder] poseíamos una experiencia sumamente rica. […] Por tanto, pudimos

> levantar un Estado con gran rapidez y completar así las tareas de la revolución. (La Unión Soviética era un Estado recién fundado; en el momento de la Revolución de Octubre,[21] no contaba con ejército, ni aparato de gobierno, y el partido tenía pocos miembros.) […] Nuestra población es muy numerosa y estamos en una situación excelente. [Nuestro pueblo] trabaja con diligencia y soporta muchas privaciones. […] Por consiguiente, podemos alcanzar un socialismo mejor y con más rapidez.[22]

En una alocución de abril de 1956 sobre política económica, Mao transformó en filosófica una diferencia práctica. Definió la vía china hacia el socialismo como única y superior a la de la Unión Soviética:

> Hemos conseguido mejores resultados que la Unión Soviética y que una serie de países de la Europa oriental. El repetido fracaso de la Unión Soviética a la hora de alcanzar los mayores niveles de producción de cereales de antes de la Revolución de Octubre, los graves problemas surgidos del flagrante desequilibrio entre el desarrollo de la industria pesada y el de la industria ligera en algunos países de la Europa oriental son problemas que no existen en nuestro país.[23]

Las diferencias entre las concepciones sobre imperativos prácticos en China y la Unión Soviética se convirtieron en enfrentamientos ideológicos cuando, en febrero de 1956, Jruschov pronunció un discurso ante el

XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en el que denunció a Stalin por una serie de crímenes, de los que detalló alguno. Aquella alocución convulsionó el mundo comunista. Durante décadas, la experiencia se había basado en afirmaciones ritualistas sobre la infalibilidad de Stalin, incluso en China, donde, por muchos reparos que pusiera Mao a su conducta como aliado, formalmente reconocía la especial contribución ideológica del dirigente ruso. Para más agravio, no se permitió la entrada al recinto a los delegados no soviéticos; por tanto, se dejó fuera a los chinos, y Moscú se negó a proporcionar una copia autorizada del texto incluso a

sus aliados fraternales. Pekín improvisó su primera respuesta basándose en unas notas incompletas de los delegados chinos hechas a partir de una versión indirecta de los comentarios de Jruschov; al final, la dirección china tuvo que conformarse con la traducción al chino de unos informes del *New York Times*.[24]

Acto seguido, Pekín atacó a Moscú por haberse «deshecho» de la «espada de Stalin». El titismo chino que había temido Stalin desde un principio levantó la cabeza bajo la forma de la defensa de la importancia ideológica del legado de Stalin. Mao calificó la iniciativa desestalinizadora de Jruschov de

«revisionismo» —una nueva injuria ideológica—, lo que implicaba que la Unión Soviética se alejaba del comunismo y volvía a su pasado burgués.[25]

Para restablecer una cierta unidad, en 1957 Jruschov organizó en Moscú una conferencia de países comunistas, a la que asistió Mao en su segundo y último desplazamiento fuera de China. La Unión Soviética acababa de lanzar el Sputnik —el primer satélite en órbita— y la reunión estuvo marcada por la opinión generalizada, compartida entonces por muchos países occidentales, de que la tecnología y el poder soviéticos iban en alza. Mao hizo

suya la idea y declaró, cáustico, que el «viento del este» se imponía al «viento del oeste». Sin embargo, de la supuesta relativa decadencia estadounidense extrajo una conclusión incómoda para sus aliados soviéticos, en concreto, que China iba afianzando cada vez más su situación para reivindicar su autonomía: «Su auténtico objetivo —dijo Mao más tarde a su médico— es el de controlarnos. Intentan atarnos de pies y manos. Se hacen ilusiones, como los idiotas que hablan de lo que sueñan».[26]

Mientras tanto, la conferencia de 1957 de Moscú reiteró la llamada de Jruschov al bloque socialista a luchar por «una coexistencia pacífica» con el

mundo capitalista, objetivo anunciado en el mismo congreso de 1956, en el que Jruschov pronunció su discurso secreto en el que criticó a Stalin. En un sorprendente reproche a Jruschov por su política, Mao aprovechó la ocasión para llamar a las armas a sus colegas socialistas contra el imperialismo, no sin antes mencionar como siempre lo poco que podía afectarle una destrucción nuclear. «No hay que temer la guerra», dijo.

> No tienen que asustarnos las bombas atómicas y los misiles. Estalle la guerra que estalle —convencional o termonuclear—, la ganaremos. En cuanto a China, si los imperialistas desencadenan la guerra contra

nosotros, podemos perder más de trescientos millones de personas. ¿Qué importancia tiene? La guerra es la guerra. Pasarán los años, nos pondremos manos a la obra y engendraremos más hijos que antes.[27]

Jruschov consideró el discurso «profundamente inquietante» y recordó la risa tensa y nerviosa de los asistentes cuando Mao describió el apocalipsis con aquel lenguaje impulsivo y llano. Después, el dirigente comunista checoslovaco, Antonin Novotný, protestó: «¿Qué será de nosotros? Checoslovaquia solo tiene doce millones de habitantes. Morirán todos en una guerra. No quedará nadie para empezar de nuevo».[28]

A pesar de que formalmente seguían siendo aliados, China y la Unión Soviética no cesaban de polemizar en público. Jruschov parecía convencido de que el restablecimiento de las relaciones de amistad dependía únicamente de una nueva iniciativa soviética. No comprendía —o si lo hacía, no lo admitía— que para Mao su política de coexistencia pacífica —sobre todo cuando iba acompañada de declaraciones de temor frente a una guerra nuclear— era incompatible con la alianza chino-soviética. Mao estaba convencido de que, en una crisis, el miedo a una guerra nuclear anulaba la lealtad del aliado.

En estas circunstancias, Mao no desperdició oportunidad alguna de reivindicar la autonomía china. En 1958, Jruschov propuso, a través del embajador soviético en Pekín, la creación de una emisora de radio en China para establecer comunicación con los submarinos soviéticos y colaborar en la construcción de submarinos para China a cambio de que la armada soviética utilizara sus puertos. Dado que China era un aliado formal, y que la Unión Soviética le había proporcionado buena parte de la tecnología para mejorar su propia capacidad militar, al parecer Jruschov creyó que Mao aceptaría la oferta. Pero se demostró

que se equivocaba por completo. Mao reaccionó con furia ante las primeras propuestas soviéticas, reprendió al embajador soviético en Pekín y creó tal alarma en Moscú que Jruschov tuvo que desplazarse hasta la capital china para solucionar el problema del orgullo herido de su aliado.

No obstante, cuando llegó a Pekín, Jruschov hizo una propuesta mucho menos atractiva, que consistía en ofrecer a China un acceso especial a las bases de submarinos soviéticos del océano Ártico a cambio de la utilización por parte de los soviéticos de los puertos de aguas templadas del Pacífico. «No —respondió Mao—, tampoco estamos de

acuerdo. Cada país tiene que mantener las fuerzas armadas en su propio territorio y no en el de otros.»[29] Como recordó el presidente: «Hemos tenido durante años en nuestro territorio a británicos y a otros extranjeros y no vamos a permitir que nadie más lo vuelva a utilizar para sus objetivos».[30]

En una alianza normal, los desacuerdos sobre una cuestión específica suelen llevar a intensificar las tareas para solucionar diferencias en la planificación pendiente. La catastrófica visita de Jruschov a Pekín en 1958 dio pie a un cúmulo de quejas por ambas partes que parecía no tener fin.

Jruschov se situó en desventaja achacando el conflicto sobre las bases navales a su embajador por una gestión no autorizada. Mao conocía perfectamente la organización de los estados comunistas, la separación que establecían entre el canal militar y el civil, y enseguida vio que aquello era inconcebible. La enumeración de la secuencia de acontecimientos llevó a un largo diálogo en el que Mao incitó a Jruschov a que le hiciera unas propuestas aún más humillantes y absurdas, probablemente con el fin de demostrar a los cuadros chinos la falta de credibilidad del dirigente que había querido desafiar la imagen de Stalin.

También proporcionó a Mao la posibilidad de transmitir hasta qué punto le había herido la conducta arrogante de Moscú. Mao se quejó del trato condescendiente de Stalin en su visita a Moscú en el invierno de 1949-1950:

MAO: … Después de la victoria de nuestra Revolución, Stalin tuvo sus dudas sobre el carácter de esta. Creía que China era otra Yugoslavia.

JRUSCHOV: Efectivamente, lo creyó posible.

MAO: Cuando fui a Moscú [en diciembre de 1949], no quiso firmar un tratado de amistad con nosotros, ni anular el antiguo tratado con el Kuomintang.[31] Recuerdo que Fedorenko [Nikolái, intérprete soviético] y Kovalev [Iván, emisario de Stalin en la República Popular] me transmitieron su [de Stalin]

consejo de dar una vuelta por el país y ver un poco cómo estaba. Pero yo les respondí que mis tareas se reducían a tres: comer, dormir y defecar. No había ido a Moscú únicamente para felicitar a Stalin en su cumpleaños. Por tanto, dije que si no querían firmar un tratado de amistad, lo dejaríamos así. Y yo me limitaría a las tres tareas.[32]

El acoso mutuo no tardó en pasar de las cuestiones históricas a las controversias del momento. Cuando Jruschov preguntó a Mao si era cierto que los chinos consideraban a los soviéticos «imperialistas rojos», Mao dejó claro hasta qué punto le había disgustado la contrapartida de la alianza: «No es una cuestión de imperialistas rojos o blancos. Hubo un

hombre llamado Stalin que se apoderó de Port Arthur y convirtió Xinjiang y Manchuria en semicolonias, y creó además cuatro empresas conjuntas. Estas fueron todas sus buenas acciones».[33]

Sin embargo, a pesar de las quejas que tenía Mao en el ámbito nacional, respetó la contribución ideológica de Stalin:

JRUSCHOV: Defendiste a Stalin. Y me criticaste a mí por haberlo criticado. Y ahora viceversa.

MAO: Tú lo criticaste por razones distintas.

JRUSCHOV: También hablé de esto en el Congreso del Partido.

MAO: Siempre he dicho, ahora y entonces en Moscú, que están justificadas las críticas a

Stalin. Solo estamos en desacuerdo en la falta de límites estrictos en las críticas. Considero que tres de los diez dedos de Stalin estaban podridos.[34]

Mao marcó la pauta de la reunión del día siguiente al recibir a Jruschov en la piscina y no en un salón de ceremonias. Jruschov, que no sabía nadar, se vio obligado a ponerse flotadores en los brazos. Los dos estadistas estuvieron conversando en el agua, mientras los intérpretes los iban siguiendo, andando junto a la piscina. Posteriormente, Jruschov se quejó diciendo: «Mao estaba acostumbrado a situarse en posición ventajosa. Yo me harté de ello. […] Salí de la piscina y me senté en el

borde, con los pies en el agua. Entonces yo estaba arriba y él nadaba abajo».[35]

Las relaciones se habían deteriorado todavía más al cabo de un año, cuando Jruschov hizo escala en Pekín el 3 de octubre de 1959 para dar instrucciones a su rebelde aliado, a la vuelta de su viaje a Estados Unidos, donde se había reunido con Eisenhower. Los dirigentes chinos, muy recelosos a raíz de la estancia de Jruschov en América, se pusieron más nerviosos al comprobar que este se situaba al lado de la India en los primeros enfrentamientos fronterizos que se acababan de producir en el Himalaya entre las fuerzas indias y chinas.

Jruschov, cuyo fuerte no era la diplomacia, se las ingenió para sacar a colación el espinoso tema del Dalai Lama; pocas cuestiones habrían desencadenado aquella impulsiva respuesta china. El dirigente soviético criticó a Mao por no haberse mostrado suficientemente duro un año antes durante los enfrentamientos en el Tíbet, que culminaron con la huida del Dalai Lama hacia el norte de la India: «Voy a decirte lo que no debería un invitado: lo sucedido en el Tíbet es culpa tuya. Tú mandabas en el Tíbet, deberías haber tenido tus servicios secretos allí y haber conocido los planes y las intenciones del Dalai Lama».[36] Cuando Mao

replicó, Jruschov insistió sobre el tema, apuntando que los chinos tenían que haber liquidado al Dalai Lama en lugar de haberlo dejado escapar:

JRUSCHOV: …En cuanto a la huida del Dalai Lama del Tíbet, nosotros, en tu lugar, no lo habríamos dejado escapar. Mejor en un ataúd. Ahora está en la India y tal vez se vaya a Estados Unidos. ¿Acaso esto beneficia a los países socialistas?

MAO: Imposible; no pudimos detenerlo. No pudo impedirse que se fuera, pues la frontera con la India es muy extensa y podía cruzarla por cualquier punto.

JRUSCHOV: No se trata de una detención; lo que digo es que os equivocasteis al dejarlo marchar. Si le dais la oportunidad de huir hacia la India, ¿qué puede hacer Nehru? Estamos convencidos de que lo ocurrido en

el Tíbet no es culpa de Nehru, sino del Partido Comunista Chino.[37]

Aquella fue la última reunión entre Mao y Jruschov. Lo más curioso es que, durante diez años más, el mundo siguió tratando las tensiones entre China y la Unión Soviética como una especie de pelea familiar entre los dos gigantes comunistas y no como la batalla existencial en la que se estaban convirtiendo. En plena tensión con la Unión Soviética, Mao abrió otra crisis con Estados Unidos.

La segunda crisis en el estrecho de

Taiwan

El 23 de agosto de 1958, el Ejército Popular de Liberación inició otra campaña de bombardeo masivo a las islas de la costa, que acompañó con salvas de propaganda llamando a la liberación de Taiwan. Al cabo de quince días, detuvo la ofensiva y luego la reemprendió durante veintinueve días más. Finalmente quedó en una caprichosa pauta de bombardeos que seguía los días impares del mes, con advertencias explícitas a los habitantes de las islas y evitando en general puntos de importancia militar, maniobra que Mao describió a sus principales

colaboradores más como una «batalla política» que una estrategia militar convencional.[38]

En la crisis destacaban unos cuantos factores conocidos de antemano. Pekín pretendía poner de nuevo a prueba los límites del compromiso estadounidense en la defensa de Taiwan. El bombardeo era en parte una reacción contra el deterioro en las conversaciones entre Estados Unidos y China, que se habían reanudado después de la última crisis de las islas de la costa. Pero, al parecer, el impulso dominante venía del deseo de afianzar el papel de China en el mundo. En una reunión de dirigentes celebrada al principio de la crisis, Mao explicó a

sus camaradas que el bombardeo de Quemoy y Mazu correspondía a la reacción china frente a la intervención estadounidense en el Líbano, donde habían aterrizado aquel verano tropas de Estados Unidos y del Reino Unido:

> E[l] bombardeo de Jinmen [Quemoy], dicho sea francamente, constituyó para nosotros una oportunidad de crear tensión internacional con un objetivo. Con él intentamos dar una lección a los estadounidenses. Ellos nos han intimidado durante años, de modo que ahora que contamos con posibilidades, ¿por qué no crearles problemas? […] Estados Unidos abrió fuego en Oriente Próximo, nosotros lo hicimos en Extremo Oriente. Veremos qué hacen con ello.[39]

En este sentido, el bombardeo de las islas cercanas a la costa fue un ataque inesperado en medio de la disputa con Estados Unidos. Sirvió para contraponer la inactividad de los soviéticos ante una medida estratégica estadounidense en Oriente Próximo con la vigilancia ideológica y estratégica china.

Después de haber demostrado su determinación militar, explicó Mao, China iba a reemprender las conversaciones con Estados Unidos contando con un «escenario para la acción y otro para las conversaciones»,[40] la aplicación del principio de coexistencia combativa de

Sun Tzu en su versión moderna de disuasión ofensiva.

La dimensión más importante del bombardeo no fue tanto la provocación a la superpotencia estadounidense como el reto al aliado formal de China, la Unión Soviética. Según Mao, la política de coexistencia pacífica de Jruschov había convertido a la Unión Soviética en un aliado problemático y tal vez incluso en un posible adversario. Así pues, como pareció haber pensado Mao, si se llevaba la crisis del estrecho de Taiwan al borde de la guerra, Jruschov tendría que escoger entre su nueva política de coexistencia pacífica y su alianza con China.

En cierto sentido, triunfó Mao. Lo que proporcionaba una fuerza especial a las maniobras del dirigente chino era que, a los ojos del mundo, su país llevaba adelante su política en el estrecho con la aquiescencia de Moscú. En realidad, Jruschov había visitado Pekín tres semanas antes de la segunda crisis del estrecho de Taiwan —en los catastróficos contactos sobre las bases de submarinos—, de la misma forma que se había desplazado allí en las primeras semanas de la primera crisis, cuatro años antes. En ninguno de los dos casos, Mao había revelado sus intenciones a los soviéticos antes o durante la visita. En ambas ocasiones, Washington dio por

supuesto —y Eisenhower lo afirmó en una carta a Jruschov— que Mao no solo actuaba contando con el apoyo de Moscú, sino que lo hacía a instancias de los soviéticos. Pekín había añadido al aliado soviético a su grupo diplomático contra su voluntad y, en efecto, sin que Moscú se diera cuenta de que le estaban utilizando. (Una corriente de opinión incluso mantiene que Mao se inventó la «crisis de las bases de submarinos» para llevar a Jruschov a Pekín a interpretar el papel que tenía asignado en aquel plan.)

La segunda crisis del estrecho de Taiwan tiene un gran parecido con la primera, con la única diferencia de que

la Unión Soviética participó en ella con amenazas nucleares en nombre de un aliado que le estaba humillando.

Unas mil personas murieron o resultaron heridas en el bombardeo de 1958. Tal como ocurrió en la primera crisis del estrecho de Taiwan, Pekín conjugó las provocadoras evocaciones de una guerra nuclear con una estrategia operativa milimétricamente calibrada. Mao ordenó en un principio a sus mandos que llevaran a cabo el bombardeo de forma que evitaran causar bajas entre los estadounidenses. Cuando le respondieron que no podían garantizárselo, les prohibió cruzar el espacio aéreo situado por encima de las

islas costeras, les ordenó abrir fuego solo contra los buques nacionalistas y que no respondieran aunque les atacaran los barcos de Estados Unidos.[41] Antes de la crisis y durante esta, la propaganda de la República Popular de China lanzó a los cuatro vientos la consigna: «Hay que liberar Taiwan». Ahora bien, cuando la emisora de radio del Ejército Popular de Liberación lanzó una emisión en la que anunciaba que era «inminente» un desembarco chino e invitó a las fuerzas nacionalistas a cambiar de bando y a «unirse a la gran causa de la liberación de Taiwan», Mao anunció que aquello había sido un «grave error».[42]

Mao encontró en John Foster Dulles a

un adversario que conocía el juego de la coexistencia combativa. El 4 de septiembre de 1958, Dulles reiteró el compromiso sobre la defensa de Taiwan, así como de las «posiciones relacionadas con la plaza, como Quemoy y Mazu». Dulles intuyó los limitados objetivos de China y, efectivamente, mostró la disposición estadounidense de mantener también limitada la crisis: «A pesar de lo que digan los comunistas chinos, y de lo que hayan hecho hasta hora, no queda claro que en realidad tengan como meta la conquista por la fuerza de Taiwan (Formosa) y de las islas costeras».[43] El 5 de septiembre, Zhou Enlai confirmó

los limitados objetivos de China al anunciar que Pekín se había marcado como meta en el conflicto la reanudación de las conversaciones entre Estados Unidos y China en el ámbito de los embajadores. El 6 de septiembre, la Casa Blanca publicó una declaración en la que reconocía lo afirmado por Zhou e indicaba que el embajador de su país en Varsovia estaba dispuesto a representar a Estados Unidos en la reanudación de las conversaciones.

Con aquel intercambio se podía haber solucionado la crisis. Mientras iban ensayando una obra que ya se sabían de memoria, los dos bandos repetían trasnochadas amenazas y llegaron por

fin a una solución imprevista: la reanudación de las conversaciones entre embajadores.

El único bando de la relación triangular que no captó lo que ocurría fue el de Jruschov. El dirigente soviético había oído hablar a Mao, el año anterior en Moscú y hacía poco en Pekín, de que no le afectaba la guerra nuclear y se encontraba dividido entre el temor hacia una guerra de estas características y la posible pérdida de un aliado importante en caso de no mantenerse al lado de China. Su exclusivo marxismo le impedía comprender que el que antes había sido su aliado ideológico se hubiera convertido en adversario

estratégico, si bien tenía suficientes conocimientos sobre armamento nuclear para incluir el tema sin problemas en una relación diplomática que se basaba en amenazar con su utilización.

Cuando un estadista algo crispado se enfrenta a un dilema, a veces se siente tentado de seguir simultáneamente distintas líneas de acción. Jruschov mandó a su ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko, a Pekín a pedir circunspección, aunque sabía que la demanda no iba a ser bien recibida, y, como contrapeso, mostrar a los dirigentes chinos el borrador de una carta que tenía intención de mandar a Eisenhower, con la amenaza de ofrecer

todo el apoyo —implicando el apoyo nuclear— a China en caso de que la crisis del estrecho se agravara. La carta subrayaba: «Un ataque contra la República Popular de China, gran amigo, aliado y vecino de nuestro país, es un ataque contra la Unión Soviética». Y advertía: «La Unión Soviética hará lo que sea [...] para defender la seguridad de ambos estados».[44]

La iniciativa falló por las dos partes. El 12 de septiembre, Eisenhower rechazó cortésmente la carta de Jruschov y, aplaudiendo la iniciativa china de reemprender las conversaciones entre embajadores, insistió de nuevo en que Pekín tenía que renunciar al uso de la

fuerza en Taiwan y exhortó a Jruschov a recomendar comedimiento hacia Pekín. Sin tener en cuenta que Jruschov era el actor en un guión escrito por otros, Eisenhower dio a entender la connivencia entre Moscú y Pekín precisando: «Esta intensa actividad militar empezó el 23 de agosto, unas tres semanas después de su visita a Peiping».[45]

En una conferencia que dio casi simultáneamente el 11 de septiembre de 1958, Eisenhower justificó en términos generales la implicación estadounidense en las islas costeras. El bombardeo de Quemoy y Mazu, advirtió, podía compararse a la ocupación de Renania

por parte de Hitler y a la de Etiopía por parte de Mussolini o (en una semejanza que a buen seguro ofendía especialmente a los chinos) a la conquista de Manchuria en los años treinta por parte de Japón.

Gromiko no salió mejor parado en Pekín. Mao respondió a la carta hablando abiertamente de la posibilidad de una guerra nuclear y de las condiciones bajo las que responderían los soviéticos con armamento nuclear contra Estados Unidos. Las amenazas podían lanzarse tranquilamente, pues Mao sabía que el peligro de guerra ya había terminado. En sus memorias, Gromiko cuenta que quedó «atónito»

ante la bravata de Mao y deja constancia de lo que le dijo el dirigente chino:

> Imagino que los estadounidenses llegarán hasta el punto de desencadenar la guerra contra China. Este país tiene que enfrentarse a tal posibilidad, y en realidad lo está haciendo. ¡Pero no tenemos intención de capitular! Si Estados Unidos ataca a China con armas nucleares, los ejércitos chinos deben replegarse de las regiones fronterizas hacia el interior del país. Tienen que atraer al enemigo hacia la parte más profunda del país para agarrar a las fuerzas estadounidenses en un movimiento de tenaza en el interior de China. […] En cuanto estas se encuentren en las provincias centrales, se arremeterá contra ellas con lo que se tenga a mano.[46]

Mao no iba a pedir ayuda a los

soviéticos hasta que las fuerzas estadounidenses no se encontraran en el interior de China, lo que sabía que no iba a suceder. Al parecer, el informe de Gromiko sobre Pekín impresionó a Jruschov. Si bien ya se habían acordado las conversaciones entre embajadores de Washington y Pekín, Jruschov dio un par de pasos más para evitar la guerra nuclear. A fin de calmar el miedo que creyó que sentía Pekín respecto a la invasión estadounidense, se ofreció para enviar unidades antiaéreas a Fujian.[47] Pekín retrasó la respuesta y aceptó cuando la crisis estaba ya resuelta, con la condición de que las tropas soviéticas se colocaran bajo mando chino, algo

muy improbable.[48] El dirigente soviético demostró más su nerviosismo el 19 de septiembre en la carta que envió a Eisenhower pidiéndole contención y al mismo tiempo amenazándole con la inminencia de una guerra nuclear.[49] Pero China y Estados Unidos en realidad habían solucionado la cuestión antes de que llegara esta segunda carta de Jruschov.

En la reunión que celebraron el 3 de octubre de 1959, Jruschov resumió a Mao la actitud soviética durante la crisis de Taiwan:

> Entre nosotros, confidencialmente, no vamos a luchar por Taiwan, pero de puertas afuera, por así decir, afirmamos lo contrario,

es decir, que en caso de que se agrave la situación por culpa de Taiwan, la Unión Soviética defenderá la República Popular de China. Estados Unidos declara por su cuenta que defenderá Taiwan. Así pues, surge una especie de situación previa a la guerra.[50]

Jruschov se había dejado tentar por Mao hacia una vía inútil al intentar actuar con habilidad y cinismo al mismo tiempo. Sobre todo en las decisiones fundamentales sobre la guerra y la paz, un estratega debe tener en cuenta que pueden ponerle en evidencia y debe sopesar las consecuencias de una amenaza vana sobre su futura credibilidad. En Taiwan, Mao aprovechó la ambigüedad de Jruschov

para plantearle la amenaza nuclear que él mismo había admitido no tener intención de llevar adelante, poniendo a prueba las relaciones entre Moscú y Estados Unidos en pro de una cuestión que para el dirigente soviético no tenía importancia y de un dirigente aliado al que menospreciaba.

Es fácil imaginar el desconcierto de Mao: había incitado a Moscú y a Washington a amenazarse mutuamente con una guerra nuclear a raíz de un territorio geopolítico de última fila en una representación política china que tenía muy poco de militar. Por otra parte, Mao había actuado así en el momento en el que había decidido él,

mientras China seguía siendo mucho más débil que Estados Unidos o la Unión Soviética, y de una forma que le permitía participar en la propaganda de la victoria y reincorporarse a las conversaciones chino-estadounidenses entre embajadores desde una posición de fuerza, como pensaba proclamar.

Tras haber desencadenado la crisis y haberle dado fin, Mao afirmó que había cumplido con sus objetivos:

> Hemos librado esta campaña, con la que Estados Unidos ha estado dispuesto a hablar. Washington ha abierto la puerta. La situación no parece la mejor para ellos y su nerviosismo irá en aumento si no acceden a reanudar las conversaciones con nosotros.

> Vamos a hablar, pues. Es mejor para la situación global resolver las discrepancias con Estados Unidos mediante las conversaciones, es decir, por medios pacíficos, pues nosotros somos un pueblo amante de la paz.[51]

Zhou Enlai hizo una valoración incluso más complicada. Consideró la segunda crisis del estrecho de Taiwan como una demostración de la capacidad de las dos partes de China de iniciar unas negociaciones tácitas desde las barreras de dos ideologías opuestas, incluso cuando las potencias nucleares se planteaban la guerra nuclear. Al cabo de unos quince años, Zhou contaba la estrategia de Pekín a Richard Nixon en

una visita que hizo el mandatario estadounidense a la capital de la China Popular en 1972:

> En 1958, el entonces secretario Dulles quería que Chiang Kai-shek abandonara las islas de Quemoy y Mazu para cortar del todo las relaciones entre Taiwan y el continente y establecer una línea en aquel punto. Chiang Kai-shek no estaba dispuesto a ello.[52] Nosotros también le aconsejamos que no se retirara de Quemoy y Mazu. Le advertimos de que no se replegara lanzándoles proyectiles: es decir, en días impares atacar, en días pares no atacar y en días festivos dejar también de atacar. De forma que vieron nuestras intenciones y no se retiraron. No hicieron falta otros medios ni otros mensajes; con el método del bombardeo lo comprendieron.[53]

De todas formas, hay que contrastar estos importantes logros con las consecuencias globales de la crisis. Las conversaciones entre embajadores se estancaron con la misma rapidez con la que se habían reanudado. Las ambiguas maniobras de Mao en realidad paralizaron las relaciones chino-estadounidenses y las convirtieron en unos contactos hostiles que siguieron así durante más de diez años. La idea de que China estaba dispuesta a echar a Estados Unidos del Pacífico occidental pasó a ser artículo de fe en Washington, y a partir de ahí ninguno de los dos bandos fue capaz de aplicar una diplomacia más flexible.

Las consecuencias del liderazgo soviético fueron las opuestas a lo que Mao pretendía. Lejos de abandonar la política de coexistencia pacífica, Moscú se atemorizó ante la retórica de Mao y se inquietó ante su arriesgada política nuclear, la repetición de los posibles efectos nucleares de una guerra nuclear de cara al socialismo mundial y el hecho de no haber establecido consultas con Moscú. Una vez finalizada la crisis, Moscú cortó la cooperación nuclear con Pekín y en junio de 1959 se desdijo de su compromiso de proporcionar a China un prototipo de bomba atómica. En 1960, Jruschov retiró los técnicos rusos de China y suprimió todos los planes de

ayuda comentando: «No podíamos quedarnos allí sin más, permitiendo que nuestros mejores especialistas —personas que han recibido formación en nuestros sectores agrícolas e industriales— se sintieran acosados cuando en realidad estaban colaborando».[54]

En el ámbito internacional, Mao obtuvo otra demostración de la respuesta impulsiva de China ante las amenazas contra su seguridad nacional y su integridad territorial. Aquello frenaría cualquier intento de los países vecinos de China de explotar la agitación interior en la que Mao iba a sumir a su sociedad. Pero se inició al

mismo tiempo un proceso de aislamiento progresivo que llevaría a Mao a replantearse diez años después su política exterior.

7
Diez años de crisis

Durante los diez primeros años de la existencia de la República Popular de China, sus inflexibles mandatarios dirigieron el deteriorado imperio que habían conquistado y lo convirtieron en una importante potencia internacional. La segunda década se caracterizó por el intento de Mao de acelerar en el país la revolución permanente. El motor de dicha revolución era la máxima maoísta

de que la fuerza moral e ideológica llevaba a superar las limitaciones físicas. La década empezó y terminó en medio de la agitación interior creada por los propios líderes chinos. Tan amplia fue la crisis que China se aisló del resto del mundo; todos sus diplomáticos fueron llamados a Pekín. La estructura del país sufrió dos revisiones completas: en primer lugar, la economía, con el Gran Salto Adelante a comienzos de la década; y en segundo lugar, el orden social, con la Revolución Cultural al final. Cuando Mao notó que se desafiaban los intereses nacionales, en medio de las tribulaciones autoimpuestas, China volvió a ponerse

de pie para iniciar la guerra en su frontera occidental más remota, en el inhóspito país del Himalaya.

El Gran Salto Adelante

El discurso secreto de Jruschov obligó a los dirigentes chinos, que ya no reivindicaban la infalibilidad divina del presidente del Partido, a plantearse qué era lo que constituía la legitimidad política comunista. Durante los meses que siguieron al discurso de febrero de 1956, parecieron avanzar a tientas hacia un gobierno más transparente, probablemente para evitar la necesidad

de las sacudidas periódicas de la rectificación. Se borraron de la constitución del Partido Comunista las referencias de veneración a Mao Zedong. El Partido aprobó unas resoluciones en las que se advertía contra «el avance precipitado» en el campo económico y se apuntaba que la importante fase de la «lucha de clases» tocaba a su fin.[1]

Ahora bien, un planteamiento tan prosaico no tardó en entrar en pugna con la perspectiva de la revolución permanente de Mao. En unos meses, el dirigente chino propuso una vía alternativa a la rectificación política: el Partido Comunista de China iba a

fomentar el debate y la crítica de sus métodos y a abrir la vida intelectual y artística de China para que, como rezaba el lema, «florezcan cien flores y compitan cien ideas». Siguen debatiéndose aún los motivos que pudieron llevar a Mao a hacer esta llamada. La Campaña de las Cien Flores se ha explicado o bien como una llamada a que el Partido acabara con el aislamiento burocrático y escuchara directamente al pueblo, o como una estratagema pensada para que los enemigos se identificaran por sí solos. Fuera cual fuese el motivo, la crítica popular pasó rápidamente de las sugerencias sobre ajustes tácticos a la

reprobación del sistema comunista. Los estudiantes levantaron un «muro de la democracia» en Pekín. Los críticos protestaban contra los abusos de los funcionarios de cada lugar y contra las privaciones impuestas por la política económica de estilo soviético; algunos comparaban desfavorablemente la primera década de gobierno comunista con la época nacionalista que la había precedido.[2]

Independientemente de la intención original, Mao nunca admitió durante mucho tiempo que se cuestionara su autoridad. Llevó a cabo un cambio radical y brusco y lo justificó como un aspecto de su planteamiento dialéctico.

La Campaña de las Cien Flores se transformó en una «Campaña Antiderechista» para ocuparse de aquellos que no habían comprendido bien los límites de la invitación anterior al diálogo. Una purga masiva llevó a miles de intelectuales al encarcelamiento, a la reeducación o al exilio interno. Al final del proceso, Mao se erigió de nuevo como líder indiscutible, una vez despejado el terreno de críticos. Se sirvió de su preeminencia para acelerar la revolución permanente y llevarla hacia el Gran Salto Adelante.

Mientras en 1957 se celebraba en Moscú la conferencia de partidos

socialistas, Mao hacía pública una funesta reivindicación sobre desarrollo económico en China. En respuesta a las previsiones de Jruschov de que la Unión Soviética superaría económicamente a Estados Unidos en quince años, Mao improvisó un discurso en el que afirmó que, en el mismo período de tiempo, China superaría a Gran Bretaña en producción de acero.[3]

El comentario adquirió en poco tiempo la categoría de directriz. El objetivo de los quince años en el acero —que se redujo posteriormente, en una serie de observaciones hechas sobre la marcha, a tres años—[4] coincidió con una cadena de objetivos agrícolas igual

de ambiciosos. Mao se preparaba para lanzar la revolución permanente de China hacia una fase más activa y para enfrentar al pueblo chino a un reto más formidable si cabe.

Al igual que la mayor parte de las empresas capitaneadas por Mao, el Gran Salto Adelante combinó aspectos de política económica, de exaltación ideológica y de estrategia exterior. Para el dirigente chino, estos no era ámbitos de trabajo diferenciados, sino unos ejes que estaban interrelacionados dentro del extraordinario proyecto de la revolución china.[5]

En su sentido más literal, el Gran Salto Adelante estaba destinado a hacer

realidad las ideas globales del desarrollo industrial y agrícola. Se eliminó buena parte de la propiedad privada que quedaba en China y también los incentivos individuales en el proceso de reorganización del país en «comunas populares» en las que se compartían bienes, alimentos y trabajo. Se alistaba a los campesinos en brigadas cuasimilitares para llevar a cabo obras públicas de gran envergadura, muchas de ellas improvisadas.

Estos proyectos tuvieron implicaciones internacionales e internas, sobre todo en relación con el conflicto con Moscú. Si triunfaba el Gran Salto Adelante podría dejar atrás las

consignas de trabajo gradual y situar de nuevo de forma efectiva el centro ideológico del mundo comunista en China. Cuando Jruschov visitó Pekín en 1958, Mao insistió en que su país llegaría a la plenitud del comunismo antes de que lo hiciera la Unión Soviética, que había optado por una vía de desarrollo más lenta, más burocrática y menos inspiradora. Los soviéticos consideraron aquello una herejía ideológica.

Por una vez, sin embargo, Mao había situado el reto tan lejos del dominio de la realidad objetiva que el mismo pueblo quedó rezagado en su consecución. Los objetivos de

producción del Gran Salto Adelante eran desorbitados y las perspectivas de disentimiento o fracaso se veían con tanto terror que los cuadros de cada lugar empezaron a falsificar cifras de producción y a hinchar resultados en sus cuentas a Pekín. Allí, que se tomaban informes al pie de la letra, siguieron exportando cereales a la Unión Soviética a cambio de industria pesada y armamento. Y por si aquello hubiera sido poco, se habían llevado a cabo los objetivos de Mao en el sector del acero de una forma tan mecánica que se fomentó la fundición de instrumentos como si fuera chatarra para poder cumplir con los cupos. Pero, en

definitiva, nadie puede derogar las leyes de la naturaleza ni las de la economía, y los resultados del Gran Salto Adelante fueron desastrosos. Entre 1959 y 1962, en China se vivió una de las peores hambrunas de la historia de la humanidad, en la que murieron más de veinte millones de personas.[6] Mao volvió a pedir al pueblo chino que moviera montañas, pero en esa ocasión las montañas se quedaron en su sitio.

El conflicto de la frontera del Himalaya y la guerra entre China y la India de 1962

En 1962, apenas diez años después del establecimiento de la República Popular de China, el país libró una guerra con Estados Unidos y Corea y participó en dos confrontaciones militares en las que estuvo implicado Estados Unidos con motivo de las islas situadas frente a Taiwan. Había restablecido la autoridad china en las fronteras históricas del imperio (a excepción de Mongolia y Taiwan) por medio de la nueva ocupación de Xinjiang y del Tíbet. Aún no se había superado la hambruna desencadenada por el Gran Salto Adelante. Pero, a pesar de todo, Mao no rehuyó otro conflicto militar cuando vio que la India ponía en cuestión la

definición de las fronteras históricas de China.

La crisis de la frontera chino-india incumbió a dos territorios situados en los altos del Himalaya, en una región inexplorada y casi inhabitada de las mesetas situadas en medio de imponentes montañas entre el Tíbet y la India. La cuestión surgió fundamentalmente a raíz de la interpretación de la historia colonial.

China reivindicaba las fronteras imperiales de la parte meridional de las estribaciones del Himalaya, que abarcaban lo que ellos denominaban «el Tíbet Sur», pero que la India administraba como estado de Arunachal

Pradesh. Para la India era un estado relativamente reciente. Había sufrido una evolución a partir de la iniciativa británica de marcar una línea divisoria con el Imperio ruso en avance hacia el Tíbet. El documento definitivo se firmó entre Gran Bretaña y el Tíbet en 1914 y delineaba frente al principal negociador británico la frontera por la parte occidental, denominada línea McMahon.

China tenía relaciones con el Tíbet desde hacía mucho tiempo. Los mongoles se habían hecho con el Tíbet y el centro agrícola chino durante la misma oleada de conquistas en el siglo XIII, por lo que estuvieron en estrecho contacto. Posteriormente, la dinastía

Qing intervino con regularidad en el Tíbet para expulsar las fuerzas de otros pueblos de origen no han que hacían incursiones en el Tíbet desde el norte y desde el oeste. Con el tiempo, Pekín estableció una especie de señorío dirigido por «residentes imperiales» en Lhasa. Desde la dinastía Qing, Pekín consideró el Tíbet como parte del Todo bajo el Cielo gobernado por el emperador chino y se reservó el derecho de echar a los intrusos que se mostraran hostiles. No obstante, la distancia y la cultura nómada de los tibetanos imposibilitaron la sinización total. Así, los tibetanos consiguieron un importante grado de autonomía en su día a día.

En las postrimerías de la dinastía Qing, en 1912, con las dificultades que atravesaba el gobierno de China, su presencia en el Tíbet se vio muy reducida. Poco después del fin de la dinastía, las autoridades británicas convocaron una conferencia en la India, en la ciudad de Simla, situada en las montañas, con representantes chinos y tibetanos a fin de establecer la demarcación de las fronteras entre la India y el Tíbet. Comoquiera que el gobierno chino no contaba con fuerza para rechazar estas iniciativas, en principio presentó objeciones a la cesión de cualquier territorio sobre el que China tuviera algún derecho

histórico. La actitud de Pekín en la conferencia quedó reflejada por su representante en Calcuta —a la sazón sede de la administración india de Gran Bretaña—, Lu Hsing-chi: «Actualmente, nuestro país se encuentra debilitado; nuestras relaciones exteriores se han complicado y nuestra economía pasa por un mal momento. A pesar de todo, el Tíbet tiene una importancia primordial para las dos [las provincias chinas del sudoeste, Sichuan y Yunnan] y tenemos que hacer un gran esfuerzo durante esta conferencia».[7]

El delegado chino en la conferencia resolvió el dilema dando el visto bueno con las iniciales, aunque sin firmar, al

documento resultante. Los delegados tibetano y británico firmaron el documento. En la práctica diplomática, las iniciales paralizan un texto: implican que se han concluido las negociaciones. La firma lo pone en vigor. China mantuvo que a los representantes tibetanos les faltaba categoría legal para estampar su firma en un acuerdo sobre fronteras, ya que el Tíbet formaba parte de China y no tenía derecho a ejercer soberanía. No quiso reconocer la validez de la administración india del territorio situado al sur de la línea McMahon, si bien al principio no hizo ningún intento claro de impugnarlo.

En la zona occidental, el territorio en

litigio se conocía con el nombre de Aksai Chin, una zona prácticamente inaccesible desde la India, razón que explica por qué la India tardó unos meses en darse cuenta —se enteró en 1955— de que China construía una carretera en su interior que iba a unir Xinjiang y el Tíbet. Era también una fuente de problemas la procedencia de la región. Gran Bretaña se la apropiaba en la mayor parte de los mapas oficiales, a pesar de que por los datos que se poseen nunca la había administrado. Cuando la India declaró su independencia de Gran Bretaña, no proclamó la independencia de las reivindicaciones territoriales británicas.

En esta se incluía el territorio de Aksai Chin, así como la línea de demarcación de McMahon que figuraba en todos los mapas.

Ambas líneas de demarcación tenían una importancia estratégica. Durante la década de 1950 existió un cierto equilibrio entre las posiciones de las dos partes. China veía la línea McMahon como un símbolo de los planes británicos para que China relajara el control sobre el Tíbet o tal vez para asumir su dominio. El primer ministro indio Jawaharlal Nehru reivindicaba el interés cultural y sentimental del Tíbet basándose en los lazos históricos existentes entre la

cultura clásica budista india y el budismo tibetano. Estaba preparado, sin embargo, para reconocer la soberanía china en el Tíbet siempre que se mantuviera una autonomía importante. Con esto en mente, Nehru no quiso apoyar las peticiones de posponer la cuestión de la situación política del Tíbet ante la ONU.

Pero cuando en 1959 el Dalai Lama huyó y se le concedió asilo en la India, China empezó a ver la cuestión de las líneas de demarcación como algo cada vez más estratégico. Zhou presentó la oferta de negociar las reivindicaciones chinas de la parte oriental de la línea con las indias de la parte occidental, es

decir, la aceptación de la línea McMahon como base para la negociación a cambio del reconocimiento del derecho chino sobre Aksai Chin.

Prácticamente todos los países poscoloniales insistían en mantener las fronteras dentro de las que habían conseguido la independencia. Su apertura a la negociación creaba interminables controversias y tensiones internas. Nehru rechazó la propuesta china no respondiendo a ella sobre la base de que no había sido elegido para regalar un territorio que él consideraba indiscutiblemente indio.

En 1961, la India aplicó la

denominada Política Adelante. A fin de contrarrestar la impresión de que no impugnaba el territorio en litigio, la India situó sus puestos de avanzada cerca de los chinos establecidos anteriormente en la línea de demarcación existente. Se autorizó a los mandos indios para disparar a discreción contra las fuerzas chinas, amparándose en la idea de que los chinos eran intrusos en los territorios indios. Reafirmaron dicha estrategia tras los primeros choques de 1959, cuando Mao, para evitar una crisis, ordenó a las fuerzas chinas que se retiraran unos veinte kilómetros. Las autoridades indias llegaron a la conclusión de que

las fuerzas chinas no resistirían un avance de su país; al contrario, lo utilizarían como excusa para retirarse. Según consta en la historia oficial india de la guerra, las fuerzas indias recibieron las siguientes órdenes: «Hay que patrullar lo más lejos posible de nuestra posición actual [la de la India] hacia la frontera internacional que hemos reconocido… [y] evitar que los chinos se adelanten más, a la vez que dominamos los puestos de avanzada establecidos ya en nuestro territorio».[8]

Se demostró que había sido un cálculo erróneo. Mao canceló las órdenes anteriores de retirada. De todas formas, siguió con una actitud prudente y

en la reunión de la Comisión Militar Central de Pekín comentó: «La falta de paciencia en los detalles desbarata los grandes planes. Tenemos que estar atentos a la situación».[9] No era todavía una orden para la confrontación militar; se trataba de una especie de alerta para preparar un plan estratégico. Como tal, activó el habitual estilo chino de abordar las decisiones estratégicas: por medio del análisis, la preparación minuciosa; la atención a los factores psicológicos y políticos; la búsqueda de la sorpresa, y la conclusión rápida.

En alguna reunión de la Comisión Militar Central y los principales dirigentes, Mao habló de la Política

Adelante de Nehru citando uno de sus dichos: «A una persona que duerme en una cama cómoda no la despierta así como así alguien que ronca».[10] Dicho de otra forma: las fuerzas chinas del Himalaya se habían mostrado excesivamente pasivas a la hora de responder a la Política Adelante india, que, bajo la perspectiva china, se estaba aplicando en suelo chino. (Naturalmente, esta era la base de la disputa: un bando y otro aducían que su adversario se había introducido en su territorio.)

La Comisión Militar Central ordenó el fin de la retirada china y estipuló que había que oponer resistencia a los nuevos puestos de avanzada indios

creando otros chinos cerca que los rodearan. Mao lo resumió en estas palabras: «Tú blandes un arma, yo blandiré un arma. Nos mantendremos frente a frente, cada cual con su valor». Mao dio a esta estrategia el nombre de «coexistencia armada».[11] Fue, en efecto, la puesta en práctica del *wei qi* en el Himalaya.

Se publicaron instrucciones precisas. El objetivo seguía siendo el de evitar un conflicto más amplio. Los soldados chinos no podían abrir fuego excepto si los indios se acercaban a menos de cincuenta metros de sus posiciones. A partir de aquí, podían iniciarse las acciones militares, aunque solo

siguiendo órdenes de las autoridades superiores.

Las autoridades indias se percataron de que China había interrumpido la retirada y también de que moderaban el fuego. Decidieron que iban a resolver el problema con otra maniobra. En lugar de disputar un territorio vacío, el objetivo fue «hacer retroceder los puestos chinos que ya ocupaban».[12]

Ya que no se habían satisfecho los dos objetivos estratégicos establecidos por China —evitar más avances indios y ahorrar derramamiento de sangre—, los dirigentes chinos empezaron a plantearse la posibilidad de que un golpe súbito pudiera llevar a la India a

la mesa de negociaciones y poner punto final a la ley del talión.

Con este objetivo en mente, los dirigentes chinos tenían la preocupación de que Estados Unidos pudiera utilizar el conflicto chino-indio en ciernas para lanzar Taiwan contra el continente. Por otra parte, existía la preocupación de que la diplomacia estadounidense, que intentaba impedir que Hanoi convirtiera Laos en base de operaciones para la guerra de Vietnam, fuera pionera de un ataque al sur de China a través de Laos. Los mandatarios chinos no creían que Estados Unidos se implicara hasta el punto que lo había hecho en Indochina (ni en aquellos momentos, antes de que

se hubiera iniciado la principal escalada) por intereses estratégicos de la zona.

Los dirigentes chinos consiguieron seguridad en los dos puntos y en el proceso demostraron la forma global en que se planificaba la política en su país. Las conversaciones de Varsovia habían sido el punto elegido para determinar las intenciones de los estadounidenses en el estrecho de Taiwan. El embajador chino asignado a esta tarea fue reclamado de su lugar de descanso y se le ordenó que convocara una reunión. En ella afirmó que Pekín estaba al corriente de los preparativos que se llevaban a cabo en Taiwan para un desembarco en

el continente. El embajador estadounidense, que no tenía noticia de tales preparativos —porque en realidad no se estaban llevando a cabo—, recibió instrucciones de responder que Estados Unidos deseaba la paz y «en las circunstancias presentes» no apoyaría una ofensiva nacionalista. El embajador chino que participó en estas conversaciones, Wang Bingnan, anotó en sus memorias que aquella información había desempeñado «un papel fundamental» en la decisión de Pekín de seguir con las operaciones en el Himalaya.[13] No existe constancia de que el gobierno de Estados Unidos se preguntara qué estrategia podía haber

llevado a la convocatoria de una reunión especial. Así se demostraba la diferencia entre un planteamiento político fragmentado y otro global.

El problema de Laos se resolvió por sí solo. En la Conferencia de Ginebra de 1962, la neutralización de Laos y la retirada de las fuerzas estadounidenses de este país aliviaron las preocupaciones de China.

Con todos estos elementos tranquilizadores, Mao reunió a los dirigentes chinos a principios de octubre de 1962 para anunciarles la decisión final, la opción de la guerra:

> Libramos una guerra con el viejo Chiang [Kai-shek]. Libramos una guerra con Japón y

con Estados Unidos. Con ninguno de ellos tuvimos miedo. Y en todos los casos vencimos. Ahora, los indios quieren entrar en guerra con nosotros. Por supuesto, no nos dan miedo. No podemos ceder terreno; en cuanto cedamos lo más mínimo, veremos cómo se hacen con una extensión de terreno equivalente a la provincia de Fujian. […] Dado que Nehru da la cara e insiste en que nos enfrentemos a él, sería de mala educación negarse a ello. La cortesía invita a la reciprocidad.[14]

El 6 de octubre se tomó una primera decisión. El plan estratégico para un asalto masivo encaminado a crear un impacto que llevara a la negociación o al menos pusiera fin a la investigación militar india en un futuro previsible.

Antes de la decisión final de ordenar la ofensiva, llegó la comunicación de Jruschov que especificaba que, en caso de guerra, la Unión Soviética apoyaría a China según las estipulaciones del Tratado de Amistad y Alianza de 1950. Era una decisión que no se ajustaba en absoluto a lo corriente en las relaciones soviético-chinas y a la neutralidad que había caracterizado al Kremlin en la cuestión de las relaciones de la India con China. Tal vez lo explicara el hecho de que Jruschov, consciente de la inminencia de una confrontación a raíz del despliegue de armamento nuclear soviético en Cuba, quisiera asegurar el apoyo chino en la crisis antillana.[15] En

cuanto finalizó la crisis cubana, no reiteró la oferta.

El ataque chino se produjo en dos fases: una ofensiva preliminar, que se inició el 20 de octubre, y duró cuatro días, seguida por un asalto masivo a mediados de noviembre, que llegó a la zona próxima al Himalaya, a los alrededores de la línea de demarcación imperial tradicional. En este momento, el Ejército Popular de Liberación se detuvo y volvió al punto de partida, detrás de la línea que reclamaba. El territorio en litigio sigue aún hoy disputándose, aunque ni un bando ni otro ha pretendido en ningún momento

imponer sus reivindicaciones más allá de las líneas de control existentes.

La estrategia china fue similar a la aplicada en las crisis de las islas costeras. En la guerra entre China y la India del año 1962, China no dio ningún paso por conquistar más territorio, si bien siguió reclamando los situados al sur de la línea McMahon. Puede que esto reflejara un criterio político o un reconocimiento de determinadas realidades logísticas. El territorio del sector oriental conquistado solo podía mantenerse a base de unas líneas de abastecimiento de gran extensión que cruzaran territorios inexplorados.

Al final de la guerra, Mao había

resistido —y, en este caso, se había impuesto— en otra importante crisis, a pesar de que la hambruna todavía no había acabado en China. En cierto modo, se repetía la experiencia estadounidense en la guerra de Corea: una subestimación de China por parte del adversario; unas estimaciones de los servicios de inteligencia incontestables sobre la capacidad de China; todo ello unido a unos graves errores de comprensión de la forma en que China interpreta su entorno de seguridad y en que reacciona ante las amenazas militares.

Por otra parte, la guerra de 1962 sumó otro adversario considerable a

China en un momento en que las relaciones de este país con la Unión Soviética habían llegado a un punto sin retorno. En realidad, la oferta de apoyo soviética fue tan fugaz como la presencia nuclear soviética en Cuba.

Al intensificarse los conflictos militares en el Himalaya, Moscú optó por la neutralidad, y para hurgar en la herida, Jruschov se justificó diciendo que fomentaba el odiado principio de la coexistencia pacífica. Un editorial de diciembre de 1962 del *Diario del Pueblo*, el periódico oficial del Partido Comunista de China, comentaba con enojo que era la primera vez que un Estado comunista no apoyaba a otro

Estado comunista contra un país «burgués»: «Un comunista tiene la obligación de establecer una diferencia clara entre el enemigo y nosotros mismos, tiene que mostrarse despiadado frente al enemigo y amistoso con sus camaradas».[16] El editorial hacía un llamamiento no exento de queja a los aliados de China a «hacer examen de conciencia y a preguntarse qué había sido de su marxismo-leninismo y de su internacionalismo proletario».[17]

En 1964, los soviéticos abandonaron incluso la pretensión de neutralidad. Mijaíl Suslov, miembro del Politburó e ideólogo del partido, refiriéndose a la crisis de los misiles en Cuba acusó a los

chinos de agredir a la India en un momento de grandes dificultades para la Unión Soviética:

> En efecto, precisamente en el momento álgido de la crisis en las Antillas, la República Popular de China extendió el conflicto armado en la frontera chino-india. Por más que los dirigentes chinos intentaran entonces justificar su conducta, no pueden eludir la responsabilidad de que con sus actos sirvieron de ayuda a los círculos más reaccionarios del imperialismo.[18]

China, que aún no había superado del todo la hambruna, declaró que tenía adversarios en todas las fronteras.

La Revolución Cultural

En un momento de posible emergencia nacional, Mao decidió pulverizar el Estado chino y el Partido Comunista. Lanzó lo que él mismo consideró que iba a ser el ataque final contra los obstinados restos de la cultura tradicional, de cuyos escombros, profetizó, emergería una nueva generación ideológicamente pura, capaz de salvaguardar la causa revolucionaria contra los enemigos internos y externos. Impulsó el país hacia una década de frenesí ideológico, de política marcada por un atroz fraccionamiento y lo llevó al borde de una guerra civil que se

denominó la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Ninguna institución se salvó de las continuas oleadas de agitación que desencadenó. En todo el país se disolvieron gobiernos locales en confrontaciones violentas con «las masas», impulsadas por la propaganda de Pekín. Se purgó a destacados miembros del Partido Comunista y a dirigentes del Ejército Popular de Liberación, entre los que se contaban algunos que habían estado al mando de las guerras revolucionarias. El sistema educativo chino —hasta entonces columna vertebral del orden social del país— quedó paralizado, se

suspendieron indefinidamente las clases y la joven generación se dedicó a recorrer el país siguiendo la exhortación de Mao de «aprender la revolución haciendo la revolución».[19]

Muchos de esos jóvenes que de pronto recuperaron la espontaneidad se alistaron en las facciones de la Guardia Roja, en las milicias juveniles, llenos de fervor ideológico, actuando por encima de la ley y fuera (a menudo en explícita oposición) de las estructuras institucionales corrientes. Mao refrendó tales acciones con consignas imprecisas aunque incendiarias, como: «La rebeldía está justificada» y «Bombardeemos los cuarteles generales».[20] Aprobó los

ataques violentos a la burocracia del Partido Comunista y a las convenciones sociales tradicionales, a la vez que estimulaba a los jóvenes a no temer el «descontrol» en su lucha por erradicar los temibles «cuatro viejos» —viejas ideas, vieja cultura, viejas costumbres y viejos hábitos—, que, según el maoísmo, habían mantenido débil a China.[21] El *Diario del Pueblo* avivaba el fuego publicando editoriales como «En elogio del desorden», una dura crítica, apoyada por el gobierno, a la tradición milenaria china de armonía y orden.[22]

Todo ello tuvo como consecuencia una carnicería humana e institucional, a

medida que los órganos de poder y autoridad —incluyendo los estamentos superiores del Partido Comunista— fueron sucumbiendo uno a uno a los ataques de las tropas de asalto ideológicas formadas por adolescentes. China —una civilización conocida hasta entonces por su respeto al aprendizaje y a la erudición— se convirtió en un mundo patas arriba, en el que los hijos se volvían contra los padres, los estudiantes maltrataban a los profesores y quemaban libros, y se mandaba a profesionales y funcionarios de alto rango al campo y a las fábricas a aprender la práctica revolucionaria de los campesinos analfabetos. Las escenas

de crueldad se multiplicaron por el país mientras la Guardia Roja y los ciudadanos que se aliaron a ella —algunos escogiendo una facción al azar con la idea de sobrevivir a la tormenta— dirigían su furia contra cualquier objetivo que incluso podía devolver a China el antiguo orden «feudal».

El hecho de que a veces el blanco fueran personas que llevaban siglos muertas no frenaba las iras de los exaltados. Los estudiantes y profesores revolucionarios de Pekín se desplazaron al pueblo natal de Confucio con la promesa de acabar de una vez por todas con la influencia del viejo sabio mandando quemar libros antiguos, y allí

destrozaron tablillas conmemorativas y arrasaron las tumbas de Confucio y sus descendientes. En Pekín, en los asaltos de la Guardia Roja se destruyeron 4.922 «lugares de interés cultural o histórico de los 6.843 que poseía la capital». Se informó de que se había salvado la Ciudad Prohibida gracias a la intervención personal de Zhou Enlai.[23]

Una sociedad gobernada tradicionalmente por una élite de intelectuales confucianos buscaba en aquellos momentos la fuente de la sabiduría en los campesinos sin cultura. Se cerraron las universidades. Cualquier persona considerada «experta» pasó a ser sospechosa, la competencia

profesional se convirtió en un concepto peligrosamente burgués.

La posición diplomática del país cambió de manera radical. El mundo se veía desde la perspectiva prácticamente incomprensible de una China que lanzaba su furia contra el bloque soviético, las potencias occidentales y la propia historia y cultura del país. Los diplomáticos chinos y el personal de apoyo en el extranjero arengaban a los ciudadanos de los países que los acogían con llamadas a la revolución y conferencias sobre «el Pensamiento de Mao Zedong». En escenas que recordaban el alzamiento de los bóxers setenta años antes, las multitudes de la

Guardia Roja asaltaron las embajadas extranjeras de Pekín y saquearon incluso la misión británica, no sin antes apalear y acosar al personal que huía de ella. El secretario de Asuntos Exteriores británico escribió al ministro de Asuntos Exteriores chino, el mariscal Chen Yi, en estos términos: «Si bien nuestros países mantienen relaciones diplomáticas [...] por el momento retiramos la misión y el personal de las dos capitales». Obtuvo el silencio por respuesta: el ministro de Asuntos Exteriores chino también había sido «atacado» y no pudo responder.[24] Finalmente, todos los embajadores que había en China salvo uno —el hábil e

ideológicamente intachable Huang Hua en El Cairo— y aproximadamente dos terceras partes del personal de las embajadas fueron reclamados para que volvieran al país a reeducarse en el campo o a participar en actividades revolucionarias.[25] En esa época China estaba inmersa en conflictos con los gobiernos de cerca de una docena de países. Únicamente mantenía buenas relaciones con uno: la República Popular de Albania.

El *Pequeño Libro Rojo* fue un elemento emblemático de la Revolución Cultural. La obra contenía citas de Mao recopiladas en 1964 por Lin Biao, designado posteriormente sucesor de

Mao y muerto cuando salía del país en un oscuro accidente de aviación, según se dijo tras intentar un golpe de Estado. Todos los chinos tenían que llevar encima un ejemplar del *Pequeño Libro Rojo*. La Guardia Roja los blandía mientras llevaba a cabo «asaltos» en los edificios públicos de todo el país bajo autorización —o al menos, tolerancia— de Pekín, desafiando de forma violenta a las burocracias provinciales.

De todas formas, la Guardia Roja no era más inmune al dilema de las revoluciones que se vuelven contra sí mismas que al de los cuadros que se suponía que tenían que depurar. Más protegidos por la ideología que por la

formación, los integrantes de la Guardia Roja se convirtieron en facciones que optaban por sus propias preferencias ideológicas y personales. Las contradicciones entre ellos se exacerbaron tanto que en 1968 Mao disolvió oficialmente la Guardia Roja y asignó a los militantes leales del Partido y a los dirigentes militares la tarea de restablecer los gobiernos provinciales.

Se hizo pública la nueva política de «enviar» a una generación de jóvenes a los lugares más recónditos del país para aprender de los campesinos. Llegados a este punto, los militares eran la última institución china importante que mantenía la estructura y asumía

funciones muy alejadas de sus competencias ordinarias. El personal militar organizó los ministerios gubernamentales destrozados, se ocupó de los campos y administró las fábricas, todo ello además de llevar a cabo su función primordial de defender el país contra ataques exteriores.

Las consecuencias inmediatas de la Revolución Cultural fueron catastróficas. Tras la muerte de Mao, la valoración hecha por la segunda y la tercera generación de dirigentes —casi todos víctimas en un momento u otro— fue de condena. Deng Xiaoping, principal dirigente del país entre 1979 y 1991, afirmaba que la Revolución

Cultural había estado a punto de destruir el Partido Comunista como institución y que había destruido su credibilidad, como mínimo de forma temporal.[26]

En los últimos años, al irse desdibujando los recuerdos personales, empieza a surgir con alguna vacilación otra perspectiva en China. Esta reconoce los colosales errores que se cometieron durante la Revolución Cultural, pero también se pregunta con timidez si Mao no habría formulado una pregunta importante, aunque su respuesta se demostrara catastrófica. Se plantea que Mao habría identificado la relación del Estado moderno —especialmente, el Estado comunista— con el pueblo al que

gobierna. En sociedades básicamente agrícolas —incluso con una industria incipiente—, la gobernanza engloba cuestiones que el pueblo en general es capaz de comprender. Evidentemente, en las sociedades aristocráticas, la parte relevante de la sociedad es limitada. Pero, con independencia de la legitimidad formal, hace falta un consenso tácito de aquellos que tienen que llevar adelante las directrices, a menos que la gobernanza se aplique totalmente por imposición, algo que suele ser insostenible durante un largo período histórico.

En el período moderno, el problema estriba en que las cuestiones se han

hecho tan complejas que cada vez es más impenetrable el marco legal. El sistema político publica directrices, pero deja la responsabilidad de su ejecución, cada vez a un nivel más amplio, a las burocracias apartadas tanto del proceso político como del pueblo, cuyo único control está en las elecciones periódicas, suponiendo que existan. Incluso en Estados Unidos, los instrumentos jurídicos principales suelen estar formados por miles de páginas que han leído en detalle como mucho un reducido grupo de legisladores. En los países comunistas, normalmente las burocracias actúan en grupos cerrados que siguen sus propias

normas para llevar a cabo unos procedimientos que suelen definir para sí mismos. Se abren fisuras entre las clases políticas y burocráticas, y entre unas y otras y la población en general. Así, se corre el riesgo de que del ímpetu burocrático salga una nueva clase de mandarines. El intento de Mao por resolver el problema en un asalto de gran envergadura estuvo a punto de destruir la sociedad china. Un libro publicado recientemente por el erudito y asesor gubernamental de China, Hu Angang, mantiene que la Revolución Cultural, a pesar de que fracasó, preparó el terreno para las reformas de Deng de las décadas de 1970 y 1980. Hu propone

ahora utilizar la Revolución Cultural como estudio sobre vías en las que los «sistemas de toma de decisiones» en el régimen político existente en China podrían convertirse en «más democráticos, científicos e institucionalizados».[27]

¿Se perdió una oportunidad?

Visto en retrospectiva, nos preguntamos si Estados Unidos estaba en condiciones de iniciar el diálogo con China diez años antes de cuando lo hizo. La agitación vivida en China, ¿podía haber constituido el punto de partida para un

diálogo serio? Dicho de otra forma, ¿acaso los años sesenta fueron una oportunidad perdida para el acercamiento entre chinos y estadounidenses? ¿Podía haberse producido antes la apertura de China?

En realidad, el obstáculo fundamental para una política exterior estadounidense más imaginativa fue la idea de Mao de la revolución permanente. Mao había decidido en aquellos momentos impedir que se produjera un instante de calma. Los intentos de reconciliación con el archienemigo capitalista no tenían ninguna posibilidad de prosperar mientras el enfrentamiento a muerte con

Moscú era el centro del rechazo del compromiso de la coexistencia pacífica de Jruschov.

Estados Unidos dio algún paso vacilante hacia una percepción de China algo más flexible. En octubre de 1957, el senador John F. Kennedy publicó un artículo en *Foreign Affairs* en el que subrayaba «la fragmentación de la autoridad dentro de la órbita soviética» y afirmaba que la política estadounidense en Asia era «probablemente demasiado rígida». Defendía la continuación de la política de no reconocer a la República Popular, aunque aconsejaba estar alerta para revisar la «frágil concepción de una

China totalitaria e inamovible» a medida que fueran cambiando las circunstancias. Su consejo era: «Tenemos que andar con tiento y no encorsetar nuestra política a consecuencia de la ignorancia, pues podría impedirnos detectar un cambio en la situación objetiva cuando se produjera».[28]

La percepción de Kennedy era sutil, pero cuando llegó a la presidencia, el cambio que se produjo en la dialéctica de Mao fue en sentido opuesto: hacia una mayor hostilidad y no menor; y también en el sentido de la eliminación violenta de los adversarios del país y del apuntalamiento de las estructuras

institucionales, en lugar de inclinarse por la reforma moderada.

En los años que siguieron al artículo de Kennedy, Mao lanzó una Campaña Antiderechista en 1957, se produjo una segunda crisis en el estrecho de Taiwan en 1958 (que él mismo describió como un intento de «dar una lección a los estadounidenses»)[29] y se llevó a cabo el Gran Salto Adelante. Cuando Kennedy llegó a la presidencia, China emprendió un ataque militar en la frontera contra la India, país que la administración de Kennedy había considerado una alternativa al comunismo en Asia. No eran aquellas las señales de conciliación y cambio para las que

Kennedy había advertido a los estadounidenses que se mantuvieran receptivos.

El gobierno de Kennedy hizo un gesto humanitario para paliar la precaria situación agrícola de China durante la hambruna desatada por el Gran Salto Adelante. La oferta, descrita como una iniciativa para asegurar «comida para la paz», sin embargo, exigía una petición específica de China en la que reconociera su «deseo serio» de asistencia. El compromiso de Mao de autosuficiencia excluía cualquier tipo de dependencia de la ayuda extranjera. China, según respondió su representante en las conversaciones entre embajadores

de Varsovia, «superaba los problemas con su propio esfuerzo».[30]

Durante los últimos años de la presidencia de Lyndon Johnson, los altos funcionarios y finalmente el propio presidente empezaron a plantearse avanzar hacia una vía de menor confrontación. En 1966, el Departamento de Estado dio instrucciones a sus negociadores para que adoptaran una actitud más accesible en las conversaciones de embajadores de Varsovia y les dio autorización para que iniciaran contactos sociales informales al margen de las negociaciones. En marzo de 1966, el representante estadounidense en las

conversaciones presentó la rama de olivo al declarar que «el gobierno de Estados Unidos estaba dispuesto a progresar en las relaciones con la República Popular de China». Era la primera vez que una autoridad estadounidense utilizaba la denominación oficial de China de después de 1949 en una comunicación formal.

Por fin, Johnson presentó una opción pacífica en un discurso de julio de 1966 sobre política asiática. «La paz duradera —apuntó— no llegará a Asia mientras 700 millones de habitantes de la China continental sigan aislados del mundo exterior por sus dirigentes.» Mientras

prometía oponer resistencia a la «política de agresión indirecta» de China en el sudeste asiático dijo desear la llegada de una era de «colaboración pacífica» y de «reconciliación entre naciones que en estos momentos se consideran enemigas», dijo textualmente.[31]

Se plantearon estas perspectivas a modo de deseos abstractos orientados hacia un cambio no definido en la actitud china. No surgió de ello ninguna conclusión práctica. Era imposible que saliera. Las declaraciones coincidieron con los inicios de la Revolución Cultural, cuando China volvió a su postura de desafiante hostilidad.[32]

La política de China durante este período hizo poco para propiciar —probablemente se concibió para disuadir— un planteamiento conciliador con Estados Unidos. Washington, por su parte, mostró una gran habilidad táctica al oponer resistencia a los desafíos militares, como en las dos crisis del estrecho de Taiwan, si bien no demostró tanta imaginación al configurar la política exterior en un marco político fluido y en evolución.

Un texto de 1960 de la *National Intelligence Estimate* expresaba, y quizá ayudaba a configurar, la valoración subyacente:

> Hay un principio básico de la política exterior de la China comunista —el establecimiento de la hegemonía de este país en Extremo Oriente— que es casi seguro que no va a cambiar de manera apreciable durante el período de la estimación. El régimen seguirá siendo violentamente antiestadounidense y atacará los intereses de Estados Unidos donde y cuando pueda si ello no implica pagar un precio desmesurado. […] Su arrogante confianza en sí misma, su fervor revolucionario y la distorsionada perspectiva que tiene del mundo podría llevar a Peiping a equivocarse en el cálculo de los riesgos.[33]

Muchas pruebas avalaban la perspectiva dominante. Sin embargo, el análisis dejaba abierta la cuestión de hasta qué punto China era capaz de

conseguir unos objetivos de tanto alcance. Sacudida por las catastróficas consecuencias del Gran Salto Adelante, la China de la década de 1960 estaba agotada. En 1966, iniciaba la Revolución Cultural, que anunció una retirada *de facto* del mundo, en la que se llamó a Pekín a la mayor parte de los diplomáticos, muchos para ser reeducados. ¿Qué implicaciones tuvo todo esto para la política estadounidense? ¿Era posible hablar de un bloque asiático unificado? ¿Y la premisa básica de la política estadounidense con Indochina, según la cual el mundo se hallaba ante una conspiración orquestada por Moscú y

Pekín? Estados Unidos, ocupado con Vietnam y su propio desbarajuste interno, tuvo poco tiempo para abordar estas cuestiones.

En parte, la razón que explica la determinación estadounidense es que, durante la década de 1950, la mayor parte de los expertos sobre China habían abandonado el Departamento de Estado durante las distintas investigaciones sobre quién «había perdido» China. Por ello, un grupo de expertos sobre la Unión Soviética realmente extraordinarios —entre los que cabe citar a George Kennan, Charles «Chip» Bohlen, Llewellyn Thompson y Foy Kohler— dominaron el pensamiento del

Departamento de Estado sin contrapeso alguno, y todos se mostraron convencidos de que un acercamiento a China podía traducirse en una guerra con la Unión Soviética.

De todas formas, aunque se hubieran formulado las preguntas adecuadas, no habría habido oportunidad de comprobar las respuestas. Determinados políticos chinos instaron a Mao a adaptar la política a la nueva situación. En febrero de 1962, Wang Jiaxiang, jefe del Departamento de Contactos Internacionales del Comité Central del Partido Comunista, entregó un informe a Zhou en el que insistía en que un ambiente internacional pacífico ayudaría

más a China a crear un Estado socialista más fuerte y una economía de crecimiento más rápido que la postura imperante de confrontación en todas direcciones.[34]

Mao no quiso oír hablar de ello y respondió:

> En nuestro Partido algunos propugnan «las tres moderaciones y una reducción». Dicen que tenemos que ser más moderados frente al imperialismo, más moderados frente a los reaccionarios y más moderados frente a los revisionistas, mientras que deberíamos reducir la ayuda a la lucha de los pueblos de Asia, África y América Latina. Esta es una postura revisionista.[35]

Mao insistió en la política de desafiar

simultáneamente a todos los posibles adversarios. Replicó: «China tiene que luchar contra los imperialistas, los revisionistas y los reaccionarios de todos los países». Y añadió: «Hay que proporcionar más ayuda a los partidos políticos y a los grupos antiimperialistas, revolucionarios y marxista-leninistas».[36]

Por fin, en el transcurso de la década de 1960, incluso Mao empezó a darse cuenta de que se multiplicaban los posibles peligros para China. A lo largo de sus vastas fronteras, este país se enfrentaba a la Unión Soviética, un enemigo potencial; tenía también en la India a un adversario humillado; debía

tener en cuenta el masivo despliegue estadounidense y la guerra de Vietnam, en plena escalada; los autoproclamados gobiernos en el exilio de Taipei y el enclave tibetano del norte de la India; Japón era su adversario histórico; y al otro lado del Pacífico, Estados Unidos, que veía en China a un enemigo implacable. Hasta entonces, las rivalidades entre todos estos países habían evitado un desafío conjunto. Pero ningún estadista prudente podía apostar por la duración de ese comedimiento, sobre todo teniendo en cuenta que la Unión Soviética parecía prepararse para acabar con la intensificación de los retos de Pekín. El presidente pronto

tendría que demostrar que sabía ser prudente y al mismo tiempo audaz.

8
El camino hacia la reconciliación

Cuando la inusitada pareja formada por Richard Nixon y Mao Zedong decidió optar por el acercamiento, sus dos países estaban sumidos en la agitación. China se consumía en el caos de la Revolución Cultural; el consenso político estadounidense sufría la tensión de un creciente movimiento de protesta contra la guerra de Vietnam. China se

enfrentaba a la perspectiva de la guerra en todas sus fronteras, sobre todo en la septentrional, donde se producían enfrentamientos entre fuerzas soviéticas y chinas. Nixon había heredado una guerra en Vietnam y el imperativo nacional de acabar con ella, aparte de que llegó a la Casa Blanca al final de una década marcada por los asesinatos y los conflictos raciales.

Mao intentó abordar el peligro que corría China recurriendo a una estratagema clásica en su país: enfrentar a los bárbaros entre sí y obtener respaldo de los enemigos situados más lejos para actuar contra los más cercanos. Nixon, fiel a los valores de su

sociedad, invocó los principios wilsonianos para proponer que se invitara a China a entrar de nuevo en la comunidad de naciones: «No nos podemos permitir —escribió en un artículo en *Foreign Affairs* en octubre de 1967— dejar eternamente a China fuera de la comunidad de naciones, alimentando sus fantasías, manteniendo sus odios y amenazando a sus vecinos. Este pequeño planeta no puede tolerar que mil millones de sus habitantes, con posibilidades de ser los más capaces, vivan en un aislamiento cargado de odio».[1]

Nixon pasó de una petición de acuerdo diplomático a un llamamiento a

la reconciliación. Comparó el desafío diplomático con el problema de la reforma social en las zonas urbanas deprimidas de Estados Unidos: «En un caso y otro, hay que abrir el diálogo; en un caso y otro, hay que contener la agresión y avanzar en la educación; y, algo muy importante, en ninguno de los dos casos nos podemos permitir que los que en la actualidad se han autoexiliado de la sociedad sigan eternamente exiliados».[2]

La necesidad puede proporcionar el impulso para la estrategia, pero no define automáticamente los medios. Y tanto Mao como Nixon se enfrentaban a enormes obstáculos para iniciar el

diálogo, por no hablar de la reconciliación entre Estados Unidos y China. Sus dos países se habían considerado durante veinte años enemigos implacables. China había calificado Estados Unidos de país «capitalista-imperialista», lo que en términos marxistas equivale a la forma última del capitalismo, que, en teoría, solo podía superar sus «contradicciones» mediante la guerra. El conflicto con Estados Unidos era inevitable; la guerra, probable.

La percepción que tenía Estados Unidos era el reflejo de la de China. Diez años de conflictos y semiconflictos militares parecían confirmar la idea

nacional de que China, en su función de fuente de la revolución mundial, había decidido expulsar a Estados Unidos de la parte occidental del Pacífico. Los estadounidenses veían a Mao más implacable que los dirigentes soviéticos.

Por todas estas razones, Mao y Nixon tenían que avanzar con cautela. Los primeros pasos podían herir a los compatriotas y exasperar a los aliados. Era un reto especial para Mao en plena Revolución Cultural.

La estrategia china

Si bien en aquellos momentos pocos observadores se dieron cuenta, a partir de 1965 Mao empezó a cambiar ligeramente el tono al hablar de Estados Unidos, y teniendo en cuenta su prestigio, que rayaba en lo divino, un solo matiz podía tener implicaciones de gran alcance. Mao poseía el mejor medio para transmitir sus ideas a Estados Unidos: las entrevistas con el periodista Edgar Snow. Ambos se habían conocido en la década de 1930 en la cuna comunista de Yan'an. Snow había resumido su experiencia en un libro titulado *Red Star Over China*, que presentaba a Mao como una especie de guerrillero campesino romántico.

En 1965, durante los inicios de la Revolución Cultural, Mao invitó a Snow a Pekín, donde hizo unos comentarios sorprendentes; mejor dicho, lo habrían sido si alguien de Washington les hubiera prestado atención. Mao dijo a Snow: «Lógicamente, me sabe mal que las fuerzas de la historia hayan dividido y separado los pueblos estadounidense y chino de prácticamente todo tipo de comunicación durante los últimos quince años. Hoy en día, el abismo parece más grande que nunca. De todas formas, no creo que esto vaya a acabar en guerra y en una de las peores tragedias de la historia».[3]

Aquello lo decía el dirigente que

durante quince años se había mostrado dispuesto a entablar una guerra nuclear con Estados Unidos y lo había planteado de una forma tan gráfica que tanto la Unión Soviética como sus aliados europeos se habían desvinculado de China. Ahora bien, con la Unión Soviética en una posición amenazadora, Mao estaba más preparado de lo que nadie imaginaba para acercarse a su lejano adversario, Estados Unidos.

En el momento en que Snow realizó la entrevista, se estaba reuniendo el ejército estadounidense en Vietnam, en las proximidades de China. A pesar de que el reto era comparable al que había tenido que enfrentarse Mao en Corea

quince años antes, en esta ocasión el dirigente comunista optó por la contención. China se limitó al apoyo fuera del combate, proporcionó material, un gran apoyo moral y unos cien mil soldados para tareas de comunicaciones e infraestructuras en Vietnam del Norte.[4] Según Snow, Mao había dejado claro que China solo lucharía contra Estados Unidos en su territorio, en China, y no en Vietnam: «No vamos a iniciar la guerra desde nuestro lado; solo cuando Estados Unidos ataque nos defenderemos. […] Como ya he dicho antes, que todo el mundo tenga por seguro que no vamos a atacar a los estadounidenses».[5]

Para que Estados Unidos no se equivocara, Mao repitió que China opinaba que los vietnamitas tenían que hacer frente «a su situación» con su propio esfuerzo: «Los chinos estaban muy ocupados con sus asuntos internos. Luchar más allá de las propias fronteras era una acción criminal. ¿Por qué tenían que hacer aquello los chinos? Vietnam podía asumir su propia situación».[6]

Mao especuló sobre los posibles resultados de la guerra de Vietnam de la forma en que un científico analiza un hecho natural, no como un dirigente que se plantea un conflicto militar en su frontera. El contraste con las reflexiones de Mao durante la guerra de Corea —

cuando vinculó sistemáticamente las cuestiones de seguridad coreanas y chinas— no podía ser más marcado. Entre los posibles resultados que el presidente consideraba aceptables estaba «la celebración de una conferencia, aunque los soldados estadounidenses debían quedarse en Saigón, como en el caso de Corea del Sur», es decir, abogaba por la continuación de dos estados vietnamitas.[7] Cualquier presidente estadounidense ante la guerra de Vietnam habría firmado un resultado así.

No existen pruebas de que la entrevista de Snow hubiera sido tema de discusión de alto nivel político en la

administración de Johnson, ni de que ninguna otra administración (incluida la de Nixon) que prosiguió con la guerra de Vietnam hubiera considerado importantes las tensiones históricas entre China y Vietnam. Washington siguió considerando a China una amenaza mayor si cabe que la Unión Soviética. En 1965, McGeorge Bundy, asesor de Seguridad Nacional del presidente Johnson, hizo unas declaraciones que plasmaban la opinión de Estados Unidos sobre China en la década de 1960: «La China comunista es un problema bastante distinto [al de la Unión Soviética] y tanto su explosión nuclear [en referencia a la primera

prueba nuclear de China, realizada en octubre de 1964] como su actitud agresiva respecto a sus vecinos la convierten en un problema grave para todos los pueblos pacíficos».[8]

El 7 de abril de 1965, Johnson justificó la intervención estadounidense en Vietnam básicamente alegando resistencia a un plan de coalición entre Pekín y Hanoi: «Sobre esta guerra —y sobre todo el continente asiático— se cierne otra realidad: la prolongada sombra de la China comunista. Pekín espolea a los mandatarios de Hanoi. […] La contienda de Vietnam forma parte de unas pautas más amplias con objetivos de agresión».[9] El secretario

de Estado, Dean Rusk, repitió estas reflexiones un año después ante la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara.[10]

Lo que Mao había explicado a Snow era una especie de renuncia a la revolución mundial de la doctrina tradicional comunista: «Donde haya revolución, haremos declaraciones públicas y organizaremos actos de apoyo a ella. Esto es exactamente lo que molesta a los imperialistas. Es probable que pronunciemos palabras vacías, que disparemos cañones vacíos, pero no enviaremos soldados allí».[11]

Analizando en retrospectiva las palabras de Mao, uno se pregunta si

habrían afectado a la estrategia de la administración de Johnson en Vietnam en caso de haberse tomado en serio. Por otra parte, Mao nunca las tradujo en política oficial formal, pues habría implicado dar marcha atrás a diez años de adoctrinamiento ideológico en un momento en que la pureza ideológica era su grito de batalla en el interior del país y el conflicto con la Unión Soviética se basaba en el rechazo de la política de coexistencia pacífica de Jruschov. Sin embargo, Snow no era el mejor vehículo para una incursión de aquel tipo. En Pekín se confiaba en él, como mínimo hasta el punto en que se confiaba en un estadounidense. Pero en Washington

consideraban a Snow un propagandista de Pekín. Para Washington, lo normal habría sido —como lo fue cinco años más tarde— esperar alguna demostración más concreta del cambio de política en China.

Cualquier cálculo estratégico sensato habría indicado que Mao llevaba a China hacia un considerable peligro. Si una de las potencias, Estados Unidos o la Unión Soviética, hubiera atacado a China, la otra se habría hecho a un lado. La logística estaba a favor de la India en el conflicto fronterizo de los dos países, ya que el Himalaya quedaba lejos de los centros de poder de China. Estados Unidos estaba afianzando su presencia

militar en Vietnam. Japón, con todo su bagaje histórico, permanecía hostil y se estaba recuperando económicamente.

Fue uno de los pocos períodos en que Mao parecía no estar muy seguro de las opciones que tenía en política exterior. En una reunión en noviembre de 1968 con el dirigente comunista australiano E. F. Hill, se mostró perplejo, en lugar de hablar con su habitual temple a modo de homilía. (Teniendo en cuenta que las maniobras de Mao eran siempre complejas, es posible que también tuviera como objetivo el resto de los dirigentes que iban a leer la transcripción y quisiera comunicarles que estaba estudiando nuevas opciones.)

Al parecer, a Mao le inquietaba el hecho de que el período transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial fuera más largo que el de entreguerras, y por ello pensaba que podía avecinarse una catástrofe mundial: «Con todo, actualmente no hay guerra ni revolución. Estamos en una situación que no puede durar».[12] Entonces planteó una pregunta: «¿Sabes qué harán los imperialistas? ¿Iniciarán una guerra mundial? ¿O tal vez no la iniciarán en este momento, sino dentro de poco? ¿Cómo ves la situación con la experiencia que posees en tu propio país y en otros?».[13] Es decir, ¿China tenía

que decidir en aquellos momentos o esperar una vía más prudente?

Sobre todo, lo que Mao quería saber era el significado de lo que posteriormente él mismo denominó «el caos bajo la capa del cielo».

> Hay que tener en cuenta la conciencia del pueblo. Cuando Estados Unidos dejó de bombardear Vietnam del Norte, los soldados estadounidenses desplazados en Vietnam se pusieron muy contentos y empezaron a vitorear. Esto indica que no tienen la moral muy alta. ¿Realmente tienen la moral alta los soldados de Estados Unidos? ¿Y los soldados soviéticos? ¿Y los soldados franceses, británicos, alemanes y japoneses? La huelga de estudiantes constituye un nuevo fenómeno en la historia de Europa. Los

estudiantes de los países capitalistas no suelen hacer huelga. Pero ahora todo es caos bajo la capa del cielo.[14]

¿Cuál era, en definitiva, el equilibrio de fuerzas entre China y sus posibles adversarios? ¿Las preguntas sobre la moral de los soldados estadounidenses y europeos implicaban dudas acerca de su capacidad de llevar a cabo la función que les designaba la estrategia china —paradójicamente, muy parecida a la que les atribuía la estrategia de Estados Unidos— para contener el expansionismo soviético? Pero si las tropas de Estados Unidos estaban desmoralizadas y las huelgas de los estudiantes eran un síntoma de una caída

en picado de la determinación política general, la Unión Soviética podría erigirse como la potencia mundial dominante. Algunos dirigentes soviéticos hablaban de acuerdo con Moscú.[15] Independientemente del resultado de la guerra fría, tal vez la poca moral de Occidente demostraba que por fin se imponía la ideología revolucionaria. ¿Tenía que confiar China en una oleada revolucionaria que derrocara al capitalismo o concentrarse en manipular la rivalidad entre los capitalistas?

No era normal que Mao se planteara preguntas que no implicaran un tanteo al interlocutor o cuya respuesta él mismo

conocía aunque hubiera decidido no revelarla aún. Después de alargar un poco más la conversación, acabó la entrevista con la cuestión que le inquietaba más:

> Permíteme que te formule una pregunta, que yo intentaré responder y tú harás lo propio. Yo reflexionaré sobre ella y te pediré que lo hagas tú también. Se trata de un tema que tiene una importancia mundial. Una cuestión sobre la guerra. Una cuestión sobre la guerra y la paz. ¿Veremos una guerra o veremos una revolución? ¿La guerra dará paso a la revolución o la revolución evitará la guerra?[16]

Si la guerra era inminente, Mao tenía que tomar partido: en efecto, él podía

ser el primer blanco. Pero si la revolución se extendía por el mundo, Mao tendría que poner en práctica sus convicciones de siempre: la revolución. Mao acabó sus días sin haber decidido del todo cuál era su opción.

Unos meses después, Mao había escogido la vía del futuro inmediato. Su médico informó sobre una conversación que tuvieron en 1969: «Mao me planteó un problema: "Reflexiona sobre esta cuestión", me dijo un día."Tenemos a la Unión Soviética en la parte septentrional y occidental, a la India en la meridional y a Japón en la oriental. Si se unieran todos nuestros enemigos y nos atacaran desde el norte, el sur, el este y el oeste,

¿qué opinas que deberíamos hacer?"». Su interlocutor respondió con desconcierto y el presidente siguió: «Reflexiona de nuevo. […] Más allá de Japón y Estados Unidos. ¿Acaso nuestros antepasados no nos aconsejaron negociar con los países situados más lejos al tiempo que luchábamos con los que teníamos más cerca?».[17]

Mao retrocedió de puntillas dos décadas de gobernanza comunista con dos salidas: una simbólica y otra práctica. Aprovechó el discurso inaugural de Nixon del 20 de enero de 1969 como una oportunidad para insinuar al pueblo chino que se estaba produciendo una nueva corriente

respecto a Estados Unidos. En aquella ocasión, Nixon había hecho una sutil referencia a la apertura hacia China repitiendo el tono de su artículo publicado antes en *Foreign Affairs*: «Que sepan todas las naciones que durante esta administración mantendremos los canales de diálogo abiertos. Buscamos un mundo abierto: a las ideas, al intercambio de productos y personas, un mundo en el que no haya pueblo, grande o pequeño, que viva en un aislamiento cargado de odio».[18]

La respuesta china insinuaba que Pekín estaba interesada en acabar con el aislamiento, aunque no tenía prisa por dejar atrás el odio. Los periódicos

chinos reprodujeron el discurso de Nixon; desde la toma del poder por parte de los comunistas, ningún discurso de un presidente estadounidense había suscitado tanta atención. De todas formas, no se moderó el tono. En un artículo del 27 de enero, el *Diario del Pueblo* se mofaba del presidente estadounidense: «Aunque está ya en las últimas, Nixon ha tenido el descaro de hablar de futuro. […] Un hombre con un pie en la tumba intenta conformarse soñando con el paraíso. Esta es una falsa ilusión y son las últimas convulsiones de una clase moribunda».[19]

La oferta de Nixon no había pasado

desapercibida para Mao; al contrario, se la había tomado tan en serio que la había planteado a su pueblo. A lo que no estaba dispuesto era a solicitar el contacto. Haría falta algo de más peso, sobre todo teniendo en cuenta que un paso adelante de China hacia Estados Unidos podía exacerbar los choques chino-soviéticos en la frontera y convertirlos en algo más peligroso.

Casi al mismo tiempo, Mao empezó a investigar las implicaciones prácticas de su decisión y convocó a cuatro mariscales del Ejército Popular de Liberación —Chen Yi, Nie Rongzhen, Xu Xiang qian y Ye Jianying—, a los que se había purgado durante la

Revolución Cultural y asignado a «investigación y estudio» en fábricas de provincias, un eufemismo de trabajo físico.[20] Mao pidió a los mariscales un análisis de las opciones estratégicas de China.

Hizo falta que Zhou Enlai convenciera a los mariscales de que no se trataba de una maniobra para hacer que se autoinculparan en la campaña de autorrectificación de la Revolución Cultural. En un mes demostraron lo que China había perdido al prescindir del talento de aquellas personas. Presentaron una reflexiva evaluación de la situación internacional. Tras revisar las posibilidades y las intenciones de

los países clave, resumieron así el desafío estratégico de China:

> Para los imperialistas estadounidenses y para los revisionistas soviéticos, la amenaza real es la que existe entre ellos. El peligro para los demás países viene de los imperialistas estadounidenses y de los revisionistas soviéticos. Bajo la bandera de oponerse a China, los imperialistas estadounidenses y los revisionistas soviéticos colaboran entre sí y al tiempo luchan entre sí. No obstante, las contradicciones entre ellos no se reducen con la colaboración; al contrario, las hostilidades mutuas son más encarnizadas que nunca.[21]

Esto podría constituir la constatación

de la política existente: Mao sería capaz de seguir desafiando al mismo tiempo a las dos superpotencias. Los mariscales mantenían que la Unión Soviética no se atrevería a optar por la invasión por las dificultades a las que tendría que enfrentarse: falta de apoyo popular para una guerra, largas líneas de abastecimiento, inseguridad en las retaguardias y dudas respecto a la actitud de Estados Unidos. Los mariscales resumieron la postura de Estados Unidos con el proverbio chino de «sentarse en lo alto de la montaña a observar una lucha entre dos tigres».[22]

Pero unas semanas después, en septiembre, cambiaron de opinión y se

inclinaron por otra a la que había llegado Nixon casi simultáneamente. Según el nuevo parecer de los mariscales, en caso de invasión soviética, Estados Unidos no limitaría su papel al de mero espectador. Tendría que tomar partido: «Lo último que querrían los imperialistas estadounidenses es ver la victoria de los revisionistas soviéticos en una guerra entre China y la Unión Soviética, lo que permitiría [a esta] crear un imperio más poderoso que el de Estados Unidos en recursos y personal».[23] Es decir, el contacto con Estados Unidos, por más que se atacara en los medios de comunicación chinos en aquellos

momentos, era imprescindible para la defensa del país.

El astuto análisis puede interpretarse básicamente como una conclusión bastante prudente, a pesar de que era audaz respecto a las premisas básicas de la política exterior china durante la Revolución Cultural. Los mariscales animaron al país, en marzo de 1969, a acabar con el aislamiento y a poner freno al aventurismo soviético o estadounidense mediante «la adopción de una estrategia militar de defensa activa y de una estrategia política de ofensiva activa; la puesta en marcha de forma enérgica de actividades diplomáticas, y la ampliación del frente

unido internacional antiimperialista y antirrevisionista».[24]

Se demostró que estas sugerencias generales de que Mao permitiera que China entrara de nuevo en la diplomacia internacional eran insuficientes en una perspectiva más amplia. En mayo de 1969, Mao mandó a sus mariscales a empezar de nuevo con los análisis y las recomendaciones. Por aquel entonces se habían multiplicado ya los choques en la frontera chino-soviética. ¿Cómo iba a responder al peligro que aumentaba día a día? En una explicación posterior, Xiong Xianghui, veterano del servicio de inteligencia y diplomático asignado por Mao como secretario particular de

los mariscales, puntualizaba que el grupo se planteó la cuestión de si «desde una perspectiva estratégica, China tenía que jugar la carta estadounidense en caso de producirse un ataque soviético a gran escala en su territorio».[25] Después de buscar precedentes sobre un movimiento tan poco ortodoxo, Chen Yi apuntó que el grupo podía estudiar el ejemplo moderno del pacto de no agresión de Stalin con Hitler.

Ye Jianying propuso un precedente mucho más antiguo, del período de los Tres Reinos de China, cuando, después de venirse abajo la dinastía Han, el imperio se dividió en tres estados que

luchaban por la supremacía. Estas contiendas se narraban en una epopeya del siglo XIV, el *Romance de los Tres Reinos*, a la sazón prohibida en China. Ye citó como modelo la estrategia seguida por uno de sus personajes principales: «Podemos recurrir al ejemplo del principio rector de la estrategia de Zhuge Liang, cuando los tres estados de Wei, Shu y Wu se enfrentaron entre ellos:"aliarse a Wu en el este para luchar contra Wei en el norte"».[26] Después de haberse pasado décadas vilipendiando el pasado de China, Mao, a petición de los mariscales que habían sufrido la purga, tuvo que buscar inspiración en los «antepasados»

chinos en la estrategia de intercambio de alianzas.

Los mariscales siguieron hablando de las posibles relaciones con Estados Unidos, que consideraban un activo estratégico: «En buena medida, la decisión de los revisionistas soviéticos de lanzarse a una guerra contra China depende de la actitud de los imperialistas estadounidenses».[27] Dieron un paso intelectualmente audaz y políticamente peligroso al recomendar la reanudación de las conversaciones entre embajadores con Estados Unidos, bloqueadas desde hacía tiempo. A pesar de que se inclinaron ante la doctrina establecida, que consideraba a las dos

superpotencias un peligro idéntico para la paz, la recomendación de los mariscales dejó bastante claro que el principal peligro venía de la Unión Soviética. El mariscal Chen Yi presentó un anexo a la opinión de sus camaradas. Precisó que si bien Estados Unidos había rechazado en el pasado la apertura hacia China, el nuevo presidente, Richard Nixon, parecía impaciente por «ganarse a su país»:[28] pasar el diálogo entre embajadores chino-estadounidenses a un nivel superior, como mínimo ministerial y tal vez más alto. Y aún más revolucionaria fue la propuesta de abandonar la condición

previa de que de entrada había que resolver la devolución de Taiwan:

> En primer lugar, cuando se hayan reanudado las reuniones en Varsovia [las conversaciones entre embajadores], puede abordarse la iniciativa de proponer unas conversaciones chino-estadounidenses de ámbito ministerial o incluso de más alto rango, de forma que puedan resolverse en las relaciones entre los dos países los problemas básicos y los relacionados con ellos. […] En segundo lugar, una reunión chino-estadounidense al más alto nivel tiene una importancia estratégica. No debemos plantear ningún requisito previo. […] La cuestión de Taiwan puede resolverse paulatinamente en las conversaciones al más alto nivel. Por otra parte, podemos tratar con

Estados Unidos otras cuestiones de importancia estratégica.[29]

La presión soviética intensificó el pulso. Frente al aumento de las concentraciones de soldados soviéticos y a una seria batalla en la frontera de Xinjiang, el 28 de agosto, el Comité Central del Partido Comunista chino ordenó la movilización de todas las unidades militares chinas a lo largo de las fronteras del país. La reanudación de los contactos con Estados Unidos se había convertido en una necesidad estratégica.

La estrategia estadounidense

Cuando Richard Nixon juró el cargo, los problemas de China le brindaron una extraordinaria oportunidad estratégica, aunque en un principio no fue algo tan obvio para una administración dividida por la cuestión de Vietnam. Buena parte de la élite política que había tomado la decisión de defender Indochina contra lo que consideraban un ataque conjunto de Moscú y Pekín empezó a dudar. Una parte importante de la clase dirigente —lo suficientemente importante para complicar una política efectiva— había llegado a la conclusión de que la guerra de Vietnam no era tan solo imposible de

ganar, sino que además reflejaba un fracaso moral congénito del sistema político estadounidense.

Nixon no creía que podía ponerse punto final a una guerra en la otra parte del mundo, a la que sus predecesores habían enviado a medio millón de soldados, echándose atrás de manera incondicional, como pedían la mayoría de los críticos. El mandatario estadounidense se tomó en serio los compromisos de quienes le habían precedido, de un partido y otro, cuyas decisiones le habían llevado a los dilemas a los que se enfrentaba en aquellos momentos. Nixon era consciente de que, aunque su

implicación en Vietnam supusiera un calvario, Estados Unidos seguía siendo el país más fuerte del mundo en la alianza contra la agresión comunista y que la credibilidad de su país era fundamental. La administración de Nixon —en la que colaboré como asesor de Seguridad Nacional y posteriormente como secretario de Estado— buscó, por consiguiente, una retirada gradual de Indochina para proporcionar a los habitantes de la región la oportunidad de configurar su propio futuro y mantener la fe del mundo en el papel desempeñado por Estados Unidos.

Los críticos de Nixon equipararon un nuevo planteamiento en la política

exterior a una sola cuestión: la retirada incondicional de la guerra de Vietnam, dejando a un lado a los millones de indochinos que habían confiado en la palabra dada por Estados Unidos y a tantos países que se habían unido al esfuerzo a instancias de este país. Nixon se había comprometido a acabar la guerra, pero con la misma firmeza había contraído la obligación de ofrecer a su país un papel dinámico en la nueva configuración del orden internacional que iba surgiendo paulatinamente. Nixon intentó afianzar la política estadounidense contra las oscilaciones entre los extremos del compromiso y la retirada y cimentar una idea de interés

nacional que pudiera mantenerse con el paso de las sucesivas administraciones.

En esta composición, el papel de China era clave. Los dirigentes de los dos países veían sus respectivas metas desde perspectivas diferentes. Mao consideraba el acercamiento como un imperativo estratégico; Nixon, como una oportunidad de redefinir el planteamiento estadounidense sobre política exterior y liderazgo internacional. Pretendía utilizar la apertura hacia China para demostrar a su pueblo, incluso en medio de una guerra agotadora, que Estados Unidos estaba en una posición ideal para planear una paz duradera. Él y sus colaboradores más

próximos intentaron restablecer el contacto con una quinta parte de la población mundial a fin de situar en su contexto y aliviar el malestar de una retirada inevitablemente imperfecta de un extremo del sudeste asiático.

En este punto es en el que convergieron Mao, el defensor de la revolución permanente, y Nixon, el estratega pesimista. Mao estaba convencido de que con visión y fuerza de voluntad podían superarse todos los obstáculos. Nixon se había consagrado a una esmerada planificación, a pesar de que le atormentaba el temor a que incluso los planes mejor trazados pudieran fracasar a causa del azar. De

todas formas, los llevó a la práctica. Mao y Nixon tenían un distintivo común fundamental: la disposición de seguir la lógica general de sus reflexiones e instintos hasta las últimas consecuencias. Nixon tenía tendencia a ser más pragmático. Una de las máximas que repetía con frecuencia era: «Se paga lo mismo por hacer algo a medias que por acabarlo. Por tanto, es mejor acabarlo». Lo que Mao llevaba a cabo con una vitalidad elemental, Nixon lo ejecutaba resignadamente, consciente del funcionamiento y los dictados del destino. Pero cuando emprendía un camino, lo seguía con la misma determinación.

Dadas las necesidades de la época, era inevitable que China y Estados Unidos encontraran el modo de unirse. El acercamiento se habría producido tarde o temprano, independientemente de quién dirigiera ambos países. Sin embargo, se llevó a cabo con tanta decisión y tan pocos rodeos gracias al liderazgo de los dos. No está en la mano de los dirigentes crear el contexto en el que van a operar. Su contribución específica es la de funcionar al límite de lo que permite una situación determinada. Si se exceden los límites, se produce el choque; si uno se queda corto, la política se estanca. Y cuando se trabaja con firmeza pueden crearse

nuevas relaciones capaces de aguantar durante todo un período histórico, pues las dos partes lo consideran de interés propio.

Los primeros pasos: enfrentamientos en el río Ussuri

Si bien al final se produjo la reconciliación, Estados Unidos y China no lo tuvieron fácil para encontrar la vía de un diálogo estratégico. El artículo de Nixon en *Foreign Affairs* y el estudio llevado a cabo por los cuatro mariscales de Mao tuvieron unas consecuencias paralelas, aunque el avance real de

ambas partes pudiera verse frenado por complicaciones internas, por la experiencia histórica y por las distintas percepciones culturales. Los pueblos de ambos países habían vivido veinte años de hostilidad y recelos; tenían que estar preparados para una revolución diplomática.

El problema táctico era más complicado para Nixon que para Mao. En cuanto este tomaba una decisión, podía ponerla en práctica sin detenerse ante nada. Todos sus opositores recordaban el destino de los críticos anteriores. Nixon, en cambio, tenía que superar un legado de veinte años de política exterior estadounidense basada

en la premisa de que China utilizaría todas las oportunidades posibles para debilitar a Estados Unidos y expulsarlo de Asia. Una vez que hubo entrado en la Casa Blanca, este punto de vista había cuajado y se había convertido en una doctrina establecida.

Por consiguiente, Nixon tuvo que mostrarse cauteloso ante la posibilidad de que la apertura diplomática hacia China resultara ser propaganda sin un cambio de planteamiento serio por parte de Pekín. En efecto, esta era una posibilidad clara, puesto que el único punto de contacto que habían tenido estadounidenses y chinos en veinte años habían sido las conversaciones entre

embajadores en Varsovia, cuyas reuniones se habían caracterizado sobre todo por su ritmo estéril y monótono. Había que informar sobre cada uno de los pasos a veinticuatro miembros del congreso y podían perderse nuevos planteamientos en los apremios contradictorios de la información de unos quince países a los que se mantenía informados sobre las conversaciones de Varsovia y entre los que se incluía Taiwan, que muchos, Estados Unidos entre ellos, reconocían aún como gobierno legítimo de China.

La planificación general de Nixon se convirtió en una oportunidad a raíz del enfrentamiento entre las fuerzas

soviéticas y chinas en la isla de Zhenbao (Damanski) en el río Ussuri, donde Siberia linda con China. El conflicto no habría llamado la atención de la Casa Blanca con tanta rapidez si el embajador soviético, Anatoli Dobrinin, no hubiera acudido en repetidas veces a mi despacho a comunicarme la versión soviética de lo sucedido. En aquel gélido período de la guerra fría era algo insólito que la Unión Soviética nos informara de unos hechos que se apartaban tanto del diálogo habitual que manteníamos, en realidad, de cualquier hecho. Sacamos la conclusión de que la Unión Soviética era probablemente el país agresor y que las informaciones,

cuando había pasado apenas un año desde la ocupación de Checoslovaquia, encubrían un plan más amplio. Confirmó la sospecha un estudio sobre los enfrentamientos en la frontera llevado a cabo por Allen Whiting, de RAND Corporation.Whiting llegó a la conclusión de que probablemente habían agredido los soviéticos, pues los incidentes se habían producido cerca de las bases de aprovisionamiento de estos y lejos de las chinas, y también de que el siguiente paso podría ser el ataque a las instalaciones nucleares chinas. Si era inminente una guerra chino-soviética, había que establecer una postura gubernamental estadounidense. Como

asesor de Seguridad Nacional, pedí un informe interdepartamental.

Resultó que el análisis sobre las causas inmediatas de los enfrentamientos era erróneo, al menos en lo referente al incidente de Zhenbao. Fue un caso de análisis equivocado que llevó a una evaluación correcta. Los estudios históricos recientes revelan que, en efecto, el incidente de Zhenbao fue provocado por los chinos, como afirmó Dobrinin; habían tendido una trampa y una patrulla fronteriza soviética sufrió en ella un gran número de víctimas.[30] Sin embargo, el objetivo chino era de defensa, de acuerdo con el concepto de prevención que se ha

explicado en el capítulo anterior. Los chinos planificaron el incidente para conseguir que los mandos soviéticos acabaran con una serie de contiendas a lo largo de la frontera, iniciadas probablemente por los soviéticos, que en Pekín se consideraban hostigamiento. La idea de prevención ofensiva implica una estrategia de anticipación basada no tanto en la derrota militar del adversario como en asestarle un golpe psicológico que le obligue a desistir de su empeño.

En realidad, la acción china tuvo el efecto contrario. Los soviéticos intensificaron el hostigamiento en toda la frontera hasta el punto de acabar con un batallón chino en Xinjiang. En esta

tesitura, a partir del verano de 1969 Estados Unidos y China iniciaron un intercambio de gestos encubiertos. Estados Unidos aligeró algunas restricciones comerciales secundarias de China. Zhou Enlai liberó a dos navegantes estadounidenses a los que habían detenido mientras se encontraban perdidos en aguas chinas.

Durante el verano de 1969 se multiplicaron los indicios que presagiaban una guerra entre China y la Unión Soviética. En la frontera china aumentó el contingente militar hasta llegar a cuarenta y dos divisiones, es decir, más de un millón de soldados chinos. Hubo cargos intermedios del

funcionariado soviético que iniciaron consultas con homólogos de otros países a fin de sondear cómo reaccionarían sus gobiernos ante un ataque preventivo en instalaciones nucleares chinas.

Los hechos llevaron al gobierno de Estados Unidos a considerar con más premura un posible ataque soviético a gran escala en China. La propia investigación se opuso a la experiencia de los responsables de política exterior durante la guerra fría. Durante toda una generación, China se había considerado el más belicoso de los dos gigantes comunistas. Jamás se había planteado que Estados Unidos pudiera tomar partido en una guerra entre ellos; el

hecho de que los dirigentes chinos estudiaran compulsivamente las posibles reacciones de Estados Unidos demostraba hasta qué punto el largo período de aislamiento había influido en su comprensión del proceso de toma de decisiones en Estados Unidos.

No obstante, Nixon había decidido definir la política por medio de consideraciones geopolíticas, y en ese sentido, cualquier cambio fundamental en el equilibrio de poder tenía que referirse cuando menos a una actitud estadounidense, y, en caso de ser importante, a una estrategia. Si decidíamos mantenernos al margen, teníamos que hacerlo a raíz de una

decisión consciente y no como último recurso. En una reunión del Consejo de Seguridad Nacional de agosto de 1969, Nixon optó por una actitud, aunque todavía no por una política. Presentó la entonces sorprendente tesis de que, en las circunstancias de aquellos momentos, la Unión Soviética era la parte más peligrosa y que una guerra chino-soviética en la que China quedara «aplastada» iría contra los intereses estadounidenses.[31] Entonces no se habló de lo que significaba aquello en la práctica. Lo que habría implicado para cualquiera que estuviera familiarizado con el razonamiento de Nixon era que, en la cuestión de China, la geopolítica

mandaba sobre otras consideraciones. Con esta política en mente, publiqué una directriz en la que estipulaba que en caso de conflicto entre la Unión Soviética y China, Estados Unidos adoptaría una postura de neutralidad, si bien en este marco se inclinaría al máximo hacia China.[32]

Fue un momento revolucionario para la política exterior de Estados Unidos: un presidente del país declaraba que tenía un interés estratégico en la supervivencia de un importante Estado comunista con el que no había tenido contactos significativos durante veinte años y contra el que había librado una guerra y había participado en dos

confrontaciones militares. ¿Cómo iba a transmitirse aquella decisión? Hacía meses que no se convocaban las conversaciones de Varsovia entre embajadores y, por otra parte, estas habrían tenido poco nivel para presentar un plan de tal magnitud. Por consiguiente, la administración decidió pasar al otro extremo y hacer pública la decisión de Estados Unidos de considerar el conflicto entre los dos gigantes comunistas como una cuestión que afectaba a los intereses del país.

En medio de un martilleo de belicosas declaraciones soviéticas en distintos foros con la amenaza de la guerra, se dio instrucciones a los responsables

estadounidenses de que Estados Unidos no se mostraba indiferente ante el problema ni permanecería pasivo. Se pidió a Richard Helms, director de la Agencia Central de Inteligencia, que elaborara un informe base, y en él reveló que al parecer las autoridades soviéticas sondeaban a otros líderes comunistas sobre su actitud ante un ataque preventivo en instalaciones nucleares chinas. El 5 de septiembre de 1969, el subsecretario de Estado, Elliot Richardson, habló categóricamente en un discurso pronunciado en la American Political Science Association: «No nos incumben las diferencias ideológicas entre los dos gigantes comunistas. Sin

embargo, no podemos sino experimentar una profunda preocupación por la intensificación del problema, que puede abrir una enorme brecha en la paz y la seguridad internacionales».[33] En el ámbito de la guerra fría, las declaraciones de Richardson advertían de que fuera cual fuese la opción escogida por Estados Unidos, no sería la vía de la indiferencia, sino que actuaría según sus intereses estratégicos.

Cuando se esbozaron estas medidas, su principal objetivo era crear un marco psicológico para la apertura hacia China. Comoquiera que desde entonces he leído muchos documentos publicados por las principales partes, me inclino a

pensar que la Unión Soviética estaba más dispuesta de lo que creíamos a llevar adelante un ataque preventivo y que, si se pospuso el proyecto, en buena medida fue por la incertidumbre sobre la reacción estadounidense. Hoy está claro, por ejemplo, que en octubre de 1969 Mao vio tan inminente el ataque que ordenó a todos los dirigentes (a excepción de Zhou, imprescindible para llevar el timón del gobierno) que se dispersaran por el país y se pusieran en alerta las fuerzas nucleares chinas, por insignificantes que pudieran parecer en aquellos momentos.

Ya fuera a consecuencia de las advertencias de Estados Unidos o de la

propia dinámica interna del mundo comunista, las tensiones entre China y la Unión Soviética aflojaron durante aquel año y fue disminuyendo la amenaza de guerra. El primer ministro soviético, Alexéi Kosiguin, que se había desplazado en septiembre a Hanoi a los funerales de Ho Chi Minh vía la India en lugar de vía China —una ruta mucho más larga—, cambió de pronto su viaje de vuelta cuando ya estaba en el aire para dirigir el avión hacia Pekín, en una de las espectaculares iniciativas que toman los países cuando desean dar un ultimátum o iniciar una nueva fase. En este caso no fue ni lo uno ni lo otro; mejor dicho, profundizando en la

perspectiva, ambas cosas. Kosiguin y Zhou estuvieron reunidos durante tres horas en el aeropuerto de Pekín, un recibimiento que no podría calificarse de caluroso para un primer ministro de un país que técnicamente seguía siendo un aliado. Zhou Enlai presentó un proyecto de acuerdo en el que se estipulaban retiradas mutuas en posiciones discutidas de la frontera septentrional, así como otras medidas para calmar las tensiones. Kosiguin tenía que rubricar el documento en su viaje de vuelta a Moscú. No lo hizo. Las tensiones alcanzaron su punto álgido en octubre, cuando Mao ordenó al principal dirigente de China que saliera de Pekín

y el ministro de Defensa, Lin Biao, puso a los militares en disposición de «alerta máxima».[34]

Se había abierto una vía para los contactos chino-estadounidenses. Cada una de las partes hacía lo imposible para que nadie pensara que había dado el primer paso: Estados Unidos, porque carecía de foro en el que situar en una posición formal la estrategia presidencial, y China, porque no quería demostrar debilidad frente a las amenazas. Todo ello se tradujo en un minué tan intrincado que una parte y otra de la pareja siempre podía afirmar que no existía contacto, y tan estilizado que nadie cargaba con la responsabilidad de

una iniciativa que podía ser rechazada y con tantas elipsis que podían seguir las relaciones políticas existentes sin necesidad de consultar un guión aún por escribir. Entre noviembre de 1969 y febrero de 1970 hubo como mínimo diez ocasiones en las que los diplomáticos estadounidenses y chinos de distintas capitales del mundo cruzaron unas palabras, algo destacable, pues hasta aquellos momentos siempre se habían evitado. Se rompió el bloqueo cuando transmitimos órdenes a Walter Stoessel, embajador de Estados Unidos en Varsovia, de entrar en contacto con los diplomáticos chinos en la siguiente

reunión social que se celebrara para expresarles nuestro deseo de diálogo.

Se estableció como lugar de encuentro un desfile de modelos yugoslavo en la capital polaca. Los diplomáticos chinos allí presentes, que no habían recibido instrucción alguna, huyeron del lugar. El relato que el cónsul hizo del incidente demuestra hasta qué punto estaban restringidas las relaciones. En una entrevista que le hicieron años más tarde, explicó que aquel día había visto a dos estadounidenses que hablaban y señalaban al grupo chino desde la otra parte del salón; aquel detalle hizo que los chinos se levantaran y abandonaran

el recinto, por miedo a verse obligados a entablar conversación. Los estadounidenses, decididos a cumplir con las instrucciones recibidas, los siguieron. Los diplomáticos chinos, desesperados, apretaron el paso y los estadounidenses echaron a correr tras ellos, gritando en polaco (la única lengua que comprendían todos): «Somos de la embajada estadounidense. Queremos reunirnos con vuestro embajador. […] El presidente Nixon ha dicho que quería reanudar las conversaciones con los chinos».[35]

Quince días después, el embajador chino en Varsovia invitó a Stoessel a una reunión en la embajada china para

preparar la reanudación de las conversaciones de Varsovia. Se abrió de nuevo el foro e inevitablemente surgieron cuestiones fundamentales. ¿De qué iban a hablar las dos partes? ¿Con qué finalidad?

Aquello sacó a la luz las diferencias sobre tácticas y estilo de negociación entre los dirigentes chinos y estadounidenses, como mínimo respecto a la clase dirigente diplomática de Estados Unidos que había supervisado las conversaciones de Varsovia durante más de cien reuniones infructuosas. Las diferencias habían quedado disimuladas mientras ambas partes veían el punto muerto como algo positivo para sus

objetivos: China iba a reclamar que Taiwan pasara a soberanía china; Estados Unidos propondría renunciar a la fuerza ante lo que presentaba como un conflicto entre dos partes chinas.

En el momento en que unos y otros buscaron la forma de avanzar, la diferencia en el estilo de negociación pasó a convertirse en algo importante. Los negociadores chinos utilizan la diplomacia para enlazar elementos políticos, militares y psicológicos en un plan estratégico. Para ellos, la diplomacia es la elaboración de un principio estratégico. No atribuyen significado específico al proceso de negociación como tal; tampoco

consideran que la apertura de una negociación concreta constituya un acontecimiento transformativo. No consideran que las relaciones personales puedan afectar a sus opiniones, aunque pueden recurrir a vínculos personales para facilitar sus tareas. No ven problemas emocionales en los bloqueos; consideran que son mecanismos inevitables en la diplomacia. Valoran la buena voluntad solo cuando sirve para un objetivo o una táctica definibles. Y con toda la paciencia del mundo se plantean la perspectiva de futuro ante interlocutores impacientes, convirtiendo así el tiempo en su aliado.

La actitud de los diplomáticos estadounidenses es muy distinta. La perspectiva dominante de la política de este país sitúa a las fuerzas militares y a la diplomacia como fases de actuación diferenciadas, básicamente aparte. La acción militar se considera que en según qué circunstancias crea las condiciones para la negociación, si bien en cuanto estas se inician se ven como algo impulsado por su propia lógica interna. Esto explica que, al principio de las negociaciones, Estados Unidos redujera las intervenciones militares en Corea y aceptara detener el bombardeo en Vietnam, sustituyendo en cada caso garantías por presión y reduciendo los

incentivos materiales en pro de los intangibles. La diplomacia estadounidense suele inclinarse por lo específico frente a lo general, lo práctico respecto a lo abstracto. Se le pide «flexibilidad; se siente obligada a acabar con los bloqueos con nuevas propuestas, y de forma no deliberada lleva a nuevos estancamientos que han de suscitar nuevas propuestas. A menudo determinados adversarios utilizan estas tácticas en aras de una estrategia de dilación.

En el caso de las conversaciones de Varsovia, las posiciones de Estados Unidos surtieron el efecto opuesto. China volvió a las conversaciones de

Varsovia porque Mao había tomado la decisión estratégica de seguir las recomendaciones de los cuatro mariscales para conseguir un diálogo al más alto nivel con Estados Unidos. En cambio, los diplomáticos estadounidenses (a diferencia de su presidente) no previeron —ni siquiera imaginaron— un avance como este; mejor dicho, definieron el avance como el hecho de insuflar vida a un proceso que habían ido alimentando durante 134 reuniones hasta la fecha. En el proceso habían creado una planificación que reflejaba las cuestiones pragmáticas que se habían ido acumulando entre ambos países: acuerdos sobre reivindicaciones

económicas pendientes entre ambos bandos, presos en cárceles de uno y otro, comercio; control armamentístico, intercambios culturales. La idea de los negociadores sobre un avance se centraba en la disponibilidad de China de seguir esta agenda.

En las dos reuniones de las reanudadas negociaciones de Varsovia, celebradas el 20 de febrero y el 20 de marzo de 1970, imperó el diálogo de sordos. Como asesor de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, insté al equipo negociador a repetir lo que nuestros enviados habían intentado comunicar a los diplomáticos chinos en su huida en el desfile de modelos:

«Estados Unidos estaría preparado para considerar el envío de un representante a Pekín para hablar directamente con sus autoridades o a recibir en Washington a un representante de su gobierno». Los negociadores chinos repitieron de manera formal la postura habitual sobre Taiwan, aunque con más suavidad. Sin embargo, camuflado en la respuesta formularia sobre Taiwan había un avance insólito: China estaba dispuesta a considerar las conversaciones fuera de los canales de Varsovia en el ámbito de los embajadores o a través de otros canales «para reducir tensiones entre China y Estados Unidos y esencialmente mejorar las relaciones».[36] No supeditó

las conversaciones al acuerdo sobre la cuestión de Taiwan.

Los negociadores estadounidenses intentaron evitar este planteamiento más amplio. En la primera ocasión en que se planteó, no dieron respuesta alguna. Posteriormente establecieron puntos específicos para desviar la propuesta china de una revisión global de las relaciones y conseguir una oportunidad de abordar la agenda de Estados Unidos desarrollada durante veinte años de conversaciones inconexas.[37]

Nixon estaba tan impaciente con el planteamiento como debía de estar Mao. «Matarán a la criatura antes de que nazca», dijo Nixon cuando se vio ante un

plan propuesto por el equipo negociador. Pero se mostraba reacio a dar el visto bueno al diálogo geopolítico por miedo a que el sistema de información creara controversia y la necesidad de dar un sinfín de garantías antes de que estuviera clara la actitud china. La postura de Mao era más ambigua. Por una parte, quería examinar el acercamiento con Estados Unidos, pero los intercambios tenían lugar a principios de la década de 1970, cuando la administración de Nixon se enfrentaba a manifestaciones masivas contra la decisión de enviar fuerzas a Camboya a desbaratar las bases de aprovisionamiento que apoyaban las

ofensivas de Hanoi en Vietnam del Sur. Para Mao, la cuestión era si las manifestaciones señalaban el principio de una auténtica revolución mundial, tan esperada por los marxistas y que tantas decepciones les había producido. Si China se acercaba a Estados Unidos, ¿lo haría precisamente en el momento en que se estaba llevando a cabo la revolución mundial? Todas estas perspectivas ocupaban una parte importante de la planificación de Mao en la década de 1970.[38] Puso como excusa la incursión militar estadounidense en Camboya para anular las siguientes conversaciones de Varsovia, programadas para el 20 de

mayo de 1970. Nunca más se reanudaron.

Nixon buscaba un foro con menos limitaciones burocráticas y más bajo su directo control. Mao pretendía llegar a los más altos niveles del gobierno de Estados Unidos cada vez que tomaba una decisión firme. Ambos tenían que avanzar con cuidado si no querían que una divulgación prematura desencadenara un ataque soviético o que un rechazo del otro bando frustrara la iniciativa. Cuando fracasaron las conversaciones de Varsovia, el nivel operativo del gobierno estadounidense pareció aliviado al quitarse de encima los problemas y el peligro interior que

entrañaba una negociación con Pekín. Durante el año en que Nixon y Mao buscaron dónde establecer un diálogo de alto nivel, los estamentos inferiores de la diplomacia estadounidense en ningún momento plantearon en la Casa Blanca la cuestión de lo sucedido en las conversaciones de Varsovia, ni sugirieron que se volvieran a convocar.

Durante casi un año después de la cancelación de la reunión propuesta para el 20 de mayo, el dirigente estadounidense y el chino se pusieron de acuerdo en el objetivo, pero se encontraron ante el problema de veinte años de aislamiento, y ya no se trataba tan solo de diferencias culturales entre

los planteamientos de negociación de un país y otro. En realidad, el enfoque de Nixon difería más del de sus propios diplomáticos que del de Mao. Él y yo queríamos investigar la situación estratégica fruto de la relación triangular entre la Unión Soviética, China y Estados Unidos. Buscábamos una ocasión para iniciar un diálogo geopolítico más que para eliminar obstáculos.

Mientras las dos partes iban dando rodeos, la elección de los intermediarios decía mucho de cómo veían la tarea que llevaban entre manos. Nixon aprovechó la ocasión de un viaje alrededor del mundo en julio de 1970

para comentar a sus anfitriones de Pakistán y Rumanía que esperaba tener un intercambio al más alto nivel con los dirigentes chinos y que podían comunicar sus deseos a Pekín. Yo mismo, como asesor de Seguridad Nacional, mencioné este extremo a Jean Sainteny, ex embajador francés en Hanoi, amigo de muchos años, que se relacionaba con Huang Zhen, embajador chino en París. Es decir, la Casa Blanca escogió a un amigo de China no alineado (Pakistán), a un miembro del Pacto de Varsovia conocido por sus ansias de independencia de Moscú (Rumanía) y a un miembro de la OTAN que destacaba por su compromiso respecto a la

independencia estratégica (Francia, suponiendo que Sainteny transmitiera nuestro mensaje al gobierno francés). Pekín nos hizo llegar alguna indirecta a través de su embajada en Oslo, Noruega (país aliado de la OTAN), y, curiosamente, de Kabul, Afganistán (quizá partiendo de la idea de que era un lugar tan insólito que nos llamaría la atención). Pasamos por alto Oslo, pues nuestra embajada en esta ciudad no contaba con el apoyo necesario de personal; Kabul, evidentemente, era un lugar aún más remoto. Además, no queríamos volver a encauzar el diálogo a través de las embajadas.

China no tuvo en cuenta el

acercamiento directo a través de París, pero al cabo de un tiempo respondió a las aproximaciones de Rumanía y de Pakistán. No obstante, Mao se puso en contacto con nosotros, pero de una forma tan sutil e indirecta que ni nos percatamos de ello. En octubre de 1970, Mao concedió otra entrevista a Edgar Snow, a quien la administración de Nixon consideraba simpatizante del dirigente comunista. Para demostrar la importancia que concedía a la ocasión, el 8 de octubre de 1970 Mao hizo colocar a Snow a su lado en la tarima desde la que veía el desfile de celebración de la victoria comunista en la guerra civil. La mera presencia de un

estadounidense junto al presidente simbolizaba —o pretendía simbolizar para el pueblo chino— que no solo el contacto con Estados Unidos tenía cabida en la política china, sino que era una destacada prioridad.

La entrevista se realizó de manera compleja. Se entregó a Snow la transcripción de esta con la condición de que utilizara únicamente citas indirectas. Se le dijo también que tenía que esperar tres meses para publicarla. Es probable que los chinos pensaran que Snow sometería el texto a la aprobación del gobierno de Estados Unidos y que luego el resumen publicado daría más

fuerza a un proceso que ya estaba en marcha.

Aquello no funcionó, por la misma razón por la que la entrevista de 1965 no tuvo ninguna influencia en el gobierno estadounidense. Hacía mucho tiempo que Snow era amigo de la República Popular de China; aquello lo descartaba del círculo de la política exterior de Estados Unidos, pues se le consideraba propagandista de Pekín. Ninguna transcripción de su entrevista llegó nunca a las más altas instancias del gobierno, y mucho menos a la Casa Blanca, y cuando meses después salió a la luz el artículo, ya le habían tomado la delantera otras comunicaciones.

Fue una lástima que no llegara a nosotros la transcripción, pues el presidente había hecho unas declaraciones revolucionarias. Durante casi diez años, China se había mantenido aislada del mundo. Mao anunciaba entonces que pronto invitaría a visitar China a estadounidenses de todas las tendencias políticas. Nixon sería bienvenido «como turista o como presidente», puesto que el dirigente comunista había llegado a la conclusión de que «los problemas entre China y Estados Unidos tendrían que resolverse con Nixon», ya que en dos años se celebrarían las elecciones presidenciales.[39]

Mao había pasado de denigrar a Estados Unidos a invitar a su presidente al diálogo. Además, añadió un comentario sorprendente sobre la situación interna en China, que daba a entender que dicho diálogo tendría lugar en una nueva China.

Mao dijo a Snow que daba por finalizada la Revolución Cultural. Lo que había pretendido que fuera una renovación moral e intelectual, según dijo, se había convertido en coacción. «Cuando los extranjeros informaron de que en China reinaba el caos, no mentían. Era cierto. La lucha [entre chinos] seguía […] primero con espadas, luego con fusiles y más tarde

con morteros.»[40] Mao, contó Snow, lamentaba el culto a la personalidad que se había creado alrededor de su persona: «Es difícil para el pueblo —decía el presidente— superar las costumbres de tres mil años de tradición de venerar al emperador». El tratamiento que se le daba de «Gran Timonel [...] tarde o temprano se eliminaría». El único que quería mantener era el de «maestro».[41]

Aquellas eran unas declaraciones insólitas. Después de haber sacudido el país con agitaciones que habían llegado hasta la destrucción del Partido Comunista, con lo que el único elemento de cohesión que quedaba era el culto a

la personalidad, Mao daba por acabada la Revolución Cultural. Una iniciativa pensada para que el presidente pudiera gobernar sin inhibiciones doctrinales o burocráticas. Se había sustentado en unas estructuras desarticuladas y con lo que entonces Mao explicaba como «malos tratos a los "cautivos" —miembros del Partido y otros apartados del poder y sometidos a reeducación».[42]

¿Dónde quedaba con todo esto la gobernanza china? ¿Acaso lo contaba así Mao a un periodista extranjero, con su característico estilo tortuoso y plagado de elipsis, en busca de su gran objetivo, abrir una nueva fase en las relaciones entre China, Estados Unidos y el resto

del mundo, insinuando un cambio de rumbo? Como escribió Snow, Mao anunció: «Entre chinos y estadounidenses no hacen falta los prejuicios. Puede haber respeto e igualdad mutuos. Tengo grandes esperanzas en los pueblos de los dos países».[43]

Haciendo un paréntesis en la tradición de la política exterior de Estados Unidos, Nixon pidió la relajación de las tensiones sobre la base de unas consideraciones geopolíticas con el objetivo de que China volviera al sistema internacional. Pero para Mao, que estaba centrado en China, el punto principal no era tanto el sistema

internacional como el futuro de China. De cara a su seguridad, estaba dispuesto a cambiar el centro de gravedad de la política china y conseguir un cambio en las alianzas, aunque no en nombre de una teoría de las relaciones internacionales, sino como una nueva vía para la sociedad china, en la que el país incluso pudiera aprender de Estados Unidos:

> China tendría que aprender de la forma en que se desarrolló Estados Unidos, por medio de la descentralización y la distribución de la responsabilidad y la riqueza entre sus 50 estados. Un gobierno central no lo puede hacer todo. China debe depender de las iniciativas regionales y locales. No sería

correcto [*extendió los brazos*] dejárselo todo a él [a Mao].[44]

En resumen, Mao reafirmó los principios clásicos del gobierno chino proyectados en los fundamentos confucianos de rectitud moral. Dedicó una parte de la entrevista a criticar duramente la costumbre de mentir, y no acusó de ello a los estadounidenses, sino a los miembros de la Guardia Roja, a los que se había retirado hacía poco el poder. «Si una persona no dice la verdad —concluyó Mao—, ¿cómo puede ganarse la confianza de los demás? ¿Quién va a confiar en ella?»[45] Snow dejó constancia de ello. El ideólogo radical e intimidatorio de ayer

aparecía ahora disfrazado de sabio confuciano. La frase con la que concluía parecía expresar un sentimiento de resignación hacia las nuevas circunstancias, si bien no carecía, como siempre, de un doble sentido intencionado: «Él era —dijo— tan solo un monje solitario que circulaba por el mundo con un paraguas agujereado».[46]

En la última frase había más burla de la habitual, pues se presentaba al creador del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural en su retorno a su vocación filosófica original como un maestro solitario. Como destacaron algunos comentaristas chinos posteriormente, la cita en el texto inglés

de Snow no era más que la primera frase de un conocido dístico chino.[47] El dístico completo no es tanto una cuestión de burla como de mal presagio. Su segunda línea, que no se pronunció, o al menos no se tradujo, era: *wu fa wu tian*. Los caracteres escritos significan «sin pelo, sin cielo», es decir, el monje es calvo y, por el hecho de llevar un paraguas, no ve el cielo. De todas formas, en el lenguaje tonal chino, se trata de un juego de palabras. Si se pronuncia con una ligera diferencia, la frase adquiere un nuevo significado, «sin ley, sin cielo», o de una forma no tan literaria, «el desafío de las leyes humanas y divinas», «ni temor de Dios

ni respeto a la ley», «pisar la ley sin inmutarse».[48]

En otras palabras, el aldabonazo de Mao iba incluso más lejos y era más sutil de lo que parecía a primera vista. Mao se situó en el papel de sabio clásico errante y al mismo tiempo como representante de la ley. ¿Acaso jugaba con su entrevistador de habla inglesa? ¿Tal vez Snow entendería el juego de palabras, algo que, para un occidental, es de lo más confuso? (A veces Mao esperaba demasiado de la sutileza de Occidente, y en ocasiones los occidentales exageraban la suya.) Teniendo en cuenta el contexto, es probable que el juego de palabras se

dirigiera a su pueblo, y en especial a los dirigentes que pudieran oponerse al acercamiento a Estados Unidos, país tan odiado hasta entonces, una oposición que con el tiempo culminó en la crisis —y en el supuesto golpe de Estado— de Lin Biao poco después de la apertura de Estados Unidos hacia China. En efecto, Mao anunciaba que estaba a punto de poner de nuevo el mundo patas arriba. En aquella misión no iba a seguir «leyes humanas o divinas», ni siquiera las leyes de su propia ideología. Avisó a los escépticos de que dejaran expedito el camino.

Sin duda, el texto de Mao circuló entre las altas instancias de Pekín,

aunque Washington lo ignorara. Se había pedido a Snow que retrasara su publicación para que China pudiera presentar una iniciativa oficial. Mao decidió cortar con todo el ritual de las comunicaciones contando con terceros y se dirigió directamente a la administración estadounidense al más alto nivel. El 8 de diciembre de 1970, Zhou Enlai mandó un mensaje a mi despacho de la Casa Blanca. Como rememoración de unas prácticas diplomáticas de siglos anteriores, el embajador paquistaní había traído el recado desde Islamabad, donde se había entregado en forma de comunicación manuscrita. En la misiva de Pekín se

hacía mención de los mensajes recibidos a través de intermediarios. Se citaba un comentario hecho por Nixon al presidente Agha Muhammad Yahya Khan de Pakistán, cuando este se puso en contacto con la Casa Blanca unas semanas antes, con el objetivo de que Estados Unidos, en sus negociaciones con la Unión Soviética, no participara en un «bloque contra China» y estuviera dispuesto a mandar a un emisario a un lugar conveniente para ambos a fin de organizar unos contactos de alto nivel con China.[49]

Zhou Enlai respondió, lo que no había hecho en anteriores mensajes, porque, según dijo, era la primera vez que un

mensaje «venía de un jefe, pasaba a través de un jefe y llegaba a un jefe».[50]

Haciendo hincapié en que la respuesta contaba con la aprobación de Mao y Lin Biao, a quien Mao había designado heredero suyo, Zhou invitó a Pekín a un emisario especial para hablar sobre «el desalojo [*sic*] de los territorios chinos denominados Taiwan, ocupados durante los últimos quince años por tropas extranjeras de Estados Unidos».[51]

Era un documento astuto. En realidad, ¿de qué quería hablar Zhou Enlai? ¿De la reversión de Taiwan a China o de la presencia de soldados estadounidenses en la isla? No se hacía referencia al tratado de ayuda mutua.

Independientemente de su significado, era la exposición más suave sobre la cuestión de Taiwan que se había recibido en Pekín en veinte años. ¿Atañía tan solo a las fuerzas estadounidenses destinadas a Taiwan, en su mayoría de apoyo a Vietnam? ¿O quizá implicaba una petición más amplia? En cualquier caso, el hecho de invitar al representante de los vapuleados «capitalistas monopolistas»[52] a Pekín tenía que reflejar algo más profundo que el deseo de hablar de Taiwan, tema para el cual se había creado ya un foro; lo más probable era que implicara la seguridad de China.

La Casa Blanca optó por dejar la respuesta abierta a unos contactos directos. En nuestra respuesta aceptamos el principio de un emisario, si bien definimos su misión como «la amplia gama de cuestiones entre la República de China y Estados Unidos», es decir, el emisario estadounidense no aceptaría limitar la planificación al tema de Taiwan.[53]

Con la previsión de la posibilidad de que la vía paquistaní no trabajara con la máxima eficiencia, Zhou Enlai envió un mensaje paralelo a través de Rumanía, que, por alguna razón jamás explicada, llegó en enero, un mes después del de Pakistán. Este también, tal como se nos

dijo, había sido «revisado por el presidente Mao y por Lin Biao».[54] Hablaba de Taiwan como una cuestión pendiente entre China y Estados Unidos e incluía un elemento completamente nuevo: dado que el presidente Nixon había visitado ya Belgrado y Bucarest —capitales de países comunistas—, también sería bien recibido en Pekín. Teniendo en cuenta los enfrentamientos militares de los últimos quince años, era significativo que Taiwan figurara como la única cuestión entre China y Estados Unidos; dicho de otra forma, quedaba claro que Vietnam no era un obstáculo para la reconciliación.

Respondimos a través de la vía

rumana, aceptando el principio de un emisario, pero ignorando la invitación hecha al presidente. En aquel primer estadio de contactos, la aceptación de la visita presidencial era problemática, por no decir arriesgada. Les transmitimos nuestra propuesta de planificación redactada de forma que no se prestara a confusión, siguiendo los términos del mensaje mandado vía Pakistán, que daba a entender que Estados Unidos estaba dispuesto a hablar de todas las cuestiones que afectaran a ambos países, incluyendo la de Taiwan.

Zhou Enlai había visto a Yahya en octubre y al viceprimer ministro rumano en noviembre. Mao había recibido a

Snow a principios de octubre. Todos los mensajes se pasaron con unas semanas de diferencia, lo que demostraba que la diplomacia había superado la fase táctica y se estaba organizando ya para un importante desenlace.

Pero para sorpresa de todos nosotros —y también para nuestra desazón— no hubo respuesta hasta pasados tres meses. Probablemente fue a causa de la ofensiva sudvietnamita, apoyada por las fuerzas aéreas de Estados Unidos, en la Ruta Ho Chi Minh a través del sur de Laos, la principal vía de abastecimiento que tenían las fuerzas norvietnamitas en el sur. Al parecer, Mao también tenía sus dudas sobre la perspectiva de una

revolución en Estados Unidos a partir de las manifestaciones contra la guerra de Vietnam.[55] Tal vez fuera porque Pekín se inclina siempre por seguir un ritmo que deje patente su distancia respecto a las meras consideraciones tácticas y reprime cualquier demostración de afán por su parte y mucho más las de debilidad. Lo más probable es que Mao necesitara tiempo para organizar a su pueblo.

Hasta principios de abril no tuvimos noticias de China. No escogió ninguna de las vías que habíamos establecido nosotros, sino un método propio, que sacó a la luz el deseo de este país de conseguir una mejor relación con

Estados Unidos y dependía mucho menos de las iniciativas planteadas por el gobierno estadounidense.

He aquí los antecedentes del episodio que se ha dado en llamar diplomacia del ping-pong. Un equipo de ping-pong participó en un campeonato internacional en Japón, la primera vez que un equipo chino competía fuera del país desde el inicio de la Revolución Cultural. En los últimos años se había comentado que el encuentro pendiente entre los equipos chinos y estadounidenses había suscitado un gran debate interno entre los dirigentes chinos. El ministro de Asuntos Exteriores de China recomendó en un

principio no participar en el campeonato, o al menos mantenerse apartados del equipo estadounidense. Zhou remitió el asunto a la consideración de Mao, quien reflexionó sobre él durante dos días. Una noche, a altas horas, después de una de sus periódicos episodios de insomnio, Mao «cayó como un saco sobre la mesa» presa de un sopor inducido por los somníferos. De pronto llamó a la enfermera para decirle que telefoneara al ministro de Asuntos Exteriores, «y le ordenó que invitara al equipo de Estados Unidos a visitar China». La enfermera le preguntó: «¿Debemos hacer caso de sus palabras después de haberse

tomado los somníferos?». Mao respondió: «En efecto, de todas y cada una de ellas. ¡Hágalo ahora mismo o será demasiado tarde!».[56]

Contando con la orden de Mao, los deportistas chinos aprovecharon la ocasión para invitar al equipo estadounidense a visitar China. El 14 de abril de 1971, los perplejos jóvenes estadounidenses se encontraron en el Gran Salón del Pueblo en presencia de Zhou Enlai, un honor que ni siquiera habían alcanzado la gran mayoría de los embajadores extranjeros instalados en Pekín.

«Habéis abierto un nuevo capítulo en las relaciones entre el pueblo

estadounidense y el chino —afirmó el primer ministro chino—. Confío en que el principio de nuestra amistad tendrá el apoyo de la mayoría en nuestros pueblos.» Los atletas, asombrados por el papel que se les asignaba entre la diplomacia de alto nivel, no respondieron y tuvo que ser Zhou Enlai quien concluyera con una frase que más tarde descubrimos que era característica de él: «¿No os parece?», lo que desató un gran aplauso.[57]

Como era habitual en la diplomacia china, Mao y Zhou trabajaban en distintos niveles. En uno de ellos, la diplomacia del ping-pong fue la respuesta a los mensajes

estadounidenses de enero. Comprometió públicamente a China a optar por una vía hasta entonces reservada a los conductos diplomáticos más secretos. En este sentido fue reconfortante. De todas formas, constituyó también un aviso sobre el camino que podía seguir China en caso de fracasar las comunicaciones secretas. Pekín podía lanzar entonces una campaña pública —lo que hoy se llamaría «diplomacia entre personas»—, parecida a lo que hacía Hanoi al ejercer presión por lograr sus objetivos en Vietnam y hacer un llamamiento al movimiento de protesta que iba en aumento en la sociedad

estadounidense sobre la base de otra «oportunidad perdida para la paz».

Zhou demostró pronto que la vía diplomática seguía siendo su opción preferida. El 29 de abril, el embajador paquistaní entregó otro mensaje manuscrito de Pekín con fecha de 21 de abril. Explicaba el largo silencio por medio de «la situación del momento».[58] Sin explicar si se refería a las condiciones internas o internacionales, si bien reiteraba la voluntad de recibir a un enviado especial. Zhou fue específico sobre el emisario que Pekín tenía en mente, y me citó a mí o al secretario de Estado, William Rogers, o «incluso al propio presidente de Estados

Unidos».[59] Como condición para la reanudación de las relaciones, Zhou citó tan solo la retirada de las fuerzas armadas estadounidenses de Taiwan y del estrecho de Taiwan —con mucho, la cuestión menos polémica— y no habló de la reversión de Taiwan.

En aquel punto, el secretismo con el que se había llevado a cabo la diplomacia estuvo a punto de llevar la empresa al fracaso, como habría ocurrido en cualquier otro período de contactos con Pekín. Nixon había decidido que la vía hacia Pekín debía limitarse a la Casa Blanca. Ningún otro organismo tuvo noticias de las dos comunicaciones de Zhou Enlai que

habían llegado en los meses de diciembre y enero. Así, en una información pública de 28 de abril, un portavoz del Departamento de Estado hablaba de la postura estadounidense sobre la soberanía de Taiwan como «una cuestión pendiente, sujeta a resolución internacional». Cuando el secretario de Estado, que había acudido a una reunión diplomática en Londres, apareció al día siguiente en televisión, comentó la entrevista de Snow y descartó la invitación de Nixon como algo «informal» y nada «serio». Describió la política exterior china tachándola de «expansionista» y «bastante paranoica». Solo sería posible avanzar en las

negociaciones —y en un posible viaje de Nixon a China— si este país decidía entrar en la comunidad internacional de alguna forma aún no especificada y acataba «las estipulaciones de la legislación internacional».[60]

El hecho de que se avanzó en la reanudación del diálogo nos da una idea de la magnitud de los imperativos estratégicos de China. El portavoz gubernamental calificó de «trampa» y de «intervención descarada en los asuntos chinos» la referencia a Taiwan como cuestión pendiente. Sin embargo, acompañó a la invectiva la reafirmación de que la visita del equipo de ping-pong constituía un nuevo paso en el camino de

la amistad entre los pueblos chino y estadounidense.

El 10 de mayo aceptamos la invitación de Zhou a Nixon, aunque insistiendo de nuevo en la necesidad de una agenda más amplia. En nuestra comunicación estipulábamos: «En esta reunión, cada parte tendrá libertad para plantear la cuestión que más le preocupe».[61] A fin de preparar la cumbre, el presidente me propuso que, como asesor de Seguridad Nacional, le representara a él en una reunión secreta preliminar con Zhou. Sugerimos una fecha específica. La razón para ella no tenía nada que ver con la política en mayúsculas. Entre finales de primavera

y principios de verano, el gobierno y la Casa Blanca habían planeado una serie de desplazamientos y aquel era el primer día en el que quedaba libre un avión adecuado.

El 2 de junio recibimos la respuesta china. Zhou nos informaba de que había comunicado a Mao que Nixon había aceptado «encantado» la invitación china.[62] Y que iban a recibirme en Pekín para las conversaciones preliminares en la fecha propuesta. No dimos importancia al hecho de que en la comunicación no se citara ya a Lin Biao.

En un año, la diplomacia chino-estadounidense había pasado del conflicto irreconciliable a una visita a

Pekín de un emisario del presidente para preparar la visita de este. Y todo esto eludiendo la retórica de veinte años y concentrándonos en el objetivo estratégico fundamental del diálogo geopolítico que iba a llevar a una reestructuración del orden internacional de la guerra fría. Si Nixon hubiera seguido el consejo de sus asesores, habría utilizado la invitación china para volver a la planificación tradicional y acelerar su estudio como condición previa para unas conversaciones a un nivel más alto. Aparte de que esto se hubiera considerado como un rechazo, el proceso de activación del contacto chino-estadounidense probablemente

habría quedado desbordado por las presiones internacionales en ambos países. Nixon no contribuyó tanto al creciente entendimiento entre China y Estados Unidos porque comprendió su conveniencia como porque supo proporcionarle una base conceptual con la que pudo sintonizar la opinión china. Para Nixon, la apertura hacia este país comunista formaba parte de un plan estratégico global y no de una lista de discordias mutuas.

Los dirigentes chinos buscaron un planteamiento paralelo. Para ellos no tenía ningún sentido lo de volver al orden internacional existente, aunque solo fuera porque no creían que el

sistema internacional existente, en el que no habían contribuido, tuviera alguna validez para ellos. Nunca habían considerado que su seguridad radicara en la ordenación legal de una comunidad de estados soberanos. Los estadounidenses hasta el día de hoy suelen considerar la apertura hacia China como la reanudación de una amistad que se encontraba encallada. Los dirigentes chinos, en cambio, estaban familiarizados con el *shi*: el arte de comprender la materia en estado de cambio.

Cuando Zhou escribió sobre el restablecimiento de la amistad entre los pueblos chino y estadounidense,

describió la actitud necesaria para fomentar un nuevo equilibrio internacional y no un estado definitivo de relación entre pueblos. En los escritos chinos es muy difícil encontrar los sagrados términos del vocabulario estadounidense del orden legal internacional. Más bien lo que se buscaba era un mundo en el que China encontrara la seguridad y el progreso a través de una especie de coexistencia combativa en la que la disposición para la lucha ocupara el mismo lugar de honor que la idea de la coexistencia. Fue en este mundo en el que entró Estados Unidos en su primera misión diplomática en la China comunista.

9
La reanudación de las relaciones
Primeros contactos con Mao y Zhou

El acontecimiento más espectacular de la presidencia de Nixon se produjo en la sombra. El presidente había decidido que, para que la misión de Pekín triunfara, tenía que llevarse a cabo en secreto. Una gestión pública de los contactos habría puesto en marcha en el gobierno de Estados Unidos un

complicado plan interno de autorización e insistentes peticiones de consulta de todo el mundo, incluyendo Taiwan (reconocido, a la sazón, como gobierno de China). Aquello nos habría hipotecado las perspectivas con Pekín, cuya actitud pretendíamos descubrir. La transparencia es un objetivo básico, pero las oportunidades históricas para la creación de un orden internacional pacífico tienen también sus imperativos.

Así pues, mi equipo partió hacia Pekín, vía Saigón, Bangkok, Nueva Delhi y Rawalpindi, en un viaje que se anunció como misión investigadora en nombre del presidente. El grupo estaba formado por unos cuantos funcionarios

estadounidenses, además del núcleo constituido por mis asesores, Winston Lord, John Holdridge y los agentes del Servicio Secreto Jack Ready y Gary McLeod. El impresionante objetivo exigía una serie de fatigosas paradas en cada una de las ciudades, planificadas de forma que dieran una impresión de tanta normalidad que los medios de comunicación dejaran de seguir nuestros movimientos. En Rawalpindi desaparecimos durante cuarenta y ocho horas, aduciendo la necesidad de un descanso (yo mismo fingí no encontrarme bien), en un lugar del Himalaya. En Washington, solo el presidente y el coronel Alexander Haig

(ascendido posteriormente a general), mi principal asesor, conocían nuestro destino.

Cuando la delegación estadounidense llegó a Pekín el 9 de julio de 1971, el equipo conocía ya la sutileza de la comunicación de los chinos, pero no sabía cómo llevaba Pekín las negociaciones, y mucho menos de qué forma recibía a las visitas. La experiencia de Estados Unidos con la diplomacia comunista se basaba en los contactos con los dirigentes soviéticos, sobre todo con Andréi Gromiko, que solía convertir la diplomacia en una prueba de disposición burocrática; era impecablemente correcto en la

negociación, pero también implacable en lo básico, incluso a veces uno tenía la impresión de que forzaba hasta el límite su autodisciplina.

La tensión no apareció en ninguna parte en la acogida de los chinos a los secretos visitantes, ni tampoco durante el diálogo que siguió. En todas las maniobres preliminares nos habíamos sentido a veces desconcertados por las irregulares interrupciones entre mensajes, que achacábamos a algo relacionado con la Revolución Cultural. Desde nuestra llegada, sin embargo, nada pareció alterar la serena tranquilidad de nuestros anfitriones, que se comportaban como si dar la

bienvenida al emisario especial del presidente de Estados Unidos por primera vez en la historia de la República Popular de China fuera lo más natural del mundo.

En efecto, nos encontramos ante un estilo de diplomacia más parecido al de la diplomacia tradicional china que al de las puntillosas formas a las que nos habíamos acostumbrado en nuestras negociaciones con otros estados comunistas. Históricamente, los estadistas chinos habían destacado como anfitriones, en el ceremonial y en el cultivo de las relaciones personales como medios en el arte de gobernar. Era una diplomacia que se ajustaba al reto

tradicional chino de seguridad: la conservación de una civilización sedentaria y agrícola rodeada por una serie de pueblos que, de unirse, habrían conseguido una capacidad militar posiblemente superior. China había sobrevivido, y normalmente se había impuesto, con el dominio del arte de fomentar una calibrada combinación de recompensas y castigos, así como una imponente función cultural. En un contexto así, la hospitalidad suele convertirse en un aspecto de la estrategia.

En nuestro caso, las atenciones no empezaron cuando nuestra delegación llegó a Pekín, sino de camino hacia

Islamabad. Para nuestra sorpresa, habían mandado a Pakistán a un grupo de diplomáticos chinos de habla inglesa para que nos acompañaran en el viaje y aliviaran cualquier tensión que pudiéramos experimentar durante un vuelo de cinco horas hacia un destino desconocido. El citado grupo había subido al avión antes que nosotros, para gran sorpresa de nuestro personal de seguridad, acostumbrado a ver como enemigos a quienes llevaban el uniforme de Mao. Durante el viaje, el equipo pudo poner a prueba una parte de su investigación y recoger datos para el presidente sobre las características personales de quienes les visitaban.

Zhou había seleccionado el equipo dos años antes, cuando se planteó por primera vez la apertura hacia Estados Unidos después del informe de los cuatro mariscales. Estaba formado por tres miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores, uno de los cuales, Tang Longbin, posteriormente formaría parte del equipo del protocolo en la visita de Nixon; en él figuraba también Zhang Wenjin, ex embajador y especialista en lo que en China se denominaban «Asuntos de Europa occidental, América y Oceanía», y, como pudimos comprobar, extraordinario lingüista. Los dos miembros más jóvenes de la delegación representaban a Mao y

establecían la comunicación directa con él. Eran Wang Hairong, su sobrina nieta, y Nancy Tang, una intérprete extraordinariamente competente nacida en Brooklyn, cuya familia se había trasladado a China para colaborar con la revolución y que ejercía al mismo tiempo una función de asesoramiento político. Todo esto lo supimos más tarde, como también nos enteramos de que en un primer acercamiento los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores habían reaccionado igual que los mariscales. Necesitaban la confirmación personal de Zhou de que la misión constituía una directriz de Mao y no una prueba sobre su lealtad a la

revolución.

Nos recibió el mariscal Ye Jianying, vicepresidente de la Comisión Militar —uno de los cuatro mariscales enviados por Mao a analizar las opciones estratégicas de China—, en el aeropuerto de Pekín, donde aterrizamos a las doce del mediodía, un símbolo de apoyo del Ejército Popular de Liberación a la nueva diplomacia chino-estadounidense. El mariscal me llevó en una larga limusina fabricada en China, que tenía las cortinas corridas, hasta Diaoyutai, el pabellón de huéspedes estatal, situado en un parque vallado que se encontraba en la parte occidental de la ciudad, un complejo que en el pasado

se había utilizado como lago de pesca imperial. Ye sugirió que la delegación se tomara un descanso porque al cabo de cuatro horas acudiría al pabellón el primer ministro Zhou a darles la bienvenida y a iniciar la primera ronda de conversaciones.

El hecho de que se desplazara Zhou nos pareció un gesto de extraordinaria cortesía. El procedimiento diplomático que se seguía normalmente era el de recibir a la delegación visitante en un edificio público del país anfitrión, sobre todo cuando la diferencia de rango de quien encabeza una y otra delegación es tan marcada. (Comparado con Zhou, el primer ministro, mi cargo de asesor de

Seguridad Nacional equivalía a la de un secretario adjunto de gabinete, tres peldaños por debajo.)

Pronto descubrimos que nuestros anfitriones chinos nos habían preparado un plan de lo más relajado, dando a entender que después de haber sobrevivido más de veinte años aislados no tenían ninguna prisa en llegar a un acuerdo de peso. Habían decidido que permaneciéramos en Pekín exactamente cuarenta y ocho horas. No podíamos alargar la estancia, pues nos esperaban en París para unas conversaciones sobre Vietnam; tampoco teníamos control alguno sobre los planes del avión

presidencial de Pakistán que nos había llevado hasta Pekín.

Cuando vimos el programa nos percatamos de que, además de habernos organizado el descanso antes de la llegada de Zhou, también teníamos programada una visita de cuatro horas a la Ciudad Prohibida. Así pues, de las cuarenta y ocho horas asignadas, ocho estaban ya cubiertas. Luego supimos que Zhou se había reservado la noche siguiente para recibir a un miembro del Politburó norcoreano, unos planes que no podía alterar, aunque también cabe la posibilidad de que aquello fuera una tapadera con vistas al viaje secreto. Contando dieciséis horas de descanso

nocturno, quedaban menos de veinticuatro horas para el primer diálogo entre dos países que se habían pasado veinte años en guerra, al borde de la guerra y sin contacto diplomático significativo.

En realidad se habían establecido tan solo dos sesiones de negociación: siete horas en el día de mi llegada, de las 16.30 a las 23.20, y seis horas al día siguiente, de las 12.00 a las 18.30. La primera reunión se llevó a cabo en el pabellón de huéspedes estatal y en ella Estados Unidos actuó como anfitrión, siguiendo lo que especificaba el protocolo chino. La segunda se celebró

en el Gran Salón del Pueblo, donde nos recibió el gobierno chino.

Podría aducirse que la aparente despreocupación china respondía a una forma de presión psicológica. Por cierto, si hubiéramos abandonado el país sin haber conseguido progreso alguno, se habría planteado un problema importante para Nixon, quien no había comunicado la misión a ningún otro miembro del gabinete. Pero si no existía error en los cálculos de dos años de diplomacia china, la crisis que había llevado a Mao a la invitación podía dar un giro imprevisible si se producía un revés en una misión estadounidense en Pekín.

La confrontación no tenía lógica para ninguna de las partes; precisamente por ello estábamos en Pekín. Nixon estaba impaciente por establecer objetivos ambiciosos más allá de Vietnam. La decisión de Mao constituía un paso que podía llevar a los soviéticos a pensárselo dos veces antes de atacar militarmente a China. Ninguna de las partes se podía permitir el fracaso. Ambas sabían lo que había en juego.

En una curiosa simbiosis de análisis, chinos y estadounidenses decidieron invertir la mayor parte del tiempo en intentar investigar la idea que tenía el otro del orden internacional. Dado que el objetivo primordial de la visita era

iniciar un proceso para decidir si podían reorientarse las políticas exteriores de los dos países, anteriormente enfrentadas, la discusión conceptual —en determinados momentos con un aspecto más de conversación entre dos profesores de relaciones internacionales que de diálogo diplomático operativo— en realidad era la forma más perfeccionada de la diplomacia práctica.

Llegó el primer ministro y el apretón de manos se convirtió en un gesto simbólico —al menos hasta que pudiera ir Nixon a China y repetirlo públicamente—, ya que el secretario de Estado, John Foster Dulles, se había

negado a dar la mano a Zhou en la Conferencia de Ginebra en 1954, un desprecio que aún dolía, a pesar de las veces que China había reiterado que no le había afectado. Nos retiramos, pues, a una sala de conferencias del pabellón para huéspedes, donde nos sentamos frente a frente en una mesa cubierta con un mantel verde. Allí, la delegación estadounidense tuvo su primer contacto con el singular personaje que había trabajado junto a Mao durante casi medio siglo de revolución, guerra, agitación y maniobras diplomáticas.

ZHOU ENLAI

En los sesenta años que llevo de vida pública no he conocido a un personaje tan irresistible como Zhou Enlai. Bajito, elegante, con rostro expresivo y ojos luminosos, Zhou cautivaba por su excepcional inteligencia y por la capacidad de intuir los imponderables de la psicología de sus contrincantes. Cuando lo conocí llevaba casi veintidós años como primer ministro y cuarenta como persona de confianza de Mao. Se había convertido en indispensable como mediador decisivo entre el dirigente comunista y los que constituían el núcleo de la apretada agenda del presidente, el hombre que traducía sus amplias perspectivas en programas concretos. Al

mismo tiempo, se había granjeado la gratitud de muchos chinos por su capacidad de moderar los excesos de estos puntos de vista, como mínimo siempre que el fervor de Mao podía dar cabida a la moderación.

La diferencia entre los dos líderes se reflejaba en sus personalidades. Mao dominaba en cualquier reunión; Zhou penetraba en lo más hondo de estas. La pasión de Mao lo llevaba a arrollar a la oposición; el cerebro de Zhou conseguía convencerla o ser más hábil que ella. Mao era sarcástico; Zhou, agudo. Mao se consideraba filósofo; Zhou adoptaba el papel de administrador o negociador. Mao estaba impaciente por acelerar la

historia; Zhou se conformaba con aprovechar sus corrientes. Solía repetir lo de: «El timonel tiene que surcar las olas». Cuando estaban juntos, no se cuestionaba la jerarquía, y no solamente en el sentido formal, sino en el aspecto más profundo del comportamiento extraordinariamente deferente de Zhou.

Posteriormente se criticó a Zhou por haberse dedicado a suavizar algunas de las prácticas de Mao en lugar de oponerse a ellas. Cuando la delegación estadounidense se reunió con Zhou, China acababa de vivir la experiencia de la Revolución Cultural, de la que él había sido —como cosmopolita y persona educada fuera, defensora del

compromiso pragmático con Occidente — un blanco evidente. ¿La había posibilitado o frenado? Sin duda, entre los métodos de supervivencia política de Zhou, estaba el de brindar su destreza administrativa para la ejecución de unas políticas que personalmente incluso podía considerar desagradables; pero tal vez por eso se libró de las purgas que habían constituido el destino de la mayor parte de los dirigentes de su época durante la década de 1960 (hasta que empezó a recibir cada vez más ataques y finalmente fue destituido del cargo que ocupaba a finales de 1973).

El asesor del príncipe se encuentra de vez en cuando con el dilema de

equilibrar las ventajas de la capacidad de modificar los acontecimientos con la posibilidad de verse excluido en caso de presentar ante un superior sus objeciones respecto a una política determinada. ¿Qué peso tiene la capacidad de modificar el comportamiento imperante del príncipe frente a la carga moral de participar en sus estrategias? ¿Cómo se mide el elemento del matiz a lo largo del tiempo ante las reivindicaciones de los absolutos en lo inmediato? ¿Qué equilibrio existe entre el impacto acumulativo de las tendencias moderadoras y un gran gesto (probablemente condenado)?

Deng Xiaoping llegó al fondo de estos dilemas en su posterior evaluación del papel de Zhou en la Revolución Cultural, de la que el propio Deng y su familia sufrieron las consecuencias: «Sin el primer ministro, la Revolución Cultural habría sido mucho peor. Y sin el primer ministro, la Revolución Cultural no se habría alargado tanto».[1] Como mínimo en el ámbito público, Deng resolvió estas cuestiones en nombre de Zhou. En una entrevista que concedió a la periodista italiana Oriana Fallaci en 1980, tras volver del exilio, Deng declaró:

> El primer ministro Zhou ha sido un hombre que ha trabajado duro y sin proferir

queja alguna durante toda su vida. Dedicó al trabajo doce horas diarias, y en ocasiones, dieciséis o más. Nos conocimos en los inicios, durante los años veinte, cuando estábamos en Francia en un programa de estudios sobre el trabajo. Siempre lo consideré como mi hermano mayor. Optamos por la vía revolucionaria casi al mismo tiempo. Era una persona muy respetada por sus camaradas y por todo el mundo. Afortunadamente, sobrevivió durante la «Revolución Cultural», cuando a nosotros nos quitaron de en medio. Él se encontró en una posición extremadamente complicada y dijo e hizo muchas cosas contra su voluntad. Pero la gente lo perdonó porque, de no haber dicho y hecho todo aquello, no habría sobrevivido y, por consiguiente, no habría ejercido el papel neutralizador que asumió, con el que redujo pérdidas. Fue un hombre que consiguió proteger a muchos.[2]

También existían opiniones contrarias; no todos los analistas coinciden en la valoración de las exigencias sobre la supervivencia política de Zhou.[3]

En mi trato con él constaté que su estilo sutil y sensible había ayudado a superar muchos escollos en una relación incipiente entre dos importantes países anteriormente enfrentados. El acercamiento chino-estadounidense empezó como un aspecto táctico de la guerra fría y fue evolucionando hasta convertirse en un punto central del desarrollo del nuevo orden mundial. Ninguno de nuestros países se hizo ilusiones de cambiar las convicciones

básicas del otro. Justamente fue la falta de ellas lo que facilitó el diálogo. No obstante, articulamos los objetivos comunes que trascendieron a los períodos que nos mantuvimos en el cargo: una de las mayores recompensas que puede obtener un hombre de Estado.

Pero todo esto quedaba en un futuro lejano el día que Zhou y yo nos instalamos ante la mesa cubierta con el mantel verde a estudiar si era posible iniciar la reconciliación. Zhou me invitó, como huésped, a hacer la primera exposición. Había decidido no entrar en detalles sobre las cuestiones que dividían a nuestros países y concentrarme en la evolución de las

relaciones chino-estadounidenses desde una perspectiva filosófica. Entre los comentarios iniciales incluí una frase algo versallesca: «Muchos han venido a estas bellas y, para nosotros, misteriosas tierras…». Fue entonces cuando Zhou me interrumpió: «Ya se dará cuenta de que no son misteriosas. Cuando se familiarice con ellas no le parecerán tan misteriosas».[4]

Desentrañar los misterios mutuos era una vía perfecta para definir el desafío, pero Zhou dio un paso más. En sus comentarios al primer enviado que llegaba de Estados Unidos en veinte años dijo que el restablecimiento de la amistad era uno de los principales

objetivos de una relación incipiente, un punto que ya había puesto en claro en el primer contacto con el equipo de ping-pong estadounidense.

En mi segunda visita, tres meses después, Zhou saludó a la delegación como si la amistad fuera un hecho:

> En realidad, no es más que el segundo encuentro y le digo ya lo que veo. Usted y [Winston] Lord están ya familiarizados con ello, pero no Matthews [Diane, mi secretaria] y nuestro nuevo amigo [refiriéndose al comandante Jon Howe, mi ayudante militar]. Tal vez pensaran que el Partido Comunista de China tenía tres cabezas y seis brazos. Pues, ¿quién se lo iba a decir? Soy como ustedes. Una persona con

la que se puede hablar con lógica y franqueza.[5]

En febrero de 1973, Mao lo enfocó de la misma forma: Estados Unidos y China habían sido en otra época «dos enemigos», me dijo al recibirme en su estudio, pero añadió: «Ahora podemos decir que la relación entre ambos es de amistad».[6]

De todas formas, aquella era una percepción de la amistad obstinada y despojada de todo sentimiento. El dirigente del Partido Comunista de China seguía con una parte del planteamiento tradicional de la relación con los bárbaros. Según esta, se halaga al visitante al admitirlo al «club» de

China como «buen amigo», postura que complica mucho más el desacuerdo y hace que la confrontación resulte más hiriente. Al aplicar la diplomacia del Reino Medio, los diplomáticos chinos se las componen para inducir a quienes tienen delante a manifestar su acuerdo con las preferencias de China, de modo que el consentimiento tenga el aspecto de concesión de un favor personal al interlocutor.

Asimismo, el énfasis sobre las relaciones personales va más allá de la táctica. La diplomacia china ha aprendido después de miles de años de experiencia que, en cuestiones internacionales, cada solución aparente

en general constituye el camino hacia un conjunto de problemas relacionados con ella. De ahí que los diplomáticos chinos consideren que la continuidad en las relaciones es una tarea importante, quizá más que los documentos formales. En cambio, la diplomacia estadounidense tiende a segmentar las cuestiones en secciones independientes a las que hay que tratar siguiendo sus propios valores. En esta tarea, los diplomáticos de Estados Unidos valoran también unas buenas relaciones personales. La diferencia estriba en que los dirigentes chinos no vinculan tanto la «amistad» a las cualidades personales como a los lazos culturales, nacionales o históricos

a largo plazo; los estadounidenses hacen hincapié en las cualidades individuales de sus homólogos. Las declaraciones de amistad de los chinos buscan que las relaciones a largo plazo duren por medio del cultivo de lo inmaterial; sus análogos estadounidenses intentan facilitar la actividad que se lleva a cabo poniendo el énfasis en el contacto social. Por otra parte, los líderes chinos están dispuestos a pagar un precio (si bien no ilimitado) por la reputación de apoyar a los amigos: por ejemplo, la invitación de Mao a Nixon poco después de su dimisión, cuando se le condenó al ostracismo. Hicieron el mismo gesto cuando se retiró el primer ministro

japonés, Kakuei Tanaka, tras un escándalo en 1974.

La conversación que tuve con Zhou en mi visita de octubre de 1971 ilustra a la perfección el énfasis de los chinos por lo inmaterial. Le presenté las propuestas del equipo que preparaba la visita presidencial con la garantía de que, al tener que tratar tantas cuestiones de peso, intentaríamos que los problemas técnicos no entorpecieran el proceso. Zhou respondió convirtiendo mi planteamiento operativo en un paradigma cultural: «De acuerdo. Confianza mutua y respeto mutuo. Estos dos puntos». Yo había puesto el acento

en la funcionalidad; Zhou, en el contexto.

Una cuestión cultural a la que se remitían constantemente los dirigentes chinos era su perspectiva histórica: en efecto, la capacidad de considerar el tiempo de forma distinta a los occidentales. Lo que consigue un dirigente de este país se sitúa en un marco temporal que representa una fracción de la experiencia total de su sociedad mucho más reducida que la de cualquier otro líder mundial. La extensión y la importancia del pasado de China permite a sus dirigentes utilizar la cubierta de una historia prácticamente sin límites para suscitar cierta modestia

en sus homólogos (a pesar de que, en la nueva versión, lo que se presenta como historia a veces se define como interpretación metafórica). Se consigue que el interlocutor extranjero tenga la sensación de encontrarse fuera de lo natural y de que su actuación está destinada a pasar a la historia como una anomalía de la que quedará constancia en la inmensa extensión de la historia china.

En las dos primeras entrevistas que tuvo con nosotros cuando llegamos a Pekín, Zhou hizo un arduo esfuerzo por presentar la historia de Estados Unidos más larga que la de China, en una especie de regalo de bienvenida. No

obstante, en la frase siguiente, volvió a la perspectiva tradicional:

> Somos dos países situados en los dos extremos del océano Pacífico: el vuestro, con una historia de doscientos años; el nuestro, con tan solo veintidós años, de cuando se fundó la nueva China. Por consiguiente, nuestro país es más joven. Por lo que se refiere a nuestra antigua cultura, todos los países poseen la suya: los indios de Estados Unidos y México, el Imperio inca en Sudamérica, más antiguo incluso que China. Es una lástima que no se hayan conservado sus escritos, que se hayan perdido. Respecto a la larga historia de China, contamos con algo muy positivo: la lengua escrita, con un patrimonio de 4.000 años basado en vestigios históricos. Es algo

positivo para la unificación y el desarrollo de nuestro país.[7]

En definitiva, Zhou pretendía esbozar un nuevo planteamiento de las relaciones internacionales, reivindicando un carácter moral especial que había evolucionado bajo el confucianismo y en aquellos momentos se atribuía al comunismo:

> El presidente Mao ha afirmado en más de una ocasión que de ninguna manera queremos convertirnos en una superpotencia. Nosotros luchamos para que todos los países, grandes o pequeños, sean iguales. No es tan solo una cuestión de igualdad para dos países. Evidentemente, es positivo para los dos nuestros negociar

> partiendo de la base de la igualdad para intercambiar ideas y buscar puntos en común, así como para poner sobre la mesa nuestras diferencias. Para conseguir de verdad aflojar las tensiones en la escena internacional en un período de tiempo relativamente prolongado debemos establecer relaciones entre nosotros sobre la base de la igualdad. Y esto no es fácil.[8]

Maquiavelo habría argumentado que el país que necesita garantías pero no está dispuesto a pedirlas tiene interés en luchar por una propuesta general que pueda aplicarse luego a casos específicos. Esta es una de las razones que explica por qué Zhou insistía en que, por más fuerte que llegara a ser su país, mantendría un planteamiento singular

ante los asuntos internacionales, en el que se rechazara la idea tradicional de potencia:

> Nosotros no nos consideramos una potencia. Si bien desarrollamos nuestra economía, en comparación con otros estamos atrasados. Por supuesto, su presidente comentó también que dentro de los próximos cinco, diez años, China experimentará un desarrollo rápido. Nosotros opinamos que no será tan pronto, aunque intentaremos apostarlo todo, apuntar hacia lo más alto y seguir con nuestra construcción socialista de una forma mejor, más rápida y económica.
>
> La segunda parte de nuestra respuesta es que cuando hayamos desarrollado la economía tampoco nos consideraremos una

superpotencia y no entraremos en la categoría de las superpotencias.[9]

La afirmación de que lo único que buscaba China era igualdad entre las naciones a buen seguro habría marcado un punto de partida desde una historia imperial en la que se describe el país como el Reino Medio. Por otra parte, era una forma de tranquilizar a Estados Unidos de que China no representaba una posible amenaza que pudiera exigir una fuerza compensatoria. El principio según el cual la práctica china se basaba en unas normas que iban más allá de la declaración de poder se remontaba a Confucio. La prueba de una nueva relación podía ser la compatibilidad de

tales normas con las presiones de un período de agitación.

El reto subyacente en la visita secreta era el de crear suficiente confianza para convertir el primer encuentro en un proceso. Casi siempre, los intercambios diplomáticos de alto nivel empezaban por despejar los obstáculos de las cuestiones cotidianas. El aspecto insólito de la visita secreta procedía del hecho de que, al no haber existido contactos en veinte años, no existían problemas cotidianos que abordar, aparte de dos, que se consideraban insolubles a corto plazo: Taiwan y Vietnam. La cuestión era cómo dejarlos a un lado.

Eran dos temas anómalos. En 1971 —cuesta recordarlo—, Estados Unidos no reconocía a Pekín como capital de China. Estados Unidos y China no tenían diplomáticos en sus respectivas capitales, ni vía directa de comunicación entre ellos. El embajador estadounidense en China fue asignado a Taipei, y el embajador chino en Estados Unidos representaba a Taiwan. No había diplomáticos ni funcionarios estadounidenses asignados a Pekín. (Las denominadas oficinas de enlace no se establecieron hasta dieciocho meses más tarde.)

La segunda anomalía era la de la guerra de Vietnam. Parte de mi tarea

consistía en conseguir que los chinos comprendieran una guerra que nuestro país libraba en la frontera del suyo y contra un aliado suyo. Zhou y yo éramos conscientes de que mi sola presencia en Pekín constituía un duro golpe para Hanoi, y aquello aumentaba las implicaciones de su aislamiento, si bien ni Zhou ni yo tocamos la cuestión en estos términos.[10]

El tema de Taiwan estaba profundamente arraigado en las actitudes internas de ambos países, definidas por medio de dos condiciones previas que hasta entonces habían obstaculizado el movimiento diplomático. Para Pekín, la aceptación por parte de Estados Unidos

del «principio de una sola China» era imprescindible para cualquier avance. Estados Unidos imponía la condición previa de que China se comprometiera a una resolución pacífica del tema antes de que lo abordaran los estadounidenses.

Zhou cortó el nudo gordiano del plan en la primera entrevista. Durante los contactos de antes de la reunión ya había aceptado el principio que establecía que ambas partes tenían libertad para plantear cualquier tema, aunque no había abandonado la condición de que había que abordar y a ser posible liquidar la cuestión de Taiwan. En la conversación inicial, Zhou precisó que estaba

dispuesto a seguir el orden que yo pudiera establecer, es decir, que no hacía falta tocar primero el tema de Taiwan, y mucho menos dejarlo resuelto. Aceptó asimismo la relación inversa, o sea que la solución de los temas relacionados con Taiwan dependieran de la de otras cuestiones, como, por ejemplo, Indochina:

KISSINGER: Quisiera preguntar al primer ministro qué propone para avanzar. Podemos plantearlo de dos formas: que cada uno exponga los problemas que le conciernen y reserve las respuestas para más tarde, o bien tratar las cuestiones de una en una. ¿Por cuál se inclina?

ZHOU: ¿Usted qué opina?

KISSINGER: No tengo una opinión clara. Una

posible solución es la de que, ya que el primer ministro Zhou ha expuesto su punto de vista sobre Taiwan, nosotros expongamos el nuestro sobre Indochina. Luego puedo comunicarle mi reacción ante su exposición sobre Taiwan y él la suya sobre mi opinión respecto a Indochina. O bien abordar los temas uno por uno.

ZHOU: Como quiera, la decisión es suya. Puede hacer lo que prefiera: hablar primero de la cuestión de Taiwan o de Indochina, o tratar las dos al mismo tiempo, porque considere que están relacionadas.

KISSINGER: Creo que hasta cierto punto están relacionadas.[11]

Llegado el momento, supeditamos la retirada de nuestras tropas en Taiwan al acuerdo sobre la guerra de Indochina.

La postura básica de Zhou, que

expuso durante la larga conversación del primer día, era conocida; la habíamos oído en 136 reuniones de Varsovia. Estados Unidos tenía que «reconocer a la República Popular de China como único gobierno legítimo de China sin excepción alguna» y aceptar que Taiwan era «una parte inalienable de China».[12] «La lógica natural de la cuestión» establecía que Estados Unidos tenía que «retirar todas sus fuerzas armadas y desmantelar todas sus instalaciones militares de Taiwan y del estrecho de Taiwan en un plazo de tiempo limitado».[13] Con el desarrollo de estos procesos, a la larga «no existiría»[14] el tratado de defensa de Estados Unidos-

República China, cuya legitimidad no reconocía Pekín.

En la época del viaje secreto a China no se establecía la diferencia entre Pekín y Taipei respecto a la naturaleza del Estado chino. Las dos partes suscribían el principio de una sola China; las autoridades taiwanesas prohibían la agitación por la independencia. Así pues, para Estados Unidos no era tanto cuestión de aceptar el principio de una sola China como de situar el reconocimiento de Pekín como capital de una China unida en un marco temporal compatible con las necesidades internas de su país. El viaje secreto inició el delicado proceso por el

que Estados Unidos aceptó poco a poco la idea de una sola China, y este país se mostró extraordinariamente flexible en el calendario para su puesta en práctica. Los sucesivos presidentes de los dos partidos estadounidenses llevaron a cabo los más hábiles malabarismos. Fueron profundizando paulatinamente las relaciones con Pekín a la vez que creaban las condiciones para que prosperaran la economía y la democracia en Taiwan. Los dirigentes chinos, a pesar de insistir con energía en su idea de una sola China, no dieron ningún paso que pudiera llevar a la confrontación.

Zhou siguió en la cuestión de Vietnam

las mismas pautas que nosotros en la de Taiwan, en el sentido de evitar un compromiso inmediato, pero también cualquier apremio. Zhou escuchó mi presentación y formuló unas perspicaces preguntas, lejos, no obstante, de cualquier presión moral, y sobre todo de amenazas. Explicó que el apoyo que China había prestado a Vietnam no tenía un origen ideológico o estratégico, sino histórico. «La deuda que tenemos pendiente con ellos viene de nuestros antepasados. Desde la liberación, no hay responsabilidad por nuestra parte, pues derrocamos el antiguo sistema. Lo que no quita que nos inspiren una profunda comprensión».[15] Comprensión,

evidentemente, no era lo mismo que apoyo político o militar; era una forma delicada de explicar que China no iba a implicarse militarmente ni presionarnos en el ámbito diplomático.

Durante la comida del segundo día en el Gran Salón del Pueblo, Zhou de repente sacó a colación el asunto de la Revolución Cultural. Nosotros la habíamos observado desde fuera, dijo, pero él quería que sus invitados comprendieran el camino que había llevado a China —a través de mil vericuetos— al punto en el que podíamos reunirnos ya los dirigentes chinos y estadounidenses.

Mao quiso purificar el Partido

Comunista y romper las estructuras burocráticas, explicó Zhou. Para ello se había creado la Guardia Roja como institución aparte del Partido y del gobierno, con el objetivo de que el sistema recuperara la auténtica ideología y también la pureza ideológica. La decisión creó una gran agitación, puesto que distintas unidades de la Guardia Roja aplicaron políticas cada vez más autónomas e incompatibles. En efecto, se llegó a un punto, según Zhou, en el que distintas organizaciones, e incluso diferentes regiones, crearon sus propias unidades de Guardia Roja para protegerse en medio del caos imperante. Aquel

espectáculo de la Guardia Roja escindida, de sus agrupaciones en luchas intestinas, fue algo realmente traumatizante para un pueblo al que se había educado en la verdad universal del credo comunista y en la fe en la unidad de China. En aquel punto, el presidente Mao pidió al Ejército Popular de Liberación que restableciera el orden después de que el país en general hubiera avanzado derrotando a la burocracia y clarificando sus ideas.

Para Zhou resultaba espinoso presentar aquella cuestión, que había abordado probablemente a instancias de Mao. Estaba claro que quería establecer una línea entre él y la Revolución

Cultural sin dejar de mantenerse leal a Mao, quien iba a leer la transcripción. Intenté resumir así la idea básica de Zhou como medida de disociación de Mao a través de una expresión de apoyo con reservas: durante la Revolución Cultural se produjo el caos. En un momento determinado, la Guardia Roja encerró a Zhou en su propio despacho. Por otra parte, Zhou no había tenido tanta perspectiva de futuro como el presidente Mao, quien vio la necesidad de inyectar un nuevo vigor a la revolución.[16]

¿Por qué dar aquel tipo de explicaciones a una delegación estadounidense en su primera visita en

veinte años? Porque el objetivo era ir más allá de lo que nuestros interlocutores denominaban amistad, aunque tampoco podía describirse exactamente como cooperación estratégica. Por ello era tan importante definir a China como un país que había superado las turbulencias y, por tanto, digno de confianza. Después de haber controlado la Revolución Cultural, vino a decir Zhou, era capaz de enfrentarse a cualquier enemigo como país unido y podía constituir un buen aliado contra la amenaza soviética. Lo dejó más claro en la sesión formal que siguió. Esta se desarrolló en la Cámara Fujian del Gran Salón del Pueblo, donde cada

dependencia lleva el nombre de una provincia china. Fujian es la provincia a la que pertenecen, tanto en la división administrativa de Pekín como en la de Taipei, Taiwan y las llamadas islas costeras.[17] Zhou no entró en la cuestión del simbolismo y los estadounidenses lo pasaron por alto.

Zhou empezó con el tema del desafío de China, incluso a pesar de que todos sus posibles enemigos se unieran en contra:

> A ustedes les interesa hablar de filosofía. Lo peor sería que China volviera a partirse. Podrían unirse, si la Unión Soviética ocupara todas las zonas situadas al norte del río Amarillo, ustedes las del sur del Yangtsé, y

quedara para Japón la parte oriental de entre los dos ríos. […]

Suponiendo que esto ocurriera, ¿para qué iban a prepararse el Partido Comunista de China y el presidente Mao? Se prepararían para resistir un largo período de guerra popular sin tregua hasta la victoria final. Nos llevaría tiempo y, por supuesto, habría que sacrificar vidas, pero es algo que hay que tener en mente.[18]

Según relatos recientes de China, Mao había dado órdenes específicas a Zhou de «alardear» de tranquilidad: «A pesar de que en Todo bajo el Cielo reina un gran caos, la situación es inmejorable».[19] Mao estaba preocupado por la agresión soviética, pero no quería que se notara, y mucho menos pedir

ayuda. Lo del discurso sobre la confusión bajo la capa del cielo era su forma de fomentar ciertas actitudes por parte de Estados Unidos sin tener que implicarse en pedir nada: trazar un perfil de la máxima amenaza posible y del tesón de los chinos para hacer frente a ella. Ninguna estimación de los servicios de inteligencia estadounidenses habría concebido una contingencia tan catastrófica; ningún político de nuestro país podía haberse planteado una confrontación de tanta envergadura. Sin embargo, su alcance no concretaba la inquietud dominante específica —un ataque soviético— y,

por tanto, China evitaba presentarse como suplicante.

Pese al aparente carácter explícito, la presentación de Zhou constituyó una sutil propuesta de discusión de colaboración estratégica. En la región atlántica nos habíamos aliado con países amigos ante un peligro al acecho. Todos buscarían seguridad por medio de la transformación de las promesas orales en obligaciones legales. Los dirigentes chinos optaban por la vía opuesta. Durante los diez años que siguieron, China centró su discurso en el hecho de que estaban preparados para resistir por su cuenta, incluso frente a una guerra nuclear, y para llevar adelante en

solitario una prolongada guerra de guerrillas contra una coalición formada por las principales potencias. El objetivo que los guiaba era el de convertir su independencia en un arma y en un método de asistencia mutua basado en ideas coincidentes. Las obligaciones recíprocas entre China y Estados Unidos no iban a constar en un documento legal, sino en la percepción de ambos países de una amenaza común. Si bien es cierto que China no reclamaba ayuda exterior, podía recabarla espontáneamente a partir de las perspectivas compartidas; pero prescindiría de ella si la otra parte no tenía —o ya no tenía— la misma visión del desafío que ella.

Cuando ya tocaba a su fin la sesión del segundo día y Zhou debía atender al dignatario norcoreano de visita en Pekín —a dieciocho horas de la inaplazable partida de nuestro equipo—, Zhou habló de la visita del presidente Nixon. Tanto él como yo nos habíamos referido de pasada a ello, evitando entrar demasiado a fondo en el tema porque ninguno de los dos quería encontrarse con un rechazo o dar la sensación de estar suplicando algo. Por fin, Zhou encontró la elegante solución de abordarlo como si de un simple trámite se tratara:

ZHOU: ¿Qué opina de anunciar la visita?
KISSINGER: ¿Qué visita?

ZHOU: ¿Nos limitamos a su visita o también hablamos de la del presidente Nixon?

KISSINGER: Podríamos anunciar mi visita e informar de que el presidente Mao ha invitado al presidente Nixon y que él ha aceptado, ya sea en principio o fijando una fecha en concreto, para la próxima primavera. ¿Qué prefiere? Creo que es mejor hacer las dos cosas a la vez.

ZHOU: ¿Sería posible, pues, que ambas partes escogieran a unos cuantos hombres para preparar el comunicado?

KISSINGER: Podría redactarse en el contexto de lo que hemos hablado.

ZHOU: Las dos visitas.

KISSINGER: Sería perfecto.

ZHOU: Puede probarse… Tengo una cita a las seis, que me tendrá ocupado hasta las diez. Pueden utilizar mi despacho. O ir a su residencia para tratar la cuestión. Mientras

tanto, podrán cenar, des cansar y ver una película.

KISSINGER: Nos vemos a las diez.

ZHOU: De acuerdo. Pasaré por su residencia. Vamos a trabajar hasta bien entrada la noche.[20]

Finalmente, aquella noche no pudo darse por acabado el comunicado, pues se llegó a un punto muerto sobre quién tenía que constar que invitaba a quién. Ambos queríamos que fuera el otro el que pareciera más impaciente. Tomamos el camino de en medio. El presidente tenía que aprobar el comunicado, y Mao ya estaba en la cama. Finalmente, Mao rubricó un escrito en el que Zhou, «conocedor del deseo del presidente

Nixon de visitar la República Popular de China» había «cursado una invitación», que Nixon había aceptado «con mucho gusto».

Terminamos estableciendo los términos de una declaración para la visita del presidente Nixon poco antes de la hora de nuestra salida, la tarde del domingo 11 de julio. «Nuestro comunicado hará temblar al mundo», dijo Zhou, y la delegación tomó el avión de vuelta, disimulando la emoción antes de que empezara a temblar el mundo. Pasé la información a Nixon en su «Casa Blanca del oeste» de San Clemente. Luego se hicieron públicos simultáneamente el 15 de julio, desde

Los Ángeles y Pekín, el viaje secreto y la invitación.

Nixon en China: la entrevista con Mao

Siete meses después de la visita secreta, el 21 de febrero de 1972, el presidente Nixon llegó a Pekín en un crudo día de invierno. Fue un momento triunfal para el presidente, para el anticomunista empedernido que había visto una oportunidad geopolítica y la había aprovechado con audacia. A modo de símbolo de la fortaleza con la que había pilotado la nave hasta aquel día y de la

nueva era que se abría ante él, quiso bajar solo del Air Force One para saludar a Zhou Enlai, que le esperaba bajo la ventolera de la pista con su impecable chaqueta Mao mientras una banda militar interpretaba el himno nacional de Estados Unidos. Se produjo el apretón de manos simbólico que borró, tal como estaba previsto, el desaire de Dulles. Si bien se trataba de una ocasión histórica, no tuvo una gran trascendencia. La caravana que llevó a Nixon a Pekín no encontró a ningún curioso en las calles. La llegada fue el último tema que se tocó en las noticias de la noche.[21]

A pesar de que la iniciativa había

tenido un comienzo revolucionario, en el comunicado final no había habido consenso, sobre todo en el párrafo clave que trataba de Taiwan. Una celebración habría sido algo prematuro, e incluso podía debilitar la posición negociadora china de deliberada ecuanimidad. Por otra parte, los dirigentes chinos sabían que sus aliados vietnamitas estaban furiosos por que China hubiera brindado a Nixon la oportunidad de unir al pueblo estadounidense. Una manifestación pública dedicada a su enemigo en la capital del país aliado habría constituido una presión excesiva en las relaciones chino-vietnamitas, ya muy debilitadas.

Nuestros anfitriones compensaron la falta de calor popular invitando a Nixon a una reunión con Mao a las pocas horas de su llegada. En realidad, «invitar» no es la palabra que se ajusta a lo que se dio en las entrevistas con Mao. No se programó ninguna cita; las reuniones se produjeron como si de un acontecimiento meteorológico se tratara. En todas hubo alguna evocación de las audiencias conseguidas por los emperadores. El primer indicio de invitación de Mao a Nixon surgió poco después de nuestra llegada, cuando me llegó el recado de que Zhou quería verme en una sala de recepciones. Allí me informó: «El presidente Mao desea

ver al presidente». Para velar un poco la impresión de que se reclamaba a Nixon, planteé unas cuantas cuestiones técnicas sobre el orden de la programación del banquete de la noche. Zhou, curiosamente impaciente, respondió: «El presidente lo invita y quiere verlo cuanto antes». Al dar la bienvenida a Nixon en los primeros momentos de la visita, Mao daba su autoritaria aprobación a las audiencias del país e internacionales antes de que empezaran las conversaciones. En compañía de Zhou, fuimos hasta la residencia de Mao en coches chinos. No se permitió el desplazamiento de ningún miembro de seguridad personal estadounidense y se

comunicó que la prensa sería informada más tarde.

Un amplio portal en la zona este-oeste abierto en las antiguas murallas que existían en la ciudad antes de la revolución comunista constituía la entrada a la residencia del mandatario chino. En el interior de la ciudad imperial, el camino seguía la orilla de un lago, en el otro extremo del cual se veía una serie de residencias de altos oficiales. Todos aquellos edificios se habían construido en la época de amistad chino-soviética y reflejaban el contundente estilo estalinista del período en el que también se

construyeron los pabellones de huéspedes.

La residencia de Mao no parecía distinta del resto, aunque quedaba algo apartada. No vimos en sus alrededores guardianes ni otros aditamentos de poder. En la pequeña antesala destacaba una mesa de ping-pong. Pasamos por allí de largo, pues nos llevaron directamente al despacho de Mao, una estancia de dimensiones reducidas con dos de las tres paredes llenas de estanterías con manuscritos en un estado de considerable desorden. Los libros se amontonaban en las mesas y formaban pilas en el suelo. En una esquina se veía una sencilla cama de madera. El

todopoderoso dirigente del país más poblado del planeta quería presentarse como un rey filósofo que no tenía necesidad de afirmar su autoridad con símbolos tradicionales de majestuosidad.

Mao se levantó de una butaca colocada en semicírculo junto a otras e hizo también lo propio un ayudante que estaba a su lado para echarle una mano si hacía falta. Más tarde nos enteramos de que unas semanas antes había sufrido una serie de achaques cardíacos y pulmonares que le habían debilitado y dejado con la movilidad algo reducida. Aparte de estos impedimentos, el dirigente comunista rezumaba una

extraordinaria fuerza de voluntad y determinación. Tomó las manos de Nixon entre las suyas y le dirigió su sonrisa más afable. La imagen se publicó en todos los periódicos chinos. El país sabía utilizar a la perfección las fotos de Mao para transmitir el ambiente y el rumbo de la política. Cuando Mao ponía cara de pocos amigos se avecinaban tormentas. Cuando hacía un gesto admonitorio con el dedo a una visita indicaba la reserva del sufrido maestro.

En aquel primer encuentro pudimos vislumbrar un atisbo del estilo de conversación irónico y elíptico de Mao. En general, los políticos transmiten sus

ideas en forma de puntos básicos. Mao las presentaba de forma socrática. Empezaba con una pregunta o una observación e invitaba al comentario. Luego pasaba a otra observación. De aquel entretejido de comentarios sarcásticos, observaciones y preguntas salía normalmente una indicación, pero en contadas ocasiones un compromiso vinculante.

Desde el primer momento renunció a llevar un diálogo filosófico o estratégico con Nixon. Este había comentado al viceministro de Asuntos Exteriores chino, Qiao Guanhua, a quien habían mandado a acompañar al grupo presidencial de Shanghai a Pekín (el Air

Force One había hecho escala en Shanghai para recoger a un piloto chino), que estaba impaciente por hablar de filosofía con el presidente. Mao no tenía ningún interés en ello. Tras afirmar que el único doctor en filosofía de allí era yo, añadió: «¿Y si le pidiéramos que hoy fuera el principal orador?». Como por la fuerza de la costumbre, Mao jugaba con las «contradicciones» entre sus invitados: la sarcástica evasiva podía ayudarle a crear un posible distanciamiento entre el presidente y el asesor de Seguridad Nacional, puesto que a los presidentes no suele gustarles mucho que les eclipse un asesor.

El mandatario chino tampoco se

mostró dispuesto a seguir la insinuación que hizo Nixon de abordar los problemas que planteaban una serie de países que fue enumerando. El presidente estadounidense encuadró así las cuestiones principales:

> Nosotros, por ejemplo, debemos preguntarnos —de nuevo dentro de los límites de esta estancia— por qué los soviéticos tienen asignados más soldados en la frontera frente a su país que en la que da a Europa occidental. Debemos preguntarnos cuál es el futuro de Japón. ¿Es mejor —ahí sé que habrá desacuerdos—, es mejor para Japón mantenerse neutral, completamente indefenso, o lo más adecuado de momento es que establezca alguna relación con Estados Unidos? […] La cuestión es a qué

peligro se enfrenta la República Popular, si al de la agresión estadounidense o al de la agresión soviética.[22]

Mao no quiso entrar en el tema: «No quiero meterme a fondo en estas cuestiones problemáticas». Apuntó que iban a tratarse con el primer ministro.

¿Qué pretendía transmitir, pues, Mao con aquel diálogo aparentemente lleno de divagaciones? Puede que los mensajes más importantes fueran los que no se pronunciaron. En primer lugar, después de décadas de recriminaciones mutuas sobre Taiwan, en realidad no surgió el tema. El resumen de lo que se trató es el que sigue:

MAO: A nuestro viejo amigo común, el generalísimo Chiang Kai-shek, no le parece bien. Nos llama malhechores comunistas. Hace poco ha publicado un discurso. ¿Lo ha leído?

NIXON: Chiang Kai-shek llama malhechor al presidente. ¿Cómo llama a Chiang Kai-shek el presidente?

ZHOU: Normalmente hablamos de ellos llamándolos la camarilla de Chiang Kai-shek. En los periódicos, a veces lo llamamos malhechor; y a nosotros, ellos también nos llaman malhechores. En fin, nos insultamos mutuamente.

MAO: En realidad, la historia de nuestra amistad con él es mucho más larga que la de la amistad de ustedes con él.[23]

Ni amenazas, ni peticiones, ni plazos límite, ni referencias al bloqueo.

Después de una guerra, dos enfrentamientos militares y 136 reuniones de embajadores sin ningún tipo de avance, la cuestión de Taiwan había perdido urgencia. Era algo que se dejaba a un lado, al menos por el momento, tal como había sugerido Zhou en la primera reunión secreta.

En segundo lugar, Mao quería dejar claro que Nixon era bienvenido en China. La foto lo había dejado patente. En tercer lugar, Mao estaba impaciente por eliminar cualquier amenaza de su país contra Estados Unidos:

> En estos momentos, la cuestión de la agresión de Estados Unidos o de la agresión de China es relativamente poco importante;

> o sea, podría decirse que no es una cuestión básica, porque actualmente no estamos en una situación de guerra entre nuestros dos países. Podrían retirar parte de sus tropas en su país; las nuestras no salen al exterior.[24]

La críptica frase de que los soldados chinos permanecían en su país despejó las preocupaciones de que Vietnam pudiera acabar como Corea, con una intervención masiva por parte de China.

En cuarto lugar, Mao quería poner de relieve que había topado con escollos en su apertura hacia Estados Unidos, pero que los había salvado. Brindó un irónico epitafio a Lin Biao, que había huido de la capital en septiembre de 1971 en un avión militar que se había estrellado en

Mongolia, tras un supuesto golpe de Estado frustrado:

> En nuestro país también existe un grupo reaccionario que se opone a nuestro contacto con ustedes. Acabaron huyendo al extranjero en un avión. […] En cuanto a la Unión Soviética, ellos fueron quienes desenterraron los cadáveres, pero no se pronunciaron sobre el tema.[25]

En quinto lugar, Mao era partidario de acelerar la cooperación bilateral y pidió con insistencia conversaciones técnicas sobre el tema:

> Nosotros somos también estrictos a la hora de abordar las cuestiones. Ustedes querían, por ejemplo, algún intercambio de

personas en el ámbito personal, cosas de este tipo; también negocios. Pero en lugar de ello seguimos, erre que erre, con la postura de que sin resolver los asuntos importantes no hay nada que hacer con los secundarios, yo me mantuve en esta posición. Más tarde vi que tenían razón y jugamos al tenis de mesa.[26]

En sexto lugar, Mao puso el acento en su buena voluntad personal hacia Nixon, en el ámbito personal y también porque dijo que prefería tener tratos con gobiernos de derechas, pues los consideraba más de fiar. Mao, el artífice del Gran Salto Adelante y de la Campaña Antiderechista, hizo el sorprendente comentario de que «votaba a favor» de Nixon, y dijo que se sentía

«relativamente feliz cuando subía al poder la derecha» (al menos en Occidente):

NIXON: Cuando el presidente dice que vota a mi favor, vota por lo menos malo.

MAO: Me gustan los derechistas. Se dice que ustedes son derechistas, que el Partido Republicano está a la derecha, que el primer ministro Heath[27] también es de derechas.

NIXON: Y el general De Gaulle.[28]

MAO: De Gaulle es una cuestión distinta. Dicen también que el Partido Democratacristiano de Alemania occidental es asimismo de derechas. En cierto modo, me complace que la derecha llegue al poder.[29]

Hizo notar, no obstante, que si los

demócratas accedían al poder en Washington, China también establecería contacto con ellos.

Al principio de la visita de Nixon, Mao estaba preparado para comprometerse en la dirección que implicaba esta, aunque por el momento no en los detalles de las negociaciones específicas que iban a dar comienzo. No estaba claro si surgiría una fórmula para Taiwan (las demás cuestiones básicamente se habían decidido). De todas formas, estaba dispuesto a refrendar una importante agenda de cooperación en las quince horas de diálogo que se habían programado entre Nixon y Zhou. En cuanto se hubo

establecido la dirección básica, Mao aconsejó paciencia y escurrió el bulto por si no llegábamos a un consenso para el comunicado. En vez de considerar el revés como un fracaso, el dirigente comunista mantuvo que había de servir de acicate para impulsar un nuevo esfuerzo. El plan estratégico inminente pasó por encima del resto de los problemas, incluso del bloqueo sobre Taiwan. Mao aconsejó a las dos partes no arriesgar demasiado en una ronda de negociaciones:

> Es positivo hablar y lo es también aunque no surjan acuerdos, porque ¿qué sacamos de permanecer en un punto muerto? ¿Por qué tenemos que ser capaces de conseguir

> resultados? La gente dirá […] si fracasamos la primera vez, ¿se preguntarán por qué no lo hemos logrado a la primera? La única explicación será que hemos optado por la vía equivocada. ¿Qué van a decir si lo conseguimos a la segunda?[30]

Dicho de otro modo, aunque por alguna razón imprevista se estancaran las conversaciones que iban a iniciarse, China perseveraría hasta llegar al resultado deseado de colaboración estratégica con Estados Unidos en el futuro.

Cuando la reunión estaba a punto de terminar, Mao, el profeta de la revolución permanente, recalcó al presidente de la hasta entonces

vilipendiada sociedad imperialista-capitalista que la ideología ya no venía al caso en las relaciones entre los dos países:

MAO: [*Señalando al doctor Kissinger*] «Aproveche la hora y aproveche el día». Creo que, por regla general, las personas como yo parecemos cañones [*carcajadas de Zhou*.] Es decir, algo así como «el mundo tiene que unirse y derrotar al imperialismo, al revisionismo y a todos los reaccionarios y establecer el socialismo».[31]

Mao se rió a mandíbula batiente de la insinuación de que todo el mundo podía haberse tomado en serio una consigna que llevaba décadas pintada en los

lugares públicos de todo el país. Acabó su intervención con un comentario especialmente irónico, socarrón y tranquilizador:

> Pero tal vez usted, como persona, no estará entre los derrocados. Se comenta que él [el doctor Kissinger] también se encuentra entre los que no van a ser derrocados a título personal. Y si lo son todos ustedes, no van a quedarnos amigos.[32]

Garantizada así nuestra seguridad personal a largo plazo y certificada la base no ideológica de nuestra relación por la máxima autoridad en el tema, las dos partes iniciaron un período de cinco

días de diálogo y banquetes, que intercalaron con algún viaje turístico.

El diálogo entre Nixon y Zhou

Las cuestiones básicas se dividieron en tres categorías, y en la primera se situaron los objetivos a largo plazo de las dos partes, así como su colaboración contra los poderes hegemónicos, una forma de decir la Unión Soviética sin tener que pasar por el desagradable trago de nombrarla. Iban a ocuparse de ellas Zhou y Nixon, junto con un reducido grupo de colaboradores, en el que me encontraba también yo. Nos

reunimos todas las tardes, como mínimo durante tres horas.

En segundo lugar, se organizó un foro para tratar el tema de la cooperación económica y los intercambios científicos y técnicos dirigido por los ministros de Asuntos Exteriores de las dos partes. Por último, se constituyó un grupo de redacción para el comunicado final encabezado por el viceministro de Asuntos Exteriores Qiao Guanhua y yo mismo. Las reuniones de preparación del documento se celebraron de noche, después de los banquetes.

Las reuniones entre Nixon y Zhou fueron algo insólito entre jefes de gobierno (Nixon, por supuesto, era

también jefe de Estado) por el hecho de que en ellas no se tocó ninguna cuestión del momento; estas se dejaron al albedrío del grupo de redacción del comunicado y del de ministros de Asuntos Exteriores. Nixon se centró en situar una hoja de ruta conceptual de Estados Unidos ante su homólogo. Dado el punto de partida de las dos partes, era importante que nuestros interlocutores chinos tuvieran una guía seria y fidedigna de los objetivos estadounidenses.

Nixon era una persona con una preparación extraordinaria para esta función. Como negociador, su poca disposición a entrar en enfrentamientos

cara a cara —en efecto, su forma de eludirlos— llevaba en general a una cierta imprecisión y ambigüedad. Sabía resumir a la perfección. De los diez presidentes de Estados Unidos que he conocido, él ha sido el que ha demostrado una comprensión más cabal de las tendencias internacionales a largo plazo. Aprovechó las quince horas de reuniones con Zhou para presentarle una perspectiva de las relaciones entre Estados Unidos y China y sus consecuencias en los asuntos mundiales.

Mientras me encontraba camino de China, Nixon había comunicado a grandes rasgos su perspectiva al embajador estadounidense en Taipei, a

quien tocaría luego la desagradable tarea de explicar a sus anfitriones que a partir de entonces Estados Unidos cambiaría el eje de su política china: lo pasaría de Taipei a Pekín:

> Debemos tener en mente, y ellos [Taipei] tienen que estar preparados para la realidad de que seguiremos con una relación gradualmente más normalizada con la otra China, la del continente. Es algo que exigen nuestros intereses. Y no es porque nos gusten, sino porque están ahí […] y porque la situación mundial ha cambiado de una forma tan drástica.[33]

Nixon había previsto que, a pesar del caos y las privaciones que vivía China, las excepcionales cualidades de su

pueblo a la larga impulsarían el país hacia la primera línea de las potencias mundiales:

> Pues parémonos a pensar qué podría suceder si cualquier país con un sistema de gobierno decente tomara el control de este territorio continental. ¡Dios mío! [...] No existiría potencia en el mundo capaz... Me refiero a que pones a 800 millones de chinos a trabajar en un sistema decente [...] y se convierten en la primera potencia del mundo.[34]

Aquellos días en Pekín, Nixon se encontraba como pez en el agua. Independientemente de su arraigada opinión negativa sobre el comunismo como sistema de gobierno, no había ido

a China a convertir a sus dirigentes a los principios de la democracia y la libre empresa estadounidenses, pues lo consideraba una tarea inútil. Lo que persiguió a lo largo de toda la guerra fría fue un orden internacional estable para un mundo atestado de armamento nuclear. Así, en su primera reunión con Zhou, rindió homenaje a la sinceridad de los revolucionarios, cuyo éxito él mismo había denigrado anteriormente como un fallo de las señales en la política estadounidense: «Sabemos que cree firmemente en sus principios, y nosotros creemos firmemente en los nuestros. No le pedimos que ceda en los suyos, de la

misma forma que no va a pedirnos que cedamos en los nuestros».[35]

Nixon reconoció que en el pasado sus principios le habían llevado —al igual que a muchos de sus compatriotas— a defender políticas contrarias a los objetivos chinos. Pero el mundo había cambiado y los intereses de Estados Unidos exigían que Washington se adaptara a estos cambios:

> Comoquiera que yo había estado en la administración de Eisenhower, en aquella época había tenido opiniones parecidas a las de Dulles. Pero desde entonces el mundo había cambiado, como tenía que cambiar también la relación entre la República Popular y Estados Unidos. Como dijo el primer ministro en una reunión con

Kissinger, el timonel tiene que surcar las olas, de lo contrario se hundirá en la marea.[36]

Nixon propuso basar la política exterior en la reconciliación de intereses. Siempre y cuando se apreciara claramente el interés nacional y que este tuviera en cuenta los intereses mutuos de estabilidad, o al menos de evitar la catástrofe, aquello podía abrir el camino de la previsibilidad en las relaciones entre China y Estados Unidos:

Aquí, el primer ministro sabe, y yo también sé, que la amistad —que tengo la impresión de que mantenemos a título personal— no puede constituir la base en la

que pueda apoyarse una relación establecida. […] Como amigos, podemos ponernos de acuerdo sobre un tipo de lenguaje, pero a menos que se satisfagan nuestros intereses personales poniendo en práctica las decisiones tomadas en este lenguaje, poco habremos avanzado.[37]

Para un planteamiento de aquel tipo, la franqueza era la condición previa para la auténtica colaboración. Tal como dijo Nixon a Zhou: «Es importante que lleguemos a la franqueza total y establezcamos que ninguno de nosotros hará nada si no considera que es en interés de uno y otro».[38] Los críticos de Nixon condenaban a menudo este tipo de declaraciones, tachándolas de egoístas.

Los dirigentes chinos, en cambio, se referían a ellas con frecuencia como garantía de la fiabilidad estadounidense, pues las consideraban precisas, dignas de confianza y recíprocas.

Sobre esta base, Nixon planteó un razonamiento pensado para una función duradera de su país en Asia, a pesar de la retirada del grueso de las fuerzas estadounidenses de Vietnam. Lo insólito era que lo presentara como de interés mutuo. La propaganda china había atacado durante años la presencia de Estados Unidos en la zona calificándola de opresión colonialista y había llamado al «pueblo» a levantarse contra ella. Pero en Pekín, Nixon insistió en que los

imperativos geopolíticos traspasaban los límites de la ideología, como daba testimonio de ello su propia presencia en la capital. Con un millón de soldados soviéticos en la frontera septentrional de China, Pekín no podía basar su política exterior en consignas sobre la necesidad de acabar con «el imperialismo estadounidense». Antes del viaje me había insistido sobre el papel determinante a escala mundial que ejercía Estados Unidos:

> No podemos pedir demasiadas disculpas sobre la función de nuestro país en el mundo. No lo pudimos hacer en el pasado, no lo podemos hacer en el presente, ni en el futuro. No nos podemos mostrar

excesivamente abiertos respecto a lo que hará Estados Unidos. En otras palabras, darnos golpes de pecho, ponernos cilicios y empezar con que vamos a retirarnos, vamos a hacer esto, lo otro y lo de más allá. Porque considero que lo que tenemos que decir es: «¿A quién amenaza Estados Unidos? ¿Quién preferiríais que ejerciera esta función?».[39]

Es difícil aplicar la invocación del interés nacional en su forma absoluta, como la planteada por Nixon, como único concepto capaz de organizar el orden internacional. Las condiciones con las que se define el interés nacional son demasiado distintas y las fluctuaciones en la interpretación tienen una importancia excesiva para proporcionar una guía de conducta

fiable. En general, hace falta una cierta coherencia en los valores que proporcione un elemento de moderación.

Cuando China y Estados Unidos iniciaron los contactos tras un paréntesis de veinte años, lo hicieron con unos valores distintos, por no decir opuestos. Con todas sus dificultades, un consenso sobre interés nacional constituía el elemento más significativo de moderación con el que podía contarse. La ideología podía llevar a las dos partes a la confrontación y fomentar pruebas de fuerza alrededor de una amplia periferia.

¿Era suficiente el pragmatismo? Es algo que puede intensificar choques de

intereses, de la misma forma que es capaz de solucionarlos. Cada lado conoce mejor sus objetivos que los del otro. Según la solidez de la postura interior de cada cual, la oposición interior puede utilizar las concesiones necesarias desde el punto de vista pragmático como demostración de debilidad. Así pues, existe la tentación constante de doblar la apuesta. En los primeros contactos con China, la cuestión que se planteaba era hasta qué punto eran o podían ser coherentes las definiciones de los intereses. Las conversaciones entre Nixon y Zhou proporcionaron el marco de la coherencia, y el puente que llevaría a

ella era el comunicado de Shanghai y su tan debatido párrafo sobre el futuro de Taiwan.

EL COMUNICADO DE SHANGHAI

Los comunicados suelen ser perecederos. Definen más un estado de ánimo que una dirección. No fue este el caso, sin embargo, del comunicado que resumió la visita de Nixon a Pekín.

Los dirigentes tienden a crear la impresión de que los comunicados nacen directamente de sus cabezas y de las conversaciones que mantienen con sus homólogos. Suelen fomentar la idea de

que redactan y deciden hasta la última coma de sus escritos. No obstante, los estadistas con experiencia y juicio saben que no es así. Nixon y Zhou eran conscientes del peligro de obligar a los dirigentes a concluir pactos durante los cortos períodos de una cumbre. En general, las personas tenaces —no estarían donde están si no lo fueran— tienen problemas por resolver los estancamientos cuando el tiempo apremia y los medios de comunicación insisten. Como consecuencia, los diplomáticos suelen acudir a las reuniones importantes con los comunicados casi listos.

Nixon me mandó a Pekín en octubre

de 1971 —en una segunda visita— con este objetivo en mente. En los intercambios subsiguientes se decidió que el nombre en clave del citado viaje sería Polo II, puesto que después de poner Polo I al primer viaje secreto, nos fallaba la imaginación. El principal objetivo del Polo II era el de ponernos de acuerdo en un comunicado que pudieran aprobar los dirigentes chinos y el presidente cuando, cuatro meses más tarde, se diera por finalizada la visita de Nixon.

Llegamos a Pekín en un momento de convulsiones en la estructura gubernamental china. Unas semanas antes habían acusado al sucesor de Mao,

Lin Biao, de una conspiración cuyas dimensiones nunca se rebelaron oficialmente. Existen distintas versiones de los hechos. La imperante a la sazón era que Lin Biao, el recopilador del *Pequeño Libro Rojo* de las frases de Mao, parecía haber decidido que la seguridad del país se garantizaría mejor con la vuelta a los principios de la Revolución Cultural que con las maniobras que se llevaban a cabo con Estados Unidos. Se apuntó también sobre este punto que Lin se oponía a Mao desde una perspectiva próxima a la posición de Zhou y Deng y que su fanatismo ideológico respecto al

exterior no era más que una táctica defensiva.[40]

Los vestigios de la crisis seguían en el aire cuando mi equipo y yo llegamos a Pekín el 20 de octubre. Durante el desplazamiento desde el aeropuerto vimos carteles con la típica consigna de «Abajo el capitalismo imperialista estadounidense y sus lacayos». Algunos estaban en inglés. En las habitaciones del pabellón de huéspedes encontramos también panfletos sobre temas similares. Pedí a mi ayudante que los recogiera y los devolviera al jefe de protocolo chino, alegando que los ocupantes anteriores los habían dejado allí.

Al día siguiente, el ministro de

Asuntos Exteriores en funciones que me acompañó al Gran Salón del Pueblo, donde tenía que entrevistarme con Zhou, tomó nota de la violenta situación. Me señaló un cartel que habían colocado sobre uno de los que resultaban ofensivos y rezaba en inglés: «Bienvenidos al campeonato afroasiático de ping-pong». Vimos otros muchos que habían sido pintados por encima. Zhou comentó como de pasada que teníamos que observar la práctica china y no fijarnos en sus «cañones sin munición» retóricos, un anuncio de lo que iba a comentar Mao a Nixon meses después.

La discusión sobre el comunicado

empezó de una forma bastante convencional. Yo mismo propuse un borrador que había preparado junto con mi equipo, ya aprobado por Nixon. En él, ambas partes afirmaban su lealtad a la paz y pedían colaboración sobre los temas más destacados. La parte dedicada a Taiwan estaba en blanco. Zhou aceptó el borrador como base para la discusión y prometió presentar a la mañana siguiente las modificaciones y las alternativas chinas. Todo seguía el proceso convencional de redacción de un comunicado.

No así lo que sucedió después. Mao intervino para ordenar a Zhou que dejara el redactado de lo que denominó un

«comunicado del género tonto». A pesar de que calificara de «cañones sin munición» sus exhortaciones sobre la ortodoxia comunista, no estaba preparado para abandonarlas como directrices para los cuadros comunistas. Dio instrucciones a Zhou de que preparara un comunicado que replanteara la ortodoxia comunista como postura china. Dijo que los estadounidenses podían exponer su punto de vista si así lo deseaban. Mao había basado su vida en la idea de que la paz solo podía surgir de la lucha, que no era un fin en sí. A China no le importaba reconocer sus diferencias con Estados Unidos. El borrador de Zhou (y

mío) era aquel tipo de banalidad que habrían firmado los soviéticos, aunque sin convicción, y que nunca habrían puesto en práctica.[41]

En la presentación, Zhou siguió las instrucciones de Mao. Expuso un proyecto de comunicado en el que constaba la postura china con un lenguaje intransigente. Había en él unas páginas en blanco para que nosotros dejáramos constancia de nuestro punto de vista, que se esperaba que fuera tan contundente como el de ellos. Incluía también un apartado final reservado a posturas comunes.

Al principio aquello me desconcertó. Pero al reflexionarlo, me di cuenta de

que aquella forma no ortodoxa parecía resolver los problemas de las dos partes. Cada cual podía reafirmar sus convicciones básicas, con lo que tranquilizaría a sus respectivos pueblos y a sus incómodos aliados. Las diferencias se habían hecho patentes durante veinte años. El contraste iba a destacar los acuerdos a los que se había llegado y así serían mucho más creíbles las conclusiones positivas. Al no tener posibilidades de consultar con Washington, puesto que no disponíamos de representación diplomática, ni de una comunicación segura y adecuada, confié en las ideas de Nixon a la hora de seguir adelante.

Así, un comunicado que vio la luz en China y publicaron los medios de comunicación de este país permitió que Estados Unidos declarara su compromiso por «la libertad individual y el progreso social de todos los pueblos del mundo»; que anunciara sus estrechos vínculos con los aliados de Corea del Sur y Japón, y que articulara una perspectiva sobre el orden internacional que rechazara la infalibilidad de cualquier país y permitiera que todas las naciones se desarrollaran sin interferencias extranjeras.[42] El redactado chino del comunicado era, evidentemente, igual de expresivo en las perspectivas opuestas.

No podía constituir una sorpresa para la población china: lo habían oído y visto constantemente en los medios de comunicación. Ahora bien, con la firma de un documento que incluía ambos puntos de vista, cada parte iniciaba efectivamente una tregua ideológica y ponía de relieve los puntos de convergencia en sus planteamientos.

El más significativo de ellos, con mucho, era el apartado sobre la hegemonía, que precisaba:

> Ni una parte ni otra debe pretender alcanzar la hegemonía en la región asiática del Pacífico y ambas se oponen a los empeños de cualquier otro país o grupo de países por establecer dicha hegemonía.[43]

Se habían creado alianzas con mucho menos que esto. Pese al estilo ampuloso, la conclusión resultaba contundente. Los países que medio año antes eran enemigos declarados anunciaban su posición conjunta a la expansión de la esfera soviética. Aquello constituía una verdadera revolución diplomática, puesto que el paso siguiente iba a centrarse, inevitablemente, en encontrar una estrategia para responder a las ambiciones soviéticas.

Esta estrategia se mantendría dependiendo de los progresos que se consiguieran en Taiwan. Cuando se había abordado este tema en el viaje de Nixon, las partes ya habían estudiado la

cuestión, empezando en los días de la visita secreta, siete meses antes.

Las negociaciones habían llegado al punto en que el diplomático puede elegir. Una de las tácticas —en efecto, el enfoque tradicional— consiste en perfilar la postura de máximos e irla rebajando poco a poco hasta un nivel que se considere al alcance. Se trata de una táctica muy valorada por los negociadores impacientes por proteger su posición nacional. De todas formas, si bien puede parecer «duro» empezar con un conjunto de peticiones límite, el proceso conlleva un debilitamiento progresivo, propiciado por el abandono del impulso inicial. En ella, la otra parte

siente la tentación de atrincherarse en cada estadio para comprobar qué da de sí la siguiente modificación y convertir el proceso de negociación en una prueba de resistencia.

En lugar de primar el proceso frente a lo esencial, es preferible formular las primeras propuestas lo más ajustadas posible a lo que uno considera que sería el resultado más sostenible, y con lo de «sostenible» me refiero en abstracto a lo que las dos partes tienen interés en mantener. Esto representó un reto específico respecto a Taiwan, cuestión en la que los dos países mantenían un margen de concesión bastante limitado. Así pues, nosotros desde el principio

expusimos las perspectivas sobre Taiwan que consideramos necesarias para una evolución constructiva. Nixon las propuso el 22 de febrero en forma de cinco principios extraídos de los intercambios anteriores en mis reuniones de julio y octubre. Eran globales y al mismo tiempo constituían el límite de las concesiones estadounidenses. Habría que avanzar en el futuro partiendo de este marco. He aquí los cinco principios: afirmación de la política de una sola China; de que Estados Unidos no iba a apoyar los movimientos internos de independencia de Taiwan; de que Estados Unidos desaconsejaría cualquier avance japonés hacia Taiwan

(una cuestión, teniendo en cuenta la historia, que preocupaba especialmente a China); apoyo a todas las resoluciones pacíficas a las que llegaran Pekín y Taipei, y compromiso de seguir con la normalización.[44] El 24 de febrero, Nixon expuso la posible evolución en el ámbito nacional de la cuestión de Taiwan, mientras Estados Unidos impulsaba estos principios. Afirmó que tenía la intención de concluir el proceso de normalización durante su segundo mandato y de retirar los soldados estadounidenses de Taiwan durante dicho período, si bien advirtió de que no estaba en posición de adoptar compromisos formales. Zhou respondió

que ambas partes tenían «dificultades» y que no existía un «límite de tiempo».

Así pues, con los principios y el pragmatismo en un equilibrio precario, Qiao Guanhua y yo redactamos la sección que quedaba del comunicado de Shanghai. El pasaje clave contenía tan solo un párrafo, pero tardamos casi dos noches enteras en dejarlo listo. Así quedó redactado:

> La parte de Estados Unidos declara: Estados Unidos reconoce que todos los chinos de un lado y otro del estrecho de Taiwan afirman que no hay más que una China y que Taiwan forma parte de ella. El gobierno de Estados Unidos no discute esta postura. Reafirma su interés en un acuerdo pacífico sobre la cuestión de Taiwan llevado

a cabo por los propios chinos. Teniendo en cuenta esta perspectiva, ratifica el objetivo final de la retirada de todas las fuerzas e instalaciones militares estadounidenses de Taiwan. Mientras tanto, irá reduciendo las fuerzas e instalaciones militares de Taiwan a medida que disminuya la tensión en la zona.[45]

Este párrafo daba por concluidas unas cuantas décadas de guerra civil y animadversión con un principio general positivo que podían suscribir Pekín, Taipei y Washington. Estados Unidos resolvía la política de una sola China reconociendo las convicciones de los chinos de uno y otro lado de la línea divisoria. La flexibilidad de la fórmula permitió a Estados Unidos pasar del

«reconocimiento» al «apoyo» a su postura en las décadas siguientes. Se había dado la oportunidad a Taiwan de desarrollarse en el ámbito económico y en el interno. China lograba el reconocimiento de su «interés básico» en una relación política entre Taiwan y el continente. Estados Unidos declaraba su interés por una resolución pacífica.

A pesar de las tensiones ocasionales, el comunicado de Shanghai ha cumplido con su cometido. En los cuarenta años transcurridos desde su firma, ni China ni Estados Unidos han permitido que se interrumpa el curso de su relación. Ha sido un proceso delicado y en alguna ocasión tenso; a lo largo de él, Estados

Unidos ha dejado sentada su perspectiva sobre la importancia de un acuerdo pacífico, y China su convicción de que la unificación final es imperativa. Una parte y otra han actuado con circunspección y han intentado ahorrarse mutuamente una prueba de voluntad o de fuerza. China ha invocado principios básicos, pero se ha mostrado flexible respecto a la planificación de su puesta en práctica. Estados Unidos se ha mantenido pragmático, ha avanzado caso por caso, a veces bajo la fuerte influencia de la presión interior. En general, Pekín y Washington han dado prioridad a la importancia primordial de la relación chino-estadounidense.

Ahora bien, no hay que confundir un *modus vivendi* con una situación permanente. Ningún dirigente chino ha dejado de insistir en la unificación final, ni puede esperarse que lo haga. Tampoco es probable que ningún dirigente estadounidense abandone la convicción de que el proceso tiene que ser pacífico o que cambie la perspectiva del país sobre este tema. Hará falta habilidad política para evitar desviarse hacia un punto en el que las dos partes se sientan obligadas a poner a prueba la firmeza y la naturaleza de las convicciones del otro.

Las consecuencias

El lector no debe perder de vista que el tipo de protocolo y de hospitalidad descritos han evolucionado mucho desde aquella época. Curiosamente, la hospitalidad de los primeros dirigentes comunistas era más parecida a la de la tradición imperial china que la que se practica actualmente, menos elaborada, con menos brindis y menos efusividad por parte del gobierno. Lo que no ha experimentado cambio significativo alguno es la minuciosa preparación, la complejidad en la argumentación, la capacidad de planificar a largo plazo y la sutil percepción de lo intangible.

La visita de Nixon a China constituye una de las pocas ocasiones en las que una visita de Estado estableció un cambio fundamental en los asuntos internacionales. La reincorporación de China al juego diplomático mundial y el aumento de las opciones estratégicas para Estados Unidos inyectaron nueva vitalidad y flexibilidad al sistema internacional. A la visita de Nixon le siguieron otras también importantes de mandatarios de otras democracias occidentales y de Japón. La adopción de las cláusulas contra la hegemonía en el comunicado de Shanghai se tradujo en un cambio *de facto* en las alianzas. Si bien en un principio quedó limitada a

Asia, la labor se amplió un año después y llegó a incluir el resto del mundo. Las consultas entre China y Estados Unidos llegaron a un grado de intensidad poco corriente incluso entre aliados formales.

Durante unas semanas se respiró una atmósfera de júbilo. Muchos estadounidenses dieron la bienvenida a la iniciativa china de permitir que su país volviera a la comunidad de naciones a la que había pertenecido originariamente (lo que era cierto) y consideraron la nueva situación como algo permanente en la política internacional (y no era así). Ni Nixon, escéptico por naturaleza, ni yo olvidamos que la política china descrita

en anteriores capítulos se había llevado adelante con la misma convicción que la de aquellos momentos, ni que los dirigentes que nos recibían con tanta gentileza y elegancia hacía poco que se habían mostrado igual de insistentes y convincentes en su forma de proceder diametralmente opuesta. Tampoco podía darse por supuesto que Mao, o sus sucesores, iban a abandonar las convicciones de toda una vida.

La dirección de la política china en el futuro sería guiada por la ideología y el interés nacional. Lo que consiguió la apertura hacia China fue la oportunidad de aumentar la colaboración en los casos en los que los intereses eran

compatibles y moderar las diferencias existentes. En el momento del acercamiento, la amenaza soviética había proporcionado el impulso, pero existía el reto más profundo de creer en la colaboración a lo largo de los años para que una nueva generación de dirigentes se sintiera motivada por las mismas necesidades. Por otra parte, había que fomentar el mismo tipo de evolución en la parte estadounidense. La recompensa de la aproximación entre China y Estados Unidos no sería una situación de amistad eterna o una armonía en los valores, sino un reajuste en el equilibrio mundial que exigiría un cuidado constante y que tal vez, con el

tiempo, reportaría un mayor equilibrio en los principios.

En este proceso, cada parte sería el guardián de sus propios intereses. Y cada cual intentaría utilizar al otro como elemento de presión en sus relaciones con Moscú. Mao nunca se cansó de insistir en que el mundo no iba a permanecer estático, en que la contradicción y el desequilibrio eran leyes de la naturaleza. Sobre este punto de vista, el Partido Comunista de China publicó un documento en el que describía la visita de Nixon como un ejemplo de la «utilización de las contradicciones, la división de los

enemigos y el realce del propio papel de China».[46]

¿Algún día los intereses de las dos partes podrían llegar a coincidir del todo? ¿Serían capaces de apartarse lo suficiente de sus ideologías imperantes para evitar el malestar de las emociones encontradas? La visita de Nixon a China había abierto la puerta para abordar estos retos, que aún siguen en pie.

10
La semialianza
Conversaciones con Mao

El viaje secreto a China restableció la relación chino-estadounidense. Con la visita de Nixon se inició un período de colaboración estratégica. Pero si bien fueron surgiendo los principios de esta colaboración, quedó por establecer el marco en el que tenían que aplicarse. El redactado del comunicado de Shanghai implicaba un tipo de alianza. La

realidad de la independencia de China dificultó la relación entre la forma y el contenido.

Las alianzas han existido desde que la historia guarda constancia de los asuntos internacionales. A lo largo del tiempo, se han creado por distintas razones: para aunar las fuerzas de los diferentes aliados; para conseguir la obligación de la asistencia mutua; para proporcionar un elemento disuasivo más allá de las consideraciones tácticas del momento. Las relaciones entre China y Estados Unidos, no obstante, tenían una característica especial: sus componentes pretendían coordinar las acciones sin

establecer una obligación formal para ello.

Esta realidad era inherente a la forma en que China percibía las relaciones internacionales. Tras proclamar que China había «resistido», Mao quiso llegar a Estados Unidos, pero jamás admitió no poseer suficiente fuerza para cualquier desafío que pudiera presentarse. Tampoco aceptó la obligación abstracta de prestar una ayuda que fuera más allá de las exigencias del interés nacional, como surgió en momentos determinados. En los primeros estadios del gobierno de Mao, China estableció una única alianza: con la Unión Soviética en los

inicios de la República Popular, cuando China necesitaba apoyo en su avance a tientas para hacerse con una posición en el marco internacional. En 1961 firmó un Tratado de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua con Corea del Norte, en el que constaba una cláusula de defensa mutua contra una agresión exterior, documento que sigue en vigor en la actualidad. Pero aquello formaba más bien parte de la naturaleza de la relación tributaria que había marcado la historia china: Pekín ofrecía protección; la reciprocidad norcoreana era intrascendente en la relación. La alianza soviética naufragó desde un principio

básicamente porque Mao no aceptó el más mínimo atisbo de subordinación.

Tras la visita de Nixon a China, surgió una sociedad que no respondía a los compromisos recíprocos que se incluían en la documentación. Aquello no fue ni siquiera una alianza táctica basada en acuerdos informales. Se trató más bien de una semialianza, nacida de los acuerdos que surgieron en las conversaciones con Mao —en febrero y noviembre de 1973— y de las largas reuniones con Zhou, tras interminables horas en 1973. A partir de entonces, Pekín ya no pretendió limitar o controlar la proyección del poder estadounidense, como había hecho antes de la visita del

presidente Nixon. Por el contrario, la meta declarada por China fue la de contar con Estados Unidos como contrapeso respecto al «oso polar» por medio de un plan estratégico explícito.

Este paralelismo dependía de si los dirigentes chinos y estadounidenses conseguían compartir objetivos geopolíticos comunes, sobre todo respecto a la Unión Soviética. Los chinos ofrecieron a sus homólogos estadounidenses seminarios particulares sobre las intenciones soviéticas, a menudo en un lenguaje categórico, poco corriente en ellos, como si temieran que el tema fuera demasiado importante para tratarlo con su sutileza y sus rodeos

habituales. Estados Unidos les correspondió con amplia información sobre sus planes estratégicos.

En los primeros años de la nueva relación, los dirigentes chinos siguieron disparando de vez en cuando algún «cañón» ideológico contra el imperialismo estadounidense —con una retórica muy ensayada a veces—, si bien en privado criticaban a las autoridades estadounidenses por mostrarse, en todo caso, excesivamente moderadas en política exterior. En efecto, durante la década de 1970, Pekín presionó más que la ciudadanía o el Congreso estadounidense para que Estados Unidos

actuara de forma enérgica contra los planes soviéticos.

La «línea horizontal»: los pasos de China de cara a la contención

Lo que faltó en el plan durante un año fue el visto bueno de Mao. El mandatario chino había aprobado la dirección general en las conversaciones con Nixon, pero se había negado ostentosamente a hablar de estrategia o táctica, tal vez porque aún no se había dado por bueno el comunicado de Shanghai.

Mao cubrió esta laguna con dos largas

conversaciones conmigo: la primera, durante la noche del 17 de febrero de 1973, entre las 23.30 y la 1.20. La segunda, en la tarde del 12 de noviembre de 1973, entre las 17.40 y las 20.25. El contexto de las conversaciones clarifica su alcance. La primera tuvo lugar cuando aún no había transcurrido un mes después de que Le Duc Tho —el principal negociador norvietnamita— y yo iniciáramos los Acuerdos de Paz de París para dar por terminada la guerra de Vietnam. Con ello, China ya no tenía que demostrar la solidaridad comunista con Hanoi. La segunda se celebró después del papel decisivo que desempeñó Estados Unidos en la guerra

árabe-israelí y el cambio que se produjo a raíz de ello, pues los árabes, en especial Egipto, que tenían depositada su confianza en la Unión Soviética, se pusieron más del lado de Estados Unidos.

En ambas ocasiones, Mao refrendó calurosamente la relación chino-estadounidense frente a los medios de comunicación reunidos allí. En febrero precisó que Estados Unidos y China en otra época habían sido «enemigos». Luego añadió: «Pero ahora, a la relación existente entre nosotros la llamamos amistad».[1] Una vez calificada de amistad la nueva relación, Mao pasó a darle una definición operativa. Puesto

que le gustaba utilizar las parábolas, escogió el tema que podía preocuparnos menos: las posibles operaciones de los servicios de inteligencia chinos contra las autoridades estadounidenses que visitaban China. Era una forma indirecta de declarar una especie de asociación sin exigir reciprocidad:

> Pero no pronunciemos palabras falsas ni entremos en artimañas. Nosotros no les hemos robado sus documentos. Pueden dejarlos aposta en cualquier parte y ponernos a prueba. Tampoco nos dedicamos a escuchar a escondidas, ni a colocar micrófonos. Esos pequeños trucos no sirven para nada. Como tampoco sirven las grandes maniobras. Se lo dije a su corresponsal, Edgar Snow. […] Nosotros también contamos con nuestros

servicios secretos y ocurre lo mismo. No funcionan muy bien [*el primer ministro Zhou se ríe*]. No sabían, por ejemplo, lo de Lin Biao [*el primer ministro Zhou se ríe*]. Tampoco sabían que usted quería venir.[2]

La perspectiva menos plausible era que China y Estados Unidos fueran a abandonar la práctica de acumular información mutua. Si los dos países entraban realmente en una nueva era en su relación era importante la transparencia entre ellos y también que crearan cálculos similares. Sin embargo, la limitación de las actividades de sus servicios de inteligencia era un comienzo bastante inverosímil. El presidente chino ofrecía transparencia,

pero también advertía de que era imposible engañarle, precisión que él mismo dejó caer en la conversación de noviembre. A título introductorio, contó, con una mezcla de humor, desdén y visión estratégica, cómo había enmendado su promesa de llevar adelante una campaña de diez mil años de lucha ideológica con los soviéticos:

MAO: Intentaron hacer las paces a través de Ceauşescu [Nicolae, el dirigente comunista] de Rumanía y nos quisieron convencer de que no siguiéramos con la lucha en el terreno ideológico.

KISSINGER: Recuerdo que estuvo aquí.

MAO/ZHOU: De eso hace mucho.

ZHOU: La primera vez que vino a China [*frase pronunciada en inglés*].

MAO: Y la segunda vez vino el propio Kosiguin [Alexéi, el primer ministro soviético], fue en 1960. Le dije que íbamos a iniciar una campaña de lucha contra él que duraría diez mil años [*risas*].

INTÉRPRETE: El presidente decía diez mil años de lucha.

MAO: Y en esta ocasión, hice una concesión a Kosiguin. Le dije que primero había hablado de diez mil años de lucha. Por el mérito de haber venido a verme en persona, voy a reducirlo a mil años [*risas*]. Vean cuán generoso soy. Hago una concesión y es por mil años.[3]

El mensaje básico era el mismo: colaboración siempre que sea posible y nada de maniobras tácticas, pues sería imposible engañar a este veterano bregado en todo tipo de conflictos

imaginables. En un nivel más profundo, era también una advertencia de que, si fracasaba la conciliación, China podía convertirse en un enemigo tenaz e intimidatorio.

En la conversación con Nixon un año antes, Mao había omitido toda referencia sustancial a Taiwan. En aquellos momentos, para eliminar cualquier elemento amenazador, el dirigente chino desvinculó el tema de Taiwan de la relación global entre Estados Unidos y su país: «La cuestión de las relaciones de Estados Unidos y China tiene que ser algo aparte de nuestras relaciones con Taiwan». Mao apuntó que Estados Unidos debería

«cortar las relaciones diplomáticas con Taiwan», tal como había hecho Japón (manteniendo al mismo tiempo vínculos sociales y económicos extraoficiales). Y siguió diciendo: «Solo así será posible que nuestros dos países resuelvan la cuestión de las relaciones diplomáticas». Pero sobre las relaciones de Pekín con Taiwan, Mao advirtió: «Es algo bastante complejo. No creo en una transición pacífica». Acto seguido, se dirigió a Ji Pengfei, ministro de Asuntos Exteriores chino, y le preguntó: «¿Usted cree en ella?». Tras un largo coloquio con los demás chinos de la sala, Mao expuso su punto principal: que no

existían presiones de ningún tipo en lo relativo al tiempo:

MAO: Son una pandilla de contrarrevolucionarios. ¿Cómo iban a colaborar con nosotros? De momento podemos arreglárnoslas sin Taiwan, y si tiene que ocurrir, que sea dentro de cien años. No hay que tomarse los asuntos de este mundo con tanta rapidez. ¿Para qué tanta prisa? Al fin y al cabo no es más que una isla con unos doce millones de habitantes.

ZHOU: Ahora tienen dieciséis.

MAO: Respecto a sus relaciones con nosotros, creo que no harán falta cien años.

KISSINGER: Eso espero. Imagino que llegarán antes.

MAO: Ustedes no deciden. Nosotros no les apremiamos. Si lo ven necesario, adelante. Si

consideran que no se puede conseguir ahora, lo pospondremos para más tarde.

[…]

KISSINGER: No es cuestión de verlo necesario; es una cuestión de posibilidades prácticas.

MAO: Es lo mismo [*risas*].[4]

En el característico estilo paradójico de Mao se planteaban dos puntos básicos de igual importancia: en primer lugar, que Pekín no iba a descartar su opción de recurrir a la fuerza en Taiwan, y en realidad contaba con utilizarla algún día; pero, en segundo lugar, al menos por el momento, Mao lo posponía, incluso más: dijo estar dispuesto a esperar cien años. La broma estaba pensada para despejar el camino

y plantear la cuestión clave, una aplicación decidida de la teoría de la contención de George Kennan según la cual si se evitaba la expansión del sistema soviético, este se desplomaría a consecuencia de las tensiones internas.[5] Ahora bien, mientras Kennan aplicaba sus principios básicamente al modo de hacer de la diplomacia y la política interior, Mao apuntaba hacia la confrontación directa siguiendo todo el abanico de presiones posibles.

Mao me dijo que la Unión Soviética constituía una amenaza mundial contra la que había que oponer una resistencia también mundial. Hicieran lo que hiciesen las otras naciones, China

resistiría a un ataque aunque sus fuerzas tuvieran que retirarse hacia el interior del país para librar una guerra de guerrillas. No obstante, la colaboración con Estados Unidos y con otros países de ideas afines aceleraría la victoria en una lucha, cuyo resultado se preveía por la debilidad de la Unión Soviética. China no pediría ayuda ni condicionaría su colaboración a la de los demás. De todas formas, estaba preparada para adoptar estrategias convergentes, en especial con Estados Unidos. El vínculo serían las convicciones comunes y no las obligaciones formales. Podía imponerse una política soviética de resuelta contención global, alegaba

Mao, pues las ambiciones soviéticas estaban por encima de sus capacidades:

MAO: Tienen que enfrentarse a tantos adversarios… Tienen que enfrentarse al Pacífico. Tienen que enfrentarse con Japón. Tienen que enfrentarse con China. Tienen que enfrentarse con el sur de Asia, donde hay unos cuantos países. Y solo tienen un millón de soldados, con los que no pueden defenderse, y mucho menos atacar. Pero no van a atacar a menos que les dejen entrar, y primero se les ofrece Oriente Próximo y Europa para que puedan desplegar las tropas en dirección este. Y para ello hace falta más de un millón de soldados.

KISSINGER: Eso no va a suceder. Estoy de acuerdo con el presidente de que si Europa, Japón y Estados Unidos se mantienen juntos —y nosotros seguimos haciendo en Oriente

Próximo lo que comen tamos con el presidente la última vez—, el peligro de un ataque a China será muy reducido.

MAO: También estamos conteniendo a una parte de sus efectivos, algo que les favorece a ustedes en Europa y Oriente Próximo. Tienen, por ejemplo, tropas destacadas en Mongolia Exterior, algo que no había sucedido en la época de Jruschov. Por aquel entonces aún no habían destacado soldados en Mongolia Exterior, pues el incidente en la isla Zhenbao se produjo después de Jruschov, durante el mandato de Brézhnev.

KISSINGER: Fue en 1969. Por eso es importante que Europa occidental, China y Estados Unidos sigan un rumbo coordinado en este período.

MAO: En efecto.[6]

La colaboración que fomentaba Mao

no se limitaba a las cuestiones asiáticas. Sin rastro de ironía, impulsó la implicación militar estadounidense en Oriente Próximo para contraatacar a los soviéticos: exactamente el tipo de «agresión imperialista» contra la que tanto se había vociferado en la propaganda china. Poco después de la guerra árabe-israelí de 1973, y tras la visita a Moscú de Sadam Husein, Irak atrajo la atención de Mao, quien presentó al país como parte de su estrategia mundial:

MAO: Y ahora, un tema crucial: la cuestión de Irak, Bagdad. No sé si podrán llevar a cabo el mismo trabajo en esta zona. Nuestras posibilidades son escasas.

ZHOU: Es relativamente complicado. Podemos establecer contacto con ellos, pero llevará un tiempo conseguir que cambien de orientación. Es posible que lo hagan cuando sufran sus consecuencias.[7]

Zhou sugería que para una política coordinada había que conseguir que Irak considerara que pagaba muy cara la confianza con la Unión Soviética y decidiera cambiar de orientación, como estaba haciendo en aquellos momentos Egipto. (Habría sido un comentario irónico sobre la posibilidad de que los aliados se cansaran del trato autoritario de Moscú, como le había ocurrido a China.) Así, Mao revisó los puntos fuertes y los débiles de los distintos

estados de Oriente Próximo, prácticamente país por país. Subrayó la importancia de Turquía, Irán y Pakistán como barreras contra la expansión soviética. Además de Irak, le inquietaba Yemen del Sur.[8] Apremió a Estados Unidos para que aumentara sus efectivos en el océano Índico. Era el defensor por antonomasia de la guerra fría; los conservadores estadounidenses habrían estado de acuerdo con él.

Japón constituía el principal componente de la estrategia coordinada de Mao. En la reunión secreta de 1971, los dirigentes chinos seguían sospechando de la connivencia entre Estados Unidos y Japón. Zhou nos

previno contra el Estado nipón; la amistad existente, dijo, se desmoronará en cuanto la recuperación económica sitúe a Japón en posición de desafiarnos. En octubre de 1971 subrayó que a Japón «le habían crecido plumas en las alas y estaba a punto de despegar».[9] Repliqué, y Nixon le explicó con detalle en su visita que Japón podía ser mucho más problemático aislado que como parte de un orden internacional, en el que se incluyera una alianza con Estados Unidos. En nuestras conversaciones de noviembre de 1973, Mao había aceptado ya este punto de vista. Me insistió en que me centrara más en Japón y dedicara

más tiempo a cultivar la relación con sus dirigentes:

MAO: Hablemos de una cuestión sobre Japón. Esta vez permanecerá allí unos días más de lo habitual.

KISSINGER: El presidente siempre me reprende sobre este tema. Yo me tomo muy en serio lo que me dice, y en esta ocasión estaré allí dos días y medio. Tiene bastante razón. Es importante que Japón no se sienta aislado y abandonado. Tampoco debemos hacerle caer en la tentación de maniobrar.

MAO: Y eso no es obligarlo a pasar al bando soviético.[10]

¿Cómo iba a organizarse la coordinación mundial entre Estados Unidos y China? Mao apuntó que cada

parte podía desarrollar una idea clara sobre su interés nacional y colaborar siguiendo sus propias necesidades:

MAO: Decimos también en la misma situación [*gesticuló con la mano*] lo que dijo su presidente cuando estuvo sentado aquí, que cada una de las partes tiene sus propios medios y actúa según lo que le dictan sus necesidades. De ahí salió que los dos países actuaran de la mano.

KISSINGER: En efecto, ambos nos enfrentamos al mismo peligro. Tal vez tengamos que utilizar métodos distintos en algún momento, pero los objetivos son los mismos.

MAO: Sería bueno. Siempre que los objetivos sean los mismos, no les perjudicaremos, y ustedes no nos perjudicarán a nosotros. Así podremos trabajar conjuntamente para tomar

medidas contra algún hijo de perra. [*Risas*.] Puede que en alguna ocasión nosotros les critiquemos o ustedes nos critiquen. Esto, según su presidente, es la influencia ideológica. Ustedes dirán: ¡No nos fastidiéis, comunistas! Nosotros diremos: ¡No nos fastidiéis, imperialistas! A veces tenemos salidas como esta. Tienen que surgir a la fuerza.[11]

Dicho de otra forma, cada cual podía armarse con las consignas ideológicas que satisficieran sus necesidades internas, siempre que no interfirieran en la necesidad de colaboración contra el peligro soviético. La ideología iba a quedar relegada a la gestión del interior de cada país; había desaparecido de la política exterior. Por supuesto, el

armisticio ideológico solo era válido mientras los objetivos siguieran siendo compatibles.

En la ejecución de la política, Mao podía ser pragmático; en su concepción, siempre hacía el máximo esfuerzo por encontrar unos principios primordiales. Mao no había sido durante medio siglo dirigente de un movimiento ideológico para abrazar de repente el pragmatismo puro. La teoría de la contención de Kennan era aplicable fundamentalmente a las relaciones de Europa y el Atlántico; la de Mao era mundial. Según la idea de Mao, los países que se sentían amenazados por el expansionismo soviético «tenían que trazar una línea

horizontal: Estados Unidos-Japón-Pakistán-Irán […] Turquía y Europa».[12] (Así surgió el tema de Irak en un diálogo anterior.) Mao me habló de esta idea en febrero de 1973 y me explicó que este grupo tenía que ocuparse de la lucha contra la Unión Soviética. Más tarde examinó la cuestión con el ministro de Asuntos Exteriores japonés, considerando la extensión como un «gran territorio» compuesto por los países situados a lo largo de la línea frontal.[13]

Nos pusimos de acuerdo en el fondo del análisis. Pero las diferencias entre los sistemas chino y estadounidense que intentó sortear surgieron de nuevo al

plantearse las cuestiones prácticas. ¿Cómo iban a aplicar la misma política dos sistemas tan distintos? Para Mao, concepción y ejecución eran lo mismo. Para Estados Unidos, la dificultad estribaba en conseguir un consenso de apoyo entre los ciudadanos y los países aliados en un momento en que el escándalo Watergate ponía en entredicho la autoridad del presidente.

La estrategia del mantenimiento de una línea horizontal contra la Unión Soviética reflejaba el análisis objetivo de China sobre la situación internacional. La necesidad estratégica constituía su propia justificación. Pero también ponía de manifiesto las

ambigüedades inherentes a una política basada en gran medida en los intereses nacionales. Los cálculos comparables entre caso y caso dependían de la capacidad de cada una de las partes. Una coalición formada por Estados Unidos, China, Japón y Europa tenía que imponerse a la Unión Soviética. Pero ¿y si algunos asociados hicieran un cálculo distinto, sobre todo en ausencia de obligaciones formales? ¿Y si, como temía China, algunos decidían que el mejor sistema que tenía Estados Unidos, o Europa, o Japón, para crear equilibrio era la conciliación con la Unión Soviética en vez de la confrontación? ¿Qué ocurriría si uno de los

componentes de la relación triangular intuía la oportunidad de cambiar la naturaleza del triángulo en vez de estabilizarlo? ¿Qué harían, en resumen, los otros países si se aplicaban a sí mismos el principio de la distancia y la autonomía? Así, el momento de máxima colaboración entre China y Estados Unidos llevó también a sus dirigentes a discutir de qué forma podían verse tentados los distintos elementos de la semialianza a explotarla en aras de sus propios objetivos. La idea de autonomía de China tenía una consecuencia paradójica: impedía a sus dirigentes creer en la voluntad de sus asociados de correr los mismos riesgos que ellos.

En la aplicación de esta idea de la línea horizontal, Mao, el especialista en contradicciones, se enfrentó a unas cuantas. En primer lugar, que era un concepto que costaba conciliar con el de la autonomía china. La colaboración se basaba en la confluencia de análisis independientes. Si todos coincidían con el de China, no se planteaba problema alguno. Pero en caso de desacuerdo entre las partes, los recelos de China se convertirían en algo más espinoso y difícil de superar.

La idea de la línea horizontal implicaba una versión sólida de la del concepto occidental de seguridad colectiva. En la práctica, sin embargo,

la seguridad colectiva funciona más con el mínimo común denominador que sobre la base de las convicciones del país que posee el plan geopolítico más elaborado. En efecto, esta ha sido la experiencia de Estados Unidos en las alianzas que ha pretendido encabezar.

Estos problemas, inherentes a cualquier sistema mundial de seguridad, se vieron agravados en el caso de Mao, puesto que la apertura hacia América no tuvo las consecuencias que había previsto en un principio en las relaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética. El giro de Mao hacia Estados Unidos se basaba en la creencia de que las diferencias entre

estadounidenses y soviéticos impedirían, finalmente, cualquier compromiso importante entre las dos superpotencias nucleares. En cierto modo, era una de las aplicaciones de las estrategias comunistas del «frente unido» de las décadas de 1930 y 1940, como se expresaba en la consigna que se difundió después de la visita de Nixon: «Utilizar las contradicciones y derrotar a los enemigos de uno en uno». Mao había dado por supuesto que la apertura de Estados Unidos hacia China multiplicaría la desconfianza y aumentaría las tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Se produjo lo primero, pero no lo segundo. Después

de la apertura hacia China, Moscú inició la pugna por el favor de Washington. Se multiplicaron los contactos entre las superpotencias nucleares. Si bien Estados Unidos dejó patente que consideraba a China como un elemento básico del orden internacional e iba a apoyar a este país en caso de amenaza, el simple hecho de que Estados Unidos contara con una opción aparte, más estratégica, iba en contra de los instintos estratégicos revolucionarios de siempre.

La idea de la línea horizontal presentaba, como empezó a estudiar Mao, un problema: suponiendo que los cálculos del poder determinaran todas las conductas, la relativa debilidad

militar de China haría que este país dependiera en cierta forma del apoyo estadounidense, al menos durante un período transitorio.

Precisamente por ello, en cada uno de los estadios del diálogo sobre colaboración, Mao y otros dirigentes chinos insistieron en una propuesta pensada para mantener la libertad de maniobra y la honorabilidad de China: no necesitaban protección y China era capaz de solucionar todas las crisis previsibles, en solitario si hacía falta. Utilizaron la retórica de la seguridad colectiva, pero se reservaron el derecho de imponer su contenido.

En cada una de las conversaciones

que mantuvimos con Mao en 1973, el dirigente comunista se esforzó en dejar clara la impasibilidad china frente a cualquier forma de presión, incluso, y tal vez en especial, la presión nuclear. En febrero afirmó que si una guerra nuclear mataba a todos los chinos de más de treinta años, el país se beneficiaría de ello, ya que se unificaría lingüísticamente: «Si la Unión Soviética arroja sus bombas y mata a todos los chinos que tienen más de treinta años, nosotros veremos solucionado el problema [de la complejidad de tantos dialectos en China], puesto que la gente mayor como yo es incapaz de aprender el chino [mandarín]».[14]

Cuando Mao me contó con detalle hasta qué punto tenía que replegarse hacia el interior de su país para llevar al agresor hasta el señuelo de una población hostil y envolvente, le pregunté: «¿Y si utilizan bombas en lugar de enviar a los soldados?». Él respondió: «¿Qué haríamos? Quizá usted puede montar una comisión para estudiar el problema. Dejaríamos que nos machacaran y con ello perderían recursos».[15] La idea de que los estadounidenses teníamos tendencia al estudio, mientras que los chinos pasaban a la acción explica por qué Mao, a la vez que defendía su teoría sobre la línea horizontal, recurría a detalles

espectaculares sobre la preparación del país para resistir en solitario en caso de que fallara la semialianza. Mao y Zhou (y, posteriormente, Deng) insistían en que China «abría túneles» y estaba preparada para sobrevivir durante décadas a base de «fusiles y mijo». En cierta forma, es probable que la grandilocuencia tuviera como finalidad encubrir la vulnerabilidad de China, aunque también reflejaba un análisis serio sobre cómo iba a enfrentarse este país a la pesadilla existencial de una guerra mundial.

Algunos observadores occidentales consideraban que las cavilaciones que Mao iba traduciendo en palabras sobre

la capacidad de China de sobrevivir a una guerra nuclear, a veces con despreocupación y sentido del humor —porque en realidad el número de chinos era desproporcionado, incluso para eliminarlos con armamento nuclear—, eran una señal de un estado de perturbación mental y, en cierto sentido, debilitaban la determinación de Occidente, pues fomentaban el miedo a la guerra nuclear.

Lo que sí preocupaba a Mao, sin embargo, era tener que enfrentarse a las implicaciones de la doctrina en la que Estados Unidos y el mundo occidental basaban su idea de seguridad. La teoría dominante de la disuasión por

destrucción mutua asegurada dependía de la capacidad de provocar un porcentaje determinado de devastación total. Se contaba con que el adversario poseía una capacidad comparable. ¿Cómo impedir que se convirtiera en un bluf la amenaza del suicidio mundial? Mao interpretó que la confianza de Estados Unidos en el asunto de la destrucción mutua asegurada reflejaba que ponía en duda la efectividad del resto de sus fuerzas armadas. Fue el tema de una conversación de 1975, en la que Mao entró en el fondo de nuestro dilema sobre la guerra fría nuclear: «Confían y creen en el armamento

nuclear. No confían en su propio ejército».[16]

¿Qué haría, pues, China, expuesta al peligro nuclear sin, por un tiempo, los medios adecuados de revancha? Mao respondió que eso crearía un argumento basado en la práctica histórica y en la resistencia bíblica. No hay otra sociedad capaz de imaginar que podrá crear una política de seguridad creíble por medio de la voluntad de prevalecer después de sufrir cientos de millones de víctimas y la devastación o de la ocupación de la mayor parte de sus ciudades. Esta es la brecha que definía la diferencia entre la percepción de Occidente y la de China respecto a la

seguridad. La historia de China da fe de la capacidad de este país por superar todo tipo de estragos que nadie más es capaz de dejar atrás, e imponerse haciendo valer su cultura o su extensión frente al posible conquistador. Esta fe en su propio pueblo y en su cultura era la otra cara de la moneda de las reflexiones a veces misántropas de Mao en su práctica diaria. No se trataba únicamente de que hubiera demasiados chinos; contaba también con la firmeza de su cultura y la cohesión de sus relaciones.

No obstante, los dirigentes occidentales, más en sintonía y más receptivos con su ciudadanía, no estaban

preparados para librar la batalla de una forma tan categórica (si bien lo hacían indirectamente a través de su doctrina estratégica). Para ellos, había que demostrar que la guerra nuclear era el último recurso y no un procedimiento operativo estándar.

Los estadounidenses no siempre entendieron bien la independencia casi obsesiva de los chinos. Acostumbrados como estábamos a fortalecer nuestros vínculos europeos mediante un ritual tranquilizador, en ocasiones no juzgamos correctamente unas declaraciones parecidas expresadas por los dirigentes chinos. Cuando el coronel Alexander Haig, al mando del equipo que

preparaba el viaje de Nixon, se reunió con Zhou en enero de 1972, utilizó el lenguaje habitual de la OTAN al decir que la administración de Nixon opondría resistencia a la lucha de los soviéticos por poner cerco a China. Mao reaccionó de forma categórica: «¿Poner cerco a China? Lo que tienen que hacer es socorrerme, ¿cómo puede ser? […] ¿Acaso no les preocupo? Es algo así como ¡"el gato que llora por el ratón muerto"!».[17]

Al finalizar mi visita de noviembre de 1973, sugerí a Zhou un teléfono rojo entre Washington y Pekín como parte de un acuerdo sobre reducción de riesgos de guerra accidental. Mi objetivo era

tener en cuenta los recelos de China de que las negociaciones sobre el control de armamento formaban parte de un plan entre Estados Unidos y la Unión Soviética para aislar a su país, dándole la oportunidad de participar en el proceso. Mao lo vio de otra forma. «Alguien nos quiere prestar un paraguas —dijo—. Nosotros no queremos un paraguas de protección nuclear.»[18]

China no compartía nuestro punto de vista estratégico sobre las armas nucleares, y mucho menos nuestra doctrina sobre seguridad colectiva; aplicaba la máxima tradicional de «utilizar a los bárbaros contra los bárbaros» a fin de conseguir una

periferia dividida. La pesadilla histórica de China había sido la de que los bárbaros rechazaran tanta «utilización», se unieran y recurrieran a su fuerza superior o bien para conquistar China, o bien para dividirla en distintos feudos. Desde la perspectiva de China, la pesadilla nunca desapareció del todo, encerrada como se encontraba en una relación hostil con la Unión Soviética y la India y con sus propias sospechas respecto a Estados Unidos.

En el planteamiento fundamental respecto a la Unión Soviética existía una marcada diferencia. China se inclinaba por una postura de confrontación sin tregua. Estados Unidos era igual de

intransigente frente a lo que pudiera amenazar el equilibrio internacional. Nosotros, sin embargo, manteníamos abierta la perspectiva de una mejora de las relaciones en otras cuestiones. La apertura hacia China conmocionó a Moscú; en realidad, esta había sido una de las razones que nos había movido a abordar las negociaciones. En efecto, durante los meses en los que preparamos el viaje secreto estuvimos estudiando simultáneamente una eventual cumbre entre Nixon y Brézhnev. Se plasmó antes la de Pekín, en buena parte por el intento soviético de condicionar la visita de Moscú, táctica que abandonaron en cuanto se anunció la de Nixon a Pekín.

Los chinos vieron que estábamos más cerca de Moscú y Pekín que ellos entre sí. Aquello provocó unos cáusticos comentarios de los dirigentes chinos sobre la distensión.

Incluso en el punto álgido de las relaciones entre China y Estados Unidos, Mao y Zhou expresaron en alguna ocasión su inquietud acerca de la forma en que los estadounidenses podían poner en práctica su flexibilidad estratégica. ¿Acaso Estados Unidos tenía la intención de «llegar a la Unión Soviética a hombros de China»?[19] ¿Tal vez el compromiso «antihegemónico» estadounidense era una estratagema y, en cuanto China bajara la guardia,

Washington y Moscú actuarían en connivencia para destruir Pekín? ¿Occidente engañaba a China o se engañaba a sí mismo? En cualquier caso, la consecuencia práctica sería la de empujar las «aguas turbias de la Unión Soviética» hacia el este, en dirección a China. De esto habló Zhou en febrero de 1973:

ZHOU: Puede que ellos [los europeos] quieran empujar las aguas turbias de la Unión Soviética hacia otra dirección, hacia el este.

KISSINGER: Tanto si la Unión Soviética ataca hacia el este como si lo hace hacia el oeste, el peligro para Estados Unidos es el mismo. No ganamos nada con que ataque hacia el este. En realidad, si la Unión Soviética ataca es mejor que lo haga hacia el oeste, pues

contamos con más apoyo de la opinión pública para resistir.

ZHOU: En efecto, por tanto, consideramos que también es una ilusión lo de que Europa occidental aspira a empujar a la Unión Soviética hacia el este.[20]

Mao, que llevaba siempre sus ideas hasta las últimas consecuencias, atribuyó a Estados Unidos una estrategia dialéctica tal como la habría puesto en práctica él. Sostuvo que Estados Unidos podía pensar en resolver el problema del comunismo de una vez por todas aplicando la lección de Vietnam: que la implicación en guerras locales representa una sangría para la superpotencia que participa en ellas. En

esta interpretación, la teoría de la línea horizontal o la idea occidental de la seguridad colectiva podían convertirse en una trampa para China:

MAO: Ya que al quedar empantanados en Vietnam vivieron tantos problemas, ¿usted cree que a ellos [los soviéticos] les gustaría mucho quedar empantanados en China?

KISSINGER: ¿A la Unión Soviética?

NANCY TANG: A la Unión Soviética.

MAO: Y luego pueden dejarlos empantanados en China medio año, o uno, dos, tres o cuatro años. Después les hincan el dedo en la espalda. La consigna será luego la de la paz, es decir, derrocar el imperialismo socialista por la paz. Y quizá pueden empezar a echarles una mano en lo que sea, diciendo que en lo que necesiten les ayudaremos contra China.

KISSINGER: Es importantísimo, señor presidente, que cada uno comprenda las razones del otro. Nosotros nunca colaboraremos a sabiendas en un ataque contra China.

MAO: [*interrumpe*] No, no es eso. En lo que he dicho, su objetivo sería el de abatir a la Unión Soviética.[21]

Mao tenía razón. Teóricamente era una estrategia viable para Estados Unidos. Lo único que faltaba era un dirigente que la concibiera o una ciudadanía que la apoyara. La manipulación abstracta ni podía conseguirse ni era deseable en Estados Unidos; la política exterior estadounidense nunca ha podido basarse tan solo en la política de poder. La

administración de Nixon hablaba sinceramente sobre la importancia que concedía a la seguridad de China. En la práctica, Estados Unidos y China intercambiaron una gran cantidad de información y colaboraron en muchos ámbitos. Pero Washington no podía renunciar al derecho a determinar las tácticas encaminadas a conseguir la seguridad de otro país, por importante que fuera.

Las consecuencias del Watergate

En un momento en que las perspectivas estratégicas estadounidenses y chinas se

centraban en la coherencia, la crisis del Watergate amenazó con desbaratar el avance que se había conseguido en la relación al debilitar la capacidad de Estados Unidos de controlar el desafío geopolítico. Pekín no comprendió la destrucción del presidente que había ideado la apertura hacia China. La dimisión de Nixon, el 8 de agosto de 1974, y la toma de posesión del cargo por parte del presidente Gerald Ford llevaron al hundimiento del apoyo del Congreso a una política exterior activa en las subsiguientes elecciones de noviembre de 1974. Llegó la polémica sobre el presupuesto militar. Se establecieron embargos a un aliado

clave (Turquía); dos comisiones del Congreso (la Comisión Church del Senado y la Comisión Pike en la Cámara de Representantes) pusieron en marcha una investigación pública sobre el ámbito de los servicios secretos, de donde salió a raudales la información clasificada de los servicios de inteligencia. Con la aprobación de la Ley Sobre los Poderes de Guerra se redujo la capacidad que tenía Estados Unidos de evitar las aventuras soviéticas en el mundo en desarrollo. Estados Unidos entraba poco a poco en una situación de parálisis interior —con un presidente no elegido frente a un Congreso hostil—, lo que proporcionó a

los soviéticos la ventaja de que algunos dirigentes chinos se inclinaran a creer que era algo tramado por nosotros. A principios de 1975, la actuación del Congreso que impidió el avance de una iniciativa conjunta entre Estados Unidos y China para crear un gobierno de coalición en Camboya se interpretó en Pekín como un gesto de debilidad frente al cerco soviético de China.[22] En esta coyuntura, desde el punto de vista de China, la política de distensión amenazaba con convertirse en lo que Mao denominó simulacro de combate, que creaba la ilusión, y no la realidad, del avance diplomático. Los dirigentes chinos dieron una lección a los

estadounidenses (y a muchos otros líderes occidentales) sobre los peligros de la conciliación. Las críticas chinas se cebaron sobre todo en la Conferencia de Helsinki sobre Seguridad y Cooperación, alegando que creaba la ilusión de la estabilidad y la paz.[23]

La semialianza se había basado en la convicción de China de que para la seguridad mundial era indispensable la contribución estadounidense. Pekín había iniciado la relación considerando a Washington como baluarte contra el expansionismo soviético. En aquellos momentos, Mao y Zhou empezaban a intuir que lo que parecía una debilidad de Washington en realidad era un juego

de más calado: el intento de enfrentar a soviéticos y chinos en una guerra pensada para la destrucción de ambos. Poco a poco, los chinos empezaron a acusar a Estados Unidos de algo peor que la traición: de falta de efectividad. Así estaban las cosas cuando, a finales de 1973, las tribulaciones que vivía China empezaron a asemejarse a las nuestras.

11
El fin de la era de Mao

En cada etapa de la revolución diplomática de China, Mao se debatió entre el pragmatismo sinocentrista y el fervor revolucionario. Tuvo que escoger a la fuerza y optó a sangre fría por el pragmatismo, aunque nunca de buen grado. Cuando conocimos a Mao en 1972, ya enfermo, comentaba —con cierta ironía para un ateo confeso— que había recibido una «invitación de Dios».

Había destruido o radicalizado la mayor parte de las instituciones del país, entre ellas el Partido Comunista, y echó mano cada vez más del magnetismo personal y de la manipulación de las facciones opuestas para gobernar. En aquellos momentos, cuando su mandato tocaba a su fin, su forma de aferrarse al poder y su capacidad de manipulación se iban desvaneciendo. La crisis de Lin Biao había eliminado al sucesor designado por Mao. El dirigente chino no tenía heredero claro y la China de después de Mao no contaba con proyecto alguno.

La crisis de la sucesión

En lugar de escoger a un nuevo sucesor, Mao intentó institucionalizar su propia ambigüedad. Lo que legó a China fue un conjunto extraordinariamente complejo de rivalidades políticas, pues promocionó a funcionarios de uno y otro lado de su perspectiva sobre el destino de China. Con su característica circunlocución estimuló a ambos bandos y después los enfrentó, al tiempo que fomentaba las «contradicciones» en cada facción (por ejemplo, entre Zhou y Deng) para asegurarse de que nadie poseía un dominio lo suficientemente claro como para erigirse en autoridad comparable a la suya. En un lado estaban los administradores prácticos,

con Zhou a la cabeza, a quien seguía Deng; en el otro, los puristas ideológicos alrededor de Jiang Qing y su facción de radicales de Shanghai (a los que más tarde Mao catalogó despectivamente como «la Banda de los Cuatro»). Estos insistían en la aplicación literal del Pensamiento de Mao Zedong. Entre ellos destacó Hua Guofeng, el inmediato sucesor de Mao, en quien recayó la imponente (y, a la larga, imposible de controlar) tarea de dominar las «contradicciones» que Mao había consagrado (y de cuya breve existencia tratará el siguiente capítulo).

Las dos principales facciones se enzarzaron en un sinfín de peleas sobre

cultura, política, política económica y prerrogativas del poder, en resumen, sobre la forma de gobernar el país. Pero el trasfondo correspondía a las cuestiones filosóficas que habían ocupado las mentes más preclaras durante los siglos XIX y XX: cómo definir las relaciones de China con el mundo exterior y qué se podía aprender de los extranjeros, en el caso de que tuvieran algo que enseñar.

La Banda de los Cuatro defendía la involución. La facción pretendía purificar la cultura y la política chinas y eliminar de ella influencias sospechosas (en lo que se incluía cualquier tendencia tachada de extranjera, «revisionista»

burguesa, tradicional, capitalista o posiblemente antipartido), a fin de revitalizar la ética china de la lucha revolucionaria y el igualitarismo radical y reorientar la vida social hacia un culto básicamente religioso de Mao Zedong. La esposa de Mao, Jiang Qing, ex actriz, supervisó la reforma y la radicalización de la tradicional ópera de Pekín y la creación de ballets revolucionarios, entre los que sobresalió *El destacamento rojo femenino*, representado para el presidente Nixon en 1972, para estupefacción general de la delegación estadounidense.

Después de que Lin cayera en desgracia, Jiang Qing y la Banda de los

Cuatro subsistieron. Los ideólogos de su tendencia dominaron buena parte de los medios de comunicación, la universidad y la cultura y utilizaron su influencia para denigrar a Zhou, a Deng y a la supuesta tendencia de China hacia el «revisionismo». Su comportamiento durante la Revolución Cultural les había granjeado muchas enemistades en los círculos de poder, por lo que no eran los aspirantes mejor situados para la sucesión. Al carecer de contactos con el estamento militar y con los veteranos de la Larga Marcha, difícilmente podían esperar situarse en lugares destacados: una actriz y productora teatral que buscaba un puesto al que solo habían

accedido un reducido número de mujeres en toda la historia china (Jiang Qing); un periodista y teórico político (Zhang Chunqiao); un crítico literario izquierdista (Yao Wenyuan), y un antiguo guardia de seguridad, que había alcanzado la fama en la revuelta contra la gestión de su fábrica y que no poseía base de poder propia (Wang Hongwen).[1]

La Banda de los Cuatro se plantó contra un grupo relativamente pragmático relacionado con Zhou Enlai y, cada vez más, con Deng Xiaoping. A pesar de que Zhou fuera un comunista entregado, con décadas de fiel servicio a Mao, para muchos chinos se había

convertido en el representante del orden y la moderación. Tanto para sus críticos como para sus admiradores, Zhou era el símbolo de la larga tradición china de caballerosos funcionarios mandarines: de ciudad, culto, comedido en sus hábitos personales y, dentro del espectro comunista chino, en sus preferencias políticas.

Deng tenía un estilo personal más directo y menos refinado que Zhou; de vez en cuando interrumpía sus conversaciones escupiendo ruidosamente, lo que provocaba situaciones bastante desconcertantes. No obstante, compartía, y superaba, la perspectiva de Zhou sobre una China

que equilibraba sus principios revolucionarios con orden y con la búsqueda de la prosperidad. A la larga consiguió solucionar la ambigüedad de Mao entre la ideología radical y un planteamiento de reforma con base más estratégica. Ninguno de los dos creía en los principios de la democracia occidental. Ambos habían participado en las primeras fases de agitación de Mao sin mostrarse críticos con ellas. Pero contrariamente a Mao y a la Banda de los Cuatro, Zhou y Deng eran reacios a hipotecar el futuro de China en aras de la revolución permanente.

Acusados por sus críticos de «vender» China a los extranjeros, los

dos reformadores de los siglos XIX y XX pretendían utilizar la tecnología y las innovaciones económicas occidentales para apuntalar el vigor del país y conservar a la vez su esencia.[2] Zhou se identificaba totalmente con el acercamiento chino-estadounidense y con el intento de llevar los asuntos internos del país hacia un modelo más normalizado después de la Revolución Cultural, puntos a los que se oponía la Banda de los Cuatro, pues consideraba que traicionaban los principios revolucionarios. Deng y los funcionarios afines a él, como Hu Yaobang y Zhao Ziyang, se asociaban al pragmatismo económico, lo que la Banda de los

Cuatro atacaba, pues lo consideraba una recuperación de determinados aspectos del sistema capitalista.

A medida que se fue debilitando la salud de Mao, el gobierno del país se encerró en una lucha por el poder y en un debate sobre el destino de China, que afectaron profundamente las relaciones chino-estadounidenses. Cuando los radicales chinos consiguieron un poder relativo, las relaciones entre Estados Unidos y China se enfriaron; cuando la libertad de acción en Estados Unidos se vio limitada por las convulsiones internas, en China se fortalecieron los argumentos de los radicales según los cuales el país comprometía de forma

innecesaria su pureza ideológica al vincular la política exterior a un país sumido en las disputas internas e incapaz de colaborar en la seguridad china. Mao intentó hasta el fin resolver la contradicción de conservar el patrimonio de la revolución permanente y mantener al mismo tiempo el acercamiento estratégico hacia Estados Unidos, que seguía considerando importante para la seguridad de su país. Siempre dio la impresión de que simpatizaba con los radicales aun cuando los intereses nacionales le llevaban a apoyar las nuevas relaciones con Estados Unidos, país que, por su

parte, lo decepcionó a raíz de sus propias divisiones internas.

Mao, en la flor de la vida, habría superado los conflictos internos, pero en su vejez se debatió entre la complejidad que él mismo había creado. Zhou, que fue leal a Mao durante cuarenta años, se convirtió en una víctima de su ambigüedad.

La caída de Zhou Enlai

La supervivencia política del número dos en una autocracia es en general difícil. Exige situarse lo suficientemente cerca del dirigente para no dejar

espacio posible a un futuro competidor, pero no tanto como para que el propio dirigente se sienta amenazado. Ninguno de los segundos de a bordo de Mao consiguió realizar con éxito este número de equilibrismo: Liu Shaoqi, quien ejerció como número dos con el cargo de presidente entre 1959 y 1967 y fue encarcelado durante la Revolución Cultural, y Lin Biao fueron destruidos políticamente y perdieron la vida en el proceso.

Zhou fue nuestro principal interlocutor en todas las reuniones. En nuestra visita a China en noviembre de 1973 nos percatamos de que se le veía algo más dubitativo de lo habitual e

incluso que trataba a Mao con más deferencia. Pero esto se compensó con una conversación de casi tres horas con el presidente, en la revisión más completa sobre estrategia política exterior que nos habían ofrecido hasta entonces. Tras la sesión, Mao me acompañó hasta la antesala y un comunicado oficial me aclaró que el presidente y yo habíamos mantenido «una conversación profunda en un ambiente amistoso».

Con el manifiesto visto bueno de Mao, todas las negociaciones terminaron de forma rápida y favorable. El comunicado final amplió la oposición conjunta respecto a la hegemonía desde

«la región asiática del Pacífico» (como en el comunicado de Shanghai de 1972) al plano mundial. Expresaba la necesidad de ahondar en las consultas entre los dos países a unos «niveles de autoridad» incluso superiores. Había que aumentar los intercambios y el comercio. Tendría que ampliarse el alcance de las oficinas de contacto. Zhou dijo que llamaría a consulta al jefe de la oficina de contacto de China en Washington para informarle sobre la naturaleza del diálogo de cooperación acordado.

Los historiadores chinos de la época indican que fue entonces cuando las críticas de la Banda de los Cuatro contra

Zhou alcanzaron su punto crítico. Nos enteramos a través de los medios de comunicación de que se llevaba a cabo una campaña anticonfuciana, pero no pensamos que podía tener una importancia inmediata en la política exterior o en las cuestiones de poder de China. En sus contactos con los estadounidenses, Zhou siguió mostrando una seguridad en sí mismo imperturbable. Tan solo en una ocasión le falló la serenidad. En un banquete celebrado en el Gran Salón del Pueblo en noviembre de 1973, en una conversación general, hice el comentario de que me parecía que China se había mantenido esencialmente

confuciana en su creencia en una sola verdad universal, aplicable en general, como principio de la conducta individual y de la cohesión social. Lo que había hecho el comunismo, apunté, era establecer el marxismo como el contenido de dicha verdad.

No recuerdo qué me llevó a hacer aquella afirmación, que, por muy precisa que fuera, en realidad no había tenido en cuenta los ataques de Mao contra los confucianos, que se suponía que obstaculizaban sus políticas. Zhou perdió la paciencia; fue la única ocasión en que lo vi hecho una furia. El confucianismo, dijo, era una doctrina de opresión de clase, mientras que el

comunismo representaba una filosofía de la liberación. Con una insistencia inusitada, mantuvo la polémica, sin duda hasta cierto punto para que constara en el registro, en beneficio de Nancy Tang, la intérprete cercana a Jiang Qing, y a Wang Hairong, la sobrina nieta de Mao, que no se movía del círculo de Zhou.

Poco después nos enteramos de que Zhou padecía cáncer y lo habían retirado de las ocupaciones de gestión diarias. A ello le siguió un cambio espectacular. La visita a China había terminado con nota. La reunión con Mao no solo había sido la más fundamental de todas, sino que su simbolismo —su extensión, las efusivas muestras de cortesía, como el detalle de

acompañarme hasta la antesala, el cordial comunicado— estaba pensado para poner énfasis en su significado. Mientras me iba, Zhou me dijo que consideraba que aquel había sido el diálogo más importante desde la visita secreta:

ZHOU: Le deseamos éxito a usted y también al presidente.

KISSINGER: Se lo agradezco y le agradezco asimismo la recepción que nos han ofrecido, como siempre.

ZHOU: Lo merecían. Y una vez establecido el rumbo, como en 1971, seguiremos con él.

KISSINGER: Nosotros haremos lo mismo.

ZHOU: Por eso utilizamos la expresión visión de futuro para describir su reunión con el presidente.[3]

El diálogo recogido en el comunicado nunca se concretó en la realidad. Las negociaciones sobre cuestiones económicas casi definidas del todo se quedaron sobre el papel. El jefe de la oficina de contacto volvió a Pekín, pero no regresó a Washington hasta al cabo de cuatro meses. El funcionario del Consejo de Seguridad Nacional encargado de China informó de que las relaciones bilaterales habían quedado «inmovilizadas».[4] En el lapso de un mes, se hizo patente el cambio en la suerte de Zhou, aunque no su alcance.

A partir de entonces se supo que en diciembre de 1973, cuando aún no había transcurrido un mes después de lo

descrito anteriormente, Mao obligó a Zhou a pasar por unas «sesiones de autocrítica» ante el Politburó para justificar su política exterior, descrita como excesivamente acomodaticia por Nancy Tang y Wang Hairong, los incondicionales del círculo de Mao. Durante las sesiones, Deng, de vuelta del exilio como posible alternativa a Zhou, resumió así las críticas imperantes: «Tu posición está a un paso [del] presidente. […] Para otros, la presidencia está cercana, pero fuera de su alcance. En cambio, para ti está cercana y al alcance de la mano. Espero que lo tengas siempre en mente».[5] En

efecto, acusaban a Zhou de ser excesivamente ambicioso.

Cuando terminó la sesión, en una reunión del Politburó se criticó abiertamente a Zhou:

> En general, [Zhou] pasó por alto el principio de evitar el «derechismo» en su alianza [con Estados Unidos]. Eso se debió fundamentalmente a que había pasado por alto las instrucciones del presidente. Sobrestimó el poder del enemigo y menospreció el poder del pueblo. Tampoco entendió el principio de combinar la diplomacia con el apoyo a la revolución.[6]

A principios de 1974, Zhou desapareció como dirigente político, supuestamente a causa del cáncer que

padecía. Sin embargo, la enfermedad no basta para explicar el olvido en el que cayó. Ninguna autoridad china volvió a referirse a él. En mi primera reunión con Deng a comienzos de 1974, en repetidas ocasiones citó a Mao, pero hizo caso omiso de mis referencias a Zhou. Si había que referirse al historial de la negociación, nuestros homólogos chinos citaban las dos conversaciones con Mao en 1973. Vi a Zhou solo en otra ocasión en diciembre de 1974, cuando llevé a unos miembros de mi familia a Pekín en una visita oficial. Mi familia fue invitada al encuentro. Allí, en lo que nos dijeron que era un hospital pero parecía un pabellón de huéspedes estatal, Zhou

evitó hablar de temas políticos o diplomáticos aduciendo que sus médicos le habían prohibido que hiciera esfuerzos. La entrevista duró poco más de veinte minutos. Se había organizado con esmero para dejar claro que el diálogo sobre las relaciones chino-estadounidenses con Zhou habían terminado.

Era un triste final a una carrera caracterizada por la lealtad absoluta hacia Mao. Zhou se había mantenido al lado del viejo presidente en los momentos de crisis que le habían obligado a compensar su admiración por el liderazgo revolucionario de Mao con el instinto pragmático y más humano de

su propia naturaleza. Había sobrevivido porque era indispensable y, en un sentido decisivo, leal, demasiado leal, afirmaban sus críticos. Lo habían destituido del cargo cuando parecía que la tormenta amainaba y tenía el fin cerca. No había discrepado de la política de Mao como lo había hecho Deng diez años antes. En ningún contacto con Estados Unidos se detectó desviación alguna de lo que Mao había dicho (en cualquier caso, el presidente controlaba las reuniones leyendo todas las noches las transcripciones). Es cierto que Zhou trató a las delegaciones estadounidenses con la máxima —aunque distante— cortesía; aquel era el

requisito previo para avanzar en la asociación con Estados Unidos que exigía la problemática situación de seguridad de su país. Yo interpreté su modo de actuar como una forma de facilitar lo que necesitaba China, no como una concesión a mi persona o a la de otros compatriotas míos.

Puede que Zhou hubiera empezado a plantearse la relación con Estados Unidos como algo permanente, mientras que Mao la consideraba una fase táctica. Tal vez Zhou había llegado a la conclusión de que China, recién salida de la devastación de la Revolución Cultural, no sería capaz de prosperar en el mundo a menos que pusiera fin a su

aislamiento y pasara a formar parte del orden internacional. En realidad, es algo que supuse por el comportamiento de Zhou, no por sus palabras. En nuestro diálogo, nunca surgió ningún comentario personal. Al hablar conmigo, algunos de sus sucesores se refieren a él llamándole «su amigo Zhou». En la medida en que se refieren literalmente a esta condición —aunque aprecie un trasfondo irónico —, lo considero un honor.

Políticamente renqueante, escuálido, en fase terminal, Zhou hizo una última aparición pública en enero de 1975. Fue en una reunión del Congreso Nacional del Pueblo de China, la primera convocatoria de este tipo desde el inicio

de la Revolución Cultural. Zhou, técnicamente, seguía siendo el primer ministro. Inauguró el congreso con alabanzas a la Revolución Cultural y a la campaña anticonfuciana formuladas con gran meticulosidad, es decir, a lo que prácticamente le había destruido, aunque él hablaba de su influencia calificando los dos hitos como «singulares», «importantes» y «trascendentales». Fue la última declaración pública de lealtad al presidente con el que había colaborado durante cuarenta años. Pero a medio discurso, Zhou emprendió, como si se tratara de la continuación lógica del programa, una nueva dirección. Volvió a

examinar la propuesta que permanecía latente desde antes de la Revolución Cultural: dijo que China tenía que esforzarse por conseguir una «amplia modernización» en cuatro sectores clave: agricultura, industria, defensa nacional y ciencia y tecnología. Zhou precisó que hacía este llamamiento —en efecto, un rechazo de los objetivos de la Revolución Cultural— «siguiendo instrucciones del presidente Mao», si bien no aclaró cuándo y dónde se habían formulado estas.[7]

Zhou exhortó a China a lograr las «cuatro modernizaciones» «antes de que acabara el siglo». Quienes le escuchaban comprendieron que él no

vería hecho realidad su objetivo. Y tal como atestiguaba la primera parte de su discurso, suponiendo que se llevara a cabo la modernización, se conseguiría después de otra lucha ideológica. Aun así, los allí presentes recordarían sus palabras, en parte previsión, en parte reto: «A finales del siglo XX, la economía nacional china se situará entre las primeras del mundo».[8] En los años posteriores, algunos considerarían aquellas palabras y abogarían por el progreso tecnológico y la liberalización económica, incluso corriendo un serio riesgo político y personal.

Últimas reuniones con Mao: las golondrinas y la tormenta que se avecina

Después de la desaparición de Zhou, a principios de 1974, Deng Xiaoping se convirtió en nuestro interlocutor. Pese a que acababa de regresar del exilio, se ocupó de los asuntos con el aplomo y la seguridad en sí mismo que parecían innatos en los dirigentes chinos, y poco después fue nombrado viceprimer ministro ejecutivo.

Para entonces ya se había abandonado —hacía tan solo un año— la idea de la línea horizontal, porque se asemejaba demasiado a los conceptos de alianza tradicionales y limitaba la libertad de

acción de China. En su lugar, Mao presentó la perspectiva de los «tres mundos», que ordenó a Deng anunciar en una sesión especial de la Asamblea General de la ONU en 1974. El nuevo planteamiento sustituía la línea horizontal por una perspectiva de tres mundos: Estados Unidos y la Unión Soviética pertenecían al primer mundo; Japón y Europa formaban parte del segundo mundo; y todos los países subdesarrollados constituían el Tercer Mundo, al que también pertenecía China.[9]

Según esta perspectiva, los asuntos del mundo se desarrollaban a la sombra del conflicto entre las dos

superpotencias nucleares. Como expuso Deng en su discurso en la ONU:

> Puesto que las dos superpotencias compiten por la hegemonía en el mundo, las contradicciones entre ellas son irreconciliables; una de ellas no tiene más opción que dominar a la otra o ser dominada por ella. Su compromiso y su connivencia solo pueden ser parciales, temporales y relativos, mientras que su discrepancia lo abarca todo, es permanente y absoluta. […] Pueden llegar a ciertos acuerdos, pero no son más que de fachada, engañosos.[10]

El mundo en desarrollo tenía que utilizar aquel conflicto para sus propios objetivos: las dos superpotencias habían

«creado su propia antítesis» al «suscitar una fuerte resistencia entre el Tercer Mundo y la población de todo el planeta».[11] El auténtico poder no reside en Estados Unidos o la Unión Soviética; al contrario: «Quien tiene realmente el poder es el Tercer Mundo y la población de todos los países al unirse, atreverse a luchar y atreverse a ganar».[12]

La teoría de los tres mundos devolvió a China la libertad de acción, como mínimo desde el punto de vista ideológico. Permitía diferenciar entre las dos superpotencias a conveniencia. Proporcionaba un medio para que China consiguiera un papel activo, independiente, a través de su función en

el mundo en desarrollo, y le facilitaba además flexibilidad táctica. Así y todo, no podía resolver el desafío estratégico de China, como había explicado Mao en sus dos largas conversaciones en 1973: la Unión Soviética constituía una amenaza para Asia y Europa; China tenía que participar en el mundo si quería acelerar su desarrollo económico; y había que mantener la semialianza entre China y Estados Unidos, a pesar de que la evolución interna de ambos países presionaba a sus gobiernos en dirección contraria.

¿Había alcanzado suficiente influencia con Mao el elemento radical para llevar a la destitución de Zhou? ¿O

puede que Mao utilizara a los radicales para derribar a su número dos de la misma manera que había hecho con los predecesores de Zhou? Sea cual fuere la respuesta, Mao necesitaba la triangulación. Simpatizaba con los radicales, pero era un estratega demasiado destacado para abandonar la seguridad que podía proporcionar Estados Unidos; al contrario, pretendía fortalecerla todo el tiempo que los estadounidenses demostraran ser unos socios efectivos.

Un acuerdo impreciso conseguido en una cumbre entre el presidente Ford y el primer ministro soviético Brézhnev en Vladivostok, en noviembre de 1974,

complicó las relaciones entre Estados Unidos y China. Se había tomado la decisión por razones puramente prácticas. Ford, como nuevo presidente, tenía interés en conocer a su homólogo soviético. Se decidió que no podían ir a Europa sin haber establecido contacto con algunos dirigentes europeos deseosos de entablar relaciones con el nuevo presidente, lo que iba a apretar bastante la agenda del presidente estadounidense. Durante la presidencia de Nixon ya se había programado un viaje a Japón y Corea; un desvío de veinticuatro horas a Vladivostok no era excesivo para la planificación presidencial. Durante el proceso, no

tuvimos en cuenta que Rusia se había hecho con Vladivostok un siglo antes en uno de los «tratados desiguales» constantemente criticados en China y que la ciudad se encontraba en el extremo oriental ruso, donde los conflictos entre China y la Unión Soviética habían llevado a la nueva planificación de nuestra política respecto a China hacía unos años. Las conveniencias técnicas habían pasado por encima del sentido común.

La irritación de los chinos con Washington tras la reunión de Vladivostok seguía patente cuando me desplacé de Vladivostok a Pekín en diciembre de 1974. Fue la única visita

en la que Mao no me recibió. (Puesto que nunca podía solicitarse una reunión, el desaire podía presentarse como una omisión en lugar de como un rechazo.)

Dejando a un lado el traspié, Estados Unidos siguió fiel a la estrategia iniciada durante la administración de Nixon, independientemente de las fluctuaciones en las políticas internas de China y Estados Unidos. Suponiendo que los soviéticos hubieran atacado China, ambos presidentes con los que trabajé, Richard Nixon y Gerald Ford, habrían apoyado totalmente a China y hecho todo lo posible para acabar con la aventura soviética. Estábamos también firmemente decididos a defender el

equilibrio internacional. Así y todo, consideramos que se servía mejor a los intereses estadounidenses y a la paz mundial si Estados Unidos mantenía la capacidad de diálogo con los dos gigantes comunistas. Si nos situábamos más cerca de cada uno de ellos de lo que se encontraban ambos entre sí podíamos conseguir la máxima flexibilidad diplomática. Lo que Mao describía como «simulacro de combate» era lo que tanto Nixon como Ford creían imprescindible para establecer un consenso en política exterior después de la guerra de Vietnam, del Watergate y de la llegada al poder de un presidente no electo.

En esta situación internacional e interior, mis dos últimas conversaciones con Mao tuvieron lugar en octubre y diciembre de 1975. Brindó la ocasión para ello la primera visita a China del presidente Ford. La primera reunión se dedicó a preparar la cumbre entre los dos dirigentes; la segunda, a la conversación en sí. En ellas, además de dejar patente un resumen de las últimas perspectivas del presidente que se encontraba a las puertas de la muerte, se demostró la colosal fuerza de voluntad de Mao. Su salud ya era precaria cuando se reunió con Nixon; pero luego estaba en una situación física desesperada. Necesitaba la asistencia de dos

enfermeras para levantarse de la silla. Apenas podía hablar. Dado que el chino es una lengua tonal, Mao, martirizado por las dolencias, mandó a la intérprete poner por escrito el significado de los resuellos que salían de su maltrecho cuerpo. Esta le mostraba luego la interpretación y él asentía o negaba con la cabeza ante el texto. Teniendo en cuenta sus enfermedades, el presidente llevó adelante las dos conversaciones con una lucidez extraordinaria.

Más destacable fue la forma en que dichos encuentros reflejaron la agitación interior que vivía Mao cuando ya tenía un pie en la tumba. Con sarcasmo y agudeza, provocando y también

colaborando, sus salidas rezumaban una convicción revolucionaria en pugna con un complejo sentido de la estrategia. Mao inició la conversación del 21 de octubre de 1975 poniendo en cuestión un comentario banal que le hice a Deng el día anterior en el sentido de que China y Estados Unidos no querían nada uno del otro: «Si ninguna de las partes no tiene nada que pedir a la otra, ¿por qué habría venido usted a Pekín? Si ninguna de las partes no tiene nada que pedir, ¿por qué deseaba venir a Pekín y por qué nosotros hemos estado dispuestos a recibirle a usted y al presidente?».[13] En otras palabras, las expresiones de buena voluntad abstractas no tenían sentido

alguno para el apóstol de la revolución permanente. Seguía en su búsqueda de una estrategia común, y como estratega, reconocía la necesidad de las prioridades aunque fuera a costa de sacrificar temporalmente algunos de los objetivos históricos de China. Así pues, avanzó una garantía respecto a la reunión anterior: «La cuestión secundaria es Taiwan; la primordial, el mundo».[14] Como tenía por costumbre, Mao llevó al extremo la necesidad con su característica combinación de fantasía, imperturbable paciencia e implícita amenaza, en algunos momentos con un discurso esquivo, cuando no insondable. No solo mantuvo la calma,

como había indicado que haría en la reunión con Nixon y las siguientes conmigo, sino que no quiso confundir el debate sobre Taiwan con la estrategia para la protección del equilibrio mundial. Por consiguiente, hizo una afirmación impensable dos años antes: dijo que en aquellos momentos China no quería Taiwan:

MAO: Es mejor que esté en sus manos. Si quisieran devolvérmelo ahora, diría que no, porque no es algo deseable. Allí hay un hatajo de contrarrevolucionarios. Dentro de cien años nos interesará [*gesticuló con la mano*] y entonces lucharemos por recuperarla.

KISSINGER: Cien años no.

MAO: [*Contando con gestos de la mano*] Es

difícil precisarlo. Cinco años, diez, veinte, cien años. Es difícil precisarlo. [*Señala hacia el techo*] Y cuando me vaya al cielo y vea a Dios, le diré que es mejor que Taiwan esté bajo la tutela de Estados Unidos.

KISSINGER: Le sorprenderá mucho oír eso del presidente.

MAO: No, porque Dios les protege a ustedes, no a nosotros. Dios no nos quiere [*gesticula con las manos*] porque yo soy un caudillo militante, y además comunista. He aquí por qué no me quiere. [*Señala a los tres estadounidenses*][15] Les quiere a usted, a usted y a usted.[16]

No obstante, existía una urgencia en llevar correctamente la cuestión de la seguridad internacional: según Mao, China había pasado al último lugar en

las prioridades estadounidenses entre los cinco centros de poder del mundo, con la Unión Soviética en la primera posición, seguida por Europa y Japón: «Vemos que lo que hacen es saltar hacia Moscú utilizando como palanca nuestros hombros, unos hombros que ahora resultan inútiles. Estamos en quinto lugar. Somos el dedo meñique».[17] Por otra parte, seguía Mao, a los países europeos, aunque superaran a China en términos de poder, les intimidaba la Unión Soviética, lo que resumió en una alegoría:

MAO: Este mundo no está tranquilo; se avecina una tormenta de viento y lluvia. Y ante la

llegada de la lluvia y el viento, vemos a las golondrinas atareadas.

TANG: Él [el presidente] me pregunta cómo se dice «golondrina» en inglés y qué significa «gorrión». Le he respondido que son dos pájaros distintos.

KISSINGER: Sí, aunque espero que tengamos un poco más de influencia sobre la tormenta que las golondrinas sobre el viento y la lluvia.

MAO: Es posible posponer la llegada del viento y de la lluvia, pero difícil impedir que vengan.[18]

Cuando repliqué que estábamos de acuerdo sobre la llegada de la tormenta, pero maniobrábamos para situarnos en la mejor posición de cara a la

supervivencia, Mao respondió con una palabra lapidaria: «Dunkerque».[19]

Mao explicó que el ejército estadounidense en Europa no era suficientemente fuerte para oponer resistencia al ejército de tierra soviético y que la opinión pública impediría utilizar armamento nuclear. No aceptó mi afirmación de que Estados Unidos probablemente utilizaría armamento nuclear en defensa de Europa: «Existen dos posibilidades. Una es la de ustedes; la otra, la del *New York Times*»[20] (en referencia al libro *Can America Win the Next War?*, del periodista del *New York Times* Drew Middleton, quien ponía en duda que Estados Unidos pudiera

imponerse en una guerra general con la Unión Soviética en Europa). Al menos, añadió el presidente, no tiene importancia, porque ni en un caso ni en otro China confiaría en las decisiones de otros países:

> Adoptamos la estrategia de Dunkerque, es decir, dejaremos que ocupen Pekín, Tianjin, Wuhan y Shanghai y de esta forma, por medio de estas tácticas venceremos y el enemigo quedará derrotado. Las dos guerras mundiales, la primera y la segunda, se llevaron a cabo de esta forma y la victoria se consiguió más tarde.[21]

Mientras tanto, Mao hacía un esbozo en el que colocaba algunas piezas en su

perspectiva internacional del tablero de *wei qi*. Europa estaba «demasiado dispersa, demasiado disgregada»;[22] Japón aspiraba a la hegemonía; la unificación alemana era deseable, pero solo iba a conseguirse si se debilitaba la Unión Soviética, y «sin una lucha, no podía debilitarse la Unión Soviética».[23] En cuanto a Estados Unidos, «no hacía falta llevar de aquella forma el caso Watergate»,[24] es decir, destruir a un presidente de probada solidez por unas controversias de carácter interno. Mao invitó al secretario de Defensa, James Schlesinger, a visitar China —tal vez como parte integrante del séquito del presidente Ford en su visita, donde

podría recorrer las regiones fronterizas cercanas a la Unión Soviética, como Xinjiang y Manchuria—. Probablemente, esto se hizo para demostrar que Estados Unidos estaba dispuesto a correr el riesgo de enfrentarse a la Unión Soviética. Se trataba asimismo de un intento poco sutil de situar a China en las discusiones internas estadounidenses, puesto que se había informado de que Schlesinger había cuestionado la política de distensión reinante.

Parte de la dificultad se centraba en un problema de perspectiva. Mao era consciente de que no iba a durar mucho y estaba impaciente por asegurar que

después de él se impondría su punto de vista. Habló con la melancolía propia de la senectud, intelectualmente consciente de los límites, aún no preparado del todo para enfrentarse a que, para él, el repertorio de alternativas iba disminuyendo y desaparecían los medios para ponerlas en práctica.

MAO: He cumplido ya ochenta y dos años. [*Señala al secretario Kissinger*] ¿Cuántos años tiene usted? Cincuenta tal vez.

KISSINGER: Cincuenta y uno.

MAO: [*Señala al viceprimer ministro Deng*] Él, setenta y uno. [*Agita las manos*] Y cuando estemos todos muertos, yo mismo, él [Deng], Zhou Enlai y Ye Jianying, usted seguirá vivo. ¿Ve? Nosotros, los viejos, no lo lograremos. No vamos a seguir adelante.[25]

Añadió: «Yo estoy en una vitrina de cara a las visitas».[26] Pero a pesar de su decrepitud física, el frágil presidente no podía permanecer en una postura pasiva. Cuando terminaba la reunión —un momento que solía conllevar un gesto de conciliación—, de pronto desató el desafío sin contención, afirmando la inmutabilidad de su trayectoria revolucionaria:

MAO: Usted no conoce mi temperamento. Me gusta que las personas digan pestes de mí [*levanta la voz y golpea la butaca con la mano*]. Tiene que decir que el presidente Mao es un viejo burócrata, y así me apresuraré para reunirme con usted. Si no me insulta, no voy a verlo y me limitaré a dormir tranquilamente.

KISSINGER: Eso es difícil para nosotros, sobre todo lo de llamarle burócrata.

MAO: Lo ratifico [*golpea la butaca con la mano*]. Solo me sentiré contento cuando todos los extranjeros peguen porrazos sobre la mesa y me insulten.

Mao intensificó aún más la cuestión de la amenaza provocándome sobre la intervención china en la guerra de Corea:

MAO: La ONU aprobó una resolución presentada por Estados Unidos en la que se declaraba que China había agredido a Corea.

KISSINGER: Eso fue hace veinticinco años.

MAO: En efecto. No tiene una vinculación directa con usted. Fue en la época de Truman.

KISSINGER: Eso es. Hace mucho tiempo, y

nuestro parecer ha cambiado.

MAO: [*Se toca la parte superior de la cabeza*] Pero aún no se ha anulado la resolución. Sigo con el sambenito de «agresor». De todas formas, lo considero el mayor honor, el que ninguno puede superar. Es positivo, muy positivo.

KISSINGER: Por tanto, ¿no habría que cambiar la resolución de la ONU?

MAO: No, no lo hagan. Nosotros nunca hemos presentado esa petición. […] No tenemos forma de negarlo. Efectivamente, hemos agredido a China [Taiwan] y también a Corea. ¿Querrá usted ayudarme a hacer pública la declaración, tal vez en uno de sus informes?

KISSINGER: Creo que dejaré que lo hagan público ustedes. Puede que yo no hiciera la declaración históricamente correcta.[27]

Mao establecía como mínimo tres

puntos: primero, China estaba preparada para resistir sola, como había hecho en la guerra de Corea contra Estados Unidos y en la década de 1960 contra la Unión Soviética; segundo, reafirmaba los principios de la revolución permanente que había presentado en esas confrontaciones, aunque pudiera resultar tan poco atractiva a las superpotencias; por fin, estaba dispuesta a volver a ellos si veía frustrado su propio rumbo. La apertura hacia Estados Unidos no implicaba para Mao el fin de la ideología.

Los prolijos comentarios de Mao reflejaban una profunda ambigüedad. Nadie comprendía mejor que el

moribundo presidente los imperativos geopolíticos de China. En aquel momento de la historia entraban en pugna con la idea tradicional de la autosuficiencia de China. Pese a las críticas de Mao sobre la política de la distensión, Estados Unidos sufrió la confrontación con los soviéticos y tuvo que pagar la mayor parte de los gastos militares del mundo no comunista. Aquellos fueron los requisitos previos para la seguridad de China. Habían pasado cuatro años desde el restablecimiento de las relaciones con China. Estábamos de acuerdo con la perspectiva general de Mao sobre la estrategia. No se podía delegar a China

su ejecución y Mao era consciente de ello. Pero el dirigente chino se oponía precisamente a este margen de flexibilidad.

Por otra parte, para asegurar que el mundo comprendía los vínculos que seguían existiendo y sacaba de ello las conclusiones correctas, una declaración china anunció que Mao «había mantenido una conversación con Kissinger en un clima amistoso». Esta declaración positiva se acompañaba con una sutil perspectiva en la imagen que la ilustraba: en ella se veía a Mao sonriendo al lado de mi esposa y a mí moviendo un dedo, sugiriendo que tal

vez Estados Unidos necesitaba una cierta guía altruista.

Siempre resultaba difícil resumir los comentarios elípticos y aforísticos de Mao, incluso a veces comprenderlos. En un informe oral que hice para el presidente Ford, le describí el talante de Mao como «algo admirable» y le recordé que aquella era la misma gente que había llevado adelante la Larga Marcha (la retirada estratégica de un año a través de terrenos complicados, bajo ataques frecuentes, que había conservado la causa de la China comunista durante la guerra civil).[28] El objeto del comentario de Mao no tenía como tema la distensión, sino el de

aclarar cuál de las tres partes de la relación triangular podía quedar absorbida en la crisis en evolución. Como le dije al presidente Ford:

> Le garantizo que si entramos en conflicto con la Unión Soviética, nos atacarán a nosotros y a la Unión Soviética y atraerán a su alrededor al Tercer Mundo. Para nuestras relaciones con China, lo mejor es establecer buenos vínculos con la Unión Soviética, y viceversa. Nuestro problema es la debilidad: nos ven en conflicto con las SALT y la distensión. Ellos juegan con ventaja.[29]

Winston Lord, en aquellos momentos jefe de personal de Planificación Política del Departamento de Estado y responsable de la organización de mi

visita secreta y posteriormente de política china, añadió una sutil interpretación de los ambiguos comentarios de Mao, que yo trasladé al presidente:

> El mensaje básico del presidente estaba claro, así como los temas principales. Evidentemente, montaron un marco estratégico para la visita de Kissinger pensando en la evolución de nuestras relaciones en los dos últimos años. Pero quedaban algunos pasajes críticos sin descifrar. Existe la tendencia de buscar las sutilezas, el significado profundo que encierra el discurso mundano y lacónico del presidente. En la mayor parte de los casos se ve claro el sentido general. En otros, sin embargo, puede no haber nada especialmente significativo, o puede haber aparecido un

atisbo de la senilidad del hombre. […] Por citar solo uno de los ejemplos de ambigüedad: ¿«No sabría usted de algo que pudiera ayudarme a solucionar el problema que tengo ahora mismo, la dificultad de hablar con claridad?». Lo más probable es que se tratara de una frase sin importancia sobre su salud. Parece casi imposible que pidiera en serio asistencia médica. Pero ¿no sería que quería transmitir que no se oía su voz en China (o en el mundo), que su influencia había quedado ya muy limitada y quería que Estados Unidos lo ayudara a afianzar su posición por medio de nuestra política? ¿Acaso pretendía que le ayudáramos a «hablar con claridad» en el sentido más amplio?[30]

En aquellos momentos, los comentarios de Lord me parecieron

exagerados. Teniendo en cuenta que desde entonces he aprendido mucho sobre las maniobras internas de China, ahora me planteo que Mao se refería a aquello en el sentido más amplio.

En todo caso, el viaje de octubre para preparar el terreno de la visita de Ford se desarrolló en un ambiente gélido, que reflejaba las tensiones internas de China. Nos pareció tan poco prometedor que limitamos la visita presidencial a tres días, eliminamos dos paradas fuera de Pekín y las sustituimos por breves visitas a Filipinas e Indonesia.

Cuando volví de China, ya habían destituido a Schlesinger como secretario de Defensa y habían nombrado a Donald

Rumsfeld como sustituto. Se me comunicó más tarde y en realidad habría preferido que no se hubiera producido el cambio; estaba convencido de que aquel nombramiento crearía polémica en el ámbito de la política exterior de Washington y que la controversia podía poner en peligro el proceso diplomático en el que me veía envuelto. En efecto, la dimisión no tuvo nada que ver con la invitación de Mao para que Schlesinger visitara China. La iniciativa de Ford constituía un intento de preparar las defensas para una inminente campaña política; siempre se había sentido incómodo ante la mordacidad de Schlesinger. Pero sin duda algunos

dirigentes chinos interpretaron la dimisión de este como una demostración del rechazo a las críticas contra China.

Un poco más tarde, la primera semana de diciembre, el presidente Ford hizo su visita inaugural a China, durante la cual quedó patente la división interna de este país. La esposa de Mao, Jiang Qing, artífice de la Revolución Cultural junto con otros comunistas, hizo acto de presencia tan solo unos minutos en una recepción ofrecida en un evento deportivo. Qing mantenía su poder y mostró una actitud cortés, aunque fría y distante, en el poco espacio de tiempo en que estuvo presente. (Durante la

estancia de Nixon solo había aparecido para presentar el ballet revolucionario.)

Mao estuvo casi dos horas conversando con Ford y en ese tiempo se hizo patente la división entre los dirigentes chinos. Su estado de salud se había deteriorado un poco respecto a cuando le había recibido cinco semanas antes. Sin embargo, había decidido que hacía falta dar un impulso a las relaciones con Estados Unidos y emprendió la tarea con buen humor:

MAO: Su secretario de Estado ha interferido en mis asuntos internos.

FORD: ¿En qué sentido?

MAO: No me ha permitido que vaya a reunirme con Dios. Incluso me dice que desobedezca

la orden que Dios me ha dado. Dios me ha mandado una invitación, pero él [Kissinger] dice que no tengo que aceptarla.

KISSINGER: Si lo hiciera, se produciría una combinación de una fuerza desmesurada.

MAO: Él es ateo [Kissinger]. Va contra Dios. Y al mismo tiempo pretende minar mis relaciones con Dios. Es un hombre feroz y no tengo más remedio que obedecer sus órdenes.[31]

Mao siguió con el comentario de que no esperaba que ocurriera «nada excepcional» en las relaciones entre Estados Unidos y China durante los dos años siguientes, o sea, en el período de las elecciones presidenciales de 1976 y después de estas. «Puede que luego la situación mejore un poco.»[32] ¿Se refería

a que cabía la posibilidad de que surgiera de ello una mayor unidad en Estados Unidos, o que para entonces se hubieran superado las luchas internas en China? Sus palabras venían a decir que esperaban que la tambaleante relación durara toda la presidencia de Ford.

Lo que explicaba con más claridad el paréntesis en la relación Estados Unidos-China era la situación interna en este último país. Mao captó en un comentario de Ford que valoraba la tarea del jefe de la oficina de contacto de Pekín con Washington (Huang Zhen) y que esperaba que siguiera en el cargo:

> Algunos jóvenes lo critican [al embajador Huang].[33] Y estas dos [Wang y Tang][34]

dirigen también alguna crítica al señor Qiao.[35] Y es gente con la que no se puede jugar. Por otra parte, de sus manos llegará el sufrimiento, es decir, una guerra civil. Hoy se ven en el exterior muchos carteles con letras grandes. Pueden acercarse a la Universidad de Tsinghua y a la de Pekín para echar un vistazo.[36]

Si las intérpretes de Mao —Nancy Tang y Wang Hairong, próxima a la esposa de Mao— eran contrarias al ministro de Asuntos Exteriores como embajador *de facto* de Washington, las cosas habían llegado a un nivel de máxima tensión. El hecho de que Mao llamara al ministro de Asuntos Exteriores «señor Qiao» —insinuando

que era confuciano— era otra señal de división interna. Habían surgido los carteles con grandes letras —las declaraciones exhibidas con unos caracteres considerables con las que se anunciaban las campañas durante la Revolución Cultural— en las universidades, lo que significaba que nacían de nuevo los métodos y algunos de los argumentos que se habían extendido durante la Revolución Cultural. En este caso, la referencia de Mao a una posible guerra civil tal vez no fuera simplemente una forma de hablar.

Ford, que disimulaba su astucia bajo la fachada de una persona sencilla y

directa del Medio Oeste, decidió no tener en cuenta los indicios de división. Al contrario, se comportó como si las premisas de la época de las relaciones chino-estadounidenses de Zhou siguieran siendo válidas y se dedicó a desgranar una por una las cuestiones internacionales. Como tema básico insistió en las medidas que adoptaba Estados Unidos para evitar la hegemonía soviética, sugiriendo que hacía falta la colaboración china, en especial en África. Mao había rechazado el intento de Nixon, mucho menos explícito, en la conversación que habían mantenido tres años antes. O bien la aparente falta de astucia de Ford desarmó a Mao, o este

había planificado al detalle un diálogo estratégico, la cuestión es que en esta ocasión participó con comentarios típicamente mordaces, en especial sobre las iniciativas soviéticas en África, lo que demostró que mantenía el dominio del detalle.

Al final de la conversación formuló una curiosa demanda de ayuda, planteando una mejor presentación pública de las relaciones entre Estados Unidos y China:

MAO: Algunos artículos de prensa califican de muy malas las relaciones entre nosotros. Quizá deberían abrirles un poco la puerta e informarles.

KISSINGER: Esto, una parte y otra. Algo de

esto lo oyen en Pekín.

MAO: Pero no de nuestra parte. Son los de fuera quienes informan.[37]

No había tiempo para especificar qué extranjeros se encontraban en posición de informar a los medios de comunicación que pudieran tenerles confianza. Se trataba de un problema que Mao normalmente habría solucionado ordenando que se redactara un comunicado positivo en el que quedara claro que él seguía con el poder para imponer su voluntad a las facciones.

Pero Mao no lo hizo. Y no se derivó ninguna consecuencia práctica de ello. Nosotros consideramos que el borrador

del comunicado, probablemente supervisado por el ministro de Asuntos Exteriores, Qiao Guanhua, no tenía utilidad, por no decir que resultaba provocador, y nos negamos a aceptarlo. Estaba claro que en China se libraba una lucha por el poder. Si bien Deng se mostraba crítico respecto a nuestras tácticas con los soviéticos, estaba impaciente por mantener la relación que habían establecido Zhou y Mao con Estados Unidos. Resultaba también evidente que algunos grupos que participaban en la estructura de poder ponían en cuestión esta vía. Deng consiguió salvar el obstáculo con un comunicado que hizo público como

miembro del Comité Permanente del Politburó (el comité ejecutivo del Partido Comunista), en el que afirmaba la utilidad de la visita de Ford y la importancia de la amistad chino-estadounidense.

Durante los meses que siguieron a las reuniones se fue haciendo patente la división en China. Deng, que había sustituido a Zhou sin conseguir el cargo de primer ministro, volvía a ser el blanco de los ataques, probablemente por parte de los mismos que lo habían llevado al exilio diez años antes. Zhou había desaparecido de la escena. El comportamiento de Qiao Guanhua, ministro de Asuntos Exteriores, fue

haciéndose cada vez más polémico. El estilo de Zhou, que había funcionado como una seda y facilitado el camino hacia la colaboración, fue sustituido por la hostil insistencia.

Se controló una posible confrontación porque Deng encontró la forma de demostrar la importancia de establecer unas relaciones estrechas con Estados Unidos. En la cena que me ofrecieron como bienvenida en la visita que efectué en octubre de 1975, por ejemplo, Qiao hizo un intimidatorio brindis ante las cámaras de televisión estadounidenses en el que reprobaba la política de nuestro país respecto a la Unión Soviética: un abuso del protocolo

diplomático que no tenía nada que ver con el delicado trato que habían recibido las delegaciones estadounidenses hasta entonces. Respondí con brusquedad, pero las luces se habían apagado y mis palabras ya no iban a transmitirse.

Al día siguiente, Deng invitó a nuestra delegación a una comida campestre en las colinas occidentales de las afueras de Pekín, lugar de residencia de los dirigentes chinos, iniciativa que no se había programado con antelación y que se caracterizó por la solicitud que había imperado en todas las reuniones desde los primeros pasos de la apertura.

Las cosas llegaron a una situación

insostenible cuando murió Zhou, el 8 de enero de 1976. En abril, con ocasión de las fiestas de Qingming (el día que se honra a los antepasados), cientos de miles de chinos visitaron el monumento a los héroes del pueblo en la plaza de Tiananmen para rendir homenaje al recuerdo de Zhou y dejaron en él coronas y poemas. Dichas celebraciones pusieron de relieve la profunda admiración que sentía el pueblo por Zhou y las ganas de aplicar los principios de orden y moderación que había encarnado el dirigente chino. En algunos poemas se observaban ciertas críticas veladas a Mao y a Jiang Qing (utilizando, también en esta ocasión, la

habitual técnica de la analogía histórica).[38] De la noche a la mañana quedaron despejados los monumentos y se produjo un enfrentamiento entre la policía y quienes visitaban la tumba (conocido como «el incidente de Tiananmen» de 1976). La Banda de los Cuatro había convencido a Mao de que las tendencias reformistas de Deng habían desencadenado protestas contrarrevolucionarias. Al día siguiente, la Banda de los Cuatro organizó manifestaciones en contra. Dos días después del duelo por Zhou, Mao destituyó a Deng de todos los cargos que tenía en el Partido. El puesto de primer ministro en funciones recayó en un casi

desconocido secretario provincial del partido de Hunan, Hua Guofeng.

Las relaciones con Estados Unidos fueron haciéndose más distantes. Con George H.W. Bush como director de la CIA, Tom Gates, antiguo secretario de Defensa, fue nombrado jefe de la Oficina de Enlace de Pekín. Hua Guofeng estuvo cuatro meses sin recibirlo y, cuando lo hizo, se ciñó al lenguaje establecido, aunque formal. Un mes después, a mediados de julio, el viceprimer ministro, Zhang Chunqiao, a quien en general se consideraba el hombre más fuerte de la dirección y miembro clave de la Banda de los Cuatro, aprovechó con motivo de una

visita de Hugh Scott, presidente de la minoría del Senado, para plantear una postura muy belicosa respecto a Taiwan, que no concordaba con lo que nos había dicho Mao:

> Tenemos las cosas muy claras sobre Taiwan. Desde que surgió el tema, se ha ido convirtiendo en una soga alrededor del cuello de Estados Unidos. Es este país el que tiene interés en quitársela. Si no lo hace, lo hará el Ejército Popular de Liberación. Será algo positivo para los pueblos estadounidense y chino —somos generosos —, estamos dispuestos a resolver el problema de Estados Unidos con nuestras bayonetas; puede que no parezca lo más agradable del mundo, pero las cosas son así.[39]

La Banda de los Cuatro empujaba a China hacia una dirección que recordaba la Revolución Cultural y el estilo provocador del maoísmo respecto a Jruschov.

El 9 de septiembre de 1976, la enfermedad acabó con Mao y dejó a sus sucesores con sus logros y premoniciones, con el legado de su heroicidad y brutalidad, de su gran visión distorsionada por las excesivas cavilaciones. Dejó una China unificada como no lo había estado en siglos, después de haber eliminado la mayor parte de los vestigios del antiguo régimen y acabado con los escollos que impedían las reformas que nunca abordó

totalmente el presidente. China sigue unida y hoy descuella como superpotencia del siglo XXI, y para muchos chinos Mao representa el papel ambiguo y a la vez respetado de Qin Shi Huang, el emperador a quien él mismo veneró: el autócrata fundador de una dinastía que llevó a China a una nueva era reclutando a la población para llevar adelante un enorme esfuerzo a escala nacional, cuyos excesos algunos calificaron posteriormente como mal necesario. Para otros, el terrible sufrimiento que infligió Mao a su pueblo deslució sus consecuciones.

Durante las turbulencias del mandato de Mao, entraron en contradicción dos

corrientes encontradas. Por una parte, la ofensiva revolucionaria que consideraba a China como una fuerza moral y política e insistía en ofrecer sus preceptos excepcionales por medio del ejemplo a un mundo atemorizado. Existía también la China geopolítica que declaraba fríamente unas tendencias y las manipulaba con el fin de sacar partido de ello. China buscaba por primera vez en su historia formar coaliciones, pero al mismo tiempo desafiaba al mundo entero. Mao se había puesto al timón de un país destruido por la guerra y había maniobrado entre facciones internas opuestas, superpotencias hostiles, un Tercer

Mundo contradictorio y unos vecinos suspicaces. Consiguió que China participara en todos los círculos concéntricos que se superponían y que no se comprometiera con ninguno. China había sobrevivido a guerras, tensiones y dudas mientras su influencia iba creciendo y por fin se había convertido en una superpotencia emergente cuyo estilo de gobierno comunista seguía existiendo después del desmoronamiento del mundo comunista. Mao consiguió todo ello pagando un precio terrible, contando con la tenacidad y la perseverancia del pueblo chino, aprovechando la resistencia y cohesión,

que tantas veces le habían exasperado, como cimientos de la edificación.

En el ocaso de su vida, Mao se inclinó hacia el desafío de la configuración del orden mundial estadounidense e insistió en definir tácticas y no solo estrategias. Sus sucesores también tuvieron fe en la fortaleza del pueblo chino, aunque no creyeron que su país fuera capaz de desarrollar su extraordinario potencial solo a base de fuerza de voluntad y compromiso ideológico. Buscaron la independencia, pero fueron conscientes de que la inspiración no bastaba y, por consiguiente, dedicaron sus energías a la reforma interna. La nueva oleada

reformadora llevaría de nuevo a China a la política exterior de Zhou, caracterizada por el esfuerzo de vincular por primera vez el país en su larga historia a las tendencias económicas y políticas del mundo. Una estrategia que tendría su máximo representante en un dirigente que había sufrido dos purgas en diez años y había vuelto por tercera vez del exilio interno: Deng Xiaoping.

12
El indestructible Deng

Únicamente quienes vivieron en la China de Mao Zedong pueden valorar en toda su extensión las transformaciones llevadas a cabo por Deng Xiaoping. Las ciudades chinas llenas de vida, los distintos auges de la construcción, los embotellamientos de tráfico, el dilema no comunista de una tasa de crecimiento amenazada de vez en cuando por la inflación y, en otras ocasiones,

considerada por las democracias occidentales como un baluarte contra la recesión mundial… todo lo que resultaba inconcebible en la China gris de las comunas agrícolas, de la economía estancada y de la población uniformada con la típica chaqueta, que profesaba un fervor ideológico que tenía su origen en las citas de Mao recopiladas en el *Pequeño Libro Rojo*.

Mao destruyó la China tradicional y utilizó los escombros como elemento básico para la modernización definitiva. Deng tuvo el valor de basar la modernización en la iniciativa y la resistencia de los chinos. Abolió las comunas y fomentó la autonomía

provincial para iniciar lo que él denominó el «socialismo con características chinas». La China de hoy en día —la segunda economía del mundo en cuanto a volumen, la que posee mayores reservas de divisas, con numerosas ciudades que presumen de rascacielos más altos que el Empire State— constituye un tributo a la visión, la tenacidad y el sentido común de Deng.

La primera vuelta al poder de Deng

El camino hacia el poder de Deng fue accidentado e insólito. En 1974, cuando

Deng Xiaoping se convirtió en el principal interlocutor de Estados Unidos, los estadounidenses sabíamos muy poco de él. Había sido secretario general del poderoso Comité Central del Partido Comunista hasta su detención, que tuvo lugar en 1966, en la que fue acusado de «compañero de viaje capitalista». Supimos que, en 1973, se le había reintegrado al Comité Central gracias a la intervención personal de Mao y contra la oposición de los radicales del Politburó. A pesar de que Jiang Qing había desairado públicamente a Deng poco después de su regreso a Pekín, estaba claro que era un hombre importante para Mao.

Curiosamente, el presidente pidió disculpas por la humillación sufrida por Deng durante la Revolución Cultural. Los mismos informes nos pusieron al corriente de que Deng, en una conversación mantenida con una delegación de científicos australianos, había abordado temas que, con el tiempo, iban a convertirse en su seña de identidad. Dijo que China era un país pobre que necesitaba intercambios científicos y aprender de países avanzados como Australia: un tipo de reconocimiento hasta entonces inédito en un dirigente chino. Deng aconsejó a los visitantes australianos que en sus desplazamientos observaran el atraso de

China y no solo sus logros, otro comentario inaudito en un líder de este país.

Deng llegó a Nueva York en abril de 1974 como parte integrante de una delegación china, técnicamente encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores, que iba a participar en una sesión especial de la Asamblea General de la ONU sobre desarrollo económico. Cuando invité a cenar a la delegación china se hizo patente quién era su miembro responsable y, lo más importante, que Deng, lejos de haber sido reintegrado para facilitar las tareas a Zhou, como afirmaban los informes de nuestros servicios secretos, había

llegado al cargo para sustituir a este y, de alguna forma, para ahuyentar su fantasma. Se dejaron a un lado unas cuantas referencias amistosas sobre Zhou; las alusiones a algún comentario del primer ministro recibieron como respuesta unas citas equiparables de conversaciones que yo mismo había tenido con Mao.

Poco después, Deng fue nombrado viceprimer ministro responsable de política exterior, y enseguida descolló como viceprimer ministro ejecutivo encargado de supervisar la política interior: una sustitución informal de Zhou, quien conservó, no obstante, el

cargo en buena medida simbólico de primer ministro.

Poco después de que Mao iniciara la Revolución Cultural en 1966, Deng fue apartado del Partido y de los cargos de gobierno. Pasó los siete años siguientes en una base del ejército, luego exiliado en la provincia de Jiangxi y, posteriormente, trabajando media jornada en el campo y otra media como obrero en un garaje de reparación de tractores. Su familia fue tildada de ideológicamente incorrecta y se le negó la protección de la Guardia Roja. Unos miembros de esta martirizaron a su hijo, Deng Pufang, a quien empujaron desde lo alto de un edificio de la Universidad

de Pekín. A pesar de que con la caída el joven se rompió la espalda, se le negó la admisión en un hospital y acabó parapléjico.[1]

Entre los múltiples y extraordinarios aspectos del pueblo chino cabe citar la forma en que la mayoría mantuvo el compromiso con su sociedad, independientemente del tormento y de las injusticias que pudieran habérseles infligido. Ninguna de las víctimas de la Revolución Cultural con las que he tenido contacto me ha proporcionado nunca *motu proprio* información sobre sus penalidades, ni ha respondido a mis preguntas más que con unas escuetas palabras. La Revolución Cultural se ha

tratado, a veces de forma irónica, como una especie de catástrofe natural que había que soportar, sin entrar en cómo pudo marcar posteriormente la vida de muchas personas.

Mao, por su parte, parece haber reflejado también esta actitud. El sufrimiento impuesto por él o por sus órdenes no constituía un juicio definitivo sobre la víctima, sino una necesidad, probablemente temporal, de cara a su idea de purificar la sociedad. Se diría que Mao consideraba a muchos de los exiliados personas que podían ser válidas en otro momento, como una especie de reserva estratégica. Cuando necesitó consejo sobre la postura de

China ante la crisis internacional de 1969, recurrió a cuatro mariscales exiliados. De esta forma, también Deng recuperó un alto cargo. Cuando Mao decidió destronar a Zhou, Deng constituyó la mejor —tal vez la única— baza estratégica que tuvo al alcance para dirigir el país.

Yo ya me había acostumbrado a las disquisiciones filosóficas de Mao, a sus alusiones indirectas y también a la elegante profesionalidad de Zhou, por lo que me hizo falta un tiempo para adaptarme al estilo mordaz y serio de Deng, a sus sarcásticas exclamaciones ocasionales, a su desprecio por lo filosófico y a su apoyo a lo

eminentemente práctico. Aquel hombre de una pieza, enérgico, entraba en una estancia como impulsado por alguna fuerza invisible, dispuesto a ir al grano. En pocas ocasiones, Deng perdía el tiempo con cumplidos; nunca consideró necesario suavizar sus comentarios con parábolas, como hacía Mao. A diferencia de Zhou, jamás colmaba de atenciones a su interlocutor, y a mí nunca me trató, como había hecho Mao, como un igual en el terreno filosófico, formando parte de los pocos que merecían su atención personal. La actitud de Deng era la de la persona que creía que ambos estábamos allí para solucionar las cuestiones de nuestros

respectivos países y éramos lo bastante adultos para limar los puntos de fricción sin tomárnoslos personalmente. Zhou comprendía el inglés sin necesidad de traductor y en ocasiones incluso lo hablaba. El propio Deng me dijo que era una «persona del campo» y añadió: «Los idiomas son difíciles. Estudié en París y nunca aprendí francés».

A medida que fue pasando el tiempo, fui tomando en gran estima a aquel hombrecillo aguerrido de ojos melancólicos que había mantenido sus convicciones y su sentido de la proporción ante unas terribles vicisitudes y que, con los años, iba a renovar su país. A partir de 1974, con

las ruinas de la Revolución Cultural, Deng, con cierto peligro para su persona, pues Mao seguía en el poder, empezó la tarea de la modernización que iba a convertir a la China del siglo XXI en una superpotencia económica.

En 1974, cuando Deng volvió del primer exilio, pocos habrían pensado que podía convertirse en una figura histórica. En sus palabras no había atisbo de filosofía; a diferencia de Mao, no hacía grandes alegatos sobre el destino extraordinario del pueblo chino. Sus discursos parecían pedestres, centrados en general en detalles prácticos. Deng hablaba de la importancia de la disciplina en el

ejército y de las reformas en el Ministerio de la Industria Metalúrgica.[2] Hizo un llamamiento a aumentar el número de vagones de mercancía que se cargaban al día, a prohibir el alcohol entre quienes conducían las locomotoras y a regularizar los descansos para el almuerzo.[3] Sus discursos eran técnicos, no trascendentales.

Tras la Revolución Cultural y, dada la omnipresencia de Mao y de la Banda de los Cuatro, el pragmatismo cotidiano constituía una audaz declaración en sí. Durante diez años, Mao y la Banda de los Cuatro habían defendido la anarquía como medio de organización social, la «lucha» permanente como sistema de

purificación nacional y una suerte de improvisada profesionalidad en las tareas económicas y académicas. Puesto que la Revolución Cultural había situado el fervor ideológico como distintivo de autenticidad, la llamada de Deng al orden, a la profesionalidad y a la eficacia —casi el pan nuestro de cada día en el mundo desarrollado— era una propuesta arriesgada. China había vivido diez años en los que habían imperado las jóvenes milicias violentas, que habían estado a punto de destrozar la carrera y la familia de Deng. Su estilo pragmático y práctico llevaba a China a cortar en seco con la historia y a penetrar en otro mundo de grandes

ambiciones, aunque programadas en prácticos estadios.

El 26 de septiembre de 1975, en unas declaraciones tituladas «Hay que dar prioridad a la investigación científica», Deng citó algún tema que iba a convertirse en su sello distintivo: la necesidad de poner el énfasis en la ciencia y la tecnología en el desarrollo económico chino; la nueva profesionalización de la mano de obra china, y el fomento de las aptitudes y la iniciativa individuales. Es decir, subrayaba las cualidades que habían quedado estancadas por las purgas políticas, el cierre de universidades durante la Revolución Cultural y la

promoción de personas incompetentes basándose en términos ideológicos.

Por encima de todo, Deng pretendía acabar de una vez por todas con el debate sobre qué podía aprender China, si es que había algo que aprender, de los extranjeros que habían causado estragos en su país desde el siglo XIX. Deng insistía en que China diera primacía a la competencia profesional sobre lo políticamente correcto (incluso hasta el punto de fomentar la actividad profesional de las personas «extravagantes») y compensara a los que destacaran en cada uno de los ámbitos. Aquel era un cambio radical en el énfasis en una sociedad en la que las

autoridades gubernamentales y los grupos de trabajo habían dictado hasta el más mínimo detalle de la vida educativa, profesional y personal de los individuos durante décadas. Donde Mao llevaba las cuestiones a la estratosfera de la parábola ideológica, Deng subordinaba la búsqueda ideológica a la competencia profesional:

> Actualmente, determinadas personas del campo de la investigación científica están inmersas en luchas intestinas y se ocupan poco de la innovación. Algunos han optado por trabajar en privado por su cuenta en este terreno, como si ello fuera un delito. […] Sería bueno para China contar con un millar de personas de tanto talento, con una autoridad generalmente reconocida a escala

mundial. […] Estas personas serán mucho más valiosas si trabajan por los intereses de la República Popular de China que si se dedican a las luchas entre facciones y obstruyen así las tareas de los demás.[4]

Deng definió las prioridades tradicionales chinas como «la necesidad de conseguir la consolidación, la estabilidad y la unidad».[5] Pese a que no contaba con un poder supremo, pues Mao seguía en activo y la Banda de los Cuatro ejercía aún su influencia, Deng habló sin rodeos de la necesidad de superar el caos dominante y de «poner las cosas en orden»:

Hoy en día surge la necesidad de tener las

cosas en orden en todos los ámbitos. Hay que poner en orden la agricultura y la industria y ajustar las políticas sobre literatura y arte. El ajuste, de hecho, significa también poner las cosas en orden. Con lo de poner las cosas en orden, pretendemos resolver problemas en las zonas rurales, en las fábricas, en los campos de la ciencia y la tecnología y en todas las demás esferas. He hablado en reuniones del Politburó sobre la necesidad de llevarlo a cabo en distintos campos, he informado de ello al camarada Mao Zedong y él me ha dado su aprobación.[6]

Quedaba impreciso, sin embargo, qué aprobaba Mao al dar su «aprobación». Suponiendo que hubieran recuperado a

Deng como alternativa más ideológica en relación con Zhou, habían obtenido el resultado contrario. Lo que Deng definía como orden y estabilidad se convirtió en un gran desafío desde la perspectiva de la Banda de los Cuatro.

La muerte de los dirigentes: Hua Guofeng

Antes de que Deng pudiera poner en marcha todo su programa de reforma, la estructura de poder china vivió una importante convulsión y él mismo fue víctima de una segunda purga.

El 8 de enero de 1976, Zhou Enlai

sucumbió tras su larga lucha contra el cáncer. Su muerte desató un luto público inaudito en la historia de la República Popular. Deng aprovechó la ocasión del funeral de Zhou, el 15 de enero, para ensalzar sus cualidades humanas:

> Era una persona abierta, que hablaba sin ambages, ponía toda su atención en los intereses colectivos, observaba la disciplina del Partido, era estricto a la hora de autoanalizarse, sabía unir a los cuadros y mantener la cohesión y la solidaridad del Partido. Siempre mantuvo importantes y estrechos vínculos con las masas y mostró su gran afecto por todos los camaradas y por el pueblo. […] Deberíamos aprender de su excelente estilo. Fue modesto, prudente, sin pretensiones, accesible; su conducta y su

vida sencilla, marcada por el trabajo, deben servirnos de ejemplo.[7]

Casi todas estas cualidades —en especial su respeto por la unidad y por la disciplina— fueron criticadas en la reunión del Politburó de diciembre de 1973, una vez despojado de su poder (aunque todavía conservara el cargo). Así pues, el elogio de Deng puede considerarse un acto de gran valentía. Tras las manifestaciones en memoria de Zhou, Deng fue purgado otra vez y desposeído de sus cargos. No lo detuvieron porque el Ejército Popular de Liberación lo protegió en sus bases militares, primero en Pekín y luego en el sur de China.

Cinco meses después, murió Mao. Su muerte fue precedida por (y según algunos chinos presagiada por) un catastrófico terremoto en la ciudad de Tangshan.

Con la caída de Lin Biao y el fallecimiento de Zhou y de Mao en un período de tiempo tan reducido, se abrió de par en par el futuro del Partido y del país. Después de Mao no surgió otro personaje que pudiera comparársele en autoridad de mando.

Cuando Mao empezó a desconfiar de las ambiciones y de la idoneidad de la Banda de los Cuatro, se las ingenió para impulsar el ascenso de Hua Guofeng. Hua se había mantenido en un segundo

plano; no había participado suficiente tiempo en el poder para presentarse para algún cargo concreto, aparte de la sucesión de Mao. A la muerte de Zhou, Mao le nombró primer ministro, y al fallecer este poco después, Hua Guofeng heredó los cargos de presidente y de jefe de la Comisión Militar Central, no así su autoridad. En su ascenso en las filas de la dirección china, Hua apostó por el culto a la personalidad de Mao, si bien demostró carecer del magnetismo personal de su predecesor. Hua dio a su programa económico el desafortunado nombre de «Gran Salto Afuera», como reminiscencia de la nefasta política

industrial y agrícola de Mao durante la década de 1950.

La principal contribución de Hua en la teoría política de la China de después de Mao fue la promulgación, en febrero de 1977, de la declaración que se denominó «los dos todos»: «Todo lo decidido por Mao hay que mantenerlo, todo lo mandado por Mao hay que seguirlo».[8] En realidad, no eran el tipo de principios que podía inspirar ataques contundentes.

Solo coincidí con Hua en dos ocasiones: la primera, en Pekín, en abril de 1979, y la segunda, en octubre de 1979, en su visita oficial a Francia. En ambas ocasiones se hizo patente el

abismo entre la función de Hua y el olvido en el que cayó después. Lo mismo se podría decir de los registros de sus conversaciones con Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional durante la administración de Carter. Hua llevó a cabo cada una de las conversaciones con el temple que habían demostrado siempre las autoridades chinas en sus reuniones con extranjeros. Fue una persona bien informada, segura de sí misma, si bien no tan refinada como Zhou y sin el cáustico sarcasmo de Mao. Nada hacía suponer que Hua podía desaparecer tan bruscamente como había surgido.

Lo que le faltó siempre a Hua fueron

adeptos políticos. Fue catapultado al poder porque no pertenecía a ninguna de las principales facciones en pugna: la Banda de los Cuatro o la facción moderada de Zhou y Deng. Sin embargo, con la desaparición de Mao cayó en la suprema contradicción de intentar combinar la observancia ciega a los preceptos maoístas de colectivización y lucha de clases con las ideas de Deng sobre modernización económica y tecnológica. Los partidarios de la Banda de los Cuatro estaban en contra de Hua porque no era suficientemente radical; a la larga, Deng y sus partidarios iban a rechazar cada vez más abiertamente a Hua porque no era suficientemente

pragmático. Manipulado por Deng, fue perdiendo relevancia en los destinos del país del que ocupaba técnicamente los principales cargos.

Así y todo, antes de caer del pináculo, Hua llevó a cabo una iniciativa de gran trascendencia. Hacía un mes que había muerto Mao y Hua Guofeng se alió con los moderados —y las víctimas de la Revolución Cultural que habían pertenecido a la élite— para detener a la Banda de los Cuatro.

La influencia de Deng: «la reforma y la apertura»

En este ambiente tan cambiante apareció Deng Xiaoping de su segundo exilio en 1977 y empezó a trabajar en la perspectiva de la modernidad china.

Deng partió de una situación que no podía ser más desfavorable desde el punto de vista burocrático. Hua acaparaba todos los principales cargos, heredados de Mao y de Zhou: presidente del Partido Comunista, primer ministro y presidente de la Comisión Militar Central. Contaba con la aprobación explícita de Mao. (Son conocidas las palabras que el propio Mao le había dirigido: «Contigo al mando estoy tranquilo».)[9] Deng fue restituido en sus anteriores cargos en los estamentos

políticos y militares, si bien en todos los aspectos de la jerarquía formal permaneció como subordinado de Hua.

Deng y Hua coincidían bastante en sus puntos de vista sobre política exterior; en cambio, tenían una visión totalmente distinta sobre el futuro de China. En abril de 1979, en una de mis visitas a Pekín, me reuní por separado con ambos. Los dos me comunicaron sus ideas sobre la reforma económica. Por primera vez en mi experiencia con dirigentes chinos, se hicieron explícitos los desacuerdos filosóficos y prácticos. Hua puso en claro su programa económico para estimular la producción por medio de métodos soviéticos

tradicionales, haciendo hincapié en la industria pesada, en las mejoras en la producción agrícola basada en las comunas, en el aumento de la mecanización y en la aplicación de fertilizantes en el marco del omnipresente Plan Quinquenal.

Deng rechazó todas estas ortodoxias. El pueblo, dijo, tiene que participar en lo que produce. Había que dar prioridad a los bienes de consumo respecto a la industria pesada, tenía que fomentarse la inventiva del campesinado chino, el Partido Comunista no podía entrometerse tanto y era importante descentralizar el gobierno. La conversación siguió mientras se

celebraba un banquete en un salón en el que los comensales estaban sentados alrededor de unas cuantas mesas redondas. Yo me encontraba al lado de Deng. En una típica conversación durante la cena, saqué el tema del equilibrio entre centralización y descentralización. Deng subrayó la importancia de la descentralización en un vasto país con una enorme población y significativas diferencias regionales. Pero aquel no era el principal reto, dijo. Habría que introducir tecnología moderna, decenas de miles de estudiantes tendrían que salir al extranjero («No tenemos nada que temer de la educación occidental»), y se

pondría punto final de una vez por todas a los abusos de la Revolución Cultural. A pesar de que Deng no había levantado el tono de voz, se hizo el silencio en las mesas de nuestro alrededor. Los chinos sentados en ellas permanecían en vilo: ni siquiera se molestaban en fingir que no escuchaban al anciano, que resumía su perspectiva sobre el futuro. «Esta vez tiene que salir bien —dijo Deng—. Ya hemos cometido demasiados errores.» Poco después, Hua desapareció de la dirección. Durante los diez años que siguieron, Deng puso en marcha los planes que había esbozado en el banquete de 1979.

Deng se impuso porque llevaba años

alimentando contactos en el seno del Partido y especialmente en el Ejército Popular de Liberación, y también porque tenía más habilidad política que Hua. Como veterano en las luchas internas del Partido de aquellas décadas, había aprendido a utilizar las confrontaciones ideológicas para los objetivos políticos. Los discursos de Deng de aquella época eran verdaderas obras maestras de flexibilidad ideológica y de ambigüedad política. Su principal táctica consistía en elevar las ideas de «buscar la verdad a partir de los hechos» e «integrar teoría y práctica» hacia «el principio fundamental del Pensamiento de Mao

Zedong», una propuesta pocas veces planteada antes de la muerte de Mao.

Al igual que cualquier chino que aspirara a conseguir el poder, Deng intentaba presentar sus ideas como productos de las declaraciones de Mao, con profusión de citas (a veces puestas astutamente fuera de contexto) de sus discursos. Mao no había subrayado en especial ningún precepto nacional práctico, al menos desde mediados de la década de 1960. En general, el presidente habría mantenido que la ideología invalidaba e incluso podía arrollar la experiencia práctica. Al reunir unos fragmentos tan dispares de la ortodoxia maoísta, Deng dio la espalda

a la revolución permanente. En boca de Deng, Mao aparecía como un pragmático:

> Camaradas, reflexionemos: ¿no es cierto que buscar la verdad a partir de los hechos, proceder a partir de la realidad e integrar teoría y práctica son los principios fundamentales del Pensamiento de Mao Zedong? ¿Acaso ha quedado obsoleto este principio fundamental? ¿Es posible que algún día quede obsoleto? ¿Cómo podemos mantenernos fieles al marxismo-leninismo y al Pensamiento de Mao Zedong si nos oponemos a buscar la verdad a partir de los hechos, a proceder a partir de la realidad y a integrar teoría y práctica? ¿Adónde nos llevaría esto?[10]

Partiendo de la base de la defensa de la ortodoxia maoísta, Deng criticaba la declaración de «los dos todos» de Hua Guofeng, pues implicaban la infalibilidad de Mao, algo que ni siquiera había reivindicado el Gran Timonel. (Por otra parte, en muy pocas ocasiones se habló de la falibilidad de Mao en vida de este.) Deng invocó la fórmula mediante la que Mao había juzgado a Stalin —un 70 por ciento de acierto y un 30 por ciento de error— y apuntó que el propio Mao se merecía un índice de «70-30» (pronto aquello se convirtió en la política oficial del Partido y así ha seguido hasta nuestros días.) Durante el proceso, se las ingenió

para acusar al heredero designado por Mao, Hua Guofeng, de falsificar el legado del presidente en su insistencia sobre la aplicación literal:

> «Los dos todos» son inaceptables. Si tal principio fuera correcto, no podría justificarse mi rehabilitación, ni tampoco la declaración de que lo que hicieron las masas en la plaza de Tiananmen en 1976 [es decir, el duelo y sus manifestaciones tras la muerte de Zhou Enlai] fuera razonable. No podemos aplicar mecánicamente lo que dijo el camarada Mao Zedong sobre una cuestión específica a otra cuestión. […] El propio camarada Mao Zedong dijo en repetidas ocasiones […] que si el trabajo de uno se considera que está formado por un 70 por ciento de los logros y un 30 por ciento de las equivocaciones podría darse por bueno, y

que él mismo se sentiría feliz y satisfecho si tras su muerte las generaciones futuras le concedieran este índice del «70-30».[11]

Resumiendo: no existía una ortodoxia inalterable. La reforma china iba a basarse en buena medida en lo que funcionaba.

Deng exponía las cuestiones básicas cada vez con más apremio. En un discurso de mayo de 1977 desafió a China a «trabajar mejor» que en la restauración Meiji, el espectacular cambio hacia la modernización de Japón que se produjo en el siglo XIX. Invocó la ideología comunista para fomentar lo que en definitiva era una economía de mercado, apuntando que los chinos,

«como proletarios», serían capaces de superar un programa llevado adelante por la «incipiente burguesía japonesa» (si bien cabe sospechar que en realidad se trataba de un intento de apelar al orgullo nacional chino). A diferencia de Mao, que se dirigía al pueblo presentando la perspectiva de un futuro trascendental y glorioso, Deng les desafiaba a contraer un importante compromiso para superar el atraso:

> La clave para alcanzar la modernización está en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Por otra parte, si no prestamos atención a la educación, resultará imposible desarrollar la ciencia y la tecnología. Las palabras vacías no llevarán a ningún lugar a

> nuestro programa de modernización; tenemos que disponer de conocimientos y de personal preparado. […] Al parecer, China se encuentra a veinte años de los países desarrollados en los campos de la ciencia, la tecnología y la educación.[12]

Al consolidar Deng el poder, estos principios se convirtieron en las máximas operativas del esfuerzo de China para transformarse en una potencia mundial. Mao había mostrado poco interés por el aumento del comercio internacional del país o por hacer competitiva su economía en el mundo. En la época de la muerte del dirigente comunista, el comercio de Estados Unidos con China sumaba 336

millones de dólares, cifra ligeramente inferior a la del comercio de Estados Unidos con Honduras y una décima parte de la de este país con Taiwan, que contaba aproximadamente con un 1,6 por ciento de la población de China.[13]

La superpotencia económica de la China actual es el legado de Deng Xiaoping. Ello no significa que Deng hubiera planeado programas específicos para alcanzar estos objetivos. En realidad, satisfizo la tarea definitiva de un dirigente: la de llevar a su sociedad desde el punto en el que se encuentra a otro que no ha alcanzado jamás. Las sociedades funcionan a base de parámetros de rendimiento medio. Se

mantienen llevando a la práctica aquello con lo que están familiarizadas. Pero avanzan cuando cuentan con dirigentes con visión sobre lo necesario y con el valor de emprender un camino que ha de aportar unos beneficios que están básicamente en su idea.

Deng tuvo que superar un reto político, ya que en los primeros treinta años de gobierno comunista China había sido gobernada por un líder dominante que había llevado al país hacia la unidad y el respeto internacional, pero también hacia unos objetivos nacionales y sociales insostenibles. Mao había unificado el país y, a excepción de Taiwan y Mongolia, había restablecido

sus límites históricos. Pero le había pedido un esfuerzo que iba en contra de sus características históricas. China había alcanzado la grandeza aplicando un modelo cultural de acuerdo con el ritmo que podía mantener su sociedad. La revolución permanente de Mao había llevado a China al límite de su extraordinaria resistencia. Había conseguido el orgullo de resurgir como identidad nacional a la que la comunidad internacional tomaba en serio. Lo que no había descubierto era cómo podía avanzar su país si no era a base de arrebatos de exaltación ideológica.

Mao había gobernado como un

emperador tradicional mayestático e imponente. Personificó el mito del gobernante imperial que establecía el vínculo entre el cielo y la tierra y se hallaba más cerca de lo divino que de lo terrenal. Deng gobernó siguiendo el espíritu de otra tradición china: basó la omnipotencia en la omnipresencia, pero también en la invisibilidad del gobernante.

Muchas culturas, y sin duda todas las occidentales, respaldan la autoridad del gobernante por medio de algún tipo de contacto efusivo con los gobernados. Precisamente por ello, en Atenas, en Roma y en la mayor parte de estados pluralistas occidentales, la oratoria se

consideraba un punto importante en el gobierno. En China no existe tradición de oratoria (en cierta forma, Mao fue una excepción). Los dirigentes chinos nunca basaron su autoridad en la habilidad retórica, ni en el contacto físico con las masas. En la tradición de los mandarines, actuaban básicamente fuera de la vista y su trabajo les legitimaba. Deng no disponía de un gran despacho; rechazó todos los títulos honoríficos; casi nunca se le vio en televisión e hizo política casi siempre entre bastidores. No gobernó como un emperador, sino como el mandarín principal.[14]

Mao había gobernado contando con el

aguante del pueblo chino a la hora de sufrir lo que sus puntos de vista personales imponían al país. Deng gobernó liberando la creatividad del pueblo chino para hacer realidad su perspectiva sobre el futuro. Mao luchó por el avance económico con una fe mística en la fuerza de las «masas» para superar cualquier obstáculo, por medio de pura fuerza de voluntad y pureza ideológica. Deng siempre fue directo al hablar de la pobreza de China y del abismo que existía entre el nivel de vida de su país y el del resto del mundo. Declaró que «la pobreza no es socialismo» y con ello afirmó que China necesitaba tecnología, competencia y

capital extranjeros para remediar sus deficiencias.

Deng coronó su regreso en diciembre de 1978, en el tercer pleno del undécimo Comité Central del Partido Comunista Chino. Dicho pleno divulgó la consigna que iba a caracterizar toda la política de Deng a partir de entonces: «reforma y apertura». Estableciendo un cambio respecto a la ortodoxia maoísta, el Comité Central aprobó una serie de políticas pragmáticas de «modernización socialista» que se hacían eco de las «cuatro modernizaciones» de Zhou Enlai. Se permitió de nuevo la iniciativa privada en la agricultura. Se anuló el veredicto

dictado contra la multitud que guardó luto por Zhou (a la que se había considerado «contrarrevolucionaria») y se rehabilitó a título póstumo al veterano comandante militar Peng Dehuai, que había estado al mando de las tropas en la guerra de Corea y posteriormente fue purgado por Mao por haber criticado el Gran Salto Adelante. Al final de la conferencia, en un discurso, Deng hizo un claro llamamiento en el que precisó: «Vamos a librar de ataduras nuestras mentes, a utilizar la cabeza, a buscar la verdad a partir de los hechos y a unirnos como un solo hombre de cara al futuro». Después de diez años en los que Mao Zedong había fijado la respuesta a

prácticamente todas las preguntas sobre la vida, Deng destacaba la necesidad de aflojar los límites ideológicos y animaba a que «cada cual reflexionara por sí mismo».[15]

Utilizando a Lin Biao como metáfora para la Banda de los Cuatro y distintos aspectos de Mao, Deng condenó los «tabúes intelectuales» y el «burocratismo». Había que sustituir la corrección ideológica por la valía; eran demasiados los que habían elegido la vía de la mínima resistencia y se habían hundido en el marasmo dominante:

> De hecho, el debate actual sobre si la práctica es el único criterio para descubrir la verdad es también un debate sobre si hay que

librar de ataduras la mente del pueblo. […] Cuando todo hay que hacerlo ciñéndose estrictamente a las reglas, cuando el pensamiento se vuelve inflexible e impera la fe ciega, es imposible que un partido o una nación avancen, porque a la larga su vida dejará de latir y el partido o nación perecerán.[16]

El pensamiento creativo independiente se convirtió en la principal pauta del futuro:

Cuantos más miembros del Partido y otras personas utilicen la cabeza y reflexionen a conciencia, mayores beneficios se cosecharán para nuestra causa. Para hacer la revolución y edificar el socialismo necesitamos muchos pioneros que se atrevan a pensar, que exploren nuevas vías y

> desarrollen nuevas ideas. De otro modo, no seremos capaces de apartar nuestro país de la pobreza y del atraso, ni de ponernos al nivel de los países avanzados, y mucho menos superarlos.[17]

La ruptura con la ortodoxia maoísta puso de relieve al mismo tiempo el dilema del reformador. El dilema del revolucionario se basa en que casi todas las revoluciones se producen en oposición a lo que se considera un abuso de poder. Pero cuantas más obligaciones existentes se supriman, mayor fuerza habrá que aplicar para crear de nuevo el sentido de la obligación. Por ende, el resultado frecuente de la revolución es un aumento

del poder central; y cuanto más arrolladora es una revolución, más cierta es la premisa anterior.

El dilema de la reforma es lo contrario. Cuanto más se amplía el alcance de las opciones, más cuesta dividirlas en secciones. En la búsqueda de la productividad, Deng incidió en la importancia de «que cada cual reflexionara por su cuenta» y defendió que las mentes se liberaran «completamente» de ataduras. Pero ¿y si aquellas mentes, una vez libres de ataduras, pedían pluralismo político? Según la perspectiva de Deng, hacían falta «muchos pioneros que se atrevieran a pensar, a explorar nuevas vías y a

desarrollar nuevas ideas», pero daba por hecho que dichos pioneros iban a limitarse a explorar nuevas vías para crear una China próspera y se mantendrían apartados de la exploración de unos objetivos políticos últimos. ¿Cómo imaginaba Deng que podía reconciliarse lo de liberar de ataduras la mente con el imperativo de la estabilidad política? ¿Era tal vez un riesgo calculado, que se basaba en que China no disponía de una alternativa mejor? ¿O quizá él, siguiendo la tradición china, descartaba toda posibilidad de desafío a la estabilidad política, sobre todo teniendo en cuenta que Deng situaba el país en una mejor

posición y le brindaba más libertad? La perspectiva de Deng sobre liberalización económica y revitalización nacional no incluía un paso importante hacia lo que en Occidente se habría denominado democracia pluralista. Deng pretendía mantener el gobierno de un solo partido no tanto porque se inclinara hacia los incentivos del poder (era notorio que había renunciado a muchos de los lujos de los que disfrutaron Mao y Jiang Qing) como porque consideraba que la alternativa era la anarquía.

Deng no tardó en tener que enfrentarse a estas cuestiones. Durante la década de 1970 había animado a todo el mundo a

airear sus motivos de queja por lo sufrido durante la Revolución Cultural. Ahora bien, cuando esta nueva apertura se fue transformando en un incipiente pluralismo, en 1979 Deng se vio obligado a exponer con detalle su concepción de la libertad, así como los límites de esta:

> En el último período, algunos grupos reducidos han provocado incidentes en determinados lugares. En vez de aceptar los consejos, las orientaciones y las explicaciones de los principales dirigentes del Partido y del gobierno, ciertos elementos han formulado demandas que en la actualidad no pueden satisfacerse o no tienen nada de razonables. Han incitado o engañado a una parte de las masas para que

> tomaran por asalto el Partido y las organizaciones gubernamentales, con la ocupación de oficinas, la organización de sentadas y huelgas de hambre y la obstrucción del tráfico, actos encaminados a alterar la producción, las distintas tareas y el orden público.[18]

Estos incidentes no eran hechos aislados ni insólitos, como lo demuestra la relación que presentó de ellos Deng. Habló del Grupo de Derechos Humanos de China, que había llegado hasta el punto de pedir que el presidente de Estados Unidos manifestara su preocupación por los citados derechos: «¿Podemos permitir una llamada tan abierta a la intervención en los asuntos

internos chinos?».[19] En la lista de Deng se incluía el Foro por la Democracia de Shanghai, que, según Deng, reclamaba la vuelta al capitalismo. Algunos de estos grupos, en palabras de Deng, habían establecido clandestinamente contactos con las autoridades nacionalistas de Taiwan y otros hablaban de pedir asilo político en el extranjero.

Con ello admitía, cosa sorprendente, un desafío político. Deng se mostraba más claro acerca del alcance de este que al modo de abordarlo:

> La lucha contra estas personas no es una tarea simple que pueda resolverse con rapidez. Hemos de esforzarnos por establecer una distinción clara entre las

personas (muchas de las cuales son jóvenes inocentes) y los contrarrevolucionarios y elementos perversos que las han embaucado, con los que habrá que enfrentarse con dureza y aplicar la ley. […]

¿Qué tipo de democracia necesita el pueblo chino hoy? Solo puede ser la democracia socialista, la democracia popular, y no la democracia burguesa, la democracia individualista.[20]

Si bien apoyaba un proceder autoritario en política, Deng abandonó el culto a la personalidad, rehusó purgar a su predecesor Hua Guofeng (en lugar de ello, dejó que fuera perdiendo importancia) y empezó a planificar su propia sucesión de una forma metódica. Una vez consolidado el poder, Deng se

negó a ocupar los primeros puestos en la jerarquía del Partido.[21] Tal como me contó en 1982, cuando coincidí con él en Pekín:

DENG: …Estoy llegando al punto en el que voy a quedarme anticuado.

KISSINGER: No diría tal cosa teniendo en cuenta los documentos del Congreso del Partido.

DENG: Ahora estoy en la Comisión Asesora.

KISSINGER: Considero que es una señal de confianza.

[…]

DENG: Los años de nuestro liderazgo nos han llevado a ello, por tanto, contamos con experiencia histórica y enseñanzas…

KISSINGER: No sé por qué cargo debo dirigirme a usted.

DENG: Tengo unos cuantos. Soy miembro del

> Comité Permanente del Politburó y presidente de la Comisión Asesora, así como presidente del Congreso Consultivo Político del Pueblo Chino. Quisiera delegar todo esto a otros. Tengo demasiados cargos. […] Tengo demasiados cargos. Quisiera hacer lo menos posible. Mis camaradas esperan también que me encargue de menos asuntos rutinarios. El único objetivo es que pueda vivir más años.

Deng cortó con el precedente establecido por Mao al restar importancia a su propia competencia en lugar de presentarse como un genio en cada uno de los ámbitos. Confió a sus subordinados la innovación y aprobó sus trabajos. Tal como explicó, con su habitual franqueza, en una conferencia

sobre inversión extranjera en 1984: «Yo soy lego en el campo de la economía. He hecho algunos comentarios sobre el tema, pero todos sobre el punto de vista político. He propuesto, por ejemplo, la política económica de apertura hacia el mundo, pero en realidad conozco poco los detalles o las cuestiones específicas de su puesta en marcha».[22]

Al elaborar su estrategia interior, Deng pasó a ser la cara de China que vio el mundo. En 1980 había alcanzado la supremacía. En el quinto pleno del Comité Central del Partido Comunista, de febrero de 1980, los partidarios de Hua Guofeng fueron degradados o relevados de sus respectivos cargos; los

aliados de Deng, Hu Yaobang y Zhao Ziyang, entraron a formar parte del Comité Permanente del Politburó. Los importantes cambios de Deng se consiguieron a base de unas claras tensiones sociales y de unas políticas que culminaron en la crisis de la plaza de Tiananmen en 1989. Pero un siglo después de la frustrada promesa de autofortalecimiento de China formulada por los reformistas del siglo XIX, Deng había domeñado y reinventado el legado de Mao, catapultando a China hacia una reforma que, con el tiempo, reivindicaría la influencia a que le daba derecho su práctica y su historia.

13
«Tocar el trasero del tigre»
La tercera guerra de Vietnam

En abril de 1979, Hua Guofeng, todavía primer ministro chino, resumió los resultados de la tercera guerra de Vietnam, durante la cual China había invadido este país y se había retirado seis meses después, lanzando un desafío al papel de los soviéticos: «No se atrevieron a avanzar. Por tanto,

seguíamos en condiciones de tocar el trasero del tigre».[1]

China invadió Vietnam para «dar una lección» después de que los soldados vietnamitas ocuparan Camboya como respuesta a una serie de choques fronterizos con los jemeres rojos, que se habían apoderado de este país en 1975, y en la búsqueda definitiva del objetivo de Hanoi de crear una federación indochina. China se lanzó a ello desafiando un tratado de defensa mutua establecido entre Hanoi y Moscú, firmado hacía menos de un mes. La guerra resultó terriblemente cara para las fuerzas armadas chinas, que aún no se habían recuperado del todo de los

estragos de la Revolución Cultural.[2] Pero la invasión cumplió con su objetivo básico: cuando la Unión Soviética se vio capaz de responder, demostró las limitaciones de su estrategia. Desde este punto de vista, podría considerarse como un momento crucial en la guerra fría, aunque en aquellos momentos no se entendiera exactamente así. La tercera guerra de Vietnam constituyó asimismo el punto culminante en la colaboración estratégica chino-estadounidense durante la guerra fría.

VIETNAM: EL AVISPERO DE LAS

China se vio envuelta en la tercera guerra de Vietnam por unos factores que pueden compararse con los que llevaron a Estados Unidos a la segunda. Existe algo en el nacionalismo casi obsesivo de los vietnamitas que lleva a otras sociedades a perder el sentido de la proporción y a malinterpretar las motivaciones vietnamitas y sus propias posibilidades. Con ello se encontró Estados Unidos en lo que hoy los historiadores denominan la segunda guerra de Vietnam (la primera fue la guerra anticolonial librada contra Francia). A los estadounidenses les costó aceptar que un país mediano en

vías de desarrollo pudiera sustentar un compromiso tan férreo respecto a sus causas internas. Por consiguiente, interpretaron las acciones de los vietnamitas como símbolos de un plan más profundo. Se consideró la combatividad de Hanoi como la vanguardia de una conspiración coordinada entre chinos y soviéticos para dominar como mínimo Asia. Y Washington creyó que en cuanto pudiera bloquearse la ofensiva inicial de Hanoi se conseguiría algún compromiso diplomático.

La valoración era errónea. Hanoi no era agente de ningún país. Luchaba por su idea de independencia y, en

definitiva, por una federación indochina, que le asignaba en el sudeste asiático el papel dominante que había ejercido históricamente en Asia oriental. Para aquellos resueltos supervivientes de siglos de guerra con China, era inconcebible el compromiso entre su idea de independencia y la concepción de estabilidad de cualquiera que viniera de fuera. Lo más destacado de la segunda guerra de Vietnam en Indochina fue la interacción entre el deseo de compromiso de Estados Unidos y la insistencia de los vietnamitas del norte en la victoria.

Visto desde este prisma, el gran error de Estados Unidos en la guerra de

Vietnam no fue lo que dividió al pueblo estadounidense: saber si su gobierno creía suficientemente en un resultado diplomático. Se trataba más bien de la incapacidad de enfrentarse al hecho de que un denominado resultado diplomático, buscado con tanto afán —incluso con tanta desesperación— por las sucesivas administraciones de los dos partidos políticos estadounidenses, exigía unas presiones equivalentes a lo que venía a ser la derrota definitiva de Hanoi, y que Moscú y Pekín ejercían un papel solo impulsor, no de dirección.

Pekín cayó en el mismo error, aunque de una forma más moderada. Cuando empezó el despliegue de Estados Unidos

en Vietnam, Pekín interpretó la ofensiva en términos del *wei qi*: otro ejemplo de las bases estadounidenses que rodeaban China desde Corea hasta el estrecho de Taiwan, y en aquellos momentos hasta Indochina. China apoyaba la guerra de guerrillas norvietnamita, en parte por razones ideológicas y en parte para conseguir apartar al máximo las bases estadounidenses de las fronteras con su país. En abril de 1968, Zhou Enlai dijo al primer ministro norvietnamita Pham Van Dong que China apoyaba a Vietnam del Norte para evitar el bloqueo estratégico de China, a lo cual Pham Van Dong respondió de forma ambigua, en buena medida porque Vietnam no tenía

como objetivo el bloqueo de China, ya que sus perspectivas eran meramente nacionales:

ZHOU: Estados Unidos ha estado mucho tiempo cercando a China. Actualmente lo hace también la Unión Soviética. El círculo se va completando, a excepción de [la parte de] Vietnam.

PHAM: Estamos aún más decididos a derrotar a los imperialistas estadounidenses en todo el territorio vietnamita.

ZHOU: Por ello os apoyamos.

PHAM: Nuestra victoria tendrá unas consecuencias positivas en Asia. Nuestra victoria traerá resultados imprevisibles.

ZHOU: Así tendría que ser.[3]

Aplicando una estrategia china

respecto a la cual Pham Van Dong se mantuvo prudentemente al margen, China envió más de cien mil efectivos de no combatientes para apoyar las infraestructuras y la logística de Vietnam del Norte. Estados Unidos se opuso a los norvietnamitas al considerarlos la punta de lanza del plan soviético-chino. China dio apoyo a Hanoi para entorpecer la ofensiva estadounidense, que veía encaminada a dominar Asia. Ambos incurrieron en un error. Hanoi luchaba solo por la cuestión nacional, y un Vietnam unificado bajo la dirección comunista, victorioso en su segunda guerra en 1975, podía convertirse en una

amenaza estratégica mucho mayor para China que para Estados Unidos.

Los vietnamitas observaban a su vecino del norte con una desconfianza que rayaba en la paranoia. Durante los largos períodos de dominio chino, Vietnam había hecho suyos el sistema de escritura chino y las formas políticas y culturales de China (lo que se demuestra, de la forma más espectacular, en el palacio imperial y en las tumbas de la antigua capital de Huê). Vietnam se sirvió de estas instituciones «chinas», no obstante, para crear un Estado aparte y reforzar su propia independencia. La situación geográfica no permitió a Vietnam aislarse, como

pudo hacer Japón en otra época de su historia. Desde el siglo II a.C. hasta el siglo X, Vietnam estuvo más o menos bajo el dominio chino y no fue plenamente independiente hasta que en el año 907 se vino abajo la dinastía Tang.

La identidad nacional vietnamita reflejaba el legado de dos fuerzas en cierta forma contradictorias: por una parte, la absorción de la cultura china; por la otra, la oposición a la política y al dominio militar chinos. La resistencia frente a China ayudó a forjar un apasionado orgullo independentista en Vietnam y una extraordinaria tradición militar. Al absorber la cultura china,

Vietnam pudo contar con una élite confuciana de corte chino y con una especie de complejo Reino Medio regional propio frente a sus vecinos. Durante las guerras de Indochina del siglo XX, Hanoi mostró su idea del derecho político y cultural, aprovechándose de los territorios neutrales de Laos y Camboya como si tuviera facultad para ello, y, después de la guerra, amplió sus «relaciones especiales» con los movimientos comunistas en cada uno de estos países, con lo que estableció un dominio vietnamita.

Vietnam se enfrentó a China en un desafío psicológico y geopolítico sin

precedentes. Los dirigentes de Hanoi conocían bien *El arte de la guerra* de Sun Tzu y aplicaron sus principios con importantes resultados en sus contiendas contra Francia y Estados Unidos. Ya antes de finalizar las largas guerras de Vietnam, primero contra los franceses, que intentaban recuperar su colonia después de la Segunda Guerra Mundial, y posteriormente contra Estados Unidos entre 1963 y 1975, Pekín y Hanoi tomaron conciencia de que la próxima guerra iban a librarla entre ellos por el dominio de Indochina y del sudeste asiático.

La proximidad cultural podría explicar la relativa falta de seguridad en

el análisis estratégico que guió en general la política china durante la guerra de Vietnam estadounidense. Resulta curioso que el interés estratégico a largo plazo de Pekín pudiera asemejarse al de Washington: un resultado en el que cuatro estados indochinos (Vietnam del Norte y del Sur, Camboya y Laos) se equilibraban entre sí. Esto explicaría por qué Mao, al esbozar los posibles desenlaces de la guerra ante Edgar Snow en 1965, habló de un resultado basado en ceder al máximo en Vietnam del Sur como algo posible y, por consiguiente, probablemente aceptable.[4]

En mi viaje secreto a Pekín en 1971,

Zhou explicó que los objetivos chinos en Indochina no obedecían a la estrategia ni a la ideología. Según Zhou, la política de su país en Indochina se centraba totalmente en una deuda histórica contraída por antiguas dinastías. Es probable que los dirigentes chinos dieran por supuesto que Estados Unidos no podía sufrir una derrota y que el norte de un Vietnam dividido iba a depender del apoyo chino, al igual que había ocurrido con Corea del Norte al final de la guerra con este país.

En el desarrollo de la guerra se detectaron indicios de que China se preparaba —aunque sin demasiado entusiasmo— para una victoria de

Hanoi. Los servicios de inteligencia detectaron la construcción de carreteras por parte de los chinos en Laos, algo intrascendente para el conflicto con Estados Unidos, si bien útil para la estrategia posbélica de equilibrar Hanoi e incluso un posible conflicto sobre Laos. En 1973, después del Acuerdo de París con el que se concluyó la guerra de Vietnam, Zhou y yo negociamos un pacto posbélico sobre Camboya basado en una coalición entre Norodom Sihanouk (el ex dirigente camboyano que residía en Pekín), el gobierno de Phnom Penh y los jemeres rojos. Tenía como principal objetivo crear un obstáculo para la toma de Indochina por

parte de Hanoi. Finalmente, el acuerdo se malogró cuando el Congreso de Estados Unidos prohibió que siguiera la función militar estadounidense en la región, perdiendo con ello trascendencia el papel de este país.[5]

Percibí la hostilidad latente de Hanoi con su entonces aliado en una visita que hice a esta capital en febrero de 1973 para conseguir poner en marcha el Acuerdo de París, firmado quince días antes. Le Duc Tho me llevó a ver el museo nacional de Hanoi, sobre todo para mostrarme los departamentos dedicados a la histórica lucha de Vietnam contra China, aún formalmente aliada de Vietnam.

Con la caída de Saigón en 1975 estallaron las históricas rivalidades inherentes al país, lo que llevó a la victoria de la geopolítica frente a la ideología. Aquello demostró que Estados Unidos no era el único país que se había equivocado a la hora de valorar la importancia de la guerra de Vietnam. China consideró la primera intervención de Estados Unidos como la última boqueada del imperialismo. Casi de forma rutinaria, los chinos se habían inclinado por Hanoi. Interpretaron la intervención estadounidense como un paso más hacia el cerco de China, más o menos de la forma en que habían visto la intervención en Corea diez años antes.

Curiosamente, desde un punto de vista geopolítico, los intereses a largo plazo de Pekín y Washington tenían que asemejarse. Ambos deberían haber preferido mantener las cosas como estaban, es decir, la división de Indochina en cuatro estados. Washington se oponía a que Hanoi dominara Indochina a raíz de la idea wilsoniana del orden mundial —el derecho a la autodeterminación de los estados existentes— y de la cuestión de la conspiración comunista mundial. Pekín tenía el mismo objetivo general, aunque desde la perspectiva geopolítica, pues quería evitar que surgiera un bloque del sudeste de Asia en su frontera

meridional.

Durante un tiempo, Pekín pareció creer que la ideología comunista acabaría con la milenaria historia de la oposición vietnamita al dominio chino. O tal vez no creía posible que alguien pudiera derrotar del todo a Estados Unidos. Tras la caída de Saigón, Pekín tuvo que enfrentarse a las implicaciones de su propia política. Y retrocedió ante ellas. El desenlace de Indochina se unió al temor permanente de China respecto al bloqueo. Deng tuvo una preocupación básica en política exterior: evitar que en Indochina se formara un bloque vinculado a la Unión Soviética y el mantenimiento de la colaboración con

Estados Unidos. Hanoi, Pekín, Moscú y Washington jugaban una partida de *wei qi* a cuatro manos. Los acontecimientos de Camboya y de Vietnam iban a determinar quién acabaría rodeado y neutralizado: Pekín o Hanoi.

Pero empezó a hacerse realidad la pesadilla del cerco de Pekín por parte de una potencia hostil. Vietnam, por su cuenta, tenía un peso extraordinario, y si llevaba adelante su objetivo de conseguir una federación indochina llegaría a sumar cerca de cien millones de habitantes y a colocarse en la posición ideal para presionar a Tailandia y a otros estados del sudeste asiático. En este contexto, la

independencia de Camboya como contrapeso de Hanoi se convirtió en la principal meta de China. Ya en agosto de 1975 —tres meses después de la caída de Saigón—, Deng Xiaoping dijo al dirigente de los jemeres rojos, Khieu Samphan, que estaba de visita en China: «Cuando una superpotencia [Estados Unidos] se ve obligada a retirar sus fuerzas de Indochina, la otra superpotencia [la Unión Soviética] aprovecha la oportunidad […] de extender sus pérfidos tentáculos hacia el sudeste asiático […] en un intento de expansión en la zona».[6] En palabras de Deng: «Camboya y China […] se enfrentan al reto de combatir el

imperialismo y las hegemonías. […] Creemos firmemente que […] nuestros dos pueblos se unirán más estrechamente si cabe y juntos alcanzarán nuevas victorias en la lucha común».[7] Durante una visita que hizo el primer ministro laosiano Kaysone Phomvihane en marzo de 1976 a Pekín, Hua Guofeng, a la sazón primer ministro, hizo una advertencia sobre la Unión Soviética diciendo: «En concreto, la superpotencia que pregona la "distensión" al mismo tiempo que extiende sus garras por todas partes está intensificando su expansión, preparando la guerra en un intento de añadir más

países bajo su esfera de influencia y ejercer su hegemónico señorío».[8]

Sin necesidad ya de fingir una solidaridad comunista frente a la amenaza del «imperialismo» estadounidense, los países enfrentados demostraron la oposición abierta entre ellos en abril de 1975, poco después de la caída de Saigón. A los seis meses del hundimiento de toda Indochina, 150.000 vietnamitas se vieron obligados a abandonar Camboya. Un número similar de ciudadanos vietnamitas de etnia china tuvieron que abandonar Vietnam. En febrero de 1976, China dio por finalizado su programa de ayuda a Vietnam y un año después cortó todo

tipo de suministro basado en programas existentes. Al mismo tiempo, Hanoi se iba acercando a la Unión Soviética. En una reunión del Politburó vietnamita celebrada en junio de 1978, se calificó a China de «enemigo principal» de Vietnam. Durante el mismo mes, los vietnamitas se adhirieron al COMECON, el bloque de cooperación económica dirigido por la Unión Soviética. En noviembre de 1978, la Unión Soviética y Vietnam firmaron el Tratado de Amistad y Colaboración, que incluía cláusulas militares. En diciembre de 1978, las tropas vietnamitas invadieron Camboya, derrocaron a los

jemeres rojos e instauraron un gobierno provietnamita.

La ideología había desaparecido del conflicto. Los centros de poder comunista llevaban adelante una lucha por el equilibrio de poder que no se basaba en la ideología, sino en el interés nacional.

Desde la perspectiva de Pekín, en las fronteras de China iba tomando cuerpo una pesadilla de cariz estratégico. En la parte septentrional seguía con todo su empuje el despliegue soviético: Moscú mantenía aún cerca de cincuenta divisiones a lo largo de la línea fronteriza. En el lado occidental se había producido un golpe de Estado

marxista en Afganistán, donde la influencia soviética era cada vez más evidente.[9] Pekín veía también la mano de Moscú en la revolución iraní, que culminó con la huida del sha el 16 de enero de 1979. Moscú siguió fomentando un sistema de seguridad colectivo asiático con el único objetivo posible de contener a China. Mientras tanto, Moscú negociaba el Tratado SALT II con Washington. Según Pekín, eran acuerdos destinados a «empujar las aguas turbulentas de la Unión Soviética hacia Oriente», en dirección a China. Los chinos parecían encontrarse en una situación extraordinariamente vulnerable. Vietnam se había pasado al

bando soviético. Entre los «resultados imprevisibles» pronosticados por Pham Van Dong a Zhou en 1968 parecía incluirse el cerco soviético de China. La cosa se complicaba aún más porque todo ello se producía mientras Deng consolidaba su situación en su segunda vuelta al poder, un proceso que no concluyó hasta 1980.

Una de las principales diferencias entre la estrategia diplomática china y la occidental estriba en la reacción ante la percepción de vulnerabilidad. Los diplomáticos estadounidenses y occidentales concluyen que hay que avanzar con tiento para evitar provocaciones; es probable que China

responda con un aumento del desafío. Los diplomáticos occidentales, a partir de un equilibrio de fuerzas desfavorable, son más dados a ver un imperativo de solución diplomática; así pues, impulsan iniciativas diplomáticas para situar al otro en el «error», para aislarlo moralmente, aunque desistiendo de la utilización de la fuerza: este fue básicamente el consejo que dio Estados Unidos a Deng después de que Vietnam invadiera y ocupara Camboya. Los estrategas se inclinan más por el compromiso de sustituir valor y presión psicológica por la ventaja material del adversario. Creen en la disuasión bajo forma de anticipación. Cuando los

planificadores chinos deciden que su adversario está ganando una ventaja inaceptable y que la tendencia estratégica se vuelve contra ellos responden intentando minar la confianza del enemigo y recurren a la imposición psicológica cuando no puede ser material.

Ante la amenaza en todos los frentes, Deng decidió optar por la ofensiva diplomática y estratégica. Aunque no contaba aún con el control total en Pekín, dio unos pasos temerarios hacia el exterior. Cambió la actitud china frente a la Unión Soviética: de la contención pasó a la hostilidad estratégica explícita y, efectivamente, a

impulsar el retroceso. China ya no iba a limitarse otra vez a aconsejar a Estados Unidos sobre la forma de contener a la Unión Soviética; a partir de entonces desempeñaría un papel activo en la creación de una coalición antisoviética y antivietnamita, sobre todo en Asia. Se trataba de hacer encajar las piezas en su sitio ante una posible confrontación con Hanoi.

La política exterior de Deng: el diálogo con Estados Unidos y la normalización

Cuando Deng regresó de su segundo

exilio en 1977, revocó la política interior de Mao, pero en general dejó intacta la exterior. Y fue así porque los dos se caracterizaban por unos profundos sentimientos nacionales y coincidían en sus puntos sobre el interés nacional de China, y además porque la política exterior había establecido unos límites más absolutos a los impulsos revolucionarios de Mao que la política interior.

Existía, sin embargo, una clara diferencia de estilo entre la crítica de Mao y la de Deng. Mao había puesto en duda las intenciones estratégicas de la política de Estados Unidos sobre la Unión Soviética. Deng daba por sentada

una cohesión de intereses estratégicos y se concentró en lograr una conclusión semejante. Mao consideraba la Unión Soviética como una especie de amenaza estratégica abstracta que ya no se centraba en China, sino en el resto del mundo. Deng reconoció el peligro específico para China, sobre todo una intimidación inmediata en su frontera meridional, que constituía un reto latente para el norte. Así pues, el diálogo adoptó un carácter más operativo. Mao hizo las veces de profesor frustrado y Deng, de socio exigente.

Ante la situación de peligro, Deng acabó con la ambigüedad en la relación de Mao con Estados Unidos del año

anterior. No quedaban ya restos de la nostalgia china sobre la posibilidad de una revolución mundial. En todas las conversaciones que se tuvieron con Deng tras su regreso, el dirigente insistió siempre en que la resistencia a la ofensiva soviética hacia Europa, China y Japón tenía que llevarse a cabo en el marco de un plan mundial.

Por más proximidad que pudiera existir en las consultas entre China y Estados Unidos, persistía la situación anómala en que este último seguía reconociendo a Taiwan como gobierno legítimo de China, y a Taipei, como capital de este país. Los adversarios de China situados cerca de sus fronteras

septentrional y meridional podían interpretar esta falta de reconocimiento como una oportunidad.

La normalización de las relaciones pasó al primer punto de la agenda entre China y Estados Unidos cuando Jimmy Carter tomó posesión del cargo. La primera visita a Pekín del nuevo secretario de Estado, Cyrus Vance, en agosto de 1977 no dio fruto alguno. Él mismo escribió en sus memorias:

> Salí de Washington convencido de que sería imprudente abordar una cuestión tan polémica en el ámbito político como era la normalización con China hasta quitarnos de encima lo de Panamá [en referencia a la ratificación del Tratado del Canal de Panamá

que ponía en funcionamiento dicho canal], a menos que —y no tengo esperanzas en ello — los chinos acepten del todo nuestra propuesta. Por razones políticas, intenté mantener una postura de máximos sobre el tema de Taiwan. […] En consecuencia, no contaba con que aceptaran nuestro proyecto, pero me pareció acertado plantearlo a pesar de que a la larga tuviéramos que abandonarlo.[10]

En la propuesta estadounidense sobre Taiwan se incluía una serie de ideas sobre el mantenimiento de limitados efectivos diplomáticos de Estados Unidos en la citada isla, que se habían establecido y rechazado durante la administración de Ford. Deng volvió a rehusar las propuestas, calificándolas de

paso atrás. Un año después, cuando el presidente Carter decidió dar la máxima prioridad a las relaciones con China, finalizó el debate interno en Estados Unidos. La presión soviética en África y Oriente Próximo convenció al nuevo presidente de que tenía que optar por la rápida normalización de las relaciones con China, que se concretó en la búsqueda de una alianza estratégica *de facto* con este país. El 17 de mayo de 1978, Carter envió a Pekín a su asesor de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, con las siguientes instrucciones:

> Habría que destacar que considero que la Unión Soviética es esencial en una relación

competitiva con Estados Unidos, si bien existen ciertos aspectos de colaboración. [...]

Más en concreto, me inquieta que el aumento del poder militar soviético, junto con la falta de visión política, todo ello alimentado por las ambiciones de superpotencia, puedan tentar a la Unión Soviética a explotar las turbulencias en distintos puntos (sobre todo en el Tercer Mundo) y a intimidar a nuestros amigos a fin de conseguir beneficios políticos e incluso el predominio político.[11]

Brzezinski tenía también autorización para reafirmar los cinco principios enunciados por Nixon a Zhou en 1972.[12] El secretario de Estado de Estados Unidos, firme defensor desde hacía

mucho tiempo de la colaboración estratégica con China, llevó adelante las instrucciones recibidas con entusiasmo y habilidad. Cuando visitó Pekín en mayo de 1978 con el objetivo de normalizar las relaciones, Brzezinski se encontró con unos interlocutores receptivos. Deng estaba impaciente por lograr la normalización a fin de reclutar a Washington en la oposición, mediante lo que él denominó «un trabajo real, sólido y concreto»,[13] a los avances soviéticos en todos los rincones del planeta.

Los dirigentes chinos eran del todo conscientes de los peligros estratégicos que se cernían a su alrededor; sin embargo, en lugar de presentar el

análisis como una preocupación a escala nacional, lo plantearon dentro del marco más amplio de la situación mundial. La «agitación bajo la capa del cielo», la «línea horizontal» y los «tres mundos» representaban teorías generales de relaciones internacionales y no percepciones puntuales a escala nacional.

El análisis de la situación internacional realizado por el ministro de Asuntos Exteriores, Huang Hua, denotaba una clara seguridad. En vez de presentarse como peticionario en una situación que, en definitiva, era muy complicada para China, Huang adoptó la actitud del maestro confuciano que

diserta sobre cómo abordar una política exterior global. Empezó con una valoración general de las «contradicciones» entre las dos superpotencias y siguió diciendo que eran inútiles las negociaciones con la Unión Soviética e inevitable una guerra mundial:

> La Unión Soviética es el mayor peligro de cara a una futura guerra. Su excelencia ha mencionado que la Unión Soviética se enfrenta a un sinfín de problemas. Es cierto. El imperialismo socialista soviético ha establecido el objetivo estratégico de luchar por la hegemonía en el mundo. Puede sufrir muchos reveses, pero nunca renunciará a su ambición.[14]

La gran inquietud de Huang afectó también a los expertos en estrategia estadounidenses, en especial a los que intentaban relacionar el armamento nuclear con el pensamiento tradicional en el campo estratégico. La confianza en las armas nucleares iba a abrir una brecha entre las amenazas disuasorias y la voluntad de llevarlas a la práctica: «En cuanto a la idea de que la Unión Soviética no se aventurará a utilizar armas convencionales por miedo a un ataque nuclear por parte de Occidente, he de decir que son ilusiones. Basar en ello una estrategia, aparte de peligroso, no es fiable».[15]

En Oriente Próximo —«el flanco de

Europa» y una «fuente de energía en una futura guerra»—, Estados Unidos no había conseguido frenar los avances soviéticos. Había firmado una declaración conjunta sobre esta región con la Unión Soviética (en la que se invitaba a los estados de la región a una conferencia a fin de explorar la perspectiva de un amplio acuerdo palestino) «que abriera bien la puerta a la Unión Soviética para una más profunda infiltración en Oriente Próximo».Washington había dejado al presidente Anwar al-Sadat de Egipto —cuya «audaz acción» había «creado una situación desfavorable para la Unión Soviética— en una situación peligrosa y

permitido a la Unión Soviética «aprovechar la oportunidad de crear serias divisiones entre los estados árabes».[16]

Huang resumió la situación invocando un antiguo proverbio chino: Lo de «apaciguar» a Moscú, dijo, era «como dar alas a un tigre para que tenga más fuerza». Pero lo que iba a imponerse era una política de presión coordinada, pues la Unión Soviética era «fuerte solo exteriormente, e interiormente débil. Intimidaba al débil y temía al fuerte».[17]

Todo ello iba encaminado a establecer un programa sobre Indochina. Huang abordó «el problema de la hegemonía regional». Evidentemente,

Estados Unidos había abierto el camino diez años antes. Vietnam tenía como meta el dominio de Camboya y de Laos y la creación de una federación indochina. En palabras de Huang: «Detrás de ella está la Unión Soviética». Hanoi había alcanzado ya una situación dominante en Laos, donde tenía tropas desplegadas y mantenía «asesores en todos los departamentos y niveles de Laos». No obstante, Hanoi había encontrado resistencia en Camboya, país que se oponía a las ambiciones regionales vietnamitas. La tensión entre Vietnam y Camboya no se traducía «simplemente en alguna escaramuza esporádica a lo largo de la

frontera», sino que era un importante conflicto. En palabras de Huang: «Puede durar mucho tiempo». A menos que Hanoi renunciara a dominar Indochina, siguió Huang: «El problema no va a resolverse en un corto período de tiempo».[18]

Deng siguió aquel mismo día con la crítica iniciada por Huang Hua. Advirtió a Brzezinski de que las concesiones y los acuerdos nunca habían conseguido contener a los soviéticos. Quince años de acuerdos sobre control armamentístico habían permitido a la Unión Soviética conseguir paridad estratégica con Estados Unidos. En su opinión, el comercio con la Unión

Soviética se traducía en «ayuda estadounidense para que los soviéticos superaran su debilidad». Deng presentó una sarcástica valoración de la respuesta estadounidense al aventurismo soviético en el Tercer Mundo y criticó a Washington por intentar «complacer» a Moscú:

> Sus portavoces siempre han justificado y disculpado las acciones de los soviéticos. En alguna ocasión han dicho que no hay pruebas que demuestren la intromisión de la Unión Soviética y Cuba en el caso del Zaire o Angola. No tiene ningún sentido esta afirmación. Si he de ser franco, le diré que siempre que concluyen un acuerdo con la Unión Soviética, este es el producto de una

concesión por su parte destinada a complacer a los soviéticos.[19]

Fue una actuación extraordinaria. El país que se había convertido en el blanco principal de la Unión Soviética proponía una actuación conjunta a modo de obligación abstracta y no un trato entre naciones, y mucho menos una petición. En un momento de gran peligro nacional —como su propio análisis demostraba—, China actuaba como instructor en estrategia y no como consumidor pasivo de recetas estadounidenses, como solían hacer los aliados europeos de Estados Unidos.

En el análisis chino solo se incluían los puntos básicos del grueso del debate

estadounidense —legislación internacional, soluciones multilaterales, consenso popular— como herramienta básica para un objetivo decidido. Y este objetivo, tal como Deng señaló a Brzezinski, era el de «hacer frente al oso polar y se acabó».[20]

De todas formas, para los estadounidenses existe un límite en el denominado planteamiento realista sobre los valores fundamentales de la sociedad americana. Y dicho límite lo representaban en este caso los asesinos jemeres rojos que gobernaban Camboya. Ningún presidente de Estados Unidos podía considerar a los jemeres rojos como una piedra más en la estrategia

wei qi. No podía ignorarse sin más la conducta genocida de este gobierno —que había llevado a la población de Phnom Pen a la selva, y asesinado masivamente a determinadas capas de la sociedad civil—, si bien, tal como veremos, en alguna ocasión la necesidad lleva al abandono del principio.

Hua Guofeng, aún en el cargo de primer ministro, se mostró incluso más rotundo en la reunión del día siguiente:

> Hemos comunicado también a muchos de nuestros amigos que la principal amenaza de guerra procede de la Unión Soviética. ¿Cómo podemos abordarlo? En primer lugar, hay que hacer preparativos. […] Cuando estás preparado y estalla la guerra no te

encuentras en una situación desfavorable. En segundo lugar, es imprescindible intentar desbaratar el despliegue estratégico de la agresión soviética. A fin de conseguir la hegemonía en el mundo, la Unión Soviética tiene que establecer bases aéreas y navales en todo el planeta, de modo que tiene que llevar a cabo un despliegue estratégico. Y nosotros tenemos la obligación de destruir sus planes de despliegue en el mundo.[21]

Ningún miembro de la Alianza Atlántica había presentado un llamamiento tan general a la acción conjunta —básicamente preventiva—, ni había declarado estar dispuesto a actuar por su cuenta siguiendo su valoración.

Los dirigentes chinos proponían en el ámbito operativo un tipo de

colaboración en muchos sentidos más estrecha y a buen seguro más arriesgada que la de la Alianza Atlántica. Pretendían poner en marcha la estrategia de la disuasión defensiva descrita en capítulos anteriores. Su característica especial era que Deng no proponía estructura formal alguna, ni obligación a largo plazo. Una evaluación común iba a proporcionar el impulso para la actuación conjunta, pero la alianza *de facto* no podía sobrevivir si empezaban a divergir las valoraciones: China insistía en su seguridad incluso en ocasiones de peligro extremo. El hecho de que China insistiera tanto en la actuación conjunta pese a la agria crítica

sobre las estrategias estadounidenses específicas demostraba que se consideraba imprescindible la colaboración con Estados Unidos en materia de seguridad.

La normalización surgió como un primer paso hacia una política mundial común. Desde la época de la visita secreta, en julio de 1971, las condiciones chinas de cara a la normalización habían sido explícitas e invariables: retirada de todas las fuerzas estadounidenses en Taiwan; finalización del tratado de defensa con Taiwan, y establecimiento de relaciones diplomáticas con China única y exclusivamente con su gobierno de

Pekín. Estos puntos habían formado parte de la postura china en el comunicado de Shanghai, y dos presidentes —Richard Nixon y Gerald Ford — los habían aceptado. Nixon había precisado que los llevaría a efecto en su segundo mandato. Tanto Nixon como Ford habían subrayado el interés de Estados Unidos por una solución pacífica a la cuestión, en la que se incluía cierta asistencia para la seguridad de Taiwan. No habían podido cumplir con sus promesas a causa de las consecuencias del caso Watergate.

En una insólita práctica de política exterior independiente, el presidente Carter reafirmó al principio de su

mandato todos los compromisos sobre Taiwan que había aceptado Nixon ante Zhou en febrero de 1972. En 1978 expuso una fórmula específica de normalización que permitía a ambas partes mantener sus principios establecidos: reafirmación de los principios aceptados por Nixon y Ford; declaración de Estados Unidos en la que se hiciera hincapié en el compromiso del país respecto a un cambio pacífico; beneplácito chino frente a ciertas ventas de armamento estadounidense a Taiwan. Carter avanzó personalmente estas ideas en una conversación con el embajador chino, Chai Zemin, en la que advirtió de que, si no se producían las ventas de

armas estadounidenses, Taiwan se vería obligado a recurrir al armamento nuclear, como si Estados Unidos no tuviera influencia sobre los planes y las actuaciones de Taiwan.[22]

La normalización surgió por fin cuando Carter presentó una fecha límite al invitar a Deng a visitar Washington. Deng aceptó unas ventas de armas no especificadas a Taiwan y no contradijo la declaración estadounidense de que Washington esperaba que la solución definitiva sobre la cuestión de Taiwan se llevara a cabo pacíficamente, a pesar de que China había dejado claro que no iba a adoptar un compromiso formal en ese sentido. La posición de Pekín, tal

como recalcó Deng a Brzezinski, establecía: «La liberación de Taiwan es un asunto interno de China, en el que ningún país tiene derecho a interferir».[23]

La normalización implicaba que la embajada estadounidense se trasladaría de Taipei a Pekín; un diplomático de Pekín sustituiría al representante de Taipei en Washington. Como respuesta, en abril de 1979, el Congreso de Estados Unidos aprobó la Ley de Relaciones con Taiwan, que expresaba la preocupación de este país sobre el futuro como ley vinculante para los estadounidenses; no así, evidentemente, para China.

Este equilibrio entre los principios estadounidenses y chinos demuestra que a veces la ambigüedad constituye la esencia de la diplomacia. Hacía falta habilidad política por una y otra parte para avanzar en el proceso.

Los viajes de Deng

Mientras Deng pasaba de la exhortación a la práctica, se encargó de que China no tuviera que esperar de forma pasiva las decisiones estadounidenses. Siempre que pudo creó —sobre todo en el sudeste asiático— el marco político que defendía.

Mao había llamado a los dirigentes extranjeros a su residencia como lo habría hecho un emperador y Deng adoptó la vía opuesta: viajó por el sudeste asiático, por Estados Unidos y Japón y puso en práctica una diplomacia con sello propio, clara y directa y en ocasiones arrolladora. En 1978 y 1979 emprendió una serie de viajes que cambiaron la imagen de China en el exterior: pasó de ser el contrincante revolucionario a la víctima de los designios geopolíticos de soviéticos y vietnamitas. Durante la guerra de Vietnam, China se había situado en el otro lado. En Tailandia y Malaisia, China había fomentado antes la

revolución entre las poblaciones de fuera formadas por compatriotas y entre las minoritarias.[24] Todo ello quedaba entonces subordinado a encarar el peligro inmediato.

En una entrevista concedida a la revista *Time* en febrero de 1979, Deng anunciaba el plan estratégico chino a un público más amplio: «Si de verdad queremos poner freno al oso polar, la única opción realista es la unidad. No nos basta con depender exclusivamente de la fuerza de Estados Unidos. No nos basta con depender exclusivamente de la fuerza de Europa. Somos un país insignificante y pobre, pero si nos unimos, tendremos peso».[25]

En todos sus desplazamientos, Deng subrayó el relativo atraso que vivía China y su deseo de conseguir tecnología y conocimientos de los países industrializados más avanzados. Insistía, sin embargo, en que la falta de desarrollo no cambiaba su determinación de oponerse a la expansión soviética y vietnamita, si hacía falta por la fuerza y en solitario.

Los viajes al extranjero de Deng —y sus repetidas alusiones a la pobreza de China— constituían claras desviaciones respecto al tradicional arte de gobernar el país. Muy pocos gobernantes chinos habían salido del país. (Evidentemente, ya que en su concepción clásica

gobernaban todo lo que se encontraba bajo la capa del cielo, estrictamente hablando, no tenían un «extranjero» adonde ir.) La voluntad de Deng de subrayar abiertamente el atraso de China y la necesidad de aprender de los demás contrastaba de manera muy marcada con la actitud distante de los emperadores chinos y la burocracia con la que trataban a los extranjeros. Nunca un dirigente chino había hablado ante un extranjero de la necesidad de conseguir productos de fuera. La corte Qing había aceptado en raras ocasiones innovaciones procedentes del exterior (por ejemplo, en su actitud acogedora con los astrónomos y matemáticos

jesuitas), pero siempre había insistido en que el comercio con el exterior era una expresión de buena voluntad por parte de los chinos y no una necesidad del país. Mao también había hecho hincapié en la autonomía, aunque el precio que pagó fuera el de la depauperación y el aislamiento.

Deng empezó sus viajes en Japón y lo hizo con ocasión de la ratificación del tratado mediante el cual se había negociado la normalización de las relaciones diplomáticas entre Japón y China. El plan estratégico de Deng exigía reconciliación, y no simple normalización, a fin de que el país nipón

pudiera aislar a la Unión Soviética y a Vietnam.

Con este objetivo en mente, Deng se preparó para poner fin al medio siglo de sufrimiento infligido por Japón a China. Deng, eufórico, declaró: «Mi corazón estalla de júbilo». Acto seguido abrazó a su homólogo japonés, un gesto del que sus anfitriones habrían encontrado pocos precedentes en su sociedad, o, en realidad, en la china. Deng no intentó disimular el atraso económico que vivía su país: «Quien tiene un rostro desagradable es inútil que intente pasar por atractivo». Cuando le pidieron que firmara en el libro de visitas, escribió un reconocimiento insólito de los logros

japoneses: «Presentamos nuestros respetos al pueblo japonés y aprendemos de él, un pueblo extraordinario, diligente, valeroso e inteligente».[26]

En noviembre de 1978, Deng se desplazó al sudeste asiático y viajó por Malaisia, Singapur y Tailandia. Bautizó Vietnam como «la Cuba oriental» y habló del tratado soviético-vietnamita recién firmado, tachándolo de amenaza contra la paz mundial.[27] En Tailandia, el 8 de noviembre de 1978, insistió: «La seguridad y la paz de Asia, del Pacífico y del mundo entero están en peligro», a causa del tratado soviético-vietnamita: «Este tratado no solo va dirigido contra

China. […] Es un importante plan soviético de alcance mundial. Uno puede creer que el tratado tiene como objetivo cercar a China. He comentado a los países amigos que China no teme el cerco. Tiene un significado más importante para Asia y el Pacífico. Están amenazadas la seguridad y la paz de Asia, del Pacífico y del mundo entero».[28]

En su visita a Singapur, Deng se encontró con un alma gemela —el extraordinario primer ministro Lee Kuan Yew— y pudo entrever el posible futuro de China: una sociedad con mayoría china que prosperaba bajo lo que Deng describía, admirado, como

«administración estricta» y «orden público perfectamente organizado».[29] En aquellos momentos, China seguía siendo un país sumamente pobre, con un «orden público» que había sobrevivido a duras penas a la Revolución Cultural. Lee Kuan Yew describió el memorable intercambio:

> Me invitó a visitar de nuevo China. Dije que lo haría cuando su país se hubiera repuesto de la Revolución Cultural. Eso, dijo, llevará mucho tiempo. Comenté que no tendrían muchos problemas en tomar la delantera y sacar mejores resultados que Singapur, pues nosotros éramos los descendientes de los campesinos analfabetos y sin tierra de Fujian y Cantón, mientras que ellos procedían de eruditos, mandarines y

personas cultas que se habían quedado en su país. Él permaneció en silencio.[30]

Lee rindió homenaje al pragmatismo de Deng y a su voluntad de aprender a partir de la experiencia; también aprovechó la oportunidad para expresar algunas de las inquietudes del sudeste asiático que tal vez no se filtrarían a través de la criba burocrática y diplomática de China:

China pretendía que los países del sudeste asiático se unieran a su país para aislar al «oso ruso»; en realidad, nuestros vecinos querían que nos uniéramos para poder aislar al «dragón chino». No existían «rusos extranjeros» en el sudeste asiático que dirigieran insurrecciones comunistas con el

apoyo de la Unión Soviética y, en cambio, sí había «chinos extranjeros» alentados y apoyados por el Partido Comunista de China y por su gobierno que representaban una amenaza para Tailandia, Malaisia, Filipinas y, en menor medida, para Indonesia. Por otro lado, China declaraba abiertamente su relación especial con los chinos extranjeros por razón de vínculos de sangre y apelaba directamente a su patriotismo por encima de los gobernantes de los países de los que eran ciudadanos. […] Le sugerí que habláramos de cómo resolver este problema.[31]

Resultó que Lee tenía razón. Los países del sudeste asiático, a excepción de Singapur, se comportaron con gran precaución a la hora de enfrentarse a la Unión Soviética o a Vietnam. No

obstante, Deng consiguió sus objetivos básicos: sus múltiples declaraciones públicas constituyeron una advertencia sobre una posible iniciativa china para poner remedio a la situación. Algo pensado para que no pasara desapercibido a Estados Unidos, la pieza básica del plan de Deng. Esta estrategia exigía una definición mejor perfilada de la relación con Estados Unidos.

La visita de Deng a Estados Unidos y la nueva definición de la alianza

Se anunció la visita de Deng a Estados

Unidos como la celebración de la normalización de relaciones entre ambos países y para inaugurar una estrategia común que, partiendo del comunicado de Shanghai, afectaba básicamente a la Unión Soviética.

Demostró asimismo la habilidad especial de la diplomacia china: la de crear la impresión de apoyo por parte de unos países que en realidad no habían aceptado ese papel o ni siquiera se les había pedido que lo representaran. El modelo había surgido veinte años antes, durante la crisis de las islas costeras. Mao empezó a bombardear Quemoy y Mazu en 1958, tres semanas después de la tensa visita de Jruschov a Pekín, con

lo que creó la impresión de que Moscú había aceptado de antemano la actuación de Pekín, y no era así. Eisenhower había llegado al punto de acusar a Jruschov de colaborar en el fomento de la crisis.

Siguiendo la misma táctica, antes de iniciar la guerra con Vietnam, Deng efectuó una importante visita a Estados Unidos. Ni en un caso ni en otro, China pidió colaboración para su inminente esfuerzo militar. Al parecer, no se había informado a Jruschov sobre la operación de 1958 y el dirigente soviético se irritó al encontrarse ante el peligro de una guerra nuclear; Washington recibió información sobre la invasión de 1979 después de la llegada de Deng a Estados

Unidos, pero no le proporcionó apoyo explícito y limitó su función a la de compartir tareas de inteligencia y coordinación diplomática. En las dos ocasiones, Pekín consiguió crear la impresión de que sus iniciativas contaban con el beneplácito de una de las superpotencias, lo que frenaba la intervención de la otra. En el marco de esta sutil y audaz estrategia, en 1958 la Unión Soviética se había visto incapaz de evitar el ataque chino en las islas de la costa; en cuanto a Vietnam, no sabía lo que se había acordado durante la visita de Deng y probablemente daba por sentado lo peor.

En este sentido, la visita de Deng a

Estados Unidos fue una especie de espectáculo de sombras chinescas, uno de cuyos objetivos fue intimidar a la Unión Soviética. La semana que pasó el mandatario chino en Estados Unidos constituyó una cumbre diplomática, combinada con un viaje de negocios, la gira de una campaña política y la guerra psicológica de cara a la tercera guerra de Vietnam. En aquellos días estuvo en Washington, Atlanta, Houston y Seattle y se produjeron escenas inimaginables en la época de Mao. En una cena oficial en la Casa Blanca, el 29 de enero, el mandatario de la «China Roja» compartió mantel con los dirigentes de Coca-Cola, PepsiCo y General Motors.

En una gala organizada en el Centro John F. Kennedy, el menudo viceprimer ministro estrechó la mano a los miembros del equipo de baloncesto de los Harlem Globetrotters.[32] Deng, tocado con un Stetson y a bordo de una diligencia, se exhibió ante los asistentes a un rodeo y una barbacoa en Simonton, Texas.

Durante toda la visita, Deng insistió en la necesidad de conseguir tecnología extranjera y desarrollar la economía del país. A petición de él, sus anfitriones le organizaron un recorrido por fábricas e instalaciones tecnológicas, entre las que destacaba la planta de montaje de la Ford en Hapeville, Georgia, la Hughes

Tool Company, de Houston (donde Deng inspeccionó las barrenas de perforación para prospecciones petrolíferas cerca del litoral) y la planta de fabricación de Boeing en Seattle. Al llegar a Houston, Deng manifestó su deseo de «aprender de la avanzada experiencia del país en el sector del petróleo y otros».[33] Deng hizo unas declaraciones optimistas respecto a las relaciones chino-estadounidenses. Insistió: «Quiero conocerlo todo sobre la vida de Estados Unidos» y «absorber todo lo que pueda beneficiarnos».[34] En el Centro Espacial Lyndon B. Johnson de Houston, Deng pasó mucho tiempo en el simulador de

vuelo de una lanzadera espacial. Uno de los informativos difundió las imágenes.

> Deng Xiaoping, que utiliza su viaje a Estados Unidos para exagerar el entusiasmo de su país respecto al avance de la tecnología, hoy ha montado en la cabina de un simulador de vuelo para descubrir la sensación de aterrizar en la nave espacial estadounidense más avanzada desde una altura de 30.000 metros.
>
> El viceprimer ministro chino [Deng] parecía tan fascinado con la experiencia que hizo un segundo aterrizaje y ni siquiera entonces parecía dispuesto a abandonar el simulador.[35]

Aquello quedaba a miles de leguas de la estudiada indiferencia del emperador

de la dinastía Qing ante los regalos y las promesas comerciales de Macartney o de la estricta insistencia de Mao sobre la autarquía económica. En la reunión que mantuvo con el presidente Carter el 29 de enero, Deng explicó la política de las cuatro modernizaciones de China, presentada por Zhou en su última aparición en público, en la que prometía poner al día los sectores agrícola, industrial, científico y tecnológico y de defensa nacional. Todo aquello quedaba subordinado al objetivo primordial de la visita de Deng: crear una alianza *de facto* entre Estados Unidos y China. Este fue su resumen:

Señor presidente, usted nos pidió que esbozáramos nuestra estrategia. Para llevar adelante nuestras cuatro modernizaciones necesitamos un largo período de paz en nuestro entorno. Pero ahora mismo estamos convencidos de que la Unión Soviética iniciará una guerra. Ahora bien, si actuamos de forma correcta y adecuada, tal vez podamos posponerla. China espera postergar la guerra por un espacio de veintidós años.[36]

Partiendo de esta base, no recomendamos la creación de una alianza formal; al contrario, cada cual debe actuar desde su punto de vista, coordinar las actividades y adoptar las medidas necesarias. Es una meta que puede alcanzarse. Si resulta que nuestros esfuerzos son inútiles, la situación será cada vez más vacía de contenido.[37]

Aquello de actuar como aliados sin

constituir una alianza era empujar el realismo al extremo. Si todos los dirigentes eran estrategas competentes y reflexionaban de manera profunda y sistemática sobre logística, iban a llegar a las mismas conclusiones. No hacían falta las alianzas; la lógica de sus análisis conduciría a direcciones semejantes.

Pero dejando a un lado las diferencias sobre historia y geografía, ni siquiera los dirigentes que defienden posturas similares llegan necesariamente a unas conclusiones idénticas, sobre todo si se encuentran bajo tensión. El análisis depende de la interpretación; existen diferencias de criterio sobre lo que

constituye un hecho, y mucho más sobre su significado. Así pues, los países han establecido alianzas, instrumentos formales que protegen los intereses comunes en la medida de lo posible, respecto a circunstancias externas o presiones internas; con ello crean una obligación adicional de llevar a cabo cálculos sobre el interés nacional. Al mismo tiempo proporcionan la obligación legal de justificar la defensa común, a la que puede apelarse en un momento de crisis. Por fin, las alianzas reducen —siempre que se aborden con seriedad— el peligro del error de cálculo por parte del posible adversario y, por consiguiente, añaden un elemento

de cuantificación en la gestión de la política exterior.

Deng —así como la mayoría de los dirigentes chinos— consideraba que no hacía falta una alianza formal en las relaciones entre Estados Unidos y China y que, en definitiva, no iba a suponer ventaja alguna para su política exterior. Estaban preparados para confiar en los acuerdos tácitos. De todas formas, en la última frase de Deng insinuaba un aviso. Si no podían definirse ni convertirse en realidad unos intereses similares, la relación se convertiría en algo «vacío», es decir, se iría marchitando, y probablemente China volvería a la idea de los tres mundos de Mao —que seguía

siendo la política oficial— a fin de que el país pudiera moverse entre las superpotencias.

Los intereses similares, en la perspectiva de Deng, iban a expresarse en un acuerdo informal a escala mundial en el que la Unión Soviética entraría en Asia mediante la colaboración político-militar con objetivos análogos a los de la OTAN en Europa. Sería algo menos estructurado, que dependería en buena parte de la relación bilateral entre China y Estados Unidos. También se basaría en una doctrina geopolítica distinta. La OTAN pretendía unir a sus asociados, sobre todo en la resistencia contra la agresión soviética; evitaba claramente

cualquier alusión a la anticipación militar. La doctrina estratégica de la OTAN, centrada en evitar la confrontación diplomática, era exclusivamente defensiva.

Lo que proponía Deng era en definitiva una política de prevención; se trataba de un aspecto de la doctrina disuasoria ofensiva de China. Había que ejercer presión contra la Unión Soviética en toda su periferia y en especial en las regiones en las que últimamente había extendido su presencia, en particular el sudeste asiático e incluso África. Si hacía falta, China estaba preparada para poner en marcha la acción militar encaminada a

frustrar los designios soviéticos, sobre todo en el sudeste asiático.

La Unión Soviética, advirtió Deng, nunca se comprometerá con acuerdos; su país, según él, solo entendía el lenguaje de la fuerza compensatoria. El estadista romano Catón el Viejo se hizo famoso por acabar siempre sus discursos con un claro llamamiento: *Carthago delenda est* («Hay que destruir Cartago»). Deng tenía su propia exhortación: Hay que oponer resistencia a la Unión Soviética. En todas sus alocuciones se encontraba siempre alguna variación de la admonición en la que especificaba que la naturaleza inalterable de Moscú llevaría a esta potencia a «intentar

meterse donde encontrara una brecha».[38] Como dijo Deng al presidente Carter: «En cuanto la Unión Soviética introduzca un dedo en ella, hay que cortárselo de raíz».[39]

El análisis de Deng sobre la situación estratégica incluía una declaración dirigida a la Casa Blanca en la que se precisaba que China pretendía entrar en guerra con Vietnam porque había deducido que este país no iba a detenerse en Camboya. «La denominada federación indochina ha de incluir más de tres estados —advirtió Deng—. Es una idea que acariciaba Ho Chi Minh. Los tres estados no son más que el primer paso. Después habrá que

incorporar Tailandia.»[40] Deng declaró que China tenía la obligación de pasar a la acción. No podía quedarse esperando los acontecimientos; en cuanto se hubieran producido ya sería demasiado tarde.

Deng dijo a Carter que se había planteado la «peor posibilidad», una intervención soviética masiva, como parecía exigir el nuevo tratado de defensa entre Moscú y Hanoi. En efecto, los informes indicaban que Pekín había evacuado unos 300.000 civiles de sus territorios fronterizos septentrionales y había situado sus fuerzas a lo largo de la línea divisoria chino-soviética en estado de máxima alerta.[41] Pero, siguió

contando Deng a Carter, Pekín consideraba que una guerra breve y limitada no proporcionaría a Moscú tiempo para «una reacción de envergadura» y que las condiciones del invierno dificultarían un ataque soviético a gran escala en el norte de China. Deng insistió en que China «no tenía miedo», pero necesitaba «el apoyo moral de Washington»,[42] y eso añadía una ambigüedad suficiente sobre los planes estadounidenses para proporcionar tiempo de reflexión a la Unión Soviética.

Un mes después de la guerra, Hua Guofeng me explicaba el minucioso

análisis estratégico que la había precedido:

> Nos planteamos incluso la posibilidad de una reacción soviética. La primera era la de un importante ataque contra nosotros. La consideramos una posibilidad mínima. A lo largo de la frontera hay un millón de soldados, pero no es una cantidad suficiente para un ataque importante contra China. Si hubieran retirado una parte de las tropas de Europa, habría transcurrido un tiempo y Europa les inquietaría. Saben que una batalla contra China sería una cuestión de envergadura, que no podría resolverse en un corto período de tiempo.

Deng planteó a Carter un reto tanto respecto a los principios como a la

actitud pública. De entrada, Carter no aprobaba las estrategias preventivas, sobre todo porque implicaban movimientos militares a través de fronteras de estados soberanos. Por otra parte, se tomaba en serio, a pesar de no compartirlo del todo, el punto de vista de Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional, sobre las implicaciones estratégicas de la ocupación vietnamita de Camboya, análogo al de Deng. Carter resolvió el dilema invocando los principios, pero dejando margen para el ajuste a las circunstancias. Un cierto desacuerdo dio paso a un vago respaldo tácito. Puso de relieve la posición moral favorable que

iba a perder Pekín si atacaba Vietnam. China, considerada a la sazón un país pacífico, correría el peligro de verse acusada por agresión:

> Es una cuestión grave. Aparte de enfrentarse a una amenaza militar del Norte, deberán sufrir un cambio en la actitud internacional. Actualmente, China se considera un país pacífico, contrario a la agresión. Los países de la ASEAN, así como la ONU, han condenado a la Unión Soviética, a Vietnam y a Cuba. No hace falta saber qué acción punitiva tienen en mente, pero podría producirse un aumento de la violencia y un cambio en la postura de los demás países: en lugar de ir contra Vietnam, apoyarían parcialmente a este país.
>
> Para nosotros sería complicado alentar la violencia. Podemos proporcionarles

información en el ámbito de los servicios secretos. No tenemos noticias sobre movimientos recientes de las tropas soviéticas hacia sus fronteras.

No tengo más respuesta que darle. Nos hemos unido a la condena de Vietnam, pero la invasión de este país podría convertirse en una grave acción desestabilizadora.[43]

Lo de rechazar la aprobación de la violencia pero ofrecer información sobre los movimientos de las tropas soviéticas era añadir una nueva dimensión a la ambigüedad. Podía significar que Carter no compartía la opinión de Deng sobre una amenaza soviética subyacente. O bien, si se reducía el temor chino sobre una posible reacción soviética, había la

interpretación de que se fomentaba la invasión.

Al día siguiente, Carter y Deng se reunieron en privado, y aquel entregó a este una nota (hasta hoy inédita) en la que resumía la postura estadounidense. Según Brzezinski: «El propio presidente escribió a mano una carta a Deng, en tono moderado, de contenido grave, en la que subrayaba la importancia de la contención y resumía las posibles consecuencias adversas a escala internacional. Consideré que aquel era el planteamiento correcto, pues no podíamos actuar formalmente en connivencia con los chinos patrocinando algo que iba a suponer una clara

agresión militar».[44] El acuerdo informal era otra cuestión.

Según un informe en el que se recogía la conversación de los dos mandatarios (a la que solo había asistido un intérprete), Deng insistió en que el análisis estratégico invalidaba el comentario de Carter respecto a la opinión mundial. Lo más importante era que no se considerara a China como un país acomodaticio: «China aún tiene que dar una lección a Vietnam. La Unión Soviética puede utilizar a Cuba, a Vietnam y, posteriormente, Afganistán puede convertirse en agente suyo [de la Unión Soviética]. La República Popular de China aborda la cuestión desde una

posición de fuerza. La acción será muy limitada. Si Vietnam viera cierta debilidad en la República Popular de China, la situación empeoraría».[45]

Deng abandonó Estados Unidos el 4 de febrero de 1979. En su viaje de regreso, colocó la última pieza en el tablero de *wei qi*. Se detuvo en Tokio por segunda vez en seis meses para afianzar el apoyo japonés a la inminente actuación militar y aislar un poco más a la Unión Soviética. Ante el primer ministro nipón, Masayoshi Ohira, Deng reiteró la opinión china de que había que «castigar» a Vietnam por la invasión de Camboya y expresó su compromiso: «Mantendremos las perspectivas de paz

y estabilidad internacional a largo plazo… [El pueblo chino] cumplirá con firmeza sus obligaciones en el ámbito internacional y no dudará en, llegado el momento, hacer los sacrificios que sean necesarios».[46]

Tras visitar Birmania, Nepal, Tailandia, Malaisia, Singapur, dos veces Japón y Estados Unidos, Deng había cumplido con su objetivo de situar a China en el mundo y de aislar a Hanoi. No volvió a salir de su país, y en sus últimos años mostró el aire distante e inaccesible de los dirigentes históricos chinos.

El 17 de febrero, China organizó una invasión con distintos frentes contra Vietnam del Norte desde las provincias meridionales chinas de Guangxi y Yunnan. El volumen de los efectivos chinos reflejaba la importancia que daba el país a la operación; se ha calculado que destinó a ella más de 200.000 soldados del Ejército Popular de Liberación, y es probable que el número ascendiera a 400.000.[47] Un historiador determinaba que las fuerzas invasoras, en las que se incluían «las de tierra, las milicias y unidades navales y aéreas […] tenían una envergadura similar a las

que asignó China a la guerra de Corea, en noviembre de 1950, de consecuencias tan importantes».[48] La prensa oficial china dio a la operación el nombre de «Contraataque autodefensivo frente a Vietnam» o bien «Contraataque de autodefensa en la frontera chino-vietnamita». Representaba la versión china de la disuasión, una invasión anunciada de antemano para impedir la siguiente iniciativa por parte de Vietnam.

El objetivo militar de China era un país comunista, correligionario, aliado hasta hacía poco, que se había beneficiado mucho tiempo de su apoyo económico y militar. Desde la

perspectiva china, había que mantener el equilibrio estratégico en Asia. China emprendió la campaña con el respaldo moral, la ayuda diplomática y la colaboración de los servicios de inteligencia de Estados Unidos, la «potencia imperialista» que Pekín había ayudado a expulsar de Indochina cinco años antes.

China declaraba que la iniciativa estaba encaminada a «frenar las disparatadas ambiciones de los vietnamitas y darles una oportuna y limitada lección».[49] «Oportuna» implicaba infligir suficiente daño al país para afectar a sus opciones y perspectivas de cara al futuro;

«limitada» suponía que finalizaría antes de que la intervención exterior u otros factores pudieran hacerle perder el control. Constituía además un desafío directo a la Unión Soviética.

Se confirmó la predicción de Deng de que la Unión Soviética no iba a atacar a China. El día que los chinos se lanzaron al ataque, el gobierno soviético publicó un escéptico comunicado que, a la vez que condenaba el «criminal» asalto chino, subrayaba: «El heroico pueblo vietnamita […] es capaz de ponerse de pie otra vez».[50]

Los soviéticos, a modo de respuesta militar, se limitaron a enviar un destacamento naval al mar de la China

meridional, se encargaron de un puente aéreo de armamento limitado hacia Hanoi y reforzaron las patrullas aéreas a lo largo de la frontera chino-soviética. El puente aéreo estuvo limitado por la cuestión geográfica, pero también por vacilaciones internas. Por fin, la Unión Soviética ofreció en 1979 a su nuevo aliado, Vietnam, el mismo apoyo que había brindado veinte años antes a su antiguo aliado, China, en las crisis del estrecho de Taiwan. En ambos casos, los soviéticos no quisieron correr el riesgo de participar en una guerra de mayor envergadura.

Poco después de la guerra, Hua Guofeng resumió las consecuencias en

una sucinta frase desdeñosa en alusión a los dirigentes soviéticos: «Como amenaza, llevaron a cabo maniobras cerca de la frontera y enviaron barcos al mar de la China meridional. Pero no se atrevieron a avanzar. De modo que, en definitiva, pudimos seguir tocando el trasero del tigre».

Deng rechazó con sarcasmo el consejo estadounidense de actuar con prudencia. En una visita que hizo a Pekín a finales de febrero de 1979, el secretario del Tesoro, Michael Blumenthal, pidió que se retiraran «cuanto antes» de Vietnam las tropas chinas, puesto que Pekín, dijo textualmente: «corre un peligro

injustificado».[51] Deng puso objeciones a ello. En una conversación con periodistas estadounidenses poco antes de reunirse con Blumenthal, el dirigente chino mostró su menosprecio por la indeterminación, mofándose de «algunos» que tenían «miedo de ofender» a la «Cuba de Oriente».[52]

Al igual que en la guerra chino-india, China llevó a cabo un ataque limitado, «punitivo», y pasó inmediatamente a la retirada. La cuestión se liquidó en veintinueve días. Poco después de que el Ejército Popular de Liberación capturara (y afirmara haber arrasado) las capitales de las tres provincias vietnamitas situadas a lo largo de la

frontera, Pekín admitió que los efectivos chinos se retirarían de Vietnam, salvo en alguna parte del territorio en liza. Pekín no hizo intento alguno de derrocar el gobierno de Hanoi, ni de entrar en Camboya de forma manifiesta.

Un mes después de que se hubieran retirado las tropas chinas, en una visita que efectué a Pekín, Deng me explicó la estrategia china:

DENG: Cuando volví [de Estados Unidos], pasamos inmediatamente a librar una guerra. Pero antes queríamos saber su opinión. Hablé de ello con el presidente Carter y él me respondió de un modo formal y solemne. Me leyó un texto. Yo le dije: China se ocupará por su cuenta de la cuestión y, si surge algún riesgo, China lo afrontará en

solitario. Viéndolo en retrospectiva, pensamos que incluso habría sido mejor penetrar más hacia el interior de Vietnam en nuestra acción punitiva.

KISSINGER: Tal vez.

DENG: Porque contábamos con fuerzas suficientes para llegar hasta Hanoi. Pero no habría sido aconsejable llegar tan lejos.

KISSINGER: No, probablemente habría sido ir más allá de los límites del cálculo.

DENG: Es cierto. Pero podíamos haber penetrado treinta kilómetros más. Ocupamos todas las zonas de fortificación defensivas. No quedó ni una sola línea de defensa en el camino hacia Hanoi.

Entre los historiadores existe la idea preconcebida de que la guerra fue un fracaso que costó muy caro a China.[53]

Durante la campaña se hicieron evidentes los efectos de la politización del Ejército Popular de Liberación durante la Revolución Cultural: las fuerzas chinas, con los problemas que implicaba contar con un equipo anticuado, las dificultades logísticas, la escasez de personal y las tácticas inflexibles, avanzaron con mucha lentitud y el coste fue extraordinario. Según estimaciones de algunos analistas, el Ejército Popular de Liberación registró en un mes tantas víctimas mortales en la tercera guerra de Vietnam como el de Estados Unidos en los años más duros de la segunda.[54]

Sin embargo, la idea preconcebida se

basa en un malentendido sobre la estrategia china. Independientemente de los defectos en su ejecución, la campaña china reflejó un serio análisis estratégico a largo plazo. En las explicaciones que dieron los dirigentes de Pekín a sus homólogos de Washington, hablaron de la consolidación del poder vietnamita respaldado por los soviéticos en Indochina como de un paso crucial en el «despliegue estratégico» de la Unión Soviética en todo el mundo. Los soviéticos ya habían concentrado tropas en Europa oriental y a lo largo de la frontera septentrional china. En aquellos momentos, advertían los chinos, Moscú

«empezaba a conseguir bases» en Indochina, en África y en Oriente Próximo.[55] Si llegaba a consolidar su posición en estas zonas, controlaría unos recursos energéticos vitales y sería capaz de bloquear las rutas marítimas, en particular el estrecho de Malaca, que conecta el océano Pacífico con el Índico. Con ello, en un conflicto futuro, Moscú contaría con la iniciativa estratégica. En un sentido más amplio, la guerra fue el resultado del análisis por parte de Pekín de la idea del *shi* de Sun Tzu: la tendencia y la «energía potencial» del panorama estratégico. Deng tenía como objetivo poner freno y, a ser posible, cambiar radicalmente lo

que consideraba una dinámica inaceptable en la estrategia soviética.

China alcanzó la meta en parte por su audacia militar, pero también por haber llevado a Estados Unidos a una estrecha colaboración inaudita hasta entonces. Los líderes chinos habían dirigido la tercera guerra de Vietnam llevando a cabo un meticuloso análisis de sus opciones estratégicas, una ejecución audaz y con una hábil diplomacia. A pesar de contar con todo ello, China, de no haber sido por la colaboración de Estados Unidos, no habría sido capaz de «tocar el trasero del tigre».

La tercera guerra de Vietnam marcó el inicio de la colaboración más estrecha

entre China y Estados Unidos durante la guerra fría. Dos desplazamientos a China de emisarios estadounidenses marcaron el extraordinario nivel de actuación conjunta. El vicepresidente Walter «Fritz» Mondale se desplazó a China en agosto de 1979 con el objetivo de establecer la diplomacia posterior a la visita de Deng, en especial con respecto a Indochina. Se trataba de un problema complejo en el que entraban en serio conflicto las consideraciones estratégicas y morales. Estados Unidos y China coincidían en que por el interés de sus países debían evitar la creación de una federación indochina controlada por Hanoi. Ahora bien, la única parte de

Indochina que seguía en disputa era Camboya, que había sido gobernada por el abominable Pol Pot, quien había asesinado a millones de compatriotas. Los jemeres rojos constituían la parte mejor organizada de la resistencia antivietnamita de Camboya.

Carter y Mondale demostraron un gran respeto por los derechos humanos en su mandato; en efecto, en su campaña el presidente atacó a Ford por no haber prestado suficiente atención al citado tema.

Deng había hablado de la ayuda a la guerrilla camboyana contra el invasor vietnamita durante una conversación privada que mantuvo con Carter sobre el

ataque a Vietnam. Según el informe oficial: «El presidente preguntó si los tailandeses aceptarían transmitir la información a los camboyanos. Deng respondió afirmativamente y dijo que estaba pensando en armamento ligero. Los tailandeses iban a enviar a un alto cargo a la frontera entre Tailandia y Camboya para mantener más seguridad en las comunicaciones».[56] La colaboración *de facto* entre Washington y Pekín respecto a la ayuda a Camboya a través de Tailandia tuvo el efecto práctico de echar una mano de forma indirecta a lo que quedaba de los jemeres rojos. Las autoridades estadounidenses procuraron insistir ante

Pekín sobre el hecho de que Estados Unidos «no podía apoyar a Pol Pot» y se tranquilizaron ante la corroboración de que Pol Pot ya no controlaba a los jemeres rojos. Esta forma de acallar la conciencia no cambió la realidad de que Washington proporcionaba apoyo material y diplomático a la «resistencia camboyana» de tal forma que la administración tenía que estar al corriente de que beneficiaba a los jemeres rojos. Los sucesores de Carter de la administración de Reagan siguieron la misma estrategia. Sin duda, los dirigentes estadounidenses contaban que si se imponía la resistencia camboyana, ellos o sus sucesores se

opondrían luego a los jemeres rojos que seguían en su interior: en efecto, lo que sucedió tras la retirada de Vietnam diez años más tarde.

Los ideales de Estados Unidos tropezaron con los imperativos de la realidad geopolítica. No fue el cinismo, ni mucho menos la hipocresía, lo que fraguó esta actitud: la administración de Carter tuvo que escoger entre necesidades estratégicas y convicción moral. Decidieron que para llevar adelante finalmente las convicciones morales primero tenían que imponerse en la lucha geopolítica. Los dirigentes de Washington se enfrentaron al dilema del arte de gobernar. Los líderes no

pueden escoger las opciones que les ofrece la historia, y mucho menos decidir que sean inequívocas.

La visita del secretario de Defensa Harold Brown marcó un nuevo hito en la colaboración entre China y Estados Unidos, algo inimaginable unos años antes. Deng le dio la bienvenida con estas palabras: «Su llegada tiene en sí una importancia extraordinaria por el hecho de ser usted el secretario de Defensa».[57] Unos cuantos veteranos de la administración de Ford captaron la insinuación sobre la invitación al secretario Schlesinger, que se malogró cuando Ford le destituyó.

El punto principal de la agenda era la

definición de las relaciones militares de Estados Unidos con China. La administración de Carter había llegado a la conclusión de que para el equilibrio mundial y la seguridad nacional de Estados Unidos era importante aumentar la capacidad tecnológica y militar de China. El secretario Brown dijo: «Washington distingue entre la Unión Soviética y China». Y explicó que estaban dispuestos a transferir a China una tecnología militar que no pondrían a disposición de los soviéticos.[58] Por otra parte, Estados Unidos estaba dispuesto a vender «equipo militar» a China (como material de vigilancia y vehículos), no así «armas». Tampoco iba a interferir en

las decisiones de los aliados de la OTAN sobre la venta de armamento a China. Como explicó el presidente Carter en sus instrucciones a Brzezinski:

> Estados Unidos no se opone a la actitud más abierta que adoptan nuestros aliados respecto al comercio con China en campos tecnológicos delicados. Nos interesa una China fuerte y segura y reconocemos y respetamos este interés.[59]

China finalmente no fue capaz de salvar a los jemeres rojos ni de obligar a Hanoi a retirar sus tropas de Camboya durante diez años más. Tal vez al darse cuenta de ello, Pekín se marcó los objetivos de guerra en unos términos

mucho más limitados. A pesar de todo, consiguió que Vietnam lo pagara muy caro. La diplomática China en el sudeste asiático trabajó con gran determinación y habilidad para aislar a Hanoi antes, durante y después de la guerra. China mantuvo una importante presencia militar a lo largo de la frontera, conservó una serie de territorios en pugna y siguió con la amenaza de dar «una segunda lección» a Hanoi. Vietnam se vio obligado durante años a mantener unas fuerzas considerables en la frontera septentrional para defenderse de otro posible ataque de China.[60] Tal como dijo Deng a Mondale en agosto de 1979:

¿Dónde va a encontrar suficiente fuerza de trabajo un país de estas dimensiones para mantener una fuerza de intervención permanente de más de un millón? Una fuerza de intervención permanente de un millón requiere mucho apoyo logístico. Actualmente dependen de la Unión Soviética. Según determinadas estimaciones, consiguen dos millones de dólares al día de la Unión Soviética, otras cifran la ayuda en dos millones y medio de dólares. […] Con ello van a aumentar los problemas y conseguir que la carga de la Unión Soviética se haga cada vez más pesada. Las cosas se irán complicando. Con el tiempo, los vietnamitas se darán cuenta de que la Unión Soviética no puede satisfacer todas sus peticiones. Entonces quizá surja una nueva situación.[61]

En efecto, esta situación se produjo diez años después, cuando el desmoronamiento de la Unión Soviética y el fin del apoyo económico de este país llevó a la reducción del despliegue vietnamita en Camboya. Por fin, en un período de gran dificultad para las sociedades democráticas, China logró buena parte de sus objetivos estratégicos en el sudeste asiático. Deng tuvo suficiente capacidad de maniobra para frustrar el dominio soviético en esta región y en la del estrecho de Malaca.

La administración de Carter llevó a cabo un número de equilibrismo con el que mantuvo una opción sobre la Unión Soviética a través de las negociaciones

sobre limitaciones de armas estratégicas, al mismo tiempo que basaba su política asiática en la afirmación de que Moscú seguía siendo el principal adversario estratégico.

Quien perdió definitivamente en el conflicto fue la Unión Soviética, cuyas ambiciones en el ámbito mundial habían causado alarma en todo el planeta. Un aliado soviético había sido atacado por el enemigo más claro y estratégicamente más definido de esta superpotencia y el agresor estaba orquestando la agitación de cara a una alianza de contención contra Moscú: todo ello al cabo de un mes de haberse establecido la alianza soviético-vietnamita. Visto en

retrospectiva, se comprende que la relativa pasividad de Moscú respecto a la tercera guerra de Vietnam podía interpretarse como un síntoma de la decadencia de la Unión Soviética. Uno se pregunta si la decisión que tomó un año después esta superpotencia, la de intervenir en Afganistán, no fue impulsada en parte por un intento de compensar su falta de efectividad en el apoyo a Vietnam contra la ofensiva china. Sea como sea, en las dos situaciones, los soviéticos no fallaron en el cálculo porque no se dieron cuenta de hasta qué punto había cambiado la correlación de fuerzas contra ellos. Así pues, la tercera guerra de Vietnam puede

considerarse otro ejemplo en el que los estadistas chinos consiguieron unos objetivos estratégicos generales a largo plazo sin contar con un estamento militar comparable al de sus adversarios. Si bien no puede contarse como victoria moral el respiro proporcionado a lo que quedaba de los jemeres rojos, China logró sus objetivos geopolíticos más amplios respecto a la Unión Soviética y a Vietnam, que contaban con ejércitos mejor preparados y equipados que el de China.

La ecuanimidad frente a unas fuerzas materialmente superiores es una idea arraigada en el pensamiento estratégico chino, como se demuestra en la decisión

de Pekín de intervenir en la guerra de Corea. En uno y otro caso, las decisiones chinas apuntaban a lo que sus dirigentes percibían como un peligro reciente: la consolidación de las bases de una potencia hostil en distintos puntos de la periferia del país. Tanto en el caso de Corea como en el de Vietnam, en Pekín estaban convencidos de que la potencia hostil llevaría a cabo su plan, de que China quedaría cercada y en un estado de desprotección permanente. De esta forma, el adversario podría emprender la guerra en el momento que decidiera, y la conciencia de la ventaja le permitiría actuar, como dijo Hua Guofeng al presidente Carter en su

reunión en Tokio, «sin escrúpulos».[62] Por consiguiente, una cuestión aparentemente regional —en el primer caso, el rechazo de Estados Unidos por parte de Corea del Norte; en el segundo, la ocupación vietnamita de Camboya— se consideró «el foco de las luchas del mundo» (como Zhou describió Corea).[63]

Ambas intervenciones situaron a China contra una potencia más fuerte que puso en peligro su seguridad; cada una de ellas, no obstante, lo hizo en el terreno y en el momento que decidió Pekín. El viceprimer ministro Geng Biao dijo posteriormente a Brzezinski: «El apoyo de la Unión Soviética a Vietnam

es un elemento de su estrategia mundial. No va dirigido tan solo a Tailandia, sino también a Malaisia, Singapur, Indonesia y a los estrechos de Malaca. Si triunfaran, la ASEAN recibiría un golpe mortal e incluso se destruirían las vías de Japón y Estados Unidos. Nosotros tenemos la obligación de hacer algo en este sentido. Puede que no contemos con suficiente capacidad para hacer frente a la Unión Soviética, pero sí a Vietnam».[64]

No eran cuestiones sencillas: China lanzaba sus tropas hacia una de las batallas más costosas y sufría un número de bajas que no habría podido soportar el mundo occidental. En la guerra chino-

vietnamita, el Ejército Popular de Liberación parece que llevó adelante sus tareas con muchas deficiencias, lo que incrementó el número de víctimas en su bando. Así y todo, en ambas intervenciones se consiguieron notables metas estratégicas. En dos momentos cruciales de la guerra fría, Pekín supo aplicar con éxito la doctrina de prevención disuasiva. En Vietnam consiguió poner al descubierto los límites del compromiso soviético de defensa con Hanoi y, lo más importante, todo su alcance estratégico. China estaba dispuesta a arriesgarse a librar una guerra con la Unión Soviética para demostrar que no le intimidaba la

presencia de este país en su flanco meridional.

Lee Kuan Yew, primer ministro de Singapur, resumió el resultado de la guerra: «La prensa occidental consideró un fracaso la acción punitiva de los chinos. Yo considero que cambió la historia de Asia oriental».[65]

14
Reagan y la llegada de la normalidad

Uno de los obstáculos que tuvo que afrontar la continuidad en la política exterior estadounidense fue la extraordinaria naturaleza de sus periódicos cambios de gobierno. A raíz de los límites del mandato, cada ocho años se sustituye como mínimo hasta el último cargo en el entorno del presidente, un cambio de personal que

afecta hasta el nivel de subsecretario adjunto y puede llegar a implicar a cinco mil puestos clave. Con el relevo ya hecho, los sucesores tienen que pasar por unos largos procesos de investigación. En la práctica, durante los primeros nueve meses de cada nueva administración se produce un vacío durante el cual es imprescindible improvisar o actuar bajo recomendación del personal restante mientras el recién incorporado se prepara para ejercer su propia autoridad. El período inevitable de aprendizaje se complica por el deseo de la nueva administración de legitimar su subida al poder alegando que todos los problemas heredados son

consecuencia de los errores políticos de su predecesor y no dificultades inherentes; se considera que tienen fácil solución y, además, en un período finito. La continuidad de la política se convierte en una consideración secundaria, cuando no en una molesta reivindicación. Teniendo en cuenta que los nuevos presidentes acaban de resultar vencedores en una campaña electoral, es natural que sobrestimen el grado de flexibilidad que permiten las circunstancias objetivas o que cuenten excesivamente con su poder de persuasión. Los países que confían en la política estadounidense sufren el perpetuo psicodrama de las transiciones

democráticas en forma de una invitación constante a minimizar los riesgos.

Todas estas tendencias constituían entonces un desafío especial para las relaciones con China. Como demuestran estas páginas, en los primeros años de acercamiento entre Estados Unidos y la República Popular de China se dio un período de descubrimiento mutuo. Las últimas décadas, sin embargo, dependieron mucho de la capacidad de ambos países de confluir en las posturas sobre la situación internacional.

Armonizar los imponderables es tarea harto difícil cuando se produce un movimiento constante en el liderazgo. En este caso, tanto China como Estados

Unidos vivieron cambios espectaculares en la dirección de sus países durante la década de 1970. En los capítulos anteriores se han descrito las transiciones chinas. En Estados Unidos, el presidente que abrió la puerta a las relaciones con China dimitió al cabo de dieciocho meses, si bien el grueso de la política exterior siguió su curso.

La administración de Carter representó el primer cambio de partidos políticos para la dirección china. Habían oído declaraciones de Carter como candidato en las que prometía una transformación de la política exterior estadounidense y la vía de una nueva apertura, así como un énfasis mayor en

la cuestión de los derechos humanos. Sobre China, en cambio, había hablado poco. Hubo cierta inquietud en Pekín sobre si Carter mantendría el carácter «antihegemónico» de la relación establecida.

Carter y sus principales asesores, sin embargo, reafirmaron los principios básicos de la relación, incluyendo los que hacían referencia a Taiwan, que había dado por sentados Nixon en su visita a Pekín. Por otra parte, la llegada de Deng y el fin de la Banda de los Cuatro confirió una nueva dimensión pragmática al diálogo entre China y Estados Unidos.

Aún no se había establecido el

diálogo estratégico más laborioso entre los dos países cuando otro cambio en las administraciones llevó al poder por victoria abrumadora a un presidente republicano. Para China, la nueva presidencia representó una perspectiva preocupante. Ronald Reagan era un personaje difícil de analizar, incluso para los meticulosos investigadores chinos. No encajaba en ninguna de las categorías establecidas. Aquel célebre actor y presidente del Screen Actors Guild que quiso destacar en política representaba un tipo de conservadurismo estadounidense diametralmente opuesto al del retraído y cerebral Nixon o al del sereno Ford del

Medio Oeste. Ronald Reagan, empedernidamente optimista sobre las posibilidades de Estados Unidos en una época de crisis, atacó el comunismo, como no había hecho ningún alto mando estadounidense desde John Foster Dulles, tildándolo de mal a erradicar en un período finito de tiempo, en lugar de verlo como una amenaza que había que contener de generación en generación. Centró, sin embargo, su crítica al comunismo casi solo en la Unión Soviética y sus satélites. En 1976, Reagan había hecho campaña contra Gerald Ford por la nominación a la presidencia republicana atacando la política de distensión con la Unión

Soviética, pero en general se dejó en el tintero la crítica al acercamiento a China. La censura de Reagan de las intenciones soviéticas —que reemprendió con redoblado vigor en la campaña de 1980— tenía mucho en común con los discursos de Deng ante las autoridades de Estados Unidos desde su vuelta del exilio. En el caso de Reagan, no obstante, la crítica iba emparejada al sólido compromiso personal respecto al orden político imperante en Taiwan.

En octubre de 1971, Nixon había animado a Reagan, entonces gobernador de California, para que visitara Taiwan como emisario especial para dejar claro

que la mejora de las relaciones entre Washington y Pekín no había alterado el interés básico estadounidense por la seguridad de Taiwan. Reagan abandonó la isla con unas cálidas muestras de afecto ante los dirigentes y un compromiso profundo sobre las relaciones de los pueblos estadounidense y taiwanés. Posteriormente, mientras dejaba de pronto de poner en cuestión la actitud de desafiar el entendimiento con Pekín, empezó a mostrarse muy crítico con la iniciativa de la administración de Carter de cortar los vínculos diplomáticos formales con Taipei y degradar la embajada estadounidense en Taiwan,

reduciéndola a una «organización estadounidense» extraoficial. En su campaña presidencial de 1980 contra Carter, afirmó que en la administración de Reagan no habría «más Vietnams», «más Taiwans» y «más traiciones».

Técnicamente, la embajada de Taipei había sido la embajada estadounidense en China; la decisión de Estados Unidos, que cristalizó durante la administración de Carter, de trasladar dicha embajada a Pekín, constituyó un reconocimiento tardío de que los nacionalistas ya no estaban en condiciones de «recuperar el continente». Las palabras de Reagan llevaban implícita la crítica de que los estadounidenses tenían que haber

mantenido la embajada en Taipei como parte de la solución de las dos Chinas, en la que se reconocieran uno y otro lado del estrecho de Taiwan como estados aparte e independientes. Sin embargo, esto fue lo único que Pekín, en sus negociaciones con las administraciones de Nixon, Ford y Carter (y con todos los demás gobiernos que negociaron los términos de reconocimiento diplomático), se negó firme y sistemáticamente a tener en cuenta.

Así pues, Ronald Reagan encarnó la ambigüedad estadounidense imperante. En su mandato coexistieron el firme compromiso respecto a la nueva

relación y un claro remanente de apoyo emocional a Taiwan.

Uno de los puntos básicos de Reagan fue la defensa de las «relaciones oficiales» con Taiwan, a pesar de que nunca explicó públicamente lo que significaba aquello. Durante la campaña presidencial de 1980, Reagan optó ir por la cuadratura del círculo. Mandó a George H.W. Bush, su candidato a la vicepresidencia, a Pekín, donde se había distinguido como jefe de la Oficina de Enlace de Estados Unidos, que funcionaba en lugar de la embajada. Bush dijo a Deng que Reagan no pretendía dar a entender que aprobaba las relaciones diplomáticas con Taiwan,

ni tenía intención de avanzar hacia la solución a dos Chinas.[1] La gélida respuesta de Deng —sin duda, influenciada por el hecho de que Reagan repitiera su defensa de las relaciones formales con Taiwan mientras Bush se encontraba en Pekín— llevó a Reagan a plantearme, en septiembre de 1980, que actuara como intermediario para transmitir de su parte un mensaje similar, algo más detallado, al embajador chino, Chai Zemin. Una ingente tarea.

En una reunión con Chai en Washington, afirmé que, a pesar de la oratoria de su campaña, el candidato Reagan pretendía mantener los

principios generales de colaboración estratégica entre Estados Unidos y China establecidos durante las administraciones de Nixon, Ford y Carter, resumidos en el comunicado de Shanghai y en el de 1979, que anunciaba la normalización de las relaciones diplomáticas. En concreto, Reagan me pidió que le transmitiera que no iba a seguir con la política de las dos Chinas, ni con la de «una China, un Taiwan». Añadí que estaba convencido de que el embajador y su gobierno habían estudiado la carrera del gobernador Reagan, y de que con ello sabrían que contaba con muy buenos amigos en Taiwan. Intenté poner la información en

un contexto humano y aduje que Reagan no podía abandonar a los amigos personales, que los dirigentes chinos le perderían el respeto si lo hacía. Ahora bien, como presidente, Reagan seguiría con el compromiso del marco de relaciones existentes entre Estados Unidos y la República Popular, que constituía la base de la acción entre ambos países para evitar la «hegemonía» (es decir, el dominio soviético). Dicho de otra forma, Reagan, como presidente, apoyaría a sus amigos, pero también respaldaría los compromisos estadounidenses.

No puede decirse que el embajador chino acogiera mis palabras con

desbordante entusiasmo. Consciente de los sondeos que pronosticaban la victoria de Reagan en noviembre, no se arriesgó a expresar su opinión.

La venta de armas a Taiwan y el tercer comunicado

La primera fase de la administración de Reagan quedó marcada por su fe en que la persuasión iba a salvar el abismo existente entre dos posturas aparentemente incompatibles. En la práctica, sin embargo, ambas posturas se llevaron adelante de forma simultánea. La cuestión reclamaba cierta urgencia,

pues la normalización primaba sobre la resolución definitiva de la situación legal de Taiwan. Carter había declarado que Estados Unidos pretendía seguir suministrando armas a Taiwan. Deng, impaciente por completar el proceso de normalización y poder así enfrentarse a Vietnam como mínimo con la apariencia de contar con el apoyo de Estados Unidos, avanzó en el campo de la normalización, dejando a un lado, en efecto, la declaración unilateral de Carter sobre suministro de armas. Entretanto, en 1979 el Congreso estadounidense respondió al abandono paulatino de la presencia diplomática oficial estadounidense en Taipei

aprobando la Ley de Relaciones con Taiwan. Con ella se perfiló un marco para los vínculos económicos, culturales y de seguridad firmes y continuos entre Estados Unidos y Taiwan y se declaró que «Estados Unidos pondría al alcance de Taiwan los elementos y servicios de defensa que hicieran falta para mantener una capacidad de autodefensa suficiente».[2] En cuanto la administración de Reagan tomó posesión del cargo, los dirigentes chinos plantearon de nuevo la cuestión del suministro de armas a Taiwan, que consideraron un aspecto inconcluso de la normalización, y señalaron las contradicciones internas

estadounidenses. Reagan no disimuló sus deseos de seguir con la venta de armamento a Taiwan, aunque su secretario de Estado, Alexander Haig, estaba en contra. Haig había sido mi ayudante en la Casa Blanca de Nixon cuando se planificaba la visita secreta de 1971. Él fue quien dirigió el equipo técnico que propuso la visita de Nixon, durante la cual tuvo una importante conversación con Zhou. Haig, como miembro de la generación que había vivido el comienzo de la guerra fría, era plenamente consciente de hasta qué punto la entrada de China en la órbita antisoviética modificaba el equilibrio estratégico. Haig consideró que había

que dar la máxima prioridad, como avance importantísimo, al posible papel de China como aliado estadounidense *de facto*. Así pues, buscó la fórmula para llegar a un entendimiento con Pekín de manera que Estados Unidos pudiera suministrar armas tanto a China como a Taiwan.

Aquel plan no benefició a ninguna de las partes. Reagan no iba a admitir formalmente la venta de armas a China y Pekín no contemplaría un canje de principios por equipo militar. La situación amenazaba con descontrolarse. Tras arduas negociaciones en el seno del gobierno de Estados Unidos y con sus homólogos en Pekín, Haig logró un

acuerdo que permitía a ambas partes aplazar la resolución final y establecer mientras tanto un rumbo para el futuro. El hecho de que Deng diera el visto bueno a algo tan indefinido y parcial demuestra la importancia que tenía para él el mantenimiento de unas relaciones estrechas con Estados Unidos (así como su confianza en Haig).

El llamado tercer comunicado, del 17 de agosto de 1982, se ha convertido en una pieza de la estructura básica de la relación entre Estados Unidos y China, corroborada con regularidad como parte del santificado lenguaje de las conversaciones y comunicados conjuntos subsiguientes al más alto

nivel. Es curioso que el tercer comunicado adquiriera tal categoría, junto con el comunicado de Shanghai de la visita de Nixon y el acuerdo de normalización del período de Carter. Cabe decir que se trata de un documento bastante ambiguo y, por consiguiente, una complicada guía para el futuro. Cada una de las partes, igual que antes, reafirmó sus principios básicos: China dejó constancia de su postura de que Taiwan era una cuestión interna de su país en la que los extranjeros no podían intervenir legítimamente; Estados Unidos reiteró su preocupación respecto a una resolución pacífica y llegó a afirmar: «Valoramos la política china de

batallar por una resolución pacífica». Con esta fórmula eludía la afirmación sistemática y repetida con frecuencia por China de que se reservaba la libertad de acción para emplear la fuerza en caso de que se demostrara inviable una resolución pacífica. El párrafo clave significativo referente a la venta de armas a Taiwan establecía:

> El gobierno de Estados Unidos declara que no pretende seguir con una política de venta de armas a Taiwan a largo plazo, que dicha venta de armas no superará, en términos cualitativos ni cuantitativos, el nivel de las suministradas en los últimos años, desde el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y China, y que tiene intención de reducir de forma

gradual las citadas ventas de armas, hasta llegar, en un período de tiempo, a una resolución final. Con esta declaración, Estados Unidos reconoce la clara postura de China sobre el acuerdo total en esta cuestión.[3]

No se definía con precisión ninguno de estos términos; mejor dicho, en realidad ni con precisión ni sin ella. Quedaba abierta la interpretación de la expresión «de forma gradual»; tampoco se especificaba el «nivel» al que se había llegado durante el período de Carter, que tenía que ser el punto de referencia. Si bien Estados Unidos renunciaba a una política a largo plazo sobre la venta de armas, no precisaba

qué entendía por «largo plazo». Y China, a pesar de que volvía a insistir en un arreglo definitivo, ni establecía un tiempo límite ni presentaba amenaza alguna. En el ámbito de cada país, lo urgente era lo que dictaba los límites: China no iba a aceptar el principio de un suministrador de armas extranjero sobre lo que consideraba su propio territorio. La política estadounidense, que había adquirido más relieve tras la aprobación de la Ley de Relaciones con Taiwan por un amplio margen en el Congreso, no permitía ningún recorte en el envío de armas a Taiwan. El hecho de que esta situación siguiera durante cerca de treinta años a partir de los

acontecimientos tratados en estas páginas constituye un homenaje al arte de gobernar de uno y otro país.

Inmediatamente después del tercer comunicado se hizo patente que su significado no era tan obvio para el presidente de Estados Unidos. Él mismo le comentó al editor de la *National Review*: «Diga usted a sus amigos que ni por asomo he cambiado de parecer acerca de Taiwan. Las armas que precisen para defenderse contra los ataques o las invasiones de la China Roja las conseguirán de Estados Unidos».[4] Reagan estaba tan convencido de ello que se puso en contacto con Dan Rather, a la sazón presentador de

Evening News de la CBS, para desmentir unas informaciones según las cuales ya no apoyaba a Taiwan, y declaró: «Yo no he dado marcha atrás. […] Seguiremos proporcionando armas a Taiwan».[5]

Para llevar adelante lo que creía firmemente el presidente, la Casa Blanca negoció en secreto con Taiwan las llamadas seis garantías para limitar la puesta en práctica del comunicado que acababa de firmar con China. En estas garantías se afirmaba que Estados Unidos no había establecido una fecha específica para poner fin a la venta de armas a Taiwan, que no se había comprometido a consultar con Pekín

tales ventas, que no había dado palabra de enmendar la Ley de Relaciones con Taiwan, que no había cambiado de postura en relación con la situación política de Taiwan y que tampoco presionaría a Taipei para que negociara con Pekín, ni se erigiría en mediador.[6] Las garantías se aseguraban con un informe depositado en los archivos del Consejo de Seguridad Nacional, que vinculaba el cumplimiento de las disposiciones del comunicado con la solución pacífica de las diferencias entre la República Popular y Taiwan. La administración interpretó también libremente las estipulaciones de «reducir» y «ventas de armas» a Taiwan

incluidas en el tercer comunicado. A través de transferencias tecnológicas (técnicamente, no «ventas de armas») y de una ingeniosa interpretación del «nivel» de distintos programas de armamento, Washington amplió un programa de apoyo militar a Taiwan cuya duración y esencia al parecer Pekín no había previsto.

Evidentemente, la Ley de Relaciones con Taiwan compromete al presidente; es algo que nunca han reconocido los dirigentes chinos, quienes no aceptan la premisa de que la legislación estadounidense pueda crear una obligación respecto a la venta de armas a Taiwan o condicionar el

reconocimiento diplomático de Estados Unidos a la resolución pacífica en la cuestión de Taiwan. Sería peligroso equiparar la aquiescencia a la circunstancia con el acuerdo de cara a un futuro indefinido. El hecho de que se haya aceptado durante una serie de años un modelo de actuación no evita sus riesgos a largo plazo, como lo demuestra la reacción virulenta de Pekín respecto a la venta de armamento en la primavera de 2010.

La política sobre China y Taiwan del primer mandato de la administración de Reagan fue, por tanto, un estudio de unas contradicciones prácticamente incomprensibles: entre personalidades

enfrentadas, objetivos políticos contrapuestos, garantías contradictorias a Pekín y Taipei e imperativos morales y estratégicos inconmensurables. Reagan daba la sensación de apoyarlo todo al mismo tiempo, y todo por cuestión de una profunda convicción.

A los ojos del erudito o del analista político internacional, la primera aproximación de la administración de Reagan a la República Popular y a Taiwan quebrantaba hasta la última norma fundamental de coherencia política. Pero como ocurrió con otras muchas políticas controvertidas y poco convencionales de su mandato, funcionó

satisfactoriamente en las décadas siguientes.

Lo más destacable de la presidencia de Reagan fue su capacidad de suavizar la controversia afirmando a la vez sus propias convicciones básicamente inalterables. Fueran cuales fuesen las discrepancias, Reagan nunca las convirtió en confrontaciones personales; tampoco transformó sus firmes convicciones ideológicas en campañas que traspasaran los límites de las palabras. Se encontraba, pues, en una posición ideal para salvar los abismos ideológicos partiendo del sentido práctico e incluso de la buena voluntad, como había de demostrar la importante

serie de negociaciones que llevaron a cabo Reagan y su siguiente secretario de Estado, George Shultz, con sus homólogos soviéticos Mijaíl Gorbachov y Eduard Shevardnadze sobre limitaciones en armamento nuclear. Respecto a China, sus dirigentes comprendieron que Reagan había ido tan lejos como le permitían sus convicciones y hasta el límite de lo que podía lograr en el contexto político estadounidense. Y el riguroso análisis de Pekín sobre el contexto internacional le persuadió de que Estados Unidos era aún esencial como contrapeso a la Unión Soviética. Con Reagan controlando una parte significativa del poder militar, los

líderes chinos se decantaron por aceptar, o al menos tomar en consideración, algunas de sus posiciones más desafiantes.

Las aparentes contradicciones establecieron por fin dos pasos: lo que tendría que resolverse inmediatamente y lo que podría dejarse para el futuro. Por lo visto, Deng comprendió que el comunicado establecía una dirección general. Podía abordarse en cuanto la situación hubiera cambiado el contexto que se lo impedía en los comienzos de la administración de Reagan.

Cuando Shultz llegó al Departamento de Estado en 1982, a pesar de las incómodas conversaciones y de los

sentimientos heridos, Estados Unidos, la República Popular y Taiwan llegaron a la década de 1980 habiendo satisfecho en general sus intereses básicos. Pekín tuvo una decepción al comprobar la interpretación del comunicado que hacía Washington; sin embargo, en líneas generales, la República Popular contó con diez años más de ayuda estadounidense mientras desarrollaba su poder económico y militar y su capacidad para ejercer un papel independiente en los asuntos mundiales. Washington consiguió seguir con sus relaciones amistosas con los dos lados del estrecho de Taiwan y colaborar con China en cuestiones básicas

antisoviéticas, como la de compartir información y el apoyo a la insurgencia afgana. Taiwan se situó en una buena posición para negociar con Pekín. Cuando por fin las aguas volvieron a su cauce, el presidente más claramente anticomunista y protaiwanés desde Nixon consiguió establecer una relación de «normalidad» con la República Popular de China sin que se produjera ninguna crisis importante.

CHINA Y LAS SUPERPOTENCIAS: EL NUEVO EQUILIBRIO

El auténtico drama de la década de 1980

no se produjo en las relaciones entre Washington y Pekín, sino en la de cada uno de estos países con Moscú, y su desencadenante fue una serie de cambios significativos en el panorama estratégico.

A la hora de valorar las políticas de China, en general puede excluirse un punto: los dirigentes chinos pasaron por alto una serie de hechos comprobables. Así, cuando China siguió con su lenguaje ambiguo y su interpretación flexible de la cláusula sobre Taiwan del tercer comunicado, lo hizo a buen seguro con la idea de que la colaboración con Estados Unidos iba a satisfacer sus otros objetivos nacionales.

Cuando Ronald Reagan asumió el cargo la ofensiva estratégica iniciada por la Unión Soviética a finales de la década de 1970 aún no había llegado a buen puerto. Durante los años que siguieron al fracaso estadounidense en Indochina, la Unión Soviética y sus aliados habían emprendido una serie de avances sin precedentes (y, prácticamente indiscriminados) en los países en vías de desarrollo: en Angola, Etiopía, Afganistán e Indochina. De todas formas, el acercamiento entre Estados Unidos y China había levantado un importante baluarte contra la expansión. En realidad tomaba cuerpo la línea horizontal que había previsto Mao,

impulsada por las convicciones de Deng y su círculo y por la hábil colaboración de las autoridades estadounidenses y de ambos partidos.

Pero a mediados de la década de 1980, la Unión Soviética tuvo que enfrentarse a una defensa coordinada —y, en muchos casos, a una resistencia activa— en casi todas sus fronteras. En Estados Unidos, Europa occidental y Asia oriental se creó una amplia coalición contra la Unión Soviética en la que participaron prácticamente todos los países industrializados. En el mundo en desarrollo, los únicos aliados con los que seguía contando la Unión Soviética eran los satélites del este de Europa en

los que tenía tropas estacionadas. Mientras tanto, el mundo en desarrollo se mostraba escéptico ante las ventajas de la «liberación» popular por medio de las armas soviéticas y cubanas. En África, Asia y América Latina, las iniciativas expansionistas soviéticas se traducían en costosos estancamientos y en fracasos que no llevaban más que al desprestigio. En Afganistán, la Unión Soviética vivió muchas de las vicisitudes que había sufrido Estados Unidos en Vietnam, en este caso, con el apoyo y la coordinación de Estados Unidos, China, los países del Golfo y Pakistán, que financiaron y prepararon a la resistencia armada. En el propio

Vietnam, el intento de Moscú de llevar a Indochina unida bajo la batuta de Hanoi a la órbita soviética se encontró con un contundente rechazo por parte de China, facilitado por la cooperación estadounidense. Pekín y Washington —como explicó tan gráficamente Deng a Carter— «cortaban» los dedos de los soviéticos. Al mismo tiempo, el desarrollo estratégico estadounidense, en concreto la iniciativa de defensa estratégica propuesta por Reagan, planteó un desafío tecnológico que la economía soviética, estancada y sobrecargada —que aguantaba una carga defensiva tres veces superior a la de Estados Unidos como porcentaje del

PIB respectivo de cada país—, no podía ni pensar en abordar.[7]

En este momento álgido de la colaboración chino-estadounidense, la Casa Blanca de Reagan y los altos mandos chinos hacían aproximadamente la misma valoración de la debilidad soviética, si bien sacaban conclusiones bastante distintas sobre las implicaciones políticas de la nueva situación. Reagan y sus principales colaboradores consideraban que la desorganización soviética constituía una oportunidad para pasar a la ofensiva. Al contar con una importante estructura militar, secundada por una nueva fuerza ideológica, buscaron presionar

financiera y geopolíticamente a la Unión Soviética y lanzarse a la victoria en la guerra fría.

Los líderes chinos, con una idea similar de la debilidad soviética, sacaron una conclusión opuesta: vieron la situación como una invitación al reajuste del equilibrio mundial. A partir de 1969, habían virado hacia Washington con el objetivo de mejorar su precaria situación geopolítica; no tenían interés alguno en el triunfo mundial de los valores estadounidenses y de la democracia liberal occidental que Reagan presentaba como su meta definitiva. Tras haber «tocado el trasero del tigre» en Vietnam, Pekín concluyó

que había resistido la peor amenaza soviética. Había llegado el momento de recuperar más capacidad de maniobra.

Durante la década de 1980, por consiguiente, se evaporó la euforia de la apertura original; se estaban superando los problemas que habían imperado en el pasado reciente de la guerra fría. Las relaciones entre chinos y estadounidenses se habían adaptado a aquella especie de interacción entre las principales potencias que era más o menos rutinaria, con menos altibajos. El principio de la decadencia del poder soviético ejerció una función, si bien los actores principales tanto de la parte estadounidense como de la china se

habían habituado tanto a las pautas de la guerra fría que les costó un tiempo identificarla. La poca respuesta de la Unión Soviética a la invasión china de Vietnam marcó el comienzo de la citada decadencia soviética, fenómeno gradual en un principio que fue acelerándose luego. Las tres transiciones que vivió Moscú —de Leonid Brézhnev a Yuri Andrópov en 1982, de Andrópov a Konstantín Chernenko en 1984 y de Chernenko a Mijaíl Gorbachov en 1985 — significaron como mínimo que la Unión Soviética iba a inquietarse por sus crisis internas. El rearme estadounidense, iniciado en la era de Carter y acelerado en la de Reagan,

alteró poco a poco el equilibrio de poder y obligó a la Unión Soviética a prepararse para intervenir en su periferia.

Se dio la vuelta a la mayor parte de victorias soviéticas de la década de 1970, aunque muchas retiradas no se hicieron efectivas hasta la época de la administración de George H.W. Bush. La ocupación vietnamita de Camboya finalizó en 1990, en 1993 se celebraron elecciones y los refugiados se prepararon para volver a su país; en 1991, las tropas cubanas se retiraron de Angola; también en 1991 se vino abajo el gobierno etíope respaldado por los comunistas; en 1990, los sandinistas

nicaragüenses tuvieron que aceptar unas elecciones libres, un riesgo para el que nunca se había preparado un partido comunista que no estaba en el poder; aunque tal vez lo más importante fue la retirada del ejército soviético de Afganistán en 1989.

Las retiradas soviéticas proporcionaron a la diplomacia china un nuevo margen de maniobra. Los dirigentes de Pekín ya no hablaban tanto de contención militar y empezaban a explorar las posibilidades de una nueva diplomacia con Moscú. Siguieron enumerando tres condiciones para la mejora de las relaciones con los soviéticos: evacuación de Camboya;

finalización de las concentraciones de tropas soviéticas en Siberia y Mongolia, a lo largo de la frontera septentrional china; y evacuación de Afganistán. Estas demandas estaban en proceso de satisfacerse en buena medida gracias a los cambios en el equilibrio de poder que convertían en insostenibles las posiciones avanzadas de los soviéticos y en inevitables las decisiones de retirada. Estados Unidos tuvo garantías de que China no estaba preparada para acercarse a Moscú: los chinos demostraron que dos bandos podían ejercer una diplomacia triangular. En todo caso, las garantías tenían un doble objetivo: afirmaban que se seguía con la

estrategia establecida de evitar la expansión soviética, pero servían también para proporcionar a China cada vez más opciones ante Estados Unidos.

China no tardó en poner en práctica a escala mundial sus nuevas opciones. En una conversación que tuve con Deng en septiembre de 1987 recurrió al nuevo método de análisis respecto a la guerra de Irán contra Irak, ya en su quinto año. Estados Unidos apoyaba a Irak, al menos lo suficiente para evitar que el régimen revolucionario de Teherán lo derrotara. Deng mantenía que a China le hacía falta «margen» para adoptar una «postura más flexible» respecto a Irán, a fin de poder desempeñar un papel más

importante en la diplomacia para acabar con la guerra.

Deng había defendido la idea de la línea horizontal de Mao durante la confrontación con la Unión Soviética. En aquellos momentos volvía al planteamiento de los tres mundos, en el que China se mantenía al margen de la competición entre las superpotencias y en el que la opción de una política exterior independiente iba a permitirle seguir sus preferencias en los tres círculos: el de las superpotencias, el de los países desarrollados y el Tercer Mundo.

Hu Yaobang, protegido de Deng y secretario del Partido, destacó la idea

dominante en política exterior china en el XII Congreso Nacional del Partido Comunista en septiembre de 1982. Su principal disposición fue la vuelta al «China ha plantado cara» de Mao: «China nunca se une a una gran potencia, ni a un grupo de potencias y jamás cede ante la presión de cualquiera de estas».[8] Hu empezó con una perspectiva general en la que hizo a grandes rasgos una valoración crítica de las políticas exteriores estadounidense y soviética y una relación de peticiones de actuación, mediante las cuales cada potencia pudiera demostrar su buena fe. El fracaso a la hora de resolver la cuestión de Taiwan indicaba que «una nube se

había instalado en las relaciones» entre China y Estados Unidos. Las relaciones solo seguirían un curso correcto si Estados Unidos dejaba de inmiscuirse en lo que China consideraba asuntos puramente internos. Mientras tanto, Hu comentó con arrogancia: «Cabe observar que los dirigentes soviéticos han expresado en más de una ocasión el deseo de mejorar las relaciones con China. Pero lo importante son las obras y no las palabras».[9]

China, por su parte, reforzaba su posición en el Tercer Mundo, manteniéndose al margen y, hasta cierto punto, en contra de las dos superpotencias: «Las principales fuerzas

que hacen peligrar hoy en día la coexistencia pacífica entre los países son el imperialismo, la hegemonía y el colonialismo. […] Los pueblos del mundo tienen la importante tarea de oponerse a la hegemonía y defender la paz mundial».[10]

En efecto, China reivindicaba una talla moral única como la potencia «neutral» de mayor envergadura y se situaba por encima de las disputas entre las superpotencias:

> Siempre nos hemos opuesto con firmeza a la carrera armamentística entre las superpotencias, hemos defendido la prohibición del uso de armas nucleares y su completa destrucción y exigido que las

> superpotencias sean las primeras en reducir drásticamente los arsenales nucleares y convencionales. […]
>
> China considera como un deber internacional sagrado la lucha decidida, junto con los demás países del Tercer Mundo, contra el imperialismo, la hegemonía y el colonialismo.[11]

Aquella era la política exterior china tradicional que se presentaba en un congreso del Partido Comunista: autonomía, distancia moral y superioridad, junto con el compromiso de mantener a raya las aspiraciones de las superpotencias.

Un informe de 1984 del Departamento de Estado enviado al presidente Reagan explicaba la postura de China.

por una parte, de apoyo al despliegue militar [estadounidense] contra el expansionismo soviético y, por otra, de ataque a la rivalidad entre las superpotencias como principal causa de la tensión mundial. Así pues, China puede seguir con sus intereses estratégicos en convergencia con Estados Unidos y al mismo tiempo fortalecer sus relaciones con lo que se perfila como un bloque en alza del Tercer Mundo.[12]

Un informe de 1985 de la CIA decía que China «maniobraba en el triángulo», estableciendo unos vínculos más estrechos con la Unión Soviética a través de una serie de reuniones de alto nivel y de intercambios entre partidos comunistas de nivel y frecuencia protocolarias que no se habían

producido desde la ruptura entre chinos y soviéticos. El análisis precisaba que los dirigentes chinos volvían a referirse a sus homólogos soviéticos llamándolos «camaradas» y que calificaban de «socialista» (en oposición a «revisionista») a la Unión Soviética. Los altos mandos chinos y soviéticos celebraban importantes consultas sobre control armamentístico —algo impensable durante los veinte años anteriores— y durante una visita de una semana que efectuó el viceprimer ministro Yao Yilin a Moscú, las dos partes firmaron un acuerdo ejemplar sobre comercio bilateral y cooperación económica.[13]

La idea de los círculos superpuestos era más o menos lo que Mao había ido avanzando hacia el final de su vida. Pero las consecuencias prácticas tenían sus limitaciones. El Tercer Mundo en sí se definía en contraposición a las dos superpotencias. De haberse inclinado definitivamente hacia uno u otro lado, aunque fuera admitiendo en sus filas a una de ellas, habría perdido su situación. A instancias prácticas, China se estaba convirtiendo en una superpotencia, y actuaba como tal ya entonces, cuando sus reformas estaban aún en sus comienzos. En definitiva, el Tercer Mundo solo podía ejercer una influencia importante si se unía a él una

de las superpotencias, lo que, por otro lado, habría llevado al fin de la tipificación como Tercer Mundo. Mientras la Unión Soviética fuera una superpotencia nuclear y las relaciones con esta siguieran siendo precarias, China no tenía incentivos para apartarse de Estados Unidos. (Tras el hundimiento de la Unión Soviética, solo quedaban dos círculos y la cuestión que se planteaba era si China pasaría al lugar que había abandonado la Unión Soviética como contendiente, o bien optaría por la colaboración con Estados Unidos.) La relación chino-estadounidense de la década de 1980 fue, en definitiva, una transición entre el

modelo de la guerra fría y un orden internacional mundial que presentaba nuevos retos a la sociedad creada entre chinos y estadounidenses. Todo ello dando por supuesto que la Unión Soviética seguía constituyendo la principal amenaza para la seguridad.

El responsable de la apertura hacia China, Richard Nixon, veía el mundo de la misma forma. En un informe al presidente Reagan después de una visita privada a China a finales de 1982, Nixon escribió:

> Considero que es de gran interés para nosotros animar a China para que desempeñe una función más importante en el Tercer

Mundo. Cuantos más éxitos cosechen, menos cosechará la Unión Soviética. […]

Lo que nos unió en principio en 1972 fue la preocupación común por el peligro de la agresión soviética. Dado que la amenaza es mucho mayor hoy que en 1972, el principal punto que ha de acercarnos de nuevo en los próximos diez años probablemente será nuestra interdependencia económica.[14]

Nixon siguió insistiendo en que, en los diez años siguientes, Estados Unidos, sus aliados occidentales y Japón deberían trabajar conjuntamente para acelerar el desarrollo económico de China. Tenía en la cabeza el nacimiento de un nuevo orden internacional basado esencialmente en la utilización de la influencia de China para convertir el

Tercer Mundo en una coalición antisoviética. Pero ni siquiera la clarividencia de Nixon abarcaba un mundo en el que la Unión Soviética había fracasado, donde, en una generación, China iba a situarse en una posición en la que gran parte de la salud económica del mundo dependería de sus resultados económicos. O bien un mundo en que se planteara la cuestión de si el ascenso de China llevaría de nuevo a las relaciones internacionales bipolares.

George Shultz, el temible secretario de Estado de Reagan y economista muy preparado, ideó otra concepción estadounidense de los círculos concéntricos, que situaba las relaciones

chino-estadounidenses en un contexto más allá del conflicto entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Shultz defendía que el énfasis desmesurado sobre China como pieza indispensable para abordar la amenaza soviética ofrecía a los chinos una excesiva ventaja para la negociación.[15] Las relaciones debían partir de la base de la estricta reciprocidad. En este contexto diplomático, China ejercería su función por sus propias razones nacionales. La buena voluntad de los chinos nacería de los proyectos en común con intereses conjuntos. El objetivo de la política china tendría que ser la cristalización de estos intereses comunes. Al mismo

tiempo, Estados Unidos se propondría relanzar su alianza con Japón —país al que Mao, unos años antes, había pretendido que las autoridades estadounidenses «dedicaran más tiempo»—, una democracia cercana, y en aquellos momentos, tras décadas de crecimiento rápido después de la Segunda Guerra Mundial, un importante actor en el campo económico. (Unas cuantas décadas de malestar económico habían encubierto que la capacidad económica de Japón en la década de 1980 no solo superaba con creces la de China, sino que muchos analistas consideraban que se encontraba al borde de sobrepasar la de Estados Unidos.)

Esta relación tuvo una nueva base de apoyo en el compañerismo personal que nació entre Reagan y el primer ministro japonés, Yasuhiro Nakasone, o, como se popularizó en los medios de comunicación, «la hora de Ron y Yasu».

Tanto Estados Unidos como China se iban apartando poco a poco de la alineación anterior, en la que se consideraban socios estratégicos enfrentados a una amenaza existencial común. Cuando empezó a desvanecerse la amenaza soviética, China y Estados Unidos pasaron a ser en efecto socios de conveniencia en cuestiones puntuales en las que sus intereses coincidían.

Durante el período de Reagan no

surgieron nuevas tensiones claras y las que procedían de otra época, como el tema de Taiwan, se gestionaron sin dramatismos. Reagan hizo alarde de su característica vitalidad en la visita de Estado que hizo a China, durante la que pronunció incluso frases sacadas de la poesía clásica china y del antiguo manual de adivinación, el *I Ching* o *Libro de las mutaciones*, para describir la relación de colaboración entre estadounidenses y chinos. Después de aprender más chino mandarín que cualquiera de sus predecesores, Reagan incluso fue capaz de atreverse con las expresiones idiomáticas chinas, *tong li he zuo* («unir las fuerzas, trabajar

conjuntamente») y *hu jing hu hui* («respeto mutuo, beneficio mutuo»), para describir la relación entre Estados Unidos y China.[16] De todas formas, Reagan nunca alimentó con sus homólogos chinos las estrechas relaciones que mantuvo con Nakasone —en realidad, ningún presidente de Estados Unidos lo hizo con sus colegas chinos—, y en sus visitas no tuvo importantes asuntos que resolver, por lo que se limitó a revisar la situación mundial. En una ocasión en la que Reagan criticó a una determinada «gran potencia» sin pronunciar su nombre por acumular tropas en las fronteras chinas y amenazar a sus vecinos, los medios de

comunicación chinos omitieron esta parte del discurso.

Hacia el fin de la época de Reagan, Asia vivió la situación más tranquila de su historia en décadas. Medio siglo de guerra y de revolución en China, Japón, Corea, Indochina y el sudeste marítimo del continente había dado paso a un sistema de estados asiáticos que seguían básicamente la configuración del Tratado de Westfalia, es decir, el modelo de estados que nació en Europa después de la guerra de los Treinta Años, en 1648. Dejando a un lado las periódicas provocaciones de la empobrecida y aislada Corea del Norte y la insurgencia contra la ocupación

soviética en Afganistán, Asia era por aquel entonces un mundo formado por estados discretos con gobiernos soberanos, fronteras reconocidas y un acuerdo tácito prácticamente universal de reprimir toda injerencia en la política interior ajena y en las alineaciones ideológicas. Había terminado el proyecto de exportar la revolución comunista, adoptado con determinación por chinos, norcoreanos y norvietnamitas. Se había conservado un equilibrio entre los distintos centros de poder, por un lado debido al agotamiento de las partes y, por otro, a los esfuerzos de Estados Unidos (y, posteriormente, de China) por conseguir

que los contendientes dieran marcha atrás. En este contexto empezaba a echar raíces una nueva era de reforma y prosperidad económica en Asia, que en el siglo XXI podía conseguir que la región recuperara su papel histórico: convertirse de nuevo en el continente más productivo y próspero.

EL PROGRAMA DE REFORMA DE DENG

Lo que Deng denominó «reforma y apertura» no fue solo un empeño económico, sino también espiritual. Implicó, en primer lugar, la estabilización de una sociedad a punto de derrumbarse y, posteriormente, la

búsqueda de la fuerza interna para avanzar con nuevos métodos, de los que no existían precedentes ni en el comunismo ni en la historia de China.

Deng heredó una situación económica casi desesperada. La estructura agrícola colectivizada del país no podía satisfacer siquiera las necesidades de su elevado número de habitantes. El consumo de alimentos per cápita era más o menos el mismo de la primera época de Mao. Un dirigente chino había admitido que cien millones de campesinos chinos —cifra equivalente a cerca de la mitad de los habitantes de Estados Unidos en 1980— no contaban con alimento suficiente.[17] El cierre del

sistema educativo durante la Revolución Cultural había tenido unas consecuencias desastrosas. En 1982, un 34 por ciento de los trabajadores chinos habían recibido solo educación primaria y un 28 por ciento se consideraban «analfabetos o semianalfabetos»; tan solo un 0,87 por ciento de la fuerza de trabajo china poseía formación universitaria.[18] Deng había propuesto un período de rápido crecimiento económico; se encontraba, sin embargo, con la ingente tarea de transformar una población inculta, aislada y en general empobrecida en mano de obra capaz de asumir un papel productivo y

competitivo en la economía mundial y resistir las tensiones ocasionales.

El reto acababa de redondearse con los medios tradicionales con los que contaban quienes emprendían la reforma. El esfuerzo de modernización de China en el que insistía Deng con el objetivo de abrir el país al mundo exterior era parecido al que había llevado al fracaso a los reformadores en su primer intento durante la segunda mitad del siglo XIX. En aquella época, el obstáculo era la poca disposición a abandonar un sistema de vida que los chinos asociaban a lo que definía la identidad específica de su país. En aquellos momentos, la dificultad

estribaba en dar la vuelta a las prácticas con las que habían funcionado todas las sociedades comunistas y mantener al mismo tiempo los principios filosóficos en los que se había basado la cohesión de la sociedad desde la época de Mao.

A principios de la década de 1980, la planificación central seguía siendo el *modus operandi* de todas las sociedades comunistas. Sus fallos estaban claros, pero las soluciones se habían demostrado escurridizas. En un estadio avanzado, los incentivos del comunismo eran contraproductivos, retribuían el estancamiento y desincentivaban la iniciativa. En una economía planificada centralmente, los bienes y servicios se

asignan por decisión burocrática. En un período de tiempo, los precios establecidos por decreto de la administración pierden su relación con los costes. El sistema de fijación de precios se convierte en un medio de arrancar recursos a la población y establecer prioridades políticas. A medida que disminuye el terror por medio del que se estableció la autoridad, los precios se convierten en subvenciones que se transforman en un sistema de ganar apoyo público para el Partido Comunista.

El comunismo reformado fue incapaz de acabar con las leyes de la economía. Alguien tenía que pagar los costes

reales. La planificación central y los precios subvencionados tuvieron como nefasta consecuencia un mantenimiento deficiente, la falta de innovación y el sobreempleo, es decir, el estancamiento y la caída de la renta per cápita.

La planificación central, por otra parte, proporcionaba pocos incentivos que pudieran poner el acento en la calidad o en la innovación. La calidad no se tenía en cuenta, puesto que todo lo que producía un encargado iba a pasar a manos de un ministerio importante. Y la innovación en realidad se desincentivaba por temor a que desbaratara toda la estructura de planificación.

A falta de mercados que equilibraran las prioridades, quien planificaba se veía obligado a imponer criterios más o menos arbitrarios. Así pues, los bienes de consumo deseados no se producían, y los que se producían no interesaban a nadie.

Y lo más importante: el Estado planificado centralmente, en lugar de crear una sociedad sin clases, acababa consagrando la estratificación de clases. Cuando los bienes de consumo se asignaban en lugar de venderse, las recompensas reales se convertían en gratificaciones del cargo: economatos especiales, hospitales, oportunidades educativas para los cuadros. La enorme

discreción en manos de los funcionarios tenía que llevar inevitablemente a la corrupción. Los puestos de trabajo, la educación y la mayor parte de las gratificaciones dependían de algún tipo de relación personal. He aquí una de las ironías de la historia: el comunismo, anunciado como el camino que conducía a la sociedad sin clases, tendía a crear una clase privilegiada de proporciones feudales. Resultó imposible llevar una economía moderna con una planificación central, pero el caso es que un Estado comunista nunca ha funcionado sin planificación central.

La reforma y la apertura de Deng estaban pensadas para superar este

estancamiento inherente. Él y su equipo entraron en la economía de mercado, descentralizaron la toma de decisiones y abrieron el país al mundo exterior: unos cambios sin precedentes. Basaron su revolución en la liberación del talento del pueblo chino, al que la guerra, el dogma ideológico y las graves restricciones en la inversión privada habían limitado la vitalidad económica natural y el espíritu emprendedor.

Deng contó con dos colaboradores importantes en las reformas —Hu Yaobang y Zhao Ziyang—, si bien el último los abandonó cuando intentaban proseguir con los principios de reforma económica en el terreno político.

Uno de los participantes más jóvenes de la Larga Marcha, Hu Yaobang, afloró como protegido de Deng y posteriormente cayó con él durante la Revolución Cultural; cuando Deng volvió al poder, ascendió a Hu a uno de los puestos de mayor relevancia del Partido Comunista, tarea que culminó nombrándolo secretario general. Durante el ejercicio del cargo, Hu destacó por sus ideas relativamente liberales en cuestiones políticas y económicas. Con su estilo directo, fue empujando sistemáticamente sus posturas hasta el límite de lo que el partido y la sociedad estaban dispuestos a aceptar. Fue el primer dirigente del Partido Comunista

al que se vio aparecer normalmente en público con vestimenta occidental; incluso llegó a provocar controversia al sugerir que los chinos abandonaran los palillos y pasaran a comer con tenedor y cuchillo.[19]

Zhao Ziyang, nombrado primer ministro en 1980 y secretario general del Partido Comunista en enero de 1987, promovió la descolectivización agrícola mientras fue secretario del Partido en Sichuan. El éxito que obtuvo al conseguir un claro aumento en el nivel de vida le reportó la aprobación de la China rural, tal como se expresó en un escueto juego de palabras hecho sobre su apellido (casi homónimo de la

expresión china «buscar»): «Si quieres comer cereales, *Zhao* (busca a) Ziyang». Al igual que Hu Yaobang, en política no era ortodoxo. En el momento álgido de la crisis de Tiananmen, Deng le destituyó como secretario general.

Deng y sus colaboradores fueron catapultados al poder sobre todo por su rechazo a la Revolución Cultural. Todos los dirigentes que gobernaban China habían sobrevivido a la degradación, y muchos de ellos a los malos tratos físicos. Las experiencias sobre la Revolución Cultural estaban siempre presentes en las conversaciones de estos líderes. Yo mismo tuve una nostálgica charla con Deng en septiembre de 1982

cuando me encontraba en China en una visita privada:

KISSINGER: Le conocí en abril de 1974, cuando asistió a la 6.ª Asamblea Especial [General de la ONU], y luego con Mao, y no pronunció ni una sola palabra.

DENG: Después, en noviembre de 1974 [en Pekín] fuimos las dos personas que más hablamos, pues entonces Zhou se encontraba en fermo y yo estaba al mando del Consejo de Estado, y en 1975 me ocupaba del funcionamiento del Partido y del gobierno. Solo me quitaron de la circulación durante un año. Pensándolo bien, aquel período de la historia fue muy interesante. Los reveses nos hicieron ver las cosas claras. […] La experiencia que vivimos de 1979 a 1981 demostró que nuestra política era correcta.

Usted llevaba tres años y medio sin venir por aquí. ¿Ha visto algún cambio?

KISSINGER: La última vez que vine —puede deberse a mi ignorancia— tuve la impresión de que el presidente y el Comité Asesor [Deng] tenían muchos adversarios bien situados. […]

DENG: …En el extranjero se preguntan a menudo si en China hay estabilidad política. Para saber si hay estabilidad política en China uno tiene que ver si hay estabilidad política en zonas en las que viven 800 millones de chinos. Hoy en día, los campesinos son felices. Se ha producido también algún cambio en las ciudades, pero no tantos como en el campo… [El pueblo] confía más en las instituciones económicas socialistas y da más crédito al Partido y al gobierno. Esto tiene una importancia trascendental. Antes de la Revolución Cultural, el Partido y el gobierno tenían un

gran prestigio, pero el prestigio lo destruyó la Revolución Cultural.

No había experiencia de la que echar mano para la tarea de la reforma. Cuando volví en 1987, Zhao Ziyang me avanzó un programa que iban a presentar al Congreso del Partido aquel octubre. Subrayó que China se encontraba en un largo y complicado camino en el que se combinaba capitalismo y socialismo:

Una de las preguntas clave que se formulan es la de cómo racionalizar la relación entre socialismo y fuerzas de mercado. El informe planteará que en la planificación para el socialismo hay que incluir la utilización de las fuerzas del mercado y no excluirlas. Desde la época de

[John Maynard] Keynes, todos los países, incluyendo los capitalistas, han practicado algún grado de interferencia gubernamental en las actividades económicas. Estados Unidos y Corea del Sur nos ofrecen ejemplos de ello. Los gobiernos regulan, ya sea a través de la planificación o del mercado; China utilizará los dos métodos. Las empresas recurrirán a las fuerzas del mercado y el Estado guiará la economía a través de las políticas macroeconómicas. Se planificará también cuando sea necesario, pero la regulación del futuro por medio de la planificación será un medio y no se considerará la auténtica naturaleza del socialismo.

A fin de alcanzar estos objetivos, Deng iba a avanzar poco a poco. Para utilizar términos chinos, los dirigentes

iban a «cruzar el río palpando las piedras», trazando un camino en parte sobre la base de lo que había funcionado. La revolución permanente de Mao se proyectaba, en efecto, con visiones de transformación utópica. Los dirigentes chinos no iban a permitir que la ideología limitara sus reformas; por el contrario, redefinirían el «socialismo con características chinas», de forma que las «características chinas» fueran las que llevaran una mayor prosperidad a China.

Para facilitar el proceso, China acogió la inversión extranjera, en parte a través de las Zonas Económicas Especiales de la costa, donde se daba un

mayor margen a las empresas y se concedían condiciones especiales a los inversores. Dada la anterior experiencia negativa de China con los «inversores extranjeros» en la costa en el siglo XIX —y la destacada función ejercida por esta experiencia en la historia nacionalista china—, se trataba de una iniciativa muy audaz. Por otro lado, demostraba una voluntad —hasta cierto punto, inaudita— de abandonar la ancestral visión de autonomía económica china entrando a formar parte del orden económico internacional. En 1980, la República Popular de China se había incorporado al FMI y al Banco

Mundial y ya empezaban a circular por el país los créditos extranjeros.

A partir de ese momento llegó la descentralización sistemática. Se abandonaron las comunas agrícolas con la promoción de los denominados centros de responsabilidad, que en realidad practicaban la agricultura familiar. En cuanto a otras empresas, se estableció una distinción entre propiedad y gestión. La propiedad seguiría en manos del Estado; la gestión se dejaba en general a los administradores. Los acuerdos entre las autoridades y los administradores definirían la función de cada cual, con amplios márgenes para estos.

Dichos cambios tuvieron unos resultados espectaculares. Entre 1978 —año en el que se promulgaron las primeras reformas económicas— y 1984 se duplicaron los ingresos de los campesinos. El sector privado, empujado por la renovación de los incentivos económicos particulares, se disparó y pasó a alcanzar casi un 50 por ciento de la producción industrial bruta en una economía básicamente dirigida por decreto gubernamental. El producto interior bruto chino aumentó en una media de más del 9 por ciento anual durante la década de 1980, un período sin precedentes, casi ininterrumpido, de crecimiento económico que todavía

sigue al escribir estas páginas.[20]

Un esfuerzo de tal alcance dependía, sobre todo, de la calidad personal de las autoridades encargadas de llevar a cabo las reformas. Este fue el tema de una conversación que tuve con Deng en 1982. En respuesta a mi pregunta de si la renovación del personal seguía la dirección deseada, Deng respondió:

DENG: En efecto, creo que puede decirse así. Pero aún no ha termina do. Hay que seguir. El problema agrícola no está resuelto. Debemos tener paciencia. Hace dos años asignamos cargos de primera fila al primer ministro Zhao Ziyang y a Hu Yaobang. Tal vez se ha dado cuenta de que el 60 por ciento de los miembros del comité del Partido no

han cumplido los sesenta, y que muchos están en la franja de los cuarenta.

KISSINGER: Me he percatado de ello.

DENG: Y esto no basta. Tenemos que arreglárnoslas para la vuelta de los camaradas de antes. Por ello hemos creado la Comisión Asesora. Yo mismo me propuse para presidente de esta comisión. Significa que deseo abandonar poco a poco los puestos oficiales y situarme como asesor.

KISSINGER: Me he fijado en que algunos que son mayores que el presidente no han entrado en la Comisión Asesora.

DENG: Es porque el partido es muy viejo. Y hace falta mantener a algunos ancianos en primera línea. Pero el problema se resolverá poco a poco.

KISSINGER: He oído decir que el problema de la Revolución Cultural venía de que muchos se convertían en cuadros sin tener la for

mación de rigor. ¿En realidad es un problema y habrá forma de solucionarlo?

DENG: Efectivamente. El criterio que seguimos para seleccionar a los cuadros responsables es el siguiente: tienen que ser revolucionarios. Tienen que ser más jóvenes. Con una mejor formación. Con mayor competencia profesional. Como dije, el XII Congreso del Partido Comunista, aparte de demostrar la continuidad de las nuevas políticas, aseguró además continuidad, y los acuerdos personales también han garantizado la continuidad.

Cinco años después, Deng seguía con la preocupación de renovar el Partido. En septiembre de 1987 me comunicó lo que tenía pensado para el próximo Congreso del Partido, previsto para

octubre. Se presentó bronceado, relajado, con el mismo vigor de siempre a sus ochenta y tres años y me dijo que le gustaría que el Congreso llevara este título: «Conferencia para la reforma y la apertura al mundo exterior». Zhao Ziyang conseguiría el puesto clave de secretario general del Partido Comunista en sustitución de Hu Yaobang y habría que buscar un nuevo primer ministro. Hu Yaobang había «cometido algunos errores», según Deng —probablemente, el de haber permitido que una serie de protestas estudiantiles llegaran demasiado lejos en 1986—, pero seguiría en el Politburó (un cambio respecto a períodos anteriores, en los

que a quienes se destituía de un alto cargo se apartaba asimismo del proceso político). Ningún miembro del Comité Permanente (el comité ejecutivo del Partido Comunista) mantendría una función doble, lo que aceleraría el paso de la transición hacia la próxima generación de altos mandos. El resto de los «veteranos» se retirarían.

Explicó que él mismo pasaría de las reformas económicas a las reformas estructurales políticas. Según Deng, sería algo mucho más complicado que la reforma económica, porque «implicaría intereses de millones de personas». Se produciría un cambio en las divisiones del trabajo entre el Partido Comunista y

el gobierno. Muchos miembros del Partido cambiarían de ocupación cuando los gestores profesionales se ocuparan de las Secretarías del Partido.

Pero ¿dónde se encontraba la línea que separaba la acción política de la administración? Deng respondió que de las cuestiones ideológicas se ocuparía el Partido y de la política operativa los gestores. Cuando se le pidió un ejemplo, precisó que un cambio de alianzas hacia la Unión Soviética sería claramente una cuestión ideológica. Tras una serie de conversaciones con él, decidí que aquel no sería un tema frecuente. Reflexionándolo más a fondo, me pregunto si al plantear una idea tan

impensable un tiempo antes, Deng no estaba insinuando que China valoraba la vuelta a una mayor libertad de maniobra diplomática.

Lo que Deng proponía en el ámbito político no tenía precedentes en la experiencia comunista. Parecía apuntar que el Partido Comunista mantendría una función supervisora en la economía y la estructura política del país. Pero se apartaría con firmeza de la postura anterior de controlar cada uno de los aspectos de la vida cotidiana china. Se darían más alas a las iniciativas individuales. Estas reformas de amplio alcance, proseguía Deng, se iban a llevar a cabo «de forma ordenada».

China había logrado la estabilidad y, en palabras del dirigente comunista: «Así debe seguir si quiere desarrollarse». Su gobierno y el pueblo «recordaban el caos de la Revolución Cultural» y no permitirían que volviera a producirse. Las reformas de China «no tenían precedentes»; aquello iba a significar inevitablemente que «se cometerían algunos errores». La amplia mayoría del pueblo apoyaba las reformas, decía Deng, pero para garantizar su éxito hacía falta «valor» y «prudencia».

15
Tiananmen

Al final resultó que tales cuestiones no eran abstractas: Deng no tardó en verse enfrentado a las tensiones inherentes a un programa de reforma «ordenada». Mientras gran parte del mundo se maravillaba ante el crecimiento económico de China, ante las decenas de miles de estudiantes que el país mandaba al extranjero y los cambios de estilo de vida que se producían en él,

surgían claras señales de que en el fondo nacían nuevas corrientes.

En los primeros estadios del proceso de reforma solían mezclarse los problemas de planificación con los del mercado. El intento de conseguir que los precios reflejaran los costes reales llevó inevitablemente a un incremento de aquellos, al menos a corto plazo. La reforma en los precios provocó un gran movimiento en los ahorros para la compra de bienes de consumo antes de que subieran aún más, lo que creó un círculo vicioso, la acumulación y una mayor inflación.

En una reunión que tuvo lugar en septiembre de 1987, Zhao Ziyang

propuso un cambio hacia una mayor dependencia de las fuerzas del mercado para las actividades económicas que supondría un 50 por ciento del PIB. Aparte de las cuestiones económicas técnicas, la iniciativa exigió una reestructuración básica del sistema de gestión. Se hizo más hincapié, como en los países europeos, en el control indirecto de la economía a través de la manipulación del suministro de dinero y la intervención a fin de prevenir la crisis. Muchas instituciones centrales chinas tendrían que desarticularse y otras redefinir las funciones. Para facilitar el proceso se ordenó una revisión de las afiliaciones al Partido y

una racionalización de la burocracia. Teniendo en cuenta que esto incumbía a treinta millones de personas y lo llevaban a cabo las mismas que habrían de ver modificadas sus actividades, la revisión tuvo que enfrentarse a muchos obstáculos.

El relativo éxito de la reforma económica llevó a la cohesión de ciertos grupos que tenían mucho en común entre los que se fue fraguando el malestar. El gobierno, por su parte, tuvo que lidiar con la pérdida de lealtad de los cuadros políticos que veían amenazados sus puestos de trabajo a raíz de las reformas.

Con el sistema de dos precios se

abrieron las vías a la corrupción y al nepotismo. El cambio hacia la economía de mercado había dado alas a la corrupción, al menos durante un período intermedio. Al coexistir dos sectores económicos —un sector público de peso, aunque en proceso de reducción, y una creciente economía de mercado— se creaban dos tipos de precios, y con ello, los burócratas y empresarios sin escrúpulos podían intercambiar bienes de consumo entre ambos sectores para obtener ganancias personales. Sin duda, una parte de los beneficios del sector privado en China procedían del soborno y del nepotismo, que iban extendiéndose.

El nepotismo, en cualquier caso, es un problema especial en una cultura tan centrada en la familia como la china. En momentos de malestar, los chinos recurren a la familia. En todas las sociedades chinas —ya sea en el continente, en Taiwan, en Singapur o Hong Kong— se confía definitivamente en los miembros de la familia, quienes, por su parte, obtienen beneficios siguiendo un sistema determinado por criterios familiares y no por las abstractas fuerzas del mercado.

El propio mercado creó también su descontento. Con el tiempo, la economía de mercado lleva a la mejora del bienestar general, pero la competición

se basa en que uno gana y otro pierde. En los primeros estadios de la economía de mercado, normalmente las ganancias son desproporcionadas. Quienes pierden se sienten tentados de echar la culpa al «sistema» en lugar de hacerlo a su propio fracaso. En realidad, a menudo tienen razón.

En el ámbito popular, la reforma económica había abierto expectativas a los chinos sobre el aumento del nivel de vida y de las libertades personales, aunque al mismo tiempo creaba tensiones y malestar, que muchos creían que solo podían solucionarse con un sistema político más abierto y participativo. Por otra parte, la

dirección del país se veía cada vez más dividida sobre la vía política y la ideológica. El ejemplo de las reformas de Gorbachov en la Unión Soviética alimentaba más el debate. Para algunos dirigentes chinos, la *glasnost* y la *perestroika* eran peligrosas herejías, algo parecido a la época en que Jruschov se deshizo de la «espada de Stalin». Para otros, entre los que se contaban muchos pertenecientes a la joven generación de estudiantes chinos y de dirigentes del Partido, las reformas de Gorbachov constituían un posible modelo para la vía china.

Las reformas económicas supervisadas por Deng, Hu y Zhao

habían transformado la vida cotidiana china. Al mismo tiempo, la reaparición de un fenómeno erradicado durante los años de Mao —diferencias de ingresos, vestimenta vistosa y a veces provocativa y culto a los productos «lujosos»— movió a los cuadros comunistas de siempre a quejarse de que la República Popular sucumbía a la temible «evolución pacífica» hacia el capitalismo, prevista en su día por John Foster Dulles.

Si bien las autoridades y los intelectuales chinos a menudo encuadraban el debate en términos de dogma marxista —como en la importante campaña contra la amenaza

de la «liberalización burguesa»—, la ruptura se remontaba en definitiva a las cuestiones que habían dividido a China desde el siglo XIX. Al volverse hacia fuera, ¿China cumplía con su destino o ponía en peligro su esencia moral? ¿Acaso tenía algo que aprender de las instituciones sociales y políticas occidentales?

En 1988, el debate cristalizó alrededor de unas miniseries televisivas de apariencia esotérica. *La elegía del río*, documental con seis capítulos emitido en la televisión central china, recogía la metáfora del río Amarillo, de aguas turbias y lentas, para defender que la civilización china se había convertido

en algo cerrado y estancado. La serie, que mezclaba críticas contra la cultura tradicional confuciana y una condena velada a las prácticas políticas más recientes, sugería que China tenía que renovarse mirando hacia fuera, hacia el «mar azul» del mundo exterior, en el que se encontraba también la cultura occidental. El filme catalizó un debate nacional y la discusión llegó incluso a las más altas instancias del gobierno chino. Los comunistas tradicionales consideraron que la serie era «contrarrevolucionaria» y consiguieron prohibirla, pero lo hicieron cuando ya se había emitido.[1] Otra vez volvía al candelero el debate que había ido

surgiendo de generación en generación sobre el destino de China y su relación con Occidente.

Las grietas en el monolito soviético que empezaron a surgir en Europa oriental a principios de 1989 llevaron a la caída del muro de Berlín en noviembre y a la desintegración definitiva de la Unión Soviética. China, en cambio, pareció mantenerse estable, con las mejores relaciones con el resto del mundo desde la victoria comunista de 1949 y la proclamación de la República Popular. También habían avanzado mucho sus relaciones con Estados Unidos. Los dos países colaboraban con el objetivo de poner

trabas a la ocupación soviética de Afganistán; Estados Unidos vendía partidas significativas de armas a China; el comercio iba en aumento, y los intercambios —entre los miembros del gobierno o entre navíos— iban a más.

Mijaíl Gorbachov, aún presidente de la Unión Soviética, planificaba una visita a Pekín en mayo. Moscú había cumplido en buena medida las condiciones exigidas por Pekín para una mejora de las relaciones chino-soviéticas: retirada de las fuerzas soviéticas de Afganistán; repliegue de dichas fuerzas en la frontera china; salida de Camboya de las fuerzas vietnamitas. Se organizaban

habitualmente conferencias internacionales para Pekín, entre las que destacaron una reunión en aquel abril del consejo de administración del Banco Asiático de Desarrollo, organización multilateral de desarrollo a la que China se había incorporado tres años antes, que proporcionó inesperadamente el telón de fondo del drama que se estaba gestando.

Todo empezó con la muerte de Hu Yaobang. Deng había supervisado su ascenso en 1981 hasta la Secretaría General, el máximo cargo directivo del Partido Comunista. En 1986, cuando los críticos conservadores tildaron a Hu de indeciso frente a las manifestaciones

estudiantiles, el dirigente fue sustituido en su cargo por Zhao Ziyang, otro protegido de Deng, si bien se mantuvo en el Politburó. En una reunión de este organismo celebrada el 8 de abril de 1989, Hu, de setenta y tres años, sufrió un infarto. Sus sorprendidos camaradas lo reanimaron y lo llevaron rápidamente al hospital. Allí ingresado, sufrió otro ataque cardíaco y murió el 15 de abril.

Igual como ocurrió con Zhou Enlai, la muerte de Hu constituyó la ocasión de organizar un duelo con una importante carga política. En el ínterin, sin embargo, se habían relajado las restricciones a la libertad de expresión. Mientras que quienes habían organizado

el duelo de Zhou en 1976 disimularon sus críticas hacia Mao y Jiang Qing con referencias alegóricas a la política de la corte de las antiguas dinastías, los que se manifestaron tras la muerte de Hu en 1989 llamaron las cosas por su nombre. El ambiente era ya tenso, puesto que se acercaba el setenta aniversario del movimiento del 4 de mayo, campaña china de cariz nacionalista de 1919 en la que se protestó por la debilidad del gobierno chino y las desigualdades que se adivinaban en el Tratado de Versalles.[2]

Los admiradores de Hu dejaron coronas y poemas elegíacos ante el monumento de los Héroes del Pueblo de

la plaza de Tiananmen, y en muchos de los escritos se elogiaba la dedicación del ex secretario general a la liberalización política y se pedía que su espíritu perdurara en más reformas. Los estudiantes de Pekín y de otras ciudades aprovecharon la oportunidad para manifestar su malestar ante la corrupción, la inflación, la censura de la prensa, la situación universitaria y la persistencia de los «ancianos» del Partido que mandaban extraoficialmente entre bastidores. En Pekín, distintos grupos de estudiantes presentaron siete reivindicaciones, con la amenaza de seguir con las manifestaciones hasta que el gobierno las satisficiera. No todos los

grupos las apoyaban en su totalidad; la confluencia de distintos motivos de indignación cristalizó en serios disturbios. Lo que había empezado como una manifestación pasó a convertirse en la ocupación de la plaza de Tiananmen, que llegó a cuestionar la autoridad del gobierno.

Los acontecimientos tomaron un cariz que ni los observadores ni los participantes habían podido prever a principios de mes. En junio, las protestas contra el gobierno se habían extendido ya a 341 ciudades.[3] Los manifestantes ocuparon trenes y escuelas y bloquearon las principales avenidas de la capital. En la plaza de Tiananmen,

los estudiantes iniciaron una huelga de hambre, lo que atrajo la atención de un gran número de observadores del país y extranjeros, así como de grupos ajenos a los estudiantes, que fueron sumándose a las protestas. Las autoridades chinas tuvieron que pasar la vergüenza de anular la ceremonia de bienvenida a Gorbachov, prevista en la plaza de Tiananmen, y recibir al mandatario ruso sin pompa y sin asistencia de público en el aeropuerto de Pekín. Se informó de que algunos miembros del Ejército Popular de Liberación desacataron las órdenes de desplegarse por la capital y de disolver a los manifestantes y de que había empleados del gobierno entre los

que habían tomado las calles. El reto político tuvo más relieve a raíz de los hechos ocurridos en el extremo occidental de China, donde tibetanos y miembros de la minoría musulmana uigur habían iniciado unas protestas por sus propias reivindicaciones culturales (en el caso de los de la etnia uigur, por la publicación reciente de un libro que, según afirmaban, hería la sensibilidad de los islámicos).[4]

Las revueltas suelen alcanzar su punto álgido cuando las cosas escapan al control de los actores principales, que se convierten en personajes de una obra cuyo guión ya no dominan. Para Deng, las protestas despertaron de nuevo el

miedo histórico de los chinos al caos y el recuerdo de la Revolución Cultural, independientemente de los objetivos manifestados por quienes protestaban. El erudito Andrew J. Nathan sintetizó de forma elocuente aquella situación crítica:

> Los estudiantes no tenían intención de plantear un reto mortal al que conocían como régimen peligroso. El régimen, por su parte, tampoco tenía interés en utilizar la fuerza contra los estudiantes. Ambos bandos compartían muchos objetivos y un lenguaje común. Por culpa de la falta de comunicación y una evaluación errónea, fueron empujándose mutuamente hacia posiciones en las que las opciones de llegar a un compromiso se hicieron cada vez

menos accesibles. En unas cuantas ocasiones dio la impresión de que había una solución al alcance, pero en el último momento se esfumaba. La pendiente hacia la catástrofe parecía lenta al principio, pero se fue haciendo más pronunciada a medida que se intensificaban las divisiones a uno y otro lado. Conscientes de las consecuencias, interpretamos los hechos con la sensación de horror que nos transmite la auténtica tragedia.[5]

No es este el lugar para examinar los acontecimientos que desembocaron en la tragedia de la plaza de Tiananmen; cada bando tiene su propia idea, a menudo en conflicto, de su participación en la crisis. El malestar de los estudiantes empezó a plasmarse como una petición

de poner remedio a unos agravios específicos. De todas formas, la ocupación de la principal plaza de un país, aunque se haga de forma totalmente pacífica, es también una táctica para demostrar la impotencia del gobierno, para debilitarlo y para provocarlo a que emprenda acciones precipitadas y se sitúe así en una posición de desventaja.

Sin embargo, no hubo discusión sobre el desenlace. Las autoridades chinas, tras dudar durante siete semanas y mostrar claras divisiones en sus filas sobre el uso de la fuerza, el 4 de junio tomaron medidas enérgicas. Destituyeron al secretario general del Partido Comunista, Zhao Ziyang. Tras

semanas de debates internos, Deng y una mayoría del Politburó ordenaron al Ejército Popular de Liberación que desalojara la plaza de Tiananmen. A ello le siguió una dura represión de la protesta, que se vio en televisión, transmitida por los medios de comunicación que habían llegado a Pekín desde todos los rincones del mundo para cubrir la información sobre el trascendental encuentro entre Gorbachov y la dirección china.

LOS DILEMAS ESTADOUNIDENSES

La reacción internacional fue

contundente. La República Popular de China nunca había reivindicado su función como democracia de corte occidental (en efecto, siempre lo había rechazado). En aquellos momentos aparecía en los medios de comunicación de todo el mundo como un Estado autoritario y arbitrario que sofocaba las aspiraciones populares de reivindicar los derechos humanos. Deng, hasta entonces aclamado como reformador, fue criticado como tirano.

En aquella atmósfera, las relaciones chino-estadounidenses, en las que se incluía la práctica establecida de las consultas regulares entre los dos países, fueron atacadas desde un amplio

espectro político. Los conservadores de siempre seguían convencidos de que China, bajo el liderazgo del Partido Comunista, nunca sería un socio de confianza. Los activistas pro derechos humanos de todas las tendencias mostraron su indignación. Los liberales adujeron que, tras los hechos de Tiananmen, se imponía en Estados Unidos la obligación de satisfacer la misión definitiva de ampliar la democracia. A pesar de que no todos tenían los mismos objetivos, los críticos coincidieron en la necesidad de aplicar sanciones para presionar a Pekín a que modificara sus instituciones internas y

fomentara la práctica de los derechos humanos.

El presidente George H. W. Bush, que había llegado al cargo hacía apenas cinco meses, se sentía incómodo con las consecuencias a largo plazo de las sanciones. Tanto él como su asesor de Seguridad Nacional, el general Brent Scowcroft, habían participado en la administración de Nixon y conocido a Deng durante su mandato; recordaban hasta qué punto su presidente había mantenido la relación con Estados Unidos contra las maquinaciones de la Banda de los Cuatro y con el fin de alcanzar mayores metas para el individuo. Admiraban sus reformas

económicas y compensaban su rechazo a la represión con el respeto por la forma en que se iba transformando el mundo desde el inicio de la apertura de China. Habían participado en el desarrollo de la política exterior de este país cuando todos los adversarios de Estados Unidos podían contar con el apoyo chino, cuando todas las naciones de Asia temían a una China aislada del mundo y cuando la Unión Soviética podía optar por una política de presión contra Occidente sin que les frenara la preocupación por sus otros flancos.

El presidente Bush había había vivido en China como jefe de la Oficina de Enlace de Estados Unidos en Pekín diez

años antes, en una época de bastante tensión. Bush contaba con experiencia suficiente para comprender que los dirigentes que habían participado en la Larga Marcha, habían sobrevivido en las cuevas de Yan'an y se habían enfrentado simultáneamente en la década de 1960 a Estados Unidos y a la Unión Soviética no iban a ceder ante presiones extranjeras o amenazas de aislamiento. ¿Y cuál era el objetivo? ¿Derrocar al gobierno chino? ¿Cambiar su estructura para establecer una alternativa de qué tipo? ¿Cómo podía terminar el proceso de intervención una vez puesto en marcha? ¿Y a cuánto ascenderían los costes?

Antes de los hechos de Tiananmen, Estados Unidos ya se había familiarizado con el debate sobre el papel de su diplomacia en el fomento de la democracia. Dicho de forma simplificada, la polémica enfrentaba a idealistas y realistas: los primeros insistían en que los sistemas internos afectaban a la política exterior y constituían, por tanto, cuestiones justificadas de la agenda diplomática; los segundos mantenían que dicha agenda superaba la capacidad de cualquier país y que, por consiguiente, la diplomacia tenía que centrarse en primer lugar en la política exterior. A la hora de determinar la política exterior

se evaluaron los planteamientos de los idealistas y los de los realistas en relación con los intereses nacionales. Las distinciones reales son mucho más sutiles. Cuando los idealistas pretenden aplicar sus valores acaban considerando las circunstancias específicas. Los realistas sensatos comprenden que los valores constituyen un importante componente de la realidad. A la hora de tomar decisiones, las distinciones no suelen ser absolutas; a menudo aparecen como una cuestión de matiz.

Respecto a China, no se planteaba la cuestión de si Estados Unidos prefería que se impusieran los valores democráticos. El pueblo estadounidense

habría respondido por amplia mayoría en sentido afirmativo, de la misma forma que lo habían hecho los participantes en el debate sobre política china. Lo que se barajaba era el precio que estaban dispuestos a pagar en términos concretos, en qué período de tiempo, y cuál era su capacidad, bajo cualquier circunstancia, para hacer realidad sus deseos.

Dos políticas operativas más amplias surgieron en el debate público sobre las tácticas para hacer frente a los regímenes autoritarios. Un grupo abogó por la confrontación, apremió a Estados Unidos a oponerse a las prácticas antidemocráticas o a las violaciones de

los derechos humanos y negó que su país pudiera obtener algún beneficio de aquel proceder. En el extremo presionaba por el cambio en los regímenes infractores; en el caso de China, insistía en un avance claro hacia la democracia como condición previa para cualquier beneficio mutuo.[6]

La opinión opuesta defendía que en general se consigue avanzar más en derechos humanos con una política de intervención. En cuanto se ha conseguido confianza suficiente, pueden defenderse los cambios en la práctica civil en nombre de objetivos comunes o al menos de la conservación de los intereses comunes.

La elección del método adecuado depende en parte de las circunstancias. Existen casos de violaciones de derechos humanos tan flagrantes que resulta imposible imaginar que pueda obtenerse algún beneficio de la continuación de la relación; son ejemplos de ello los jemeres rojos de Camboya y el genocidio de Ruanda. Teniendo en cuenta que la presión pública queda difuminada, ya sea en un cambio de régimen o algún tipo de abdicación, es difícil aplicarla a países con los que es importante para la seguridad estadounidense mantener una relación ininterrumpida. Este era en concreto el caso de China, tan afectada

por el recuerdo de la humillante intervención de las sociedades occidentales.

China iba a convertirse en un factor determinante en la política mundial, fueran cuales fuesen las consecuencias inmediatas de la crisis de Tiananmen. Suponiendo que se consolidara el liderazgo, el país reanudaría su programa de reforma económica y crecería cada vez con mayor fuerza. Entonces Estados Unidos y el mundo tendrían que decidir qué paso iban a dar para restablecer una relación de colaboración con una gran potencia emergente, o bien encontrar la fórmula de aislar a China para llevarla a adoptar

unas políticas internas acordes con los valores estadounidenses. El aislamiento de China abriría la puerta a un prolongado período de confrontación con una sociedad que no se había doblegado cuando la Unión Soviética, su único valedor externo, le retiró la ayuda en 1959. Durante sus primeros meses, la administración de Bush siguió trabajando de acuerdo con las premisas de la guerra fría, según las cuales hacía falta China para contrarrestar a la Unión Soviética. Ahora bien, al irse diluyendo la amenaza soviética, China iba a conseguir una posición cada vez más fuerte que le permitiría avanzar en solitario, pues el temor respecto a la

Unión Soviética, que había llevado a este país a aliarse con Estados Unidos, se iría desvaneciendo.

En las instituciones internas chinas se habían establecido límites objetivos a las influencias estadounidenses, tanto si se buscaba la confrontación como el compromiso. ¿Contábamos con suficientes conocimientos para dar forma al desarrollo interno de un país de un tamaño, un volumen y una complejidad como los de China? ¿Existía el riesgo de que el desmoronamiento de la autoridad central desencadenara la reaparición de guerras civiles que además llevaran el lastre de las intervenciones del siglo XIX?

El presidente Bush se encontró en una situación delicada después de Tiananmen. Como ex jefe de la Oficina de Enlace de Estados Unidos en Pekín, captaba mejor la sensibilidad china sobre posibles interferencias extranjeras. Además, con su larga carrera en la administración estadounidense, tenía suficiente olfato para detectar la realidad política de su país. Era consciente de que la mayor parte de sus compatriotas estaban convencidos de que la política de Washington en China tenía que marcarse como objetivo —como precisó Nancy Pelosi, a la sazón representante de la juventud de los demócratas de

California— «enviar un claro mensaje moral de indignación a los líderes de Pekín».[7] Pero Bush también comprendió que la relación de Estados Unidos con China servía a unos intereses vitales estadounidenses, independientemente del sistema de gobierno de la República Popular. Iba con pies de plomo para no irritar a un gobierno que había colaborado con el suyo durante casi veinte años en algunas de las cuestiones más fundamentales sobre seguridad mundial en el período de la guerra fría. Como precisó más tarde: «Para este pueblo que todos comprendemos que es orgulloso, que viene de lejos y se encierra en sí mismo, la crítica

extranjera (procedente de aquellos a los que consideran "bárbaros" y colonialistas, gente sin instrucción alguna sobre la cultura china) constituía una afrenta, y las medidas adoptadas contra ellos una vuelta a las coacciones del pasado».[8] Enfrentándose a las presiones, tanto de la derecha como de la izquierda, para que adoptara medidas más drásticas, Bush mantuvo:

> No podemos hacer la vista gorda cuando se trata de derechos humanos o de reformas políticas: lo que sí podemos hacer es dejar claros nuestros puntos de vista y apoyar sus pasos hacia el progreso (que han sido muchos desde la muerte de Mao) en lugar de desencadenar una avalancha de críticas. […] Para mí, la cuestión radicaba en cómo

condenar lo que habíamos considerado erróneo y reaccionar de manera adecuada sin abandonar el compromiso con China, a pesar de que a partir de entonces la relación había de mantenerse «en suspenso».[9]

Bush caminó por la cuerda floja con habilidad y elegancia. Cuando el Congreso impuso medidas punitivas a Pekín, limó algunas asperezas. Asimismo, para dejar claras sus convicciones, los días 5 y 20 de junio anuló los contactos gubernamentales de alto nivel; detuvo la colaboración militar y las ventas de equipo policíaco, militar y de doble utilidad, y anunció la oposición a nuevos créditos a la República Popular por parte del Banco

Mundial y de otras instituciones financieras internacionales. Las sanciones estadounidenses coincidieron con unos pasos similares emprendidos por la Comunidad Europea, Japón, Australia y Nueva Zelanda, así como con expresiones de pesar y condena de gobiernos de todo el mundo. El Congreso estadounidense, como reflejo de la presión popular, exigió medidas más drásticas, entre las cuales se incluían sanciones legislativas (más difíciles de levantar que las administrativas impuestas por el presidente, dejadas a la discreción del jefe del ejecutivo) y una ley que ampliaba de forma automática los

visados de todos los estudiantes chinos que se encontraban entonces en Estados Unidos.[10]

Los gobiernos estadounidense y chino —que habían funcionado como aliados *de facto* durante buena parte de la década anterior— se distanciaron y, en ausencia de contactos de alto nivel, el resentimiento y las recriminaciones mutuas fueron en aumento. Bush, decidido a evitar una ruptura irreparable, apeló a su larga relación con Deng. El 21 de junio redactó una extensa carta personal en la que se dirigía a Deng «como amigo» y pasaba por encima de la burocracia y de su propia prohibición de establecer

contactos al más alto nivel.[11] En una diestra maniobra diplomática, Bush expresó su «gran veneración por la historia, la cultura y la tradición chinas», evitando en todo momento cualquier expresión que pudiera sugerir que indicaba a Deng cómo tenía que gobernar China. Al mismo tiempo, Bush insistió ante el dirigente supremo para que comprendiera la indignación popular de Estados Unidos como algo inherente al idealismo de su país:

> Le pido también que recuerde los principios sobre los que se fundó mi joven país. Estos principios son la democracia y la libertad: libertad de expresión, libertad de reunión, libertad respecto a una autoridad

arbitraria. Es el respeto por estos principios lo que afecta inevitablemente a la forma en que los estadounidenses ven los acontecimientos de otros países y cómo reaccionan frente a ellos. No se trata de una respuesta arrogante, ni del deseo de obligar a los demás a comulgar con nuestras creencias, sino de simple fe en el valor perdurable de estos principios y en su aplicabilidad universal.[12]

Bush apuntó que él mismo actuaba al límite de su influencia política interior:

Voy a dejar la continuación a los libros de historia, pero, de nuevo, la población mundial vio con sus propios ojos la confusión y el baño de sangre con que se puso fin a las manifestaciones. Distintos países reaccionaron de formas diferentes.

Sobre la base de los principios descritos anteriormente, no pudieron evitarse las iniciativas que adopté como presidente de Estados Unidos.[13]

Bush pidió comprensión a Deng de cara a los efectos que aquello iba a tener sobre el pueblo estadounidense, y, de forma implícita, en su propia libertad de maniobra:

Cualquier declaración que pudiera hacerse desde China que tuviera sus orígenes en otras anteriores sobre la resolución pacífica de alguna controversia con quienes protestan sería muy bien recibida en nuestro país. El mundo aplaudiría el gesto de clemencia que pudiera mostrarse ante los estudiantes que se manifiestan.[14]

Para investigar sobre ello, Bush propuso enviar a Pekín a un emisario de alto nivel «con la máxima confidencialidad» para «hablar con toda la franqueza con usted y transmitirle mis sinceros puntos de vista sobre estas cuestiones», puntualizó. Si bien no había rehuido expresar las diferencias de perspectivas existentes entre los dos países, Bush concluyó con un llamamiento a seguir con la colaboración existente: «No podemos permitir que el fin de los trágicos acontecimientos de hace poco socave una relación vital edificada con paciencia durante los últimos diecisiete años».[15]

Deng respondió al avance de Bush al día siguiente, aceptando recibir en Pekín a un enviado de Estados Unidos. El 1 de julio, tres semanas después de la violenta actuación en la plaza de Tiananmen, se demostró hasta qué punto Bush concedía importancia a la relación con China y la confianza que tenía depositada en Deng, cuando envió a Pekín a Brent Scowcroft, asesor de Seguridad Nacional, y al subsecretario de Estado, Lawrence Eagleburger. La misión se desarrolló en el más estricto secreto, pues solo estuvieron al corriente de ella unos cuantos funcionarios de alto nivel de Washington y el embajador, James Lilley, quien fue

reclamado desde Pekín para recibir información en persona sobre la inminente visita.[16] Scowcroft y Eagleburger volaron a Pekín en un C-141 militar camuflado; se guardó con tanto celo la información que al parecer las fuerzas de defensa aéreas se pusieron en contacto con el presidente Yang Shangkun para preguntar si había que derribar el misterioso avión.[17] La nave estaba preparada para repostar en pleno vuelo y evitar escalas y llevaba además su propio equipo de comunicaciones, de forma que el grupo podía establecer contacto directo con la Casa Blanca. No se mostró bandera alguna en las reuniones o banquetes y

los informativos del país no comentaron la visita.

Scowcroft y Eagleburger se reunieron con Deng, con el primer ministro Li Peng y con el ministro de Asuntos Exteriores Qian Qichen. Deng elogió a Bush y respondió a su expresión de amistad, pero echó la culpa de la tensión a las relaciones con Estados Unidos:

> Ha sido un acontecimiento que ha causado gran conmoción y consideramos muy inoportuno que Estados Unidos se haya implicado tan profundamente en él. […] Desde el inicio de los acontecimientos, hace más de dos meses, hemos tenido la impresión de que en realidad una serie de aspectos de la política exterior estadounidense han acorralado a China. Esta

es la sensación que tenemos nosotros aquí […] pues la rebelión contrarrevolucionaria tenía como objetivo el derrocamiento de la República Popular de China y de nuestro sistema socialista. Si hubieran alcanzado su meta, el mundo sería muy distinto. Si he de serle franco, eso podía haber llevado incluso a la guerra.[18]

¿Se refería a una guerra civil, a una guerra de los descontentos o de los vecinos que buscaban revancha, o bien a ambas? «Las relaciones chino-estadounidenses —advirtió Deng— se encuentran en un momento muy delicado, incluso afirmaría que están en un punto peligroso.» Añadió que las políticas punitivas de Estados Unidos llevaban «a la ruptura de las relaciones». Así y todo,

dijo tener esperanzas de que pudieran mantenerse.[19] Acto seguido, volvió a su postura tradicional de desafío y se explayó sobre lo poco que les afectaba la presión exterior y sobre su determinación de seguir con el liderazgo sin parangón, curtido en la lucha. «No nos importan las sanciones —dijo Deng a los enviados estadounidenses—. No nos asustan.»[20] Los estadounidenses, abundó, «tienen que entender la historia»:

> Alcanzamos la victoria con la fundación de la República Popular de China tras luchar en una guerra durante veintidós años y perder en ella más de veinte millones de vidas; fue una guerra librada por el pueblo chino bajo la

> dirección del Partido Comunista. […] No existe fuerza capaz de sustituir a la República Popular de China representada por el Partido Comunista Chino. Esto no son palabras vacías. Es algo que se ha puesto a prueba y demostrado a lo largo de unas cuantas décadas de experiencia.[21]

Deng insistió en que la mejora de las relaciones era cuestión de Estados Unidos, y lo hizo recurriendo a un proverbio chino: «Quien ha hecho el nudo tiene que deshacerlo».[22] Pekín, por su parte, no dudaría en «castigar a los instigadores de la rebelión —aseguró Deng—; de lo contrario, ¿cómo podría seguir existiendo la República Popular de China?».[23]

Scowcroft respondió haciendo hincapié en las cuestiones que Bush había subrayado en sus cartas a Deng. Las estrechas relaciones entre Estados Unidos y China reflejaban los intereses estratégicos y económicos de ambos países; pero al mismo tiempo ponían en contacto unas sociedades con «dos culturas, dos trasfondos y dos modos de ver las cosas distintos». Pekín y Washington se encontraron entonces en un mundo en el que las actuaciones de China en el ámbito interno, difundidas por televisión, podían tener importantes consecuencias sobre la opinión pública estadounidense.

Esta reacción de Estados Unidos,

adujo Scowcroft, reflejaba unos valores muy arraigados. En palabras del asesor de Seguridad Nacional estadounidense: «Estos valores muestran nuestras propias creencias y tradiciones». Y estas formaban parte de la «diversidad entre ambas sociedades», de la misma forma que la sensibilidad de los chinos respecto a la interferencia extranjera era también inherente a la sociedad: «Lo que percibió el pueblo estadounidense en las manifestaciones que vio —con razón o sin ella— [como] expresión de unos valores que representan sus creencias más profundas, derivadas de la Revolución norteamericana».[24]

El trato que dio el gobierno chino a

los manifestantes fue, como reconoció Scowcroft, «un asunto totalmente interno de China». De todas formas, «era obvio» que una actuación de ese tipo desencadenara una reacción popular, «algo real, a lo que el presidente debe hacer frente». Bush creía en la importancia de mantener la larga relación entre Estados Unidos y China. Pero, por otra parte, se veía obligado a respetar «los sentimientos del pueblo estadounidense», que pedía a su gobierno alguna expresión concreta de desaprobación. Haría falta una gran discreción por ambas partes para abordar aquella crisis.[25]

El problema era que unos y otros

tenían razón. Deng consideraba que su régimen estaba sometido a un asedio; Bush y Scowcroft veían que se ponían en cuestión los más arraigados valores de su país.

El primer ministro Li Peng y el ministro de Asuntos Exteriores Qian Qichen subrayaron puntos parecidos y las dos partes levantaron la sesión sin llegar a ningún acuerdo concreto. Scowcroft explicó el estancamiento del modo en que suelen expresarse los diplomáticos en las situaciones de bloqueo, como algo positivo para mantener abiertas las líneas de comunicación: «Las dos partes se han mostrado francas y receptivas. Hemos

aireado las diferencias y escuchado al otro, aunque nos queda aún una distancia por recorrer antes de salvar el abismo».[26]

Las cosas no podían quedar de aquella forma. Durante el otoño de 1989, las relaciones entre China y Estados Unidos llegaron al punto más complicado desde que se había reanudado el contacto en 1971. Ninguno de los dos gobiernos deseaba una ruptura, pero tampoco estaba en situación de evitarla. La ruptura, en caso de producirse, podía generar su propia dinámica, de la misma forma que el conflicto chino-soviético había pasado de una serie de controversias tácticas a

una confrontación estratégica. Estados Unidos habría perdido su flexibilidad diplomática. China se vería obligada a frenar su impulso económico o quizá incluso a paralizarlo durante un importante período, lo que acarrearía graves consecuencias para su estabilidad nacional. Ambos perderían la oportunidad de partir de los muchos puntos de colaboración bilateral, que habían experimentado un claro avance a finales de la década de 1980, y de trabajar juntos para superar las convulsiones que amenazaban la estabilidad en distintas partes del mundo.

En medio de aquellas tensiones,

acepté una invitación de las autoridades chinas para visitar Pekín aquel noviembre a fin de sacar mis propias conclusiones. Fue una visita privada de cuya planificación se informó al presidente y al general Scowcroft. Antes de salir hacia China, Scowcroft me informó sobre el estado de nuestras relaciones con este país, un procedimiento que, dada la larga historia de mi implicación con China, habían ido siguiendo casi todas las administraciones. Me puse al corriente de las conversaciones que había tenido con Deng. No me dio ningún mensaje específico que transmitir, si bien dijo que, si surgía la ocasión, esperaba que

procurara insistir en los puntos de vista de la administración. Yo, como de costumbre, iba a comunicar mis impresiones a Washington.

Al igual que la mayoría de los estadounidenses, me sorprendió la forma en que había finalizado la protesta. Pero a diferencia de muchos, yo había tenido la oportunidad de observar el trabajo hercúleo que había llevado a cabo Deng durante quince años para obrar un cambio en el país: llevar a los comunistas a aceptar la descentralización y la reforma; conseguir que la estrechez de miras de los chinos experimentara un cambio hacia la modernidad y hacia un mundo

globalizado, una perspectiva a menudo rechazada por China. Por otra parte, yo era testimonio de sus constantes esfuerzos por mejorar los vínculos chino-estadounidenses.

La China que vi en aquella ocasión había perdido la seguridad en sí misma que me había mostrado en mis anteriores visitas. Durante el período de Mao, los dirigentes chinos representados por Zhou actuaban con la confianza que les proporcionaba la ideología y el criterio sobre las cuestiones internacionales, todo ello aderezado por una memoria histórica que se remontaba a milenios atrás. La China de la primera época de Deng se caracterizaba por una fe casi

inocente en el hecho de que si superaban el recuerdo del sufrimiento de la Revolución Cultural conseguirían una guía que les llevaría al progreso económico y político basado en la iniciativa individual. Pero en la década transcurrida desde la promulgación del programa de reforma de Deng, de 1978, China había vivido, junto con el júbilo del éxito, algunas de las penalidades que se le impusieron. El paso de la planificación central a una toma de decisiones más descentralizada experimentó la constante amenaza procedente de dos flancos: la resistencia de una burocracia arraigada, con sus intereses creados en la situación

establecida, y las presiones de los reformadores, que se impacientaban porque consideraban que el proceso se alargaba en exceso. La descentralización económica llevó a las reivindicaciones de pluralismo en las decisiones políticas. En este sentido, la revuelta china reflejó los problemas de la reforma del comunismo, de difícil solución.

En Tiananmen, los líderes chinos habían optado por la estabilidad política. La habían llevado a cabo con timidez después de casi seis semanas de controversia interna. No oí justificación emocional alguna de los sucesos del 4 de junio; los trataron como un

desafortunado accidente que les hubiera caído del cielo. Las autoridades chinas, sorprendidas ante las reacciones del mundo exterior sobre sus propias divisiones, se habían centrado en intentar restablecer el prestigio internacional. A pesar de la habilidad tradicional de los chinos de situar al extranjero a la defensiva, quienes hablaron conmigo mostraron las dificultades por las que atravesaban; no acertaban a entender por qué Estados Unidos se ofendía ante un acontecimiento que no había perjudicado los intereses materiales de su país y al que China no consideraba que tuviera ningún peso fuera de su

propio territorio. Se rechazaron las explicaciones sobre el compromiso histórico de Estados Unidos en materia de derechos humanos, considerándolas, por un lado, una forma de «intimidación» occidental y, por otro, una señal de afirmación personal gratuita de un país que tenía sus propios problemas, también en materia de derechos humanos.

En nuestras conversaciones, los líderes de Pekín siguieron su objetivo estratégico básico: restablecer la relación de trabajo con Estados Unidos. En cierto modo, se volvió al modelo de las primeras reuniones con Zhou. ¿Encontrarían las dos sociedades la

forma de colaborar? De ser así, ¿sobre qué base? Se habían invertido los papeles. Durante los primeros contactos, los dirigentes chinos hicieron hincapié en las peculiaridades de la ideología comunista. Ahora buscaban una justificación con perspectivas compatibles.

Deng introdujo el tema clave, es decir, que la paz en el mundo dependía en buena parte del orden en China:

> El caos puede llegar de la noche a la mañana. No será fácil mantener el orden y la tranquilidad. Si el gobierno chino no hubiera adoptado unas medidas determinadas en Tiananmen, en China habría estallado una guerra civil. Y teniendo en cuenta que aquí

vive una quinta parte de la población del planeta, la inestabilidad habría provocado inestabilidad en el mundo, lo que podría haber implicado incluso a las grandes potencias.

La interpretación de la historia de un país expresa su memoria. Para aquella generación de dirigentes chinos, el traumático acontecimiento de la historia de China fue el desmoronamiento de su autoridad central en el siglo XIX, lo que estimuló la invasión del mundo exterior, el semicolonialismo o la competencia colonial, y se tradujo en unos altos niveles de víctimas en guerras civiles, como en el caso de la rebelión Taiping.

Según Deng, el objetivo de estabilizar

China era la contribución constructiva a un nuevo orden internacional. Las relaciones con Estados Unidos eran un punto clave. Como me dijo Deng:

> Esto es algo que los demás han de tener claro cuando yo me haya retirado.[27] Lo primero que hice cuando me pusieron en libertad fue prestar atención a la mejora de las relaciones chino-estadounidenses. Deseo también acabar con el pasado reciente, conseguir que estas relaciones vuelvan a su cauce. Quisiera decir a mi amigo, el presidente Bush, que durante su mandato como presidente veremos una mejora en las relaciones entre China y Estados Unidos.

Según Li Ruihuan (ideólogo del Partido y considerado liberal por los

analistas): «El obstáculo estriba en el hecho de que los estadounidenses creen que comprenden mejor China que el propio pueblo chino». Lo que no podía aceptar China era las imposiciones de fuera:

> Desde 1840, el pueblo chino se ha visto amedrentado por los extranjeros; por aquel entonces era una sociedad semifeudal. […] Mao luchó toda su vida por dejar sentado que China debía mostrarse amistosa con países que nos trataban en pie de igualdad. En 1949, Mao dijo: «El pueblo chino ha plantado cara». Con ello quería decir que los chinos iban a situarse como iguales entre otras naciones. A nadie le gusta que otros dicten lo que tiene que hacer. Pero a los estadounidenses les gusta decir a los demás

que hagan esto o lo otro. Al pueblo chino no le gusta recibir instrucciones de nadie.

Intenté explicar al ministro de Asuntos Exteriores, Qian Qichen, las presiones internas y los valores que movían la actuación de los estadounidenses. Qian no quiso saber nada de ello. China actuaría siguiendo su ritmo, basándose en sus intereses nacionales, algo que no podían establecer los extranjeros:

QIAN: Procuramos mantener la estabilidad política y económica y seguir impulsando la reforma y el contacto con el mundo exterior. No podemos actuar bajo presión de Estados Unidos. En fin, avanzamos en esta dirección.

KISSINGER: Precisamente a lo que me refería.

Mientras avanzan en esta dirección pueden surgir aspectos relativos a la presentación que resulten positivos.

QIAN: China inició la reforma económica por interés propio y no por lo que podía desear Estados Unidos.

Las relaciones internacionales, según la perspectiva china, estaban marcadas por el interés y los objetivos nacionales. Si aquel era compatible, sería posible, incluso necesaria, la colaboración. Nada podía sustituir la convergencia de intereses. Para este proceso, las estructuras internas eran irrelevantes, algo que habíamos experimentado ya anteriormente cuando surgieron puntos de vista dispares sobre las actitudes de

los jemeres rojos. Según Deng, la relación entre Estados Unidos y China había prosperado cuando se habían respetado estos principios:

> En el momento en que usted y el presidente Nixon decidieron restablecer las relaciones con China, nuestro país no solo luchaba por el socialismo, sino también por el comunismo. La Banda de los Cuatro optaba por un sistema de pobreza comunista. Entonces ustedes aceptaron nuestro comunismo. Por consiguiente, no existe razón para no aceptar ahora el socialismo chino. Ya ha pasado a la historia la época de gestionar las relaciones entre estados sobre la base de los sistemas sociales. Hoy en día, los países con distintos sistemas sociales pueden establecer relaciones de amistad.

Podríamos encontrar muchísimos intereses comunes entre China y Estados Unidos.

Hubo una época en que el mundo democrático habría celebrado que un dirigente chino renunciara a la defensa de la ideología comunista como prueba de una evolución positiva. En aquellos momentos en que los herederos de Mao planteaban que había terminado la era de la ideología y que el factor determinante era el interés nacional, algunas autoridades estadounidenses insistían en que las instituciones democráticas eran imprescindibles para garantizar la compatibilidad entre los intereses nacionales. Esta premisa —rayana en el dogma de fe para muchos

analistas de Estados Unidos— sería difícil de demostrar a partir de la experiencia histórica. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la mayor parte de los gobiernos de Europa (entre los cuales cabe citar Gran Bretaña, Francia y Alemania) estaban gobernados por instituciones básicamente democráticas. Aun así, todos los parlamentarios electos aprobaron con entusiasmo la guerra, una catástrofe de la que Europa nunca se ha recuperado del todo.

Pero tampoco es obvio el cálculo sobre el interés nacional. En las relaciones internacionales, probablemente el poder nacional y el interés nacional son los elementos más

difíciles de calcular con precisión. Muchas guerras se desencadenan a raíz de un cálculo erróneo de las relaciones de poder y por presiones internas. Durante el período que nos ocupa, distintas administraciones estadounidenses propusieron soluciones diferentes al dilema de equilibrar el compromiso respecto a los ideales políticos de Estados Unidos y la consecución de unas relaciones pacíficas y productivas entre Estados Unidos y China. La administración de George H.W. Bush optó por fomentar las opciones estadounidenses a través del compromiso; la de Bill Clinton, en su primer mandato, se inclinó por la

presión. Ambas tuvieron que enfrentarse a la realidad de que, en política exterior, las máximas aspiraciones de un país en general se consiguen en estadios imperfectos.

La dirección básica de una sociedad se configura a través de sus valores, que son los que definen sus supremos objetivos. Cabe tener en cuenta también que una de las pruebas que definen el arte del buen gobierno es la aceptación de los límites de la propia capacidad; esta implica la valoración de las posibilidades. Los filósofos son responsables de su intuición. A los estadistas se les juzga por la capacidad

de mantener sus ideas a lo largo del tiempo.

El intento de cambiar la estructura interna de un país de la magnitud de China puede tener consecuencias imprevistas. La sociedad estadounidense nunca debería abandonar su compromiso para con la dignidad humana. Y la importancia de este compromiso no es menor por el reconocimiento de que tal vez las ideas de derechos humanos y libertades individuales no puedan trasladarse de forma directa, en un período de tiempo finito orientado hacia ciclos políticos e informativos occidentales, a una civilización que durante milenios se ha regido por

conceptos distintos. Tampoco puede menospreciarse el miedo ancestral chino al caos político como algo anacrónico e irrelevante que hay que «corregir» mediante el progresismo occidental. La historia china, sobre todo la de los dos últimos siglos, proporciona un gran número de ejemplos en los que la división en la autoridad política —en ocasiones creada con grandes expectativas de aumento de las libertades— ha desencadenado convulsiones sociales y étnicas; y con frecuencia no se impusieron los elementos más liberales, sino los más combativos.

Siguiendo el mismo principio, los

países que establecen acuerdos con Estados Unidos deben comprender que entre los valores básicos de nuestro país está el concepto inalienable de los derechos humanos y que las opiniones de este país no pueden separarse de la idea que tiene sobre la práctica de la democracia. Existen atropellos que provocan una reacción en Estados Unidos, y que ponen en peligro una relación. Este tipo de acontecimientos llega a situar la política exterior estadounidense más allá de los cálculos sobre sus intereses nacionales. Ningún presidente de Estados Unidos puede ignorarlos, si bien debe andar con tiento a la hora de definirlos y ser consciente

del principio de las consecuencias imprevistas, algo que los dirigentes de otros países no deberían dejar a un lado. La manera de definir y de establecer el equilibrio ha de determinar la naturaleza de la relación de Estados Unidos con China, y tal vez incluso la paz del mundo.

Los estadistas de los dos países se enfrentaron a esta alternativa en noviembre de 1989. Deng, práctico como siempre, sugirió hacer un esfuerzo para establecer un nuevo concepto de orden internacional que estipulara la no intervención en asuntos internos en un principio general de política exterior: «Considero que deberíamos proponer el

establecimiento de un nuevo orden político internacional. No hemos avanzado mucho en la creación de un nuevo orden económico internacional. Así pues, habría que pasar a un nuevo orden político que se atenga a los cinco principios de coexistencia pacífica». Uno de ellos es, sin duda, prohibir la intervención en los asuntos internos de otros países.[28]

Más allá de todos estos principios estratégicos se cernía un elemento intangible de crucial importancia. El cálculo del interés nacional no se reducía a una fórmula matemática. Había que prestar atención a la dignidad y al honor nacional. Deng me instó a

transmitir a Bush su deseo de llegar a un acuerdo con Estados Unidos, país que, al ser el más fuerte, tendría que dar el primer paso.[29] En la búsqueda de una nueva fase de colaboración no podía eludirse la cuestión de los derechos humanos. Fue el propio Deng el que respondió a la pregunta que había formulado él mismo sobre quién tenía que reanudar el diálogo, y lo hizo hablando sobre el destino de una persona: un disidente llamado Fang Lizhi.

La polémica sobre Fang Lizhi

En el momento de mi visita a China en noviembre de 1989, el físico disidente Fang Lizhi se había convertido en el símbolo de la división entre Estados Unidos y China. Fang era un elocuente defensor de la democracia parlamentaria de corte occidental y de los derechos de las personas que llevaba mucho tiempo tirando de la cuerda de la tolerancia oficial. En 1957, le habían expulsado del Partido Comunista durante la Campaña Antiderechista y en la Revolución Cultural estuvo un año en la cárcel por actividades «reaccionarias». Rehabilitado tras la muerte de Mao, siguió triunfando en su carrera académica y abogando por la

liberalización política. Tras las manifestaciones de 1986 a favor de la democracia, fue represaliado de nuevo aunque siguió con sus llamamientos a la reforma.

Cuando el presidente Bush visitó China en febrero de 1989, Fang figuraba en la lista de personas que la embajada de Estados Unidos había recomendando a la Casa Blanca invitar a una cena oficial ofrecida por el presidente en Pekín. La embajada siguió lo que consideró el precedente de la visita de Reagan a Moscú, en la que estableció contacto con los disidentes declarados. La Casa Blanca dio el visto bueno a la lista, aunque probablemente no estaba al

corriente de las reacciones que despertaba Fang entre los chinos. Su inclusión provocó controversia entre los gobiernos estadounidense y chino, pero también en el seno de la nueva administración de Bush.[30] Por fin, la embajada y el gobierno chinos acordaron instalar a Fang lejos de los asientos que ocupaban los funcionarios de su país. La noche del banquete, los servicios de seguridad chinos detuvieron el coche de Fang y le impidieron llegar a la cita.

A pesar de que Fang no había participado personalmente en las manifestaciones de la plaza de Tiananmen, los estudiantes que las

organizaron simpatizaban con los principios que defendía el físico y se creyó que era un posible blanco de las represalias del gobierno. Tras las enérgicas medidas tomadas el 4 de junio, Fang y su esposa pidieron asilo en la embajada estadounidense. Unos días después, el gobierno chino dictó una orden de detención contra Fang y su esposa por «delitos de propaganda subversiva e instigación antes y después de los recientes disturbios». En las publicaciones gubernamentales se pedía que Estados Unidos entregara al «delincuente que había provocado aquella violencia» si no quería enfrentarse al deterioro de las

relaciones entre Estados Unidos y China.[31] «No tuvimos más remedio que aceptarlo —concluía Bush en su diario —, pero sería algo que iba a fastidiarles.»[32]

La presencia de Fang en la embajada creó constantes tensiones: el gobierno chino no estaba dispuesto a permitir que su crítico más destacado abandonara el país por miedo a que organizara la agitación desde el extranjero; Washington no quería entregar a un disidente que defendía la democracia liberal y exponerse a un duro desquite. El embajador James Lilley, en un telegrama enviado a Washington, comentaba sobre Fang: «Está con

nosotros para recordarnos constantemente nuestra relación con el "liberalismo burgués" y nos enfrenta con el régimen del país. Es el símbolo viviente de nuestro conflicto con China por los derechos humanos».[33]

En una carta escrita el 21 de junio a Deng Xiaoping, Bush planteaba «la cuestión de Fang Lizhi» y se lamentaba diciendo: «Es un claro tema de disensión entre nosotros». Bush apoyaba la decisión estadounidense de conceder asilo a Fang y afirmaba: «Nos basamos en nuestra interpretación ampliamente aceptada de la legislación internacional». Y abundaba: «Ahora no podemos echar a Fang de la embajada

sin la seguridad de que no va a correr peligro físico». Bush planteaba la posibilidad de solucionar la cuestión de forma discreta, comentando que otros gobiernos habían resuelto casos parecidos «permitiendo una salida prudente a través de la expulsión».[34] Pero se demostró que la negociación no era tan fácil y Fang y su esposa siguieron en la embajada.

En las instrucciones que el general Scowcroft me había dado antes de mi viaje a Pekín, me había expuesto con detalle el caso. Me pidió que no lo sacara a colación, pues la administración ya había dicho todo lo que podía decir. No obstante, yo podía

responder a las iniciativas chinas sin salir del marco de la política existente. Seguí su consejo. No hablé de Fang Lizhi, como tampoco lo hizo ninguno de mis interlocutores chinos. Cuando fui a despedirme de Deng, tras una serie de comentarios inconexos sobre el problema de la reforma, introdujo la cuestión y la utilizó para sugerir un compromiso. Un resumen del importante intercambio de pareceres servirá para dar una idea de la atmósfera que se respiraba en Pekín seis meses después de los hechos de Tiananmen:

DENG: He hablado con el presidente Bush sobre el caso de Fang Lizhi.

KISSINGER: Como sabrá usted, el presidente

no estaba al corriente de la invitación al banquete hasta que se hizo pública.

DENG: Eso me dijo.

KISSINGER: Ya que ha sacado el tema de Fang, quisiera plantearle una consideración. No lo he citado en otras conversaciones, pues soy consciente de que es una cuestión muy delicada y de que afecta a la dignidad china. Pero considero que su mejor amigo estadounidense sentirá un gran alivio si encontramos la forma de sacarlo de la embajada y permitirle que abandone el país. Nada impresionaría tanto al pueblo de Estados Unidos como que esto se produjera sin demasiada agitación.

En aquel momento, Deng se levantó del asiento y desconectó nuestros micrófonos en señal de que lo que quería era hablar en privado.

DENG: ¿Puede sugerirme algo?

KISSINGER: Le sugeriría que lo expulsara de China y podríamos acordar que nosotros, como gobierno, no haríamos ningún uso político de ello. Tal vez le animaríamos a ir a otro país, como Suecia, para alejarlo del Congreso de Estados Unidos y de nuestra prensa. Un acuerdo de este tipo podría causar una profunda impresión en el pueblo estadounidense, con mucho más impacto que cualquier iniciativa sobre una cuestión técnica.

Deng quería garantías más específicas. ¿Podía el gobierno estadounidense «exigir a Fang una confesión por escrito» de los delitos cometidos contra la legislación china, o Washington garantizar que «tras su

expulsión [de China]… Fang no diría ni haría nada contra China»? Deng amplió la propuesta sugiriendo: «Washington podría asumir la responsabilidad de evitar que Fang y otros opositores [chinos] que se encuentran en Estados Unidos hicieran más comentarios ridículos». Deng buscaba una salida. Pero las medidas que proponía quedaban fuera de la autoridad legal del gobierno estadounidense.

DENG: ¿Qué opinaría si lo expulsáramos después de que hubiera firmado un papel en el que confesara sus delitos?

KISSINGER: Me sorprendería que lo hiciera. Esta mañana he pasado por la embajada, pero no he visto a Fang.

DENG: Si los estadounidenses insisten, tendrá que hacerlo. Es una cuestión que han planteado unos cuantos de la embajada, entre los que se encuentra algún buen amigo suyo y otros que yo consideraba amigos nuestros.[35] ¿Y si los estadounidenses le exigieran una confesión por escrito y luego lo expulsáramos como a un delincuente común y se pudiera ir a donde quisiera? Aunque si esto no funciona, se me ocurre otra cosa: Estados Unidos se responsabiliza de que, tras su expulsión, Fang no diga ni haga nada contra China. Que no se sirva de Estados Unidos ni de otro país para manifestar su oposición a la República Popular de China.

KISSINGER: Hablemos de la primera propuesta. Si le pedimos que firme una confesión, dando por supuesto que lo conseguiremos, lo importante no es lo que diga en la embajada, sino lo que diga cuando esté ya

fuera de China. Si dice que el gobierno estadounidense lo obligó a confesar, será peor para todos que si no hace confesión alguna. La importancia de que quede libre da la medida de la confianza de China en su propia práctica. Serviría para quitar hierro a las caricaturas que muchos de sus adversarios han hecho de China en Estados Unidos.

DENG: Pues pasemos a la segunda propuesta. Estados Unidos puede decir que, en cuanto haya abandonado China, no hará ningún comentario contra la República Popular de China. ¿Podría garantizarse eso?

KISSINGER: En realidad, estoy hablando con usted como amigo.

DENG: Lo sé. No le pido que asuma el acuerdo.

KISSINGER: Una posibilidad es que el gobierno de Estados Unidos acepte no utilizar a Fang de ninguna forma, como, por ejemplo, en la Voz de América o en cualquier otro medio

que el presidente pueda controlar. También podemos prometer que le avisaremos de que no lo haga por su cuenta. Aceptaríamos que no lo recibiera el presidente y que ninguna organización gubernamental estadounidense le diera tratamiento oficial.

Aquello llevó a Deng a hablarme de una carta que acababa de recibir de Bush en la que le proponía la visita de un enviado especial para informarle sobre la próxima cumbre entre Estados Unidos y Gorbachov y revisar las relaciones chino-estadounidenses. Deng aceptó la idea y la relacionó con la cuestión de Fang como medio para encontrar una solución global:

En el proceso de resolver el tema de Fang, pueden exponerse otras cuestiones y así conseguir una solución de conjunto a todas. Así están las cosas. He pedido a Bush que mueva ficha primero; él me pide que lo haga yo. Opino que podemos llegar a una solución y que no importa el orden de los pasos.

Así describió el ministro de Asuntos Exteriores chino el «acuerdo global» en sus memorias:

(1) China permitirá a Fang Lizhi y a su esposa abandonar la embajada estadounidense de Pekín para ir a Estados Unidos o a un tercer país; (2) Estados Unidos anunciará explícitamente, de la forma que crea oportuna, que levanta las sanciones sobre China; (3) ambas partes intentarán llegar a acuerdos en uno o dos de

los principales proyectos de colaboración económica; (4) Estados Unidos extenderá una invitación a Jiang Zemin [recién nombrado secretario general del Partido Comunista en sustitución de Zhao Ziyang] para que efectúe una visita oficial en el curso del año siguiente.[36]

Tras extenderse en la cuestión de las modalidades del posible exilio de Fang, Deng concluyó su intervención:

DENG: ¿Complacerá a Bush la propuesta y estará de acuerdo con ella?
KISSINGER: En mi opinión, le complacerá.

Yo esperaba que Bush apreciara la muestra de preocupación y la flexibilidad de China, aunque dudaba

que la mejora de las relaciones siguiera un ritmo tan rápido como preveía Deng.

Empezaba a ser urgente la renovación del compromiso entre China y Estados Unidos, sobre todo porque las convulsiones que vivían la Unión Soviética y Europa oriental parecían socavar los principios de la relación triangular existente. Con la desmembración del imperio soviético, ¿qué se había hecho del motivo que había acercado en un principio a Estados Unidos y China? La urgencia era más imperiosa la noche que abandoné Pekín después de hablar con Deng, pues en mi primera escala en Estados Unidos me enteré de que había

caído el muro de Berlín y con ello habían estallado en pedazos los principios de política exterior de la guerra fría.

Las revoluciones políticas de Europa oriental estuvieron a punto de acabar con el acuerdo global. Cuando volví a Washington tres días después, en una cena en la Casa Blanca informé a Bush, a Scowcroft y al secretario de Estado, James Baker, sobre la conversación que había tenido con Deng. China no fue el tema principal de la velada. Lo primordial para mis anfitriones en aquellos momentos eran las consecuencias de la caída del muro de Berlín y el inminente encuentro entre

Bush y Gorbachov, programado para los días 2 y 3 de diciembre de 1989 en Malta. Los dos temas exigían decisiones inmediatas sobre tácticas y estrategia a largo plazo. ¿Asistiríamos a la desaparición de los países satélites de Alemania oriental, donde la Unión Soviética tenía estacionadas veinte divisiones? ¿Habría dos estados alemanes y uno de ellos sería la Alemania oriental no comunista? Suponiendo que se marcara el objetivo de la unificación, ¿qué diplomacia iba a aplicarse? ¿Cuál sería, por otra parte, la actitud estadounidense en unas contingencias previsibles?

En medio del drama que rodeaba la

desmembración de Europa oriental, al acuerdo global de Deng no se le asignó la prioridad de la que habría disfrutado en una época menos tumultuosa.

La misión especial de la que había hablado con Deng no cristalizó hasta mediados de diciembre, cuando Brent Scowcroft y Lawrence Eagleburger se desplazaron, por segunda vez en seis meses, a Pekín. La visita no fue tan secreta como lo había sido el viaje de julio (que seguía manteniéndose así), pero se planeó como un acontecimiento al que iba a darse poca publicidad para evitar polémicas en el Congreso y en los medios de comunicación. Pero los chinos se las compusieron para obtener

una foto de Scowcroft brindando con Qian Qichen, lo que provocó gran consternación en Estados Unidos. Más tarde, Scowcroft recordaba:

> Cuando empezaron los brindis de ritual al final de la cena de bienvenida ofrecida por el ministro de Asuntos Exteriores, reaparecieron las cámaras de televisión. Para mí fue una situación incómoda. Podía seguir adelante y que se me viera brindando con los que la prensa tildaba de «asesinos de la plaza Tiananmen» o negarme al brindis y estropear el objetivo del viaje. Opté por lo primero y, para mi profundo pesar, tuve mi minuto de gloria, en el sentido más negativo de la expresión.[37]

El incidente demostró los principios

contrapuestos de las dos partes. China quería demostrar a su población que terminaba el aislamiento; Washington pretendía atraer la mínima atención para evitar controversias hasta que se hubiera llegado a un acuerdo.

Inevitablemente, la discusión sobre la Unión Soviética ocupó la mayor parte del viaje de Scowcroft y Eagleburger, si bien en la dirección opuesta a lo que se había convertido en tradicional: ya no se trataba de la amenaza militar de la Unión Soviética, sino de su creciente debilidad. Qian Qichen pronosticó la desintegración de la Unión Soviética y explicó la sorpresa de Pekín cuando Gorbachov, en su visita de mayo, en el

momento álgido de las manifestaciones de Tiananmen, pidió ayuda económica a China. Más tarde, Scowcroft contaba la versión china de los hechos:

> Los soviéticos no controlaban muy bien la economía y Gorbachov a menudo tampoco tenía muy claro lo que pedía. Qian había previsto que el hundimiento económico y los problemas de las nacionalidades acabarían en disturbios. «No había visto que Gorbachov tomara ninguna medida», dijo. «Gorbachov acudió a China en busca de bienes de consumo básicos», nos comentó. […] «Nosotros podíamos proporcionarles bienes de consumo y ellos nos pagarían con materias primas. Además, querían préstamos. Nos sorprendió bastante que nos plantearan esta cuestión. Acordamos proporcionarles una cantidad de dinero.»[38]

Los líderes chinos presentaron su acuerdo global a Scowcroft y vincularon la libertad de Fang Lizhi al levantamiento de las sanciones de Estados Unidos. La administración prefirió tratar el caso Fang como una cuestión humanitaria aparte que tenía que resolverse por derecho propio.

La intensificación de los disturbios en el bloque soviético —incluyendo el sangriento derribo de Nicolae Ceauşescu— reforzó la idea de asedio del Partido Comunista chino. Por otra parte, la desintegración de los estados comunistas de Europa oriental también dio cuerda a los que defendían en Washington que Estados Unidos tenía

que esperar al previsible hundimiento del gobierno de Pekín. En aquella tesitura, ni unos ni otros se encontraban en situación de cambiar de posición. En la embajada de Estados Unidos seguían las negociaciones sobre la liberación de Fang, y las dos partes no llegaron a un acuerdo hasta junio de 1990, más de un año después de que Fang y su esposa pidieran asilo y ocho meses después de que Deng presentara su propuesta global.[39]

Entretanto, la revalidación anual de la situación comercial de China como «nación más favorecida» —exigida para las economías que no son «de mercado» y contenida en las estipulaciones de la

Enmienda Jackson-Vanik de 1974, que condicionaba dicha situación a las prácticas de emigración— se transformó en un foro de condena del Congreso al historial chino sobre derechos humanos. El debate llevaba implícito el supuesto de que cualquier acuerdo con China era un favor y, en aquellas circunstancias, algo que repugnaba a los ideales democráticos estadounidenses; así pues, los privilegios comerciales tenían que aplicarse sobre la base de que China avanzara hacia la concepción estadounidense en materia de derechos humanos y libertades políticas. La idea del aislamiento empezó a cernirse sobre Pekín y una oleada de triunfalismo

invadió Washington. Durante la primavera de 1990, mientras caían los gobiernos comunistas de Alemania oriental, Checoslovaquia y Rumanía, Deng transmitió una seria advertencia a los miembros del Partido:

> Todo el mundo debe tener claro que, en la actual situación internacional, toda la atención del enemigo se concentrará en China. Utilizará cualquier pretexto para provocar problemas, para crear dificultades y presiones. [Por lo tanto, China necesita] estabilidad, estabilidad y más estabilidad. Los próximos tres, cinco años serán terriblemente difíciles para nuestro partido y para nuestro país, pero también de suma importancia. Si nos mantenemos firmes y sobrevivimos, nuestra causa avanzará con

rapidez. Si nos desmoronamos, la historia de China experimentará un retroceso de unas decenas de años, tal vez de un siglo.[40]

Las declaraciones de 12 y 24 caracteres

A finales de aquel dramático año, Deng decidió pasar al retiro que tanto tiempo llevaba planificando. Durante la década de 1980, había dado muchos pasos para abolir la práctica tradicional de acabar con el poder centralizado tan solo con la muerte del titular del cargo o la pérdida del Mandato Celestial, criterios indefinidos y que podían inducir al caos. Había creado un consejo asesor de

ancianos al que entraban a formar parte los dirigentes que mantenían un puesto permanente. Había explicado a las visitas —incluyéndome a mí— que pretendía retirarse pronto a la dirección de aquel organismo.

A partir de principios de la década de 1990, Deng inició una retirada gradual de su alto cargo: fue el primer líder chino que lo hizo en la era moderna. Probablemente, Tiananmen aceleró la decisión para que Deng pudiera activar la transición mientras se establecía un nuevo dirigente. En diciembre de 1989, Brent Scowcroft fue la última visita que recibió Deng. A partir de entonces, también dejó de ocuparse de las

funciones públicas. Murió en 1997, pero antes ya se había aislado completamente del mundo.

Sin embargo, antes de abandonar la escena, Deng decidió echar una mano a su sucesor: dejó una serie de máximas para orientarle y como guía para la próxima generación de dirigentes. Redactó estas instrucciones dirigidas a los mandos del Partido Comunista siguiendo un método extraído de la historia clásica china. Con una prosa clara y concisa, utilizando el estilo poético chino clásico, elaboró unas directrices con 24 caracteres y una explicación con 12 caracteres a la que solo podían acceder los altos cargos.

Las instrucciones de 24 caracteres especificaban:

> Observemos atentamente; aseguremos nuestro puesto; enfrentémonos a las cuestiones; disimulemos nuestra capacidad y aguardemos la oportunidad; intentemos pasar desapercibidos, y no reivindiquemos nunca el liderazgo.[41]

A ello le seguía la explicación política de 12 caracteres, que tuvo una circulación aún más restringida entre la dirección:

> Las tropas enemigas están al pie de la muralla. Son más fuertes que nosotros. Tendremos que situarnos básicamente a la defensiva.[42]

¿Contra quién y contra qué? Las declaraciones con múltiples caracteres no precisaban nada sobre esta cuestión, probablemente porque Deng daba por supuesto que sus receptores comprenderían instintivamente que la situación de su país era más precaria, tanto en el ámbito interior como en el internacional, que incluso había empeorado.

Por una parte, las máximas de Deng evocaban la China histórica rodeada de fuerzas que podían ser hostiles. En períodos de renacimiento, China dominaba su entorno. En períodos de decadencia, trataba de ganar tiempo, convencida de que su cultura y su

disciplina política le permitiría recuperar lo que era suyo. La declaración de 12 caracteres comunicaba a los dirigentes chinos que habían llegado tiempos de peligro. El mundo exterior siempre había tenido problemas a la hora de tratar con aquel organismo excepcional, distante y al mismo tiempo universal, majestuoso pero también propenso a caer en el caos. En aquellos momentos, el anciano dirigente de un pueblo antiguo daba las últimas instrucciones a su sociedad, que se sentía asediada en su intento de reforma.

Deng pretendía aglutinar a su pueblo sin apelar a sus emociones ni al

nacionalismo chino, como habría podido hacer. Por el contrario, invocaba sus virtudes ancestrales: calma ante la adversidad; gran capacidad analítica al servicio del poder; disciplina en busca de un objetivo común. Consideraba que el principal desafío no radicaba tanto en superar las adversidades expuestas en la declaración de 12 caracteres como en prepararse para el futuro cuando se había vencido ya el peligro inmediato.

La declaración de 24 caracteres, ¿pretendía orientar en un momento de debilidad o era una máxima permanente? En aquellos momentos, la reforma china se veía amenazada por las consecuencias de la agitación interna y

la presión de los países extranjeros. Pero en el próximo estadio, una vez que hubiera surtido efecto la reforma, el crecimiento de China podía poner al descubierto otro aspecto de la preocupación mundial. Entonces, quizá la comunidad internacional se planteara cortar el camino a China en su avance para convertirse en una potencia dominante. ¿Acaso Deng, en un momento de crisis importante, vio que el peor peligro para China podía derivar de su resurgimiento final? Según esta interpretación, Deng pidió a su pueblo: «Disimulemos nuestra capacidad y aguardemos la oportunidad» y «no reivindiquemos nunca el liderazgo», es

decir, no resucitemos temores innecesarios con excesiva contundencia.

En los momentos más bajos, entre las turbulencias y el aislamiento, es probable que Deng temiera que China fuera a consumirse en aquella crisis y que los dirigentes de la próxima generación no tuvieran la perspectiva necesaria para reconocer el peligro de una confianza excesiva. ¿Hacía la declaración pensando en las tribulaciones de aquellos momentos o en aplicar el principio de 24 caracteres cuando el país hubiera adquirido suficiente fortaleza? Buena parte del futuro de las relaciones entre China y

Estados Unidos dependía de la respuesta a aquellas preguntas.

16
¿Qué tipo de reforma?
La gira de Deng por el sur

En junio de 1989, con la dirección del Partido Comunista dividida sobre qué hacer, el secretario general del Partido, Zhao Ziyang, nombrado tres años antes por Deng, fue purgado por la forma en que gestionó la crisis. Ascendió entonces a la cúpula del Partido Comunista su secretario de Shanghai, Jiang Zemin.

La crisis a la que tuvo que enfrentarse Jiang fue una de las más complejas de la historia de la República Popular. China estaba aislada, se encontraba ante el desafío exterior de las sanciones comerciales y en su interior dominaba el descontento. El comunismo se estaba desintegrando en todos los países del mundo, a excepción de Corea del Norte, Cuba y Vietnam. Destacados disidentes chinos habían abandonado el país y fuera habían recibido asilo político, comprensión y libertad para organizarse. Seguía la agitación en el Tíbet y en Xinjiang. En el extranjero se trataba con honores al Dalai Lama, quien el mismo año de los sucesos de Tiananmen

recibió el Premio Nobel de la Paz mientras la causa de la autonomía del Tíbet iba ganando adeptos en todo el mundo.

Tras cualquier agitación social y política, el mayor reto para la gobernanza es el restablecimiento de la idea de cohesión. Ahora bien, ¿en nombre de qué principio? En China resultó más amenazante para la reforma la reacción interna ante la crisis que las sanciones exteriores. Los conservadores del Politburó, de quienes Deng recabó apoyo durante la revuelta de Tiananmen, echaban la culpa de la crisis a la «política evolutiva» de este y presionaban a Jiang para que volviera a

las verdades tradicionales maoístas. Llegaron al punto de intentar cambiar radicalmente unas políticas que gozaban de gran arraigo, como la de la condena de la Revolución Cultural. Un miembro del Politburó llamado Deng Liqun (conocido también como el pequeño Deng) afirmaba: «Si no libramos una batalla resuelta contra la liberalización o [contra] la reforma capitalista y la apertura, acabaremos con la causa socialista».[1] Deng y Jiang defendían exactamente lo contrario. Según ellos, solo podía darse un nuevo impulso a la estructura política china acelerando el programa de reforma. Consideraban que la mejora del nivel de vida y el aumento

de la productividad eran la principal garantía de estabilidad social.

En esta tesitura, a principios de 1992 Deng salió de su retiro para iniciar su último gran gesto público. Eligió como medio una «gira de inspección» por el sur de China para fomentar la liberalización económica y conseguir apoyo público para el liderazgo de la reforma de Jiang. Con las tareas encaminadas a este fin estancadas y sus protegidos que iban perdiendo terreno ante los tradicionalistas en la jerarquía del Partido, Deng, con ochenta y siete años, se propuso, junto con su hija Deng Nan y unos cuantos camaradas próximos, organizar una gira por los

centros económicos del sur de China, entre los que destacaban Shenzhen y Zhuhai, dos de las Zonas Económicas Especiales establecidas en el programa de reforma de la década de 1980. Fue una campaña en pro del «socialismo con características chinas», que implicaba un papel para los mercados libres, posibilidades de inversión extranjera y llamamiento a la iniciativa individual.

Por aquel entonces, Deng carecía de cargo o función formal oficial. Sin embargo, cual predicador itinerante, apareció en escuelas, instalaciones de alta tecnología, empresas modelo y otros lugares emblemáticos que formaban parte de su visión de reforma china,

donde animó a sus compatriotas a redoblar esfuerzos y a establecer ambiciosas metas para el desarrollo económico e intelectual de China. La prensa nacional (controlada por aquel entonces por elementos conservadores) en un principio hizo caso omiso de los discursos de Deng. Poco a poco, sin embargo, fueron filtrándose hacia el continente las noticias recogidas por la prensa de Hong Kong.

Con el tiempo, la «gira meridional» de Deng fue adquiriendo una dimensión casi mítica y sus alocuciones sirvieron de guía para otros veinte años de estrategia política y económica en China. Aún hoy encontramos en las

vallas publicitarias de China imágenes y citas de la mencionada gira de Deng, entre las cuales destaca su célebre máxima: «El desarrollo es el principio absoluto».

Deng se propuso justificar el programa de reforma contra la acusación de que traicionaba el legado socialista. Defendía que la reforma económica y el desarrollo eran prácticas fundamentalmente «revolucionarias». Advertía de que si se abandonaba la reforma China acabaría en una «vía muerta». Según él, para «ganar la confianza y el apoyo del pueblo», el programa de liberalización económica tenía que seguir durante «cien años».

Insistía en que la reforma y la apertura habían conseguido que la República Popular se ahorrara una guerra civil en 1989. Reiteraba su condena a la Revolución Cultural, describiéndola no como un plan que no había funcionado, sino como una especie de guerra civil.[2]

El heredero de la China de Mao defendía los principios del mercado, el riesgo, la iniciativa privada y la importancia de la productividad y del espíritu empresarial. El principio del beneficio, según él, no reflejaba una teoría alternativa al marxismo, sino una observación de la naturaleza humana. El gobierno iba a perder apoyo popular si sancionaba a los empresarios por su

éxito. Deng mantenía que China tenía que ser «más audaz», que tenía que intensificar sus esfuerzos y «atreverse a experimentar»: «No tenemos que actuar como las mujeres que llevan los pies vendados. Cuando estemos seguros de que hay que hacer algo, debemos animarnos a experimentar y a abrir un nuevo camino. […] ¿Quién se atreve a afirmar que está totalmente seguro del éxito y no corre ningún riesgo?».[3]

Deng desestimó las críticas según las cuales sus reformas llevaban a China hacia la «vía capitalista». Rechazando décadas de adoctrinamiento maoísta, recurría a su conocida máxima de que lo que importa es el resultado y no la

doctrina con la que se ha conseguido. China no tenía que temer la inversión extranjera:

> En el estadio actual, las empresas de capital extranjero en China pueden sacar beneficios de conformidad con las leyes y las políticas en vigor. Pero el gobierno recauda impuestos de estas empresas, los trabajadores reciben el salario de ellas y todos aprendemos tecnología y técnicas de dirección. Por otra parte, nos ofrecen una información que ha de ayudarnos a abrir más mercados.[4]

Al fin, Deng atacó a la «izquierda» del Partido Comunista, lo que en cierto modo formaba parte de su propia historia anterior, cuando había sido la

«mano derecha» de Mao en la creación de las comunas agrícolas: «Actualmente nos afectan tanto las tendencias de derechas como las de "izquierdas". Pero es en las de "izquierdas" en las que tenemos las raíces más profundas. […] En la historia del Partido, estas tendencias han traído consecuencias funestas. Hemos visto la destrucción de grandes obras de la noche a la mañana».[5]

Deng animó a sus compatriotas apelando a su orgullo nacional y retó a China a conseguir tasas de crecimiento comparables a las de sus países vecinos. Para demostrar hasta dónde había llegado China en menos de veinte años

desde la gira meridional organizada por él, en 1992 habló de los «cuatro importantes artículos» que consideraba esenciales para los habitantes del campo: una bicicleta, una máquina de coser, una radio y un reloj de pulsera. La economía china podía «alcanzar un nuevo estadio cada pocos años», declaró, y dijo también: «China triunfará si sus habitantes se atreven a liberar la mente y actuar con libertad» como respuesta a los retos que vayan surgiendo.[6]

La ciencia y la tecnología constituyen la clave. Haciéndose eco de sus propios discursos de la década de 1970, Deng insistió: «Los intelectuales forman parte

de la clase obrera»; dicho de otra forma, reunían las condiciones para formar parte del Partido Comunista. En un acercamiento a los que apoyaron Tiananmen, Deng instó a los intelectuales que se encontraban en el exilio a volver al país. Si contaban con conocimientos especializados, se les recibiría con los brazos abiertos, independientemente de sus anteriores actitudes: «Tienen que saber que si están dispuestos a contribuir, mejor será que vuelvan al país. Espero que se hagan esfuerzos conjuntos para acelerar el progreso en los campos científico, tecnológico y educativo de China. […]

Todos deberíamos amar a nuestro país y contribuir en su desarrollo».[7]

Aquello fue un cambio extraordinario en las convicciones de un revolucionario de más de ochenta años que había ayudado a construir, en ocasiones de forma descarnada, el sistema económico que entonces estaba desmantelando. Cuando estuvo en Yan'an con Mao durante la guerra civil, nadie habría imaginado que cincuenta años después viajaría por el país insistiendo en la reforma de la misma revolución que él había impuesto. Hasta que topó con la Revolución Cultural, fue uno de los principales colaboradores de

Mao, que destacó básicamente por su energía.

A lo largo de las décadas se había producido un cambio gradual. Deng había pasado a definir de nuevo los criterios de la buena gobernanza en términos de bienestar y desarrollo del pueblo llano. Esta entrega al desarrollo rápido incluía una considerable dosis de nacionalismo, a pesar de que ello conllevara adoptar métodos extendidos en el antes denostado mundo capitalista. Como comentó más tarde un hijo de Deng a David Lampton, erudito estadounidense, jefe del Comité Nacional de Relaciones entre Estados Unidos y China:

A mediados de la década de 1970, mi padre observaba la periferia de China; las economías del pequeño dragón [Singapur, Hong Kong, Taiwan y Corea del Sur] experimentaban un crecimiento de entre un 8 y un 10 por ciento anual e iban bastante por delante de China en el ámbito tecnológico. Si había que superarlas y recuperar el puesto que les correspondía en la región, y en definitiva en el mundo, China tendría que crecer con más rapidez que ellas.[8]

Con esta perspectiva en mente, Deng defendía una serie de principios económicos y sociales como parte de su programa de reforma. No obstante, lo que él denominaba democracia socialista distaba mucho de la democracia pluralista. Seguía

convencido de que, en China, los principios políticos occidentales llevarían al caos y serían un estorbo para el desarrollo.

De todas formas, a pesar de que se declarara partidario de la necesidad de un gobierno autoritario, creyó que su última misión era la de traspasar el poder a otra generación que, si triunfaba su plan de desarrollo, crearía su propio orden político. Deng esperaba que el triunfo en su programa de reforma eliminara el incentivo de la evolución democrática. Pero tenía que haber comprendido que el cambio que estaba consiguiendo entrañaría unas consecuencias políticas de unas

dimensiones que aún eran imprevisibles. Y estos son los desafíos a los que se enfrentan actualmente sus sucesores.

Para el futuro inmediato, en 1992 Deng estableció unos objetivos relativamente modestos:

> Seguiremos adelante por la vía del socialismo al estilo chino. El capitalismo se ha desarrollado durante unos cuantos siglos. ¿Cuánto tiempo llevamos nosotros construyendo el socialismo? Por otra parte, desperdiciamos veinte años. Si conseguimos que, al cabo de cien años de la fundación de la República Popular, China sea un país moderadamente desarrollado, habremos logrado algo extraordinario.[9]

Esto tendría que ocurrir en 2049. En

realidad, en una sola generación, China ha avanzado mucho más.

Más de diez años después de la muerte de Mao, aparecía de nuevo su perspectiva de la revolución permanente. Era, en todo caso, otro tipo de revolución permanente: se basaba en la iniciativa personal y no en la exaltación ideológica; en la relación con el mundo exterior y no en la autarquía. Y tenía que cambiar el país de una forma tan radical como había pensado el Gran Timonel, aunque en la dirección contraria de la que él había concebido. Precisamente por ello, al concluir la gira meridional, Deng esbozó su esperanza de la llegada de una nueva

generación de dirigentes con sus propios puntos de vista innovadores. La actual dirección del Partido Comunista, dijo, era demasiado vieja. Pasados los sesenta, valían más para la conversación que para la toma de decisiones. La gente de su edad tenía que hacerse a un lado: una dolorosa confesión para un activista de siempre.

Insistí en retirarme porque en la vejez no quería cometer errores. La gente mayor tiene fuerza, pero también importantes debilidades —tienden, por ejemplo, a mostrarse tercos—, y deberían ser conscientes de ello. Cuanto mayor es una persona, más modestia tiene que demostrar y más cuidadosa debe ser para no equivocarse en sus últimos años. Tendríamos que seguir

seleccionando camaradas jóvenes para su promoción y echar una mano en su formación. No confiemos solo en los mayores. […] Cuando lleguen a la madurez podremos descansar tranquilamente. Ahora mismo aún tenemos nuestras preocupaciones.[10]

Por más frías que fueran las fórmulas de Deng, encerraban la melancolía de la vejez, la consciencia de que no llegaría a disfrutar de lo que defendía y planificaba. Había visto —y, en ocasiones, generado— tanta convulsión que necesitaba que su legado trajera un período de estabilidad. Por mucha seguridad que demostrara, le hacía falta

una nueva generación para poder, como decía él, «dormir tranquilo».

La gira meridional fue el último servicio público de Deng. Correspondió a Jiang Zemin y a sus colaboradores la puesta en marcha de estos principios. Entonces, Deng se retiró y cada día costó más acceder a él. Murió en 1997, cuando Jiang había consolidado ya su puesto. Con la ayuda del extraordinario primer ministro Zhu Rongji, Jiang se ocupó del legado de la gira meridional de Deng con tanta habilidad que, cuando acabó el mandato en 2002, el debate ya no se planteaba sobre si aquel era el camino correcto, sino más bien sobre el impacto de una China emergente y

dinámica en el orden y la economía mundiales.

17
Los altibajos en el camino hacia otra reconciliación
La era Jiang Zemin

Después de Tiananmen, las relaciones chino-estadounidenses volvieron prácticamente a su punto de partida. En 1971-1972, Estados Unidos quiso acercarse a China; luego, en las fases finales de la Revolución Cultural, se convenció de que la relación con este país era básica para el establecimiento

de un orden internacional pacífico y superó las reservas sobre el gobierno radical chino. Llegó el momento en que Estados Unidos había impuesto sanciones a China y en el que el disidente Fang Lizhi se había refugiado en la embajada estadounidense de Pekín. En todo el mundo se estaban imponiendo las instituciones democráticas liberales y la reforma de la estructura interior china se convirtió en un destacado objetivo político para Estados Unidos.

Conocí a Jiang Zemin en su cargo de alcalde de Shanghai. No habría imaginado que aquel hombre pudiera convertirse un el líder capaz de llevar a su país —como en realidad hizo— de la

catástrofe a la deslumbrante explosión de energía y creatividad que marcó el ascenso de China. Aunque en un principio vaciló, Jiang controló uno de los mayores aumentos del PIB per cápita de la historia de la humanidad, culminó la vuelta de Hong Kong, reconstituyó las relaciones de China con Estados Unidos y con el resto del mundo y lanzó a su país hacia la vía correcta para convertirse en el motor de la economía mundial.

Poco después del ascenso de Jiang, en noviembre de 1989, Deng intentó por todos los medios transmitirme la gran estima en que tenía al nuevo secretario general:

DENG: Ha conocido al secretario general Jiang Zemin y en el futuro tendrá otras ocasiones de verlo. Es una persona con ideas propias y de una gran valía.

KISSINGER: Realmente me ha impresionado.

DENG: Es un auténtico intelectual.

Pocos observadores extranjeros habían imaginado que Jiang triunfaría. Como secretario del Partido en Shanghai, había recibido merecidos elogios por su comedimiento en la resolución de las protestas en la ciudad: al principio de la crisis mandó cerrar un influyente periódico liberal, pero se negó a imponer la ley marcial y consiguió apaciguar las manifestaciones de su ciudad sin derramamiento de

sangre. Como secretario general, no obstante, se le consideraba una figura de transición, podía decirse que un candidato de compromiso a medio camino entre los relativamente liberales (entre los que se encontraba Li Ruihuan, ideólogo del Partido) y el grupo conservador (como Li Peng, el primer ministro). No contaba con una clara base de poder propia y, a diferencia de sus predecesores, no irradiaba autoridad. Por otra parte, era el primer líder comunista chino sin credenciales revolucionarias o militares. Su autoridad, al igual que las de sus sucesores, procedía de los resultados burocráticos y económicos. No estaba

en mayoría y le hizo falta el consenso en el Politburó. No llegó a establecer, por ejemplo, su dominio en política exterior hasta 1997, ocho años después de haberse convertido en secretario general.[1]

Los anteriores dirigentes del Partido se habían comportado con aquella distancia característica de una élite que mezclaba el nuevo materialismo marxista con vestigios de la tradición confuciana china. Jiang estableció otro modelo. A diferencia de Mao, el rey filósofo, de Zhou, el mandarín, o de Deng, el aguerrido guardián de los intereses nacionales, Jiang se comportaba más como un afable

miembro de la familia. Era una persona afectuosa y poco amante de la ceremonia. Mao se relacionaba con sus interlocutores desde las alturas del Olimpo, como si se tratara de universitarios ante un examen sobre la idoneidad de sus percepciones filosóficas. Zhou llevaba las conversaciones con la naturalidad, la gracia y la sublime inteligencia del sabio confuciano. Deng tomaba el atajo en las discusiones para pasar a los aspectos prácticos y consideraba las digresiones como una pérdida de tiempo.

Jiang no reivindicaba la preeminencia filosófica. Era un hombre que sonreía,

reía, contaba anécdotas y tocaba a sus interlocutores para establecer con ellos un vínculo. Se enorgullecía, a veces de forma desbordante, de su capacidad de expresarse en otras lenguas y de sus conocimientos sobre música occidental. Con las visitas de fuera, tenía por costumbre introducir alguna expresión inglesa, rusa o incluso rumana para dar más énfasis a algún punto, y pasaba sin avisar de un amplio abanico de frases clásicas chinas a coloquialismos ingleses, como el de *It takes two to tango* («Dos no se pelean si uno no quiere»). Cuando la ocasión se lo permitía, interrumpía alguna reunión social —y, a veces, incluso oficial—

lanzándose a cantar, ya fuera con la idea de desviar la atención de un punto conflictivo o de reforzar el compañerismo.

Las conversaciones entre los dirigentes chinos y las visitas extranjeras suelen celebrarse en presencia de un séquito formado por asesores y secretarios que no se manifiestan y en contadas ocasiones pasan notas a sus superiores. No así Jiang, que solía convertir a su camarilla en un coro griego; podía empezar un razonamiento y pasarlo a uno de los asesores para que lo concluyera, de una forma tan espontánea que a uno le daba la sensación de que trataba con un

equipo cuyo capitán era Jiang. Había leído mucho, tenía una gran cultura y siempre llevaba al interlocutor a una atmósfera de buena voluntad que lo envolvía, al menos en su trato con la gente de fuera. Organizaba el diálogo de forma que los puntos de vista de sus adversarios, e incluso de sus colegas, parecían tener la misma importancia que reclamaba para los suyos. En este sentido, Jiang fue el personaje menos del estilo Reino Medio que conocí entre los dirigentes chinos.

En el momento en que Jiang pasó a las altas esferas del gobierno chino, un informe interno del Departamento de Estado lo definía como un hombre

«cortés, lleno de energía y en ocasiones exuberante» y relataba «un incidente de 1987, cuando se levantó en la tribuna de autoridades en los festejos del día Nacional de Shanghai para dirigir una orquesta sinfónica, que interpretó una emotiva versión de la *Internacional* con acompañamiento de luces intermitentes y nubes de humo».[2] Durante una visita privada que hizo Nixon a Pekín en 1989, Jiang se levantó sin previo aviso y empezó a recitar el discurso de Gettysburg en inglés.

Pocos precedentes ha habido de este tipo de comportamiento informal entre los líderes chinos o soviéticos. Muchos extranjeros han subestimado a Jiang al

confundir su amistoso estilo con falta de seriedad. Y era todo lo contrario. La afabilidad de la que hacía gala Jiang tenía como objetivo establecer cuando le interesaba una línea más clara sobre dónde quería llegar con su interlocutor. Cuando consideraba que estaban implicados los intereses más vitales de su país, mostraba la misma determinación que sus titánicos predecesores.

Jiang era suficientemente cosmopolita para comprender que China tenía que funcionar dentro del sistema internacional y no en la lejanía o el dominio del Reino Medio. Zhou también lo había entendido así, al igual que lo

había hecho Deng. Pero Zhou solo podía poner en práctica su idea de forma fragmentada, por la presencia asfixiante de Mao, y Deng se encontró coartado por los hechos de Tiananmen. La afabilidad de Jiang era la expresión del intento serio y calculado de colocar a China en un nuevo orden internacional y restablecer la confianza del extranjero, por un lado para sanar las heridas internas del país y, por otro, para suavizar su imagen internacional. Jiang desarmaba a la crítica con su estilo ocasionalmente deslumbrante y presentaba el rostro positivo de un gobierno que trabajaba para romper el

aislamiento internacional y evitar para su sistema el destino de los soviéticos.

En sus objetivos internacionales, Jiang tuvo la suerte de contar con uno de los ministros de Asuntos Exteriores más hábiles que he conocido, con Qian Qichen, y con un jefe de política económica de gran inteligencia y tenacidad, el viceprimer ministro (y, posteriormente, primer ministro) Zhu Rongji. Ambos eran entusiastas defensores de la idea de que las instituciones políticas que imperaban en China eran las que mejor servían a sus intereses. Los dos también consideraban que el desarrollo permanente de China exigía la profundización de sus vínculos

con instituciones internacionales y con la economía mundial, donde se incluía el mundo occidental, a menudo insistente en sus críticas sobre la práctica política interior de China. Siguiendo la vía de desafiante optimismo de Jiang, Qian y Zhu iniciaron sus periplos por el extranjero, asistieron a conferencias internacionales, concedieron entrevistas y participaron en diálogos sobre diplomacia y economía, con lo que a veces tuvieron que enfrentarse con determinación y buen humor a un público escéptico y crítico. No a todos los observadores chinos les entusiasmó la idea de comprometerse con un mundo occidental que veían displicente para

con su país; y no todos los observadores occidentales aprobaron el esfuerzo de establecer un compromiso con una China que no satisfacía las expectativas políticas occidentales. El arte de gobernar debe juzgarse por la forma de abordar las ambigüedades y no los absolutos. Jiang, Qian, Zhu y sus colaboradores consiguieron que su país saliera del aislamiento y se restablecieran los frágiles vínculos entre China y el mundo occidental, que se mostraba escéptico.

Poco después de su nombramiento en 1989, Jiang me citó para hablar conmigo y me presentó los acontecimientos bajo el prisma de la vuelta a la diplomacia

tradicional. No comprendía por qué la reacción china a un desafío interior había provocado la ruptura de relaciones con Estados Unidos. «No existen grandes problemas entre los dos países, a excepción de Taiwan —insistió—. No tenemos litigios fronterizos; en cuanto a la cuestión de Taiwan, el comunicado de Shanghai estableció una buena solución.» China, abundó, nunca había pedido que sus principios se aplicaran fuera del país: «Nosotros no exportamos la revolución. Cada país debe escoger su sistema social. El sistema socialista de China procede de nuestra propia posición histórica».

En todo caso, China seguiría con sus reformas económicas: «Si de nosotros depende, la puerta siempre está abierta. Estamos dispuestos a reaccionar ante cualquier gesto positivo de Estados Unidos. Tenemos muchos intereses en común». La reforma, no obstante, tenía que ser voluntaria; no podía dictarse desde fuera:

> La historia china demuestra que una mayor presión lleva siempre a una mayor resistencia. Como estudioso de las ciencias naturales, procuro interpretar las cosas según las leyes de estas. China tiene 1.100 millones de habitantes. Es un país grande y posee un gran ímpetu. No es fácil hacerlo. Como viejo amigo, le hablo con franqueza.

Jiang me transmitió sus reflexiones sobre la crisis de Tiananmen. Según él, el gobierno chino no estaba «preparado mentalmente para aquellos acontecimientos», y el Politburó estuvo dividido desde el principio. En su versión de los hechos, hubo pocos héroes, y no lo fueron ni los líderes estudiantiles, ni el Partido, a quienes describió con pesar como personas poco efectivas y divididas ante un desafío sin precedentes.

Cuando volví a ver a Jiang casi un año después, en septiembre de 1990, la tensión seguía marcando las relaciones con Estados Unidos. Se puso en marcha con gran lentitud el acuerdo global que

condicionaba el levantamiento de las sanciones a la liberación de Fang Lizhi. En cierto modo, dada la definición del problema, los desengaños no constituían ninguna sorpresa. Los estadounidenses defensores de los derechos humanos insistían en unos valores que ellos consideraban universales. Los líderes chinos hacían ajustes sobre la base de sus propios intereses. Los activistas de Estados Unidos, en especial algunas ONG (organizaciones no gubernamentales), no consideraban satisfechos sus objetivos con medidas parciales. Para ellos, lo que Pekín veía como concesiones implicaba que los objetivos eran moneda de cambio y, por

lo tanto, no eran universales. Los activistas ponían el acento en las metas morales y no en las políticas; los dirigentes se centraban en un proceso político continuo: por encima de todo, en poner punto final a las tensiones del momento y volver a la relación «normal». Esta vuelta a la normalidad era precisamente lo que rechazaban o condicionaban los activistas.

En los últimos tiempos había entrado en el debate político un adjetivo peyorativo que desestimaba la diplomacia tradicional tachándola de «transaccional». Desde esta perspectiva, una relación constructiva a largo plazo con un Estado no democrático es

insostenible casi por naturaleza. Quienes abogan por esta vía parten de la premisa de que la paz auténtica y duradera da por supuesta una comunidad de estados democráticos. Esto explica que veinte años más tarde, la administración de Ford y la administración de Clinton no llegaran a un acuerdo sobre la ejecución de la Enmienda Jackson-Vanik en el Congreso, a pesar de que la Unión Soviética y China parecieran dispuestas a hacer concesiones. Los activistas rechazaron los pasos parciales y alegaron que, con persistencia, se lograrían los objetivos finales. Jiang me planteó este tema en 1990. Últimamente, China «había adoptado una serie de

medidas» motivadas básicamente por el deseo de mejorar las relaciones con Estados Unidos:

> Algunas de estas son cuestiones que atañen únicamente a la política interior china, como el levantamiento de la ley marcial en Pekín y el Tíbet. Seguimos con ello a partir de dos consideraciones: en primer lugar, que dan testimonio de la estabilidad interior china; en segundo lugar, no ocultamos que utilizamos estas medidas para proporcionar una mejor comprensión de las relaciones entre Estados Unidos y China.

Estas iniciativas, según Jiang, no habían tenido una respuesta equivalente. Pekín había cumplido con su parte del acuerdo global propuesto por Deng,

pero se había encontrado con un aumento de las exigencias por parte del Congreso.

Los valores democráticos y los derechos humanos constituyen la base de la confianza de Estados Unidos en su sistema. Pero, al igual que todos los valores, poseen un carácter absoluto, algo que pone en tela de juicio los matices a través de los cuales normalmente funciona la política exterior. Cuando la condición básica para el avance en el resto de los campos de la relación es la adopción de los principios de gobierno de Estados Unidos, el bloqueo se hace inevitable. En este punto, las dos partes se ven

obligadas a poner en equilibrio las cuestiones de seguridad nacional y los imperativos de sus principios de gobierno. La administración de Clinton, ante el firme rechazo del principio en Pekín, decidió modificar su postura, como veremos más adelante en este capítulo. Entonces, el problema volvió al ajuste de prioridades entre Estados Unidos y su interlocutor, es decir, a la diplomacia tradicional «transaccional». O esto, o el enfrentamiento.

Se trata de una opción que hay que asumir, que no puede evadirse. Respeto a aquellos que están dispuestos a luchar por la defensa de su punto de vista sobre los principios de extender los valores

estadounidenses. Ahora bien, la política exterior tiene que definir medios y objetivos, y cuando los medios empleados superan el límite de la tolerancia del marco internacional o de una relación considerada esencial para la seguridad nacional, hay que tomar una decisión. Lo que no se puede hacer es minimizar la naturaleza de la opción. El mejor resultado que podría lograrse en el debate estadounidense sería la combinación de dos enfoques: para los idealistas, el reconocimiento que los principios tienen que ponerse en práctica con el tiempo y, por tanto, deben ajustarse a las circunstancias; y para los «realistas», la aceptación de

que los valores poseen su propia realidad y tienen que formar parte integral de las políticas operativas. Un planteamiento de este tipo reconoce el sinfín de matices que existen en cada campo, con los que hay que hacer un esfuerzo para que queden difuminados entre sí. En la práctica, este objetivo a menudo ha quedado desbordado por las pasiones que surgen en la controversia.

Durante la década de 1990, los debates internos estadounidenses tuvieron su réplica en las discusiones con los dirigentes chinos. Cuarenta años después de la victoria del comunismo en su país, los líderes chinos defendían un orden internacional que rechazaba

proyectar los valores a través de las fronteras (un principio consagrado de la política comunista), mientras que Estados Unidos insistía en la aplicación universal de sus valores mediante la presión y los incentivos, o, lo que es lo mismo, la intervención en la política interna de otro país. Resulta curioso que el heredero de Mao me diera lecciones sobre la naturaleza de un sistema internacional basado en estados soberanos, sobre el que, en definitiva, yo había escrito hacía unas décadas.

Precisamente, Jiang habló de ello en mi visita de 1990. Él y otros dirigentes chinos siguieron insistiendo en lo que habría sido lo más lógico cinco años

antes: que China y Estados Unidos debían trabajar juntos en un nuevo orden internacional, basado en unos principios parecidos a los del sistema tradicional de estados europeos que se aplicaba desde 1648. Es decir, las disposiciones interiores superaban el ámbito de la política exterior. Las relaciones entre estados se regían por principios de interés nacional.

Esta propuesta era exactamente lo que rechazaba la nueva orientación política en Occidente. La nueva idea insistía en que el mundo entraba en una era «postsoberanista», en la que las normas internacionales sobre derechos humanos se situarían por encima de las

prerrogativas de los gobiernos soberanos. Por el contrario, Jiang y sus colaboradores buscaban un mundo multipolar que aceptara el estilo de socialismo híbrido y de «democracia popular» de China, y en el que Estados Unidos tratara a China en igualdad de condiciones, como gran potencia.

Durante mi siguiente visita a Pekín, en septiembre de 1991, Jiang volvió a la cuestión de las máximas de la democracia tradicional. El interés nacional se antepuso a la reacción ante la conducta china en el ámbito interior:

> No existe un conflicto básico de intereses entre nuestros dos países. Ninguna razón nos impide volver a la normalidad en las

relaciones. Si somos capaces de respetarnos mutuamente, de frenar la interferencia en los asuntos internos, si nuestras relaciones se basan en la igualdad y el beneficio mutuo, encontraremos un interés común.

Con la disminución de las rivalidades de la guerra fría, Jiang apuntó: «En la situación actual, los factores ideológicos no tienen importancia en las relaciones entre estados».

Jiang aprovechó mi visita de septiembre de 1990 para hacer público que había asumido todas las funciones de Deng, algo que aún no estaba claro, puesto que los asuntos internos específicos de la estructura de poder de Pekín siempre han sido impenetrables:

Deng Xiaoping está al corriente de su visita. Le da la bienvenida y desea que le salude. En segundo lugar, ha hablado de la carta que le escribió el presidente Bush y quiere hacer dos puntualizaciones. Primera: me ha pedido a mí, como secretario general, que transmita a través de usted su saludo al presidente Bush. Segunda: después de su jubilación, el año anterior, me ha confiado a mí, como secretario general, toda la administración de estos asuntos. No tengo intención de escribir una carta como respuesta a la que él ha dirigido a Deng Xiaoping, si bien lo que le transmito en palabras mías se ajusta a la idea y al espíritu de lo que quiere transmitir Deng.

Lo que Jiang me pidió que transmitiera era que China había hecho suficientes concesiones y que ahora era

responsabilidad de Washington la mejora de las relaciones. «Por lo que respecta a China —dijo Jiang—, siempre he valorado la amistad entre los dos países.» Ahora, siguió diciendo, China ha acabado con las concesiones: «Por parte de China se ha hecho lo suficiente. Ha sido un gran esfuerzo y lo hemos llevado a cabo del mejor modo posible».

Jiang repitió la ya tradicional argumentación de Mao y Deng: que era inútil presionar a China y que iban a seguir con su extraordinaria resistencia ante cualquier indicio de intimidación exterior. Mantuvo que Pekín, al igual que Washington, se enfrentaba a la

presión política de su pueblo: «Otra cuestión: esperamos que Estados Unidos tome nota de ello. El pueblo chino no tolerará que su gobierno emprenda iniciativas unilaterales que no se correspondan con las medidas tomadas por Estados Unidos».

China y la desintegración de la Unión Soviética

En todas las conversaciones aparecía el trasfondo de la desintegración de la Unión Soviética. Mijaíl Gorbachov estuvo en Pekín al principio de la crisis de Tiananmen, pero a pesar de que

China estaba descoyuntada por la controversia interna, los cimientos del dominio soviético se derrumbaban en tiempo real, como a cámara lenta, en las pantallas de televisión de todo el mundo.

Los dilemas de Gorbachov eran aún más desconcertantes que los de Pekín. La controversia china se planteaba sobre la forma en que tenía que gobernar el Partido Comunista. Las disputas soviéticas giraban alrededor de si tenía que gobernar el Partido Comunista. Al conceder a la reforma política (*glasnost*) prioridad frente a la reestructuración económica (*perestroika*), Gorbachov había

convertido en inevitable la controversia sobre la legitimidad del gobierno comunista. Gorbachov había reconocido el profundo estancamiento, pero carecía de imaginación o capacidad para superar la arraigada rigidez. Los distintos organismos de supervisión del sistema se habían convertido, con el paso del tiempo, en parte del problema. El Partido Comunista, en otra época instrumento de la revolución, en un sistema comunista elaborado no tenía otra función que la de supervisar lo que no comprendía: la gestión de una economía moderna, problema que resolvía en connivencia con lo que supuestamente controlaba. La élite

comunista se había convertido en una clase de mandarines privilegiados; en teoría se encargaba de la ortodoxia nacional y se concentraba en la conservación de sus derechos.

La *glasnost* entró en conflicto con la *perestroika*. Gorbachov terminó hundiéndose en el sistema que tanto había influido en él y al que debía su prestigio. Pero antes definió de nuevo el concepto de coexistencia pacífica. Lo habían ratificado los dirigentes anteriores y Mao había discutido con Jruschov a raíz de esta cuestión. Los predecesores de Gorbachov, de todas formas, habían defendido la coexistencia pacífica como un respiro temporal en la

vía de la confrontación y la victoria definitivas. En el XXVII Congreso del Partido Comunista, en 1986, decidió que se trataba de una parte permanente en la relación entre comunismo y capitalismo. Era su sistema de entrar de nuevo en el sistema internacional en el que Rusia había participado durante el período presoviético.

Durante mis visitas, a los dirigentes chinos les costaba distinguir entre el modelo de China y el de Rusia, en especial el de Gorbachov. En la reunión que tuvimos en septiembre de 1990, Jiang puntualizó:

> Será imposible encontrar un Gorbachov chino. Puede deducirlo de las

conversaciones que ha mantenido con nosotros. Su amigo Zhou Enlai solía citar nuestros cinco principios sobre la coexistencia pacífica. Pues hoy siguen en pie. No puede existir un solo sistema social en el mundo. No queremos imponer el nuestro a los demás, ni que los demás nos impongan el suyo.

Los dirigentes chinos defendían los mismos principios de coexistencia que Gorbachov. Pero no los utilizaban como conciliación con Occidente, como había hecho Gorbachov, sino para aislarse de este. En Pekín se trataba a Gorbachov como a alguien irrelevante, por no decir como a un hombre que vivía en el error. Se rechazaba su programa de modernización porque se consideraba

mal planteado, pues anteponía la reforma política a la reforma económica. Desde el punto de vista chino, con el tiempo haría falta una reforma política, pero tenía que precederla la reforma económica. Li Ruihuan explicó por qué no podía funcionar en la Unión Soviética: cuando prácticamente escasean todos los bienes de consumo, la reforma de los precios lleva a la inflación y al pánico. Cuando Zhu Rongji visitó Estados Unidos en 1990, fue alabado como el «Gorbachov chino»; tuvo que esforzarse en aclarar: «No soy el Gorbachov chino. Soy el Zhu Rongji chino».[3]

Cuando volví a China en 1992, Qian

Qichen describió el hundimiento de la Unión Soviética diciendo que era «como lo que sigue a una explosión: ondas expansivas en todas direcciones». En efecto, la desintegración de la Unión Soviética había creado un contexto geopolítico nuevo. Mientras Pekín y Washington evaluaban el nuevo panorama, descubrieron que sus intereses ya no eran tan parecidos como en los días en que habían estado a punto de forjar una alianza. En aquella época, los desacuerdos se centraban básicamente en las tácticas de contraposición a la hegemonía soviética. Pero después, al irse diluyendo el adversario común, inevitablemente

saltaron a un primer plano las diferencias de los dos gobiernos sobre los valores y la visión del mundo.

En Pekín, el final de la guerra fría creó un sentimiento en el que se mezclaba el alivio y el miedo. Por una parte, los líderes chinos dieron la bienvenida la desmembración del adversario soviético. Se había impuesto la estrategia de Mao y de Deng, basada en la disuasión activa, incluso ofensiva. Por otra parte, los líderes chinos no podían evitar hacer comparaciones entre el desmoronamiento de la Unión Soviética y su propio desafío interno. Ellos también habían heredado un imperio antiguo y multiétnico, que

pretendían administrar como un Estado socialista moderno. Pese a que el porcentaje de población que no pertenecía al grupo étnico de los han era mucho más reducido en China (alrededor de un 10 por ciento) que la proporción de población no rusa en el imperio soviético (alrededor de un 50 por ciento), existían las minorías étnicas con tradiciones diferenciadas. Además, dichas minorías vivían en regiones estratégicamente delicadas, en las fronteras con Vietnam, Rusia y la India.

Ningún presidente estadounidense de la década de 1970 se habría arriesgado a enfrentarse con China mientras el peligro estratégico de la Unión

Soviética se cernía en el horizonte. No obstante, desde Estados Unidos, la desintegración de la Unión Soviética se veía como una especie de triunfo permanente y universal de los valores democráticos. Existía un sentimiento bipartidista según el cual había quedado desbancada la «historia» tradicional: aliados y adversarios avanzaban de forma inexorable hacia la democracia parlamentaria multipartidista y hacia los mercados abiertos (instituciones que, según la perspectiva estadounidense, estaban estrechamente vinculadas). Iba a apartarse cualquier obstáculo que se interpusiera en este camino.

Había evolucionado una nueva idea

según la cual el Estado-nación perdía importancia y a partir de entonces el sistema internacional se basaría en principios transnacionales. Ya que se daba por supuesto que las democracias eran intrínsecamente pacíficas y las autocracias, por el contrario, se veían más expuestas a la violencia y al terrorismo internacional, la promoción de un cambio de régimen se consideraba una iniciativa de política exterior justificada y no una injerencia en los asuntos internos.

Los dirigentes chinos rechazaban la previsión estadounidense del triunfo universal de la democracia liberal occidental, si bien también comprendían

que necesitaban la colaboración de Estados Unidos para llevar adelante su programa de reforma. Así pues, en septiembre de 1990, yo mismo fui quien transmitió un «mensaje oral» al presidente Bush, que terminaba con un llamamiento al alto mandatario de Estados Unidos:

> Durante más de un siglo, las potencias extranjeras han sometido al pueblo chino a intimidaciones y humillaciones. No deseamos que se abra de nuevo la herida. Estamos convencidos de que usted, como antiguo amigo de China, señor presidente, comprenderá los sentimientos de nuestro pueblo. China valora las relaciones amistosas y la colaboración entre nuestro

país y Estados Unidos, pero valora aún más su independencia, su soberanía y dignidad.

En esta nueva atmósfera, es más importante que nunca que las relaciones chino-estadounidenses vuelvan a la normalidad sin dilación. Estamos seguros de que encontrarán la forma de alcanzar este objetivo. Nosotros daremos cumplida respuesta a cualquier iniciativa positiva que aborden en interés de la mejora de las relaciones entre China y Estados Unidos.

Abundando en lo que Jiang me había transmitido personalmente, las autoridades del Ministerio de Asuntos Exteriores chino me entregaron un mensaje escrito para el presidente Bush. Estaba sin firmar, lo habían llamado comunicación oral transcrita y era algo

más formal que una conversación, aunque menos explícito que una nota oficial. Aparte de esto, el subsecretario de Asuntos Exteriores, que me acompañó al aeropuerto, puso en mi mano unos papeles en los que se clarificaban una serie de preguntas formuladas por mí en la reunión con Jiang. Al igual que el mensaje, las respuestas ya se habían dado a entender en el encuentro; lo de ponerlo por escrito era cuestión de énfasis:

PREGUNTA: ¿Qué significa que Deng no haya contestado a la carta del presidente?

RESPUESTA: Deng se jubiló el año pasado. Ya hizo llegar al presidente un mensaje oral en el que precisaba que toda la autoridad

administrativa sobre estos asuntos había pasado a Jiang.

PREGUNTA: ¿Por qué la respuesta ha sido oral y no escrita?

RESPUESTA: Deng leyó la carta. Pero ya que encomendó estas cuestiones a Jiang, le pidió que fuera él quien respondiera. Quisimos dar al doctor Kissinger la oportunidad de transmitir un mensaje oral al presidente por el papel desempeñado por el doctor Kissinger a favor de las relaciones entre Estados Unidos y China.

PREGUNTA: ¿Está Deng al corriente del contenido de la respuesta?

RESPUESTA: Por supuesto.

PREGUNTA: Cuando hablaba de que Estados Unidos no tomó las «medidas correspondientes», ¿a qué se refería?

RESPUESTA: El mayor problema es la continuación de las sanciones estadounidenses a China. Lo mejor sería que

el presidente las levantara o bien las levantara *de facto*. Estados Unidos también tiene una opinión decisiva respecto a los préstamos del Banco Mundial. Otro punto se refiere a las visitas de alto nivel, que formaron parte del acuerdo.

[…]

PREGUNTA: ¿Estarían dispuestos a tomar en consideración otro acuerdo global?

RESPUESTA: No es lógico, puesto que el primero nunca se materializó.

El presidente George H. W. Bush consideraba, a partir de su experiencia personal, que no era conveniente llevar a cabo una política de intervención en el país más poblado del mundo y en el Estado que había vivido la autonomía más larga de la historia. Estaba

preparado para intervenir en circunstancias especiales y en beneficio de personas o grupos específicos, pero consideraba que un enfrentamiento general a raíz de la estructura interna china podía poner en peligro una relación vital para la seguridad nacional estadounidense.

En respuesta al mensaje oral de Jiang, Bush hizo una excepción a la prohibición de visitas de alto nivel a China y animó a su secretario de Estado, James Baker, a trasladarse a Pekín para celebrar unas consultas. Las relaciones se estabilizaron durante un breve período, pero cuando dieciocho meses después llegó al poder la administración

de Clinton, durante buena parte del primer mandato de este presidente volvieron a producirse los altibajos anteriores.

La administración de Clinton y la política de China

Durante la campaña electoral de septiembre de 1992, Bill Clinton puso en cuestión los principios gubernamentales de China y criticó a la administración de Bush por «consentir» a Pekín después de los acontecimientos de Tiananmen. «China no puede resistir eternamente a las fuerzas del cambio

democrático —apuntó Clinton—. Algún día seguirá el camino de los regímenes comunistas de Europa oriental y la antigua Unión Soviética. Estados Unidos debe hacer lo que esté en su mano para estimular este proceso.»[4]

Después de que Clinton tomara posesión del cargo en 1993, decidió, como principal objetivo en política exterior, la «ampliación» de las democracias. La meta, tal como declaró ante la Asamblea General de la ONU en septiembre de 1993, era la de «ampliar y fortalecer la comunidad mundial de democracias basadas en el mercado» y «agrandar el círculo de naciones que viven en el marco de estas instituciones

libres», hasta que la humanidad consiguiera forjar «un mundo de democracias prósperas que colaboraran entre sí y vivieran en paz».[5]

La dinámica postura de la nueva administración en materia de derechos humanos no estaba pensada como estrategia para debilitar a China, ni para que Estados Unidos consiguiera una ventaja estratégica. Reflejaba más bien una idea general de orden mundial en el que se esperaba que China participara como miembro respetado. Desde la perspectiva de la administración de Clinton, se trataba de un sincero intento de apoyar unas prácticas que el

presidente y sus asesores consideraban que iban a ser útiles a China.

En Pekín, no obstante, las presiones estadounidenses, afianzadas por otras democracias occidentales, se consideraban un plan encaminado a mantener la debilidad de China por medio de la intromisión en sus asuntos internos al estilo de los colonialistas del siglo XIX. Los líderes chinos interpretaron las declaraciones de la nueva administración como un intento capitalista de derrocar los gobiernos comunistas de todo el mundo. Albergaban la profunda sospecha de que, con la desintegración de la Unión Soviética, Estados Unidos haría lo que

había pronosticado Mao: pasar de la destrucción de un gigante comunista a «hincar el dedo» en la espalda del otro.

En las sesiones del Senado para su confirmación en el cargo de secretario de Estado, Warren Christopher formuló el objetivo de transformación de China en términos más limitados: defendió que Estados Unidos «intentaría facilitar una evolución pacífica de China del comunismo a la democracia alentando a las fuerzas de liberalización económica y política de este gran país».[6] Pero la referencia de Christopher a la «evolución pacífica» resucitó, intencionadamente o no, la expresión utilizada por John Foster Dulles para

hablar del hundimiento final de los estados comunistas. En Pekín, no se interpretaba como una orientación esperanzadora, sino que se consideraba como un plan occidental de convertir China en una democracia capitalista sin tener que recurrir a la guerra.[7] Ni las declaraciones de Clinton ni las de Christopher se consideraron polémicas en Estados Unidos, mientras que en Pekín produjeron aversión.

La administración de Clinton, después de haber arrojado el guante —tal vez sin reconocer del todo la magnitud del desafío—, declaró que había llegado el momento de «comprometer» a China en una amplia serie de cuestiones. Entre

ellas estaban las condiciones de la reforma interna de China y su integración en la economía mundial. Al parecer, no se consideraban un obstáculo insalvable los reparos que pudieran tener los dirigentes chinos ante la apertura del diálogo con los mismos altos mandos estadounidenses que poco antes habían pedido el cambio de su sistema político. El devenir de esta iniciativa demuestra las complejidades y las ambigüedades de este tipo de política.

Los líderes chinos ya no volvieron a afirmar que representaban una verdad revolucionaria única que pudiera exportarse. Al contrario, propugnaron la

meta básicamente defensiva de trabajar para conseguir un mundo no del todo hostil a su sistema de gobierno o de integridad territorial y para ganar tiempo a fin de poder desarrollar su economía y solucionar los problemas internos a su ritmo. Se trataba de una política exterior probablemente más próxima a la de Bismarck que a la de Mao: gradual, defensiva y basada en la construcción de diques contra las mareas históricas desfavorables. Pero mientras cambiaban las mareas, los dirigentes chinos transmitían una ardiente idea de independencia. Disimulaban la preocupación aprovechando hasta la última oportunidad para afirmar que se

opondrían con todas sus fuerzas a las presiones externas. Como insistió Jiang en una conversación conmigo en 1991: «Nunca nos rendimos ante la presión. *This is very important*. Es un principio filosófico».

La dirección china tampoco aceptó la interpretación del fin de la guerra fría como la entrada en un período en el que Estados Unidos se convertiría en una superpotencia. En otra conversación de 1991, Qian Qichen advirtió de que el nuevo orden internacional no podía mantenerse indefinidamente unipolar y de que China iba a trabajar por un mundo multipolar, lo que significaba que sus esfuerzos se centrarían en

contrarrestar la supremacía estadounidense. Habló de realidades demográficas —y, entre ellas, hizo una referencia amenazadora respecto a la ventaja de la población china, por sus enormes dimensiones— para respaldar su punto de vista:

> Creemos que es imposible que llegue a hacerse realidad este mundo unipolar. Algunos parecen estar convencidos de que tras el fin de la guerra del Golfo y de la guerra fría, Estados Unidos puede hacer lo que sea. Pienso que no es verdad. […] El mundo musulmán supera los 1.000 millones de habitantes. La población de China se sitúa en 1.100 millones. La del sur de Asia también suma más de 1.000 millones. Los habitantes de China superan la suma de la

población de Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa y Japón. De modo que este sigue siendo un mundo diversificado.

Puede que el primer ministro Li Peng expresara el comentario más sincero sobre la cuestión de los derechos humanos. En respuesta a mi definición sobre los tres campos políticos que había que mejorar —derechos humanos, traspaso de tecnología armamentística y comercio—, en diciembre de 1992 declaraba:

Respecto a los tres campos que ha mencionado, podemos hablar sobre derechos humanos. De todas formas, dadas las importantes diferencias que existen entre nosotros, dudo que podamos avanzar mucho.

> El concepto de derechos humanos engloba tradiciones, así como valores morales y filosóficos. En China, estos son distintos de los de Occidente. Creemos que el pueblo chino tiene que disfrutar de más derechos democráticos y ejercer una función más importante en la política interior. Pero todo ello tiene que llevarse a cabo de la forma que el pueblo chino considere aceptable.

Esta afirmación sobre la necesidad de avanzar hacia los derechos democráticos era insólita si se tiene en cuenta que Li Peng era un representante del ala conservadora del gobierno chino. Pero tampoco existían precedentes respecto a la sinceridad con la que establecía los límites de la flexibilidad china: «Naturalmente, en

cuestiones como la de los derechos humanos podemos hacer algo. Podemos discutir y, sin comprometer nuestros principios, adoptar medidas flexibles. Lo que no podemos hacer es llegar a un acuerdo total con Occidente, pues sería algo que agitaría los cimientos de nuestra sociedad».

Durante el primer mandato del presidente Clinton las relaciones con China atravesaron un punto crítico: el intento de la administración de dicho presidente de condicionar la situación comercial de China, como «nación más favorecida», al historial de mejoras de los derechos humanos en China. El de «nación más favorecida» es en cierto

modo un título engañoso: dado que una importante mayoría de los países disfrutan de esta categoría, no es tanto un indicador de favor como una afirmación de que un país cuenta con unos privilegios comerciales normales.[8] La idea de condicionalidad de «nación más favorecida» presentaba su objetivo moral en forma del típico concepto pragmático estadounidense de la recompensa y el castigo (o la «zanahoria» y el «palo»). Como explicó el asesor de Seguridad Nacional de la administración de Clinton, Anthony Lake, Estados Unidos retendría un beneficio hasta obtener resultados, «al propocionar castigos que incrementan

los costes de la represión y de la conducta agresiva» hasta que la dirección de China estableciera un cálculo racional basado en el interés encaminado a liberalizar sus instituciones internas.[9]

En mayo de 1993, Winston Lord, a la sazón secretario de Estado adjunto para asuntos de Asia oriental y del Pacífico, y durante la década de 1970 mi socio indispensable en la apertura hacia China, se desplazó a Pekín para poner al corriente a las autoridades chinas sobre los puntos de vista de la nueva administración. Al final del viaje, Lord advirtió de que era imprescindible un «progreso espectacular» en materia de

derechos humanos, en la no proliferación y otras cuestiones si China quería mantener su situación de «nación más favorecida».[10] Lord, atrapado entre un gobierno chino que rechazaba como ilegal cualquier condicionamiento y unos políticos estadounidenses que exigían unas condiciones cada vez más estrictas, no hizo ningún progreso.

Visité Pekín poco después del viaje de Lord y allí encontré a los mandatarios chinos esforzándose por trazar un plan que les sacara del callejón sin salida de la condicionalidad del estatus de «nación más favorecida». Jiang presentó una «sugerencia amistosa»:

China y Estados Unidos, como países de envergadura, tendrían que plantearse los problemas con una perspectiva a largo plazo. El desarrollo económico y la estabilidad social de China sirve a los intereses de este país, pero a su vez lo convierte en una importante fuerza de cara a la paz y la estabilidad, en Asia y en los demás lugares. Creo que, al observar al resto de los países, Estados Unidos debe tomar en consideración su autoestima y su soberanía. Esta es una sugerencia amistosa.

Jiang intentaba de nuevo impedir que Estados Unidos viera a China como una posible amenaza o como un adversario, y con ello reducir cualquier tentativa de mantener controlado a su país:

Ayer, en un simposio, abordé este tema. También mencioné un artículo publicado en *The Times* que apuntaba que un día China se convertiría en una superpotencia. He dicho por activa y por pasiva que China jamás representará una amenaza para otro país.

En el contexto de las duras palabras de Clinton y de la actitud beligerante del Congreso, Lord negoció un compromiso con el dirigente de la mayoría del Senado, George Mitchell, y con la miembro de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, que ampliaba un año más el estatus de China como «nación más favorecida». Se expresaba en una orden ejecutiva flexible y no en una ley vinculante.

Limitaba la condicionalidad a los derechos humanos en lugar de incluir otros campos de democratización en los que insistían muchos miembros del Congreso. Para los chinos, sin embargo, la condicionalidad era una cuestión de principios, como lo había sido para la Unión Soviética cuando rechazó la Enmienda Jackson-Vanik. Pekín se opuso a las condiciones, pero no a su contenido.

El 28 de mayo de 1993, el presidente Clinton firmó la orden ejecutiva que ampliaba doce meses más el estatus de «nación más favorecida» de China, y después de este período podía renovarse o cancelarse según la conducta de este

país; en el ínterin, Clinton subrayó que la base de la política china de su administración sería «la firme insistencia sobre un progreso significativo en materia de derechos humanos en China».[11] Explicó que la condicionalidad del estatus de «nación más favorecida» era en principio la expresión de la indignación estadounidense respecto a Tiananmen y de la «profunda preocupación» que sentía por el gobierno de China.[12]

La orden ejecutiva iba acompañada de unas palabras más peyorativas sobre China que las que podía haber expresado cualquier administración desde la década de 1960. En septiembre

de 1993, Lake, asesor de Seguridad Nacional, apuntó en un discurso que si China no accedía a las demandas estadounidenses, el país quedaría incluido en lo que él denominaba «estados reaccionarios "de respuesta violenta"» que se aferraban a unas formas de gobierno anticuadas por medio de «la fuerza militar, la cárcel y la tortura por razones políticas», así como «las intolerantes muestras de racismo, los prejuicios étnicos, la xenofobia y el irredentismo».[13]

En el caso del gobierno de Pekín, también se juntaron otros acontecimientos que agravaron las sospechas. Las negociaciones sobre la

adhesión de China al GATT, el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, posteriormente subsumido en la Organización Mundial del Comercio (OMC), quedaron estancadas a raíz de unas cuestiones fundamentales. Se objetó también contra la tentativa de Pekín de albergar los Juegos Olímpicos de 2000. Las mayoría en las dos cámaras del Congreso expresaron su desacuerdo ante el intento; el gobierno de Estados Unidos mantuvo un silencio prudente.[14] La propuesta de China como sede de los Juegos Olímpicos fue rechazada por escaso margen. Luego, a raíz de una inspección intervencionista (y, finalmente, infructuosa) de Estados

Unidos a un barco chino sospechoso de transportar componentes de armas químicas a Irán, se agudizaron las tensiones. Todos estos incidentes, cada uno con sus razones específicas, se analizaron en China siguiendo la estrategia de Sun Tzu, que no tiene en cuenta los acontecimientos aislados, sino las pautas que reflejan el plan global.

La situación se hizo insostenible con la visita del secretario de Estado, Warren Christopher, a Pekín en marzo de 1994. Como contó él mismo más tarde, su visita tenía como objetivo conseguir una solución a la cuestión del estatus de «nación más favorecida» en junio,

cuando expirara el tiempo límite de la ampliación de un año y de «insistir ante los chinos de que, siguiendo la política del presidente, disponían de un tiempo limitado para mejorar su práctica en materia de derechos humanos». Y abundaba: «Si pretenden mantener sus privilegios comerciales de bajos aranceles, tienen que demostrar unos progresos significativos, y hacerlo sin dilación».[15]

Las autoridades chinas habían apuntado que era un momento inoportuno para la visita. Se había previsto que Christopher llegara el día de la inauguración de la sesión anual de la legislatura china, el Congreso Popular

Nacional. La presencia de un secretario de Estado de Estados Unidos que cuestionara al gobierno chino en materia de derechos humanos podía eclipsar las deliberaciones del organismo o llevar a las autoridades a pasar a la ofensiva para demostrar que la presión externa no les afectaba. Christopher reconoció más tarde: «Para ellos ha sido el foro perfecto para demostrar que pretendían hacer frente a Estados Unidos».[16]

Así fue, en efecto. Se convirtió en uno de los encuentros diplomáticos más claramente hostiles desde el acercamiento entre Estados Unidos y China. Lord, que acompañaba a Christopher, describió la sesión de este

con Li Peng como «la reunión diplomática más brutal a la que había asistido nunca»,[17] y eso que había permanecido a mi lado durante todas las negociaciones con los norvietnamitas. Christopher contó en sus memorias la reacción de Li Peng, que dejó patente:

> La política china sobre derechos humanos no era asunto nuestro, y cabe observar que Estados Unidos tenía muchos problemas en este campo que exigían atención. […] Para dejar constancia de que me había percatado de su profundo descontento, los chinos cancelaron bruscamente la reunión que me habían programado para ese mismo día con el presidente Jiang Zemin.[18]

Aquellas tensiones, que parecían

correr un tupido velo sobre veinte años de política china creativa, llevaron a una ruptura en la administración entre los departamentos de Economía y de Política encargados de las cuestiones de derechos humanos. Ante la resistencia china y las presiones sobre Estados Unidos ejercidas por las empresas que operaban en China, la administración fue encontrándose poco a poco en la humillante situación de suplicar a Pekín durante las últimas semanas antes de que se cumpliera el paso concedido a China como «nación más favorecida», a fin de que llevara a cabo unas concesiones modestas que justificaran la ampliación del estatus.

Poco después del regreso de Christopher y con el plazo autoimpues to para la renovación del estatus de «nación más favorecida» a la vista, la administración abandonó discretamente su política de condicionalidad. El 26 de mayo de 1994, Clinton anunció que la estrategia ya no resultaba útil y que se ampliaba sin condiciones un año más el estatus de «nación más favorecida». Se comprometió a insistir en el avance de los derechos humanos por otros cauces, como el apoyo a las ONG en China y el fomento de unas mejores prácticas empresariales.

Hay que recalcar que Clinton siempre tuvo en mente apoyar las políticas que

habían mantenido las relaciones con China a lo largo de cinco administraciones. Ahora bien, como presidente recién elegido, era también consciente de la opinión de sus ciudadanos, y mucho más de los intangibles del planteamiento chino sobre política exterior. Propuso la condicionalidad por convicción y, sobre todo, porque quería proteger la política respecto a China contra las acometidas del Congreso, que pretendía negarle su condición de «nación más favorecida». Clinton consideraba que los chinos «debían» a la administración estadounidense ciertas concesiones en materia de derechos humanos a cambio

del restablecimiento de los contactos a alto nivel y de la prórroga del estatus. Pero los chinos, por su parte, estaban convencidos de que «tenían derecho» a los mismos contactos incondicionales de alto nivel y a los términos comerciales que les concedían los demás países. Consideraban que la eliminación de una amenaza unilateral no era una concesión y se mostraban extraordinariamente susceptibles ante cualquier insinuación de intervención en sus asuntos internos. Mientras los derechos humanos siguieran siendo el tema básico del diálogo chino-estadounidense, el bloqueo sería inevitable. Quienes abogan hoy en día por una política de

confrontación deberían estudiar con detenimiento esta experiencia.

Durante el resto de su primer mandato, Clinton moderó las tácticas polémicas y puso el acento en el «compromiso constructivo». Lord reunió en Hawai a los embajadores estadounidenses de Asia para hablar de una política asiática global que pudiera equilibrar los objetivos en materia de derechos humanos de la administración y sus imperativos geopolíticos. Pekín se comprometió a renovar el diálogo, algo básico para el éxito del programa de reforma del país y para su pertenencia a la OMC.

Clinton, al igual que George H.W.

Bush antes que él, comprendía a quienes abogaban por el cambio democrático y los derechos humanos, pero como todos sus predecesores y sucesores, acabó valorando la solidez de las convicciones de los dirigentes chinos y su tenacidad frente al desafío público.

Las relaciones entre Estados Unidos y China mejoraron rápidamente. La tan esperada visita de Jiang a Washington se produjo en 1997 y tuvo como contrapartida la de Clinton a Pekín en 1998, que duró ocho días. Ambos presidentes se mostraron eufóricos. Se publicaron largos comunicados y se establecieron organismos consultivos, que se ocuparon de un sinfín de

cuestiones técnicas, y con ello se puso fin a la atmósfera de confrontación que había imperado durante casi diez años.

Lo que le faltaba a la relación era la definición de un objetivo común como el que había unido a Pekín y Washington en su resistencia contra la «hegemonía» soviética. Los dirigentes estadounidenses no podían mantenerse ajenos a las distintas presiones en materia de derechos humanos creadas por su propia política interior y sus convicciones. Los líderes chinos seguían considerando que la política de Estados Unidos estaba concebida, al menos en parte, para impedir que China llegara a ser una gran potencia. En una

conversación de 1995, Li Peng habló del tema de las garantías, que se reducían a calmar los temores de Estados Unidos ante los objetivos que podía perseguir una China en fase de recuperación: «No hace falta que nadie se inquiete por nuestro rápido desarrollo. A China le costará treinta años alcanzar a los países de nivel medio. Nuestro país es demasiado populoso». Estados Unidos, por su parte, afirmaba con regularidad que no había cambiado su política de control. Las dos afirmaciones implicaban que una parte y otra poseían capacidad de llevar a la práctica lo que tranquilizaba a la otra y en parte le

frenaba a sí misma. Así, la confianza se mezclaba con la amenaza.

La tercera crisis del estrecho de Taiwan

Cuando se estaban superando las tensiones creadas por la concesión del estatus de «nación más favorecida» afloró de nuevo la cuestión de Taiwan. En el marco del contrato tácito que apuntalaba los tres comunicados en los que se había basado la normalización de las relaciones, Taiwan había ido creando una pujante economía y unas instituciones democráticas. Había

entrado en el Banco de Desarrollo Asiático y en el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) y participado en los Juegos Olímpicos con el visto bueno de Pekín. La capital de China continental, por su parte, había presentado, a partir de la década de 1980, propuestas para la unificación, en las que se planteaba una autonomía interna total para Taiwan. Pekín se comprometía, siempre que Taiwan aceptara su situación de «región administrativa especial» de la República Popular de China (el mismo estatus legal que iban a tener Hong Kong y Macao), a permitir que mantuviera sus propias instituciones políticas

diferenciadas, e incluso sus propias fuerzas armadas.[19]

Taipei reaccionó con cautela ante estas propuestas, pero se benefició de la transformación económica de la República Popular y fue haciéndose cada vez más interdependiente. Tras la relajación de las restricciones sobre comercio bilateral e inversión a finales de la década de 1980, muchas empresas taiwanesas trasladaron la producción al continente. Antes de 1994, Taiwan había superado ya a Japón y se había convertido en el segundo objetivo de inversión extranjera en China.[20]

Si bien la interdependencia económica fue desarrollándose, las vías

políticas de las dos partes seguían con significativas divergencias. El anciano dirigente de Taiwan, Chiang Ching-kuo, había levantado la ley marcial. A partir de aquí se produjo una espectacular liberalización de las instituciones internas de Taiwan: terminó la censura de la prensa; se permitió a los partidos políticos de la oposición presentarse a las elecciones legislativas. En 1994, una enmienda constitucional preparó el terreno para la elección del presidente taiwanés por sufragio universal. Unas nuevas voces en la escena política que habían sufrido las restricciones de la era de la ley marcial empezaron a defender una identidad nacional taiwanesa

diferenciada y una posible independencia formal. Entre quienes defendían estas posturas se encontraba Lee Teng-hui, el imprevisible economista agrícola procedente de las filas del Partido Nacionalista, del que fue nombrado presidente en 1988.

Lee personificaba todo lo que Pekín aborrecía de una autoridad taiwanesa. Había crecido durante la colonización japonesa de Taiwan, tenía nombre japonés, había estudiado en Japón y servido en el Ejército Imperial Japonés durante la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente había estudiado en la Universidad Cornell de Estados Unidos. A diferencia de la mayoría de los

dirigentes del Partido Nacionalista, Lee era originario de Taiwan; afirmaba de forma categórica que era «primero taiwanés y luego chino», y defendía con orgullo que Taiwan tuviera unas instituciones y una experiencia histórica diferenciada.[21]

Al acercarse las elecciones de 1996, Lee y su gabinete abordaron una serie de iniciativas pensadas para aumentar paso a paso lo que ellos denominaban el «espacio vital internacional» de Taiwan. Para incomodidad de Pekín (y de muchos en Washington), Lee y una serie de destacados ministros emprendieron una iniciativa de «diplomacia vacacional» en la que importantes

delegaciones taiwanesas se desplazaron «extraoficialmente» a distintas capitales del mundo, aprovechando en alguna ocasión reuniones de organizaciones internacionales e ingeniándoselas para ser recibidos con los máximos atributos de Estado formales posibles.

La administración de Clinton procuró mantenerse alejada de todo esto. En una reunión y una rueda de prensa de noviembre de 1993 con Jiang Zemin en Seattle, con motivo de una cumbre del APEC entre países de ambos lados del Pacífico, Clinton afirmó:

> En nuestra reunión, reiteré el apoyo de Estados Unidos a los tres comunicados

conjuntos como base firme de nuestra política respecto a China.

La política de Estados Unidos sobre una sola China es la correcta para nuestro país. Esto no obsta para que sigamos con la Ley de Relaciones con Taiwan, ni para que no continuemos manteniendo la firme relación económica de la que disfrutamos con Taiwan. Aquí, a esta reunión, asiste, como bien saben, un representante [de Taiwan]. De modo que considero positivo lo conseguido hasta hoy. Y no creo que esto represente un gran obstáculo para nuestra relación con China.[22]

Desde la perspectiva de Clinton, los dirigentes de Taiwan tenían que aprender a controlarse. Pero Lee estaba decidido a llevar adelante el principio de la identidad nacional de Taiwan. En

1994 pidió permiso para hacer escala en Hawai a fin de repostar su avión camino de América Central: era la primera vez que un presidente taiwanés aterrizaba en tierra estadounidense. El siguiente objetivo que se marcó Lee fue la reunión de 1995 en Cornell, donde había obtenido el doctorado en economía en 1958. El Congreso, bajo la enérgica insistencia de Newt Gingrich, presidente de la Cámara, votó por unanimidad, con un único voto en contra, el apoyo a la visita de Lee. Warren Christopher había dicho en abril al ministro de Asuntos Exteriores chino que la aprobación de la visita de Lee sería una iniciativa «contraria a la política estadounidense».

Pero ante la enorme presión, dicha administración cambió de parecer y accedió a la solicitud de una visita personal y extraoficial.

Ya en Cornell, Lee dio una conferencia en la que llevó al límite la definición de «extraoficial». Tras un breve guiño a los gratos recuerdos de su época en Cornell, Lee se lanzó hacia un ardiente discurso sobre la aspiración de reconocimiento formal del pueblo de Taiwan. Sus ambiguas frases, las frecuentes menciones a su «país», a su «nación» y la clara referencia al fin del comunismo, resultaron del todo intolerables para Pekín.

El gobierno chino llamó a su

embajador en Washington, demoró la aprobación de la candidatura de James Sasser a la embajada estadounidense y canceló otros contactos oficiales con el gobierno de este país. A continuación, siguiendo el guión de la crisis del estrecho de Taiwan de la década de 1950, Pekín puso en marcha una serie de ejercicios militares y de pruebas con misiles en la costa sudoriental de China, por una parte como elemento disuasorio militar y, por otra, como teatro político. En un conjunto de iniciativas amenazadoras, China lanzó misiles hacia el estrecho de Taiwan, para demostrar su capacidad militar y como advertencia a los dirigentes de Taiwan. Utilizó, sin

embargo, carga ficticia en las ojivas, lo que indicaba que los lanzamientos eran básicamente simbólicos.

Solo podía mantenerse la tranquilidad en Taiwan si ninguna de las dos partes ponía en cuestión nuestros comunicados. En realidad, contenían tantas ambigüedades que cualquier iniciativa de uno de los dos países encaminada a cambiar la estructura o a imponer su propia interpretación de las cláusulas podía desencadenar un vuelco en todo el mecanismo. Pekín no había insistido en la aclaración, pero una vez cuestionado, sentía la obligación de demostrar como mínimo hasta qué punto China se tomaba en serio la cuestión.

A principios de julio de 1995, cuando la crisis tomaba un nuevo cariz, llegué a Pekín con una delegación de la America-China Society, un grupo bipartito de antiguos altos cargos especializados en China. El 4 de julio nos reunimos con el entonces viceprimer ministro Qian Qichen y con el embajador chino de Estados Unidos, Li Daoyu. Qian expuso la postura china. La soberanía era innegociable:

> Tiene que darse cuenta, doctor Kissinger, de que China concede una gran importancia a las relaciones chino-estadounidenses, a pesar de nuestros desacuerdos esporádicos. Es nuestro deseo restablecer la normalidad en las relaciones y mejorarlas. Ahora bien, el

gobierno de Estados Unidos tendría que dejar claro un punto: en la cuestión de Taiwan, nosotros no tenemos margen de maniobra. Nunca renunciaremos a nuestra posición de principios sobre Taiwan.

Las relaciones con China habían llegado a un punto en el que el arma a la que recurrían ambas partes era la suspensión de los contactos de alto nivel, con lo que se creaba la paradoja de que ambas se quedaban sin el mecanismo para abordar una crisis cuando más falta les hacía. Tras la desintegración de la Unión Soviética, unos y otros declararon su amistad mutua, no tanto con un objetivo estratégico común como por encontrar

una forma que simbolizara la colaboración, en aquellos momentos poniendo en cuestión su existencia real.

Poco después de mi llegada, los líderes chinos expresaron su deseo de alcanzar un objetivo pacífico mediante uno de los sutiles gestos a los que estaban tan acostumbrados. Antes de que diera comienzo la programación oficial de los actos de la America-China Society, me propusieron dar una conferencia en una escuela secundaria de Tianjin, a la que había asistido Zhou Enlai en su época. Acompañado por un alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, me hicieron una foto junto a la estatua de Zhou, y quien me presentó

aprovechó la ocasión para recordar los mejores momentos entre China y Estados Unidos.

Jiang dejó también patente que las cosas no iban a desbordarse. Mientras se intensificaban las discusiones con la participación de ambas partes, pregunté a Jiang si seguía en pie la declaración de Mao de que China podía esperar cien años para conseguir Taiwan. No, respondió Jiang. Pregunté por qué y replicó: «La promesa se hizo hace veintitrés años. Ahora solo quedan setenta y siete».

De todas formas, el deseo expreso de aliviar las tensiones topó con la continuación de la crisis de Tiananmen.

Desde 1989, no se había producido un diálogo a alto nivel ni una visita ministerial; la única conversación de altura se remontaba a seis años antes y se había producido en los entreactos de alguna reunión internacional o de la ONU. Curiosamente, después de las maniobras militares del estrecho de Taiwan, la cuestión derivó en un problema en parte de procedimiento sobre cómo organizar un encuentro entre dirigentes.

Desde los acontecimientos de Tiananmen, los chinos habían estado esperando una invitación para una visita presidencial a Washington. Los presidentes Bush y Clinton habían

eludido la cuestión. Aquello era una espina clavada. Cabe decir, sin embargo, que los chinos no habrían aceptado contactos de alto nivel hasta tener garantías de que no iba a repetirse la visita a Estados Unidos del presidente taiwanés.

Todo volvía a la situación de veinticinco años antes, después de la visita secreta, con las conversaciones en un punto muerto sobre quién invitaba a quién: un bloqueo que rompió una fórmula de Mao, según la cual quedaba implícito que la invitación había sido mutua.

Se encontró una salida cuando el secretario de Estado Christopher y el

ministro de Asuntos Exteriores chino coincidieron con motivo de un encuentro de la ASEAN en Brunei y pudo obviarse la información sobre quién había dado el primer paso. Christopher dio sus garantías —entre las que se incluía una carta presidencial aún clasificada en la que se definían las intenciones de Estados Unidos— respecto a las visitas a su país de las autoridades de Taiwan y entregó una invitación de Jiang con el presidente.

La cumbre entre Jiang y Clinton se materializó en octubre, aunque no de una forma en la que China pudiera verse del todo resarcida de la herida en su amor propio. No fue una visita de Estado, ni

tuvo lugar en Washington: se programó para Nueva York durante la celebración del quincuagésimo aniversario de la ONU. Clinton se reunió con Jiang en el Lincoln Center, en el marco de una serie de encuentros similares con los principales dirigentes que asistían a la sesión del citado organismo. Una visita a Washington del presidente chino después de las maniobras militares chinas en el estrecho de Taiwan habría sido acogida con demasiada hostilidad.

En este ambiente de infructuosa ambigüedad —de solapadas propuestas y controladas retiradas—, las elecciones al Parlamento de Taiwan, programadas para el 2 de diciembre de 1995, hicieron

subir de nuevo el mercurio. Pekín inició otra tanda de maniobras militares frente a la costa de Fujian, utilizando fuerzas aéreas, navales y terrestres para simular un aterrizaje anfibio en territorio hostil, todo ello acompañado por una campaña de guerra psicológica igual de agresiva. El día anterior a las elecciones legislativas de diciembre, el Ejército Popular de Liberación anunció otra serie de maniobras para marzo de 1996, poco antes de las presidenciales taiwanesas.[23]

A medida que fueron acercándose las elecciones, los lanzamientos de misiles a uno y otro lado del estrecho de Taiwan alcanzaron puntos cercanos a las

ciudades portuarias clave del nordeste y el sudoeste de la isla. Estados Unidos respondió con la demostración de fuerza más importante lanzada contra China desde el acercamiento de ambos países en 1971: mandó dos grupos de combate aeronavales con el portaaviones *Nimitz* al estrecho de Taiwan con el pretexto de evitar el «mal tiempo». Asimismo, abriendo una pequeña vía, Washington garantizó a China que no iba a cambiar su política de una sola China y advirtió a Taiwan que no recurriera a iniciativas provocadoras.

A un paso del abismo, Washington y Pekín retrocedieron, conscientes de que no tenían objetivos bélicos por los que

luchar ni estipulaciones que imponer que representaran un cambio en la diáfana realidad, según la cual, en palabras de Madeleine Albright: «China es en su categoría un país demasiado grande para ignorarlo, demasiado represivo para aceptarlo, difícil de influenciar y de lo más orgulloso».[24] Por su parte, Estados Unidos era demasiado poderoso para que se le pudiera coaccionar y demasiado comprometido en unas relaciones constructivas con China para necesitar tal coacción. Estados Unidos como superpotencia, el dinamismo de China, el mundo globalizado y el cambio gradual del centro de gravedad de las cuestiones mundiales —del Atlántico al

Pacífico— exigían una relación pacífica y de colaboración. Después de la crisis, las relaciones entre China y Estados Unidos mejoraron considerablemente.

Cuando los contactos empezaron a alcanzar los niveles de antaño, otra crisis volvió a agitarlos con la brusquedad del trueno en una tormenta de verano. Durante la guerra de Kosovo, en un momento en el que las relaciones entre Estados Unidos y China se encontraban en su punto álgido, en mayo de 1999, un bombardero B-2 estadounidense procedente de Missouri destruyó la embajada china de Belgrado. Una avalancha de protestas inundaron China. Los estudiantes y el gobierno

parecieron unirse en su indignación por lo que consideraron otra demostración de falta de respeto por la soberanía china. Jiang habló de «provocación deliberada». Comentó en tono desafiante, demostrando la intranquilidad que se respiraba: «Nunca podrá intimidarse a la gran República Popular de China, nunca podrá doblegarse al pueblo chino».[25]

En cuanto fue informada de los hechos, a altas horas de la noche, la secretaria de Estado Madeleine Albright pidió al vicepresidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor que la acompañara a la embajada china de Washington para presentar las excusas

del gobierno de Estados Unidos.[26] Jiang, por su cuenta, se sintió obligado por la presión pública a expresar su propia indignación, pero luego recurrió también a ella para frenar al pueblo (una pauta similar a la empleada por los presidentes de Estados Unidos sobre la cuestión de los derechos humanos).

A la indignación china respondió Estados Unidos argumentando que había que plantar cara a este país. Ambos puntos de vista reflejaban unas serias convicciones y ponían de manifiesto el potencial de confrontación en una relación en la que las dos partes, por la propia naturaleza de la política exterior moderna, se veían enfrentadas entre sí

en distintas partes del mundo. Los dos gobiernos seguían creyendo en la necesidad de la colaboración, si bien se veían incapaces de controlar todas las formas en las que los países podían influir en ella. Un reto no resuelto aún en las relaciones chino-estadounidenses.

La recuperación de China y las reflexiones de Jiang

En medio de las crisis periódicas citadas anteriormente, durante la década de 1990, China vivió un período de extraordinario crecimiento económico y con él una transformación del papel que

este país iba a desempeñar en el mundo. En la década de 1980, la «reforma y apertura» de China se mantuvo en parte como una perspectiva: podían percibirse sus efectos, pero seguían siendo discutibles su profundidad y duración. Dentro del propio país continuaba cuestionándose la dirección; después de Tiananmen, una parte de la élite académica y política del país defendía una introspección nacional y una reducción de sus vínculos económicos con Occidente (tendencia que por fin Deng se vio obligado a discutir en su gira meridional). Cuando Jiang asumió el cargo, el grueso del sector sin reformar, constituido por las empresas

de propiedad estatal que seguían el modelo soviético, constituía aún más del 50 por ciento de la economía nacional.[27] Los vínculos entre China y el sistema comercial mundial eran tímidos y parciales. Las empresas extranjeras se mostraban escépticas a la hora de invertir en este país, y las nacionales casi nunca se aventuraban a salir al extranjero.

A finales de la década se hizo realidad lo que en otra época habría parecido inusitado. Durante los diez años, China creció siguiendo una tasa nunca inferior al 7 por ciento anual, y a menudo registró alguna de dos cifras, en una continuación de un incremento del

PIB per cápita que se situó en uno de los más sostenidos y fuertes de la historia.[28] A finales de la década de 1990, los ingresos medios casi se habían multiplicado por tres en relación con los de 1978; en las zonas urbanas, el nivel se incrementó de una forma aún más espectacular, y llegó a quintuplicar los de 1978.[29]

Durante estos cambios, el comercio de China con sus países vecinos se mantuvo en alza y cada vez fue ejerciendo una función más central en la economía de la región. Con ello moderó, a principios de la década de 1990, un período de peligroso aumento de la inflación, en el que puso en marcha

programas de control de capital y de austeridad fiscal que más tarde se demostró que habían evitado que China viviera lo peor de la crisis económica asiática de 1997-1998. China se plantó por primera vez como baluarte del crecimiento económico y la estabilidad en un momento de crisis económica y se encontró ejerciendo la función a la que estaba acostumbrada: un país que había recibido en general lecciones de política económica de los países extranjeros, más que nada los occidentales, se había convertido en el que proponía sus propias soluciones, y asistía además a otras economías en crisis. En 2001, China consolidó su nueva situación con

la presentación de la candidatura de los Juegos Olímpicos de 2008 en Pekín y con la conclusión de las negociaciones que acabarían convirtiendo el país en miembro de la OMC.

Esta transformación se produjo también gracias al impulso de la nueva definición de la filosofía política interior china. Ahondando en la vía reformista que en su momento había trazado Deng, Jiang emprendió la ampliación de la idea del comunismo y lo abrió de forma que pasara de una élite exclusiva basada en criterios de clase a un espectro social más amplio. Explicó su filosofía, que se dio en conocer como de «la triple

representatividad», en el XVI Congreso del Partido, en 2002, el último al que asistiría como presidente, en vísperas del primer traspaso pacífico de poder en la historia moderna china. Allí expuso por qué el Partido que había conseguido apoyo a lo largo de la revolución en aquel momento tenía que representar también los intereses de su antiguos enemigos ideológicos, entre los que se contaban los empresarios. Jiang abrió el Partido Comunista a los dirigentes empresariales y democratizó su gobernanza interna en lo que siguió constituyendo un Estado con partido único.

A lo largo de todo este proceso,

China y Estados Unidos fueron creando unos lazos económicos cada vez más sólidos. A principios de la década de 1990, el volumen comercial de Estados Unidos con la China continental seguía siendo la mitad del registrado con Taiwan. A finales de la década, el comercio entre Estados Unidos y China se había cuadruplicado, y las exportaciones de este país a Estados Unidos se habían multiplicado por siete.[30] Las multinacionales estadounidenses consideraban que China era un elemento básico para sus estrategias comerciales, tanto como lugar de producción como, cada vez más, mercado monetario a título propio.

China, por su parte, invertía reservas de efectivo, que crecían día a día, en bonos del Tesoro estadounidenses (en 2008 iba a convertirse en el principal titular extranjero de deuda de Estados Unidos).

En este contexto, China preparaba la nueva función que ejercería a escala mundial, con intereses en todos los rincones del planeta e integrada a un nivel sin precedentes con tendencias políticas y económicas mucho más amplias. Dos siglos después de las primeras negociaciones marcadas por la poca comprensión mutua sobre comercio y reconocimiento diplomático entre Macartney y la corte china, tanto China como Occidente admitían que habían

llegado a un nuevo estadio en sus interacciones, estuvieran o no preparados para los retos que pudiera plantear este. Como observó el entonces viceprimer ministro Zhu Rongji en 1977: «En ningún momento de su historia, China ha vivido unos intercambios y una comunicación tan frecuente con el resto del mundo».[31]

En épocas anteriores —como en la de Macartney o incluso durante la guerra fría—, el «mundo chino» y el «mundo occidental» interactuaron en casos específicos a un ritmo imponente. En aquellos momentos, la tecnología moderna y la interdependencia económica imposibilitaba, para bien o

para mal, llevar adelante las relaciones de una forma tan comedida. A consecuencia de ello, las dos partes se enfrentaban a una situación algo paradójica en la que disponían de muchas más oportunidades para una comprensión mutua, pero al mismo tiempo existían nuevas posibilidades de herir susceptibilidades mutuas. El mundo globalizado les había acercado, pero también podía exacerbar con más rapidez y frecuencia las tensiones en tiempos de crisis.

Cuando su mandato tocaba a su fin, Jiang reconoció este peligro de una forma personal, casi sentimental, algo que no solía darse en la actitud distante,

reflexiva y cerrada de los líderes chinos, y lo hizo a raíz de una reunión en 2001 con una serie de miembros de la America-China Society. Jiang cumplía el último año de sus doce en el cargo, pero ya se dejaba llevar por la nostalgia de quienes abandonan una actividad en la que cada una de las acciones, por su propia naturaleza, puede cambiar un mundo del que pronto no serán más que meros espectadores. Había gobernado durante un período turbulento que había empezado con el gran aislamiento de China en el plano internacional, al menos por parte de los estados democráticos avanzados, los que más

necesitaba su país para poner en marcha el programa de reforma.

Jiang pudo superar aquellos desafíos. Se restableció la colaboración política con Estados Unidos. El programa de reformas se aceleraba y traía como consecuencia el extraordinario índice de crecimiento que, en diez años más, iba a convertir a China en una potencia financiera y económica mundial. La década que se inició con turbulencias y dudas se convirtió en un período de extraordinarios logros.

A lo largo de la poco convencional historia de China no existía precedente alguno respecto a su participación en un orden mundial, ya fuera de acuerdo —o

en contraposición— con otra superpotencia. Pero resultó que esta otra superpotencia, Estados Unidos, también carecía de experiencia para una realidad de este tipo, suponiendo que se inclinara hacia ella. Tenía que surgir un nuevo orden internacional, fruto de la planificación o por omisión. Lo que no tenían resuelto ni un país ni otro era su naturaleza y los medios para hacerlo realidad. Iban a interactuar como socios o como adversarios. Los dirigentes del momento predicaban la colaboración, pero ninguno había conseguido definirla, ni creado protección alguna contra las posibles tormentas que se avecinaban.

Jiang se encontraba ante un nuevo

siglo y ante una nueva generación de líderes estadounidenses. Estados Unidos tenía un nuevo presidente, el hijo de George H.W. Bush, quien presidía el país cuando Jiang fue ascendido de una forma tan inesperada a causa de unos acontecimientos que nadie podía haber previsto. La relación con el nuevo presidente empezó con otro conflicto militar repentino. El 1 de abril de 2001, un avión de reconocimiento estadounidense que sobrevolaba la costa china justo en el límite de las aguas territoriales de este país fue seguido por una aeronave militar china, que se estrelló contra él cerca de la isla de Hainan, en la costa meridional china. Ni

Jiang ni Bush permitieron que el incidente torpedeara la relación. Dos días después, Jiang inició un viaje planificado desde hacía mucho a Sudamérica, lo que indicó que, como jefe de la Comisión Militar Central, no había contado con que se produjera una crisis. Bush expresó su pesar, aunque no por el vuelo de reconocimiento, sino por la muerte del piloto chino.

Al parecer, durante la reunión con los miembros de la America-China Society, algún presentimiento del peligro de la deriva de los acontecimientos debió de rondar por la cabeza de Jiang, mientras divagaba en una declaración aparentemente dispersa, en la que citaba

poesía clásica china, insertaba frases en inglés y hablaba de la importancia de la relación entre Estados Unidos y China. Sus prolijas manifestaciones reflejaban una esperanza y un dilema: la esperanza de que los dos países encontraran el camino para trabajar conjuntamente a fin de evitar las tempestades creadas por la propia dinámica de sus sociedades, y el temor a perder la oportunidad de conseguirlo.

El tema clave de las primeras observaciones de Jiang fue el de la importancia de la relación chino-estadounidense: «No quisiera exagerar nuestra importancia, pero una buena colaboración entre Estados Unidos y

China es esencial para el mundo. Haremos lo que esté en nuestra mano para conseguirlo. Es algo que cuenta mucho para el resto de los países». Pero, si el protagonista era el mundo, ¿qué dirigente podía estar realmente preparado para abordar la cuestión? Jiang señaló que su formación había seguido el confucianismo tradicional en una trayectoria que incluía la educación occidental y luego estudios en la antigua Unión Soviética. En aquellos momentos lideraba la transición de un país que trataba con todas aquellas culturas.

China y Estados Unidos tenían delante una cuestión perentoria, el futuro de Taiwan. Jiang no utilizó la oratoria a la

que nos tenía acostumbrados; al contrario, sus comentarios correspondían a la dinámica interna del diálogo y a la forma de alterar su ritmo, independientemente de la intención de los dirigentes a quienes el pueblo podía impulsar hacia unas actuaciones que habrían preferido evitar: «El problema principal entre Estados Unidos y China es el de Taiwan. A menudo decimos, por ejemplo, "resolución pacífica" y "un país, dos sistemas". En general, me limito a estas dos cosas. Pero alguna vez añado que no podemos comprometernos a no utilizar la fuerza».

Evidentemente, Jiang no podía evitar el problema que había provocado el

estancamiento en más de 130 reuniones entre diplomáticos chinos y estadounidenses antes de la apertura hacia China o desde las premeditadas ambigüedades. Pero a pesar de que China se negara a renunciar al recurso de la fuerza porque aquello iba a implicar una limitación de su soberanía, en la práctica, en el momento de la conversación con Jiang, llevaba treinta años sin recurrir a ella. Por otra parte, Jiang presentaba aquel lenguaje sagrado de la forma más amable y respetuosa.

Jiang no insistió en un cambio inmediato, antes bien destacó que veía una anomalía en la postura estadounidense. Estados Unidos no

apoyaba la independencia de Taiwan ni, por otra parte, defendía la reunificación. La consecuencia práctica era la de convertir a Taiwan en «un portaaviones imposible de hundir. En una situación como aquella, fueran cuales fuesen las intenciones del gobierno chino, las convicciones de su población podían crear su propia dinámica encaminada hacia el enfrentamiento:

> En los casi doce años que llevo en el gobierno central, he vivido profundamente las sensaciones de los 1.200 millones de habitantes de China. Evidentemente, nos mueven las mejores intenciones respecto a ustedes, pero si se enciende una chispa, será difícil controlar las emociones de 1.200 millones de personas.

Me sentí obligado a responder a la amenaza de recurrir a la fuerza, aunque hubiera sido formulada con pesar y de forma indirecta:

> Si estamos hablando de la utilización de la fuerza se afianzará la capacidad de quienes pretenden utilizar Taiwan para perjudicar nuestras relaciones. En una confrontación entre Estados Unidos y China, incluso los que podamos sentirnos conmovidos nos veremos obligados a apoyar a nuestro propio país.

Jiang no respondió repitiendo como siempre lo poco que afectaba a China el peligro de una guerra. Abordó la perspectiva de un mundo cuyo futuro dependía de la colaboración chino-

estadounidense. Habló de compromiso, una palabra jamás utilizada por los líderes chinos en relación con Taiwan, aunque se hubiera materializado en la práctica. Evitó hacer propuestas o amenazas. Ya no se encontraba en situación de determinar el resultado. Abogó por una perspectiva mundial: precisamente lo que más falta hacía y a lo que más trabas había puesto la historia de cada una de las naciones:

> No está claro si China y Estados Unidos serán capaces de encontrar un lenguaje común y de resolver la cuestión de Taiwan. He apuntado que si Taiwan no se encontrara bajo protección estadounidense nosotros habríamos podido liberarlo. Por

consiguiente, la cuestión es si podemos llegar a un compromiso y a una solución satisfactoria. Esta es la parte más delicada de nuestras relaciones. No planteo sugerencia alguna. Somos viejos amigos. No tengo necesidad de utilizar un lenguaje diplomático. Espero que, con Bush al frente, nuestros dos países podrán abordar las relaciones desde una perspectiva estratégica y mundial.

Los líderes chinos con los que había tratado anteriormente poseían una perspectiva de largo alcance, pero procedía en buena parte de las lecciones aprendidas del pasado. También se encontraban en disposición de emprender grandes proyectos de importancia para un futuro lejano. Pero

en contadas ocasiones definían el futuro a medio plazo, dando por supuesto que surgiría de las grandes empresas que tenían entre manos. Jiang pedía algo menos espectacular, pero tal vez más profundo. Al final de su período presidencial habló de redefinir el marco filosófico de cada una de las partes. Mao había insistido en el rigor ideológico aunque al mismo tiempo abordara maniobras tácticas. Jiang parecía decir que una y otra parte tenían que ser conscientes de que, si había que colaborar de verdad, lo importante era comprender cuáles eran las modificaciones imprescindibles en sus actitudes tradicionales. Instó a cada cual

a examinar de nuevo su propia doctrina interna y a mostrarse abierto para reinterpretarla, incluyendo el socialismo:

> El mundo tiene que ser un lugar lleno de riqueza, color y diversidad. En 1978, en China, por ejemplo, optamos por la reforma y la apertura. […] En 1992, en el XIV Congreso Nacional declaré que el modelo de desarrollo de China tenía que seguir la dirección de una economía de mercado socialista. Los que están acostumbrados a Occidente no ven nada raro en el mercado, pero tengamos en cuenta que en 1992 decir «mercado» era correr un gran riesgo.

Por ello, Jiang mantuvo que las dos partes tenían que adaptar sus ideologías

a las necesidades de su interdependencia:

Para simplificar, a Occidente le convendría abandonar su actitud del pasado respecto a los países comunistas y nosotros tendríamos que dejar de considerar el comunismo de forma ingenua o simplista. Es célebre lo que dijo Deng en su gira meridional en 1992 sobre el hecho de que para llegar al socialismo tenían que pasar generaciones, un montón de generaciones. Yo soy ingeniero. He calculado que desde Confucio hasta hoy han pasado 78 generaciones. Deng dijo que el socialismo llevaría este tiempo. Ahora veo que Deng creó unas condiciones ambientales perfectas para mí. Desde la perspectiva de sus sistemas de valores, Oriente y Occidente

deben mejorar en su comprensión mutua. Tal vez soy algo ingenuo.

En realidad hizo la referencia a las setenta y ocho generaciones para tranquilizar a Estados Unidos, para que no se alarmaran ante el auge de una China con un gran poder. Harían falta muchas generaciones para llegar al objetivo. Pero realmente habían cambiado las circunstancias políticas en China cuando un sucesor de Mao decía que los comunistas tenían que dejar de hablar de su ideología en términos ingenuos y simplistas. O bien hablar de la necesidad de diálogo entre el mundo occidental y China para decidir cómo

ajustar los marcos filosóficos de cada uno.

Por parte estadounidense, el reto consistía en encontrar una vía a través de una serie de valoraciones encontradas. ¿China era un socio o un adversario? ¿El futuro estaría marcado por la colaboración o la confrontación? ¿Estados Unidos tenía la misión de propagar la democracia en China o de colaborar con China para crear un mundo más pacífico? ¿Quizá podría conseguirse lo uno y lo otro?

Ambas partes se han visto obligadas desde entonces a superar sus ambigüedades internas y a definir de

nuevo la auténtica naturaleza de su relación.

18
El nuevo milenio

El fin de la presidencia de Jiang Zemin marcó un hito en las relaciones chino-estadounidenses. Jiang fue el último presidente con el que el principal tema de diálogo en los contactos entre ambos países fueron las relaciones en sí. Después, las dos partes fusionaron, si no sus convicciones, su práctica en un modelo de coexistencia de colaboración. China y Estados Unidos

no han vuelto a tener un adversario común, pero tampoco han desarrollado hasta hoy una idea conjunta del orden mundial. Las amables reflexiones de Jiang en la larga conversación que tuve con él, descrita en el último capítulo, ilustran la nueva realidad: Estados Unidos y China intuían que se necesitaban mutuamente porque los dos países tenían una envergadura excesiva para ser dominados, eran demasiado especiales para transformarse y demasiado útiles el uno para el otro para poderse permitir el aislamiento. Por otra parte, ¿eran alcanzables sus objetivos comunes? ¿Y con qué fin?

El nuevo milenio marcó el inicio

simbólico de una nueva relación. Una nueva generación de líderes había llegado al poder en China y en Estados Unidos: en China, una «cuarta generación» encabezada por el presidente Hu Jintao y el primer ministro Wen Jiabao; en Estados Unidos, las administraciones dirigidas por los presidentes George W. Bush y, a partir de 2009, Barack Obama. Las dos partes mostraban una actitud ambigua respecto a la agitación de las décadas precedentes.

Hu y Wen aportaron una insólita perspectiva a la empresa de gestionar el desarrollo de su país y definir su papel en el mundo. Constituían la primera

generación de altos mandos sin experiencia personal sobre la revolución, eran los primeros líderes del período comunista que tomaban posesión de su cargo a través de procesos constitucionales, y los primeros que asumían puestos de responsabilidad nacional en una China que despuntaba definitivamente como gran potencia.

Ambos dirigentes contaban con experiencia directa sobre la fragilidad de su país y sus complejas tareas internas. Durante la década de 1960, Hu y Wen, como jóvenes cuadros, fueron de los últimos estudiantes que recibieron formación superior formal antes de que

el caos de la Revolución Cultural cerrara las universidades. Hu, formado en la Universidad Qinghua de Pekín —un centro de actividad de la Guardia Roja—, permaneció en el centro como asesor político y auxiliar de investigación, donde pudo observar el caos de las facciones en conflicto y en algún momento se convirtió en blanco de estas por ser supuestamente «demasiado individualista».[1] Cuando Mao decidió poner fin a los estragos de la Guardia Roja y mandar a la joven generación al campo, Hu, a pesar de todo, sufrió la misma suerte. Lo enviaron a la provincia de Gansu, una de las regiones más desoladas y rebeldes de China, a

trabajar en una central hidroeléctrica. Wen, que acababa de graduarse en el Instituto de Geología de Pekín, corrió igual suerte y fue enviado a trabajar en unos proyectos mineralógicos de Gansu, donde permaneció más de diez años. Allí, en el extremo noroccidental de su agitado país, Hu y Wen fueron ascendiendo lentamente en el escalafón interno de la jerarquía del Partido Comunista. Hu llegó a secretario de la Liga de las Juventudes Comunistas de la provincia de Gansu. Wen fue subdirector del centro geológico provincial. En una época de agitación y fervor revolucionario, los dos hombres se

distinguieron por su firmeza y competencia.

El siguiente ascenso de Hu se produjo en la Escuela Central del Partido de Pekín, donde, en 1982, llamó la atención del entonces secretario general del Partido, Hu Yaobang. A partir de aquí tuvo una rápida promoción, que acabó situándolo como secretario del Partido en Guizhou, en el remoto sudoeste chino; a los cuarenta y tres años, Hu Jintao llegó a ser el secretario provincial del Partido Comunista más joven de la historia de la organización.[2] La experiencia vivida en Guizhou, una provincia pobre con un importante número de minorías étnicas, preparó a

Hu para su nueva misión, en 1988, como secretario del Partido en la región autónoma del Tíbet. Entretanto, Wen fue trasladado a Pekín, donde ocupó una serie de cargos de responsabilidad cada vez mayor en el Comité Central del Partido Comunista. Fue el principal colaborador de tres dirigentes chinos sucesivos: Hu Yaobang, Zhao Ziyang y, posteriormente, Jiang Zemin.

Tanto Hu como Wen poseían experiencia personal sobre los disturbios de 1989 en el país: Hu, en el Tíbet, donde llegó en diciembre de 1988, en el momento en que se producía la principal revuelta tibetana; Wen, en Pekín, donde, como ayudante de Zhao

Ziyang, se encontraba junto al secretario general en el último vano intento de diálogo con los estudiantes de la plaza de Tiananmen.

Así pues, cuando asumieron su liderazgo a nivel nacional en 2002-2003, Hu y Wen contaban con una clara perspectiva sobre la recuperación de China. Curtidos en las accidentadas e inestables fronteras del país y con un tiempo de servicio en una categoría intermedia durante los hechos de Tiananmen, los dos eran conscientes de la complejidad de las tareas internas que tenía que afrontar China. Llegaron al poder durante un largo período de crecimiento sostenido tras la entrada de

su país en el orden económico internacional y tomaron el timón cuando su patria se iba situando como potencia mundial, con intereses en todos los rincones del planeta.

Deng había establecido una tregua en la guerra maoísta sobre la tradición china y había permitido a sus compatriotas que recuperaran sus puntos fuertes históricos. Pero, como apuntaron en alguna ocasión otros líderes chinos, la era de Deng fue un intento de recuperación del tiempo perdido. En su época se respiraba el esfuerzo especial, que tenía como trasfondo una cierta e inocente vergüenza frente a los errores cometidos por China. Jiang rezumaba

una confianza inquebrantable y una extraordinaria cordialidad, pero se puso al timón cuando su país aún se recuperaba de la crisis interna y se empeñaba en recuperar su prestigio internacional.

A finales de siglo empezaron a dar frutos las tareas llevadas a cabo en las épocas de Deng y de Jiang. Hu y Wen presidieron un país que ya no se sentía limitado por la idea de encontrarse en una fase de aprendizaje respecto a la tecnología y las instituciones occidentales. La China que ellos gobernaron tenía suficiente importancia en sí misma para rechazar las lecciones de los estadounidenses sobre la reforma,

y en ocasiones incluso para mofarse sutilmente de ellas. Se encontraba en la posición ideal para seguir con la política exterior sin tener que basarse en sus posibilidades a largo plazo o en su función estratégica definitiva, sino en su poder real.

¿Poder para qué? El primer planteamiento de Pekín frente a la nueva era fue básicamente gradual y moderado. Jiang y Zhu habían negociado la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio y su plena participación en el orden económico internacional. La China de Hu y Wen aspiraba en principio a la normalidad y a la estabilidad. Formulaba sus objetivos en

estos términos: «sociedad armoniosa» y «mundo armonioso». Su planificación interna se centraba en el desarrollo económico continuo y en la preservación de la armonía social en el seno de una vasta población que vivía unos niveles insólitos de prosperidad y al mismo tiempo unas tasas de desigualdad poco habituales. En su política exterior evitaba iniciativas espectaculares y sus dirigentes respondían con prudencia a las peticiones de fuera de que asumiera un papel de liderazgo internacional más visible. La política exterior china tenía como meta principal un marco internacional pacífico (en lo que se incluían las buenas relaciones con

Estados Unidos) y el acceso a las materias primas para garantizar el crecimiento económico continuo. Mostraba además un interés especial por el mundo en desarrollo —legado de la teoría de los tres mundos de Mao—, a pesar de que se iba situando en la categoría de las superpotencias económicas.

Como temía Mao, se reafirmó el ADN chino. Enfrentados a los nuevos retos del siglo XXI y a un mundo en el que se había venido abajo el leninismo, Hu y Wen recurrieron a la sabiduría tradicional. En lugar de describir sus aspiraciones sobre la reforma como las visiones utópicas de la revolución

permanente de Mao, las consideraron el objetivo de crear una sociedad *xiaokang* («moderadamente acomodada»), término con unas claras connotaciones confucianas.[3] Supervisaron el restablecimiento del estudio de Confucio en las escuelas chinas y ensalzaron su legado en la cultura popular. Recurrieron a Confucio como una fuerza del poder inmaterial chino en la escena mundial, en los Institutos Confucio oficiales que se crearon en todo el mundo, y en la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008, en la que ocuparon un lugar destacado los eruditos confucianos tradicionales. En una espectacular

iniciativa simbólica, en enero de 2011 China estableció la rehabilitación del antiguo filósofo moral al instalar una estatua de Confucio en el centro de la capital china, en la plaza Tiananmen, a la vista desde el mausoleo de Mao, el único personaje además de este al que se rinden honores.[4]

La nueva administración estadounidense conllevó un cambio generacional comparable. Hu y Bush habían sido los primeros presidentes que habían actuado como espectadores en las traumáticas experiencias de sus países durante la década de 1960: para China, la Revolución Cultural; para Estados Unidos, la guerra de Vietnam.

Hu sacó la conclusión de que la armonía social tenía que ser la referencia de su mandato. Bush accedió al poder después de la desmembración de la Unión Soviética, inmerso en el triunfalismo estadounidense según el cual América era capaz de remodelar el mundo a su imagen; no vaciló en dirigir la política exterior enarbolando la bandera de los más profundos valores estadounidenses. Habló con pasión de las libertades individuales y de la libertad religiosa, incluso en sus visitas a China.

La planificación de Bush en materia de libertad transmitía lo que parecía una evolución increíblemente rápida para las sociedades no occidentales. A pesar

de todo, al poner en práctica su diplomacia, Bush superó la ambigüedad histórica entre los planteamientos estadounidenses del misionero y del pragmático. No lo llevó a cabo por medio de una creación teórica, sino de un razonable equilibrio de prioridades estratégicas. Dejó perfectamente establecido el compromiso de Estados Unidos respecto a las instituciones democráticas y los derechos humanos. Prestó atención al mismo tiempo a la cuestión de la seguridad nacional, sin la cual el objetivo moral funciona en el vacío. A pesar de que fue criticado en su país por su supuesta adhesión al unilateralismo, en su relación simultánea

con China, Japón y la India —países que basaban su política en el cálculo de intereses nacionales—, Bush se las ingenió para mejorar el trato con cada uno de estos países, un modelo de política asiática constructiva para Estados Unidos. Durante la presidencia de Bush, las relaciones de Estados Unidos y China fueron acuerdos prácticos entre dos importantes potencias. Ninguna de las partes presuponía que la otra compartía todos sus objetivos. En algunas cuestiones, como en la de la gobernanza interna, sus metas eran incompatibles. Con todo, encontraron suficientes intereses que coincidían en una serie de campos para

confirmar la incipiente idea de colaboración.

Washington y Pekín fueron acercando lentamente posiciones sobre Taiwan en 2003 después de que su presidente, Chen Shuibian propusiera un referéndum para solicitar representación en la ONU bajo el nombre de «Taiwan». Dado que tal iniciativa habría constituido una violación de los compromisos adoptados en los tres comunicados, los responsables de la administración de Bush expresaron su oposición a Taipei. Durante la visita a Washington de Wen Jiabao, de diciembre de 2003, Bush reafirmó el contenido de los tres comunicados y añadió: «Washington se

opone a cualquier decisión unilateral tomada por China o Taiwan para cambiar el *statu quo*»; apuntó que Estados Unidos no apoyaría un referéndum para cambiar la situación política de Taiwan. Wen respondió con una clara formulación del deseo de una reunificación pacífica: «Nuestra política básica para la resolución del problema de Taiwan es la de la reunificación pacífica y la de un país, dos sistemas. Haremos todo lo que esté en nuestra mano, con la máxima honestidad, para facilitar la unidad nacional y la reunificación pacífica a través de medios también pacíficos».[5]

Una de las razones que movieron a

renovar la colaboración fueron los atentados del 11 de septiembre, que desviaron el foco estratégico principal de Asia oriental a Oriente Próximo y al sudeste asiático, con las guerras de Irak y Afganistán y un programa para combatir las redes terroristas. China, que había dejado de ser un contrincante revolucionario en el orden internacional y sentía inquietud por las consecuencias del terrorismo mundial en sus propias regiones habitadas por minorías étnicas, en especial Xinjiang, no tardó en condenar los atentados del 11 de septiembre ni en ofrecer su apoyo en inteligencia y diplomacia. Antes de la guerra de Irak, se mostró mucho menos

hostil hacia Estados Unidos en la ONU que algunos de los aliados de Europa.

A un nivel quizá más fundamental, no obstante, el período inició un proceso de divergencia entre la opinión china y estadounidense de cómo abordar el terrorismo. China se mantuvo como espectador agnóstico ante el despliegue de poder estadounidense en el mundo musulmán y sobre todo ante las declaraciones de la administración de Bush sobre ambiciosos objetivos de transformación democrática. Pekín mantuvo su característica disposición a ajustarse a los cambios en las alineaciones de poder y la composición de gobiernos extranjeros sin emitir

juicios morales. Su principal interés continuaba residiendo en el acceso al petróleo de Oriente Próximo y (tras la caída de los talibanes) la protección de las inversiones chinas en los recursos minerales de Afganistán. Con estos intereses en general satisfechos, China no discutió las campañas estadounidenses en Irak y Afganistán (y, probablemente, las vio con buenos ojos en parte porque representaban un desvío de la capacidad militar de Estados Unidos, centrada hasta entonces en Asia oriental).

El nivel de interacción entre China y Estados Unidos marcó el restablecimiento de un papel clave de

China en las cuestiones regionales y mundiales. La búsqueda por parte de China de una colaboración entre iguales ya no tenía nada que ver con la exagerada demanda de un país desprotegido; era antes bien una realidad respaldada por la capacidad financiera y económica del país. Por otra parte, obligados por los nuevos retos que planteaban la seguridad y la cambiante realidad económica, además de una nueva alineación de una relativa influencia política y económica entre ambos, los dos países se comprometieron a discutir sus objetivos internos, su papel en el mundo y,

finalmente, la relación existente entre ellos.

DIFERENCIAS DE PERSPECTIVA

En el curso del nuevo siglo surgieron dos tendencias, en algunos aspectos encontradas. En la mayoría de las cuestiones, las relaciones chino-estadounidenses evolucionaron en general en el sentido de la colaboración, pero al mismo tiempo empezaron a ponerse de manifiesto unas diferencias históricamente enraizadas y una orientación geopolítica. Buen ejemplo de ello son los temas económicos y la

proliferación de armas de destrucción masiva.

Temas económicos: Cuando China tenía asignado un papel secundario en la economía mundial, el tipo de cambio de su moneda no tenía más importancia; en las décadas de 1980 y 1990, a nadie se le hubiera ocurrido que el valor del yuan pudiera convertirse en tema de discusión en el debate político estadounidense y en los análisis de los medios de comunicación, pero el auge económico de China y el aumento de la interdependencia económica entre Estados Unidos y China convirtieron una cuestión en otra época oscura en un tema

de controversia diaria, y con ello las frustraciones estadounidenses —y el recelo chino sobre las intenciones de Estados Unidos— fueron expresándose en un lenguaje cada vez más insistente.

La diferencia fundamental surgió respeto al concepto inherente a las respectivas políticas monetarias de ambos países. Según la perspectiva estadounidense, el reducido valor del yuan se consideraba una manipulación monetaria que favorecía a las empresas chinas y, por extensión, perjudicaba a las estadounidenses que trabajaban en los mismos sectores. Se afirma que el yuan infravalorado contribuye a la pérdida de puestos de trabajo

estadounidenses, algo que tiene unas serias consecuencias políticas y emocionales en una época de incipiente austeridad en Estados Unidos. Desde el punto de vista chino, la búsqueda de una política monetaria que favorezca a los fabricantes del país no es tanto una política económica como una expresión de la necesidad de estabilidad política de China. Así, cuando Wen Jiabao explicó a un público estadounidense en septiembre de 2010 por qué China no iba a revalorizar su moneda no utilizó argumentos económicos, sino sociales: «No saben cuántas empresas chinas irán a la quiebra. Pueden producirse importantes disturbios. El único que

carga con el peso es el primer ministro chino. Esta es la pura realidad».[6]

Estados Unidos aborda las cuestiones económicas desde el punto de vista de las necesidades del crecimiento mundial. China considera las implicaciones políticas, tanto internas como internacionales. Cuando Estados Unidos exhorta a China a consumir más y a exportar menos, formula una sentencia económica. Pero para China, la reducción del sector de la exportación significa un aumento importante del desempleo, algo que tiene consecuencias políticas. Curiosamente, desde una perspectiva a largo plazo, si China adoptara el buen juicio convencional

estadounidense tal vez reduciría los incentivos que le proporcionan los vínculos con Estados Unidos, pues no dependería tanto de las exportaciones y podría fomentar un bloque asiático, ya que implicaría una mejora de los lazos económicos con sus países vecinos.

Así pues, la cuestión fundamental es política y no económica. Tiene que surgir una idea de beneficio mutuo en lugar de las recriminaciones sobre supuestas conductas indebidas. Esto da realce al desarrollo de la idea de coevolución y de comunidad del pacífico que se expone en el epílogo.

La no proliferación y Corea del Norte:

Durante la época de la guerra fría, las armas nucleares estaban sobre todo en manos de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Pese a sus diferencias ideológicas y geopolíticas, el cálculo del riesgo de los dos países era básicamente similar, y ambos poseían los medios técnicos adecuados para protegerse contra accidentes, lanzamientos no autorizados y, en gran medida, contra ataques sorpresa. Ahora bien, a medida que se ha ido extendiendo el armamento nuclear, este equilibrio está en peligro: el cálculo del riesgo ya no es simétrico y la seguridad contra lanzamientos accidentales o incluso robos será mucho más

complicada, por no decir imposible, de llevar adelante, sobre todo en el caso de países que no cuentan con la experiencia de las superpotencias.

A medida que la proliferación sigue su curso, se hace cada día más abstracto el cálculo de la disuasión. Se hace aún más difícil decidir quién disuade a quién y por medio de qué calculo. Incluso suponiendo que las nuevas potencias nucleares muestren la misma reticencia que las establecidas respecto al inicio de hostilidades con armamento nuclear entre ellas —una aseveración muy dudosa—, podrían utilizar las armas para proteger a terroristas o para perpetrar atentados contra el orden

internacional llevados a cabo por estados potencialmente terroristas. Por fin, la experiencia con la red de proliferación «privada» de países aparentemente amigos como Pakistán con Corea del Norte, Libia e Irán demuestra las enormes consecuencias de la difusión de las armas nucleares en el orden internacional, incluso en el caso de que el país que fomenta la proliferación no reúna los criterios formales para ser calificado como Estado delincuente.

La difusión de este armamento en manos de quienes no se ciñen a las consideraciones históricas y políticas de los principales estados augura un mundo

de devastación y de pérdidas humanas sin precedentes incluso en la era de matanzas genocidas en la que vivimos.

Resulta irónico que en la agenda de diálogo entre Washington y Pekín surja la proliferación nuclear en Corea del Norte, puesto que a raíz de Corea se habían enfrentado por primera vez en el campo de batalla sesenta años antes Estados Unidos y la República Popular de China. En 1950, la recién creada República Popular declaró la guerra a Estados Unidos a raíz de la presencia militar estadounidense permanente en su frontera con Corea, una amenaza para la seguridad china a largo plazo. Sesenta años después, el empeño de Corea del

Norte en un programa nuclear militar ha creado un nuevo desafío y ha puesto sobre la mesa algunas de las mismas cuestiones geopolíticas.

Durante los primeros años del citado programa de Corea del Norte, China dejó claro que era una cuestión que tenían que resolver los dos países entre ellos, Estados Unidos y Corea del Norte. Según el razonamiento chino, ya que Corea del Norte se sentía amenazada básicamente por Estados Unidos, era sobre todo este país el que tenía que proporcionar la seguridad necesaria para sustituir el armamento nuclear. Con el paso del tiempo se hizo patente que la proliferación nuclear de

Corea iba a afectar tarde o temprano a la seguridad china. Si se aceptaba Corea como potencia nuclear, lo más probable era que Japón, Corea del Sur y posiblemente otros países asiáticos como Vietnam e Indonesia entraran finalmente en el club nuclear y se alterara con ello el paisaje estratégico de Asia.

Los dirigentes chinos son contrarios a un escenario de este tipo. De todas formas, China teme un hundimiento catastrófico de Corea del Norte, ya que se podría reproducir en sus fronteras la misma situación que luchó por evitar hace sesenta años.

El problema reside en la estructura

interna del régimen coreano. Pese a que se presenta como un Estado comunista, actualmente en Corea el poder está en manos de una sola familia. En 2011, en el momento de redactar estas líneas, el jefe de la familia en el poder estaba en proceso de delegar el mando a su hijo de veintisiete años, una persona sin experiencia ni siquiera en la gestión comunista, y mucho menos en relaciones internacionales. Siempre está presente la posibilidad de una implosión a partir de elementos impredecibles o desconocidos. En este caso, los países afectados podrían verse obligados a proteger sus intereses vitales por medio de medidas unilaterales. Podría llegar el

momento en que ya fuera tarde para coordinar las actuaciones o la cuestión se complicara excesivamente. Evitar estas consecuencias debería constituir una parte esencial del diálogo chino-estadounidense y de las conversaciones a seis bandas que implican a Estados Unidos, China, Rusia, Japón y las dos Coreas.

CÓMO DEFINIR LA OPORTUNIDAD ESTRATÉGICA

Durante la primera década de 2000, Pekín y Washington, al tener que afrontar cada vez más cuestiones, buscaron un

marco global que definiera su relación. La tarea se concretó con la inauguración del Diálogo Estratégico entre Estados Unidos y China y el Diálogo Económico-Estratégico entre Estados Unidos y China (actualmente fusionados en el Diálogo Estratégico y Económico) durante el segundo mandato de George W. Bush. Este fue en parte un intento de reactivar el espíritu de franco intercambio sobre cuestiones conceptuales que imperaron entre Washington y Pekín durante la década de 1970, como se describe en capítulos anteriores.

En China, la búsqueda de un principio organizativo para la nueva era adquirió

la forma de un análisis refrendado por el gobierno según el cual los primeros veinte años del siglo XXI representaban un claro «período de oportunidad estratégica» para China. La idea reflejaba, por una parte, el reconocimiento del avance y de los posibles logros estratégicos del país y, por otra, paradójicamente, el temor a la vulnerabilidad que aún mostraba. Hu Jintao dio voz a esta teoría en una reunión del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de noviembre de 2003, en la que apuntó que una insólita convergencia en las tendencias del país e internacionales situaba a China en la posición ideal para

avanzar a «pasos agigantados» en su desarrollo. Según Hu Jintao, la oportunidad iba vinculada al peligro; como les había ocurrido anteriormente a otras potencias en auge, si China «perdía la oportunidad» que se presentaba, «probablemente quedaría rezagada».[7]

Wen repitió la afirmación en un artículo de 2007 en el que advertía: «Las oportunidades son pocas y fugaces», al tiempo que recordaba que China había perdido antes una oportunidad a causa de «importantes errores, en especial la catástrofe de los diez años de la "gran Revolución Cultural"». Seguía evaluando los cinco

primeros años del nuevo siglo diciendo: «Es un período de oportunidades que tenemos que agarrar con firmeza, en el que sumaremos muchos logros». Wen afirmaba que era «de una gran importancia y trascendencia» saber utilizar esta brecha para los objetivos de desarrollo de China.[8]

¿Qué era lo que China tenía la oportunidad estratégica de lograr? Puede decirse que el debate chino sobre esta cuestión tuvo un inicio formal que se encuentra en una serie de conferencias especiales y de sesiones de estudio convocadas por académicos chinos y altos cargos del país entre 2003 y 2006. El programa hacía referencia al

auge y a la caída de los grandes poderes en la historia: los medios utilizados para su ascenso; las causas de sus guerras frecuentes, y la determinación de si una gran potencia moderna podía llegar a descollar sin recurrir al conflicto militar con los actores dominantes en el sistema internacional y de qué modo lo conseguía. Estas conferencias se trabajaron posteriormente y a partir de ellas se creó una serie de doce capítulos titulada *El auge de las grandes potencias*, que emitió la televisión nacional china en 2006 y vieron centenares de millones de espectadores. Como precisó el politólogo David Shambaugh, probablemente aquel fuera

un momento filosófico extraordinario en la historia de la política de las grandes potencias: «Pocas, por no decir ninguna, grandes potencias o aspirantes a esta categoría abordan un discurso tan introspectivo».[9]

¿Qué lecciones puede extraer China de estos precedentes históricos? En uno de sus primeros y más globales intentos de responder a la pregunta, Pekín quiso disipar los temores sobre su creciente poder y presentar la propuesta del «auge pacífico» de China. Un artículo del influyente político chino Zheng Bijian publicado en 2005 en *Foreign Affaires* proporcionaba una declaración política casi oficial. Zheng aseguraba que China

había optado por una «estrategia […] para trascender los medios tradicionales de que disponen las grandes potencias para despuntar». Según él, China buscaba un «nuevo orden político y económico internacional», pero «tenía que conseguirse por medio de reformas graduales y de la democratización de las relaciones internacionales». Zheng insistía: «China no seguirá el camino de Alemania, que llevó a este país a la Primera Guerra Mundial, ni el de Alemania y Japón, que desembocó en la Segunda Guerra Mundial, cuando estos países se dedicaban a expoliar recursos y a luchar por la hegemonía. China tampoco seguirá la vía de las grandes

potencias que compitieron por el domino del mundo durante la guerra fría».[10]

Washington respondió expresando la idea de China como «actor responsable» en el sistema internacional que se atenía a sus propias normas y límites y asumía otras responsabilidades de acuerdo con su mayor capacidad. En el discurso que hizo en 2005 ante el Comité Nacional de Relaciones entre Estados Unidos y China, Robert Zoellick, a la sazón vicesecretario de Estado, adelantó la respuesta estadounidense al artículo de Zheng. Pese a que los dirigentes chinos tal vez habían dudado en reconocer que alguna vez podían haber sido actores

«irresponsables», el discurso de Zoellick vino a ser una invitación a China para convertirse en un miembro privilegiado, y en un moldeador, del sistema internacional.

Casi simultáneamente, Hu Jintao pronunció una conferencia en la Asamblea General de la ONU titulada «Sentar la base para un mundo armonioso con una paz duradera y prosperidad para todos», sobre el tema desarrollado por Zheng Bijian en su artículo. Hu reiteró la importancia de la ONU como marco de seguridad y desarrollo y destacó «lo que China defendía». Al tiempo que insistía en el apoyo de su país a la democratización

de las cuestiones mundiales —en la práctica, por supuesto, una disminución relativa del poder estadounidense ante un mundo multipolar—, Hu reiteró que China lucharía por sus objetivos pacíficamente y dentro del marco de la ONU:

> China se atendrá, como siempre, a los objetivos y principios de la Carta de la ONU, participará de forma activa en los asuntos internacionales, cumplirá con sus obligaciones internacionales y trabajará junto con otros países para crear un nuevo orden político y económico internacional que sea justo y racional. La nación china ama la paz. El desarrollo chino no va a perjudicar ni amenazar a nadie, antes bien servirá a la

causa de la paz, de la estabilidad y de la prosperidad común en el mundo.[11]

Las teorías del «auge pacífico» y del «mundo armonioso» recordaban los principios de la era clásica que había afianzado la grandeza de China: enfoque gradual; armonización de tendencias y elusión del conflicto abierto; organización tanto alrededor de reivindicaciones morales respecto a un orden mundial armonioso como de dominio real físico o territorial. Describían asimismo una vía hacia una situación de gran potencia que podía resultar atractiva a una generación de dirigentes que habían alcanzado la mayoría de edad en la época del fracaso

social de la Revolución Cultural, una generación consciente de que en aquellos momentos su legitimidad dependía en parte de proporcionar al pueblo chino cierto bienestar y comodidad y un respiro respecto a la agitación y a las privaciones del siglo anterior. Y para reflejar una postura incluso más comedida, en las declaraciones oficiales chinas se cambió la expresión «auge pacífico» por «desarrollo pacífico», por lo visto porque se consideró que «auge» era un término excesivamente amenazador y triunfalista.

Durante los tres años que siguieron, en una de las confluencias periódicas de

acontecimientos fortuitos en los que cambia el devenir histórico, la peor crisis financiera desde la Gran Depresión coincidió con un período de prolongada ambigüedad y de estancamiento en las guerras de Irak y de Afganistán, con los impresionantes Juegos Olímpicos de Pekín de 2008 y un período ininterrumpido de sólido crecimiento económico en China. Esta confluencia de acontecimientos hizo que determinadas élites de este país, entre las que se contaba una parte de las altas esferas del gobierno chino, volvieran sobre los supuestos que configuraban la base de la postura de avanzar por etapas establecida en 2005 y 2006.

Las causas de la crisis financiera y sus peores efectos se centraban básicamente en Estados Unidos y Europa. Aquello llevó a unos aportes jamás vistos en la historia a países y empresas occidentales y también a los llamamientos de los dirigentes de los citados países a China a fin de que cambiara el valor de su moneda y aumentara su consumo interior para mejorar la salud de la economía mundial.

Desde que Deng proclamó la «reforma y la apertura», China había considerado a Occidente un modelo de habilidad económica y de experiencia financiera. Se daba por supuesto que,

fueran cuales fuesen los fallos ideológicos o políticos de Occidente, aquellos países sabían gestionar sus economías y también el sistema financiero del mundo de una forma extraordinariamente productiva. Aunque China se había negado a adquirir tales conocimientos a costa de la tutela política occidental, entre la élite china se daba por sentado que Occidente poseía una información digna de estudio y adaptación.

El hundimiento de los mercados financieros estadounidense y europeo en 2007 y 2008 —y el espectáculo del desorden y los errores de cálculo en Occidente en comparación con el éxito

de China— socavó gravemente la idea de la habilidad económica de los occidentales. Aquello puso en marcha una nueva corriente de opinión en China —entre la joven generación de estudiantes y usuarios de internet que manifestaban sus opiniones y probablemente en algún sector de la dirección política y militar— según la cual se estaba produciendo un cambio fundamental en la estructura del sistema internacional.

La culminación simbólica de este período fue el espectáculo de los Juegos Olímpicos de Pekín, que se celebraron en el momento en que la crisis económica empezaba a hacer mella en

Occidente. Dichos juegos no fueron un acontecimiento únicamente deportivo, sino que fueron concebidos como expresión del resurgimiento de China. La ceremonia de apertura fue todo un símbolo. Las luces del enorme estadio estaban apagadas. Exactamente a las ocho y ocho minutos (hora china) del octavo día del octavo mes del año, aprovechando el número de buenos auspicios ya escogido para la ceremonia,[12] dos mil tambores rasgaron el silencio con un ensordecedor sonido que siguió durante diez minutos, como queriendo decir: «Hemos llegado. Somos una realidad, ya no pueden dejarnos a un lado ni jugar con nosotros,

pues estamos preparados para aportar al mundo nuestra civilización». Luego los espectadores del mundo estuvieron una hora contemplando cuadros sobre temas de la civilización china. El período de debilidad y malos resultados del país —podríamos llamarlo el «largo siglo XIX de China»— oficialmente había concluido. Pekín volvía a ser el centro del mundo, su civilización inspiraba respeto y admiración.

En una conferencia del Foro Mundial sobre Estudios Chinos celebrado en Shanghai después de los Juegos Olímpicos, Zheng Bijian, el autor de la idea de «auge pacífico», comentó a un periodista occidental que China por fin

había superado el legado de la guerra del opio y el siglo de luchas contra la intrusión extranjera y había abordado el proceso histórico de la renovación nacional. Las reformas iniciadas por Deng Xiaoping, según Zheng, habían permitido a China resolver el «enigma del siglo», un desarrollo rápido y sacar de la pobreza a millones de personas. Al despuntar como importante potencia, China iba a confiar en la atracción que despertaría su modelo de desarrollo y las relaciones con otros países serían «abiertas, no exclusivas y armoniosas», con el objetivo de «iniciar en conjunto el camino del desarrollo mundial».[13]

El fomento de la armonía no impedía

la búsqueda de la ventaja estratégica. En una conferencia de diplomáticos chinos celebrada en julio de 2009, Hu Jintao explicó las nuevas tendencias. Afirmó que los primeros veinte años del siglo XXI seguían siendo para China un «período de oportunidad estratégica»; esto, afirmó, no había cambiado. Ahora bien, tras la crisis financiera y otros cambios radicales, Hu apuntó que en aquellos momentos el *shi* se encontraba en proceso de evolución. A la luz de los «complejos y profundos cambios» que tenían lugar en aquellos momentos, dijo: «Se han producido variaciones en las oportunidades y en los retos que tenemos que afrontar». Las

oportunidades que se entreveían iban a ser «importantes»; los retos, «serios». Si China era capaz de protegerse contra todo tipo de trampas y gestionaba con diligencia sus asuntos podía sacar provecho del período de agitación:

> Desde la entrada en el nuevo siglo y en el nuevo estadio, se han producido a escala internacional una serie de importantes acontecimientos de naturaleza global y estratégica, que han tenido una influencia de peso y de gran alcance en todos los aspectos de la situación política y económica internacional. Si observamos el mundo, vemos que la paz y el desarrollo continúan siendo la cuestión principal de nuestros tiempos, aunque la lucha por un amplio poder nacional se hace más intensa; día a día

aumenta la demanda de un número cada vez mayor de países en vías de desarrollo para participar en plan de igualdad en los asuntos internacionales, las voces que exigen la democratización de las relaciones internacionales suenan cada vez con más fuerza; con la crisis financiera internacional se ha producido una enorme conmoción en el sistema económico y financiero mundial y actual, así como en la estructura de gobernanza económica del planeta; se ven más claras las perspectivas de una multipluralidad mundial; la situación internacional ha generado nuevos rasgos y tendencias que exigen una minuciosa atención.[14]

Con las cuestiones mundiales en evolución, China tenía el deber de analizar objetivamente la situación y

abrir el camino para una nueva configuración. Con la crisis pueden surgir oportunidades. Pero ¿cuáles eran estas?

El debate sobre el destino nacional: la perspectiva triunfalista

El enfrentamiento de China con el sistema internacional moderno, configurado por Occidente, ha generado en las élites de este país una tendencia especial a debatir —con especial meticulosidad y habilidad analítica— su destino nacional y la estrategia general para llegar a él. En efecto, el mundo es

testigo de un nuevo estadio en el diálogo nacional sobre la naturaleza del poder, la influencia y las aspiraciones de China, que han sufrido altibajos desde que Occidente le abrió por primera vez sus puertas. Los anteriores debates sobre el destino de la nación se produjeron en períodos de extraordinaria vulnerabilidad de China; el último no lo ha movido el peligro que corre el país, sino su fuerza. Tras un viaje incierto y en ocasiones accidentado, China llega por fin a la perspectiva deseada por reformistas y revolucionarios en los dos últimos siglos: un país próspero que muestra al mundo su capacidad militar al mismo

tiempo que conserva sus valores distintivos.

En los estadios anteriores sobre el debate nacional se planteaba si China tenía que mirar hacia el exterior en busca de conocimientos para superar la debilidad o hacia el interior y alejarse de un mundo impuro aunque tecnológicamente más fuerte. El debate actual se basa en el reconocimiento de que se ha hecho realidad el gran proyecto de autofortalecimiento y de que China se ha puesto al día con Occidente. Pretende definir los términos a través de los que China debería interactuar con un mundo que —incluso bajo el punto de vista de muchos de los internacionalistas

liberales contemporáneos chinos— juzgó muy injustamente a China y de cuyos estragos aún hoy se está recuperando el país.

Mientras la crisis económica se propagaba por Occidente en la época posterior a los Juegos Olímpicos, nuevas voces —extraoficiales y casi oficiales— empezaron a cuestionar la tesis del «auge pacífico» de China. Desde este punto de vista, el análisis de Hu sobre tendencias estratégicas era correcto, pero Occidente seguía siendo una peligrosa fuerza que jamás permitiría a China un ascenso armonioso. Correspondía, pues, a China consolidar sus logros y hacer valer sus

reivindicaciones ante el poder mundial e incluso su estatus de superpotencia.

Dos libros que han tenido una amplia difusión en China simbolizan esta tendencia: una recopilación de ensayos titulada *China Is Unhappy:The Great Era, the Grand Goal, and Our internal Anxieties and External Challenges* (2009) y *China Dream: Great Power Thinking and Strategic Posture in the Post-American Era* (2010). Son dos libros profundamente nacionalistas. Ambos parten del supuesto de que Occidente es mucho más débil de lo que se creía anteriormente, pero que «algunos extranjeros no han despertado todavía; no han comprendido realmente

que se está produciendo un cambio de poder en las relaciones chino-occidentales».[15] En este contexto, es China la que tiene que superar las dudas y la pasividad, dejar lo del trabajo por etapas y recuperar su idea histórica de misión por medio de un «gran objetivo».

Ambos libros han recibido críticas en la prensa china y entradas anónimas en webs chinas, donde se les ha tildado de irresponsables y se ha afirmado que no reflejaban el punto de vista de la gran mayoría en China. Cabe decir, sin embargo, que uno y otro han superado la revisión del gobierno y se han convertido en números uno en ventas en China, de modo que es probable que

reflejen las perspectivas de como mínimo una parte de la estructura institucional china. Sobre todo el caso de *China Dream*, de Liu Mingfu, coronel del Ejército Popular de Liberación y profesor de la Universidad de la Defensa Nacional de China. No presento aquí los libros porque representen la política gubernamental oficial china —en realidad, van en contra de lo que afirmó con énfasis el presidente Hu en su discurso en la ONU y en su visita de Estado a Washington en enero de 2011—, sino porque plasman determinadas acometidas a las que el gobierno se ha visto obligado a responder.

Un ensayo representativo de *China Is*

Unhappy presenta la tesis básica. En su título afirma que «Estados Unidos no es un tigre de papel», como solía decir burlonamente Mao, sino más bien «un pepino granado pintado de verde».[16] El autor, Song Xiaojun, parte de la premisa de que incluso en las actuales circunstancias, Estados Unidos y Occidente siguen siendo una fuerza peligrosa, fundamentalmente adversa:

> Un gran número de hechos han demostrado que Occidente nunca abandonará su preciada técnica del «comercio a punta de bayoneta», que ha ido refinando a lo largo de los siglos. ¿Quién cree que es posible que «devolviendo las armas al depósito y poniendo de nuevo los caballos de batalla a pacer»[17] [Occidente] se convenza, abandone

las armas y se disponga a comerciar pacíficamente?[18]

Después de treinta años de acelerado desarrollo económico en China, insiste Song, el país ha alcanzado una posición de fuerza: «Las masas y la juventud cada día se dan más cuenta de que se está acercando la oportunidad».[19] Después de la crisis financiera, continúa, Rusia está más interesada en sus relaciones con China; Europa se mueve en una dirección similar. Actualmente, los controles estadounidenses sobre la exportación son básicamente intrascendentes, ya que China cuenta ya con casi toda la tecnología que necesita para convertirse en una potencia

industrializada y pronto poseerá una base económica agrícola, industrial y «postindustrial» propias, es decir, no tendrá que confiar en los productos ni en la buena voluntad de los demás.

El autor hace un llamamiento para que la juventud nacionalista y las masas estén a la altura de las circunstancias y desafía a las élites del momento que se muestran en desacuerdo con ello: «Qué extraordinaria oportunidad de pasar a ser un país globalmente industrializado, que se nos conozca como el país que quiere ascender y cambiar el sistema político y económico injusto e irracional del mundo… ¡Cómo no han pensado en ello las élites!».[20]

El *China Dream* de 2010 del coronel del Ejército Popular de Liberación, Liu Mingfu, define un «gran objetivo» nacional: «Convertirse en número uno del mundo», que China recupere su versión moderna del esplendor histórico que vivió. Es algo, dice, que exigirá el desplazamiento de Estados Unidos.[21]

El auge de China, pronostica Liu, marcará el inicio de una edad de oro de prosperidad en Asia, en la que los productos, la cultura y los valores de China marcarán la pauta en el mundo. Este recuperará la armonía porque el liderazgo de China será más sensato y moderado que el de Estados Unidos, y porque China no perseguirá la

hegemonía y se limitará a ejercer la función de *primus inter pares* de las naciones del mundo.[22] (En un pasaje aparte, Liu habla favorablemente de la función de los emperadores chinos tradicionales, de los que dice que actuaban a modo de benévolo «hermano mayor» de los reyes de los países más pequeños y débiles.)[23]

Liu rechaza la idea de un «auge pacífico», aduciendo que China no puede confiar únicamente en sus tradicionales virtudes armoniosas para garantizar el nuevo orden internacional. Dada la naturaleza competitiva y amoral de la política de las grandes potencias, sigue Liu, el auge de China —y la paz en

el mundo— solo pueden protegerse si China alimenta un espíritu marcial y reúne suficiente fuerza militar para disuadir o, llegado el caso, derrotar a sus adversarios. Por consiguiente, Liu aboga por un «auge militar» además del «auge económico».[24] El país debe prepararse, militar y psicológicamente, para luchar y vencer en una contienda por la preeminencia estratégica.

La publicación de los dos libros coincidió con una serie de crisis y tensiones en el mar de la China meridional con Japón y a raíz de las fronteras de la India, de una forma tan seguida y con suficiente carácter común que se desató la especulación sobre si

los episodios eran el producto de una política deliberada. Si bien en cada caso se presenta una versión de los acontecimientos en la que quien sale perjudicada es China, las propias crisis constituyen una fase del continuo debate chino sobre el papel de este país en su región y en el mundo.

Los libros que nos ocupan, así como las críticas de las «élites» chinas presuntamente pasivas, no habrían salido a la luz ni se habrían convertido en una cuestión célebre en el ámbito nacional si se hubiera prohibido su publicación. ¿Se trataba de un sistema de la administración de influir en la política? ¿Refleja esto las actitudes de

una generación tan joven que no había vivido de adulta la Revolución Cultural? ¿Acaso los dirigentes dejaban el debate a la deriva como una especie de táctica psicológica, a fin de que el mundo comprendiera las presiones internas de China y empezara a tenerlas en cuenta? ¿O tal vez no era más que un ejemplo para explicar que China era más pluralista, que permitía que más voces se expresaran, y que los críticos en general eran más tolerantes con las voces nacionalistas?[25]

DAI BINGGUO: UNA REAFIRMACIÓN DEL AUGE PACÍFICO

Los dirigentes chinos decidieron intervenir en el debate para demostrar que el triunfalismo expresado distaba mucho del estado de ánimo de los altos mandos. En diciembre de 2010, Dai Bingguo, consejero de Estado (el mando superior que supervisaba la política exterior china) saltó a la palestra con una declaración política global.[26] El artículo de Dai, titulado «Seguimos optando por la vía del desarrollo pacífico», puede considerarse una respuesta tanto a los observadores extranjeros preocupados por si China albergaba intenciones agresivas como a los que se encontraban en el país —incluyendo a algunos integrantes de la

estructura de la dirección de China—, que mantenían que China tenía que optar por una posición de mayor insistencia.

El desarrollo pacífico, sostiene Dai, no es una estratagema mediante la cual China «disimula su esplendor y gana tiempo» (como sospechan actualmente algunos de fuera de China), ni un delirio ingenuo que renuncia a las ventajas de China (como aducen algunos desde dentro del país). Es la auténtica y duradera política china, ya que es la que mejor sirve a los intereses de su pueblo y concuerda con la situación estratégica internacional:

> La insistencia en adoptar la vía del desarrollo pacífico no es algo que sea

> producto de una imaginación subjetiva o de algún tipo de cálculo concreto, sino más bien el resultado del reconocimiento de que tanto el mundo actual como la China de hoy en día han vivido unos cambios terribles y de que las relaciones de este país con el mundo también han experimentado cambios importantes; así pues, hace falta aprovechar la situación al máximo y adaptarse a las modificaciones.[27]

El mundo, observa Dai, ha empequeñecido, y hoy las cuestiones importantes exigen un considerable grado de interacción global. La cooperación mundial, por consiguiente, es algo que interesa a China; no se trata de una estrategia para llevar adelante una política puramente nacional. Dai

sigue con lo que podría interpretarse como una afirmación estándar de la reivindicación de los habitantes del mundo de paz y cooperación, si bien, en este contexto, es más una advertencia sobre los obstáculos a los que debe enfrentarse una China militante (es probable que vaya dirigida a los dos públicos):

> Por razón de la globalización económica y del profundo desarrollo de la informatización, así como de los rápidos progresos en ciencia y tecnología, el mundo se ha hecho cada vez «más pequeño» y se ha convertido en una «aldea global». Con la interacción y la interdependencia de todos los países, así como la conjunción de

> intereses que alcanza unos niveles sin precedentes, lo que incumbe a todos ha tomado más vuelo, los problemas que exigen aunar esfuerzos se han multiplicado y las aspiraciones de cara a una colaboración mutuamente beneficiosa son más intensas.[28]

China, sigue Dai, puede prosperar en una situación de este tipo porque está totalmente integrada en el mundo. Durante los últimos treinta años ha crecido al incorporar sus talentos y recursos a un sistema internacional más amplio, no como mecanismo táctico, sino como medio de satisfacer las necesidades del período contemporáneo:

> La China contemporánea vive cambios grandes y profundos. A lo largo de más de treinta años de reforma y apertura, hemos pasado de «la lucha de clases como clave» a la construcción económica como tarea central, al tiempo que avanzábamos en la causa de la modernización socialista. Hemos dejado la economía planificada para promocionar la reforma en todos los aspectos al construir un sistema económico de mercado socialista. Hemos dejado atrás el aislamiento de Estado y el énfasis unilateral en la autoconfianza para lanzarnos hacia el mundo exterior y hacia el desarrollo de la colaboración internacional.[29]

Estos cambios espectaculares exigen que China abandone los últimos vestigios de la doctrina de Mao de independencia absoluta, que aislaría a

China. Suponiendo que este país no analice correctamente la situación y, como insiste Dai, «no gestione satisfactoriamente las relaciones con el mundo exterior», las posibilidades que le ha ofrecido el período de oportunidad estratégica «podrían perderse». China, subraya Dai, «forma parte de la gran familia internacional». Las políticas de armonización y colaboración de China, además de representar unas simples aspiraciones morales, son, en palabras de Dai, «lo más compatible con nuestros intereses y los de otros países».[30] En este análisis subyace el reconocimiento, nunca manifestado de forma directa, de que China está rodeada de vecinos con

importante capacidad militar y económica, y de que las relaciones de este país con la mayoría se han deteriorado en los dos últimos años, una tendencia que los dirigentes chinos pretenden cambiar.

En la descripción de las estrategias de los líderes de cada país nunca puede excluirse el elemento táctico, como en el caso de la enmienda de la frase «auge pacífico», que se cambió por algo más descafeinado: «desarrollo pacífico». Dai, en su artículo, aborda específicamente el escepticismo extranjero según el cual sus argumentos tendrían que ser en general tácticos:

En el ámbito internacional, algunos dicen: China tiene un proverbio: «Disimula tu capacidad, gana tiempo y empéñate en lograr algo». Por tanto, especulan sobre el hecho de que la declaración de China de optar por una vía de desarrollo pacífico pueda ser una conspiración secreta llevada a cabo bajo unas circunstancias en las que sigue sin gran poder.

Pero esto, como afirma Dai, son «sospechas infundadas»:

Hizo esta declaración el camarada Deng Xiaoping a finales de la década de 1980, principios de la de 1990. Tiene como principal connotación que China debe permanecer humilde y cautelosa, así como evitar situarse delante, hacer ondear la bandera, buscar la expansión y reivindicar la

hegemonía; esto es acorde con la idea de tomar el camino del desarrollo pacífico.[31]

El desarrollo pacífico, recalca Dai, es una tarea para muchas generaciones. La importancia de esta se pone de relieve con el sufrimiento del pasado. China no quiere la revolución; no quiere guerra ni venganza; desea simplemente que su pueblo «diga adiós a la pobreza y disfrute de una vida mejor» y que el país se convierta —en contraposición al negacionismo socarrón de Mao— «en el miembro más responsable, más civilizado, más respetuoso con la ley y el orden de la comunidad internacional».[32]

Naturalmente, a pesar de que se

renuncie a objetivos de más envergadura, los países de la región —los que habían visto el auge y el declive de los antiguos imperios chinos, algunos de los cuales extendían sus fronteras más allá de la actual República Popular de China— consideran que es difícil reconciliar tales renuncias con el poder en aumento de China y su historia. ¿Acaso un país que, durante la mayor parte de su historia moderna —que en China se inició hace dos mil años—, se ha considerado en la cumbre de la civilización y que durante casi dos siglos ha visto que las voraces potencias coloniales occidentales y japonesa le usurpaban su liderazgo moral puede

contentarse con limitar sus objetivos estratégicos para «crear una sociedad moderadamente próspera en todos los aspectos»?[33]

Debe hacerlo, responde Dai. China «no está en la mejor posición para mostrarse arrogante y presuntuosa», porque sigue enfrentándose a unos terribles desafíos internos. El producto interior bruto de China, independientemente de sus valores absolutos, tiene que extenderse a una población de 1.300 millones de habitantes, 150 millones de los cuales viven por debajo del umbral de la pobreza; así pues: «Los problemas económicos y sociales con los que nos

encontramos puede decirse que son los más importantes y espinosos del mundo; de ahí que no estemos en posición de mostrarnos arrogantes y presuntuosos».[34]

Dai rechaza las afirmaciones de que China intentará dominar Asia o desplazar a Estados Unidos como potencia predominante en el mundo, tachándolas de «puros mitos» que contradicen la historia china y su política actual. Cita al mismo tiempo una sorprendente invitación de Deng Xiaoping —totalmente contraria a la usual insistencia de China en su independencia—, según la cual se permitirá al mundo «supervisar» a China

para confirmar que nunca se marcará el objetivo de la hegemonía: «El camarada Deng Xiaoping dijo en una ocasión: Si algún día China se marca el objetivo de la hegemonía en el mundo, la población mundial tendrá que denunciarlo, oponerse y luchar contra ello. En este sentido, la comunidad internacional puede supervisarnos».[35]

La declaración de Dai es impactante y de una gran elocuencia. Yo, que durante más de diez años he pasado horas y horas con este reflexivo y responsable dirigente, no pongo en cuestión su sinceridad ni su intención. Aun así, dando por supuesto que Hu, Dai y sus colaboradores manifiestan con toda

franqueza su perspectiva sobre el siguiente estadio de la política china, es difícil imaginar que esta sea la última palabra acerca del papel de China en el mundo o que no va a discutirse. En 2012 llegará al poder una nueva generación de jóvenes chinos y de élites del partido y del Ejército Popular de Liberación: la primera generación desde principios del siglo XIX que se ha criado en una China que ha vivido en paz, unificada políticamente, que no ha vivido la experiencia de la Revolución Cultural y cuyos resultados económicos superan los de la mayoría en el resto del mundo. Esta quinta generación de líderes chinos desde la creación de la República

Popular extraerán, como hicieron sus predecesores, sus experiencias de su visión del mundo y de la grandeza nacional. Es en el diálogo con esta generación que tiene que centrarse la estrategia estadounidense.

Cuando tomó posesión del cargo la administración de Obama, las relaciones habían tomado un cariz distinto. Los dos presidentes manifestaron su compromiso de cara a las consultas, incluso a la colaboración. Sin embargo, los medios de comunicación y buena parte de la opinión de las élites de sus países expresaron puntos de vista distintos.

Durante la visita de Estado que realizó Hu Jintao en enero de 2011, se

reforzaron los procedimientos consultivos. Estos van a permitir un mayor diálogo entre Estados Unidos y China sobre las cuestiones que surjan, como el problema de Corea, y la superación de asuntos pendientes, como el tipo de cambio y las diferentes perspectivas sobre la definición de libertad de navegación en el mar de la China meridional.

Lo que queda pendiente es pasar de la gestión de la crisis a una descripción de los objetivos comunes, de la solución de las controversias estratégicas a la forma de evitarlas. ¿Puede crearse una asociación genuina y un orden mundial basados en la colaboración? ¿Pueden

desarrollar China y Estados Unidos una confianza estratégica real?

Epílogo
¿La historia se repite?
El informe Crowe

Una serie de comentaristas, entre los que se cuentan algunos chinos, han revisado el ejemplo de la rivalidad anglo-alemana del siglo XX como augurio de lo que puede esperarles a Estados Unidos y China durante el siglo XXI. Sin duda, pueden hacerse comparaciones estratégicas. Al nivel más superficial, China es, como fue la Alemania

imperial, un poder continental que resurge; Estados Unidos, al igual que Gran Bretaña, es básicamente un poder naval con profundos vínculos políticos y económicos con el continente. China, a lo largo de su historia, ha sido más poderosa que todos sus vecinos, aunque estos, unidos, podían —y, en realidad, pudieron— amenazar la seguridad del imperio. Como en el caso de la unificación de Alemania en el siglo XIX, los cálculos de todos estos países están influidos de manera inevitable por el resurgimiento de China como Estado fuerte y unido. Es un sistema que ha evolucionado históricamente en un

equilibrio de poder basado en la compensación de las amenazas.

¿Puede la confianza estratégica sustituir un sistema de amenazas estratégicas? Muchos consideran que la confianza estratégica es una contradicción. Los estrategas confían solo hasta cierto punto en las intenciones del presunto adversario. En realidad, las intenciones están sujetas a cambio. Por otra parte, la base de la soberanía es el derecho a tomar decisiones que no estén sujetas a otras autoridades. Por ello determinadas amenazas basadas en la capacidad no pueden desligarse de las relaciones entre los estados soberanos.

Puede darse el caso —aunque no es

frecuente— de que las relaciones se estrechen tanto que las amenazas estratégicas queden excluidas. En las relaciones entre estados ribereños del Atlántico Norte son inconcebibles las confrontaciones estratégicas. Los estamentos militares no se enfrentan. Se conciben las amenazas estratégicas como algo que surge fuera de la región atlántica y que debe resolverse en el marco de una alianza; las disputas entre los estados del Atlántico Norte suelen centrarse en valoraciones distintas sobre cuestiones internacionales y en la forma de resolverlas; de todos modos, incluso en los casos más duros mantienen el carácter de una disputa familiar. El

poder blando y la diplomacia multilateral constituyen las principales herramientas de la política exterior, y en muchos estados de Europa occidental prácticamente está excluida la acción militar como instrumento legítimo en la política estatal.

En Asia, en cambio, los estados consideran que se encuentran en una posible confrontación con sus vecinos. Ello no implica necesariamente que planifiquen la guerra; simplemente, no la excluyen. Si se consideran demasiado débiles para defenderse por su cuenta, intentan entrar a formar parte de una alianza que les proporcione protección adicional, como en el caso de la

ASEAN, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático. La soberanía, en muchos casos recuperada hace poco tras períodos de colonización extranjera, tiene un carácter absoluto. Imperan los principios del sistema de Westfalia, mucho más que en su continente de origen. El concepto de soberanía se considera fundamental. La agresión se define como el movimiento a través de las fronteras de unidades militares organizadas. La no interferencia en asuntos internos se considera el principio fundamental de las relaciones entre estados. En un sistema estatal organizado de esta forma, la diplomacia

pretende conservar los elementos clave del equilibrio de poder.

Un sistema internacional es relativamente estable si el nivel de seguridad que exigen sus miembros puede conseguirse por medio de la diplomacia. Cuando esta ya no funciona, las relaciones se van centrando cada vez más en la estrategia militar, de entrada en forma de carreras de armamento y luego como maniobras de cara a la ventaja estratégica, incluso a riesgo de llegar a la confrontación, y, por último, a la propia guerra.

Un ejemplo clásico de mecanismo internacional autopropulsado es el de la diplomacia europea de antes de la

Primera Guerra Mundial, una época en la que la política del mundo era la política europea, ya que gran parte del planeta estaba bajo el dominio colonial. Durante la segunda mitad del siglo XIX, en Europa no se libró ninguna guerra importante desde que terminó el período napoleónico en 1815. Los estados europeos vivían un relativo equilibrio estratégico; los conflictos entre ellos no afectaban a su existencia. Ningún Estado consideraba a otro enemigo irreconciliable. De esta forma, era viable el cambio de alianzas. Ningún Estado se consideraba lo suficientemente poderoso para establecer la hegemonía ante los demás.

Una iniciativa de este tipo desencadenaba la creación de una coalición en contra.

La unificación de Alemania en 1871 causó un cambio estructural. Hasta entonces, Europa Central incluía —hoy en día es difícil de imaginar— treinta y nueve estados soberanos de distintos tamaños. Únicamente Prusia y Austria podían considerarse potencias importantes en el equilibrio europeo. Los múltiples pequeños estados estaban organizados dentro de Alemania en una institución que funcionaba como la ONU en el mundo actual, la denominada Confederación Germánica. Así como a la ONU, a la Confederación Germánica

le costaba tomar iniciativas, pero de vez en cuando lograba la unidad de acción contra lo que se consideraba un importante peligro. La Confederación Germánica estaba demasiado dividida para plantearse la agresión, pero era suficientemente fuerte para la defensa y por ello contribuyó de manera importante en el equilibrio de Europa.

No fue el equilibrio, sin embargo, lo que motivó los cambios que se produjeron en Europa en el siglo XIX: los desencadenó el nacionalismo. La unificación de Alemania reflejó las aspiraciones de un siglo. Pero llevó también con el tiempo a un clima de crisis. El auge de Alemania debilitó la

flexibilidad del proceso democrático y aumentó la amenaza contra el sistema. Donde había habido treinta y siete pequeños estados y dos de relativa envergadura, nació una única entidad política que unió a treinta y ocho de ellos. Donde la anterior diplomacia europea había logrado una cierta flexibilidad a través de cambios en las alineaciones de aquel gran número de estados, la unificación de Alemania redujo las posibles combinaciones y llevó a la creación de un Estado más fuerte que cualquiera de sus vecinos. Por ello el primer ministro británico Benjamin Disraeli dijo que la unificación de Alemania había sido un

acontecimiento más significativo que la Revolución francesa.

Alemania era entonces tan poderosa que podía derrotar a cada uno de los estados europeos por separado, pero podía encontrarse en grave peligro si los principales estados de este continente se aliaban contra ella. Dado que el número de estados importantes se había reducido solo a cinco, las combinaciones eran limitadas. Los vecinos de Alemania tenían el aliciente de crear una coalición entre ellos —sobre todo Francia y Rusia, que lo hicieron en 1892— y Alemania, el de romper las alianzas.

La crisis del sistema era inherente a

su estructura. Ningún país podía evitarla, y mucho menos la potencia en auge: Alemania. Podían, no obstante, evitar políticas que exacerbaran las tensiones latentes, pero fue algo que no hizo ningún país, y menos, de nuevo, el Imperio alemán. Las tácticas elegidas por Alemania para destruir las coaliciones enemigas resultaron tan imprudentes como desafortunadas. Quiso utilizar las conferencias internacionales para imponer abiertamente su voluntad a los participantes. Según la teoría alemana, una humillante presión haría que se sintieran abandonados por sus aliados, obligados a abandonar la alianza y a

buscar la seguridad en la órbita de Alemania. Los resultados demostraron que se había conseguido todo lo contrario. Los países humillados (Francia, en la crisis marroquí en 1905, y Rusia, a raíz de Bosnia-Herzegovina en 1908) renovaron su determinación de no aceptar la subyugación y con ello reforzaron la alianza que Alemania pretendía debilitar. En 1904 se unió (de forma oficiosa) a la alianza franco-rusa Gran Bretaña, país al que Alemania había ofendido al inclinarse por sus adversarios, los colonos holandeses, en la guerra de los bóers (1899-1902). Por otro lado, Alemania desafió el dominio británico sobre los mares al crear una

gran armada, que complementaba al que ya era el ejército de tierra más poderoso del continente. Europa se había ido precipitando, en efecto, hacia un sistema bipolar sin flexibilidad diplomática. Su política exterior se había convertido en un juego en el que uno gana porque el otro pierde.

¿Se repetirá la historia? Sin duda, en el caso de que Estados Unidos y China entraran en un conflicto estratégico, en Asia podría crearse una situación comparable a la de la estructura europea de antes de la Primera Guerra Mundial, con la creación de bloques enfrentados entre sí, cada cual buscando la forma de minar o al menos de limitar la influencia

y el alcance del otro. Pero antes de rendirnos al supuesto mecanismo de la historia vamos a reflexionar cómo funcionó la rivalidad entre el Reino Unido y Alemania.

En 1907, una autoridad del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, Eyre Crowe, escribió un excelente análisis sobre la estructura política europea y el auge de Alemania. La cuestión principal que planteó, y que hoy sigue teniendo una importancia clave, es si la crisis que llevó a la Primera Guerra Mundial fue causada por el ascenso de Alemania, lo que provocó una especie de resistencia orgánica ante la aparición de una nueva y poderosa fuerza, o tuvo como causa la

política específica y, por tanto, evitable, alemana.[1] ¿Fue la capacidad alemana o el comportamiento de este país lo que provocó la crisis?

En el citado informe, presentado el día de Año Nuevo de 1907, Crowe defendía que el conflicto era inherente a la relación. Definió la cuestión como sigue:

> Para Inglaterra, en particular, la afinidad intelectual y moral crea comprensión y valoración de lo que es mejor según el punto de vista alemán, lo que ha predispuesto de forma natural al país a aprobar, en interés del progreso general de la humanidad, todo lo que tienda a favorecer tal poder e influencia, con una condición: deben respetarse las individualidades de las demás naciones,

asistentes igualmente útiles, a su manera, en la tarea del progreso de la humanidad, con el mismo derecho a un margen para contribuir, con libertad, a la evolución de una civilización superior.[2]

Pero ¿cuál era el objetivo real de Alemania? ¿La evolución natural de los intereses culturales y económicos de Alemania en Europa y en el mundo, a los que la diplomacia de ese país apoyaba de siempre? ¿O es que Alemania buscaba «una hegemonía política general y una supremacía marítima, que ponía en peligro la independencia de los países vecinos y, en definitiva, la existencia de Inglaterra»?[3]

Crowe concluía que no tenía

importancia el objetivo que declarara Alemania. Fuese cual fuese su rumbo, «Alemania tendría el acierto de crear una armada tan poderosa como podía permitirse». Y en cuanto el país lograra la supremacía naval, mantenía Crowe, la supremacía en sí —independientemente de las intenciones de Alemania— se convertiría en una amenaza objetiva para Gran Bretaña, algo «incompatible con la existencia del Imperio británico».[4]

En estas condiciones, no tenían ningún sentido las garantías formales. Hicieran las declaraciones gubernamentales que hiciesen, el resultado sería «una amenaza tan terrible para el resto del

mundo como la que plantearía cualquier conquista deliberada de una posición similar con "premeditación y alevosía"».[5] Incluso en el caso de que los estadistas alemanes moderados mostraran su buena fe, la política exterior moderada alemana podría «en cualquier estadio integrarse en» un plan consciente con miras a la hegemonía.

Por consiguiente, los elementos estructurales, en el análisis de Crowe, excluían la colaboración e incluso la confianza. Como observaba él mismo con ironía: «No sería descabellado afirmar que por lo general no se anuncian abiertamente los planes ambiciosos contra un país vecino y que,

por tanto, la ausencia de tal anuncio, incluso la declaración de buena voluntad política ilimitada y universal, no son en sí pruebas concluyentes a favor o en contra de la existencia de intenciones no hechas públicas».[6] Y puesto que había tanto en juego, seguía: «No es una cuestión en la que Inglaterra pueda correr ningún riesgo con seguridad».[7] Londres se veía obligada a dar por sentado lo peor y a actuar sobre la base de sus supuestos, al menos mientras Alemania estuviera creando una gran y desafiante armada.

Por lo tanto, ya en 1907 se veía que no existía margen para la diplomacia; la cuestión se había reducido a quién iba a

ceder en una crisis, y cuando esta condición no fuera satisfecha, la guerra sería prácticamente inevitable. Pasaron siete años antes de que se llegara al punto de la guerra mundial.

Si Crowe tuviera que analizar el panorama actual, probablemente expondría una opinión parecida a la que presentó en su informe de 1907. Voy a esbozar esta interpretación, a pesar de que difiera sustancialmente de la mía, porque se acerca a la opinión mantenida en general a ambos lados del Pacífico. Estados Unidos y China no han sido tanto estados-nación como expresiones continentales de identidades culturales. Las dos se han visto históricamente

empujadas hacia ideas de universalidad por sus logros económicos y políticos y por la energía y la autoconfianza incontenibles de sus pueblos. Los gobiernos chinos y estadounidenses han asumido con frecuencia que existía una identidad coherente entre sus políticas nacionales y el interés general de la humanidad. Crowe tal vez advertiría de que cuando coinciden dos entidades de este calibre en la arena mundial, lo más probable es que se produzcan tensiones importantes.

Dejando a un lado las intenciones de China, la escuela de opinión de Crowe consideraría que el «auge» chino es incompatible con la posición de Estados

Unidos en el Pacífico y, por extensión, en el mundo. Juzgaría que cualquier forma de colaboración acabaría proporcionando margen a China para aumentar su capacidad ante una crisis. Así pues, todo debate chino tratado en el capítulo 18, así como la cuestión de si China debería «disimular su esplendor», resultarían irrelevantes a efectos de un análisis del estilo del de Crowe: algún día actuará así (plantearía el análisis), de modo que Estados Unidos debería comportarse como si ya lo hubiera hecho.

El debate estadounidense añade un desafío ideológico al planteamiento sobre el equilibrio de poder de Crowe.

Los neoconservadores y demás militantes mantendrían que las instituciones democráticas son el requisito previo para unas relaciones de franqueza y confianza. Visto desde este prisma, las sociedades no democráticas son por su propia naturaleza precarias y proclives a la utilización de la fuerza. Por lo tanto, Estados Unidos tiene que ejercer su máxima influencia (en la expresión cortés) o la máxima presión para conseguir que se creen instituciones pluralistas allí donde no existan, en especial en países que puedan poner en peligro la seguridad de Estados Unidos. En casos así, el cambio de régimen es la meta definitiva de la política exterior de

Estados Unidos en sus relaciones con sociedades no democráticas; la paz con China no es tanto una cuestión de estrategia como de cambio en la gobernanza china.

El análisis que interpreta los asuntos internacionales como la lucha inevitable por la preeminencia estratégica tampoco se limita a los estrategas occidentales. Los «triunfalistas» chinos aplican casi el mismo razonamiento. La principal diferencia estriba en que su perspectiva es la de la potencia en auge, mientras que Crowe representaba al Reino Unido y defendía su patrimonio como país consolidado. Tenemos un ejemplo de ello en *China Dream* del coronel Liu

Mingfu, del que se ha hablado en el capítulo 18. Desde la perspectiva de Liu, por mucho que China se comprometa a un «auge pacífico», en las relaciones entre Estados Unidos y China el conflicto es inherente: son unas relaciones que se convertirán en un «maratón» y en el «duelo del siglo».[8] Por otra parte, la competición es de las que uno gana porque el otro pierde; la única alternativa al éxito total es el humillante fracaso: «Si China no puede convertirse en el siglo XXI en el número uno, en la potencia suprema, pasará inevitablemente a la condición de rezagado y quedará en la cuneta».[9]

Ni un gobierno ni otro ha aprobado la

versión estadounidense del informe Crowe, ni el análisis chino, más triunfalista, si bien proporcionan una especie de metáfora de un pensamiento más actual. Si las dos partes aplicaran los supuestos de estas perspectivas —una sola de ellas lo haría inevitable—, China y Estados Unidos podrían derivar hacia la escalada de la tensión descrita al principio del epílogo. China intentaría apartar de sus fronteras a Estados Unidos, limitar el alcance de su poder naval y reducir su peso en el ámbito de la diplomacia internacional. Estados Unidos procuraría organizar a todos los países vecinos de China que pudiera como contrapeso frente al dominio de

esta potencia. La interacción incluso podría complicarse más porque las ideas de disuasión y prevención no coinciden del todo en las dos partes. Estados Unidos se centra más en el arrollador poder militar; China, en el impacto psicológico decisivo. Tarde o temprano, unos u otros errarían en el cálculo.

En cuanto el modelo ha cuajado se hace cada vez más difícil superarlo. Las partes en liza consiguen su identidad por definición propia. La esencia de lo que describió Crowe (y lo que aceptan los triunfalistas chinos y algunos neoconservadores estadounidenses) es su aparente automaticidad. En cuanto se

creó el modelo y se formaron las alianzas, no hubo escapatoria posible de las exigencias autoimpues tas y, sobre todo, de los supuestos internos.

Quien lea el informe Crowe a la fuerza se dará cuenta de que los ejemplos específicos de hostilidad mutua que se citan son relativamente triviales si se comparan con las conclusiones que se extraen de ellos: incidentes de rivalidad colonial en el sur de África, conflictos sobre el comportamiento de los funcionarios. Lo que llevó a la rivalidad no fue lo que habían hecho una parte u otra, sino lo que podían hacer. Los acontecimientos se han convertido en símbolos; los

símbolos crearon su propia dinámica. No quedó nada por resolver, pues el sistema de alianzas que los enfrentaba no tenía margen de maniobra.

Esto no tiene que ocurrir en las relaciones entre Estados Unidos y China, pues la política estadounidense puede evitarlo. Evidentemente, si la política china insistiera en seguir las reglas establecidas por el informe Crowe, Estados Unidos se vería obligado a oponer resistencia. Este sería un lamentable resultado.

Si me he extendido tanto en la descripción de la posible evolución es para demostrar que soy consciente de los obstáculos reales que existen en la

relación de colaboración entre Estados Unidos y China, que considero básica para la estabilidad y la paz del mundo. Una guerra fría entre los dos países detendría el progreso durante una generación a uno y otro lado del Pacífico. Propagaría conflictos en política interna de cada una de las regiones en un momento en el que las cuestiones que afectan a todo el planeta, como la proliferación de armas nucleares, el medio ambiente, la seguridad en el campo de la energía y el cambio climático, exigen una colaboración de ámbito mundial.

Los paralelismos históricos son por naturaleza inexactos. Ni la analogía más

precisa obliga a la generación actual a repetir los errores de sus antecesores. En definitiva, las consecuencias fueron catastróficas para todos los implicados, vencedores y vencidos. Debe tenerse especial cuidado para que las dos partes no conviertan sus análisis en profecías, una tarea que no resultará fácil, pues, como demuestra el informe Crowe, las meras garantías no detienen el dinamismo subyacente. Si cualquier nación decidiera conseguir el dominio, ¿no plantearía garantías de que iba a seguir una vía pacífica? Hace falta una seria tarea conjunta que implique la continua atención de los principales dirigentes para crear la idea de una

auténtica confianza y de colaboración estratégica.

Las relaciones entre China y Estados Unidos no tienen que convertirse en un juego en el que para que uno gane el otro tenga que perder. Para el líder de Europa de antes de la Primera Guerra Mundial, el reto se planteaba así: la victoria de uno auguraba la derrota del otro, y el compromiso iba en contra de una opinión pública agitada. No es esta la situación de las relaciones chino-estadounidenses. Las cuestiones clave en el plano internacional atañen a todo el planeta. Es probable que el consenso sea difícil, pero el enfrentamiento en estos temas es contraproducente.

La evolución interna de los actores principales tampoco puede compararse con la situación existente antes de la Primera Guerra Mundial. Cuando se prevé el auge de China se da por sentado que el extraordinario impulso de las últimas décadas quedará proyectado indefinidamente y que está sentenciado el relativo estancamiento de Estados Unidos. Pero no hay cuestión que preocupe tanto a los líderes chinos como la conservación de la unidad nacional; es algo que impregna el objetivo de armonía social proclamado con tanta frecuencia, algo difícil en un país cuyas regiones costeras están al nivel de las sociedades avanzadas, pero en cuyo

interior encontramos algunas de las zonas más atrasadas del planeta.

Los dirigentes nacionales chinos han presentado al pueblo una lista de tareas para llevar adelante. Entre ellas cabe citar la de combatir la corrupción, que el presidente Hu Jintao ha calificado de «trabajo extraordinariamente penoso», contra la que Hu ha luchado en distintas etapas de su carrera.[10] También se incluye la «campaña de desarrollo de la parte occidental», encaminada a impulsar las provincias más pobres del interior, entre ellas tres en las que había vivido Hu. Una de las tareas más importantes es el establecimiento de vínculos adicionales entre la dirección y

el campesinado, fomentando elecciones democráticas en las aldeas y una mayor transparencia en el proceso político en el camino de China hacia una sociedad más urbanizada. Dai Bingguo, en su artículo de diciembre de 2010, citado en el capítulo 18, subrayaba el alcance del desafío interior chino:

> Según el nivel de vida establecido por la ONU de 1 dólar al día, actualmente China cuenta aún con 150 millones de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza. Y si nos basamos en el estándar de 1.200 yuanes per cápita, en China todavía hay más de 40 millones de personas que viven en la pobreza. Hoy en día, 10 millones de habitantes de China no tienen acceso a la electricidad y cada año hay que resolver la

cuestión de la ocupación para 24 millones de personas. China posee una población considerable y una base débil, el desarrollo entre centros urbanos y campo es desigual, no cuenta con una estructura industrial racional y no ha cambiado de manera radical el estado de las fuerzas de producción, que sigue poco desarrollado.[11]

El desafío interior de China, según sus dirigentes, es mucho más complejo de lo que pueda comprender la frase «el inexorable auge de China».

Por espectaculares que fueran las reformas de Deng, una parte del formidable crecimiento de China durante las primeras décadas puede atribuirse a la suerte de que se produjo una correspondencia relativamente fácil

entre la enorme reserva de jóvenes del país, en su momento en general no cualificados —a los que durante los años de Mao se había apartado de la economía mundial de forma «antinatural»—, y las economías occidentales, en general sanas, optimistas y considerablemente endeudadas por los créditos, que disponían de dinero para adquirir productos fabricados en China. Ahora que la mano de obra china tiene más edad y también más preparación (lo que provoca que los puestos de trabajo no especializados de las fábricas pasen a países con salarios inferiores como Vietnam y Bangladesh) y Occidente ha

entrado en un período de austeridad, la panorámica se complica mucho más.

Por otra parte, la demografía agrava la cuestión. Impulsada por el incremento del nivel de vida y la longevidad, junto con los resultados de la política de un solo hijo, China es hoy una de las poblaciones del mundo que envejece con más rapidez. Se calcula que en 2015 el total de la población en edad laboral llegará a su punto álgido.[12] A partir de entonces, un número cada vez más reducido de personas de entre quince y sesenta y cuatro años tendrá que mantener a una población cada vez más mayor. Los cambios demográficos serán marcados: se estima que en 2030 se

habrá reducido a la mitad el número de trabajadores rurales de entre veinte y veintinueve años.[13] En 2050 se prevé que la mitad de la población china superará los cuarenta y cinco años y que un 25 por ciento —aproximadamente, el equivalente de la población actual de Estados Unidos— habrá superado los sesenta y cinco.[14]

Un país que se enfrenta a unas tareas internas de tanta envergadura no va a lanzarse así como así a una confrontación estratégica, ni a la búsqueda del dominio universal. La principal diferencia entre la actualidad y el período previo a la Primera Guerra Mundial está marcada por la existencia

de armas de destrucción masiva y las modernas tecnologías militares de consecuencias desconocidas. Los dirigentes que iniciaron aquella guerra no poseían información sobre el alcance de las armas que tenían a su disposición. Los líderes contemporáneos conocen perfectamente la destrucción que son capaces de desencadenar.

La competición clave entre Estados Unidos y China probablemente será más económica y social que militar. Si aumentan en los dos países las tendencias sobre crecimiento económico, salud fiscal, gasto en infraestructuras y en educación, puede abrirse una brecha en el desarrollo —y

en la percepción de terceros en la influencia relativa—, en especial en la región de Asia-Pacífico. Pero se trata de una perspectiva que Estados Unidos puede detener o incluso invertir sus efectos.

Estados Unidos tiene la responsabilidad de mantener su competitividad y su papel en el mundo. Es algo que debería hacer más por sus propias convicciones de siempre que para competir con China. La competitividad es una idea básicamente estadounidense, y no es China quien tiene que hacerse cargo de ella. China, por su parte, sigue su propia interpretación de su destino nacional y

con ello desarrollará su economía y alcanzará una serie de objetivos en Asia y más allá del continente. Estas no son las perspectivas que llevaron a las confrontaciones que desencadenaron la Primera Guerra Mundial. Al contrario, apuntan a una serie de aspectos en los que China y Estados Unidos colaboran y por los que al mismo tiempo compiten.

La cuestión de los derechos humanos encontrará su sitio en el conjunto de la interacción. Estados Unidos no será fiel a sí mismo si no afirma su compromiso por los principios básicos de dignidad humana y participación popular en el gobierno. Teniendo en cuenta la naturaleza de la tecnología moderna,

estos principios no van a quedar confinados en las fronteras nacionales. No obstante, la experiencia ha demostrado que intentar imponerlos por medio de la confrontación puede resultar contraproducente, en especial en un país que tiene una visión histórica de sí mismo como China. Una sucesión de administraciones estadounidenses, entre las que se cuentan los dos primeros años de Obama, han equilibrado considerablemente las convicciones morales a largo plazo con adaptaciones caso por caso a las exigencias de seguridad nacional. El planteamiento básico —expuesto en capítulos anteriores— sigue siendo válido; el

desafío para la siguiente generación de líderes de las dos partes será el de conseguir el equilibrio necesario.

En definitiva, la cuestión se reduce a qué pueden exigirse mutuamente de manera realista Estados Unidos y China. No es probable que triunfe un proyecto explícito de Estados Unidos con el objetivo de organizar Asia sobre la base de frenar a China o crear un bloque de estados democráticos para una campaña ideológica, y en parte es porque China se ha convertido en un socio comercial indispensable para la mayoría de sus vecinos. De la misma forma, un intento chino de excluir a Estados Unidos de los asuntos económicos y de seguridad

asiáticos encontraría también una resistencia importante por parte de casi el resto de los estados de Asia, que temen las consecuencias de una región dominada por una única potencia.

Sería más apropiado definir la relación chino-estadounidense con la palabra «coevolución» que con la de colaboración. Este término implica que los dos países persiguen sus imperativos internos, colaboran en la medida de lo posible y adaptan sus relaciones para reducir al mínimo la posibilidad de conflicto. Ninguna de las dos partes aprueba todos los objetivos de la otra ni da por supuesto que exista una confluencia total de intereses, si bien las

dos pretenden establecer y desarrollar intereses complementarios.[15]

Estados Unidos y China deben el intento a sus pueblos y al bienestar del planeta. Cada una de las partes tiene excesiva envergadura para dominar a la otra. Por consiguiente, ninguna puede definir las condiciones de la victoria en una guerra o en algún tipo de conflicto de guerra fría. Tienen que formularse una pregunta que al parecer nunca se planteó formalmente en la época del informe de Crowe: ¿Adónde nos llevaría un conflicto? ¿Hubo una falta de visión por las dos partes, que convirtió la operación de equilibrio en un proceso mecánico, sin valorar qué sería del

mundo si los gigantes en sus operaciones fallaban una maniobra y colisionaban? ¿Cuál de los líderes que destacaron en el sistema internacional que llevó a la Primera Guerra Mundial no habría retrocedido caso de haber intuido el aspecto que iba a ofrecer el mundo al acabar la contienda?

¿HACIA UNA COMUNIDAD DEL PACÍFICO?

La iniciativa de la coevolución tiene que abordar tres niveles en las relaciones. El primero concierne a los problemas que surgen en las interacciones corrientes en los principales centros de

poder. El sistema de consulta que ha evolucionado durante treinta años ha demostrado su eficacia en esta tarea. Los intereses comunes —como los vínculos comerciales y la colaboración diplomática en cuestiones específicas— se tratan profesionalmente. Las crisis, cuando aparecen, suelen resolverse a través del diálogo.

El segundo nivel intentaría elevar las discusiones de las crisis corrientes hacia un marco global que eliminara las causas subyacentes en las tensiones. Un buen ejemplo de ello sería abordar el problema de Corea como parte de una idea global del nordeste asiático. Si Corea consigue mantener su capacidad

nuclear debido a la incapacidad de las partes negociadoras de llegar al fondo del problema, será más probable la proliferación de armamento nuclear por todo el nordeste asiático y por Oriente Próximo. ¿No habrá llegado el momento de dar el paso siguiente y abordar la cuestión de la proliferación de Corea en el contexto de un orden pacífico acordado para el noreste asiático?

Una perspectiva aún más radical llevaría el mundo al tercer nivel de interacción: un nivel al que no accedieron los dirigentes antes de las catástrofes de la Primera Guerra Mundial.

La argumentación de que China y

Estados Unidos están condenados al choque da por supuesto que se relacionan como bloques enfrentados a uno y otro lado del Pacífico. Esta es, sin embargo, la vía que lleva a las dos partes a la catástrofe.

Un aspecto de la tensión estratégica en la situación actual del mundo reside en el temor de los chinos de que Estados Unidos quiera controlar a su país, unido a la inquietud estadounidense de si China pretende expulsarlos de Asia. La idea de una comunidad del Pacífico —una región a la que pertenecen Estados Unidos, China y otros estados, en cuyo desarrollo pacífico participan todos— podría aliviar el malestar de ambos.

Esta comunidad llevaría a Estados Unidos y a China a una empresa común. Los objetivos compartidos —y su elaboración— eliminarían hasta cierto punto la desazón estratégica. Permitirían, además, a otros importantes países, como Japón, Indonesia, Vietnam, la India y Australia, participar en la construcción de un sistema que se consideraría más conjunto que polarizado entre los bloques «chino» y «estadounidense». Una tarea de este tipo solo podría tener sentido si acaparara la atención, y contara sobre todo con la convicción de los líderes afectados.

Uno de los mayores logros de la generación que puso los cimientos del

orden mundial después de la Primera Guerra Mundial fue la creación de la idea de una comunidad atlántica. ¿Podía una idea similar hacer desaparecer o al menos mitigar las posibles tensiones entre Estados Unidos y China? Sería algo que reflejaría la realidad de que Estados Unidos es una potencia asiática y de que muchas potencias asiáticas lo exigen. Además, responde a la aspiración china de ejercer un papel en el mundo.

Una idea política regional común respondería también en buena medida a los temores de China de que Estados Unidos esté siguiendo una política de «control» respecto a ellos. Los países

situados en la frontera con China que cuentan con importantes recursos, como la India, Japón, Vietnam y Rusia, constituyen unas realidades que no han sido creadas por la política estadounidense. China ha vivido con esos países a lo largo de toda su historia. Cuando la secretaria de Estado Hillary Clinton rechazó la idea de controlar a China, hablaba de una iniciativa de Estados Unidos encaminada a crear un bloque estratégico sobre una base antichina. En la comunidad del Pacífico, China y Estados Unidos establecerían relaciones constructivas entre ambos países y con

los demás participantes, aunque no como parte de bloques enfrentados.

El futuro de Asia quedará muy marcado por la forma en que lo vean China y Estados Unidos y por la medida en que cada uno de los países logre una cierta coherencia con la función regional histórica del otro. A lo largo de su historia, Estados Unidos a menudo se ha visto motivado por la imagen de la importancia universal de sus ideales y por el declarado deber de difundirlos. China ha procedido basándose en su singularidad; se ha extendido por ósmosis cultural, no por medio del fervor misionero.

Puesto que las dos sociedades son

excepcionales por méritos propios, la vía hacia la colaboración es forzosamente compleja. No importa tanto el estado de ánimo del momento como la capacidad de desarrollar unas pautas de actuación capaces de sobrevivir a los inevitables cambios de circunstancias. Los líderes de uno y otro lado del Pacífico tienen la obligación de establecer una tradición de consulta y respeto mutuo a fin de que, para sus sucesores, la creación conjunta de un orden mundial se convierta en expresión de unas aspiraciones nacionales semejantes.

Cuando China y Estados Unidos restablecieron por primera vez las

relaciones hace cuarenta años, la contribución más significativa de los dirigentes de aquel entonces era su disposición de situar los objetivos más allá de las cuestiones inmediatas del momento. En cierto modo, tuvieron la suerte de que con el largo período de aislamiento mutuo, entre ellos no existían problemas a corto plazo. Esto permitió a los líderes de una generación anterior ocuparse del futuro, y no de las tensiones inmediatas, y establecer las bases para un mundo entonces inimaginable, pero inalcanzable sin la colaboración chino-estadounidense.

Para poder comprender la naturaleza de la paz, desde mi época universitaria,

más de medio siglo atrás, he estudiado la creación y el funcionamiento de distintos órdenes internacionales. A partir de estos estudios, soy consciente de que las lagunas en la percepción en los campos cultural, histórico y estratégico descritos anteriormente plantearán extraordinarios retos incluso a los mandatarios mejor intencionados y con mayor visión de futuro de uno y otro lado. Por otra parte, si la historia se limitara a una repetición mecánica del pasado, nunca se habría producido transformación alguna. Todas las grandes consecuciones se han concebido como ideas antes de hacerse realidad. En este sentido, surgieron del

compromiso y no de la resignación a lo inevitable.

El filósofo Immanuel Kant en su ensayo *La paz perpetua* afirma que la paz perpetua llegará por fin al mundo de una de estas dos formas: por medio de la idea humana o de unos conflictos y catástrofes de tal magnitud que dejen a la humanidad sin otra alternativa. Ahora nos encontramos en esta coyuntura.

Cuando el primer ministro Zhou Enlai y yo nos pusimos de acuerdo en el comunicado que anunciaba la visita secreta, él dijo: «Esto hará temblar al mundo». Qué mejor culminación si, cuarenta años después, Estados Unidos y China pudieran aunar esfuerzos, no para

hacer temblar al mundo, sino para levantarlo.

Notas

Prólogo

1. John W. Garver, «China's Decision for War with India in 1962», en Alastair Iaian Johnston y Robert S. Ross, eds., *New Directions in the Study of China's Foreign Policy*, Stanford University Press, Stanford, 2006, p. 116, cita de Sun Shao y Chen Zibin, *Ximalaya shan de xue: Zhong Yin zhanzheng shilu* (*Snows of the Himalaya Mountains:The True Record of the China-India War*), Bei Yue Wenyi Chubanshe, Taiyuan, 1991, p. 95;Wang Hongwei, *Ximalaya shan qingjie: Zhong Yin guanxi yanjiu* (*The Himalayan Sentiment: A*

Study of China-India Relations), Zhongguo Zangxue Chubanshe, Pekín, 1998, pp. 228-230.

2. *Huaxia* y *Zhonghua*, otras denominaciones corrientes de China, no tienen un significado preciso en otras lenguas, si bien transmiten connotaciones similares sobre una civilización importante y central.

1. *La singularidad de China*

1. «Ssuma Ch'ien's Historical Records—Introductory Chapter», trad. de Herbert J. Allen, *The Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, Royal Asiatic Society, Londres, 1894, pp. 278-280 («Chapter I: Original Records of the Five Gods»).

2. Abbé Régis-Évariste Huc, *The Chinese Empire*, Longman, Brown, Green & Longmans, Londres, 1855, extraído de Franz Schurmann y Orville Schell, eds., *Imperial China:The Decline of the Last Dynasty and the Origins of Modern China—The 18th and 19th Centuries*, Vintage, Nueva York, 1967, p. 31.

3. Luo Guanzhong, *The Romance of the Three Kingdoms*, trad. de Moss Roberts, Foreign Languages Press, Pekín, 1995, p. 1.

4. Mao utilizó este ejemplo para demostrar por qué China podía sobrevivir incluso a una guerra nuclear. Ross Terill, *Mao: A Biography*, Stanford University Press, Stanford, 2000, p. 268.

5. John King Fairbank y Merle Goldman, *China: A New History*, 2.ª edición ampliada, Belknap Press, Cambridge, 2006, p. 93 (hay trad. cast.: *China, una nueva historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1997).

6. F. W. Mote, *Imperial China: 900-1800*, Harvard University Press, Cambridge, 1999, pp. 614-615.

7. *Ibid*., p. 615.

8. Thomas Meadows, *Desultory Notes on the Government and People of China*, W. H. Allen & Co., Londres, 1847, extraído de Schurmann y Schell, eds., *Imperial China*, p. 150.

9. Lucian Pye, «Social Science Theories in Search of Chinese Realities», *China Quarterly*, 132, 1992, p. 1.162.

10. Adelantándose a sus colegas de Washington, que iban a poner objeciones a la citada proclamación de jurisdicción universal china, el enviado estadounidense en Pekín consiguió otra traducción y una exégesis de un experto británico, que explicó que la expresión ofensiva —literalmente, «apaciguar y controlar el mundo»— era una fórmula estándar y que la carta a Lincoln era en realidad (para la normativa judicial china) un documento especialmente modesto, cuyo redactado indicaba auténtica buena voluntad. *Papers Relating to Foreign Affairs Accompanying the Annual Message of the President to the First Session of the Thirty-eighth Congress*, vol. 2., U.S. Government Printing Office, Washington, 1864, documento n.º 33, «Mr. Burlingame to Mr. Seward, Pekín, January 29, 1863», pp. 846-848.

11. Véase el extraordinario relato sobre estos logros del estudioso occidental cautivado (tal vez excesivamente) por China, Joseph Needham en la enciclopedia *Science and Civilisation in China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1954.

12. Fairbank y Goldman, *China*, p. 89.

13. Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, París, 2006, Apéndice B, pp. 261-263. Hay que tener en cuenta que, hasta la revolución industrial, el PIB estaba más estrechamente vinculado a la población; así, China y la India toman la delantera a Occidente, en parte por su elevado número de habitantes. He de expresar mi agradecimiento a Michael Cembalest, quien me proporcionó estas cifras.

14. Jean-Baptiste Du Halde, *Description géographique, historique, chronologique, politique, et physique de l'empire de la Chine et de la Tartarie chinoise*, H. Scheurleer, La Haya, 1736, traducido y extraído de Schurmann y Schell, eds., *Imperial China*, p. 71.

15. François Quesnay, *Le despotisme de la Chine*, traducido y extraído de Schurmann y Schell, eds., *Imperial China*, p. 115.

16. Para un acercamiento a la carrera política de Confucio en la síntesis de relatos chinos clásicos, véase Annping Chin, *The Authentic Confucius: A Life of Thought and Politics*, Scribner, Nueva York, 2007 (hay trad. cast.: *El auténtico Confucio:Vida, pensamiento y política*, Península, Barcelona, 2009).

17. Véase Benjamin I. Schwartz, *The World of Thought in Ancient China*, Belknap Press, Cambridge, 1985, pp. 63-66.

18. Confucio, *The Analects*, trad. de William Edward Soothill, Dover, Nueva York, 1995, p. 107 (hay trad. cast.: *Analectas*, Edaf, Madrid, 2005).

19. Véase Mark Mancall, «The Ch'ing Tribute System: An Interpretive Essay», en John King Fairbank, ed., *The Chinese World Order*, Harvard University Press, Cambridge, 1968, pp. 63-65; Mark Mancall, *China at the Center: 300 Years of Foreign Policy*, Free Press, Nueva York, 1984, p. 22.

20. Ross Terrill, *The New Chinese Empire*, Basic Books, Nueva York, 2003, p. 46.

21. Fairbank y Goldman, *China*, pp. 28 y 68-69.

22. Masataka Banno, *China and the West, 1858-1861:The Origins of the Tsungli Yamen*, Harvard University Press, Cambridge, 1964, pp. 224-225; Mancall, *China at the Center*, pp. 16-17.

23. Banno, *China and the West*, pp. 224-228; Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, W.W. Norton, Nueva York, 1999, p. 197 (hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

24. Owen Lattimore, «China and the Barbarians», en Joseph Barnes, ed., *Empire in the East*, Doubleday, Nueva York, 1934, p. 22.

25. Lien-sheng Yang, «Historical Notes on the Chinese World Order», en Fairbank, ed., *The Chinese World Order*, p. 33.

26. Extraído de G. V. Melikhov, «Ming Policy Toward the Nüzhen (1402-1413)», en S. L. Tikhvinsky. ed., *China and Her Neighbors: From Ancient Times to the Middle Ages*, Progress Publishers, Moscú, 1981, p. 209.

27. Ying-shih Yü, *Trade and Expansion in Han China: A Study in the Structure of Sino-Barbarian Economic Relations*, University of California Press, Berkeley, 1967, p. 37.

28. Immanuel C. Y. Hsü, *China's Entrance into the Family of Nations:The Diplomatic Phase, 1858-1880*, Harvard University Press, Cambridge, 1960, p. 9.

29. De ahí la ampliación del dominio de China sobre Mongolia (la Interior y, en determinados puntos de la historia china, la Exterior) y Manchuria, los respectivos orígenes de los conquistadores extranjeros que fundaron las dinastías Yuan y Qing.

30. Para una aclaración sobre estos temas y una explicación más amplia sobre las normas del *wei qi*, véase David Lai, «Learning from the Stones: A *Go* Approach to Mastering China's Strategic Concept, *Shi*», United States ArmyWar College Strategic Studies Institute, Carlisle, Pensilvania, 2004; y David Lai y Gary W. Hamby, «East Meets West: An Ancient Game Sheds New Light on U.S.-Asian Strategic Relations», *Korean Journal of Defense Analysis* 14, n.º 1, primavera de 2002.

31. Existe la convincente teoría de que *El arte de la guerra* es obra de un autor posterior (aunque también antiguo) al período de los Reinos Combatientes, que quiso atribuir más legitimidad a sus ideas situándolas en la era de Confucio. Estas cuestiones se resumen en Sun Tzu, *The Art of War*, trad. de Samuel B. Griffith, Oxford University Press, Oxford, 1971 (hay trad. cast.: *El arte de la guerra*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008). Introducción, pp. 1-12; y Andrew Meyer y AndrewWilson, «*Sunzi Bingfa* as History and Theory», en Bradford A. Lee y Karl F.Walling, eds., *Strategic Logic and Political Rationality: Essays in Honor of Michael Handel*, Frank Cass, Londres, 2003.

32. Sun Tzu, *The Art of War*, trad. de John Minford, Viking, Nueva York, 2002, p. 3.

33. *Ibid*., pp. 87-88.

34. *Ibid*., pp. 14-16.

35. *Ibid.*, p. 23.

36. *Ibid*., p. 6.

37. En chino mandarín, *shi* se pronuncia «chir». El carácter chino combina los elementos de «cultivar» y de «fuerza».

38. Kidder Smith, «The Military Texts:The *Sunzi*», en Wm. Theodore de Bary e Irene Bloom, eds., *Sources of Chinese Tradition*, vol. 1, *From Earliest Times to 1600*, 2.ª edición, Columbia University Press, Nueva York, 1999, p. 215. El autor chino Lin Yutang explicó el *shi* como una idea estética y filosófica de la forma en que «va a transformarse la situación [...] el aspecto que tendrán el viento, la lluvia, las inundaciones o las batallas en el futuro, si aumentará o disminuirá su fuerza, si se detendrán pronto o seguirán indefinidamente, en la victoria o la derrota, en qué dirección [y] con qué fuerza». Lin Yutang, *The Importance of Living*, Harper, Nueva York, 1937, p. 442 (hay trad. cast.: *La importancia de vivir*, Edhasa, Barcelona, 2005).

39. Véase Joseph Needham y Robin D. S. Yates, *Science and Civilisation in China*, vol. 5, parte 6: «Military Technology Missiles and Sieges», Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 33-35 y pp. 67-79.

40. Véase Lai y Hamby, «East Meets West», p. 275.

41. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *The Philosophy of History*, trad. de E.S. Haldane y F. Simon (hay trad. cast.: *Filosofía de la historia*, Zeus, Barcelona, 1970), citado en Spence, *The Search for Modern China*, pp. 135-136.

2. *La cuestión del kowtow y la guerra del opio*

1. Véase el relato detallado de la historia de la expansión Qing en «el interior de Asia» bajo una serie de emperadores excepcionalmente hábiles en Peter Perdue, *China Marches West:The Qing Conquest of Central Eurasia*, Belknap Press, Cambridge, 2005.

2. Véase J. L. Cranmer-Byng, ed., *An Embassy To China: Being the journal kept by Lord Macartney during his embassy to the Emperor Ch'ien-lung, 1793-1794*, Longmans, Green, Londres, 1962, Introducción, pp. 7-9, cita de *Collected Statutes* de la dinastía Qing.

3. «Lord Macartney's Commission from Henry Dundas», 8 de septiembre de 1792, en Pei-kai Cheng, Michael Lestz y Jonathan Spence, eds., *The Search for Modern China: A Documentary Collection*, W.W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 93-96 (hay trad. cast:. *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

4. *Ibid*., p. 95.

5. Diario de Macartney's, en *An Embassy to China*, pp. 87-88.

6. *Ibid*., pp. 84-85.

7. Alain Peyrefitte, *The Immobile Empire*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1992, p. 508 (hay trad. cast.: *El imperio inmóvil*, Plaza & Janés, Barcelona, 1990).

8. Diario de Macartney, en *An Embassy to China*, p. 105.

9. *Ibid*., p. 90.

10. *Ibid*., p. 123.

11. *Ibidem.*

12. Véase el capítulo 1, «La singularidad de China», p. 41.

13. Diario de Macartney, en *An Embassy to China*, p. 137.

14. Primer edicto de Qianlong al rey Jorge III, septiembre de 1793, en Cheng, Lestz y Spence, eds., *The Search for Modern China: A Documentary Collection*, pp. 104-106.

15. Segundo edicto de Qianlong al rey Jorge III, septiembre de 1793, en Cheng, Lestz y Spence, eds., *The Search for Modern China: A Documentary Collection*, p. 109.

16. Diario de Macartney, en *An Embassy to China*, p. 170.

17. Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, París, 2006, Apéndice B, p. 261, tabla B-18, «World GDP, 20 Countries and Regional Totals, 0-1998 A.D.».

18. Véanse Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 149-150; Peyrefitte, *The Immobile Empire*, pp. 509-511; Dennis Bloodworth y Ching Ping Bloodworth, *The Chinese Machiavelli: 3000 Years of Chinese Statecraft*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1976, p. 280.

19. Peter Ward Fay, *The Opium War, 1840-1842*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1975, p. 68.

20. Peyrefitte, *The Immobile Empire*, p. XXII.

21. «Lin Tse-hsü's Moral Advice to Queen Victoria, 1839», en Ssuyü Teng y John K. Fairbank, eds., *China's Response to the West: A Documentary Survey, 1839-1923*, Harvard University Press, Cambridge, 1979, p. 26.

22. *Ibid*., pp. 26-27.

23. *Ibid*., pp. 25-26.

24. «Lord Palmerston to the Minister of the Emperor of China», Londres, 20 de febrero de 1840, reeditado en Hosea Ballou Morse, *The International Relations of the Chinese Empire*, vol. 1, *The Period of Conflict, 1834-1860*, parte 2, Longmans, Green, Londres, 1910, pp. 621-624.

25. *Ibid.*, p. 625

26. Homenaje al emperador, extracto de Franz Schurmann y Orville Schell, eds., *Imperial China:The Decline of the Last Dynasty and the Origins of Modern China, the 18th and 19th Centuries*, Vintage, Nueva York, 1967, pp. 146-147.

27. E. Backhouse y J. O. P. Bland, *Annals and Memoirs of the Court of Peking*, Houghton Mifflin, Boston, 1914, p. 396.

28. Tsiang Ting-fu, *Chung-kuo chin tai shih* [*China's Modern History*], Li-ta Publishers, Hong Kong, 1955, extracto de Schurmann y Schell, eds., *Imperial China*, p. 139.

29. *Ibid*., pp. 139-140.

30. Maurice Collis, *Foreign Mud: Being an Account of the Opium Imbroglio at Canton in the 1830s and the Anglo-Chinese War That Followed*, New Directions, Nueva York, 1946, p. 297.

31. Véase Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, pp. 27-29.

32. Immanuel C. Y. Hsü, *The Rise of Modern China*, 6.ª edición, Oxford University Press, Oxford, 2000, pp. 187-188.

33. Spence, *The Search for Modern China*, p. 158.

34. John King Fairbank, *Trade and Diplomacy on the China Coast:The Opening of the Treaty Ports, 1842-1854*, Stanford University Press, Stanford, 1969, pp. 109-112.

35. «Ch'i-ying's Method for Handling the Barbarians, 1844», traducido en Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, pp. 38-39.

36. *Ibid*., p. 38. Véase también Hsü, *The Rise of Modern China*, pp. 208-209. Se descubrió una copia unos años después, cuando los británicos tomaron la residencia de un oficial en Cantón. Qiying cayó en desgracia por su revelación durante la negociación de 1858 con representantes británicos y huyó. Esta huida de una negociación oficial sin autorización le valió una sentencia de muerte. Su categoría le «permitió» ejecutar él mismo la sentencia con una cuerda de arco de seda.

37. Meadows, *Desultory Notes on the Government and People of China*, en Schurmann y Schell, eds., *Imperial China*, pp. 148-149.

38. Véase Morse, *The International Relations of the Chinese Empire*, vol. 1, parte 2, pp. 632-636.

39. Véase *ibid*., parte 1. pp. 309-310; segundo edicto al rey Jorge III, en Cheng, Lestz y Spence, *The Search for Modern China: A Documentary Collection*, p. 109.

3. *De la preeminencia a la decadencia*

1. «Wei Yuan's Statement of a Policy for Maritime Defense, 1842», en Ssu-yü Teng y John K. Fairbank, eds., *China's Response to the West: A Documentary Survey, 1839-1923*, Harvard University Press, Cambridge, 1979, p. 30.

2. *Ibid*., pp. 31-34.

3. *Ibid*., p. 34.

4. No hay coincidencia de opiniones sobre si la inclusión de las cláusulas sobre nación más favorecida en estos tratados iniciales representaba una estrategia coordinada china o un error táctico. Uno de los estudiosos precisa que reducía la capacidad de maniobra de la corte Qing en las subsiguientes negociaciones con las potencias extranjeras, puesto que cualquier potencia occidental sabía que conseguiría las ventajas alcanzadas por sus contrincantes. Por otra parte, tenía el efecto de evitar que el colonizador se situara en una posición dominante, en claro contraste con la experiencia de una serie de países vecinos durante este período. Véase Immanuel C. Y. Hsü, *The Rise of Modern China*, 6.ª edición, Oxford University Press, Oxford, 2000, pp. 190-192.

5. «Wei Yuan's Statement of a Policy for Maritime Defense», en Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 34.

6. Príncipe Gong (Yixin), «The New Foreign Policy of January 1861», en Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 48.

7. Diario de Macartney, en J. L. Cranmer-Byng, ed., *An Embassy to China: Being the journal kept by Lord Macartney during his embassy to the Emperor Ch'ien-lung, 1793-1794*, Longmans, Green, Londres, 1962, pp.191-239.

8. John King Fairbank y Merle Goldman, *China: A New History*, 2.ª edición ampliada, Belknap Press, Cambridge, 2006, p. 216 (hay trad. cast.: *China, una nueva historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1997). Véanse los relatos sobre la rebelión Taiping y la trayectoria de Hong Xiuquan en Jonathan Spence, *God's Chinese Son*, W.W. Norton, Nueva York, 1996.

9. Hsü, *The Rise of Modern China*, p. 209.

10. *Ibid*., pp. 209-211.

11. Bruce Elleman, *Modern Chinese Warfare, 1795-1989*, Routledge, Nueva York, 2001, pp. 48-50; Hsü, *The Rise of Modern China*, pp. 212-215.

12. Mary C.Wright, *The Last Stand of Chinese Conservatism:The T'ungChih Restoration, 1862-1874*, 2.ª ed., Stanford University Press, Stanford, 1962, pp. 233-236.

13. Hsü, *The Rise of Modern China*, pp. 215-218.

14. En un mordaz comentario sobre la pérdida de Vladivostok ciento quince años después (y sobre la cumbre del presidente Ford y Leonid Brézhnev, secretario general soviético en esta ciudad), Deng Xiaoping me explicó que los distintos nombres que chinos y rusos daban a la ciudad reflejaban los objetivos de unos y otros: la traducción aproximada en chino sería «cohombro de mar», mientras que el nombre en ruso significa «dominio oriental». «No creo que tenga otro significado, a excepción de lo que dice al pie de la letra», añadió.

15. «The New Foreign Policy of January 1861», en Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 48. Por coherencia con el volumen presente, se ha alterado la ortografía de «Nien» en «Nian», la más corriente en la época de la publicación del libro que se cita. El término chino intrínseco es el mismo.

16. *Ibidem.*

17. *Ibidem.*

18. *Ibidem.*

19. Christopher A. Ford, *The Mind of Empire: China's History and Modern Foreign Relations*, University of Kentucky Press, Lexington, 2010, pp. 142-143.

20. Debo agradecer a mi socio, el embajador J. Stapleton Roy, la aclaración sobre esta cuestión lingüística.

21. Las explicaciones sobre la vida de Li proceden de los relatos de William J. Hail, «Li Hung-Chang», en Arthur W. Hummel, ed., *Eminent Chinese of the Ch'ing Period*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1943, pp. 464-471; J. O. P. Bland, *Li Hung-chang*, Henry Holt, Nueva York, 1917; y Edgar Sanderson, ed., *Six Thousand Years of World History*, vol. 7, *Foreign Statesmen* E. R. DuMont, Filadelfia, 1900, pp. 425-444.

22. Hail, «Li Hung-Chang», en Hummel, ed., *Eminent Chinese of the Ch'ing Period*, p. 466.

23. «Excerpts from Tseng's Letters, 1862», extractos de Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 62.

24. Li Hung-chang, «Problems of Industrialization», en Franz Schurmann y Orville Schell, *Imperial China:The Decline of the Last Dynasty and the Origins of Modern China, the 18th and 19th Centuries*, Vintage, Nueva York, 1967, p. 238.

25. Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 87.

26. «Letter to Tsungli Yamen Urging Study of Western Arms», en *ibid*., pp. 70-72.

27. «Li Hung-chang's Support of Western Studies», en *ibid*., p. 75.

28. *Ibidem.*

29. *Ibidem.*

30. Citado en Wright, *The Last Stand of Chinese Conservatism*, p. 222.

31. Citado en Jerome Ch'en, *China and the West: Society and Culture, 1815-1937*, Indiana University Press, Bloomington, 1979, p. 429.

32. Según la *Historia de la sucesión divina de los soberanos divinos* del siglo XIV (ampliamente distribuido en los años treinta por el Ministerio de Educación de Japón): «Japón es el país de los dioses. El antepasado celeste fue su fundador y la diosa del Sol permitió que sus descendientes lo gobernaran para toda la eternidad. Esto solo puede decirse de nuestro país y nada similar se encuentra en tierras extranjeras. Por eso es llamado el país de los dioses». John W. Dower, *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Pantheon, Nueva York, 1986, p. 222.

33. Véase Kenneth B. Pyle, *Japan Rising*, PublicAffairs, Nueva York, 2007, pp. 37-38.

34. Véase Karel van Wolferen, *The Enigma of Japanese Power: People and Politics in a Stateless Nation*, Macmillan, Londres, 1989, p. 13.

35. Sobre la concepción clásica del orden tributario centrado en Japón, véanse Michael R. Auslin, *Negotiating with Imperialism:The Unequal Treaties and the Culture of Japanese Diplomacy*, Harvard University Press, Cambridge, 2004, p.14; y Marius B. Jansen, *The Making of Modern Japan*, Belknap Press, Cambridge, 2000, p. 69.

36. Jansen, *The Making of Modern Japan*, p. 87.

37. Citado en Ch'en, *China and the West*, p. 431.

38. Masakazu Iwata, *Okubo Toshimichi:The Bismarck of Japan*, University of California Press, Berkeley, 1964, cita de Wang Yusheng, *China and Japan in the Last Sixty Years*, Ta Kung Pao, Tientsin, 1932-1934.

39. La crisis de 1874 tuvo lugar a raíz de un naufragio en las islas Ryukyu, en la costa sudeste de Taiwan, y el asesinato de la tripulación por parte de una tribu taiwanesa. Japón pidió una importante indemnización y Pekín respondió que no poseía jurisdicción sobre las tribus que no habían pasado el proceso de sinificación. Era algo que tenía cierta lógica desde el punto de vista tradicional chino: los «bárbaros» no eran responsabilidad de Pekín. Visto en términos legales y políticos internacionales modernos, sin duda era un error de cálculo, pues indicaba que China no ejercía plena autoridad sobre Taiwan. Japón respondió con una expedición de castigo contra la isla, que las autoridades Qing se vieron incapaces de contener. Entonces Tokio impuso a Pekín una indemnización, que un observador de la época calificó de «transacción que rubricó efectivamente el destino de China, al anunciar al mundo que existía un acaudalado imperio

dispuesto a pagar aunque no preparado para luchar» (Alexander Michie, *An Englishman in China During the Victorian Era*, vol. 2, William Blackwood & Sons, Londres, 1900, p. 256. Lo que acabó de perjudicar a China fue que hasta aquel momento, Pekín y Tokio habían reivindicado las islas Ryukyu como Estado tributario; después de la crisis, las islas quedaron bajo dominio japonés. Véase Hsü, *The Rise of Modern China*, pp. 315-317.

40. Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 71.

41. Citado en Bland, *Li Hung-chang*, p. 160.

42. *Ibid*., pp. 160-161.

43. «Text of the Sino-Russian Secret Treaty of 1896», en Teng y Fairbank, eds., *China's Response to the West*, p. 131.

44. Bland, *Li Hung-chang*, p. 306.

45. Para el relato de los acontecimientos y deliberaciones internas del tribunal chino, véase Hsü, *The Rise of Modern China*, pp. 390-398.

46. En comparación con las indemnizaciones anteriores, más adelante se renunció a las de los bóxers, o bien las potencias extranjeras las desviaron hacia empresas benéficas de China. Estados Unidos desvió una parte de su indemnización a la construcción de la Universidad Tsinghua de Pekín.

47. Los detalles de estas estrategias se encuentran en Scott A. Boorman, *The Protracted Game: A Wei-ch'i Interpretation of Maoist Revolutionary Strategy*, Oxford University Press, Nueva York, 1969.

48. Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, p. 485 (hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

4. *La revolución permanente de Mao*

1. Para Mao sobre Qin Shi Huang, véanse, por ejemplo, «Talks at the Beidaihe Conference: August 19, 1958», en Roderick MacFarquhar, Timothy Cheek y Eugene Wu, eds., *The Secret Speeches of Chairman Mao: From the Hundred Flowers to the Great Leap Forward*: Harvard University Press, Cambridge, 1989, p. 405; «Talks at the First Zhengzhou Conference: November 10, 1958», en MacFarquhar, Cheek y Wu, eds., *The Secret Speeches of Chairman Mao*, p. 476;Tim Adams, «Behold the Mighty Qin», *The Observer*, 19 de agosto de 2007; y Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao*, trad. de Tai Hung-chao, Random House, Nueva York, 1994, p. 122 (hay trad. cast.: *La vida privada*

del presidente Mao, Planeta, Barcelona, 1995).

2. André Malraux, *Anti Memoirs*, trad. de Terence Kilmartin, Henry Holt, Nueva York, 1967, pp. 373-374 (hay trad. cast.: *Antimemorias*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992).

3. «Speech at the Supreme State Conference: Excerpts, 28 January 1958», en Stuart Schram, ed., *Mao Tse-tung Unrehearsed:Talks and Letters: 1956-1971*, Penguin, Harmondsworth, 1975, pp. 92-93.

4. «On the People's Democratic Dictatorship: In Commemoration of the Twenty-eighth Anniversary of the Communist Party of China: June 30, 1949», *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. 4, Foreign Languages Press, Pekín, 1969, p. 412.

5. «Sixty Points on Working Methods—A Draft Resolution from the Office of the Centre of the CPC: 19.2.1958», en Jerome Ch'en, ed., *Mao Papers: Anthology and Bibliography*, Oxford University Press, Londres, 1970, p. 63.

6. *Ibid*., p. 66.

7. «The Chinese People Have Stood Up: September 1949», en Timothy Cheek, ed., *Mao Zedong and China's Revolutions: A Brief History with Documents*, Palgrave, Nueva York, 2002, p. 126.

8. Véase M. Taylor Fravel, «Regime Insecurity and International Cooperation: Explaining China's Compromises in Territorial Disputes», *International Security* 30, n.º 2, otoño de 2005, pp. 56-57; «A Himalayan Rivalry: India and China», *The Economist* 396, n.º 8.696, 21 de agosto de 2010, pp. 17-20.

9. Zhang Baijia, «Zhou Enlai—The Shaper and Founder of China's Diplomacy», en Michael H. Hunt y Niu Jun, eds., *Toward a History of Chinese Communist Foreign Relations, 1920s-1960s: Personalities and Interpretive Approaches*, Asia Program, WoodrowWilson International Center for Scholars, Washington, 1992, p. 77.

10. Charles Hill, *Grand Strategies: Literature, Statecraft, and World Order*, Yale University Press, New Haven, 2010, p. 2.

11. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 10, 1971, 12:10-6 p.m.», en Steven E. Phillips, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 17, *China 1969-1972*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2006, p. 404. Zhou Enlai citó estas líneas en una de nuestras primeras reuniones en Pekín en julio de 1971.

12. John W. Garver, «China's Decision for War with India in 1962», en Alastair Iain Johnston y Robert S. Ross, eds., *New Directions in the Study of China's Foreign Policy*, Stanford University Press, Stanford, 2006, p.107.

13. Li, *The Private Life of Chairman Mao*, p. 83

14. «On the Correct Handling of Contradictions Among the People: February 27, 1957», *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. 5, Foreign Languages Press, Pekín, 1977, p. 417.

15. Edgar Snow, *The Long Revolution*, Random House, Nueva York, 1972, p. 217 (hay trad. cast.: *La larga revolución*, Alianza, Madrid, 1975).

16. Lin Biao, *Long Live the Victory of People's War*!, Foreign Languages Press, Pekín, 1967, p. 38 (publicado por primera vez el 3 de septiembre de 1965, en el *Renmin Ribao* [*Diario del Pueblo*]).

17. Kuisong Yang y Yafeng Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente: Mao's Changing Psyche and Policy Toward the United States, 1969-1976», *Diplomatic History* 34, n.º 2, abril de 2010.

18. Chen Jian y David L. Wilson, eds., «All Under the Heaven Is Great Chaos: Beijing, the Sino-Soviet Border Clashes, and the TurnToward Sino-American Rapprochement, 1968-69», *Cold War International History Project Bulletin* 11, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, invierno de 1998, p. 161.

19. Michel Oksenberg, «The Political Leader», en Dick Wilson, ed., *Mao Tse-tung in the Scales of History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, p. 90.

20. Stuart Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 23 (hay trad. cast.: *Mao TseTung*, Cid, Madrid, 1967).

21. «The Chinese Revolution and the Chinese Communist Party: December 1939», *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. 2, p. 306.

22. John King Fairbank y Merle Goldman, *China: A New History*, 2.ª edición ampliada, Belknap Press, 2006, Cambridge, p. 395 (hay trad. cast.: *China, una nueva historia*, Andrés Bello, Barcelona, 1997).

23. «Memorandum of Conversation: Beijing, Feb. 21, 1972, 2:50-3:55 pm.», *FRUS* 17, p. 678.

24. «The Foolish Old Man Who Removed the Mountains», *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. 3, p. 272.

5. *La diplomacia triangular y la guerra de Corea*

1. «Conversation Between I. V. Stalin and Mao Zedong: Moscow, December 16. 1949», Archivo del presidente de la Federación Rusa (APRF), *fond* 45, *opis* 1, *delo* 329, *listy* pp. 9-17, trad. de Danny Rozas, de *Cold War International History Project: Virtual Archive*, de Woodrow Wilson International Center for Scholars, consultado en www.cwihp.org.

2. Strobe Talbott, trad. y ed., *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, Little, Brown, Boston, 1974, p. 240.

3. «Conversation Between I. V. Stalin and Mao Zedong,» www.cwihp. org.

4. *Ibidem.*

5. *Ibidem.*

6. *Ibidem.*

7. Véase el capítulo 6, «China se enfrenta a las dos superpotencias», p. 187.

8. «Appendix D to Part. II—China:The Military Situation in China and Proposed Military Aid», en *The China White Paper: August 1949*, vol. 2 Stanford University Press, Stanford, 1967, p. 814.

9. «Letter of Transmittal:Washington, July 30, 1949», en *The China White Paper: August 1949*, vol. 1, Stanford University Press, Stanford, 1967, p. xvi.

10. Dean Acheson, «Crisis in Asia—An Examination of U.S. Policy», *Department of State Bulletin*, 23 de enero de 1950, p. 113.

11. Sergéi N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao, and the Korean War*, Stanford University Press, Stanford, 1993, p. 98.

12. Acheson, «Crisis in Asia—An Examination of U.S. Policy», p. 115.

13. *Ibidem.*

14. *Ibid*., p. 118.

15. Los resultados de las negociaciones que se llevaron a cabo después de la guerra chino-soviética seguían como una espina clavada cuarenta años después. En 1989, Deng Xiaoping instó al presidente George H.W. Bush a «mirar el mapa y ver lo que había ocurrido después de que la Unión Soviética separara Mongolia Exterior de China». «¿En qué situación estratégica nos encontramos? Los chinos de más de cincuenta años recuerdan que China tenía la forma de una hoja de arce. Ahora en el mapa ves que se ha cortado un gran trozo del norte.» George H.W. Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1998, pp. 95-96. Debe comprenderse la referencia que hace Deng sobre la situación estratégica china a la luz de la importante presencia militar soviética en Mongolia, que empezó durante la separación de chinos y soviéticos y duró todo el período de la guerra fría.

16. Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, p. 103.

17. Stuart Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989. p. 153.

18. «Conversation Between I. V. Stalin and Mao Zedong», en www. cwihp.org.

19. Las fuerzas soviéticas en un primer momento penetraron en el sur, más allá del paralelo 38, pero siguieron el llamamiento de Washington de volver hacia el norte y dividir más o menos la península por la mitad.

20. Chen Jian, *China's Road to the Korean War:The Making of the SinoAmerican Confrontation*, Columbia University Press, Nueva York, 1994, pp. 87-88, cita de la entrevista del autor con Shi Zhe.

21. Kathryn Weathersby, «"Should We Fear This?": Stalin and the Danger of War with America», Colección de documentos de trabajo del Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría, documento de trabajo, n.º 39, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, julio de 2002, pp. 9-11.

22. «M'Arthur Pledges Defense of Japan», *New York Times*, 2 de marzo de 1949, a partir de los archivos históricos del *New York Times*.

23. Acheson, «Crisis in Asia—An Examination of U.S. Policy», p. 116.

24. *Ibidem.*

25. Weathersby, «“Should We Fear This?”», p. 11.

26. Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, p. 144.

27. *Ibidem.*

28. *Ibid*., p. 145.

29. Chen, *China's Road to the Korean War*, p. 112.

30. Shen Zhihua, *Mao Zedong, Stalin, and the Korean War*, trad. de Neil Silver (en proceso de edición), capítulo 6 (publicado originalmente en chino con el título de *Mao Zedong, Sidalin yu Chaoxian zhanzheng*, Guangdong Renmin Chubanshe, Cantón, 2003.

31. *Ibidem.*

32. *Ibidem.*

33. Yang Kuisong, introducción a *ibid*. (adaptado de Yang Kuisong, «Sidalin Weishenma zhichi Chaoxian zhanzheng—du Shen Zhihua zhu "*Mao Zedong, Sidalin yu Chaoxian zhanzheng*"» [«Por qué apoyó Stalin la guerra de Corea —Lectura de Shen Zhihua's sobre "Mao Zedong, Stalin y la guerra de Corea"»], *Ershiyi Shiji* [siglo XX], febrero de 2004).

34. Harry S. Truman, «Statement by the President on the Situation in Korea June 27, 1950», n.º 173, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1965, p. 492.

35. Gong Li, «Tension Across the Taiwan Strait in the 1950s: Chinese Strategy and Tactics», en Robert S. Ross y Jiang Changbin, eds., *Re-examining the Cold War: U.S.-China Diplomacy, 1954-1973*, Harvard University Press, Cambridge, 2001, p. 144.

36. Resolución de la Asamblea General de la ONU 376 (V), «The Problem of the Independence of Korea», 7 de octubre de 1950, consultada en http://daccess-dds-ny.un.org/doc/RESOLUTION/GEN/NRO/059/74/IMG/NR005974.pdf?OpenElement.

37. Para una interesante polémica sobre estos principios en relación con los enfrentamientos en el río Ussuri, véase Michael S. Gerson, *The Sino-Soviet Border Conflict: Deterrence, Escalation, and the Threat of Nuclear War in 1969*, Center for Naval Analyses, Alexandria, Virginia, 2010.

38. Sobre objetivos bélicos de Mao, véanse, por ejemplo, Shu Guang Zhang, *Mao's Military Romanticism: China and the Korean War, 1950-1953*, University Press of Kansas, Lawrence, 1995, pp. 101-107, 123-125 y 132-133; y Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001, pp. 91-96 (hay trad. cast.: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).

39. Chen, *China's Road to the Korean War*, p. 137.

40. Shen, *Mao Zedong, Stalin, and the Korean War*, cap. 7.

41. *Ibidem.*

42. Chen, *China's Road to the Korean War*, p. 143.

43. *Ibid*., pp. 143-144.

44. *Ibid*., p. 144.

45. Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, pp. 164-167.

46. Chen, *China's Road to the Korean War*, pp. 149-150.

47. *Ibid*., p. 150.

48. *Ibid*., p. 164.

49. «Doc. 64: Zhou Enlai Talk with Indian Ambassador K. M. Panikkar, Oct 3, 1950», en Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, p. 276.

50. *Ibid*., p. 278.

51. *Ibidem*. El primer ministro Jawaharlal Nehru escribió a Zhou, así como a los representantes de Estados Unidos y a los británicos en relación con la perspectiva de limitar el conflicto en Corea.

52. «Letter from Fyn Si [Stalin] to Kim Il Sung (via Shtykov): October 8, 1950», APRF, *fond* 45, *opis* 1, *delo* 347, *listy* 65-67 (el texto transmitido se afirma que corresponde al telegrama de Stalin a Mao), a partir de *Cold War International History Project: Virtual Archive*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, consultado en www.cwihp.org.

53. Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, p. 177.

54. *Ibidem.*

55. *Ibidem.*

56. Véase Shen Zhihua, «The Discrepancy Between the Russian and Chinese Versions of Mao's 2 October 1950 Message to Stalin on Chinese Entry into the Korean War: A Chinese Scholar's Reply», *Cold War International History Project Bulletin* 8/9, WoodrowWilson International Center for Scholars, Washington, invierno de 1996, p. 240.

57. Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, pp. 200-201, cita de Hong Xuezhi y Hu Qicai, «Mourn Marshal Xu with Boundless Grief», *People's Daily*, 16 de octubre de 1990, y Yao Xu, *Cong Yalujiang dao Banmendian* (*Del río Yalu a Panmunjom*), People's Press, Pekín, 1985.

58. Goncharov, Lewis y Xue, *Uncertain Partners*, pp. 195-196.

6. *China se enfrenta a las dos superpotencias*

1. «Assistant Secretary Dean Rusk addresses China Institute in America, May 18, 1951», reproducido en «Editorial Note», Fredrick Aandahl, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1951*, vol. 7, *Korea and China: Part 2*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1983, pp. 1.671-1.672.

2. Debido a las diferencias en cuanto a dialecto y métodos de transliteración, Quemoy es conocido en otras partes como «Jinmen», «Kinmen» o «Ch'in-men». Mazu también es conocido como «Matsu».

3. La prensa occidental llamaba «Amoy» a Xiamen, como se la conocía entonces; Fuzhou era «Foochow».

4. Dwight D. Eisenhower, «Annual Message to the Congress on the State of the Union: February 2, 1953», n.º 6, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1960, p. 17.

5. John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History*, Penguin, Nueva York, 2005, p. 131.

6. Robert L. Suettinger, «U.S.“Management” of Three Taiwan Strait “Crises”», en Michael D. Swaine y Zhang Tuosheng con Danielle F. S. Cohen, eds., *Managing Sino-American Crises: Case Studies and Analysis*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 2006, p. 254.

7. *Ibid*., p. 255.

8. «The Chinese People Cannot Be Cowed by the Atom Bomb: January 28th, 1955 (Main points of conversation with Ambassador CarlJohan [Cay] Sundstrom, the first Finnish envoy to China, upon presentation of his credentials in Beijing)», *Mao Tse-tung: Selected Works*, vol. 5, Foreign Languages Press, Pekín, 1977, pp.152-153.

9. «Text of the Joint Resolution on the Defense of Formosa: February 7, 1955», *Department of State Bulletin*, vol. 32, n.º 815, U.S. Government Printing Office, Washington, 1955, p. 213.

10. «Editorial Note», en John P. Glennon, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), vol. 19, *National Security Policy, 1955-1957*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1990, p. 61.

11. Suettinger, «U.S.“Management” of Three Taiwan Strait “Crises”», p. 258.

12. Strobe Talbott, trad. y ed., *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, Little, Brown, Boston, 1974, p. 263.

13. «Memorandum of Conversation of N. S. Khrushchev with Mao Zedong, Beijing: 2 October 1959», *Cold War International History Project Bulletin* 12/13, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, otoño/invierno de 2001, p. 264.

14. Jung Chang y Jon Halliday, *Mao:The Unknown Story*, Random House, Nueva York, 2005, pp. 389-390 (hay trad. cast.: *Mao, la historia desconocida*, Taurus, Madrid, 2006).

15. Zhang Baijia y Jia Qingguo, «Steering Wheel, Shock Absorber, and Diplomatic Probe in Confrontation: Sino-American Ambassadorial Talks Seen from the Chinese Perspective», en Robert S. Ross y Jiang Changbin, eds., *Re-examining the Cold War: U.S.-China Diplomacy, 1954-1973*, Harvard University Press, Cambridge, 2001, p. 185.

16. Steven Goldstein, «Dialogue of the Deaf? The Sino-American Ambassadorial-Level Talks, 1955-1970», en Ross y Jiang, eds., *Re-examining the Cold War*, p. 200. Para un interesante relato de las conversaciones a partir de fuentes chinas y estadounidenses, véase Yafeng Xia, *Negotiating with the Enemy: U.S.-China Talks During the Cold War, 1949-1972*, Indiana University Press, Bloomington, 2006.

17. «Text of Rusk's Statement to House Panel on U.S. Policy Toward Communist China», *New York Times*, 17 de abril de 1966, consultado en ProQuest Historical Newspapers, 1851-2007.

18. *Ibidem.*

19. Talbott, trad. y ed., *Khrushchev Remembers*, p. 249.

20. Lorenz M. Lüthi, *The Sino-Soviet Split: Cold War in the Communist World*, Princeton University Press, Princeton 2008, p. 38.

21. La Revolución de Octubre se refiere a la toma de poder por parte de los bolcheviques en octubre de 1917.

22. Stuart Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 113.

23. *Ibid*., p. 149.

24. Lüthi. *The Sino-Soviet Split*, p. 50, cita de la revisión del autor de 1956 «Internal Reference Reports» chinos, y Wu Lengxi. *Shinian lunzhan, 1956-1966 ZhongSu guanxi huiyilu* (*Diez años de debate, 1956-1966: recuerdos de las relaciones chino-soviéticas*), Zhongyang wenxian, Pekín, 1999 (memorias del ex jefe de la agencia de noticias oficial china Xinhua).

25. *Ibid*., pp. 62-63.

26. Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao*, trad. de Tai Hungchao, Random House, Nueva York, 1994, pp. 261-262 (hay trad. cast.: *La vida privada del presidente Mao*, Planeta, Barcelona, 1995).

27. Talbott, trad. y ed., *Khrushchev Remembers*, p. 255.

28. *Ibidem.*

29. *Ibid*., p. 260.

30. «Playing for High Stakes: Khrushchev speaks out on Mao, Kennedy, Nixon and the Cuban Missile Crisis», *LIFE* 69, n.º 25, 18 de diciembre de 1970, p. 25.

31. Partido Nacionalista, conocido también como Kuomintang.

32. «First conversation between N. S. Khrushchev and Mao Zedong: 7/31/1958», *Cold War International History Project: Virtual Archive*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, consultado en www.cwihp.org.

33. *Ibidem.*

34. *Ibidem.*

35. William Taubman, *Khrushchev:The Man and His Era*, W. W. Norton , Nueva York, 2003, p. 392 (hay trad. cast.: *Kruschev: el hombre y su época*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005).

36. «Discussion Between N. S. Khrushchev and Mao Zedong: October 03, 1959», Archivo del presidente de la Federación Rusa (APRF), *fond* 52, *opis* 1, *delo* 499, *listy*, pp. 1-33, trad. de Vladislav M. Zubok, *Cold War International History Project: Virtual Archive*, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, consultado en www.cwihp.org.

37. *Ibidem.*

38. Lüthi, *The Sino-Soviet Split*, p. 101;Wu Lengxi, «Inside Story of the Decision Making During the Shelling of Jinmen» (*Zhuanji Wenxue* [*Literatura biográfica*], n.º 1, Pekín, 1994, traducido y reproducido en Li Xiaobing, Chen Jian y David L.Wilson, eds., «Mao Zedong's Handling of the Taiwan Straits Crisis of 1958: Chinese Recollections and Documents», *Cold War International History Project Bulletin* 6/7, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, invierno de 1995, pp. 213-214.

39. Wu, «Inside Story of the Decision Making During the Shelling of Jinmen», p. 208.

40. *Ibid*., pp. 209-210.

41. Gong Li, «Tension Across the Taiwan Strait in the 1950s: Chinese Strategy and Tactics», en Ross y Jiang, eds., *Re-examining the Cold War*, pp. 157-158; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001, p. 184 (hay trad. cast.: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).

42. Chen, *Mao's China and the Cold War*, pp. 184-185.

43. «Statement by the Secretary of State, September 4, 1958», en Harriet Dashiell Schwar, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1958-1960*, vol. 19, *China*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1996, p. 135.

44. «Telegram from the Embassy in the Soviet Union to the Department of State, Moscow, September 7, 1958, 9 p.m.» *FRUS* 19, p. 151.

45. Dwight D. Eisenhower, «Letter to Nikita Khrushchev, Chairman, Council of Ministers, U.S.S.R., on the Formosa Situation: September 13, 1958», n.º 263, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1960, p. 702.

46. Andréi Gromiko, *Memoirs*, Doubleday, Nueva York, 1990, pp. 251252.

47. Lüthi, *The Sino-Soviet Split*, p. 102.

48. *Ibid*., pp.102-103.

49. «Telegram from the Embassy in the Soviet Union to the Department of State, September 19, 1958, 8 p.m.», *FRUS* 19, p. 236.

50. «Discussion Between N. S. Khrushchev and Mao Zedong: October 03, 1959».

51. Xia, *Negotiating with the Enemy*, pp. 98-99.

52. El 30 de septiembre de 1958, a las seis semanas del inicio de la segunda crisis de las islas costeras, Dulles convocó una rueda de prensa en la que puso en cuestión la conveniencia de emplazar tantos soldados nacionalistas en Quemoy y Mazu y precisó que Estados Unidos «no tenía responsabilidad legal en la defensa de las islas de la costa». Chiang Kai-shek respondió al día siguiente desestimando el comentario de Dulles y calificándolo de «declaración unilateral» que Taipei «no tenía obligación de acatar»;Taipei siguió defendiendo y fortificando las islas. Li, «Tension Across the Taiwan Strait in the 1950s: Chinese Strategy and Tactics», p. 163.

53. «Memorandum of Conversation, Beijing, February 24, 1972, 5:15-8:05 p.m.», en Steven E. Phillips, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 17, *China 1969-1972*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2006, p. 766.

54. Talbott, trad. y ed., *Khrushchev Remembers*, p. 265.

7. *Diez años de crisis*

1. Frederick C. Teiwes, «The Establishment and Consolidation of the New Regime, 1949-1957», en Roderick MacFarquhar, ed., *The Politics of China:The Eras of Mao and Deng*, 2.ª edición, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 74.

2. Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, W.W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 541-542 (hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

3. Lorenz M. Lüthi, *The Sino-Soviet Split: Cold War in the Communist World*, Princeton University Press, Princeton, 2008, p. 76.

4. *Ibid*., p. 84.

5. Para una elaboración de este punto y los vínculos entre la política exterior e interior de Mao, véase Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001, pp. 6-15 (hay trad. cast.: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).

6. Véase el relato de Grim sobre este episodio especialmente destructivo en Jasper Becker, *Hungry Ghosts: Mao's Secret Famine*, Henry Holt, Nueva York, 1998; y Frederick C. Teiwes, *China's Road to Disaster: Mao, Central Politicians, and Provincial Leaders in the Unfolding of the Great Leap Forward, 1955-1959*, East Gate, Armonk, Nueva York, 1998.

7. Neville Maxwell, *India's China War*, Anchor, Garden City, Nueva York, 1972, p. 37.

8. John W. Garver, «China's Decision for War with India in 1962», en Alastair Iain Johnston y Robert S. Ross, eds., *New Directions in the Study of China's Foreign Policy*, Stanford University Press, Stanford, 2006, p. 106.

9. *Ibid*., p. 107.

10. *Ibidem.*

11. *Ibid*., p. 108.

12. *Ibid*., p. 109.

13. *Ibid*., p. 110.

14. *Ibid*., p. 115.

15. *Ibid*., pp. 120-121.

16. «Workers of All Countries Unite, Oppose Our Common Enemy: December 15, 1962», Foreign Languages Press, Pekín, 1962 (reimpresión del editorial a partir de *Renmin Ribao* [*Diario del Pueblo*]).

17. *Ibidem.*

18. *Pravda*, 5 de abril de 1964, citado en Hemen Ray, *Sino-Soviet Conflict over India: An Analysis of the Causes of Conflict Between Moscow and Beijing over India Since 1949*, Abhinav Publications, Nueva Delhi, 1986, p. 106.

19. John King Fairbank y Merle Goldman, *China: A New History*, 2.ª edición ampliada, Belknap Press, Cambridge, 2006, p. 392.

20. Roderick MacFarquhar y Michael Schoenals, *Mao's Last Revolution*, Belknap Press, Cambridge, 2006 pp. 87-91 (hay trad. cast.: *La revolución cultural china*, Crítica, Barcelona, 2009).

21. Mark Gayn, «China Convulsed», *Foreign Affairs* 45, n.º 2, enero de 1967, pp. 247 y 252.

22. *Renmin Ribao* [*Diario del Pueblo*], Pekín, 31 de enero de 1967, en 6, citado en Tao-tai Hsia y Constance A. Johnson, «Legal Developments in China Under Deng's Leadership», Biblioteca del Congreso, Far Eastern Law Division, Washington, 1984, p. 9.

23. Anne F. Thurston, *Enemies of the People*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1987, pp. 101-103; MacFarquhar y Schoenals, *Mao's Last Revolution*, pp. 118-120.

24. MacFarquhar y Schoenals, *Mao's Last Revolution*, pp. 224-227.

25. *Ibid*., pp. 222-223.

26. Véase el capítulo 14, «Reagan y la llegada de la normalidad», p. 415.

27. Véase Yafeng Xia, moderador, *H-Diplo Roundtable Review* 11, n.º 43 (Hu Angang, *Mao Zedong yu wenge* [*Mao Zedong y la Revolución Cultural*]), 6 de octubre de 2010, pp. 27-33, consultado en http://www.h-net.org/~diplo/roundtables/PDF/Roundtable-XI-43-pdf.

28. John F. Kennedy, «A Democrat Looks at Foreign Policy», *Foreign Affairs* 36, n.º 1, octubre de 1957, p. 50.

29. Wu Lengxi, «Inside Story of the Decision Making During the Shelling of Jinmen», en Li, Chen y Wilson, eds., «Mao Zedong's Handling of the Taiwan Straits Crisis of 1958», *CWIHP Bulletin* 6/7, p. 208.

30. Yafeng Xia, *Negotiating with the Enemy: U.S.-China Talks During the Cold War, 1949-1972*, Indiana University Press, Bloomington, 2006, pp. 109-114 y 234; Noam Kochavi, *A Conflict Perpetuated: China Policy During the Kennedy Years*, Praeger, Westport, Connecticut, 2002, pp. 101-114.

31. Lyndon B. Johnson, «Remarks to the American Alumni Council: United States Asian Policy: July 12, 1966», n.º 325, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1967, libro 2, pp. 719-720.

32. Xia, *Negotiating with the Enemy*, pp. 117-131.

33. «Communist China: 6 December 1960», *National Intelligence Estimate*, n.º 13-60, pp. 2-3.

34. Li Jie, «Changes in China's Domestic Situation in the 1960s and Sino-U.S. Relations», en Robert S. Ross y Jiang Changbin, eds., *Re-examining the Cold War: US-China Diplomacy, 1954-1973*, Harvard University Press, Cambridge, 2001, p. 302.

35. *Ibid*., p. 304.

36. *Ibid*., pp. 185 y 305.

8. *El camino hacia la reconciliación*

1. Richard M. Nixon, «Asia After Viet Nam», *Foreign Affairs* 46, n.º 1, octubre de 1967, p. 121.

2. *Ibid*., p. 123.

3. Edgar Snow, «Interview with Mao», *The New Republic* 152, n.º 9, 2623, 27 de febrero de 1965, pp. 21-22.

4. El alcance del apoyo chino queda patente en los archivos sobre las conversaciones entre dirigentes chinos y vietnamitas, recientemente desclasificadas. Para una recopilación de las principales conversaciones con comentarios, véase Odd Arne Westad, Chen Jian, Stein Tønnesson, Nguyen Vu Tung y James G. Hershherg, eds., «77 Conversations Between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina, 1964-1977», Colección de documentos de trabajo del Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría, documento de trabajo n.º 22, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, mayo de 1998. Para un análisis sobre la implicación de la República Popular en las guerras de Hanoi con Francia y Estados Unidos, véase Qiang Zhai, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000.

5. Zhang Baijia, «China's Role in the Korean and Vietnam Wars», en Michael D. Swaine y Zhang Tuosheng con Danielle F. S. Cohen, eds., *Managing Sino-American Crises: Case Studies and Analysis*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 2006, p. 201.

6. Snow, «Interview with Mao», p. 22.

7. *Ibid*., p. 23.

8. Yawei Liu, «Mao Zedong and the United States: A Story of Misperceptions», en Hongshan Li y Zhaohui Hong, eds., *Image, Perception, and the Making of U.S.-China Relations*, University Press of America, Lanham, 1998, p. 202.

9. Lyndon B. Johnson, «Address at Johns Hopkins University: Peace Without Conquest: April 7, 1965», n.º 172, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1966, p. 395.

10. «Text of Rusk's Statement to House Panel on U.S. Policy Toward Communist China», *New York Times*, 17 de abril de 1966, consultado en ProQuest Historical Newspapers, 1851-2007.

11. Liu, «Mao Zedong and the United States», p. 203.

12. Chen Jian y David L. Wilson, eds., «All Under the Heaven Is Great Chaos: Beijing, the Sino-Soviet Border Clashes, and the TurnToward Sino-American Rapprochement, 1968-69», *Cold War International History Project Bulletin* 11, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, invierno de 1998, p. 161.

13. *Ibid*., p. 158.

14. *Ibidem.*

15. Como explica Donald Zagoria en un clarividente artículo de 1968, una muestra representativa de los dirigentes chinos, entre los cuales, Deng Xiaoping y Liu Shaoqi, fomentó una reconciliación condicional con Moscú. En una conclusión que superó el análisis de muchos observadores, Zagoria apuntaba que las necesidades estratégicas llevarían por fin a China a la reconciliación con Estados Unidos. Donald S. Zagoria, «The Strategic Debate in Peking», en Tang Tsou, ed., *China in Crisis*, vol. 2, University of Chicago Press, Chicago, 1968.

16. Chen y Wilson, eds., «All Under the Heaven Is Great Chaos», p. 161.

17. Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao*, trad. de Tai Hungchao, Random House, Nueva York, 1994, p. 514 (hay trad. cast.: *La vida privada del presidente Mao*, Planeta, Barcelona, 1995).

18. Richard Nixon, «Inaugural Address: January 20, 1969», n.º 1, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1971, p. 3.

19. Véase Henry Kissinger, *White House Years*, Little, Brown, Boston, 1979, p. 168.

20. Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001, pp. 245-246 (hay trad. cast.: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).

21. Chen y Wilson, eds., «All Under the Heaven Is Great Chaos», p. 166.

22. *Ibid*., p. 167.

23. *Ibid*., p. 170.

24. *Ibid*., p. 168.

25. Xiong Xianghui, «The Prelude to the Opening of Sino-American Relations», *Zhonggong dangshi ziliao* (CCP History Materials), n.º 42, junio de 1992, p. 81, extraído de William Burr, ed., «New Documentary Reveals Secret U.S., Chinese Diplomacy Behind Nixon's Trip», National Security Archive Electronic Briefing Book, n.º 145, 21 de diciembre de 2004, http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEI

26. *Ibidem.*

27. Chen y Wilson, eds. «All Under the Heaven Is Great Chaos», p. 170.

28. *Ibid*., p. 171.

29. *Ibidem.*

30. Para un relato sobre el incidente que sintetiza los estudios recientes, véase Michael S. Gerson, *The Sino-Soviet Border Conflict: Deterrence, Escalation and the Threat of Nuclear War in 1969*, Center for Naval Analyses, Alexandria, Virginia, 2010, pp. 23-24.

31. Véase Kissinger, *White House Years*, p. 182.

32. «Minutes of the Senior Review Group Meeting, Subject: U.S. Policy on Current Sino-Soviet Differences (NSSM 63)», pp. 134-135. Véase también Gerson, *The Sino-Soviet Border Conflict*, pp. 37-38.

33. Elliot L. Richardson, «The Foreign Policy of the Nixon Administration: Address to the American Political Science Association, September 5, 1969», *Department of State Bulletin* 61, n.º 1567, 22 de septiembre de 1969, p. 260.

34. Gerson, *The Sino-Soviet Border Conflict*, pp. 49-52.

35. «Jing Zhicheng, Attaché, Chinese Embassy, Warsaw on:The Fashion Show in Yugoslavia», *Nixon's China Game*, pbs. org, septiembre de 1999, consultado en http://www.pbs.org/vvgbh/amex/china/filmmore/reference/interview/zhicheng01.html.

36. *Ibidem.*

37. «Memorandum from Secretary of State Rogers to President Nixon, March 10, 1970», en Steven E. Phillips, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 17, *China 1969-1972*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2006, pp. 188-191.

38. Véase Kuisong Yang y Yafeng Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente: Mao's Changing Psyche and Policy Toward the United States, 1969-1976», *Diplomatic History* 34, n.º 2, abril de 2010.

39. Edgar Snow, «A Conversation with Mao Tse-Tung», *LIFE* 70, n.º 16, 30 de abril de 1971, p. 47.

40. *Ibid*., p. 48.

41. *Ibid*., p. 46.

42. *Ibid*., p. 48.

43. *Ibid*., p. 47.

44. *Ibid*., p. 48.

45. *Ibidem.*

46. *Ibidem.*

47. Véanse Zhengyuan Fu, *Autocratic Tradition and Chinese Politics*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993, p. 188; y Li, *The Private Life of Chairman Mao*, p. 120. El médico de Mao dio por supuesto que el traductor del dirigente chino no conocía bien el chino literario y tradujo literalmente la frase. Existe la posibilidad de que el traductor de Mao comprendiera la expresión y tuviera miedo de traducir un juego de palabras que Mao simplemente había insinuado y que, pasado al inglés, podía parecer irrespetuoso. La esposa de Mao, Jiang Qing, gritó las mismas palabras como desafío poco antes del juicio al que se vio sometida en 1980. Ross Terrill, *Madame Mao: The White-Boned Demon*, Stanford University Press, Stanford, 1999, p. 344.

48. *Oxford Concise English-Chinese/Chinese-English Dictionary*, 2.ª edición, Oxford University Press, Hong Kong, 1999, p. 474. Debo agradecer el análisis lingüístico a mi ayudante en la investigación, Schuyler Schouten.

49. «Editorial Note», *FRUS* 17, pp. 239-240.

50. «Tab B.», *FRUS* 17, p. 250.

51. *Ibidem.*

52. Snow, «A Conversation with Mao Tse-Tung», p. 47.

53. «Tab A.», *FRUS* 17, p. 249.

54. «Memorandum from the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger) to President Nixon, Washington, January 12, 1971», *FRUS* 17, p. 254.

55. Yang y Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente», pp. 401-402.

56. *Ibid*., p. 405, cita de Lin Ke, Xu Tao y Wu Xujun, *Lishi de zhenshi—Mao Zedong shenbian gongzuo renyuan de zhengyan* (*La verdadera vida de Mao Zedong—testimonios del entorno de Mao*), Hong Kong, 1995, p. 308. Véase también Yafeng Xia, «China's Elite Politics and Sino-American Rapprochement, January 1969-February 1972», *Journal of Cold War Studies* 8, n.º 4, otoño de 2006, pp. 13-17.

57. Véase Kissinger, *White House Years*, p. 710.

58. «Message from the Premier of the People's Republic of China Chou En-lai to President Nixon, Beijing, April 21, 1971», *FRUS* 17, p. 301.

59. *Ibidem.*

60. Véase Kissinger, *White House Years*, p. 720.

61. «Message from the Government of the United States to the Government of the People's Republic of China, Washington, May 10, 1971», *FRUS* 17, p. 318.

62. «Message from the Premier of the People's Republic of China Chou En-lai to President Nixon, Beijing, May 29, 1971», *FRUS* 17, p. 332.

9. *La reanudación de las relaciones: primeros contactos con Mao y Zhou*

1. Gao Wenqian, *Zhou Enlai:The Last Perfect Revolutionary*, trad. de Peter Rand y Lawrence R. Sullivan, Public Affairs, Nueva York, 2007, p. 162.

2. «Answers to the Italian Journalist Oriana Fallaci: April 21 and 23, 1980», en *Selected Works of Deng Xiaoping (1975-1982)*, vol. 2, traducida en Bureau for the Compilation and Translation of Works of Marx, Engels, Lenin, and Stalin Under the Central Committee of the Communist Party of China, Foreign Languages Press, Pekín, 1984, pp. 326-327.

3. *Zhou Enlai:The Last Perfect Revolutionary* de Gao Wenqian presenta un retrato complejo y en muchos aspectos admirable de Zhou. Asume una conclusión distinta de la de Deng sobre la participación de Zhou en la agitación interior de Mao. Un trabajo reciente sobre la Revolución Cultural realizado por Hu Angang, *Mao Zedong yu wenge* (*Mao Zedong y la Revolución Cultural*), Da Feng Chubanshe, Hong Kong, 2008, presenta un veredicto algo más duro respecto al papel de Zhou durante este período. Véase el texto en inglés en Yafeng Xia, moderador, *H-Diplo Roundtable Review* 11, n.º 43, 6 de octubre de 2010, http://www.h-net.org/~diplo/roundtables/ PDF/ Roundtable-XI-43.pdf.

4. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 9, 1971, 4:35-11:20 p.m.», en Steven E. Phillips, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 17, *China 1969-1972*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2006, p. 363.

5. «Memorandum of Conversation: Beijing, October 21, 1971, 10:30 a.m.-1:45 p.m.», *FRUS* 17, p. 504. En los archivos estadounidenses originales de estas conversaciones viene el nombre «Zhou», pues en aquellos momentos se utilizaba la transliteración de Wade-Giles, «Chou». A fin de evitar cambios frecuentes en la ortografía entre el texto principal del actual volumen y las conversaciones citadas, en pasajes extraídos de transcripciones estadounidenses, los nombres de los interlocutores chinos, así como las palabras en chino usadas por quienes hablan este idioma, se han pasado a la ortografía pinyin.

6. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 17-18, 1973, 11:30 p.m.-1:20 a.m.», en David P. Nickles, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 18, *China 1973-1976*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2007, p. 124.

7. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 9, 1971, 4:35-11:20 p.m.», *FRUS* 17, p. 367.

8. *Ibid*., p. 390.

9. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 10, 1971, 12:10-6:00 p.m.», *FRUS* 17, p. 400.

10. Poco después de mi visita de julio de 1971, Zhou se trasladó a Hanoi para informar a los dirigentes norvietnamitas sobre la nueva postura diplomática de China. No parece, por la constancia que se tiene, que la conversación se desarrollara sin problemas; como tampoco quedaron exentas de ellos las conversaciones subsiguientes con Nguyen Thi Binh, la implacable ministra de Asuntos Exteriores del «Gobierno Revolucionario Provisional» del frente de Hanoi en el sur de Vietnam. Véanse Chen Jian, «China Vietnam and Sino-American Rapprochement», en Odd Arne Westad y Sophie Quinn-Judge, eds., *The Third Indochina War: Conflict Between China, Vietnam and Cambodia, 1972-1979*, Routledge, Londres, 2006, pp. 53-54; y Qiang Zhai, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, pp. 196-197.

11. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 9, 1971, 4:35-11:20 p.m.», *FRUS* 17, pp. 367-368.

12. *Ibid*., p. 367.

13. *Ibidem.*

14. *Ibid*., p. 369.

15. «Memorandum of Conversation: Shanghai, February 28, 1972, 8:30-9:30 a.m.», *FRUS* 17, p. 823.

16. Puede consultarse la grabación parcial sobre la conversación durante esta comida en *FRUS* 17, p. 416.

17. A partir de entonces, Fujian se convirtió en centro del comercio de ambos lados del estrecho y de circuitos turísticos, donde se incluía Quemoy y Mazu.

18. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 10, 1971, 12:106:00 p.m.», *FRUS* 17, pp. 403-404.

19. Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001, p. 267 (hay trad. cast.: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2005).

20. «Memorandum of Conversation: Beijing, July 10, 1971, 12:10-6:00 p.m.», *FRUS* 17, pp. 430-431.

21. Margaret MacMillan, *Nixon and Mao:The Week That Changed the World*, Random House, Nueva York, 2007, p. 22.

22. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 21, 1972, 2:50-3:55 p.m.», *FRUS* 17, p. 681.

23. *Ibid*., pp. 678-679.

24. *Ibid*., p. 681.

25. *Ibid*., p. 680.

26. *Ibid*., pp. 681-682.

27. Edward (Ted) Heath, primer ministro británico entre 1970 y 1974. Heath se desplazó más tarde a Pekín y se reunió con Mao en 1974 y en 1975.

28. Charles de Gaulle, líder de la Resistencia francesa y presidente desde 1959 a 1969. París reconoció a la República Popular de China en 1964.

29. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 21, 1972, 2:50-3:55 p.m.», *FRUS* 17, pp. 679-680.

30. *Ibid*., p. 684.

31. *Ibid*., p. 683.

32. *Ibidem.*

33. «Conversation Between President Nixon and the Ambassador to the Republic of China (McConaughy):Washington, June 30, 1971, 12:18-12:35 p.m.», *FRUS* 17, p. 349.

34. *Ibid*., pp. 351-352.

35. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 21, 1972, 5:58-6:55 p.m.», *FRUS* 17, p. 688.

36. *Ibid*., p. 689.

37. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 22, 1972, 2:10-6:00 p.m.», *FRUS* 17, p. 700.

38. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 24, 1972, 5:15-8:05 p.m.», *FRUS* 17, p. 770.

39. «Memorandum of Conversation: Washington, February 14, 1972, 4:09-6:19 p.m.», *FRUS* 17, p. 666.

40. Véase, por ejemplo, Gao Wenqian, *Zhou Enlai*, pp. 151-153 y 194200.

41. Véase Kuisong Yang y Yafeng Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente: Mao's Changing Psyche and Policy Toward the United States, 1969-1976», *Diplomatic History* 34, n.º 2, abril de 2010, p. 407.

42. «Joint Statement Following Discussions with Leaders of the People's Republic of China: Shanghai, February 27, 1972», *FRUS* 17, pp. 812-816.

43. *Ibid*., p. 814.

44. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 22, 1972, 2:10-6:00 p.m.», *FRUS* 17, p. 697.

45. «Joint Statement Following Discussions with Leaders of the People's Republic of China: Shanghai, February 27, 1972», *FRUS* 17, p. 815.

46. Comité Central del PCC, «Notice on the Joint Sino-American Communiqué, March 7, 1972», traducido y citado en Yang y Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente», p. 395.

10. *La semialianza: conversaciones con Mao*

1. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 17-18, 1973, 11:30 p.m.-1:20 a.m.», en David P. Nickles, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 18, *China 1973-1976*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2007, p.124.

2. *Ibid*., pp. 124-125.

3. *Ibid*., p. 381.

4. *Ibid*., pp. 387-388.

5. El «Largo Telegrama» de George Kennan de 1946 desde Moscú y su aparentemente anónimo artículo de 1947 en *Foreign Affairs*, «The Sources of Soviet Conduct», mantenía que la ideología llevaba a la Unión Soviética a una implacable hostilidad respecto a Estados Unidos y a Occidente y que el comunismo dirigido por los soviéticos se expandiría por todas partes en las que no encontrara una respuesta contundente. Si bien Kennan planteaba que la presión soviética podría «contenerse mediante una astuta y vigilante aplicación de una fuerza opuesta en una serie de puntos geográficos y políticos que experimentaran un cambio constante», su teoría de la contención no era básicamente una doctrina militar; ponía mucho énfasis en la aplicación de la presión diplomática y en el poder de la política interna y la reforma social en el mundo no comunista, como baluarte contra la expansión soviética.

6. «Memorandum of Conversation: Beijing, November 12, 1973, 5:40-8:25 p.m.», *FRUS* 18, p. 385.

7. *Ibid*., p. 389.

8. La República Democrática Popular de Yemen, entonces Estado aparte y alineado con Moscú.

9. «Memorandum from the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger) to President Nixon:Washington, November 1971», en Steven E. Phillips, *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 17, *China 1969-1972*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2006, p. 548.

10. «Memorandum of Conversation: Beijing, November 12, 1973, 5:40-8:25 p.m.», *FRUS* 18, p. 391.

11. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 17-18, 1973, 11:30 p.m.-1:20 a.m.», *FRUS* 18, p. 125.

12. «Memorandum of Conversation: Beijing, November 12, 1973, 5:40-8:25 p.m.», *FRUS* 18, p. 131. Según algunas fuentes, en la lista de Mao de los países situados en la línea horizontal se incluía China. Esto no se tradujo, ni aparece en la transcripción estadounidense de la conversación. La inclusión de China está implícita como mínimo por la presencia de países situados al este y al oeste de este país.

13. Kuisong Yang y Yafeng Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente: Mao's Changing Psyche and Policy Toward the United States, 1969-1976», *Diplomatic History* 34, n.º 2, abril de 2010, p. 408.

14. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 17-18, 1973, 11:30 p.m.-1:20 a.m.», *FRUS* 18, p. 134.

15. *Ibid*., p. 136.

16. «Memorandum of Conversation: Beijing, October 21, 1975, 6:25-8:05 p.m.», *FRUS* 18, p. 794.

17. Yang y Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente», p. 413.

18. *Ibid*., p. 414.

19. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 15, 1973, 5:57-9:30 p.m.», *FRUS* 18, p. 38.

20. *Ibid*., p. 32.

21. «Memorandum of Conversation: Beijing, February 17-18, 1973, 11:30 p.m.-1:20 a.m.», *FRUS* 18, p. 137.

22. Véanse el capítulo 13, «“Tocar el trasero del tigre”: La tercera guerra de Vietnam», y Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, Little, Brown, Boston, 1982, pp. 16-18 y 339-367.

23. El análisis chino demostró no ser tan preciso como era habitual en cuestiones a largo plazo, puesto que los Acuerdos de Helsinki, firmados en 1975, hoy en día suele reconocerse que habían constituido un importante elemento para la debilitación del control soviético en Europa oriental.

11. *El fin de la era de Mao*

1. Roderick MacFarquhar, «The Succession to Mao and the End of Maoism, 1969-1982», en Roderick MacFarquhar, ed., *The Politics of China: The Eras of Mao and Deng*, 2.ª edición, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 278-281 y 299-301. En su búsqueda de un sucesor en la joven generación «pura» china, Mao promocionó al joven de treinta y siete años Wang Hongwen, distinguido anteriormente como organizador izquierdista en el ámbito provincial, a la tercera posición en la jerarquía del Partido Comunista. Su meteórico ascenso desconcertó a muchos observadores. Muy cercano a Jiang Qing, Wang nunca consiguió una identidad política independiente, ni una autoridad acorde con su

categoría formal. Cayó en desgracia con el resto de la Banda de los Cuatro en octubre de 1976.

2. Comparación que se encuentra, entre otras obras, en David Shambaugh, «Introduction: Assessing Deng Xiaoping's Legacy» y Lucian W. Pye, «An Introductory Profile: Deng Xiaoping and China's Political Culture», en David Shambaugh, ed., *Deng Xiaoping: Portrait of a Chinese Statesman*, Clarendon Press, Oxford, 2006, pp. 1-2 y 14.

3. «Memorandum of Conversation: Beijing, November 14, 1973, 7:35-8:25 a.m.», en David P. Nickles, ed., *Foreign Relations of the United States* (*FRUS*), *1969-1976*, vol. 18, *China 1973-1976*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2007, p. 430.

4. «Memorandum from Richard H. Solomon of the National Security Council Staff to Secretary of State Kissinger, Washington, January 25, 1974», *FRUS* 18, p. 455.

5. Gao Wenqian, *Zhou Enlai:The Last Perfect Revolutionary*, trad. de Peter Rand y Lawrence R. Sullivan, Public Affairs, Nueva York, 2007, p. 246.

6. Kuisong Yang y Yafeng Xia, «Vacillating Between Revolution and Détente: Mao's Changing Psyche and Policy Toward the United States, 1969-1976», *Diplomatic History* 34, n.º 2, abril de 2010, p. 414. No se han publicado las actas de esta reunión. La cita procede de una memoria inédita del diplomático chino Wang Youping, que tuvo acceso al resumen de la reunión del Politburó que poseía el ministro de Asuntos Exteriores Qiao Guanhua.

7. Zhou Enlai, «Report on the Work of the Government: January 13, 1975», *Peking Review* 4, 24 de enero de 1975, pp. 21-23.

8. *Ibid*., p. 23.

9. «Speech by Chairman of the Delegation of the People's Republic of China, Teng Hsiao-Ping, at the Special Session of the U.N. General Assembly: April 10, 1974», Foreign Languages Press, Pekín, 1974.

10. *Ibid*., p. 5.

11. *Ibid*., p. 6.

12. *Ibid*., p. 8.

13. «Memorandum of Conversation: Beijing, October 21, 1975, 6:258:05 p.m.», *FRUS* 18, pp. 788-789.

14. *Ibid*., p. 788.

15. George H.W. Bush, jefe de la Oficina de Enlace de Estados Unidos en Pekín;Winston Lord, director de política de planificación de personal del Departamento de Estado, y yo mismo.

16. «Memorandum of Conversation: Beijing, October 21, 1975, 6:258:05 p.m.», *FRUS* 18, pp. 789-790.

17. *Ibid*., p. 789.

18. *Ibid*., p. 793.

19. *Ibidem*. En 1940, el Reino Unido retiró su fuerza expedicionaria tras la batalla de Francia.

20. *Ibid*., p. 794.

21. *Ibidem.*

22. *Ibid*., p. 791.

23. *Ibid*., p. 792.

24. *Ibidem.*

25. *Ibid*., p. 790.

26. *Ibid*., p. 791.

27. *Ibidem.*

28. «Memorandum of Conversation: Beijing, October 25, 1975, 9:30 a.m.», *FRUS* 18, p. 832.

29. *Ibidem.*

30. «Paper Prepared by the Director of Policy Planning Staff (Lord), Washington, undated», *FRUS* 18, p. 831.

31. «Memorandum of Conversation: Beijing, December 2, 1975, 4:10-6:00 p.m.», *FRUS* 18, p. 858.

32. *Ibid*., p. 859.

33. Compañero de Mao en Yan'an durante la guerra civil; ex general, ahora embajador en Washington.

34. Wang Hairong y Nancy Tang.

35. Qiao Guanhua, ministro de Asuntos Exteriores.

36. «Memorandum of Conversation: Beijing, December 2, 1975, 4:10-6:00 p.m.», *FRUS* 18, p. 859.

37. *Ibid*., p. 867.

38. En algunos de los textos se expresan duras críticas contra los excesos de Qin Shi Huang y la emperatriz de la dinastía Tang, Wu Zetian, dobles en sentido retórico de Mao y Jiang Qing, respectivamente.

39. Véase Henry Kissinger, *Years of Renewal*, Simon & Schuster, Nueva York, 1999, p. 897.

12. *El indestructible Deng*

1. Richard Evans, *Deng Xiaoping and the Making of Modern China*, Viking, Nueva York, 1993, pp. 186-187.

2. Véanse por ejemplo, «The Army Needs to Be Consolidated: January 25, 1975», *Selected Works of Deng Xiaoping: 1975-1982*, vol. 2, traducida en Bureau for the Compilation and Translation of Works of Marx, Engels, Lenin and Stalin Under the Central Committee of the Communist Party of China, Foreign Languages Press, Pekín, 1984, pp. 11-13; y «Some Problems Outstanding in the Iron and Steel Industry: May 29, 1975», en *ibid*., pp. 18-22.

3. «The Whole Party Should Take the Overall Interest into Account and Push the Economy Forward: March 5, 1975», en *ibid*., pp. 14-17.

4. «Priority Should Be Given to Scientific Research: September 26, 1975», http://web.peopledaily.com.cn/english/dengxp/v

5. «The Army Needs to Be Consolidated: January 25, 1975», en *Selected Works of Deng Xiaoping*, p. 13.

6. «Things Must Be Put in Order in All Fields: September 27 and October 4, 1975», en *ibid*., p. 47.

7. Deng Xiaoping, «Memorial Speech», reproducido en *China Quarterly* 65, marzo de 1976, p. 423.

8. «The "Two Whatevers" Do Not Accord with Marxism: May 24, 1977», en *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 2, p. 51, nota 1 (cita del editorial de febrero de 1977 en el que se anticipaba el principio); véase también Roderick MacFarquhar, «The Succession to Mao and the End of Maoism, 1969-1982», en Roderick MacFarquhar, ed., *The Politics of China: The Eras of Mao and Deng*, 2.ª edición, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 312-313.

9. MacFarquhar, «The Succession to Mao and the End of Maoism. 1969-1982», en MacFarquhar, ed., *The Politics of China*, p. 312.

10. «Speech at the All-Army Conference on Political Work: June 2, 1978», en *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol.2, p. 132.

11. «The “Two Whatevers” Do Not Accord with Marxism: May 24, 1977», en *ibid*., p. 51.

12. «Respect Knowledge, Respect Trained Personnel: May 24, 1977», en *ibid*., p. 53.

13. Stanley Karnow, «Our Next Move on China», *New York Times*, 14 de agosto de 1977; Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, W.W. Norton, Nueva York, 1999, p. 632 (hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

14. Véase Lucian W. Pye, «An Introductory Profile: Deng Xiaoping and China's Political Culture», en David Shambaugh, ed., *Deng Xiaoping: Portrait of a Chinese Statesman*, Clarendon Press, Oxford, 2006.

15. «Emancipate the Mind, Seek Truth from Facts and Unite As One in Looking into the Future: December 13, 1978», en *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 2, p. 152.

16. *Ibid*., p. 154.

17. *Ibidem.*

18. «Uphold the Four Cardinal Principles: March 30, 1979», en *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 2, p. 181.

19. *Ibid*., p. 181.

20. *Ibid*., pp. 182-183.

21. Hasta 1983, Deng fue viceprimer ministro y presidente del Congreso Consultivo Político del Pueblo Chino. Entre 1981 y 1989, fue presidente de la Comisión Militar Central y presidente de la Comisión Consultiva.

22. Evans, *Deng Xiaoping and the Making of Modern China*, p. 256.

13. *«Tocar el trasero del tigre»: la tercera guerra de Vietnam*

1. «Tocar el trasero del tigre» es una expresión china popularizada por Mao que significa hacer algo temerario o peligroso. Hizo este comentario a raíz de mi reunión con Hua Guofeng en Pekín, en abril de 1979.

2. Durante la Revolución Cultural, el entonces ministro de Defensa, Lin Biao, abolió todo tipo de categorías e insignias y ordenó una instrucción ideológica de gran envergadura para los soldados utilizando el *Pequeño Libro Rojo* de citas de Mao. Se contó con el Ejército Popular de Liberación para las funciones sociales e ideológicas, aparte de las misiones militares ordinarias. Para unas extensas explicaciones sobre la función en la práctica del Ejército Popular de Liberación durante el conflicto con Vietnam, véase Edward O'Dowd, *Chinese Military Strategy in the Third Indochina War*, Routledge, Nueva York, 2007.

3. «Zhou Enlai, Kang Sheng, and Pham Van Dong: Beijing, 29 April 1968», en Odd Arne Westad, Chen Jian, Stein Tønnesson, Nguyen Vu Tung y James G. Hershberg, eds., «77 Conversations Between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina, 1964-1977», Colección de documentos de trabajo del Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría, documento n.º 22, Woodrow Wilson International History Project, Washington, mayo de 1998, pp. 127-128, entre corchetes en el original.

4. Véase el capítulo 8, «El camino hacia la reconciliación», p. 222.

5. Siempre he creído que intentar llegar a un compromiso con los jemeres rojos, ideológicamente correctos, según Mao, algo innecesario, como se demostró posteriormente, contribuyó a la caída de Zhou. Véase también Kissinger, *Years of Upheaval*, Little, Brown, Boston, 1982, p. 368.

6. Robert S. Ross, *The Indochina Tangle: China's Vietnam Policy, 1975-1979*, Columbia University Press, Nueva York, 1988, p. 74, cita de la agencia informativa Xinhua, 15 de agosto de 1975, traducida en Foreign Broadcast Information Service (FBIS), informe diario, República Popular de China, 18 de agosto de 1975, A7.

7. *Ibidem.*

8. *Ibid*., p. 98, cita de la agencia informativa Xinhua, 15 de marzo de 1976, traducida en FBIS, informe diario, República Popular de China, 16 de marzo de 1976, A13.

9. En abril de 1978 fue asesinado el presidente afgano y se produjo un cambio de gobierno en el país; el 5 de diciembre de 1978, la Unión Soviética y el nuevo gobierno de Afganistán participaron en un Tratado de amistad, Buena Vecindad y Colaboración; y el 19 de febrero de 1979 fue asesinado el embajador de Estados Unidos en Afganistán.

10. Cyrus Vance, *Hard Choices: Critical Years in America's Foreign Policy*, Simon & Schuster, Nueva York, 1983, p. 79.

11. «President Carter's Instructions to Zbigniew Brzezinski for His Mission to China, May 17, 1978», en Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1985, Anexo I, p. 2.

12. Los cinco principios eran: afirmación de la política de una sola China; compromiso de no brindar apoyo estadounidense a los movimientos de independencia de Taiwan; disuasión por parte de Estados Unidos de un hipotético despliegue japonés en Taiwan; apoyo a toda resolución pacífica entre Pekín y Taipei; y compromiso respecto a la normalización permanente. Véase el capítulo 9, «La reanudación de las relaciones: primeros contactos con Mao y Zhou», p. 287.

13. «Memorandum of Conversation, Summary of the President's Meeting with the People's Republic of China Vice Premier Deng Xiaoping: Washington, January, 29th 1979, 3:35-4:59 p.m.», Jimmy Carter Presidential Library (JCPL), archivo vertical, China, artículo n.º 270, pp. 10-11.

14. «Summary of Dr. Brzezinski's Meeting with Foreign Minister Huang Hua: Beijing, May 21st, 1978», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 232, p. 3.

15. *Ibid*., pp. 6-7.

16. *Ibidem*. Sadat permaneció en el cargo de presidente de Egipto de 1970 hasta que fue asesinado en 1981. La «audaz acción» a la que se refiere incluía la expulsión por parte de Sadat de más de veinte mil asesores militares soviéticos de Egipto en 1972, el inicio de la guerra de octubre de 1973 y la posterior entrada en un proceso de paz con Israel.

17. *Ibid*., p. 4.

18. *Ibid*., pp. 10-11.

19. «Memorandum of Conversation, Meeting with Vice Premier Teng Hsiao P'ing: Beijing, May 21st, 1978», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 232-e, p. 16.

20. *Ibid*., pp. 5-6.

21. «Summary of Dr. Brzezinski's Meeting with Chairman Hua Kuofeng: Beijing, May 22nd, 1978», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 233c, pp. 4-5.

22. «Memorandum of Conversation, Summary of the President's Meeting with Ambassador Ch'ai Tse-min: Washington, September 19, 1978», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 250b, p. 3.

23. «Memorandum of Conversation, Meeting with Vice Premier Teng Hsiao P'ing: Beijing, May 21st, 1978», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 232-e, p. 6.

24. En los últimos años, los dirigentes y analistas políticos chinos han utilizado la expresión «auge pacífico» para describir la aspiración de la política exterior china de alcanzar el estatus de gran potencia en el marco del sistema internacional existente. El erudito Barry Buzan, en un reflexivo artículo en el que sintetiza los conocimientos chinos y occidentales del concepto, plantea el hecho de que el «auge pacífico» de China se inició entre finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, a medida que Deng fue poniendo en paralelo el desarrollo interior y la política exterior con el mundo no revolucionario y buscó los intereses en común que tenían con Occidente. Los viajes de Deng al extranjero proporcionan una importante prueba sobre esta reestructuración. Véase Barry Buzan, «China in International Society: Is "Peaceful Rise" Possible?», *The Chinese Journal of International Politics* 3, 2010, pp. 12-13.

25. «An Interview with Teng Hsiao P'ing», *Time*, 5 de febrero de 1979, http://wvvw.time.com/time/magazine/article/0,9 html.

26. «China and Japan Hug and Make Up», *Time*, 6 de noviembre de 1978, http://www.time.com/time/magazime/article/0,9 1,00. html.

27. Henry Kamm, «Teng Begins Southeast Asian Tour to Counter Rising Soviet Influence», *New York Times*, 6 de noviembre de 1978, A1.

28. Henry Kamm, «Teng Tells the Thais Moscow-Hanoi Treaty Perils World's Peace», *New York Times*, 9 de noviembre de 1978, A9.

29. «Excerpts from Talks Given in Wuchang, Shenzhen, Zhuhai and Shanghai: January 18-February 21, 1992», en *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 3, traducida en Bureau for the Compilation and Translation of Works of Marx, Engels, Lenin and Stalin Under the Central Committee of the Communist Party of China, Foreign Languages Press, 1994, p. 366.

30. Lee Kuan Ye w, *From Third World to First:The Singapore Story–1965-2000*, Harper Collins, Nueva York, 2000, p. 597.

31. *Ibid*., pp. 598-599.

32. Fox Butterfield, «Differences Fade as Rivals Mingle to Honor Teng», *New York Times*, 30 de enero de 1979, A1.

33. Joseph Lelyveld, «“Astronaut”Teng Gets New View of World in Houston», *New York Times*, 3 de febrero de 1979, A1.

34. Fox Butterfield, «Teng Again Says Chinese May Move Against Vietnam», *New York Times*, 1 de febrero de 1979, A16.

35. Joseph Lelyveld, «“Astronaut”Teng Gets New View of World in Houston», A1. Por coherencia con el texto principal de esta obra, la ortografía original del párrafo en el que constaba «Teng Hsiao-p’ing» se ha cambiado por «Deng Xiaoping».

36. Veintidós años representa el intervalo entre las dos guerras mundiales. Puesto que habían transcurrido más de veinte años desde la Segunda Guerra Mundial, a los dirigentes chinos les preocupaba que cierto ritmo histórico pudiera empujar los acontecimientos. Mao hizo la misma precisión al líder comunista australiano, E. F. Hill diez años antes. Véanse también el capítulo 8, «El camino hacia la reconciliación», p. 224; y Chen Jian y David L.Wilson, eds., «All Under the Heaven Is Great Chaos: Beijing, the Sino-Soviet Border Clashes, and the Turn Toward Sino-American Rapprochement, 1968-69», *Cold War International History Project Bulletin* 11, Washington, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, invierno de 1998, p. 161.

37. «Memorandum of Conversation, Summary of the President's First Meeting with PRC Vice Premier Deng Xiaoping: Washington, January 29th, 1979», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 268, pp. 8-9.

38. «Memorandum of Conversation, Meeting with Vice Premier Teng Hsiao P'ing: Beijing, May 21st, 1978», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 232-e, p. 14.

39. «Memorandum of Conversation, Summary of the President's Meeting with the People's Republic of China Vice Premier Deng Xiaoping:Washington, January 29th, 1979, 3:35-4:59 p.m.», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 270, pp. 10-11.

40. «Memorandum of Conversation, Carter–Deng, Subject:Vietnam: Washington, January 29th, 1979, 5:00 p.m.-5:40 p.m.», JCPL, Brzezinski Collection, China [PRC] 12/19/78-10/3/79, artículo n.º 007, p. 2.

41. Ross, *The Indochina Tangle*, p. 229.

42. «Memorandum of Conversation, Carter–Deng, Washington, January 29th, 1979, 5:00 p.m.-5:40 p.m.», JCPL, Brzezinski Collection, China [PRC] 12/19/78-10/3/79, artículo n.º 007, p. 2.

43. *Ibid*., p. 5.

44. Brzezinski, *Power and Principle*, p. 410.

45. «President Reporting on His Conversations with Deng: January 30th, 1979», JCPL, Brzezinski Collection, China [PRC] 12/19/78-10/3/79, artículo n.º 009, p. 1.

46. Henry Scott-Stokes, «Teng Criticizes the U.S. for a Lack of Firmness in Iran», *New York Times*, 8 de febrero de 1979, A12.

47. La cifra inferior aparece en Bruce Elleman, *Modern Chinese Warfare, 1795-1989*, Routledge, Nueva York, 2001, p. 285. La cifra superior es una estimación de Edward O'Dowd, en *Chinese Military Strategy in the Third Indochina War*, 3, pp. 45-55.

48. O'Dowd, *Chinese Military Strategy in the Third Indochina War*, p. 45.

49. Deng Xiaoping a Jimmy Carter el 30 de enero de 1979, citado en Brzezinski, *Power and Principle*, pp. 409-410.

50. «Text of Declaration by Moscow», *New York Times*, 19 de febrero de 1979; Craig R.Whitney, «Security Pact Cited: Moscow Says It Will Honor Terms of Treaty—No Direct Threat Made», *New York Times*, 19 de febrero de 1979, A1.

51. Edward Cowan, «Blumenthal Delivers Warning», *New York Times*, 28 de febrero de 1979, A1.

52. *Ibidem.*

53. Uno de los pocos eruditos que cuestiona estos conocimientos convencionales —y subraya la dimensión antisoviética del conflicto— es Bruce Elleman en su *Modern Chinese Warfare*, pp. 284-297.

54. Para una revisión de distintas estimaciones sobre las bajas en el Ejército Popular de Liberación, véase O'Dowd, *Chinese Military Strategy in the Third Indochina War*, p. 45.

55. «Memorandum of Conversation, Summary of the President's First Meeting with PRC Vice Premier Deng Xiaoping: Washington, January 29th, 1979», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 268, p. 8.

56. «Memorandum, President Reporting on His Conversations with Deng: January 30th, 1979», JCPL, Brzezinski Collection, China [PRC] 12/19/78-10/3/79, artículo n.º 009, p. 2.

57. «Memorandum of Conversation with Vice Premier Deng Xiaoping: Beijing, January 8th, 1980», JCPL, NSA Brzez. Matl. Far East, caja n.º 69, Brown (Harold) Trip Memcons, 1/80, archivo, 16.

58. «Memorandum of Conversation with Vice Premier Deng Xiaoping: Beijing, January 8th, 1980», JCPL, NSA Brzez. Matl. Far East, caja n.º 69, Brown (Harold) Trip Memcons, 1/80, archivo, 15.

59. «President Carter's Instructions to Zbigniew Brzezinski for His Mission to China, May 17, 1978», en Brzezinski, *Power and Principle*, Anexo I, p. 4.

60. Según una estimación, en 1986 Vietnam estacionó «700.000 soldados en la parte septentrional del país». Karl D. Jackson, «Indochina, 1982-1985: Peace Yields to War», en Solomon y Kosaka, eds., *The Soviet Far East Military Buildup*, citado en Elleman, *Modern Chinese Warfare*, p. 206.

61. «Memorandum of Conversation, Summary of the Vice President's Meeting with People's Republic of China Vice Premier Deng Xiaoping: Beijing, August 28th, 1979, 9:30 a.m.-12:00 noon», JCPL, archivo vertical, China, artículo n.º 279, p. 9.

62. «Memorandum of Conversation Between President Carter and Premier Hua Guofeng of the People's Republic of China:Tokyo, July 10th, 1980», JCPL, NSA Brzez. Matl. Subj. archivo, caja n.º 38, «Memcons: President, 7/80».

63. Citado en Chen Jian, *China's Road to the Korean War*, Columbia University Press, Nueva York, 1994, p. 149.

64. «Memorandum of Conversation, Summary of Dr. Brzezinski's Conversation with Vice Premier Geng Biao of the People's Republic of China: Washington, May 29th, 1980», JCPL, NSA Brzez. Matl. Far East. caja n.º 70, «Geng Biao Visit, 5/23-31/80», carpeta, p. 5.

65. Lee, *From Third World to First*, p. 603.

14. *Reagan y la llegada de la normalidad*

1. George H.W. Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1998, pp. 93-94.

2. Taiwan Relations Act, Public Law, pp. 96-98, § 3.1.

3. Comunicado conjunto publicado por los gobiernos de Estados Unidos y de la República Popular de China, 17 de agosto de 1982, editado en Alan D. Romberg, *Rein In at the Brink of the Precipice: American Policy Toward Taiwan and U.S.-PRC* Relations, Henry L. Stimson Center, Washington, 2003, p. 243.

4. Nancy Bernkopf Tucker, *Strait Talk: United States-Taiwan Relations and the Crisis with China*, Harvard University Press, Cambridge, 2009, p. 151.

5. *Ibidem.*

6. *Ibid*., pp. 148-150.

7. John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History*, Penguin, Nueva York, 2005, pp. 213-214, nota 43 (hay trad. cast.: *La guerra fría*, RBA, Barcelona, 2008).

8. Hu Yaobang, «Create a New Situation in All Fields of Socialist Modernization—Report to the 12th National Congress of the Communist Party of China: September 1, 1982», *Beijing Review* 37, 13 de septiembre de 1982, p. 29.

9. *Ibid*., pp. 30-31.

10. *Ibidem.*

11. *Ibidem.*

12. Charles Hill, «Shifts in China's Foreign Policy:The US and USSR», 21 de abril de 1984, Ronald Reagan Presidential Library (en adelante, RRPL), 90946, Asian Affairs Directorate, NSC.

13. Directorate of Intelligence, Central Intelligence Agency, «China-USSR: Maneuvering in the Triangle», 20 de diciembre de 1985, RRPL, 007-R.

14. «Memorandum to President Reagan from Former President Nixon», adjunto en informe para el presidente de William P. Clark:Viaje a China del ex presidente, 25 de septiembre de 1982, RRPL, William Clark Files, 002.

15. George P. Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1993, p. 382.

16. Ronald Reagan, «Remarks at Fudan University in Shanghai, April 30, 1984», *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1986, libro 1, pp. 603-608; «Remarks to Chinese Community Leaders in Beijing, April 27, 1984», *Public Papers of the Presidents of the United States*, libro 1, pp. 579-584.

17. Donald Zagoria, «China's Quiet Revolution», *Foreign Affairs* 62, n.º 4, abril de 1984, p. 881.

18. Jonathan Spence, *The Search for Modern China*, W. W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 654-655 (hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

19. Nicholas Kristof, «Hu Yaobang, Ex-Party Chief in China, Dies at 73», *New York Times*, 16 de abril de 1989, http://www.nytimes.com/i989/04/16/obituaries/hu-yaobang-ex-party-chief- in-china-dies-at-73. html?pagewanted=1.

20. Christopher Marsh, *Unparalleled Reforms*, Lexington, Nueva York, 2005, p. 41.

15. *Tiananmen*

1. Richard Baum, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*, Princeton University Press, Princeton, 1994, pp. 231-232.

2. Jonathan Spence apunta que en 1989 convergieron una serie de aniversarios de gran contenido político: el «doscientos aniversario de la Revolución francesa, el setenta aniversario del Movimiento del Cuatro de Mayo, el cuarenta aniversario de la propia República Popular; por otra parte, habían pasado diez años desde el establecimiento de relaciones diplomáticas formales con Estados Unidos». Spence, *The Search for Modern China*, W.W. Norton, Nueva York, 1999, p. 696 (hay trad. cast.: *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011).

3. Andrew J. Nathan, «Preface to the Paperback Edition:The Tiananmen Papers—An Editor's Reflections», en Zhang Liang, Andrew Nathan y Perry Link, eds., *The Tiananmen Papers*, Public Affairs, Nueva York, 2001, p. viii.

4. Richard Baum, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*, Princeton University Press, Princeton, 1994, p. 254.

5. Nathan, introducción a *The Tiananmen Papers*, «The Documents and Their Significance», lv.

6. En la política de la administración de Clinton encontramos un ejemplo de este intento de poner en marcha la condicionalidad, que condicionó el estatus comercial de China como «nación más favorecida» a los cambios en su aplicación de los derechos humanos, que se expone con más detalle en el capítulo 17, «Los altibajos en el camino hacia otra reconciliación: la era Jiang Zemin».

7. David M. Lampton, *Same Bed, Different Dreams: Managing U.S.-China Relations, 1989-2000*, University of California Press, Berkeley, 2001, p. 305.

8. George H.W. Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1998, pp. 89-90.

9. *Ibid*., pp. 97-98.

10. El Congreso y la Casa Blanca sentían preocupación por los estudiantes que habían protestado públicamente en Estados Unidos, pues podían ser penalizados cuando regresaran a China. El presidente indicó que se estudiarían las solicitudes de ampliación de visado y el Congreso manifestó su intención de garantizarlas sin exigir solicitud.

11. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 100.

12. *Ibid*., p. 101.

13. *Ibidem.*

14. *Ibid*., p. 102.

15. *Ibidem.*

16. Lampton, *Same Bed, Different Dreams*, p. 302.

17. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, pp. 105-106. El ministro de Asuntos Exteriores chino Qian Qichen contradice esta información en sus memorias, y afirma que el avión no estuvo en ningún momento en peligro. Qian Qichen, *Ten Episodes in China's Diplomacy*, HarperCollins, Nueva York, 2005, p. 133.

18. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 106.

19. *Ibidem.*

20. Qian, *Ten Episodes in China's Diplomacy*, p. 134.

21. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 109.

22. *Ibid*., p. 107.

23. *Ibidem.*

24. *Ibid*., pp. 107-108.

25. *Ibid*., pp. 107-109.

26. *Ibid*., p. 110.

27. Deng había dejado claro que pretendía retirarse al cabo de muy poco. En efecto, lo hizo en 1992, si bien siguió considerado como un influyente árbitro político.

28. Los cinco principios de coexistencia pacífica fueron negociados por la India y China en 1954. Se referían a la coexistencia y a la no interferencia mutua entre países con distintas orientaciones ideológicas.

29. Deng le hizo un comentario parecido a Richard Nixon durante la visita privada que este hizo a Pekín en octubre de 1989: «Por favor, presidente, vamos a acabar con el pasado; Estados Unidos tendría que tomar la iniciativa, pues solo puede tomarla Estados Unidos. Estados Unidos es capaz de tomar la iniciativa. […] China no puede dar el primer paso. Y ello se debe a que el país fuerte es Estados Unidos. Y el débil, China; el perjudicado, China. Si lo que desean es que China suplique, va a ser imposible. Aunque se alargue cien años, el pueblo chino no puede suplicar [a usted] el fin de las sanciones [contra China]. […] Si un dirigente chino cometiera un error en este sentido, el pueblo chino no lo perdonaría». Citado en Lampton, *Same Bed, Different Dreams*, p. 29.

30. En la Casa Blanca, algunos mantenían que era una provocación innecesaria invitar a Fang Lizhi a un banquete presidencial con las autoridades chinas a las que criticaba. Acusaban a la embajada de Estados Unidos en Pekín de no haberles avisado de la controversia. Al incluir a Fang en la lista de posibles invitados, el embajador estadounidense de Pekín, Winston Lord, lo había señalado como un claro disidente, cuya inclusión podía provocar consternación entre el gobierno chino, aunque consideraba que merecía tal invitación.

31. «Cable, From: U.S. Embassy Beijing. To: Department of State, Wash DC, SITREP No. 49, June 12, 0500 Local (June 11, 1989»), en Jeffrey T. Richardson y Michael L. Evans, eds., *Tiananmen Square, 1989:The Declassified History*, National Security Archive Electronic Briefing Book n.º 16, 1 de junio de 1999, documento 26.

32. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 99.

33. Telegrama de la embajada de Estados Unidos en Pekín, «China and the U.S.—A Protracted Engagement», 11 de julio de 1989, SECRET, en Michael L. Evans, ed., *The U.S. Tiananmen Papers: New Documents Reveal U.S. Perceptions of 1989 Chinese Political Crisis*, National Security Archive Electronic Briefing Book, 4 de junio de 2001, documento 11.

34. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, pp. 101-102.

35. Deng se refiere a Winston Lord.

36. Qian, *Ten Episodes in China's Diplomacy*, p. 140.

37. Bush y Scowcroft, *A World Transformed*, p. 174.

38. *Ibid*., pp. 176-177.

39. Fang y su esposa abandonaron finalmente China, camino del Reino Unido, en un avión de transporte militar estadounidense. Se instalaron posteriormente en Estados Unidos, donde Fang trabajó como profesor de física en la Universidad de Arizona.

40. Richard Evans, *Deng Xiaoping and the Making of Modern China*, Hamish Hamilton, Londres, 1993, p. 304, cita de *Zheng Ming*, Hong Kong, 1 de mayo de 1990.

41. «Deng Initiates New Policy "Guiding Principle"», FBIS-CHI-91-215; véase también United States Department of Defense, Office of the Secretary of Defense, «Military Power of the People's Republic of China: A Report to Congress Pursuant to the National Defense Authorization Act Fiscal Year 2000», 2007, p. 7, http://www.defense.gov/pubs/ pdfs/070523-china-military-power-final.pdf.

42. «Deng Initiates New Policy “Guiding Principle”», FBIS-CHI-91-215.

16. *¿Qué tipo de reforma? La gira de Deng por el sur*

1. Richard Baum, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*, Princeton University Press, Princeton, 1994, p. 334.

2. «Excerpts from Talks Given in Wuchang, Shenzhen, Zhuhai and Shanghai: January 18-February 21, 1992», *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 3, traducida en Bureau for the Compilation and Translation of Works of Marx, Engels, Lenin and Stalin Under the Central Committee of the Communist Party of China, Foreign Languages Press, Pekín, 1994, p. 359.

3. *Ibid*., p. 360.

4. *Ibid*., p. 361.

5. *Ibid*., pp. 362-363.

6. *Ibid*., pp. 364-365.

7. *Ibid*., p. 366.

8. David M. Lampton, *Same Bed, Different Dreams: Managing U.S.China Relations, 1989-2000*, University of California Press, Berkeley, 2001, p. XI.

9. «Excerpts from Talks Given in Wuchang, Shenzhen, Zhuhai and Shanghai: January 18-February 21, 1992», *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 3, p. 370.

10. *Ibid*., p. 369.

17. *Los altibajos en el camino hacia otra reconciliación: la era Jiang Zemin*

1. Véase David M. Lampton, *Same Bed, Different Dreams: Managing U.S.-China Relations, 1989-2000*, University of California Press, Berkeley, 2001, pp. 293 y 308.

2. State Department Bureau of Intelligence and Research, «China: Aftermath of the Crisis», 27 de julio de 1989, p. 17, en Jeffrey T. Richardson y Michael L. Evans, eds., «Tiananmen Square, 1989:The Declassified History», National Security Archive Electronic Briefing Book, n.º 16, 1 de junio de 1999, documento 36.

3. Steven Mufson, «China's Economic "Boss": Zhu Rongji to Take Over as Premier», *Washington Post*, 5 de marzo de 1998, A1.

4. 14 de septiembre de 1992, declaración, citada en A. M. Rosenthal, «On My Mind: Here We Go Again», *New York Times*, 9 de abril de 1993; sobre las interpretaciones divergentes chinas y occidentales de esta declaración, véase también Lampton, *Same Bed, Different Dreams*, p. 32.

5. «Confronting the Challenges of a Broader World», discurso del presidente Clinton ante la Asamblea Nacional de la ONU, Nueva York, 27 de septiembre de 1993, a partir de *Department of State Dispatch* 4, n.º 39, 27 de septiembre de 1993.

6. Robert Suettinger, *Beyond Tiananmen: The Politics of U.S.-China Relations, 1989-2000*, The Brookings Institution, Washington, 2003, p. 161.

7. Deng Xiaoping dio una conferencia en noviembre de 1989 en la que llamaba a China a «mantenerse en el socialismo y evitar una evolución pacífica hacia el capitalismo». Mao también había advertido en repetidas ocasiones contra la «evolución pacífica». Véase «Mao Zedong and Dulles's "Peaceful Evolution" Strategy: Revelations from Bo Yibo's Memoirs», *Cold War International History Project Bulletin* 6/7, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, invierno de 1996-1997, p. 228.

8. Como reflejo de ello, a partir de entonces la denominación de «nación más favorecida» pasó a la denominación técnica de «relaciones comerciales normales permanentes», si bien sigue usándose la anterior.

9. Anthony Lake, «From Containment to Enlargement», conferencia en la Nitze School of Advanced International Studies, Universidad Johns Hopkins, Washington, 21 de septiembre de 1993, a partir de *Department of State Dispatch* 4, n.º 39, 27 de septiembre de 1993.

10. Suettinger, *Beyond Tiananmen*, p. 165.

11. William J. Clinton, «Statement on Most-Favored-Nation Trade Status for China», 28 de mayo de 1993, *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1994, libro 1, pp. 770-771.

12. *Ibid*., pp. 770-772.

13. Lake, «From Containment to Enlargement».

14. Suettinger, *Beyond Tiananmen*, pp. 168-171.

15. Warren Christopher, *Chances of a Lifetime*, Scribner, Nueva York, 2001, p. 237.

16. *Ibidem.*

17. *Ibid*., p. 238.

18. *Ibid*., pp. 238-239.

19. Véase, por ejemplo, Deng Xiaoping, «An Idea for the Peaceful Reunification of the Chinese Mainland and Taiwan: June 26, 1983», *Selected Works of Deng Xiaoping*, vol. 3, pp. 40-42.

20. John W. Garver, *Face Off: China, the United States, and Taiwan's Democratization*, University of Washington Press, Seattle, 1997, p. 15; James Carman, «Lee Teng-Hui: A Man of the Country», *Cornell Magazine*, junio de 1995, consultado en http://www.news.Cornell.edu/campus/Lee/Corne

21. Lampton, *Same Bed, Different Dreams*, p. 101.

22. William J. Clinton, «Remarks and an Exchange with Reporters Following Discussions with President Jiang Zemin of China in Seattle: November 19, 1993», *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1994, pp. 2.022-2.025.

23. Garver, *Face Off*, pp. 92-97; Robert Suettinger, «U.S. "Management" of Three Taiwan Strait "Crises"», en Michael D. Swaine y Zhang Tuosheng con Danielle F. S. Cohen, eds., *Managing Sino-American Crises: Case Studies and Analysis*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 2006, p. 278.

24. Madeleine Albright, *Madam Secretary*, Hyperion, Nueva York, 2003, p. 546.

25. Robert Lawrence Kuhn, *The Man Who Changed China: The Life and Legacy of Jiang Zemin*, Crown Publishers, Nueva York, 2004, p. 2.

26. Albright, *Madam Secretary*, p. 531.

27. Christopher Marsh, *Unparalleled Reforms*, Lexington Books, Nueva York, 2005, p. 72.

28. Barry Naughton, *The Chinese Economy: Transitions and Growth*: MIT Press, Cambridge, 2007, pp. 142-143.

29. Michael P. Riccards, *The Presidency and the Middle Kingdom: China, the United States, and Executive Leadership*, Lexington Books, Nueva York, 2000, p. 12.

30. Lampton, *Same Bed, Different Dreams*, Apéndice A, pp. 379-380.

31. Zhu Rongji, «Speech and Q&A at the Advanced Seminar on China's Economic Development in the Twenty-first Century», 22 de septiembre de 1997, en *Zhu Rongji's Answers to Journalists' Questions*, Oxford University Press, Oxford, 2011 (próxima aparición), cap. 5.

18. *El nuevo milenio*

1. Richard Daniel Ewing, «Hu Jintao:The Making of a Chinese General Secretary», *China Quarterly*, p. 173, marzo de 2003, p.19.

2. *Ibid*., pp. 21-22.

3. *Xiaokang*, actualmente término oficial de amplia utilización, procede del confucianismo, tiene 2.500 años de antigüedad y significa «moderadamente acomodada con un modesto volumen de ingresos al alcance». Véanse «Confucius and the Party Line», *The Economist*, 22 de mayo de 2003; «Confucius Makes a Comeback», *The Economist*, 17 de mayo de 2007.

4. «Rectification of Statues», *The Economist*, 20 de enero de 2011.

5. George W. Bush, «Remarks Following Discussions with Premier Wen Jiabao and an Exchange with Reporters: December 9, 2003», *Public Papers of the Presidents of the United States*, U.S. Government Printing Office, Washington, 2006, p. 1.701.

6. David Barboza, «Chinese Leader Fields Executives' Questions», *New York Times*, 22 de septiembre de 2010.

7. Cui Changfa y Xu Mingshan, eds., *Gaoceng Jiangtan* (*Top-leaders' Rostrums*), Hongqi Chubanshe, Pekín, 2007, pp. 165-182, citado en Masuda Masayuki, «China's Search for a New Foreign Policy Frontier: Concept and Practice of "Harmonious World"», 62, en Masafumi Iida, ed., *China's Shift: Global Strategy of the Rising Power*, NIDS Joint Research Series, Tokio, 2009.

8. Wen Jiabao, «A Number of Issues Regarding the Historic Tasks in the Initial Stage of Socialism and China's Foreign Policy», *Xinhua*, 26 de febrero de 2007, citado en Masuda, «China's Search for a New Foreign Policy Frontier: Concept and Practice of "Harmonious World"», pp. 62-63.

9. David Shambaugh, «Coping with a Conflicted China», *The Washington Quarterly* 34, n.º 1, invierno de 2011, p. 8.

10. Zheng Bijian, «China's "Peaceful Rise" to Great-Power Status», *Foreign Affairs* 84, n.º 5, septiembre-octubre de 2005, p. 22.

11. Hu Jintao, «Build Towards Harmonious World of Lasting Peace and Common Prosperity», conferencia en la cumbre de la ONU, Nueva York, 15 de septiembre de 2005.

12. En la numerología china, el número ocho se considera de buen augurio. En algunos dialectos chinos es casi homónimo de «prosperar».

13. Nathan Gardels, «Post-Olympic Powershift: The Return of the Middle Kingdom in a Post-American World», *New Perspectives Quarterly* 25, n.º 4, otoño de 2008, pp. 7-8.

14. «Di shi yi ci zhuwaishi ne huiyi zhao kai, Hu Jintao, Wen Jiabao jianghua» («Hu Jintao and Wen Jiabao en el undécimo encuentro de enviados extranjeros»), web del Central People's Government of the People's Republic of China, consultado en http://www.gov.cn/ldhd/ 2009-07/20/ content_l370171.html.

15. Wang Xiaodong, «Gai you xifang zhengshi zhongguo “bu gaoxing” le» («Occidente tiene que asumir que China no es feliz»), en Song Xiaojun, Wang Xiaodong, Huang Jisu, Song Qiang y Liu Yang, *Zhongguo bu gaoxing: da shidai, da mubiao ji women de neiyou waihuan* (*China no es feliz: La gran era, el gran objetivo y nuestras preocupaciones internas y nuestros desafíos externos*), Jiangsu Renmin Chubanshe, Nankín, 2009, p. 39.

16. Song Xiaojun, «Meiguo bu shi zhilaohu, shi "lao huanggua shua lü qi"» («América no es un tigre de papel, es un "pepino granado pintado de verde"»), en Song, Wang *et al*., *Zhongguo bu gaoxing*, p. 85.

17. Expresión clásica china que significa la vuelta a la paz después de un conflicto sin perspectivas de reanudación de las hostilidades.

18. Song, «Meiguo bu shi zhilaohu», p. 86.

19. *Ibid*., p. 92.

20. *Ibidem.*

21. Liu Mingfu, *Zhongguo meng: hou meiguo shidai de daguo siwei yu zhanlüe dingwei* (*Sueño chino: Idea de superpotencia y postura estratégica en la era postestadounidense*), Zhongguo Youyi Chuban Gongsi, Pekín, 2010.

22. *Ibid*., pp. 69-73 y 103-117.

23. *Ibid*., p. 124.

24. *Ibid*., pp. 256-262.

25. Algunos analistas mantienen que si bien los sentimientos expresados en estos libros son reales y podrían resultar corrientes en gran parte del estamento militar, en cierto modo reflejan un deseo de beneficio: los libros provocativos se venden bien en todos los países y los opúsculos nacionalistas como *China Is Unhappy* y *China Dream* están publicados por editoriales privadas. Véase Phillip C. Saunders, «Will *China's Dream* Turn into America's Nightmare?», *China Brief 10*, n.º 7, Jamestown Foundation, Washington, 1 de abril de 2010, pp. 10-11.

26. Dai Bingguo, «Persisting with Taking the Path of Peaceful Development», Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular de China, Pekín, 6 de diciembre de 2010.

27. *Ibidem.*

28. *Ibidem.*

29. *Ibidem.*

30. *Ibidem.*

31. *Ibidem.*

32. *Ibidem.*

33. Hu Jintao, «Speech at the Meeting Marking the 30th Anniversary of Reform and Opening Up», 18 de diciembre de 2008, consultado en http://www.bjrevievv.com.cn/Key_Document_ Translation/2009-04/27/content_194200.htm.

34. Dai, «Persisting with Taking the Path of Peaceful Development».

35. *Ibidem.*

Epílogo: ¿La historia se repite? El informe Crowe

1. Crowe dominaba la historia desde los dos bandos. Nació en Leipzig, de padre diplomático británico y madre alemana, y se trasladó a Inglaterra a los diecisiete años. Su esposa era de origen alemán; pese a su lealtad a la Corona, Crowe, mantuvo una relación cultural y familiar con el continente europeo. Michael L. Dockrill y Brian J. C. McKercher, *Diplomacy and World Power: Studies in British Foreign Policy, 1890-1951*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 27.

2. Eyre Crowe, «Memorandum on the Present State of British Relations with France and Germany», Foreign Office, 1 de enero de 1907, en G. P. Gooch y Harold Temperley, eds., *British Documents on the Origins of the War*, vol. 3, *The Testing of the Entente*, H. M. Stationery Office, Londres, 1928, p. 406.

3. *Ibid*., p. 417.

4. *Ibid*., p. 416.

5. *Ibid*., p. 417.

6. *Ibid*., p. 407.

7. *Ibidem.*

8. Phillip C. Saunders, «Will *China's Dream* Turn into America's Nightmare?», *China Brief* 10, n.º 7, Jamestown Foundation, Washington, 1 de abril de 2010, p. 10, cita del artículo de Liu Mingfu en *Global Times*.

9. Liu Mingfu, *Zhongguo meng: hou meiguo shidai de daguo siwei yu zhanlüe dingwei* (*El sueño de China: La idea de la superpotencia y la postura estratégica en la era postestadounidense*), Zhongguo Youyi Chuban Gongsi, Pekín, 2010, p. 24; Chris Buckley, «China PLA Officer Urges Challenging U.S. Dominance», Reuters, 28 de febrero de 2010, consultado en http://www.reuters.com/article/2010/03/01/us-china-usa-militaryexclusive-idUSTRE6200P620100301.

10. Richard Daniel Ewing, «Hu Jintao: The Making of a Chinese General Secretary», *China Quarterly* 173, marzo de 2003, pp. 29-31.

11. Dai Bingguo, «Persisting with Taking the Path of Peaceful Development», Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular de China, Pekín, 6 de diciembre de 2010.

12. Adele Hayutin, «China's Demographic Shifts:The Shape of Things to Come», Stanford Center on Longevity, Stanford, 24 de octubre de 2008, p. 7.

13. Ethan Devine, «The Japan Syndrome», *Foreign Policy*, 30 de septiembre de 2010, consultado en http://www.foreignpolicy.com/articles/2010/09 syndrome.

14. Hayutin, «China's Demographic Shifts», p. 3.

15. Véase Joshua Cooper Ramo, «Hu's Visit: Finding a Way Forward on U.S.-China Relations», *Time*, 8 de abril de 2010. Ramo adopta la idea de coevolución del campo de la biología como marco interpretativo para las relaciones entre Estados Unidos y China.

Henry Kissinger sirvió como consejero de Seguridad Nacional y más tarde como secretario de Estado bajo los mandatos de Richard Nixon y Gerald Ford, y ha sido asesor en política internacional de otros presidentes estadounidenses. En 1973 recibió el Premio Nobel de la Paz, además de la Medalla Presidencial de la Libertad y la Medalla de la Libertad, entre otras condecoraciones. Es autor de gran número de libros y artículos sobre política internacional y diplomacia, y presidente de Kissinger Associates, Inc., una consultoría internacional.